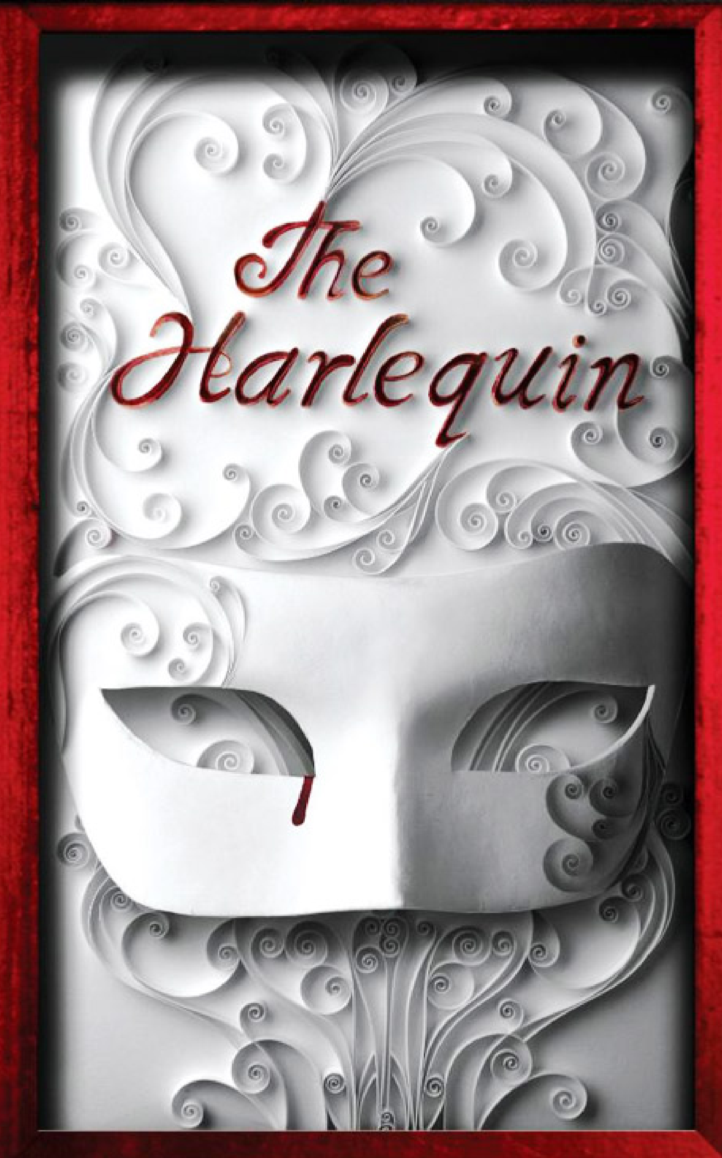
LAURELL K. HAMILTON



Anita Blake está a punto de afrontar el desafió de su vida. En su mundo, un mundo ya desbordado de poder, han entrado criaturas tan terroríficas como poderosas. Vampiros centenarios cuyos nombres nadie se atreve a nombrar. Está prohibido hablar de el Harlequin a menos que hayas sido contactado. Y ser contactado por el Harlequin es hallarse bajo sentecia de muerte.
Rivales durante mucho tiempo por el afecto de Anita, Jean-Claude el Señor de los Vampiros de la Ciudad y Richard un lobo alfa, necesitarán convertirse en aliados y necesitarán la ayuda del cambiaformas Nathaniel y Micah. Y también está Edward. En esta situación, Anita sabe que tendrá que llamar al único hombre que siempre ha respondido cuando lo ha necesitado…



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

The Harlequin

Anita Blake, Cazavampiros-15

ePUB v1.1

fenikz 29.07.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *The Harlequin*
©Laurell K. Hamilton, 2007
Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)
ePub base v2.1



UNO

Malcolm, el líder de la Iglesia de la Vida Eterna, la iglesia de los vampiros, se sentaba frente a mí. Malcolm nunca había estado en mi oficina. De hecho, la última vez que lo había visto, me había acusado de utilizar magia negra y de ser una puta. También había matado a uno de sus miembros en terrenos de su iglesia, delante de él y del resto de su congregación. El vampiro muerto había sido un asesino en serie. Yo tenía una orden judicial de ejecución, pero aún así, esto no había hecho que Malcolm y yo nos hiciéramos amigos.

Me senté detrás de mi escritorio, tomando café en mi nueva taza con temas Navideños: una niña sentada en el regazo de Santa diciendo: Define bien. He trabajado muy duro cada año para encontrar la taza más ofensiva de modo que Bert, nuestro director empresarial, pudiera lanzarla en un ataque de ira. La taza de este año era muy doméstica para mis estándares normales. Esto se había convertido en una tradición de vacaciones. Por lo

menos estaba vestida para la temporada con una falda roja y una chaqueta sobre un suéter de seda fina, muy festivo, para mí. Tenía un arma nueva en la pistolera de mi hombro. Un amigo mío finalmente me convenció para renunciar a mi Browning Hi-Power para algo que se ajustara mejor a mi mano ya que tenía un perfil más liso. La Hi-Power estaba en casa en la caja fuerte, y la Browning se encontraba en su funda. Me sentía como si tuviera juguetes nuevos, pero por lo menos para mí, todavía seguía siendo una niña que prefería la Browning.

Alguna vez, había creído que Malcolm era guapo, pero había sido cuando sus trucos vampiros se encontraban ejerciendo control sobre mí. Sin engaños de vampiros que nublaran mi percepción, me di cuenta de que su estructura ósea era demasiado áspera, casi como si no hubieran llegado a ser suavizadas antes de poner esa piel pálida sobre él. Su pelo era corto y lo tenía un poco rizado, porque para cortar el rizo antes tendría que afeitarse. Su pelo era de un color amarillo, canario brillante. Así es el pelo rubio si lo tienes a la sombra unos pocos cientos de años. Me miró con sus ojos azules y sonrió, la sonrisa llenó su cara con personalidad. Esa misma personalidad que hizo que su programa de televisión de ayer por la mañana tuviera tanto éxito. No era magia, era él. Carisma, por falta de una palabra mejor. No había fuerza en Malcolm que tuviera nada que ver con los poderes de vampiro y todo que ver con quién era, no con lo que era. Había sido un líder y un motor como hombre incluso si hubiera estado vivo. La sonrisa suavizó sus facciones, le llenó la cara con un celo que era a la vez convincente y aterrador. Era un verdadero creyente, la cabeza de la iglesia de los verdaderos creyentes. La idea de una iglesia vampiro todavía me ponía los pelos de punta, pero era la denominación más rápida de crecimiento en el país.

—Me sorprendió ver su nombre en mi libro de citas, Malcolm —dije, finalmente.

—Lo entiendo, Sra. Blake. Estoy casi tan sorprendido de estar aquí como usted.

—Muy bien, los dos estamos sorprendidos ¿Por qué está aquí?

—Sospecho que tiene, o tendrá pronto, una orden de ejecución para uno de los miembros de mi iglesia.

Me las arreglé para mantener mi rostro en blanco, pero sentí la rigidez en mis hombros. Había visto mi reacción, y él sabía lo que significaba. Los Maestros vampiros no se pierden mucho.

—Tiene muchos miembros, Malcolm. ¿Podría reducir la lista un poco? ¿De quién estamos hablando?

—No sea tímida, Sra. Blake.

—No estoy siendo tímida.

—Está tratando de dar a entender que tiene más de una orden para mis vampiros. No lo creo, y usted tampoco.

Debería haberme sentido insultada, porque no estaba mintiendo. Dos de sus vampiros habían sido muy malos.

—Si sus vampiros hubieran hecho el juramente de sangre plenamente a usted, sabría que le estoy diciendo la verdad, ya que es capaz de hacer cumplir su código moral en formas completamente nuevas.

—Un juramento de sangre no es un control de garantía absoluta, Sra. Blake.

—No, pero es un comienzo.

Un juramento de sangre era lo que un vampiro toma cuando se une a un grupo nuevo de vampiros, un nuevo beso. Literalmente lleva la sangre del maestro de la ciudad. Quería decir que el maestro tenía mucho más control sobre él, y los vampiros de menor poder, también. Si su amo era lo bastante poderoso. Un maestro débil no sería de mucha ayuda, pero Jean-Claude, el Maestro de la ciudad de St. Louis y mi amante, no era débil. Por supuesto, el maestro ganaba poder del juramento, también. Cuanto más poder ganaba un vampiro de sus juramentos, más ganaban ellos. Al igual que los poderes de vampiro para muchos, era una calle de doble sentido.

—No quiero hacer cumplir mi código moral. Quiero que mi gente elija ser buenas personas —dijo Malcolm.

—Hasta que su congregación haga un juramento de sangre a algún maestro vampiro, serán balas perdidas, Malcolm. Tiene que controlarlos por la fuerza, no por la personalidad y la moral. Los vampiros sólo comprenden el temor, y el poder.

—Es la amante de por lo menos dos vampiros, Sra. Blake. ¿Cómo puede decir eso?

Me encogí de hombros.

—Tal vez porque estoy saliendo con dos vampiros.

—Si eso es lo que le han enseñado al siervo humano de Jean-Claude, Sra. Blake, entonces es algo triste lo que le ha enseñado.

—Él es el Maestro de la ciudad de St. Louis, Malcolm, no usted. Usted y su iglesia, no sois molestados debido a su tolerancia.

—No somos molestados debido a que la Iglesia creció poderosa en el marco previo del Maestro de la Ciudad, en el momento, en que Jean-Claude subió al poder, ya había centenares. Él no tenía el poder para traerme a mí ni a las personas que me seguían.

Tomé un sorbo de café mientras pensaba en mi siguiente respuesta, porque no podía discutir con él. Él probablemente tenía razón.

—Independientemente de cómo llegamos a donde estamos, Malcolm, tiene varios cientos de vampiros en esta ciudad. Jean-Claude pensó que los tiene porque estaban unidos por el juramento de sangre. Pero nos enteramos en octubre de que no lo están. Lo qué significa que los vampiros con los que está separándose tienen un espantoso potencial de poder. Estoy bien con eso, supongo. Es su elección, si ellos comprenden que es una elección, pero si no hay juramento de sangre significa que no se encuentran místicamente atados a nadie, solo al vampiro que los hizo. Usted, digo, hace el acto la mayoría de las veces. Aunque los diáconos de la iglesia le reclutan a veces.

—Cómo se organiza nuestra iglesia no es su preocupación.

—Sí —dije—, si lo es.

—¿De verdad sirve a Jean-Claude ahora, cuando dice eso, o es un marshal federal quién me critica? —Entrecerró los ojos azules—. No creo que el gobierno federal sepa o entienda lo suficiente de vampiros como para preocuparse de si tengo juramento de sangre con mi gente.

—El juramento de sangre reduce la posibilidad de hacer cosas a espaldas del maestro vampiro.

—El juramento de sangre elimina su libre albedrío, Sra. Blake.

—Tal vez, pero he visto el daño que pueden hacer con su libre albedrío. Un buen maestro de la ciudad puede garantizar que no hay casi ningún crimen entre su gente.

—Ellos son sus esclavos —dijo Malcolm.

Me encogí de hombros y se recosté en la silla.

—¿Está aquí para hablar de la orden, o para hablar de las opciones que Jean-Claude dio a su iglesia?

—Ambas.

—Jean-Claude le dio a usted y a los miembros de su iglesia, sus opciones, Malcolm. O haces que hagan el juramento de sangre, o lo hace Jean-Claude. O pueden trasladarse a otra ciudad para hacer el juramento de sangre allí, pero se tiene que hacer.

—Es una elección de deberían hacer aquellos que serían esclavos, Sra. Blake. No es una opción.

—Jean-Claude fue generoso, Malcolm. Por la ley vampiro podría haberle matado a usted y a su congregación.

—Y ¿qué haría la ley, qué haría usted, como una marshal federal, haber sentido semejante masacre?

—¿Está diciendo que soy una marshal federal que limita las opciones de Jean-Claude?

—Él valora tu amor, Anita, y tú no amarías a un hombre que podría masacrar a mis seguidores.

—No te añades a esa lista, ¿por qué?

—Eres un verdugo legal de vampiros, Anita. Si rompo la ley humana, tú misma deberías matarme. No culparías a Jean-Claude por hacer lo mismo si rompo la ley vampírica.

—¿Crees que solo le dejaría que te matara?

—Creo que me matarías por él, si lo sintieras justificado.

Una pequeña parte de mí quería discutir, pero tenía razón. Había sido autorizada como la mayoría de los ejecutores de vampiros que tenían dos o más años en el trabajo y podría pasar la prueba de armas de fuego. La idea era, que lo que nos convierte en marshals federales era la forma más rápida que nos concedía la capacidad de cruzar las fronteras estatales y un mayor control sobre nosotros. Cruzar las fronteras estatales y tener una tarjeta de identificación era genial; no estaba segura de cómo controlar a los nuestros. Por supuesto, era la única cazadora de vampiros que también estaba saliendo con un Maestro de la Ciudad. La mayoría lo veía como un conflicto de intereses. Francamente, así lo hacía yo, pero no había mucho que pudiera hacer al respecto.

—No vas a discutir conmigo —dijo Malcolm—. No puedo decidir si crees que soy una influencia civilizadora sobre Jean-Claude, o una mala. Te vi una vez como su víctima, Anita. Ahora ya no estoy seguro de quien es la víctima, y quién el perpetrador.

—¿Debo sentirme ofendida?

Él sólo me miró.

—La última vez que estuve en tu iglesia me llamaste «el mal», y me acusaste de utilizar magia negra. Llamaste a Jean-Claude inmoral, y a mí su puta, o algo así.

—Estabas intentando llevarte a uno de mi gente para ser asesinado sin

un juicio. Le disparaste a muerte en el recinto de la iglesia.

—Era un asesino en serie. Tenía una orden de ejecución para todos los involucrados en esos crímenes.

—Todos los vampiros, querrás decir.

—¿Estás suponiendo que esos seres humanos o cambiaformas estaban involucrados?

—No, pero si lo hubieran estado, nunca hubieras permitido que les dispararan a muerte con la policía ayudándote para hacerlo.

—He tenido órdenes para cambiaformas antes.

—Pero eso es raro, Anita, y no hay órdenes de ejecución para los seres humanos.

—La pena de muerte todavía existe, Malcolm.

—Después de un juicio, y años de apelaciones, si eres humano.

—¿Qué quieres de mí, Malcolm?

—Quiero justicia.

—La ley no es justicia, Malcolm. Se trata de la ley.

—Ella no cometió el delito del que se le acusa, como nuestro errante hermano Avery Seabrook era inocente del crimen por el que le buscabas. —Él llamaba a cualquiera de su grupo religioso que se unía a Jean-Claude «trotamundos». El hecho es que Avery, el vampiro, tenía un apellido que significaba que llevaba muy poco tiempo muerto, y que era un vampiro americano. Los vampiros normalmente sólo tenían un nombre, como Madonna o Cher, y sólo un uno por ciento de los vampiros del país podían tener ese nombre. En los duelos se disputaban por el derecho a utilizar los nombres. Hasta ahora, hasta en los Estados Unidos. Teníamos vampiros con apellidos, algo inaudito.

—Liquidé a Avery. Legalmente, no tenía que hacerlo.

—No, podías haberle matado a tiros, te enteraste de tu error más tarde, y no sufriste nada bajo la ley.

—Yo no escribí esta ley, Malcolm, solo la llevo a cabo.

—Los vampiros tampoco escribieron esta ley, Anita.

—Eso es cierto, pero ningún ser humano puede hipnotizar a otro ser humano para que le ayude en sus propios secuestros. Los seres humanos no pueden volar con sus víctimas en los brazos.

—¿Y eso justifica nuestro sacrificio?

Me encogí de hombros de nuevo. Iba a dejar esta discusión solo porque había comenzado a no gustarme esa parte de mi trabajo. No pensaba que

los vampiros fueran monstruos ya; lo cual hizo que para mí fuera más difícil matarles. Eso hacía ejecutarles cuando no podían defenderse de los monstruos, conmigo como el monstruo.

—¿Qué quieres que haga, Malcolm? Tengo una orden con el nombre de Sally Hunter. Los testigos la vieron salir del apartamento de Bev Leveto. La Sra. Leveto murió por un ataque de vampiro. Sé que no fue ninguno de los vampiros de Jean-Claude. Eso deja a los tuyos. —Infiernos, tenía la fotografía de su permiso de conducir en el archivo con la orden. Tengo que admitir que tener una imagen para llevar me hizo sentir más como un asesino. Una foto para obtener el derecho.

—¿Estás muy segura de eso?

Parpadeé hacia él, el parpadeo lento me dio tiempo para pensar, pero no parece que estaba pensando furiosamente.

—¿Qué estás tratando de decir, Malcolm? No soy buena en las sutilezas; sólo dime lo que viniste a decir.

—Algo poderoso, alguien poderoso, vino a mi iglesia la semana pasada. Ellos se escondieron. No podía encontrarles en los nuevos rostros de mi congregación, pero sé que alguien inmensamente poderoso estaba allí. —Se inclinó hacia delante, su calma exterior tenía grietas en los bordes—. ¿Entiendes lo poderosos que tendrían que ser para que no los hubiera sentido, utilizar todos mis poderes para buscar en el lugar, y no ser capaz de encontrarles?

Pensé en ello. Malcolm no era el Maestro de la ciudad, pero era probablemente uno de los cinco vampiros más poderosos de la ciudad. Estaría más alto, si no fuera tan terriblemente moral. Eso le limitaba de alguna manera.

Lamí mis labios, cuidadosamente por el pintalabios, asentí.

—¿Querían que supieras que estaban allí, o era parte de un accidente?

Él actualmente se mostró sorprendido durante un momento antes de que tuviera el control de su rostro. Jugaba demasiado al humano con los medios de comunicación; estaba empezando a perder esa quietud que los viejos vampiros tienen.

—No lo sé. —Incluso su voz ya no era suave.

—¿El vampiro lo hizo para burlarse de ti, o era arrogancia?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé.

Tuve un momento de revelación.

—Viniste aquí porque crees que Jean-Claude debe saberlo, pero no puedes dejar que tu congregación te vea ir con el Maestro de la Ciudad. Eso supondría una debilidad para toda tu libertad.

Él se quedó en su silla, luchando por mantener la ira fuera de su rostro, y fallando. Estaba más asustado de lo que pensaba, estar perdido tan desesperadamente delante de alguien, no le gustaba. Infiernos, el había venido a mí para pedir ayuda. Estaba desesperado.

—Pero puedes venir a mí como un agente federal, y contármelo. Porque sabes que se lo diré a Jean-Claude.

—Creo que te gusta, Sra. Blake.

Nosotros no éramos el primer nombre en su lista. Lo había golpeado en la cabeza.

—Un vampiro grande y malo comprueba tu iglesia. Tú no eres un vampiro lo suficientemente fuerte para hacerle salir, y vienes a mí, a Jean-Claude y a toda su estructura de poder inmoral. Vienes a la gente a la cual dices odiar.

Se puso de pie.

—El crimen por el que Sally es acusada pasó al menos veinticuatro horas después de que él, llegara a mi iglesia. No creo que sea una coincidencia.

—No estoy mintiendo sobre la segunda orden de ejecución, Malcolm. Está en el cajón de mi escritorio, ahora mismo, con la foto de un permiso de conducir del vampiro en cuestión.

Él se sentó de nuevo.

—¿Qué nombre está en él?

—¿Por qué, para que puedas avisar… les? —Yo casi dije la, que era otro vampiro femenino—. Mi gente no es perfecta, Sra. Blake, pero creo que otro vampiro ha llegado a la ciudad y se está enmascarando.

—¿Por qué? ¿Por qué haría alguien eso?

—No lo sé.

—Nadie ha molestado a Jean-Claude o a su gente.

—Lo sé —dijo Malcolm.

—Sin un verdadero maestro, un verdadero juramento de sangre, al cual esté conectado místicamente, tu congregación son solo ovejas esperando a que los lobos vallan a por ellos.

—Jean-Claude dijo eso hace más de un mes.

—Sí, lo hizo.

—Al principio pensé que era uno de los nuevos vampiros que se unieron a Jean-Claude. Uno de los que venían de Europa, pero no lo es. Es algo más poderoso que eso. Orit es un grupo de vampiros combinando sus poderes a través de las marcas de su amo. Solo he sentido un poder como este antes.

—¿Cuándo? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Nos tienen prohibido hablar de eso, es pena de muerte. Sólo si ellos contactan con nosotros directamente podemos romper el silencio.

—Parece que ya has sido contactado —dije.

Sacudió la cabeza otra vez.

—Están intentando forzarme a mí, y a mi gente, porque técnicamente estoy fuera de la habitual ley de los vampiros. ¿Informó Jean-Claude al consejo de que mi iglesia que tenía juramento de sangre con ninguno de mis seguidores?

Asentí.

—Sí, lo hizo.

Él puso sus grandes manos sobre su cara y se inclinó sobre sus rodillas, casi como si se sintiera débil, susurró:

—Me lo temía.

—Vale, Malcolm, te estás moviendo demasiado rápido para mí. ¿Qué tiene que ver que Jean-Claude informara al Consejo con que algún grupo de poderosos vampiros esté jugando con tu iglesia?

Él me miró, pero sus ojos se habían apagado por la preocupación.

—Dile lo que te he dicho. Él lo entenderá.

—Pero yo no.

—Tengo hasta el día de Año nuevo para dar mi respuesta a Jean-Claude sobre el juramento de sangre. Él ha sido generoso y paciente, pero hay personas entre el consejo que no son así. Había esperado que estuvieran orgullosos, por lo que había logrado. Pensé que les complacería, pero me temo que ahora el Consejo no está dispuesto a ver mi valiente nuevo mundo de libre albedrío.

—El libre albedrío es para los seres humanos, Malcolm. En la comunidad sobrenatural se trata del control.

Se puso de pie otra vez.

—Tienes que tener completa discreción sobre cómo se ejecuta la orden, Anita. ¿Vas a utilizar un margen de apreciación para encontrar la verdad

antes de matar a mis seguidores?

Me puse de pie.

—No puedo garantizar nada.

—No pregunté eso. Sólo te pido que busques la verdad antes de que sea demasiado tarde para Sally y mi otro seguidor, cuyo nombre ni siquiera me vas a dar. —Suspiró—. No he enviado a Sally fuera de la ciudad; ¿por qué avisaría a los otros?

—Entraste por la puerta sabiendo que Sally estaba en problemas. No te estoy ayudando a descubrir al otro chico malo.

—¿Se trata de un hombre, entonces?

Le miré, me alegraba que pudiera perder el contacto visual. Siempre había sido muy difícil devolver el contacto visual cuando no podía mirar a un vampiro a los ojos.

Enderezó sus hombros, como si sólo ahora fuera consciente de que había bajado la mirada.

—Ni siquiera me darás eso, ¿verdad? Por favor dile a Jean-Claude lo que te he dicho. Debería haber venido a ti inmediatamente. Pensé que la moral me evitaría recorrer la estructura de poder que desprecio, pero no era la moral, era el pecado, el pecado. Espero que mi orgullo no le haya costado la vida a más de mis seguidores. —Se dirigió hacia la puerta.

Le llamé.

—Malcolm.

Se dio la vuelta.

—¿Cómo de grande es esta situación de emergencia?

—Grande.

—¿Un par de horas harán una diferencia?

Pensó en ello.

—Tal vez, ¿por qué me lo preguntas?

—No veré a Jean-Claude esta noche. Sólo quería saber si debería llamarle, darle el aviso.

—Sí, por supuesto, dale su aviso. —Me frunció el ceño—. ¿Por qué no ves a tu maestro esta noche, Anita? ¿No vives con él?

—En realidad, no. Me quedo en su casa la mitad de la semana, pero tengo mi propia casa todavía.

—¿Matarás esta noche a más de mis chicos?

Sacudí mi cabeza.

—Entonces, levantarás a mis hermanos más fríos. ¿Qué feliz muerto

molestarás esta noche, Anita? ¿Qué zombi levantarás para que algún humano pueda conseguir su herencia, o una mujer puede consolar?

—Sin zombis esta noche —dije. Estaba perpleja por su actitud debido a que había insultado a los zombis. Nunca había escuchado a un vampiro reclamar algún parentesco con los zombis, o ghouls, ni nada excepto con otros vampiros.

—Entonces, ¿qué te evita estar en los brazos de tu señor?

—Tengo una cita, no es de tu incumbencia.

—¿Pero no es una cita con Jean-Claude, o Asher?

Sacudí mi cabeza.

—Con tu hombre lobo Richard, ¿entonces?

Sacudí mi cabeza, una vez más.

—¿Por quién abandonas a los tres, Anita? Ah, tu rey leopardo, Micah.

—Te equivocas de nuevo.

—Me sorprende que esté contestando a mis preguntas.

—Así soy, en realidad. Creo que es porque sigues llamándome puta, y creo que quiero restregártelo por la cara.

—¿Qué, el hecho de que es una puta? —Su rostro no mostró nada cuando lo dijo.

—Sabía que no podías hacerlo —dije.

—¿Hacer qué, Sra. Blake?

—Sabía que no podrías jugar limpio el tiempo suficiente para obtener mi ayuda. Sabía que si te seguía, serías estirado y mezquino. —Hizo una pequeña reverencia, solo desde el cuello.

—Le dije, Sra. Blake, que mi pecado es el orgullo.

—¿Y cuál es mi pecado, Malcolm?

—¿Quiere que la insulte, Sra. Blake?

—Sólo quiero que me lo digas.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —dije.

—Muy bien; su pecado es la lujuria, Sra. Blake, como es el pecado de tu maestro y de todos sus vampiros.

Negué con la cabeza y sentí que la sonrisa desagradable se formaba en mis labios. La sonrisa que dejaba frío a mis ojos, y por lo general significaba que estaba bien y verdaderamente cabreada.

—Ese no es mi pecado, Malcolm, no el más cercano y más querido a mi corazón.

—Y ¿cuál sería su pecado, Sra. Blake?

—Ira, Malcolm, es la ira.

—¿Está diciendo que le he hecho enfadar?

—Siempre estoy enfadada, Malcolm, sólo me dio un objetivo para enfocarlo.

—¿Tiene envidia de alguien, Sra. Blake?

Pensé en ello, entonces sacudí mi cabeza.

—En realidad no, no.

—No preguntaré por la pereza; su trabajo es demasiado duro para que eso sea un problema, no es codiciosa, ni glotona. ¿Es orgullosa?

—A veces —respondí.

—La ira, la lujuria y el orgullo, ¿entonces?

Asentí.

—Creo que sí, si alguien está llevando la cuenta.

—Oh, alguien está llevando la cuenta, Sra. Blake, nunca dude de eso.

—Soy cristiana, también, Malcolm.

—¿Se preocupa por cómo entrar en el cielo, Sra. Blake?

Fue una pregunta tan extraña que respondí.

—Sí, durante un momento, pero todavía tengo mi fe, mis rezos y aún brilla mi cruz, todavía tengo el poder para perseguir a las cosas malas, Dios aún no me ha abandonado; es solo que todos los cristianos fundamentalistas de derecha quieren creer que él lo hace. He visto el mal, Malcolm, el mal real, y no eres así.

Él sonrió, y fue gentil, y casi avergonzado.

—¿He venido a usted por la absolución, Sra. Blake?

—No creo que sea la única que te pueda dar la absolución.

—Me gustaría un sacerdote para escuchar mis pecados antes de morir, Sra. Blake, pero ninguno se acercará a mí. Ellos son santos, y los otros atavíos que utilicen estallaran en llamas ante mi presencia.

—No es cierto. Los elementos sagrados sólo se incendian cuando el creyente entra en pánico, o si se intenta usar los poderes de vampiro sobre ellos.

Él me parpadeó, y me di cuenta de que sus ojos tenían lágrimas derramadas, las luces del techo provocarían eso.

—¿Es eso cierto, Sra. Blake?

—Prometo lo que es. —Su actitud me estaba empezando a crear miedo por él. No quería tener miedo por Malcolm. Ya había bastante gente en mi

vida que me importaba lo suficiente como para preocuparme, y no quería añadir a los no-muertos Billy Graham a mi lista.

—¿Conoces algún sacerdote que pueda estar dispuesto a escuchar una confesión muy larga?

—Puede ser, aunque no sé si se les permite darte la absolución, ya que técnicamente ante los ojos de la iglesia ya estás muerto. Tengo vínculos con una comunidad de religiosos, Malcolm; seguramente uno de los otros dirigentes estaría dispuesto.

—No quiero pedírselo, Anita. No quiero que sepan mis pecados. Más bien… —Dudó, luego habló, pero estaba bastante segura de que no era la frase que empezó a utilizar—. En silencio, prefiero que se haga en silencio.

—¿Por qué la súbita necesidad de la confesión y la absolución?

—Todavía soy un creyente, Sra. Blake; ser un vampiro no ha cambiado eso. Deseo morir con mis pecados absueltos.

—¿Por qué esperas morir?

—Dígale a Jean-Claude lo que he dicho sobre el extraño o extraños en mi iglesia. Dígale mi deseo de un sacerdote para escuchar mi confesión. Él lo entenderá.

—Malcolm…

Él siguió caminando, pero se detuvo con la mano en la puerta.

—Me retracto de lo que le he dicho, Sra. Blake, no lamento haber venido. Lo único que lamento es que no vine hace unos días. —Con esto salió y cerró la puerta suavemente detrás de él.

Me senté en mi escritorio y llamé a Jean-Claude. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero algo estaba pasando, algo grande. Algo malo.



DOS

Primero llamé al club de striptease de Jean-Claude, Placeres Prohibidos. Había vuelto a ser el gerente desde que tenía vampiros suficientes para ayudar en los negocios. Por supuesto, no fue Jean-Claude el que contestó el teléfono. Uno de los empleados contestó y me informó que estaba en el escenario. Le dije que ya llamaría, y sí, era importante, así que él me llamaría.

Colgué el teléfono y lo miré. ¿Qué estaba haciendo mi amante mientras me sentaba en mi oficina a pocos kilómetros de distancia? Me imaginé todo su pelo largo y oscuro, la perfección de su rostro pálido, y estaba pensando demasiado. Lo podía sentir. Sentir a la mujer en sus brazos mientras se aferraba a él. Tenía su rostro entre las manos para mantener el beso para impedir que se cortara sus propios labios contra las afiladas puntas de sus colmillos. Sentí su afán. Vi dentro de su mente, que ella lo quería tener aquí y ahora en el escenario delante de todos. A ella no le importaba; ella sólo le

quería.

Jean-Claude se alimentaba con ese deseo, esa necesidad. Se alimentaba de ella, como los demás vampiros se alimentaban de sangre. Un camarero medio desnudo llegaba al escenario para ayudar a alejarla, suavemente, de él. Y la ayudó a volver a su asiento, mientras ella lloraba, lloraba por lo que no podía tener. Ella había pagado por un beso, y lo había conseguido, pero Jean-Claude siempre te dejaba con ganas de más. Yo debería saberlo.

Hablaba como un poco de viento seductor a través de mi mente:

—*Ma petite*, ¿qué estás haciendo aquí?

—Pensar demasiado fuerte —le susurré a la oficina vacía, pero él me oyó.

Sonrió con al menos dos tipos diferentes de manchas de lápiz de labios alrededor de su boca.

—Entraste en mi mente mientras alimentaba el *ardeur* y no se levantó en ti, has estado practicando.

—Sí. —Se sentía raro decirlo en voz alta en la oficina vacía, oscura, sobre todo porque podía oír el murmullo y el zumbido del club a su alrededor. Las mujeres clamaban estar con él, moviendo su dinero para que las eligieran.

—Tengo que elegir a unas pocas más, luego podremos hablar.

—Usa el teléfono —dije—. Estoy en la oficina.

Se echó a reír, y el sonido se hizo eco a través de mí, mi piel se estremeció, la parte baja de mi cuerpo se apretó. Me aparté de él, cerré los enlaces metafísicos entre nosotros lo suficiente para no dejarme atrapar de nuevo en su actuación. Entonces traté de pensar en otra cosa, nada más. Si hubiera sabido lo suficiente sobre el béisbol, hubiera pensado en eso, pero no era mi deporte. Jean-Claude no se desnudaba, pero sí se alimentaba de la energía sexual de la multitud. En otro siglo hubiera sido llamado un íncubo, un demonio que se alimentaba de la lujuria. La idea casi me lanzó a él, pero pensé, piensa en cosas legales, la ley. Algo. En este siglo él solamente tuvo que poner una advertencia en varios sitios del club con una declaración, —Aviso: Los poderes de vampiro serán parte de la hospitalidad. No hay ninguna excepción. Por estar dentro del club, usted da permiso para el empleo legal de poderes de vampiro sobre usted y la gente con usted.

Las nuevas leyes habían ayudado en no dejar hacer a los vampiros todo lo que podrían hacer legalmente. No podían hacer el control mental uno a uno, a pesar de que la hipnosis en masas estaba bien, porque la llamada no

era tan profunda o completa. El control de la mente uno a uno significaba que el vampiro puede llamar a la gente de sus camas, les puede obligar a llegar al vampiro. La hipnosis de masas no era así, o esa era la teoría. Un vampiro no puede beber sangre sin tener el permiso del donante, en primer lugar. No puedes utilizar las facultades de vampiro para conseguir sexo. Más allá de eso, la ley establecía que había que notificar a los seres humanos en su lugar de trabajo, y más allá la ley era muy vaga. El último no, sobre ningún poder para el sexo se había añadido el año pasado. Fue tratado como una droga de violación, para efectos legales. Salvo que un vampiro condenado por su uso es condenado a muerte, ni juicio, ni cárcel. Malcolm tenía razón acerca de la doble moral. Los vampiros eran personas ante la ley, pero no obtenían todos los derechos que el resto de la ciudadanía estadounidense tiene. Por supuesto, la mayoría del resto de los ciudadanos no podía apartar las barras de hierro y utilizar el control mental para borrar los recuerdos de la gente. Habían sido considerados demasiado peligrosos para la cárcel después de unos pocos incidentes muy feos con sangre.

Así que mi trabajo como verdugo de vampiro se había inventado. No me refiero a hacer que suene como si fuera la primera con el trabajo. No lo era. Los que tomaron el primer trabajo eran personas que habían estando matando vampiros cuando aún eran ilegales, por lo que podrían matar a la vista sin problemas legales. El gobierno realmente había arrancado las credenciales de algunas personas que habían tenido dificultades para comprender que había que esperar una orden de ejecución antes de matar a nadie. Finalmente tuvieron que poner a uno de los cazadores de vampiros de estilo antiguo en la cárcel. Todavía estaba en la cárcel cinco años después. Habían enviado el mensaje.

Yo había llegado al final de la cola de la vieja escuela, pero sobre todo nunca había matado a un vampiro que no había sido cubierto por papeleo legal. Miré mi reloj. Todavía tenía tiempo suficiente para correr a casa, cambiarme de ropa, recoger a Nathaniel, y ver la película. El teléfono sonó, y salté. Nerviosa, ¿quién, yo?

—¿Hola? —pregunté.

—*Ma petite*, ¿qué sucede? —Esa suave voz se filtró a través del teléfono como una mano acariciando mi piel, no era sexual, en esta ocasión. Me estaba calmando. Había recogido mi nerviosismo en la alimentación del *ardeur*, y lo había perdido.

—Malcolm vino a verme.

—¿Para hablar acerca de la sangre o algo así?

—Sí, y no —dije.

—¿Por qué sí, y no, *ma petite*?

Le dije lo que Malcolm me había dicho. En algún lugar en medio de la charla, cerró el vínculo metafísico entre nosotros, apretándolo tan fuerte de tal forma que no podía sentir nada de él. Podríamos compartir mutuamente sus sueños, pero si se blindaba lo suficiente, nos podríamos cerrar el uno al otro. Pero teníamos que trabajar, y no lo hacía a menudo últimamente. El silencio cuando terminé fue tan completo que tuve que preguntar:

—Jean-Claude, ¿estás todavía ahí? Ni siquiera puedo escuchar tu respiración.

—No tengo que respirar, *ma petite*, como bien sabes.

—Es sólo un dicho —dije.

Suspiró entonces, y el sonido estremeció mi piel. Esta vez fue sexual. Podía utilizar parte de sus poderes en mí y aún escudarse como un hijo de puta. Yo no podía. Cuando estaba blindada, tan fuertemente, se cortaban muchas de mis habilidades.

—Deja de hacer eso. No trates de distraerme con tu voz. ¿Qué es lo que Malcolm no puede decirme sin ser asesinado?

—No te va a gustar mi respuesta, *ma petite*.

—Dímelo.

—No puedo decírtelo. Estoy bajo la misma amenaza de Malcolm, como todos los vampiros de todas partes.

—¿Todos los vampiros? —Correcto—. ¿Qué, o quién, podría obligar a un juramento así a todos vosotros? —Pensé por un segundo, luego, respondí a la pregunta—. El consejo de vampiros, por supuesto.

—Correcto.

—¿Así que no me vas a decir nada sobre lo que está sucediendo?

—No puedo, *ma petite*.

—Bueno, eso es frustrante como el infierno.

—No tienes ni idea de lo frustrante que es, *ma petite*.

—Soy tu siervo humano, ¿no? ¿No me hace eso estar al tanto de todos tus secretos?

—Ah, pero este no es mi secreto.

—¿Qué significa, no es tu secreto?

—Eso significa, *ma petite*, que no puedo hablar de esto contigo a menos

que se me dé permiso.

—¿Cómo se obtiene el permiso?

—Oremos para que nunca esté en condiciones de responder a esa pregunta, *ma petite*.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que, si soy capaz de hablar de esto abiertamente, entonces he sido contactado, y no deseo ser contactado por eso.

—¿Eso, una cosa, no una persona?

—No diré nada más. —Sabía que podía empujar contra sus escudos, y a veces agrietarlos.

Lo pensaba, y era como si leyera mi mente, y tal vez lo hizo.

—Por favor, *ma petite*, no me presiones al respecto.

—¿Qué tan grave es?

—Es malo, pero creo que no es nuestro mal. Creo que Malcolm volverá la justicia vampiro por sus crímenes, si lo hacemos o no.

—Así que lo que sea, o quien sea, esto, ¿es la caza de Malcolm?

—Tal vez. Sin duda, es él y su congregación la que tienen la atención.

—¿Podría ser que el que sea realmente esté incriminando a la gente de Malcolm y usarnos a mí y a los otros verdugos de vampiros para hacer su trabajo sucio?

—Tal vez. Esta situación jurídica es muy nueva. Sé que algunos de los niveles mayores de la política de vampiros están desconcertados por el mismo. Tal vez algunos decidieron utilizarlo para su propio beneficio.

—Tuve un caso hace apenas dos meses, cuando un vampiro incriminó a otro por un asesinato de una mujer. No quiero matar a alguien que es inocente.

—¿Es algún vampiro realmente inocente?

—No me des esa mierda fundamentalistas, Jean-Claude.

—Somos monstruos, *ma petite*. Sabes que lo creo.

—Sí, pero no deseas volver a los viejos tiempos y hacer que se abra la veda para vosotros.

—No, no quiero eso. —Había algo en el tono seco de su voz.

—Te estás blindado tan fuerte que no puedo decir lo que sientes. Sólo te escudas tan fuerte cuando tienes miedo, mucho miedo. —Temo que recojas de mi mente lo que me han prohibido decirte. No hay posibilidad de esquivarlo, en este sentido… la ley para nosotros. Si sabes este secreto, incluso de mi mente, por accidente, podría ser motivo de masacre para

nosotros.

—¿Qué diablos es este secreto?

—Te he dicho todo lo que puedo.

—¿Tengo que dormir en el Circo de los Malditos contigo esta noche? ¿Tenemos que cerrar filas?

Se quedó callado otra vez, y finalmente dijo:

—No, no.

—No pareces seguro.

—Creo que sería algo muy malo para ti dormir conmigo esta noche, *ma petite*.

Con el sexo y los sueños es el momento que los escudos caen, y puedes saber lo que no puedo permitirme el lujo de que sepas.

—¿Estás diciendo que no voy a verte hasta que esto se resuelva?

—No, no, *ma petite*, pero no esta noche. Voy a pensar en nuestra situación y decidir un curso de acción para mañana por la noche.

—¿Curso de acción? ¿Cuáles son las posibilidades?

—No me atrevo a decírtelas.

—Maldita sea, Jean-Claude, habla conmigo. —Estaba un poco enfadada, pero la sensación de opresión en el estómago era de miedo sobre todo.

—Si todo va bien, nunca sabrás este secreto.

—¿Pero es algo que el consejo podría haber enviado para matar a Malcolm y destruir su iglesia?

—No puedo responder a tus preguntas.

—No lo vas a hacer, quieres decir.

—No, *ma petite*, no puedo. ¿No se te ha ocurrido que esto podría ser una táctica de nuestros enemigos para darles una excusa bajo la ley de vampiros para destruirnos?

De pronto sentí frío.

—No, no se me había ocurrido.

—Piensa en ello, *ma petite*.

—Quieres decir, que han enviado algo, para que si me lo cuentas, entonces, nos pueden matar. Crees que alguien en el consejo cuenta con el hecho de que estamos tan íntimamente unidos metafísicamente que no puedes guardar un secreto tan grande de mí. Y si me entero, no sólo Malcolm será a quien van a matar, sino a nosotros también.

—Es un pensamiento, *ma petite*.

—Un pensamiento muy tortuoso, retorcido y solapado.

—Los vampiros son muy retorcidos, *ma petite*. En cuanto a mí, podrían pensar como inteligente.

—Pueden pensar lo que quieras, pero es una manera cobarde.

—Oh, no, *ma petite*, no quiero que nadie en el consejo ponga toda su atención en un reto conmigo. Eso también sería algo muy malo.

—¿Entonces, qué? ¿Me encuentro con Nathaniel en nuestra cita, y pretendo que no hemos tenido esta charla?

—Algo así, sí.

—No puedo fingir que no sé qué algo grande y malo ha llegado a la ciudad.

—Si no nos caza, seamos agradecidos, y no peleemos con ello. Te lo ruego, Anita, por el bien de todos a los que amas, no busques una respuesta a este enigma. —Me llamó por mi nombre real, era una mala señal.

—No puedo fingir que no pasa nada, Jean-Claude. ¿Ni siquiera me vas a decir que tenga más cuidado de lo normal?

—Estás siempre alerta, *ma petite*. Nunca me preocupo de que algo malo vaya a capturarte sin que lo sepas. Se trata de uno de tus encantos que puedas cuidar de ti misma.

—Incluso en contra de algo tan malo como para asustar a Malcolm.

—Confío en ti, *ma petite*. ¿Confías en mí?

Esa fue una pregunta tendenciosa, pero finalmente dije:

—Sí.

—No suenas muy segura.

—Confío en ti, pero… no me gustan los secretos, y no confío en el consejo. Y tengo una orden de ejecución de un vampiro que es probablemente inocente. Tengo una segunda orden que llega mañana. Ambos son miembros de la Iglesia de la Vida Eterna. No estoy de acuerdo con la filosofía de Malcolm, pero sus miembros por lo general se mantienen alejados de los delitos de asesinato. Si tengo una orden de ejecución por un tercer miembro de la iglesia de Malcolm esta semana, entonces es una incriminación. La ley, como está escrita, no me da mucho margen, Jean-Claude.

—En realidad, te da un gran margen de maniobra, *ma petite*.

—Sí, sí, pero si no uso la orden en el momento oportuno, voy a tener que responder ante mis superiores. Soy un marshal federal ahora, y me pueden llamar del tribunal y tendré que explicar mis acciones.

—¿Han hecho eso a cualquiera de los marshal nuevos ya?

—Todavía no. Pero si tengo una orden judicial, y otros asesinatos con el mismo M.O. siguen ocurriendo, necesito una explicación de por qué no he matado a Sally Hunter. La policía, cualquiera que esté a cargo, no acepta —es un secreto, como respuesta si la gente sigue muriendo.

—¿Cuántos seres humanos están muertos?

—Una víctima por orden judicial, pero si dudo de las órdenes, ¿Se intensificará la violencia por mi culpa?

—Es posible.

—Es posible —dije.

—*Oui*.

—Ya sabes, esto podría ponerse feo muy rápido.

—Has utilizado tus poderes discretamente para dejar órdenes en el pasado. Salvaste a nuestro Avery.

—Él no es «nuestro Avery». Él sería tuyo, si le dejaras. —No había ni el más débil de los tonos en su voz.

—¿Estás celoso de Avery Seabrook? Lleva sólo dos años muerto.

—No son celos de la forma que quieres decir.

—Entonces, ¿cómo?

—Fue mi sangre la que bebió cuando me hizo el juramento, *ma petite*, pero no soy yo a quien observa. Debería ser su amo, pero creo que si los dos le ordenamos hacer cosas opuestas, no estoy seguro de a quien seguiría.

—¿Estás diciendo que mi influencia en él, es más fuerte que la tuya?

—Estoy diciendo que es una posibilidad.

Era mi turno para estar en silencio. Era una nigromante, no sólo una reanimadora de zombis, sino una real y verdadera nigromante. Podía controlar más que solo zombis. Todavía estábamos tratando de averiguar cuánto más.

—Malcolm dijo que no estaba seguro de cuál de nosotros es el maestro y quien el sirviente.

—Él dice tonterías, pero no es tonto.

—Creo que lo entiendo —dije.

—Entonces voy a ser claro. Ve a la cita con Nathaniel, celebra tu casi aniversario. Esta no es nuestra lucha, aún no, quizá nunca. No lo hagas nuestra lucha, ya que podría ser la muerte de todos a los que amamos.

—Oh, gracias, y con ese alegre mensaje, no voy a tener ningún problema en ir al cine y disfrutar.

A decir verdad, me sentía un poco tonta sobre la cita de esta noche. Nathaniel quería celebrar nuestro aniversario. El problema era que no podía estar de acuerdo en que nuestra relación hubiera cambiado de amigos a más que amigos.

Por lo tanto, había elegido una fecha y lo llamó nuestra casi aniversario. Si no hubiera estado demasiado avergonzada, hubiera elegido la primera vez que tuvimos relaciones sexuales como la fecha de aniversario. No podía encontrar la manera de explicar a los amigos el por qué de esa fecha.

Jean-Claude suspiró, y no era sexual, esta vez, sólo estaba frustrado, creo. Quería que este casi aniversario fuera bien, esta noche, *ma petite*. No sólo por tu bien, y el de Nathaniel, si él puede ser romántico, entonces el resto de nosotros podría tener una oportunidad para celebrar días especiales contigo también.

—¿Y qué fecha escogerías como nuestro aniversario? —pregunté, con una voz llena de sarcasmo.

—La primera noche que hicimos el amor, porque es la noche que realmente te dejaste amarme.

—Maldita sea, has pensado en esto.

—¿Por qué te hace sentir tan incómoda, *ma petite*?

Me hubiera gustado responderle, pero no pude. A decir verdad, no estaba segura.

—No lo sé, y siento que soy un dolor en el culo. Siento no dejarte y al resto de los chicos hacer todos los gestos románticos que deseáis. Lo siento… siento que es muy difícil estar enamorado de mí.

—Ahora, estás siendo demasiado dura contigo misma.

—Tengo miedo, estoy enfadada, me siento frustrada, y no quiero pelearme contigo, porque no es culpa tuya. Pero ahora, gracias a lo que acabas de decir, no me siento como si pudiera cancelar la cita de esta noche con Nathaniel. —Pensé en lo que acababa de decir—. Eres un cabrón, que lo hizo a propósito. Me manipulas para mantener la cita con Nathaniel.

—Tal vez, pero tú eres su primera novia real, y tiene veinte años. Es importante para él, esta noche.

—La que está saliendo con él soy yo, no tú.

—Si, pero si todos los hombres en tu vida son felices, eres feliz, y me hace la vida más fácil.

Eso me hizo reír.

—Eres un cabrón.

—Y no mentía, *ma petite*, me encantaría celebrar una vez al año la primera noche en que viniste a mí. Si tu primer intento en una celebración modesta falla, entonces el más grande, gesto romántico nunca sucederá. Quiero que pasen.

Suspiré y apoyé la cabeza contra el auricular del teléfono. Le oí decir:

—*Ma petite, ma petite*, ¿sigues ahí?

Puse el receptor de nuevo a mi boca y dije:

—Estoy aquí. No feliz, pero estoy aquí. Voy a ir, pero no habrá tiempo para cambiarme ahora.

—Estoy seguro de que a Nathaniel le gustará más que sigas adelante con este casi aniversario que vallas arreglada.

—Ha hablado el hombre que más a menudo me viste con ropa fetiche.

—No tan a menudo como me gustaría. —Antes de que pudiera pensar en una respuesta, dijo—: *Je t'aime*, —y colgó. Te quiero, en francés, y él colgó el teléfono mientras la recepción era buena.



TRES

Estaba corriendo, demasiado tarde para ir a casa primero. Una llamada telefónica y Nathaniel me recordó que debía reunirme en el teatro. No había reproche en su voz, ninguna queja. Creo que tenía miedo a quejarse, temor de que lo utilizaría como excusa para cancelar el casi aniversario. Probablemente tenía razón. Estaba saliendo, en el último recuento, con seis hombres. Cuando se está saliendo con tantas personas, los aniversarios parecen hipócritas. Quiero decir, ¿no era un aniversario algo que uno hacía para su persona especial? Todavía no había trabajado a mi manera a través de la molestia de las citas retorcidas con tantos hombres. Todavía no podía deshacerme de la idea de que con seis hombres para elegir no podía tener un cariño especial. Todavía estaba luchando con la idea de que todos ellos podrían ser especiales. Cuando me quedaba sola, no con cualquiera de ellos, sin mirarlos, o todos cubiertos en sus cosas metafísicas, podría ser bastante incómodo, y me sentía estúpida. Me sentí estúpida y de mal humor

hasta el momento en que vi a Nathaniel de pie justo dentro de las puertas, esperándome.

Medía cinco pies y seis pulgadas, ahora. Había crecido una pulgada en el último mes. A los veinte, veintiuno en primavera, estaba aumentando los anchos hombros, llenando la forma en que la mayoría de los hombres lo hacen antes. De hecho, he barajado más en los clubes que él ahora, lo que me irrita, y a él le gusta. Pero no era la altura lo que hizo detenerme y mirar.

Me paré en medio de la multitud del viernes por la noche corriendo a mi alrededor, y por tan sólo unos minutos me olvidé de que algo suficientemente malo para asustar a Jean-Claude y a Malcolm había llegado a la ciudad. Sí, Jean-Claude me había dicho que estábamos a salvo, pero aún así, no me gustaba ser descuidada en una multitud.

Nathaniel llevaba un abrigo de cuero y un sombrero a juego. El sombrero y el abrigo ocultaban la mayor parte de él, y aún así lograba hacer hincapié en el cuerpo de debajo. Era como un escondite y pedía al mismo tiempo que le prestaran atención. Había añadido el sombrero a su ropa de invierno porque sin él había sido reconocido varias veces. Los clientes del Placeres Prohibidos le conocían como Brandon, su nombre artístico. Una vez cubierto el pelo, no volvió a ocurrir.

Tenía el pelo en una especie de trenza apretada, de modo que parecía que su pelo castaño tenía un corte corto estándar y agradable. Era una ilusión. El cabello le caía hasta los tobillos, totalmente practico, pero Dios, era bastante.

No fue sólo el «ooh, ¿no es guapo?» lo que me hizo parar. Es que de pronto en su nuevo abrigo de cuero y sombrero, con el pelo todo cubierto, parecía mayor. Era siete años más joven que yo, y me sentía vagamente como una abusadora de menores cuando golpeó primero mi radar. Luché largo y duro para mantenerlo fuera de la caja de novios, pero al final, no había funcionado. Ahora me miraba con un extraño poder, y me di cuenta que el único que pensaba que todavía podría ser un niño era yo. Allí, de pie, como una versión fetiche de Sam Spade, no parecía tener veinte años. Parecía muy por encima de veintiuno.

Alguien me golpeó, y eso me hizo saltar. Mierda, eso era demasiado descuidado. Empecé a moverme, vestida con mi propio abrigo negro de cuero, pero sin sombrero. No usaba sombreros a menos que hiciera un frío anormal. Incluso con la Navidad a sólo unas semanas de distancia, no hacía

tanto frío. St. Louis en invierno: nieva un día, casi cincuenta años la siguiente.

Mi abrigo estaba desabrochado de la cintura para arriba, sólo con el cinturón en su lugar. Hacía más frío de esa manera, pero todavía podía llegar a mi pistola. El ir armada en invierno siempre estaba lleno de opciones divertidas como esa.

Él me vio antes de que hubiera conseguido cruzar las puertas exteriores. Me dio esa sonrisa que iluminaba todo su rostro, demasiado feliz de verme. Una vez me hubiera puteado, pero estaba demasiado ocupada luchando contra mi propia versión de la misma sonrisa. Uno de mis otros novios, dijo que odiaba estar enamorada, y tenía razón. Siempre me sentía demasiado estúpida, como las tarifas del seguro que debía subir, porque estás deteriorada. Románticamente con discapacidad.

El rostro bajo el sombrero era demasiado bonito para ser guapo. Era hermoso, no guapo. Al parecer, no importaba lo alto que fuera, o lo musculoso, no iba a cambiar. Pero no era un rostro delicado como el de Jean-Claude, o el de Micah, que era más fuerte con el hueso de los pómulos salientes. Algo, un poco más masculino en la cara, no pude poner mi dedo en la llaga, pero algo, y cuando lo miraba de lleno, nunca pensaba en femenino, siempre en masculino como el hombre que era. ¿Qué cambió en los últimos meses? ¿Y si no me hubiera dado cuenta de eso, o había sido siempre así y yo estaba decidida a marginarle porque no podía dejar que su rostro fuera más masculino que el de Jean-Claude o el de Micah? ¿Seguía igualando la fuerza y el ser un adulto con ser hombre? ¿Yo, de todas las personas? Por supuesto que no.

Su sonrisa se había desvanecido en los bordes.

—¿Qué te pasa?

Le sonreí y fui a abrazarlo.

—Sólo me preguntaba si te estoy prestando suficiente atención.

Me devolvió el abrazo, pero no como él quería. Me alejó para que pudiera ver mi cara.

—¿Por qué dices eso?

Finalmente miré fijamente sus ojos. Esta noche estaba muy distraída por lo que evité sus ojos casi como si fuera un vampiro con una mirada y yo fuera una humana. Tenía los ojos color lavanda, real y verdaderamente color lilas. Pero no era sólo el color, sino que eran grandes y perfectos, y coronaban su cara con ese toque final que solo hacía daño a tu corazón.

Demasiado hermoso, demasiado hermoso.

Me tocó la cara.

—Anita, ¿qué pasa?

Negué con la cabeza.

—No lo sé. —Y no lo hacía. Me sentía atraída por Nathaniel pero esto era excesivo. Aparté la vista para no mirarle directamente a la cara. ¿Qué diablos me pasaba esta noche?

Trató de darme un beso, y me aparté. Un beso me desharía.

Apartó las manos de mí. Su voz tenía el primer indicio de la ira. Costaba mucho hacer enfadar a Nathaniel.

—Es sólo una película, Anita. Ni siquiera estoy pidiendo sexo, sólo una película.

Le miré.

—Prefiero ir a casa y tener relaciones sexuales.

—Por eso pedí la película —dijo.

Yo le fruncí el ceño.

—¿Qué?

—¿Tienes vergüenza de que te vean conmigo en público?

—No. —Dejé que mi cara mostrara lo mucho que me sorprendió que tuviera que preguntarlo.

Su rostro estaba muy serio, herido, dispuesto a estar enfadado.

—Entonces, ¿qué es? Ni siquiera me dejas darte un beso.

Traté de explicarlo.

—Me olvidé de todo excepto de ti por un minuto.

Él sonrió , pero no llegó a sus ojos.

—¿Eso es tan malo?

—En mi línea de trabajo, sí. —Lo vi tratar de entenderlo. Era hermoso, pero podía mirarlo sin tener una cara estúpida. Me acerqué al olor del abrigo de cuero nuevo. Le abracé, y después de vacilar un segundo, me devolvió el abrazo. Enterré mi cara contra su olor y el del cuero. Dulce, limpio, y por debajo el olor a vainilla. Ahora sabía que era sólo en parte él, que parte de ese dulce aroma eran los productos del baño y del agua de colonia, pero que la fragancia que usaba no olía tan deliciosamente a vainilla en la piel de otra persona. Uno de los trucos de la química de la piel que cambia el olor de los perfumes muy bien.

—Tenemos que conseguir asientos. —Susurró contra mi pelo.

Me aparté de él, frunciendo el ceño de nuevo. Negué con la cabeza y

sólo parcialmente compensada. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo por una pequeña bolsa de terciopelo acolchado. La abrí y excavé el relleno hasta que una cruz se derramó en mi mano. Se quedó allí plateada e inerte. Medio esperaba que brillara, para demostrarme que era un vampiro que estaba jugando conmigo. Pero estaba allí, inocente y sin tocar.

—¿Qué está mal, Anita? —Nathaniel parecía preocupado.

—Creo que alguien está jugando conmigo.

—La cruz no lo está demostrando.

—Estás para chuparse los dedos, Nathaniel, pero no es como si perdiera el foco tan desesperadamente en público.

—¿Crees que *Mommie Dearest* lo está intentando de nuevo? —Me preguntó.

Mommie Dearest era mi apodo para la jefa del consejo de vampiros, la creadora de la cultura vampiro. La última vez que se había metido conmigo, una cruz se quemó en mi mano y tuvo que ser extraída por un médico. Tenía una cicatriz permanente en la palma de mi mano izquierda. Hasta ahora, la cruz, en una bolsa o debajo de mi cama, la había mantenido a raya.

—No sé, tal vez.

—No hay muchos vampiros que puedan llegar a través de tus escudos psíquicos —dijo.

Me puse la cadena alrededor del cuello, la plata resaltaba brillante contra el jersey de seda fino.

—¿Seguro que es suficiente tela entre tu piel y la cruz?

—No, pero no creo que sea Mommie.

Suspiró y trató de mantener el ceño en la cara.

—¿Realmente quieres saltarte la película?

—No, Jean-Claude dijo que estaríamos a salvo esta noche.

—Está bien —dijo Nathaniel—, pero no me gusta la forma en que lo dices. ¿Qué ha ido mal ahora?

—Vamos a encontrar asientos y te diré lo poco que sé —dije. Nos arreglamos para encontrar dos asientos en la fila de atrás por lo de mi espalda contra una pared y poder ver el resto del teatro. No estaba siendo paranoica, o al menos no más paranoica de lo habitual. Siempre me sentaba en la fila de atrás, si podía arreglarlo.

En el momento en que las vistas previas habían terminado, ya le había contado todo lo que sabía, que no era mucho.

—¿Y eso es todo, lo que te dijo Jean-Claude?

—Sí.

—Demasiado misterioso.

—Eufemismo —dije.

La música llegó, las luces se apagaron, y por mi vida que no pude recordar qué película habíamos decidido ver. No pregunté a Nathaniel, ya que podría herir sus sentimientos, y además, en esos momentos, la pregunta sería la propia respuesta.



CUATRO

Tres horas y algún cambio después, supe que la película era la última versión de King Kong. A Nathaniel le gustó la película más que a mí. Los efectos especiales eran grandiosos, pero estaba preparada para que el mono no tardara en morir. Lo que fue una lástima, ya que en algunos momentos la película estuvo increíble. Mi cruz no brilló ni una vez, y no había estado más de lo normalmente fascinada por Nathaniel. Normalmente fascinada significaba, sentarnos durante la cita en nuestros asientos del oscuro teatro, que era íntimo y divertido, pero no me hacía perder el control. Pensé en dejar vagar mis manos, y con los otros hombres de mi vida, podría hacerlo, pero Nathaniel, tenía menos inhibiciones que los demás. Podría empezar algo que no quería terminar en el teatro. Además, no puedes tentar a tu novio y ver una película, al menos yo no puedo.

Una de las cosas que hay que hacer después de ver una larga película es tomar un descanso en el baño. Adivina que: ¿Por qué nunca parece haber

fila en la entrada del baño de los hombre, pero siempre parece que la hay en el baño de damas?, pues hice mi aporte en la fila, hasta que al fin pude entrar. Al menos estaba limpio.

El sonido murió y supe que estaba sola. Maldita fila tan larga. Puse todo en su lugar y lo abroché. Una de las cosas que me gusta de la pistolera de hombro sobre la de cadera, es que no corro el riesgo de dispararla en el baño y las fundas interiores para pantalones no pasan por el cinturón y son precarias para el uso del baño. Además a diferencia de los buscapersonas, las armas de fuego no flotan.

Me alisé las medias, contenta de no tener que luchar más con medias-pantalón. Las medias con liguero son muy cómodas. El baño estaba vacío, cuando empujé la puerta para abrirla. Iba hacia el lavamanos cuando vi una caja en uno de ellos.

—Anita estaba marcada en la caja con letra de imprenta negra.

Qué demonios. ¿Cómo llegó Nathaniel aquí para traerme un regalo? Si lo hubieran sorprendido en el baño de las damas, le habría ido muy mal. Me lavé y sequé mis manos y luego abrí la caja. Tuve que doblar capas y capas de papel de seda blanco antes de encontrar la máscara. Era Blanca, totalmente cubierta, pero los ojos, de la frente a la barbilla, era totalmente normal, una cara en blanco mirándome.

¿Por qué me compró esto? Si hubiera sido de cuero y con un look fetichista, podría adivinar que quería más aventuras en el frente sexual, pero esta máscara no era así. Por supuesto no sabía mucho acerca de este tipo de máscaras, entonces tal vez era una de esas. Si era así no lo había imaginado. No me gustan las máscaras y estaba lejos de estar cómoda con la esclavitud y la sumisión. El hecho de que tuviera ese tipo de inclinaciones no me ayudó, por el contrario, me asustaba más, tu odio hacia los otros es mayor cuando tienes miedo de ti mismo.

Intentando encontrar una expresión neutra, pero feliz salí llevando la caja. Nathaniel me estaba esperando contra la pared del fondo, sujetando tanto los abrigos como su sombrero. El sombrero de cuero sobresalía en las puertas. Él sonrió cuando me vio y se dirigió hacia mí con una mirada burlona en su rostro.

—¿Alguien te dejó un regalo en el cuarto de baño?

Le mostré que tenía mi nombre en él.

—Pensé que estabas tratando de sorprenderme.

—Odias las sorpresas —dijo.

Mi pulso se aceleró, no mucho, pero un poco. Y nos conmovió tanto que la pared ahora estaba en mi espalda. De repente estaba mirando a la gente cerca de nosotros, mirando desesperada, pero todo el mundo parecía inocente, o al menos no culpable. Parejas iban de la mano, familias con niños a cuestas: todo parecía normal.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Nathaniel.

—Una máscara —susurré.

—¿Puedo verla?

Asentí.

Él movió la envoltura, mientras yo seguía buscando entre los felices espectadores, alguna mala intención. Había una pareja mirando demasiado intensa hacia nosotros, pero podría haber otras cosas.

—Parece que alguien empezó a hacer una máscara y se detuvo antes de terminarla —dijo.

—Sí, se ve demasiado blanca.

—¿Por qué alguien te daría esto?

—¿Has visto a alguien llevando esto?

—Es una caja grande, Anita. Lo hubiera notado.

—¿Alguien llevaba una bolsa más grande de lo normal?

—No lo suficientemente grande como para ocultar esto.

—Te encontrabas ahí, Nathaniel. Tendrías que haberlo visto.

Intercambiamos una mirada.

—No he visto esto.

—Mierda —dije en voz baja y con sentimiento.

—Alguien se ha metido contigo antes, y ellos se metieron conmigo para entrar al baño —dijo.

—¿Tiene esto algún sentido para ti? —pregunté.

Pensó en ello, y finalmente negó con la cabeza.

—No.

—Doble mierda.

—Llama a Jean-Claude, ahora —dijo.

Asentí y le entregué la caja para que pudiera usar mi teléfono móvil. Nathaniel envolvió la máscara y la devolvió a la seguridad de la caja mientras esperaba a que Jean-Claude contestara. Esta vez realmente respondió a su teléfono de la oficina el mismo.

—Tengo un regalo —dije.

—¿Qué compro nuestro gatito? —preguntó. No se ofendía porque no

había dicho hola en primer lugar.

—Nathaniel no lo compró.

—No te gusta hablar en acertijos, *ma petite*.

—Pregúntame que es —dije.

—¿Qué es? —Y su voz se deslizó en esa inexpresividad que usaba muy bien.

—Una máscara.

—¿De qué color es?

—No pareces sorprendido —dije.

—¿De qué color, *ma petite*?

—¿Qué importa eso?

—Importa.

—Blanca, ¿por qué?

Dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba sosteniendo y habló en voz baja acalorada y en francés durante varios minutos hasta que logré que se calmara y me hablara en inglés.

—Son buenas y malas noticias, *ma petite*. Blanco significa que han venido a observar, no para hacernos daño.

Me conmovió tanto que me tapé la boca con mi mano mientras hablaba.

Quería mantener un ojo en la multitud que iba a la deriva, pero no quería que ningún humano escuchara lo que prometía ser una conversación difícil. Pero no quería salir hasta que me di cuenta de que la multitud era a la vez un peligro y una ayuda. La mayoría de los chicos malos son reacios a empezar a cortar a la gente en una multitud.

—¿De qué color sería si nos quisieran hacer daño? —pregunté.

—Rojo.

—Está bien, quienes son, porque supongo que esto significa que hemos sido contactados por el misterioso lo que sea.

—Así es.

—Entonces, ¿quiénes son, qué son y por qué diablos esta mierda de capa-y-espada con la máscara? ¿Por qué no una carta o una llamada de teléfono? —No estoy seguro. Por lo general debería presentarme ante mí la máscara, como Maestro de la Ciudad.

—¿Por qué me la enviaron a mí, entonces?

—No lo sé, *ma petite*. —Parecía enfadado, y él por lo general no se enfada fácilmente.

—Tienes miedo.

—Mucho.

—Creo que iremos esta noche al circo, después de todo.

—Dale mis disculpas a Nathaniel por arruinar su cita contigo, pero tienes que venir aquí. Tenemos mucho que discutir.

—¿Quiénes son estos chicos, Jean-Claude?

—El nombre no significará nada para ti.

—Dímelo.

—El *Harlequin*, ellos son el *Harlequin*.

—*Harlequin*, es decir ¿cómo el payaso francés?

—Nada tan agradable, *ma petite*. Ven a casa y te lo explicaré.

—¿Cuán grande es el peligro en el que estamos?

La pareja seguía mirándonos. La mujer le dio un codazo al hombre, y él negó con la cabeza.

—Blanco significa que observan solamente. Este podría ser el único contacto que tuviéramos con ellos, si somos muy, muy afortunados. Ellos nos miran, después se van.

—¿Por qué nos lo dicen, si eso es todo lo que piensa hacer? —Porque es nuestro derecho. Pueden pasar a través de un territorio, o dar caza a alguien a través de un área, más que cazar a vampiros malvados a través de las fronteras estatales, pero si están pensando en estar dentro de un área más de un par de noches, están obligados por ley a ponerse en contacto con el Maestro de la Ciudad.

—Así que esto podría ser todo por Malcolm y su iglesia.

—Podría.

—No lo crees.

—Sería demasiado fácil, *ma petite*, y nada sobre el *Harlequin* es fácil.

—¿Qué son?

—Ellos son lo más parecido a la policía que tenemos los vampiros. Sin embargo, también son espías, asesinos. Fueron ellos los que mataron al Maestro de London, cuando se volvió loco.

—Elinore y los vampiros no me han dicho eso.

—Debido a que no podían.

—¿Quieres decir, si le hubieran dicho a alguien que ellos mataron a su amo, habrían sido asesinados?

—Sí.

—Estaba loco, todos lo sabían.

—Entre ellos, *oui*, pero no a los extranjeros, y una vez que *Harlequin*

deje la ciudad el secreto surte efecto una vez más.

—Así que podemos hablar de ellos ahora, pero más tarde, cuando se vayan, ¿está prohibido mencionarlos?

—*Oui*.

—Eso es una locura.

—Es la ley.

—¿Te he dicho recientemente que algunas de las leyes de los vampiros son estúpidas?

—Nunca lo pones lo suficiente de esta manera.

—Bueno, lo estoy poniendo de esa manera ahora.

—Ven a casa, *ma petite*, sin embargo, mejor ven a Placeres Prohibidos. Te contaré más sobre *Harlequin* cuando te tenga a salvo, conmigo. Deberíamos estar a salvo, se trata de una máscara blanca, debemos actuar como si no ocurriera nada malo. Así que voy a terminar mi trabajo nocturno.

—Ya has alimentado el *ardeur*. Hemos acabado por esta noche.

—Todavía hay actos que gestionar y tengo que prestar mi voz al micrófono.

—Muy bien. Bueno estaremos allí.

Nathaniel susurró:

—Se están acercando.

Eché un vistazo para encontrar a la pareja que había estado mirando con tanta insistencia caminando hacia nosotros. No parecían peligrosos, y eran definitivamente humanos. Susurré al teléfono:

—¿Todos los *Harlequin* son vampiros?

—Que yo sepa, ¿por qué?

—Tenemos un par de personas caminando hacia nosotros.

—Ven a mí, *ma petite*, y trae a Nathaniel.

—Te quiero —dije.

—Y yo a ti.

Colgamos para que pudiera dar mi atención a la pareja. La mujer era menuda y rubia, avergonzada y ansiosa al mismo tiempo. El hombre estaba de mal humor, o avergonzado.

—Usted es Brandon —le dijo a Nathaniel.

Él lo admitió, y vi su fase de sonrisa entrar en funcionamiento. Él estaba feliz de verla, y toda la preocupación se había ido. Él estaba en marcha.

Yo no tenía realmente un «interruptor» en la cara. No estaba realmente segura de lo que se debe hacer mientras una mujer extraña se acerca y dice cosas a mi novio.

—Pero usted estaba en el escenario, también —dijo ella, volviéndose hacia mí. Había sido reconocida como Anita Blake, cazadora de vampiros, reanimadora de zombis, pero nunca desde esa noche en la que había estado en el escenario de Placeres Prohibidos. Nathaniel me había elegido de entre la gente en lugar de a una extraña. Estuve de acuerdo, pero no había querido volver a hacerlo.

Asentí.

—Una vez. —Sentí como Nathaniel se tensó a mi lado. Acaba de decir que sí. Y Nathaniel se preocupaba de que me avergonzara de él, y yo no lo estaba. Estaba muy bien que fuera un bailarín de striptease, pero no era mi fuerte. Yo no era lo suficientemente exhibicionista para ello.

—Convencí finalmente a Greg para que fuera conmigo al club, y él se alegró de ir, ¿verdad? —Se volvió hacia el novio de mal humor.

Finalmente asintió, y no me miró. Definitivamente vergüenza. Eso hizo que al menos fuéramos dos. Nada de mi ropa se había desprendido en el escenario, pero todavía no me gustaba que me recordaran aquello.

—Fue tan erótico, lo que hicieron en el escenario juntos —dijo ella—, tan sensual.

Dijo Nathaniel:

—Me alegro de que haya disfrutado del espectáculo. Voy a estar en el escenario mañana por la noche.

Su rostro resplandecía de felicidad.

—Ya lo sé. Reviso el sitio web. Pero no menciona a su amiga. —Ella asintió con la cabeza hacia mí—. Greg quiere saber cuando volverá, ¿No es así, Greg? —Ella me miró cuando lo dijo.

Lo que pensaba en mi cabeza era, Cuando el infierno se congele. No sé lo que habría dicho en voz alta, porque Nathaniel nos salvó.

—¿Y tuviste que convencer a Greg para que viniera al club?

Ella asintió.

—Tuve que persuadirla de que subiera al escenario.

—¿En serio? —dijo.

—De verdad —dijo Nathaniel.

Greg finalmente habló.

—¿Fue tu primera vez en el escenario?

—Sí —dije, pensando en cómo salir de esta conversación sin ser grosera. Yo hubiera sido grosera, pero Nathaniel no lo sería. Es malo para el negocio y ser grosero no es algo que él hiciese mucho.

—No me pareció la primera vez, —y me miró entonces. La mirada era del tipo que no quieres que te de un hombre extraño. Demasiado calor, demasiado sexo.

Miré a Nathaniel. Y mi mirada decía con claridad Acaba la conversación o lo haré.

Nathaniel comprendió la mirada, la había visto bastante.

—Me alegro de que hayan disfrutado del espectáculo, y espero verles de nuevo mañana. Que tengan una noche maravillosa. —Él comenzó a alejarse, y yo le seguí.

Greg se acercó a nosotros.

—¿Va a estar allí mañana por la noche?

Nathaniel sonrió, y dijo:

—Por supuesto.

Él negó con la cabeza.

—Tú no, ella. ¿Cómo se llama?

No quería que le diera mi nombre. No me preguntes por qué, pero no quería.

Nathaniel vino al rescate de nuevo.

—Nicky.

Le di una mirada, de espaldas a ellos, así que no pudieron verla.

Greg dijo:

—¿Nicky?

Nathaniel me tomó del brazo y nos mantuvo en movimiento, la caja estaba en equilibrio en mi otra mano.

—Cuando ella está en el escenario —dijo.

—¿Cuándo estará Nicky en el club?

—Nunca —dije, y caminé más rápido. Nathaniel se mantuvo conmigo.

Cuando estuvimos lejos de sus, nuestros, fanáticos, su rostro mostró temor. Temiendo la discusión que se avecinaba.



CINCO

No estaba tan enfadada como para olvidarme de mirar a la multitud a medida que avanzábamos, pero tuve que aplacar mi ira para poder ver bien. En realidad estaba más avergonzada que enfadada, lo que significaba una lucha que puede ser peor. Odiaba estar avergonzada, y por lo general lo enmascaraba con ira. Incluso sabiendo que eso era lo que estaba haciendo, no cambió el hecho de que lo hacía. Sólo que me permitía saber por qué estaba enfadada.

De hecho, esperé hasta que estuvimos en el estacionamiento para decir, ¿Nicky? ¿Qué clase de nombre de mierda es ese?

—Uno que había recordado —dijo.

Me apartó de él con tanta fuerza que casi se me cayó la caja.

—Nunca voy a estar en el escenario otra vez, por lo que no necesito un nombre artístico.

—No quieres que averigüen tu verdadero nombre, ¿verdad?

Fruncí el ceño.

—Suficiente con estar en las noticias. Lo averiguarán con el tiempo.

—Tal vez, pero si se les da un nombre artístico para recordar, van a pensar en ti como una bailarina de striptease, no como un marshal federal. Te avergüenzó lo suficiente que la detective Arnet nos viera en el escenario esa noche.

—Sí, y todavía estoy esperando a que ella se lo diga al resto de la policía para la que ella y yo trabajamos.

—Pero ella no lo ha hecho —dijo.

Negué con la cabeza.

—Ella no puede aceptar que te vio sin admitir que estaba allí, y por qué —dijo él—. Los policías van a clubs de strippers, ella fue a verme.

Eso me detuvo. Me hizo girarme y mirarle.

—¿Qué quieres decir?

—Ella vino al club una noche que tú no estabas. Desde que has evitado el club tanto como fuera posible, eso es mucho tiempo. ¿Podemos tener esta conversación en el coche?

Él tenía un punto. Abrí el coche y subimos.

—¿Dónde está el otro coche?

—Tuve que dejárselo a Micah, por lo que tendrá el coche si lo necesita. Sabía que me llevarías a casa.

Eso tenía sentido. Puse en marcha el coche de modo que el calentador comenzara a trabajar. Finalmente me di cuenta que hacia un poco de frío. Mi rabia me había mantenido caliente, aún con el abrigo abierto.

—¿Qué quieres decir con que Arnet llegó al club?

—Ella me pagó para que le diera un baile privado.

Le miré.

—¿Ella hizo qué?

La detective Jessica Arnet trabajaba en el Equipo de Investigación Regional Preternatural, RPIT para abreviar. Era la rama de la policía local con la que trabajo la mayoría del tiempo. Sabía que ella estaba enamorada de Nathaniel, pero había estado tan ocupada tratando de no admitir que estaba viviendo con un stripper, que me lo mantuvo en secreto. Hasta que le llevé como una cita a una boda en la que estaba Arnet. Luego, el secreto fue desvelado, y ella se enfadó conmigo por no decirle que teníamos una relación antes. Pareció sentirse como si la hubiera dejado en ridículo. Ella no había hecho el ridículo, pero entonces fue a Placeres Prohibidos por

primera vez la noche que Nathaniel me tenía en el escenario. Ahora estaba convencida de que estaba abusando de Nathaniel. La cadena que alguien levantó en el escenario y les golpeó con el látigo un par de veces, y la gente piensa que estás abusando de ellos. Por supuesto, el látigo había sido idea de Nathaniel y de Jean-Claude. Una parte habitual del espectáculo de Nathaniel, aparentemente. Lo que había hecho a continuación, había sido todo de Nathaniel y mío. Le había marcado, le había mordido con la suficiente fuerza como para sangrar, en el escenario. Había sido la primera vez que voluntariamente lo marqué así, no sólo porque el *ardeur* perdió el control, sino también porque a él le gustaba, y me gustó, y se lo había prometido. Arnet estaba convencida de que yo era la señora de Sade y Nathaniel era mi víctima. Intenté explicar que Nathaniel era sólo una víctima cuando él quería serlo, pero ella no se lo había tragado. Yo había estado convencida de que se lo contaría a la policía y a otros fuera de mí, desesperadamente. Vivir con un stripper de veinte años de edad, con detenciones juveniles por prostitución ya era bastante malo, pero estar en el escenario yo misma, bueno, eso habría sido… Oh, demonios, malo.

—¿Qué hizo para conseguir un baile privado?

Él sonrió.

—¿Estás celosa?

Pensé durante un segundo, entonces tuve que decirlo.

—Sí, supongo que sí.

—Eso es tan dulce —dijo.

—Sólo cuéntame lo de Arnet.

—No quería el baile. Quería hablar. —Pareció pensar en eso durante un segundo, y luego añadió—: Bueno, quería bastante el baile, pero estaba demasiado incómoda conmigo para pedir lo que quería. Solo hablamos.

—¿Sobre qué? —dije.

—Trató de hacerme admitir que estabas abusando de mi. Quería que te dejara y salvarme a mí mismo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Ya me preocupaba por lo que Arnet le estuviera diciendo a Zerbrowski y a los otros policías sobre lo que había visto. Estabas en el centro de una investigación sobre algunos sangrientos asesinatos. No creí que necesitaras más molestias, y lo logré.

—¿Ha vuelto?

Él negó con la cabeza.

—Dímelo la próxima vez, ¿de acuerdo?

—Si quieres.

—Quiero.

—Ella no podía decírtelo, porque tenía miedo de que les contaras que tiene algo con tu novio stripper. No quiere admitir que lo que le molestaba más del espectáculo que tú y yo hicimos es que le gustaba.

—No pensé que Arnet oscilara de esa manera —dije.

—Ni ella.

Le miré, estudié su cara. Estaba esa mirada ahora.

—Sólo dilo, la mirada en tus ojos, ya lo dicen.

—La mayoría de lo que odias en los demás, es lo que no te gusta de ti mismo.

—Huh.

—¿Qué?

—Pensé algo casi idéntico a eso esta noche.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza.

—¿Crees realmente que dar a Greg y a su novia un nombre artístico para mí va a evitar que se haga una conexión con Anita Blake?

—Sí, lo hago. Van a pensar en ti como una stripper llamada Nicky y eso es todo. No vas a ser cualquier otra cosa o nada más para ellos que eso.

—Eso es extrañamente preocupante, pero ¿por qué Nicky, por qué ese nombre?

—Porque sabía que lo recordaría.

—Recordarlo, ¿por qué?

—Porque era mi nombre cuando hacía porno.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Nicky Brandon es el nombre que utilizaba cuando hacia las películas.

Hice un largo abrir y cerrar de ojos, lo que significaba que estaba pensando mucho, o estaba demasiado sorprendida para pensar.

—¿Me diste tu nombre pornográfico?

—La mitad —dijo.

No sabía qué decir. ¿Se suponía que debía sentirme halagada o insultada? Declararé esta discusión un empate hasta que averigüe si en realidad estamos discutiendo o no.

—Confía en mí, Anita, esta no es una discusión.

—Entonces, ¿cómo es que me estoy enfadando?

—Vamos a ver: hay algunos vampiros malos en la ciudad jugando con nosotros, siempre odias cuando los aficionados reconocen a Brandon el stripper, pero esta noche, por primera vez, has reconocido que subiste al escenario. Si estás avergonzada por mi trabajo, aún estás más avergonzada de que alguien crea que pudieras ser una stripper.

—No estoy avergonzada por tu trabajo.

—Sí, lo estas —dijo.

Encendí el coche.

—No lo estoy.

—Entonces la próxima vez que me presentes a tus amigos, no me llames bailarín, llámame bailarín exótico.

Abrí la boca, la cerré, y empecé a dar marcha atrás. No lo haría. Tenía razón. Seguía presentándole como un simple bailarín.

—¿Quieres que te presente así?

—No, pero quiero que no te avergüences de lo que hago.

—No me avergüenzo de ti, o de tu trabajo.

—Muy bien, que sea a tu manera. —Pero su tono, dijo claramente que me dejaba ganar, que estaba equivocada, y no había ganado nada. Odiaba cuando hacia eso. Simplemente dejaba de discutir en medio de la discusión, no porque hubiera perdido, sino porque no quería discutir más. ¿Puedes luchar con alguien que no va a pelear? La respuesta es no. El verdadero problema era, que él tenía razón. Estaba avergonzada por su trabajo. No debería ser así, pero así era yo. Cuando él era un adolescente, había sido un fugitivo, y una prostituta, y consumía drogas. Él había estado alejado de las drogas durante casi cuatro años. Había estado fuera de «la vida» desde que tenía dieciséis años. Había hecho porno, y yo lo sabía. Pero no pensaba en ello. Supuse que había dejado de hacer las películas casi al mismo tiempo que dejó de colgarse, pero no estaba segura de ello. Realmente no le había preguntado, ¿tenía que hacerlo? Era un hombre leopardo, lo que significaba que no podía coger ninguna enfermedad de transmisión sexual. Eso me ayudó a ignorar su pasado. La licantropía mata todo lo que podría lesionar el cuerpo del huésped, manteniéndole sano. Lo hacía para que pudiera fingir que no había tenido más parejas sexuales de que las que yo quería saber.

Estaba atrapada en el semáforo a través de St. Louis Bread Company cuando dije:

—¿Quieres oír lo que Jean-Claude me dijo de la máscara?

—Si me lo quieres decir. —Parecía enfadado.

—Lamento que no esté completamente a gusto con tu trabajo, ¿de acuerdo?

—Bueno, al menos lo admites.

El semáforo cambió, y avancé hacia adelante. Habíamos tenido dos pulgadas de nieve, y aquí todo el mundo olvidaba cómo conducir en ella.

—No me gusta admitir cuando me siento incómoda, ya lo sabes.

—Dime lo que dijo Jean-Claude.

Se lo conté.

—Así que puede estar aquí por Malcolm y su iglesia.

—Tal vez.

—Me sorprende que no exigieras más respuestas.

—No sabía lo que quería la feliz pareja. Jean-Claude dijo que no estábamos en peligro, así que colgué.

—No es culpa mía que nos reconocieran.

—A ti. Te reconocieron a ti.

—Bien, me reconocieron. —Se puso como loco otra vez.

—Lo siento, Nathaniel, lo siento mucho. Eso no fue justo.

—No, tienes razón. Si no hubiéramos salido juntos probablemente no te hubieran visto.

—No estoy avergonzada porque me vean en público contigo.

—Odio cuando los fanáticos me reconocen.

—Pensé que era genial cuando esa mujer te pasó su número de teléfono durante la cena, cuando estabas fuera con Micah y conmigo. Esperó hasta que fuiste al baño.

—¿Y se supone que me hacen sentir mejor? —Giré hacia la 44 y me dirigí hacia la ciudad.

—Ella no quería entrometerse en nuestra cita.

—Ella pensó que erais mi escolta, y que os estaba pagado por la noche.

—La última vez que me vio eso era lo que hacía para ganarme la vida, Anita.

—Lo sé, lo sé. Te pasó su número porque quería volver a verte, y el antiguo número no funcionaba. Tienes razón, fue educada al respecto.

—Le dije que estaba en una cita, y ella se avergonzó.

Todavía recordaba a la mujer. Era delgada y elegante, y de la edad suficiente para ser la madre de Nathaniel. Gracias a Jean-Claude sabía que

la ropa que ella había estado usando era de la más cara. La joyería era subestimada, pero muy agradable. Era una de esas mujeres que dirigía los bailes de caridad y se sentaba en los comités para el museo de arte, y que había ido a contratar prostitutos lo suficientemente jóvenes para ser sus hijos.

—Creo que lo que me molesta de ella es que no se parecía a alguien a quien…

—Contratara un escolta —terminó, para mí.

—Sí.

—Tuve un montón de diferentes tipos de clientes, Anita.

—Me lo figuraba.

—¿Lo haces, o intentas no pensar nunca en eso?

—Vale, lo último.

—No puedo cambiar mi pasado, Anita.

—No te pedí que lo hicieras.

—Pero querías que dejara de desnudarme.

—Nunca dije eso.

—Sin embargo, estás avergonzada por ello.

—Por el amor de Dios, Nathaniel, déjalo. Me da vergüenza haber estado en el escenario por mí misma. Me da vergüenza haberme alimentado del público. —Me agarré del volante tan fuerte que dolió—. Cuando alimenté al *ardeur* de ti esa noche, se alimentaba de todo el público. No era mi intención, pero me alimentaba de su lujuria. Sentí lo mucho que disfrutaron del espectáculo, y me alimentaba de ello.

—Y no tuviste que alimentar el *ardeur* de nuevo durante veinticuatro horas.

—Jean-Claude tomó mi *ardeur* y lo compartió entre vosotros.

—Sí, pero él piensa que una de las razones por las que fuiste capaz de hacer eso es que te alimentaste de la multitud, y de mí. A mí me encantó que me marcaras delante de la multitud. Sabes cuánto lo deseaba.

—¿Estás diciendo que si no hubiera subido al escenario y me hubiera alimentado accidentalmente de la multitud, el *ardeur* se habría perdido de control en el centro de este caso asesino en serie?

—Tal vez.

Pensé en eso durante un segundo mientras conducía. Pensé en el *ardeur* fuera de control en una camioneta llena de policías, policías de la Reserva Móvil, nuestra respuesta al SWAT. Pensé en el *ardeur* fuera de control

mientras estaba en un nido de vampiros que había matado a más de diez personas.

—Si eso es cierto, entonces ¿por qué Jean-Claude no intentó llevarme de vuelta hasta el club otra vez?

—Él se ofreció.

—Me negué.

—Sí —dijo Nathaniel.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Porque estoy enfadado contigo —dijo. Bajó la cabeza hacia la parte superior de la caja en su regazo—. Porque estoy enfadado de que nuestra cita se haya arruinado. Estoy enfadado de que alguna basura metafísica va a arruinar nuestro casi-aniversario.

—No tenía previsto esto —dije.

—No, pero tu vida siempre es así. ¿Tienes alguna idea de lo difícil que es tener una cita normal contigo?

—Si no te gusta, no tienes que aguantar esto. —En el momento en que lo dije, deseé no haberlo hecho, pero ya no podía volver atrás.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó, en voz baja, con cuidado.

—Nada —dije—, nada, no me refiero a eso. No estoy acostumbrada a que estés sobre mí. Por lo general ese es el trabajo de Richard.

—No me compares con él. No me merezco eso.

—No, no lo haces. —Richard Zeeman había sido mi novio, pero no había durado. Había roto con él cuando le vi comerse a alguien. Él era el jefe de la manada de hombres lobos locales. Había roto conmigo cuando no podía manejar que estuviera más cómoda con los monstruos que con él. Por el momento, éramos amantes, y finalmente me dejó alimentar el *ardeur* con él. Yo era su novia en la comunidad sobrenatural, la lupa de su Ulfric, y él no estaba intentando reemplazarme en esa parte de su vida. Él estaba intentando reemplazarme con una mujer completamente humana en la parte de su vida donde es un afable profesor de ciencias de instituto. Quería hijos y una vida que no incluyera lunas llenas y zombis asesinos. No le culpo por completo. Si hubiera tenido una opción de una vida normal, podría haberla tomado. Por supuesto, Richard realmente no tiene opción. No hay cura para la licantropía. Pero estaba dividiendo su vida en pedazos e intentando mantener todas las piezas para averiguar las otras partes. Sonaba duro como el infierno, sonaba como una receta para el desastre. Pero no era mi vida, y hasta ahora él estaba saliendo con otras personas. Si fuera en serio

con alguien más, entonces veríamos cómo me sentiría con ser la otra mujer.

—Te has pasado la salida, Anita —dijo Nathaniel.

Maldije y frené muy fuerte en la fina nieve. Mantuve el Jeep bajo control, entonces fuimos a la costa más allá de nuestra salida. Daría la vuelta. Siempre puedes encontrar la salida.

—Lo siento —dije.

—¿Por pensar en Richard? —Traté de ser neutral y fallé.

—Sí.

—Es culpa mía, supongo, lo traje a colación.

—¿Qué pasa con el tono? —pregunté. Me dirigí a una sección de la ciudad que estaba en medio de ser aburguesado, pero aún no lo era. Pero nos dirigíamos hacia la orilla del río—. Si Richard fuera un stripper, ¿estarías avergonzada de él, también?

—Déjalo Nathaniel, lo digo en serio.

—¿O qué? —No era la primera vez que sentía el picor de la energía por encima de mi piel. Pero estaba lo suficientemente enfadado como para que se asomara su bestia.

—Estas encima de mí esta noche, Nathaniel. No lo necesito.

—Creo que me amas, Anita, pero que amas por esconder lo que soy. Necesito que aceptes lo que soy.

—Lo hago.

—Le dices a Arnet que no soy tu víctima, pero no me atarás durante el sexo. No vas a abusar de mí.

—No vas a comenzar con eso otra vez —dije.

—Anita, la sumisión es parte de lo que soy. Me hace sentir seguro y bien.

Esta era una de las razones por las que había luchado tanto tiempo y tan duro para mantenerme alejada de la vida amorosa de Nathaniel. Hice algunas cosas, las uñas, los dientes, y lo disfruté, pero él no se limitaba a mi nivel de comodidad, y me había estado tratando de empujar más allá de los límites en las últimas semanas. Me preocupaba desde el principio que no fuera feliz con alguien que era inferior en la escala de esclavitud en la que estaba él, y eso era exactamente lo que estaba sucediendo.

—De alguna manera me haces sentir mejor acerca de mí mismo, mejor que nadie, Anita, pero también me haces sentir mal conmigo mismo. Me haces sentir como un monstruo malvado, por lo que quiero.

Encontré un lugar en el aparcamiento de la misma calle en que estaba el

aviso de neón de Placeres Prohibidos. Era raro encontrar aparcamiento tan cerca del club un fin de semana. El aparcamiento en paralelo no es mi especialidad, así que me concentré en hacerlo bien, aunque parte de mí estaba pensando con furia qué decirle.

Finalmente estacionamos y apagué el coche. El silencio era más grueso de lo que quise que fuera. Me giré lo que el cinturón de seguridad me permitió y le miré. Él en cambio miraba por la ventana lejos de mí.

—No quiero que te sientas mal contigo mismo, Nathaniel. Te quiero, maldita sea.

Él asintió, luego se giró y me miró. La farola brillaba sobre las lágrimas.

—Tengo miedo de alejarme de ti. Mi terapeuta dice que soy o un completo compañero en la relación, o no lo soy. Los completos compañeros piden que sus necesidades sean satisfechas.

A decir verdad, pensaba que su terapeuta estaría de mi parte, pero BDSM ya no se consideraba una enfermedad. Era sólo un estilo de vida alterno. Maldita sea.

—Quiero que obtengas lo que necesitas fuera de nuestros… fuera de nosotros.

—No estoy pidiendo mucho, Anita. Sólo tienes que atarme mientras tenemos sexo. Y hacer lo que habríamos hecho de todos modos. Nada más.

Me incliné y quité las lágrimas de sus mejillas.

—No es la inmovilización, Nathaniel. Es que una vez te diga que sí a esto, ¿qué será lo próximo? Y no me digas que no hay nada más.

—Átame, haz el amor conmigo, y vamos a ver qué pasa.

—Eso es lo que me da miedo —dije—. Te digo que sí a esto, y habrá otra cosa.

—¿Y qué hay de malo en otra cosa, Anita? Lo que te asusta son mis necesidades, lo que te asusta es que es posible que te guste.

—Eso no es justo.

—Tal vez no, pero es cierto. Te gusta tenerme abajo durante el sexo. Te gusta lo rudo.

—No todo el tiempo.

—Y no me gusta estar atado todo el tiempo, pero me gusta una parte del tiempo. ¿Por qué es malo?

—No estoy segura de que puede satisfacer todas tus necesidades, ¿de acuerdo?

Esa era una de las cosas que me preocupaban desde el principio sobre nosotros como pareja.

—Entonces ¿estás bien con que encuentre a alguien más para satisfacer esas necesidades? ¿Sexo conmigo, la sumisión con alguien más? —Lo dijo rápido, como si temiera perder los nervios.

Sólo le miré.

—¿De dónde diablos salió eso?

—Estoy tratando de averiguar cuáles son los límites, Anita, eso es todo.

—¿Quieres a alguien más? —pregunté, porque tenía que preguntar.

—No, pero tú tienes a otras personas en tu cama, y yo estoy bien con eso, pero si no vas a satisfacer mis necesidades, entonces…

—¿Estás diciendo que si no lo hago, romperás conmigo?

—No, no. —Él se tapó la cara con las manos e hizo un ruido frustrado. Su nivel de energía descendía del coche, era como derramar agua caliente sobre mi piel. Se tragó el poder de nuevo y me miró. Él miró dolido—. Necesito esto, Anita. Quiero hacerlo contigo, pero lo necesito con alguien. Es parte de lo que soy sexualmente; Simplemente es.

Pensé en Nathaniel teniendo juegos sexuales con otra persona, para a continuación, volver a casa conmigo. No podía hacerlo. Tenía razón, le estaba obligando a compartirme con otros hombres, pero compartirlo con otra mujer….

—Entonces, ¿qué, tendrás juegos para atarte con alguien más, y luego volverás a casa conmigo?

—Puedo encontrar un maestro que no haga contacto sexual. Puedo encontrar a alguien sólo para la sumisión.

—Pero la sumisión es sexo para ti.

Él asintió.

—A veces.

—No puedo hacerlo esta noche, Nathaniel.

—No estoy pidiendo eso, sólo piensa en ello. Decide lo que quieres que haga.

—Me estás dando un ultimátum; no me llevo bien con los ultimátum.

—No es un ultimátum, Anita, es simplemente la verdad. Te amo, y estoy feliz como no lo he estado con nadie, no en mucho tiempo. Honestamente, no pensaba que estaríamos juntos tanto tiempo. Siete meses es la relación más larga que he tenido. Cuando pensé que sería como todos los demás, de unos meses, entonces, no era más que algo grande. Podía

actuar durante unos meses, hasta que te cansaras de mí.

—No estoy cansada de ti.

—Ya lo sé. De hecho, creo que me vas a mantener contigo. No me esperaba eso.

—¿Mantenerte? Lo haces sonar como si fueras un cachorro perdido que recogí en la calle. No es por «mantener» a la gente, Nathaniel.

—Muy bien, elige una palabra diferente, pero estamos juntos viviendo y está funcionando, y puede durar algunos años. No puedo pasar los años sin que esta necesidad se agrande, Anita.

—Podría durar años; todavía hablas de nosotros como si no fuera a durar.

—Años es duradero —dijo—, y todo el mundo se cansa de mí, con el tiempo.

No sabía qué decir a eso.

—No estoy cansada de ti. Frustrada, desconcertada como el infierno, pero no cansada.

Sonrió, pero no llegó a sus ojos.

—Ya lo sé, y si no me sintiera lo suficientemente seguro, no haría ninguna demanda. Seguiría siendo infeliz por eso, pero si me amas, entonces puedo pedir lo que quiero.

Si me amas, había dicho. Jesús.

—Debe ser amor verdadero, Nathaniel, por que no te estoy pateando el culo en la acera por esto.

—¿Para qué, preguntas por si mis necesidades sexuales son satisfechas?

—Detente, simplemente déjalo. —Apoyé la frente contra el volante y trate de pensar—. ¿Podemos por favor dejar esto por ahora, mientras pienso en ello?

—Claro. —En su voz había dolor. Su voz podía sonar herida, yo estaba fuera de mi profundidad.

—¿Cuánto tiempo has estado guardándote esta conversación para ti mismo? —pregunté, todavía apoyada en el volante.

—Seguía esperando a que hubiera un momento tranquilo, cuando no estuvieras con el culo profundamente hundido y rodeado de caimanes, pero…

—Pero siempre estoy de culo en profundidad con los caimanes.

—Sí —dijo.

Me levanté y asentí. Eso era justo.

—Voy a pensar en lo que dijiste, y eso es todo lo que tengo por esta noche, ¿de acuerdo?

—Eso es maravilloso. Lo digo en serio. Tenía miedo…

Fruncí el ceño.

—¿Realmente pensaste que iba a enloquecer por esto?

Se encogió de hombros y no me miró.

—No te gustan las demandas, Anita, de ninguno de los hombres en tu vida.

Me desabroché el cinturón de seguridad y me deslicé para poder girarle para mirarme.

—No puedo prometer que esto no me vaya a romper con el tiempo, pero no me puedo imaginar no despertar a tu lado casi todas las mañanas. No puedo imaginarme no tenerte entretenido en la cocina. Demonios, es más tu cocina que la mía. Yo no cocino.

Me besó y se retiró con una sonrisa que hizo brillar su rostro de felicidad. Me encantaba esa sonrisa.

—Nuestra cocina. Nunca he tenido un 'nuestro' antes.

Le abracé, en parte porque quería, y en parte para ocultar la expresión de mi cara. Por un lado, le amaba a pedazos, por otro lado, habría querido que viniera con un libro de instrucciones. Más que cualquier otro hombre en mi vida, me confundía. Richard me hacía más daño, pero la mayor parte del tiempo entiendo el por qué. No me gusta, pero comprendo su motivación. Nathaniel estaba tan fuera de mi zona de comodidad que a veces no tenía ni idea. Entendía a vampiros que habían vivido más de quinientos años mejor de lo que comprendía al hombre en mis brazos diciéndome algo. No estaba segura de lo que decía, pero algo.

—Vamos a entrar antes de que Jean-Claude se pregunte que nos pasó.

Él asintió, todavía parecía feliz. Salió por su lado con la caja en la mano. Salí, pulsando el botón para hacer el pitido del Jeep, y pasé entre los coches hacia la acera. Se había puesto el sombrero de nuevo. Nathaniel disfrazado. Puse mi brazo izquierdo a través del suyo, y caminamos sobre la nieve que se derretía hacia el club. Él todavía estaba brillando con el comentario de «nuestra» que había hecho. Yo, no estaba del todo contenta. Estaba preocupada. ¿Hasta qué punto realmente le mantendría? ¿Puedo enviarlo a un desconocido para que le abofeteé y le hagan cosquillas? ¿Podría compartirlo si no podía satisfacer sus necesidades? No lo sabía. Realmente no lo sabía.



SEIS

Abrí la conexión metafísica que tenía con Jean-Claude. La abrí y pensé, *¿Dónde estás?* Le sentía, lo veía, y oía una conversación que me hizo saber que había alguien más con él. Estaba en el escenario, con la voz preparada para anunciar la actuación.

Me aparté lo suficiente para apoyarme mejor en el brazo de Nathaniel. A veces, cuando intentaba comunicarme mentalmente, tenía dificultad para caminar.

—Jean-Claude está en el escenario, así que sigamos.

—Lo que tú digas —dijo.

Una vez, en nuestra relación, él había querido eso. Había sido mi pequeño subordinado hombre leopardo. Yo había trabajado largo y duro, para obligarle a ser más exigente. Traté de hacer una buena acción y me dio una patada en el culo.

El guardia de seguridad de la puerta era alto, rubio y demasiado alegre

para el trabajo. Clay era uno de los hombres lobo de Richard, y cuando no era el guardaespaldas de alguien, trabajaba de seguridad aquí. El trabajo de Clay era evitar peleas. Era realmente bueno calmando las cosas. Más útil como gorila que con la fuerza bruta. La semana pasada, Clay había estado ayudando a protegerme. Había habido un accidente metafísico, y me había observado durante un tiempo por si me volvía un ser animal de verdad, había diferentes licántropos conmigo, así que si cambiaba, estaba cubierta. Pero había conseguido un cierto control sobre todo, y parecía que todavía no me iba a convertir en un peludo. Clay había sido uno de los lobos. Él estaba feliz cuando terminó su trabajo. A Clay le asustaba que el *ardeur*, le hiciera mi esclavo sexual. Bueno, tal vez no fuera eso. Tal vez era sólo mis miedos por la imagen que proyectaba sobre él. Quizás.

Dejó de sonreír un poco cuando me vio, su cara se puso seria. Me dirigió una mirada dura cuando me dijo:

—¿Cómo te va, Anita? —No fue amable; él tenía miedo a algunas de mis capacidades metafísicas, había estado convencido de que no era una buena idea tener a todos mis guardias fuera de servicio. Pensó que era demasiado pronto.

—Estoy bien, Clay.

Me miró, apoyado en el marco de la puerta. Me estudió mientras la multitud de detrás de nosotros crecía. Su mirada fue hacia Nathaniel.

—¿Ha estado realmente bien?

—Ha estado bien.

Clay se enderezó y nos hizo señas. Nos miró de forma sospechosa.

—De verdad —susurró Nathaniel cuando pasó a su lado—. Ni una punzada de nada de pelo.

Clay asintió y se volvió hacia el siguiente grupo. Era el portero de esta noche. Entramos en la oscuridad permanente del club. El ruido era suave, susurrante, como el mar. La música estaba bien y el ruido de la multitud tanto se apagaba como de repente se hacía fuerte. El rumor se ahogó con el auge de la música, pero los gritos de aliento fueron más fuertes.

La mujer del guardarropa nos dirigió una sonrisa.

—Las cruces no están permitidas en el club.

Me había olvidado de que llevaba una colgada fuera de mi ropa, por lo general siempre la llevaba debajo, si hubiera sido así la chica no me lo hubiera recriminado.

La metí por dentro de mi sudadera.

—Lo siento, lo olvidé.

—Lo siento, pero esconderla no es suficiente. Te la guardo en el guardarropa con el abrigo.

Genial. Ella era nueva y yo no lo sabía.

—Llama a Jean-Claude, o a Buzz, tengo un pase para estos casos.

Nathaniel se quitó el sombrero y le sonrió. Incluso en la penumbra pude ver su rubor.

—Brandon —susurró—, no te había reconocido.

—Estoy de encubierto —dijo, y le dio esa mirada parte jefe, parte coqueteo.

—¿Ella está contigo?

Me llevaba del brazo, por supuesto que estábamos juntos. Me quedé de pie y estaba tranquila. Nathaniel sabría manejarlo. Me dije que ella no mejoraría las cosas. Honestamente.

Nathaniel se inclinó y susurró:

—Joan piensa que eres una fanática que me estaba esperando en la puerta.

Oh. Le dirigí una sonrisa real.

—Lo siento, soy su novia.

Nathaniel asintió con la cabeza para confirmarlo, como si la mujer reclamara ser su novia todo el tiempo. Me hizo mirar su sonrisa, tranquila y me pregunté cuántas entusiastas fanáticas tenía. ¿Qué extraño era?

Joan se inclinó para susurrarnos sobre la alta música.

—Lo siento, pero las órdenes de Jean-Claude son sagradas, no es excusa que estés saliendo con una bailarina, para que la cruz entre en el local.

Por un lado estaba bien que fuera buena en su trabajo. Por otro lado, ya me empezaba a irritar.

Dos personas de seguridad, con camisa negra, se acercaron a nosotros. Creo que el sombrero y el abrigo me hubieran engañado también. Actuaban como si no nos reconocieran. Lisandro era alto, moreno, guapo, de pelo largo hasta los hombros, recogido en una cola de caballo. Era un hombre rata, lo que significaba que en algún lugar de él había una pistola. A simple vista no estaba armado, vestía una camiseta negra de tirantes y unos vaqueros, por lo que lo más probable es que llevara su arma en la espalda. Los hombres rata eran en su mayoría ex militares, ex policías, o ex delincuentes. Siempre iban armados.

Uno de los tipos de seguridad era más alto y musculoso que los demás. El levantamiento de pesas significaba que probablemente fuera un hombre hiena. A su líder le gustaba que sus esbirros practicaran culturismo.

—Anita —dijo Lisandro—. ¿Cuál es el problema?

—Ella quiere mi cruz.

Él miró a Joan.

—Ella es sierva humana de Jean-Claude. Tiene un pase.

La mujer en realidad se sonrojó y se disculpó.

—Lo siento. No lo sabía, y como estaba con Brandon. Yo…

Levanté una mano.

—Está bien, de verdad, sólo queremos entrar. —Había una multitud detrás de nosotros saliendo por la puerta. Clay estaba espiando el interior, preguntándose qué estaba ocurriendo.

Lisandro nos había ayudado a facilitar las cosas, lejos de la puerta, pero no hacia la pista sino hacia la barra. Aunque ellos no permitían servir alcohol. Era otra de las cosas interesantes sobre las leyes de zonificación de los clubes de striptease en este lado del río.

El culturista se quedó cerca de la puerta para ayudar a disolver la multitud con Joan.

Por fin podía ver quien estaba bailando. Byron estaba acabando su espectáculo porque estaba con un pequeño tanga. Su cuerpo pálido y desnudo era musculoso. Tenía el pelo castaño, corto, rizado y desordenado, era como si alguno de sus clientes lo hubiera despeinado. Una mujer le estaba metiendo dinero en la parte delantera del tanga. Sentí como le pegaba un pequeño cachete para que no metiera la mano en su tanga. Bordeaba la orilla de lo legal, pero los vampiros habían encontrado un poco de control para evitar que se agrediera en el escenario. Yo había visto arañazos, e incluso unas pocas marcas de mordeduras, en Jason y Nathaniel. Al parecer era mucho más peligroso deshacerse de las mujeres que de los hombres. Todos los bailarines estaban de acuerdo en que los hombres se comportaban mejor.

Byron bailaba alrededor del círculo, ansioso, de mujeres que rodeaban la parte delantera del escenario. Él se rió y bromeó. Recorriendo su cuerpo con las manos y restregando el dinero sobre su piel. Había tenido relaciones sexuales con él una vez, para alimentar el *ardeur*. Ambos habíamos disfrutado, pero Byron y yo estábamos de acuerdo en que no deberíamos tener sexo. Además, el levantamiento de pesas le había ayudado a aparentar

dieciocho años, ya que había muerto a los quince años. Aunque tenía varios cientos de años, su cuerpo no lo parecía. Su cuerpo todavía era el de un adolescente atlético. Me inquietaba aún el hecho de que había tenido relaciones sexuales con él.

Además, Byron prefería a los hombres antes que a las mujeres. Era bisexual, pero era uno de los pocos hombres que pasaban más tiempo comiéndose con los ojos a mis novios que yo. Me di cuenta que me molestaba, demasiado.

Jean-Claude estaba de pie cerca de la parte posterior, en la sombra, dejando a Byron ser el centro de atención. Jean-Claude se volvió hacia mí, con su rostro pálido en contraste con su pelo y ropa oscura. Se introdujo en mi mente. Espérame en mi oficina, *ma petite*.

Lisandro se inclinó y me susurró gritando, sobre la música:

—Jean-Claude dijo que esperásemos en la oficina.

—¿Justo ahora? —pregunté, perpleja, porque me sorprendió de que alguien más hubiera interceptado el mensaje.

Lisandro me miró desconcertado, y sacudió la cabeza.

—No, después de llamarte. Dijo que te llevara a la oficina cuando llegaras.

Asentí y dejé que él se adelantara hacia la puerta. Nathaniel llevaba todavía su sombrero y su abrigo. No quería ser reconocido, por varias razones. Era rudo distraer a la audiencia del espectáculo de Byron, y —Brandon no estaba trabajando esta noche. Lisandro abrió la puerta y nos hizo pasar.

La puerta se cerró detrás de nosotros, y afortunadamente en el lugar casi no se oía la música, no me había dado cuenta de lo alta que estaba la música fuera. O tal vez era por lo irritada que estaba esa noche.

Lisandro nos condujo por el pasillo hacia la puerta del lado izquierdo. La oficina de Jean-Claude estaba decorada de forma elegante en negro y blanco. Había incluso un biombo Oriental, en una esquina, que ocultaba un ataúd de emergencia. Una especie de cama plegable en versión vampírica. Sólo el sofá de la pared y la alfombra eran nuevos. Los anteriores muebles se habían arruinado con unas relaciones sexuales que habíamos tenido y en las que había acabado en el hospital.

Lisandro cerró la puerta y se apoyó en ella.

—¿Te quedas? —pregunté.

Él asintió.

—Órdenes de Jean-Claude. Quiere que tengas guardaespaldas otra vez.

—¿Cuándo lo dijo?

—Hace unos minutos.

—Mierda.

—¿La bestia a despertado?

Sacudí mi cabeza.

Nathaniel se acercó a la mesa de Jean-Claude. Se quitó el sombrero y el abrigo y los puso en una de las dos sillas, frente al escritorio.

—Tengo que conseguir un sombrero más liviano si tengo que seguir usando disfraz. El cuero da demasiado calor. —Él tenía sudor en la frente.

—Si la bestia no trató de levantarse de nuevo, entonces ¿por qué tengo que hacer de guardaespaldas otra vez? —preguntó Lisandro.

Abrí la boca, y la cerré.

—No sé cuánto quiere Jean-Claude que sepas. Ni si quiera estoy segura de cuanto está permitido que la gente sepa.

—¿Saber qué?

Me encogí de hombros.

—Si pudiera te lo diría.

—Si me quieren matar al menos quiero saber por qué.

—Nunca han conseguido hacerte daño antes.

—No, pero hemos perdido a dos de nuestros protectores, Anita. Digamos que si mi esposa se convierte en viuda, me gustaría saber por qué.

Eché un vistazo a su mano.

—No usas alianza.

—No en el trabajo.

—¿Por qué no?

—No quiero que la gente sepa que tengo seres queridos, Anita. Se les pueden ocurrir ideas. —Su mirada se desvió hacia Nathaniel, sólo por un momento y luego de nuevo a mí. Nathaniel lo había visto.

—Lisandro piensa que soy una víctima. Que necesitas hombres fuertes en tu vida.

Me fui a sentar al lado de Nathaniel, en el nuevo sofá blanco. Puso su brazo sobre mis hombros, y me instalé a su lado. Sí, habíamos estado discutiendo, pero eso no era problema de Lisandro, y desde luego no era asunto suyo con quien salía.

—Puedes salir con quien quieras, no es mi lucha.

—¿Cuál es tu lucha? —pregunté, y dejé que mis palabras reflejaran un

ligero tono hostil, que siempre ocultaba.

—Eres un vampiro, ¿verdad?

Vaya, vaya, las noticias viajan rápido.

—No exactamente —dije, en voz alta.

—Sé que no eres como una sanguijuela. Todavía estás viva pero ganaste la capacidad de Jean-Claude de alimentarte del sexo.

—Sí —dije, aún hostil.

—Que un siervo humano adquiera habilidades de su maestro, es algo habitual. Deberías haber ganado la capacidad de ayudar a Jean-Claude a alimentar su hambre, pero tu alimentación de la lujuria no es un extra por su energía, es una necesidad para ti. He oído lo que pasó la noche en que trataste de dejar de alimentarte. Casi mató a Damián, y a Nathaniel, y a ti misma. Remus cree que habría muerto si no hubieras alimentado el *ardeur*. Si no hubieras tomado a alguien, podrías haber muerto.

—No es agradable que te compartan con todo el mundo —dije.

—Puedes ponerte a la defensiva por esto, si lo deseas, pero es raro como el infierno. Rafael no puede encontrar a nadie que haya oído hablar de un sirviente humano que gane un hambre o la sed así.

—Y mi extraña vida se ha convertido en asunto tuyo, ¿por qué?

—Debido a que me están pidiendo a mí y a mi gente arriesgar nuestras vidas para mantenerte a salvo, por eso.

Le dirigí una mirada de pocos amigos porque no podía discutir con su lógica. Había conseguido que dos hombres rata murieran en los dos últimos años. Fue protegiéndome. Supongo que tenía el derecho a estar molesto.

—Es tu trabajo —dijo Nathaniel—. Si no te gusta, pídele a tu rey que te cambie de trabajo.

—Tienes razón en eso, Rafael me cambiaría de puesto.

—Entonces pídeselo —dijo Nathaniel.

Lisandro negó con la cabeza.

—Ese no es el tema.

—¿Cuál es el problema? —dije con impaciencia en mi voz.

—Muy bien, eres una especie de vampiro que está vivo. Un maestro vampiro, te dio a Damian como siervo humano y a Nathaniel como un animal al que acudir.

—No estás diciendo nada que no sepamos, Lisandro.

—Jean-Claude, te eligió como su siervo humano. Escogió a uno de los más poderosos nigromantes para venir a lo largo de los siglos. Fue un buen

movimiento. Su animal para llamar es el jefe de la manada de lobos locales. Richard puede tener sus problemas, pero es poderoso. Una vez más, una buena opción. Ambos ayudáis al poder de Jean-Claude. Ambos le ayudáis a ser más fuerte. —Hizo un gesto hacia Nathaniel—. Me gusta Nathaniel. Es un buen chico, pero no es poderoso. Ganaste más de lo que obtuvo él. Lo mismo que Damian. Él es un vampiro de más de mil años, y nunca va a ser un maestro.

—¿Has terminado? —pregunté.

—Casi.

—Sabes, esto es más de lo que te he oído hablar alguna vez —dije.

—Todos estuvimos de acuerdo que todo el que tuviera una oportunidad de preguntar debería hablar contigo.

—¿Quién es nosotros?

—Algunos guardias y yo.

—Bien, ¿cuál es tu punto?

—¿Tuviste una opción sobre Nathaniel y Damian? —preguntó.

—¿Quieres decir que podría haber elegido a otro hombre leopardo, y a otro vampiro?

—Sí.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó Lisandro.

—Uno, ninguno tenía ni idea de que esto pudiera pasar. Como dijiste, los siervos humanos no obtienen poderes así. En segundo lugar, no tengo control sobre mi metafísica como Jean-Claude. Muchos vampiros que tienen a un siervo o a un animal para llamar no lo hacen hasta que tienen unas cuantas décadas o siglos, bajo el brazo. Es como tirarse a una piscina sin salvavidas. Agarré el poder que me arrojaron. —Nathaniel me dio unas palmaditas en la pierna—. Estoy feliz con la elección, pero no tuve opción cuando sucedió.

Nathaniel me abrazó con un solo brazo.

—Todos estuvimos sorprendidos.

—Ahora tienes más control —dijo Lisandro—, y sabes lo que está pasando.

—Tengo más control, sí, pero en cuanto a lo que está pasando… Escoge un tema.

—De alguna manera tienes tres o cuatro tipos diferentes de licantropía dentro de ti. Pero no te has convertido en ninguno de ellos.

—Cierto, ¿y qué?

—Pero estas empezando a sentirte atraída por diferentes animales, como lobos y leopardos. Sólo estoy diciendo ¿y si eliges a un nuevo animal, no puede ser alguien poderoso, en lugar de débil? ¿Por qué no puedes elegir a alguien que te ayudará a aumentar tu poder, en lugar de herirte?

Nathaniel cambió a mi lado.

—Nathaniel no me hace daño —dije, pero parte de mí estaba pensando en nuestra discusión anterior. Podía sufrir daño pero no era el tipo de daño del que hablaba Lisandro.

—Él no te ayudará, no como Richard ayuda a Jean-Claude.

Podría haber rebatido esa parte. Richard estaba en conflicto con lo que era y lo que quería de la vida, mutiló el triunvirato entre nosotros tres, pero si Lisandro no se daba cuenta de que clase de compañero era Richard, entonces yo no iba a decírselo.

—¿Qué quieres de mí, Lisandro?

—Simplemente, que si tenemos que arriesgarnos a que nos peguen un tiro por ti, tengamos posibilidad de elegir al siguiente animal.

—No —dije.

—¿Simplemente no? —dijo.

—Sí, solo no. Esto no es parte de tu trabajo, ni el de Remus, ni el de nadie. Si no quieres asumir el riesgo entonces no lo hagas. No quiero que nadie me proteja si piensa que es una mala idea.

—No estoy diciendo eso.

—Entonces, deja de decirlo —dije.

—Deja de dar explicaciones y sólo di lo que quieres que Anita haga —dijo Nathaniel.

Lisandro frunció el ceño y dijo:

—Creo que Joseph estaba equivocado cuando te obligó a enviar a Haven, el hombre león, a Chicago. Joseph sigue tratando de alimentarte para que su débil orgullo deje con el culo al aire a los hombres leones, y no son mejores que Nathaniel. Sin ánimo de ofender, ni siquiera el hermano de Joseph, Justin, ¿no es mucho más fuerte?

Me había llevado un momento recordar quién era Haven, todavía pensaba que era como el monstruo de las galletas. Tenía el pelo teñido de color azul, y lucía varios tatuajes de Plaza Sésamo. Haven era también el matón de un maestro vampiro de Chicago. Haven me había ayudado a

manejar el problema con mi parte león de mi metafísica, pero él había elegido, también luchar con tres de los hombres leones locales, incluyendo a Joseph, su Rex, su líder. Haven y Richard habían tenido una pelea. Richard le había pateado el culo, lo que demostraba que Richard podía ser útil cuando quería serlo. Pero también demostraba que Haven siempre tenía demasiados problemas alrededor.

—Entre todos me explicaron cómo funciona la sociedad león. Si alguien tan duro y tan poderoso, se hubiera trasladado a la ciudad, se habrían sentido obligados a hacerse cargo de los hombres leones locales. La primera cosa es que la mayoría de las adquisiciones no se masacran por soberbia.

—Creo que podrías controlarle.

—Lo vistes, Lisandro, por favor. Es un gamberro, un matón profesional, con un récord de condenas.

Lisandro asintió.

—Tengo también antecedentes juveniles, mi esposa me enderezó. Creo que se podría hacer lo mismo por él.

—¿Qué, una buena mujer es todo lo que necesitan los chicos malos para enderezar su vida?

—Se puede hacer si la mujer tiene algo que el hombre quiere desesperadamente, sí.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Eso significa que vi la forma en que te miraba. Olí el efecto que teníais entre los dos. La única razón de que no tuvierais relaciones sexuales es que tu cabeza estaba en otra cosa.

—Sabes, Lisandro, me gustabas más cuando no hablabas tanto.

—He visto los antecedentes de Haven. Él no tiene nada que no tenga yo.

Esto me hizo mostrarme sorprendida. Porque no sabía eso.

—Eso hace de ti un hombre muy peligroso —dije, en voz baja y uniforme.

—Has matado a más personas que yo.

—Esta conversación ha terminado, Lisandro.

—Si no quieres a Haven, ¿entonces puedo tantear el terreno para que Rafael busque algunos mejores candidatos leones? Joseph tiene tanto miedo de que un león feroz venga y se coma a su débil orgullo que no traerá a nadie fuera de la ciudad para que haga tu trabajo.

Empecé a decir que no, pero Nathaniel me apretó el brazo.

—Rafael es un buen líder.

—Él no puede entrevistar a nuevos leones. Puede traer nuevos hombres rata, pero no es el momento de traer a nuevos leones —dije.

—Lisandro tiene razón en una cosa, Anita. Joseph tiene miedo. Todo el mundo que ha entrado en su vida, en las últimas semanas ha sido cobarde, no sólo débil en el poder, sino inocente. Tu vida no tiene espacio para los inocentes.

Miré a sus ojos lavanda y no me gustó lo que vi. Tenía siete años más, pero había visto tanta violencia como yo, o más. Había visto lo que los demás seres humanos podían hacer, de cerca. Había resuelto violentos delitos, pero sobre todo no había sido la víctima. Había estado en las calles solo antes de tener diez años. Nathaniel era más débil en algunas cosas, que Lisandro, pero era más fuerte que yo, de una manera que la mayoría de la gente no lo entendería. Había sobrevivido a cosas que habrían destruido a la mayoría de la gente.

Él me dejó ver en su cara lo que normalmente ocultaba, yo era la inocente. No importaba cuánta gente muriera en acto de servicio, nunca sabría realmente lo que él sabía.

—¿Crees que me equivoqué al hacer que Haven regresara a Chicago?

—No, me daba miedo, pero necesitas a un hombre león, y ellos necesitan saber el resultado.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Los dos leones que te envió eran vírgenes —dijo Nathaniel—. Eres un succubus, Anita. A ti no te van las vírgenes en algo así.

—Tienes que tener relaciones sexuales malas para apreciar el sexo realmente bueno —dijo Lisandro.

Nathaniel asintió.

—Eso, también, pero lo que quise decir era que no hemos encontrado a un león aún que no pensamos que fuera débil. —Miró al guardia de seguridad de la puerta—. Algunos de ellos son resistentes a una vida normal, pero vivimos en un mundo donde las armas, y el sexo, y la violencia de todas las clases pueden pasar y hacer. No necesitamos a alguien que nos haga a todos parecer corrompedores de niños.

Los dos miramos a Nathaniel.

—¿Qué? —dijo él.

—¿Es así como realmente te sentías con todos ellos, incluso con

Justin?Pregunté.

—Sí —dijo—. La violencia de Justin tiene límites. El hecho de que él es ejecutor de Joseph da miedo.

—Joseph es mejor en una pelea —dijo Lisandro.

—Pero no es tan bueno como Richard, o Rafael.

—¿O tu Micah? —pregunto Lisandro.

—Creo que Micah haría cualquier cosa que hiciera falta para mantener a su gente a salvo.

—He oído hablar de él —dijo Lisandro.

Desde que estábamos hablando de uno de mis otros amantes, no estaba segura de como sentirme. Micah y yo éramos gente muy práctica. A veces práctica y despiadada son sólo palabras diferentes para la misma cosa.

—Ambos estáis diciendo que no pensáis que Joseph haría lo que fuera necesario.

—Lo único que mantiene su orgullo seguro es el hecho de que simplemente no hay muchos hombres leones en este país. La licantropía basada en el gato es por lo general más difícil de coger que otros tipos —dijo Lisandro.

—Basado en reptil es más difícil de coger —dijo Nathaniel.

Lisandro cabeceó.

—Cierto pero no hay muchos. El más cercano está en Chicago.

—No intentarán tomar posesión. Jean-Claude y yo nos aseguramos de eso —dije.

—Pero no lo ves, Anita, tú y Jean-Claude os asegurasteis de eso, no Joseph. Es una débil amenaza —dijo Lisandro.

—Nadie de Chicago tonteará con ellos ahora —dije.

—Sí, pero si Chicago notó que son débiles, entonces podría ser alguien más.

—No sabía que teníamos que enorgullecernos de que no fueran esos dos.

—Uno en la costa oeste, uno en el este —dijo Lisandro.

—¿Es donde Joseph consiguió su último candidato? —pregunté.

—El orgullo de la Costa Este, sí. Pero lo rechazó, al igual que todos los demás.

—No puedo dar permiso a tu líder para hacer compras de leones, Lisandro.

Está prohibido interferir en las líneas de especie enemistadas.

—No para ti —dijo Lisandro—. Recuerda, que Joseph te pidió que no mantuvieras a Haven. En el momento que te pidió protegerle a él y a su orgullo, te pidió interferir. Eres la Nimir-Ra de los leopardos, y la lupa de los lobos; no eres nada de los leones. Una vez te pidió ayuda, te dio permiso para meterte con sus leones.

—No creo que Joseph lo vea así —dije.

Lisandro se encogió.

—No importa como lo vea, es la verdad.

No supe que contestarle, llamaron a la puerta. Lisandro nos cubrió con su cuerpo. Su mano se colocó detrás de su espalda, y estaba segura de que el arma la tenía allí.

—¿Quién es?

—Requiem. Jean-Claude pidió mi presencia.

Lisandro me miró. Me di cuenta de que estaba pidiendo mi permiso. Eso me gustó. Realmente no quería ver esta noche a Requiem. Me daba vergüenza haberlo añadido a mi lista de alimentos. Pero él había estado en Inglaterra, había visto recientemente al *Harlequin* en persona. Sería útil. O eso es lo que me decía a mí misma. Asentí hacia Lisandro para que le dejaran entrar.



SIETE

Requiem llevaba una capa larga negra como su pelo. Era el único vampiro que vestía una capa así.

Byron llegó detrás de él, llevaba una toalla que parecía estar llena de algo. Todavía estaba vestido sólo con su tanga. Todavía quedaba dinero metido en ella. Me sonrió.

—Hola, patito.

—Hola Byron.

Él siempre hablaba como si acabara de salir de una película británica antigua: un montón de amores y patitos. Hablaba de esa manera a todo el mundo, así que no lo tomé como algo personal. Él abrió la toalla en el sofá a mi lado. De repente llovió el dinero.

—Buena noche —dijo Nathaniel.

Byron asintió y comenzó a coger el dinero de su tanga.

—Jean Claude utiliza esa voz dulce, durante mi actuación. Las palomas

siempre se levantan para él.

Se quitó el tanga, dejando que algunos billetes se cayeran al suelo. Pensé en protestar porque se desnudó delante de mí, pero era un stripper y después de un rato ya no me molestaba su desnudez ya que estábamos en el club. La desnudez no era lo mismo para los bailarines que para el mundo real. Se trataba de la ilusión, de que los clientes pudieran tener la ilusión del sexo, no el real. Me había llevado un tiempo entender eso.

Byron utilizó la toalla para secar el sudor de su cuerpo. Hizo una mueca y se giró para ver los arañazos de sus nalgas.

—Me marcaron por detrás, justo en el acto final.

—¿Golpea y corre? o ¿ella te dio dinero extra por ello? —preguntó Nathaniel.

—Golpea y corre.

Debía parecer desconcertada, porque Nathaniel explicó.

—Un golpea y corre se produce cuando un cliente lo hace sin que lo vean o lo podamos identificar, y como no sabemos quién lo hizo, no paga por ello.

—Oh —dije, porque no sabía qué más decir. No me gusta ver que mis novios eran manoseados por extraños. Era otra de las razones por lo que no solía quedarme en el escenario.

—La estrella de la tarde, precursora del amor, se sienta delante de mí, y ni siquiera me sonríe. —Me saludó Requiem. No era lo que siempre decía, pero era típico. Había empezado a llamarme «estrella de la tarde».

—Sabes, saqué la cita de El paraíso perdido de John Milton. No estoy seguro, pero creo que su forma poética es la mejor queja.

Él entro, asegurándose de que la capa no mostraba nada más que su rostro ovalado y largo, que estaba escondido en su mayoría por la barba al estilo de Van Dyck. El único color en él eran los ojos azul mar, los más ricos, más profundos, el mejor azul que había visto nunca.

—Sé lo que soy para ti, Anita.

—¿Y eso sería? —dije.

—Soy la comida. —Se inclinó sobre mí, y giré mi cara de modo que el beso fuera en la mejilla y no en la boca. No estábamos peleados, pero el beso fue vacío y neutral, el tipo de beso que le daría a su tía. Pero me había asegurado de que no fuera más allá. Me di la vuelta primero, así que ¿por qué había aceptado sólo el rechazo y no trató de hacer el beso más profundo? No quería que fuera más difícil de lo que era, se lo había dejado

claro, ¿por qué su aceptación me molestaba? Sólo Dios lo sabe, porque yo no tenía ni idea. Estaba enfadada con Nathaniel por exigir más de mí, y me irritaba con Requiem por no ser nada exigente. Incluso en mi cabeza estaba confundida.

Se sentó en la silla vacía, cerca del escritorio. La capa lo cubría por completo, sólo las puntas de las botas negras asomaban.

—¿Por qué mi estrella de la tarde está enfadada? ¿No he hecho exactamente lo que deseabas que hiciera?

Luché por no fruncir el ceño más, y probablemente no lo lograría.

—Me molestas, Requiem.

—¿Por qué? —preguntó, simplemente.

—¿Por qué, solo por qué, sin poesía? —pregunté.

Nathaniel me dio unas palmaditas en el hombro, ¿para recordarme que estaba allí, o trataba de impedir una pelea? De cualquier manera, funcionó, porque cerré mis ojos y conté hasta diez. No estaba segura de porque Requiem quería sacarme de mis casillas últimamente. Era uno de mis amantes. Él era la comida. Pero no me gustaba, nada de eso. Era maravilloso en la cama, pero… siempre estaba ese sentimiento por parte de él de que no importaba lo que hiciera, nunca era suficiente. Nunca quería que hiciera lo que él hacía. Había una presión constante, tácita con él. Conocía el sentimiento, pero al menos vas a tener una «relación» con un hombre, era una presión que no merecías, o no respondería hacerlo. Él era la comida, éramos amantes; era el tercero bajo el mando de Jean Claude. Había intentado ser su amiga, pero de alguna manera el sexo lo había arruinado. Creo que sin el sexo podríamos haber sido amigos, pero con… eso nosotros no éramos ni amigos, ni novio o novia. Éramos amantes, pero… No sabía explicar porque estábamos mal, pero lo sentía, como el dolor de una herida antigua que pensaba que se había curado.

—Me dijiste que estabas cansada de la poesía que te dedicaba. Estoy simplemente conversando.

Asentí.

—Me acuerdo, pero… me siento como que no eres feliz conmigo, y no sé por qué.

—Me has permitido entrar en tu cama. Compartir el *ardeur* una vez más. ¿Qué deseo más elevado podría tener un hombre?

—El amor —dijo Nathaniel.

Requiem miró más allá del otro hombre. Sus ojos azules de vampiro

brillaron: la ira, el poder. Requiem lo disimuló, pero yo lo había visto. Todos lo habíamos visto.

—Como ambos sabemos, el amor es débil ¿Quién no se ha enamorado a primera vista?

—No sé a quién te refieres —dijo Nathaniel—, pero Anita no ama a primera vista, o por lo menos no conmigo.

—Está citando a Hero y Leander de Christopher Marlowe —dijo Byron. El otro vampiro estaba contando el dinero que había soltado en el sofá. Le daba la espalda al otro vampiro—. Y lo que le molesta es que piensa que es maravilloso, y no puede, explicarse porque no le ama.

—No me tientes, Byron. Mi rabia sólo busca un objetivo —dijo Requiem.

Byron se volvió hacia su dinero apilado y lo contó en la mano.

—Puedo resistir todo menos la tentación —dijo. Me miró—. Él odia que lo cites.

—Estás hablando demasiado. ¿Cuál es tu propósito, Byron? —dijo Requiem, su voz ronroneante baja indicaba una advertencia.

—Mi propósito —dijo Byron, sus ojos grises intermitentes en un momento brillaron como un silencioso relámpago poderoso. Dejó su dinero en el centro de la mesa lacada y se giró hacia el otro vampiro—. Quiero que esto se simplifique. Hablar y conseguir el objetivo. —Se sentó en el regazo de Nathaniel, poniendo las piernas en mi regazo.

Nathaniel pasó un brazo alrededor de él, casi automáticamente, y me dirigió una mirada. La mirada decía: ¿Qué está pasando? Pero como no lo sabía, no tenía respuestas. Era como si hubiéramos entrado en una pelea que no sabía porque estaba pasando. Tenía mis manos en el aire, por encima de las piernas desnudas de Byron. No podía pasar por alto la desnudez en su mayor parte y sobre todo porque estaba sentado sobre mi novio y tenía sus piernas sobre mí. Mi capacidad de ignorarlo no era muy grande.

—¿Qué pasa? —pregunté, poniendo mis manos en las piernas desnudas de Byron, porque me sentía estúpida por tenerlas en el aire. Si hubiera estado en el regazo de Nathaniel él se hubiera colocado en el suelo, pero lo que estaba sucediendo es que había involucrado a Nathaniel, también, y eso significaba que no podía limitarme a actuar. Tenía que pensar, también. Una simple reacción era mucho más fácil, no siempre a largo plazo, sino a corto plazo, se sentía mucho mejor.

—Pregunta a Byron —dijo Requiem—. No tengo ni idea de por qué está actuando así.

Le di unas palmaditas en la pantorrilla de Byron y le dije:

—¿Por qué estás sentado en nuestro regazo?

Byron envolvió sus brazos alrededor de los hombros de Nathaniel, poniendo su cara junto a la suya. Me miró, y la mirada de esos ojos grises me hizo luchar contra un escalofrío. No era un escalofrío de miedo sino más bien sexual. Nathaniel apenas parecía perplejo como estaban sus caras una junto a la otra. Esto era una mirada ostensible sexual que me hizo salir de debajo de sus piernas y levantarme.

—No sé cuál es el juego, Byron, pero Nathaniel y yo no queremos jugar.

Byron se levantó de encima de Nathaniel y se arrodilló al otro lado, por lo que aún podía ver a los dos claramente. Era como que si estuviesen haciendo un descarado coqueteo. Byron coqueteaba, pero no en serio, más bien se trataba de un juego. No había nada casual en la expresión de su cara.

Deslizó la mano por el cuello de Nathaniel, luego, le agarró la trenza. La agarró y tiró del cuello de Nathaniel hacia atrás de forma dolorosa. La reacción de Nathaniel se reflejó en sus pantalones y contuvo una exclamación en su garganta.

Mi pistola estaba en mi mano. No recordaba haberla sacado. No recordaba apuntarla. Mi pulso latía en la garganta. Después de años de práctica, tenía una pistola apuntando a la cara de Byron. Él me miraba de frente con sus ojos grises, su expresión era cruel, pero no mortal. No sabía lo que estaba pasando, pero lo que fuera, alguien iba a salir herido si no lo detenía.

—Que se vaya —dije, mi voz era tan firme como la pistola con que estaba apuntando. Tenía sentido que Lisandro se alejara de la puerta, y caminara hacia nosotros. No estaba segura si quería que interfiriera, o incluso si lo necesitaba.

—Él no quiere que me vaya, ¿verdad, Nathaniel? —La voz de Byron fue muy cuidadosa, incluso, como si por fin se diera cuenta de que su juego podía ser mortal. La voz de Nathaniel fue estrangulada con el cuello inclinado hacia atrás, por el tirón de pelo, pero lo que dijo fue:

—No, no, no te detengas.

Finalmente me permití mirar a Nathaniel. Normalmente no apartaba la

mirada de alguien que estaba apuntando con una pistola, pero no era el caso de Byron. Independientemente de lo que estaban haciendo, no estaba segura de que estuviera a punto de ser violenta. Las manos de Nathaniel agarraron el brazo de Byron, pero no como si estuviera tratando de detener al vampiro, más bien era más como si se aferrara. Pero fue la expresión del rostro de Nathaniel la que me hizo bajar la pistola.

Los labios de Nathaniel se abrieron un poco, sus ojos se cerraron, con cara de placer. Su cuerpo se tensó con la anticipación. Estaba gozando con el dolor, disfrutando de ser maltratado. Mierda.

Byron soltó a Nathaniel abruptamente, casi con un gesto de usar y tirar. Nathaniel volvió a caer en el sofá, sin aliento, sus ojos estaban en blanco. Su columna vertebral se inclinó, echando la cabeza hacia atrás, retorciendo la espalda en el sofá.

Byron se quedó allí y le miró.

—Patito, esta reacción ha sido fuerte, estás descuidándolo.

Me hubiera gustado discutirlo, pero tenía razón. La prueba de ello se retorcía en el sofá en una especie de éxtasis que no podía ni siquiera comenzar a entender. Le gustaba un poco de fuerza de vez en cuando, pero no lo intentaba conmigo. Nathaniel comenzó a tranquilizarse, con los ojos todavía cerrados, y una sonrisa en su rostro. Entendí por primera vez que la violencia podía ser el sexo que le gustaba a él.

Miré a Byron.

—¿Y tu punto? —Estaba bastante segura de que sabía cuál era el punto, pero no le iba a ayudar a hacerlo.

—He oído rumores de que no estabas haciendo dominación y sumisión con el chico, pero no lo creía. Quiero decir, ¿cómo puedes estar con Nathaniel y no BDSM? Esclavitud y la sumisión es el pan y la mantequilla del chico.

Asentí, y puse la pistola hacia arriba.

—¿Sabes que has estado cerca de recibir un tiro?

—Me di cuenta cuando me apuntaste a la cara con la pistola. —La broma había pasado otra vez, demasiado asombrosa y entonces él sonrió—. Tan excitante.

—¿Estás diciendo que pensaste que te iba a pegar un tiro? —Me reí un poco al final, pero fue una risa nerviosa.

—No como hace Nathaniel, pero me gusta ser dominado a veces. —Se sentó en el sofá, entre Nathaniel y el brazo del sofá. Envolvió sus brazos

alrededor de los hombros de Nathaniel otra vez, a pesar de que estaba sentado sobre sus rodillas no puso la cara junto a la suya. Nathaniel lo abrazó, con una expresión apacible en su rostro. Mi irritación salió a flote. Pero él acunó los brazos de Byron tensamente a su alrededor, como si fuera su osito de peluche favorito. Nunca me había gustado mucho Byron y justo ahora estaba abusando un poco y él era su mejor amigo. No lo entendía, simplemente no lo hacía.

Byron le abrazó y le acarició la cara con su pelo.

—Soy como un interruptor, Anita, en todo el sentido de la palabra.

Fruncí el ceño.

—Interruptor significa ser bisexual, ¿verdad?

—No hay otro significado para ello, patito.

—Sólo dímelo, Byron. No soy muy buena siendo sutil.

—Significa que soy tanto sumiso como dominador.

—Sumiso y dominante —dije.

Él asintió.

—¿Qué ofreces? —dije.

—Podría ayudarte a dominar tu gatito.

—¿Cómo? —Dejé la palabra mantener todas las sospechas que podía.

Se echó a reír.

—Puedes amenazar y dudar en una palabra, patito.

—Responde a la pregunta —dije.

—Alimenta el *ardeur* de mí y de Nathaniel, mientras abuso de él. Si esto es un preliminar, la energía va a ser increíble.

—¿Qué quieres?

—Tengo que tener sexo contigo, patito.

Sacudí mi cabeza.

—Inténtalo de nuevo, Byron. Pero te gustan los chicos mucho más de lo que te gustan las chicas.

—Puedo tener contacto sexual con Nathaniel.

Sentí como mis ojos se estrechaban al mirarlo.

—Nunca has actuado como si Nathaniel fuera tu tipo antes.

—Sé que él es feliz, y quiero que mis amigos sean felices.

—Eso no es todo —dije.

—No sabes lo que quieres decir, con amante. —Se instaló en la esquina del sofá.

Nathaniel y él se abrazaron como si lo hubieran hecho antes, aunque no

pensaba que lo hicieran.

—Él lo hace en mi beneficio —dijo Requiem.

Miré al otro vampiro, que no se había movido de su silla.

—Explícalo —dije.

—Díselo Byron, dile por qué.

—¿Dónde ha ido toda tu poesía, Requiem? —preguntó Byron.

—En las cadenas y la oscuridad, ¿para qué me quedo, y llorar en prisión, mientras que guardo la llave? —dijo Réquiem.

—Eso está mejor —dijo Byron—. ¿Has pensado en acabar con todo, patito? ¿Es el hecho de que Anita no te adora, tan doloroso para ti?

Requiem lo miró, y algo en su mirada hizo que Byron sintiera un escalofrío.

No estaba segura si era un escalofrío de miedo o de otra cosa. Si él no tenía miedo, debería haberlo tenido. Nunca había visto mirar a Requiem de esa manera a nadie.

—Esto tiene la pinta de algo que se va a ir de las manos y hacer que la gente resulte herida. Parte de mi trabajo es proteger a todos para que no sufran daño, habla conmigo —dije.

Byron me miró.

—Nathaniel necesita su dolor, Anita. Te ayudaré a dárselo, mientras estás en la cama con nosotros. Tienes la oportunidad de supervisar, pero no tienes que hacer el trabajo sucio.

—¿Habló Nathaniel contigo acerca de este problema?

—Sé lo que es, Anita, querer una cierta clase de toque y ser negado. Pasé siglos con Maestros que no les importaba lo que quería ni lo que necesitaba. Nathaniel te ama y tú también, pero con el tiempo, las necesidades sin respuesta pueden cortar el amor como la leche se echa a perder bajo el sol.

—Así que esta pequeña demostración ha sido por la bondad de tu corazón, dije, de manera que por mi tono reflejé lo poco que le creía.

—Él trató de decírtelo, patito, pero no lo entendiste.

—No estoy segura si lo he entendido ahora —dije.

—Pero ¿mi pequeño espectáculo sirvió?

Quería decir que no, pero habría sido una mentira. Muchos vampiros podían oler o sentir una mentira, ¿por qué molestarse?

—Odio admitirlo, pero sí, ha ayudado. No tires una mierda así otra vez, has conseguido lo que querías.

—¿Yo? —dijo, deslizándose más abajo en el sofá, hacia Nathaniel y se entrelazaron más. Si Nathaniel estaba incómodo por estar con un hombre desnudo, no lo mostró. Bien, un hombre desnudo que no era uno de nuestros amantes. ¿Tenía solamente que tirarle, un poco, del pelo como había hecho Byron? ¿La necesidad de Nathaniel que era tan grande que había descuidado sus necesidades tanto?

Byron no había hecho nada que yo no estuviera dispuesta a hacer. Él no había hecho nada malo. ¿Sería tan malo atar a Nathaniel y tener el sexo que hubiéramos tenido sin atar? ¿Era tan terrible? Miré a los dos hombres, abrazados juntos, busqué la satisfacción en el rostro de Nathaniel, y me di cuenta de que había sido arrogante. Había asumido que si nuestra relación terminaba, sería yo quien la acabaría. Que lo rechazaría por estar demasiado necesitado, o algo. En ese instante me di cuenta de que podía dejar de esforzarme lo suficiente para satisfacer sus necesidades. La idea hizo que mi pecho se contrajera. Le amaba, realmente. No podía imaginar mi vida sin él. Entonces, ¿a qué iba a estar dispuesta para retenerlo? ¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar y necesitaría ayuda para conseguirlo? Había tenido relaciones sexuales con Byron antes. Había alimentado el *ardeur* con él. ¿Podría Byron enseñarme cómo dominar a Nathaniel? Tal vez, tal vez no. Sin embargo, su pequeño espectáculo había demostrado una cosa: que necesitaba a alguien que me enseñara cómo hacerlo con Nathaniel. Nunca hubiera imaginado que simplemente tirándole del pelo con un poco de fuerza, inclinándole un poco, tendría una reacción tan sorprendente.

—Parece que estás pensando demasiado, amor.

—Estoy pensando en tu pequeño espectáculo; ¿no es lo que querías? —pregunté—. Quería que te excitaras, pero no hay emoción en tus ojos. —Era su turno para fruncir el ceño.

—Ella no lo demuestra fácilmente —dijo Requiem.

—A ella le gustan dos hombres a la vez.

—No sólo dos hombres, sino cualquier hombre —dijo Requiem—, solo cuando no prefiere solo a un simple hombre.

—Estáis hablando de mí como si no estuviera aquí; realmente lo odio —dije.

—Lo siento, patito, pero estaba esperando que Nathaniel y yo juntos haríamos algo para ti.

—Me dejas perpleja.

Byron se echó a reír, y su rostro pareció más joven, parecía un ser humano de quince años como cuando lo encontró el vampiro y no lo dejó llegar a los dieciséis.

—Desconcertada no era exactamente lo que tenía en mente.

Me encogí de hombros.

—Lo siento.

Él negó con la cabeza.

—No te eches la culpa, querida. No lo hice por ti.

—No lo hiciste por ti tampoco —dije.

Se rió de nuevo.

—El sexo es hermoso.

—Pero te hubiera gustado más si hubiera sido Jean-Claude. Una mirada se deslizó a través de sus ojos. Él miro hacia abajo, descendió sus ojos en un espectáculo de coqueteo para ocultar su mirada. Cuando levantó la mirada hacia mí otra vez, se notaba que estaba intentando no reírse. —Jean-Claude, te ama, patito, eso está claro.

Podría haber preguntado qué quería decir con eso, pero la puerta se abrió y el vampiro en cuestión entró. Su ropa era negra, pero no eran las habituales.

¿Él llevaba un esmoquin completo con cola, aunque una vez quitas el cuero, es aún un esmoquin? Unos tirantes de seda cruzaban su pecho. Me quedé mirando esa piel al descubierto de la misma forma en que algunos hombres miran los pechos de una mujer. No me gusta. Es decir, se trataba de un pecho bonito, pero hay que parar y mirar la cara. Tenía un bonito pecho, pero la cara era mejor. Levanté la mirada hacia la cara. El pelo rizado negro le caía sobre los hombros. Al cuello llevaba una cinta de terciopelo negro y un camafeo que había comprado para él. Hasta la curva besable de su boca, la curva de su mejilla como un ala de golondrina, la gracia de todo y… ¿ala de golondrina? ¿Qué demonios significa eso? Nunca se ha descrito la línea de la mandíbula de alguien así.

—*Ma petite*, ¿estás bien?

—No —dije, en voz baja—. No lo sé.

Se acercó y tuve que mirar hacia esa mirada azul medianoche. Era como volver al club donde vi por primera vez a Nathaniel. Estaba demasiado fascinada con él. De hecho, tuve que cerrar los ojos para que la visión no me distrajera y pudiera decir:

—Creo que alguien está jugando conmigo.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

—¿Quieres decir como en el cine? —dijo Nathaniel. Su voz estaba más cerca que el sofá. Debió moverse hacia nosotros.

Asentí, con los ojos todavía cerrados.

La voz de Jean-Claude vino desde la derecha delante de mí.

—¿Qué pasó en el teatro?

Nathaniel se lo explicó.

—Ella tuvo que sacar su cruz para sentirse mejor.

—Pero sigo teniendo mi cruz —dije.

—Está en el interior de tu camisa ahora. Antes estaba a la vista —dijo Nathaniel.

—Eso no debería importar a menos que el vampiro se encuentre en la habitación conmigo.

—Trata traerlo a la luz —dijo Jean-Claude.

Abrí los ojos un poco, para mirarle. Era desgarradoramente maravilloso aún, pero podía pensar otra vez.

—No deberías preocuparte por esto. —Miré su cara, directamente a sus maravillosos ojos. Eran sólo ojos, hermosos, cautivadores, pero no literalmente—. Se ha ido otra vez.

—¿Qué está pasando, patito? —preguntó Byron. Caminó hacia nosotros, mirando del uno al otro.

—Lisandro, déjanos —dijo Jean-Claude.

Lisandro parecía pensar en protestar, pero no lo hizo. Él sólo preguntó:

—¿Quieres que me quede en la puerta, o vuelvo al club?

—En la puerta, creo —dijo Jean-Claude.

—¿No necesitan nuestros guardias estar al tanto? —pregunté.

—Esto no es asunto del rodere.

—Lisandro planteó una cuestión antes de que entraras, si vamos a ponerlos en peligro, tienen derecho a saber por qué.

Jean-Claude miró a Lisandro. No fue una mirada totalmente amigable.

—¿De verdad?

Lisandro le dio una llana mirada de vuelta.

—Estaba hablando con Anita sobre si acoge a otro animal, no sobre tus órdenes, Jean-Claude.

—Todo lo que incumbe a *ma petite* me concierne. —Había un peligroso ronroneo en su voz.

Lisandro se movió un poco y visiblemente dejó escapar un suspiro.

—No te ofendas, ¿pero no quieres que ella escoja a una bestia más fuerte la próxima vez? ¿Alguien que ayudará a tu base de poder?

Jean-Claude le miró fijamente, y Lisandro luchó para no mirar al vampiro, un truco que había aprendido con los años, estaba contento de haberse convertido en alguien difícil de vencer. Es difícil ser duro cuando no puedes mirar a alguien a los ojos.

—¿Mi fuerza es preocupación de las ratas? —preguntó Jean-Claude.

—Sí —dijo Lisandro.

—¿Cómo? —En un tono poco amistoso.

—Tu fuerza nos mantiene a salvo. Los hombres rata recuerdan cuando St. Louis era cuando Nikolaos era el maestro de la ciudad. —Lisandro negó con la cabeza, con cara de enfadado—. Ella no protegía a nadie ni a nada. Tú piensas en toda la comunidad sobrenatural, Jean-Claude.

—Creo que no te has dado cuenta de que *ma petite* piensa en esas cosas.

—Ella es tu siervo humano —dijo Lisandro—. Sus acciones son tus acciones. ¿Los vampiros no creen que los siervos humanos son extensiones de sus maestros?

Jean-Claude parpadeó y se movió más lejos en la sala, cogiendo mi mano mientras se movía.

—Una bonita presunción, pero sabes que *ma petite* tiene su propia personalidad. —Su mano en la mía era sólida, real y el mundo de repente fue más seguro. El toque de su mano me hacía sentirme más tangible.

—Quien sea o lo que sea que me está fastidiando está todavía aquí —dije, alrededor, pero todavía está aquí.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

—Cuando me tocaste, me sentí más sólida. Tu toque me dio una seguridad que ni siquiera sabía que estaba allí.

Él me acercó a su cuerpo, era casi un abrazo. Acaricié la suavidad de sus solapas de cuero.

—¿Es más sólido ya? —preguntó él.

Sacudí mi cabeza.

—Trata de juntar piel con piel —dijo Requiem.

Él se había quedado en la silla junto al escritorio. No se movió hasta que estuvimos cerca de él, no intencionadamente, por lo menos no por mi parte.

Seguí cogida de la mano de Jean-Claude, me puso contra su pecho

desnudo. En el momento en que toqué gran parte de su piel, fue maravilloso.

—Mucho mejor —dije. Toqué suavemente los músculos firmes de su pecho. Seguí con el dedo la cicatriz en forma de cruz. Mejor aún.

—¿Por qué quieres hablar con Byron y conmigo, Jean-Claude? —Requiem nos miró, su cara intentaba mostrarse serena pero no lo consiguió del todo. Él se reclinó en la silla, con el cuerpo relajado, pero sus ojos le delataban: tenso, cuidadoso.

—Has visto esto antes, ¿no? —pregunté.

—Una vez —dijo, su voz más neutral que sus ojos.

—¿Cuándo? —pregunté.

Miró a Jean-Claude.

—El hombre rata debe irse.

Jean-Claude asintió.

—Vete, por ahora, Lisandro. Si podemos decirte más, lo haremos.

Lisandro me miró a medida que se iba, como si pensara que era muy probable que después yo le contaría la verdad. Estaba en lo cierto.



OCHO

Byron nos miró a todos. Su rostro de broma habitual era completamente serio.

—Alguien nos habla a los pequeños pobres peones, por favor.

—¿Recibiste un regalo? —preguntó Requiem.

—*Oui*.

—¿Qué clase de regalo? —preguntó Byron.

—Una máscara —dijo Jean-Claude.

Byron palideció, se había alimentado esta noche así que tenía bastante color para hacerlo.

—No, no me jodas, no aquí, no otra vez.

—¿De qué color era? —dijo Requiem con una voz que había caído al vacío, la forma en que algunos de los vampiros de edad podían hacer.

—Blanca —dijo Jean-Claude. Byron se relajó tan de repente que casi se cayó. Nathaniel le ofreció una mano que él tomó—. Estoy pusilánime,

patitos. No me asustéis así. Blanca, estamos seguros con el blanco. —Nathaniel le ayudó a volver al sofá, pero no se quedó con él. Se movió hacia nosotros.

—¿De qué color fue la que obtuvo tu maestro en Inglaterra? —pregunté.

—Rojo en primer lugar, luego, negro —dijo Requiem.

—¿Qué significa roja? —pregunté.

—Dolor —dijo Jean-Claude—. Es típico para castigar a un maestro, para llevarlo al talón. El consejo no debe utilizar al *Harlequin* a la ligera. El nombre cayó en la habitación como una piedra arrojada a un pozo. Te esfuerzas por escuchar el chapoteo. Incliné mi cara en el pecho de Jean-Claude. No había latido de corazón para escuchar. Él respiraba sólo cuando tenía que hablar. Levanté la cabeza apartándola de su pecho. A veces todavía me inquietaba poner mi oído contra su pecho en silencio.

Byron rompió el silencio.

—Rojo significa que te van a joder.

—¿Cómo alguien ha estado haciendo esta noche? —pregunté.

—Sí —dijo Requiem.

—¿Y el negro? —pregunté.

—Muerte —dijo Requiem.

—¿Pero el blanco no significa que solo nos van observar? —dijo Nathaniel.

—Debería —dijo. Había empezado a temer cuando Requiem respondía con frases cortas, recortadas. La poesía de vez en cuando puede ponerme de los nervios, pero las palabras cortas, entrecortadas significaban que algo había ido mal, o que estaba enfadado, o ambos.

—Dijiste que me explicarías más sobre esto cuando llegara a Placeres Prohibidos. Bueno, ya estoy aquí. Explícame.

—El *Harlequin* es ahora sólo una figura de broma. Una vez fue, o fueron, los Mesnee d'Hellequin. ¿Sabes lo que es la caza salvaje, *ma petite*?

—La caza salvaje es un motivo común por todas partes de Europa. Un líder sobrenatural conduce una cinta de diablos, o muertos, con sabuesos espectrales y caballos. Persiguen y matan a todos los que se cruzan en su camino, o solamente el mal, y se los llevan al infierno. Depende de a quién leas es un castigo para afiliarse a la caza, o una recompensa. Por lo general se considera algo muy malo estar fuera cuando la caza está en marcha.

—Como siempre, me sorprendes, *ma petite*.

—Bueno, es una historia tan amplia que tiene que haber alguna base, pero no se ha visto de verdad desde la época de uno de los Enriques de Inglaterra. Creo que Enrique II, pero no estoy al cien por cien segura. Por lo general el líder de la caza es algún tipo local malo y muerto, o el diablo. Pero antes de que el cristianismo consiguiera el asimiento, se decía que muchos de los dioses Nórdicos lo conducían. Odin se ha mencionado mucho, pero a veces se mencionaba a diosas como Hel, u Holda aunque la versión de Holda es que dio regalos así como castigos. Algunas otras hicieron cazas, también, pero generalmente era realmente malo ser apresado, o hasta verlos montar a caballo.

—El *Harlequin* es uno de los líderes —dijo Jean-Claude.

—Eso es nuevo para mí, pero entonces no lo he leído desde la universidad. Creo que la única razón por la que se me quedó es que es una historia de tan amplia difusión, y que se detiene muy bruscamente hace unos pocos cientos de años. Casi cada leyenda cuenta que muchas historias de testigos es cierta. O al menos eso es lo que he encontrado. Entonces, ¿por qué parar? ¿Por qué la caza salvaje sólo dejó de montar a caballo, si era real?

—Es real, *ma petite*.

Le miré.

—¿Estás diciendo que eran vampiros?

—Estoy diciendo que la leyenda existió y que nos aprovechamos de ella. El *Harlequin* adoptó la personalidad de la caza salvaje. Porque fue algo que la gente ya temía.

—Los vampiros ya asustan a la gente, Jean-Claude. No necesitáis pasar por dioses nórdicos para dar miedo.

—El *Harlequin* y su familia no estaban tratando de asustar a la gente, *ma petite*. Estaban tratando de asustar a los demás vampiros.

—Ya asustáis a los demás; *Mommie Dearest* lo demuestra.

—Al principio de nuestra historia, *Marmee Noir* decidió que éramos demasiado peligrosos. Que lo que necesitábamos era algo que nos mantuviese bajo control. Creó la idea del *Harlequin*. Como tú dices, *ma petite*, había demasiadas cazas salvajes sobre la faz de Europa así que, ¿qué era una más? Los vampiros comienzan la vida como la gente, y la idea de la caza salvaje era algo que muchos ya temían.

—Está bien, así que ¿esta falsa caza salvaje qué tiene que ver con nosotros?

—Ellos no son falsos, *ma petite*. Son una tropa sobrenatural que puede volar, puede castigar al malo y matar misteriosamente y rápidamente.

—Ellos no son la original caza salvaje, Jean-Claude. Eso los hace falsos en mi libro.

—Como quieras, pero son lo más parecido que los vampiros tienen a la policía. Son escogidos de todos los linajes principales. No deben lealtad a ninguna línea. Son llamados cuando los del consejo están divididos. Están divididos sobre nosotros, sobre mí.

—¿Qué hacen exactamente? —preguntó Nathaniel.

—El disfraz y el subterfugio son su carne y bebida. Son asesinos, espías de la orden más alta. Nadie sabe quiénes son. Nadie ha visto alguna vez sus caras y ha vivido. Vienen enmascarados si no nos quieren hacer daño. Enmascarados igual que en Venecia cuando el rico y poderoso llevaba puesto máscaras, gorras, y sombreros, para que todos se parecieran, y ninguno pudiera ser distinguido del otro. Si aparecen ante nosotros en aquellos trajes, entonces simplemente deben observar. Si aparecen con las máscaras de sus homónimos, entonces podrían ir en cualquier dirección. Podrían simplemente observar, o podrían pensar en matarnos. Llevarían puestos sus homónimos, tanto para esconder sus caras como para dejarnos saber que si no cooperamos podrían ser mortales.

—¿Qué quieres decir, con homónimos? —pregunté.

—Sólo hay un *Harlequin* a la vez, pero hay otro *Harlequin* como un nombre de grupo. Cualquiera que fuera el nombre que tuvieron una vez, han adoptado los nombres y máscaras del commedia dell'arte.

—No conozco ese término —dije.

—Fue un tipo de teatro que floreció antes de que yo naciera, pero dio lugar a muchos personajes. Las mujeres no fueron al principio enmascaradas en la etapa, pero hay aquellos entre la banda del *Harlequin* que han tomado a personajes femeninos; si son realmente mujeres o sólo procuran engañar el fusible de la materia está abierta para el debate, pero no importa realmente. En cuanto a homónimos, hay docenas, pero algunos nombres se conocen desde hace siglos: *Harlequin* por supuesto, Punchinello; Scaramouche; Pierrot or Pierrette; Columbine; Hanswurst; Il Dottore. Nadie sabe cuántos están en la incursión del *Harlequin*. La mayor parte del tiempo solo aparece con máscaras casi monótonas en blanco y negro. Simplemente dirán, —somos el *Harlequin*.

El mejor escenario posible es que nunca aprenderemos quién

individualmente ha venido a nuestra ciudad.

—¿Qué tan serio es una violación del protocolo de vampiros si conseguimos una máscara blanca pero ellos actúan como una roja? —pregunté.

Jean-Claude y Requiem intercambiaron una mirada que no podía leer con exactitud, pero que no era buena.

—Háblame, maldita sea —dije.

—No debería estar sucediendo, *ma petite*. Este es un ataque por algún otro vampiro bastante poderoso para engañarnos a todos, o el *Harlequin* rompería sus propias reglas. Son mortales dentro de sus reglas; si la regla de ley fuera a estropearse… —Él cerró sus ojos y me abrazó, me abrazó firmemente.

Nathaniel llegó a nuestro lado, su rostro incierto.

—¿Qué podemos hacer al respecto?

Jean-Claude le miró, y sonrió.

—Muy práctico, *mon minet*, tan práctico como nuestro Micah. —Se giró para mirar a Requiem, cuya sonrisa se había desvanecido—. ¿Es así como se inició en Londres?

—Sí, uno de los *Harlequin* podía aumentar nuestras emociones del deseo. Pero sólo emociones que ya poseemos. Era muy sutil al principio, luego empeoró. Sinceramente, lo que le ha pasado esta noche a Anita fue desapercibido entre nosotros. Simplemente pareció ser como parejas que finalmente deciden engañar a sus amistades.

—¿Cómo se empeora? —preguntó Nathaniel.

—No sé si fue el mismo vampiro, pero comenzaron a interferir cuando se utilizó los poderes de la línea de Belle. Haciendo que la lujuria fuese terriblemente mal.

—¿Qué tan terrible? —pregunté.

—El *ardeur* en su peor momento —dijo.

—Mierda —dije.

Nathaniel me tocó el hombro y Jean-Claude abrió los brazos para tirar al otro hombre en nuestro abrazo, nos abrazó a los dos, y yo estaba firmemente en medio de ellos. Era como si por fin pudiera recuperar el aliento.

—Mejor y mejor —dije.

—Cuanto más se toca la base del poder, más seguridad tienes en su contra, en un primer momento —dijo Requiem.

—¿Qué quieres decir, —en un primer momento? —pregunté.

—Con el tiempo, nuestro maestro fue atormentado por ellos, no importaba que lo tocaran. Todo lo que tocaba se convertía en mal, y todo lo que tocó su piel fue envenenado.

—¿Envenenado con qué? —pregunté.

—Convirtieron nuestras propias fuerzas en contra nuestra, Anita. Nuestro beso estaba compuesto casi en su totalidad de la línea de Belle Morte. Nuestros dones se volvieron contra nosotros como una hoja profunda, y sangramos para ellos.

—Ellos no atormentaron a Elinore ni a Roderick —dijo Byron desde el sofá. Los tres le miramos, todavía aferrados el uno al otro.

—No es cierto. Ella fue molestada al principio como todos nosotros. Tan violentamente golpeada con Roderick que no podía hacer su trabajo.

—Pero, como dices, cuando la locura nos venció, ellos fueron escatimados, dijo Byron. Había un tono en su voz que sostuvo la cólera, o algo cerca de ello.

Jean-Claude nos abrazó a ambos, y Nathaniel devolvió el abrazo hasta que fue difícil respirar, no por algún truco de vampiro, sino por la fuerza en sus cuerpos. Jean-Claude tomó un poco de distancia, y Nathaniel hizo lo mismo. Jean-Claude nos llevó hasta el borde del escritorio. Se inclinó sobre él, tirando mi espalda contra su cuerpo. Él ofreció una mano a Nathaniel y lo lanzó al escritorio. Nathaniel se sentó en el escritorio, sus pies colgaron en el aire. Pero mantuvo su mano en el vampiro, como si tuviera miedo de dejarlo ir. Adivino que todos lo teníamos.

—¿Qué quieres decir, con la locura? —pregunté.

—Jodimos nuestros sesos, querida.

Traté de pensar en una manera amable de decirlo.

Byron se echó a reír.

—La mirada en tu cara, Anita. Sí, el sexo es nuestra moneda, y hemos hecho un montón, pero quieres tener una opción, ¿no? —Él miró más allá de nosotros a Requiem—. No te gusta tener tus opciones fuera, ¿verdad, querida?

Requiem le dio una mirada que debería haber parado su corazón, sin mencionar sus palabras, pero Byron estaba muerto ya, y los muertos están hechos de un material más grueso que los vivos. O tal vez a Byron no le preocupaba más.

—Requiem encontró que los hombres estaban en el menú, ¿verdad

querido? Había una insolencia que ronroneaba en su voz, lindando con el odio.

Conseguí las implicaciones; ellos se habían hecho amantes después de que *Harlequin* les fastidió a todos ellos bastante mal. Requiem no lo hacía con los hombres, y punto. Belle le había castigado durante siglos por negarse a ir a la cama con hombres. Negarse a Belle Morte nunca fue una buena idea, por lo que había sido serio decir que no. Alguien en el equipo del *Harlequin* era muy bueno en la manipulación de las emociones. Aterradoramente bueno.

Abracé el brazo de Jean-Claude que estaba apretándome y tendí la mano a Nathaniel. Terminé por tocar su cadera, sólo dirigiendo mi mano ligeramente a lo largo de ella. Los cambiaformas siempre se tocaban los unos a los otros, y yo había comenzado a recoger el hábito. Esta noche no luché contra ello.

—Nunca debes hablar de ello —dijo Requiem, con su voz baja y muy seria—. ¿Cuánto te molesta saber que también he tenido sexo con Anita? —Requiem estuvo de pie en un movimiento rápido, la capa negra balanceándose, revelando que no se llevaba mucho bajo la capa.

—Basta —dijo Jean-Claude.

Réquiem se congeló, sus ojos ardiendo con la luz azul-verde. Sus hombros subían y bajaban con su respiración, como si hubiera estado corriendo.

—Creo que la lujuria no es la única emoción que el *Harlequin* puede citar —dijo Jean-Claude.

Eso le llevó un momento a Requiem, y luego frunció el ceño, volvió los ojos brillantes hacia nosotros.

—Nuestro enfado.

Jean-Claude asintió.

La luz comenzó a desvanecerse, así como la luz se aleja a través del agua.

—¿Qué vamos a hacer, Jean-Claude? Si ellos no cumplen sus propias reglas, estamos condenados.

—Voy a pedir una reunión con ellos —dijo.

—Tú, ¿qué? —dijo Byron, su voz estaba sólo un poco chirriante.

—Voy a pedir una reunión entre ellos y nosotros.

—No debes buscar al *Harlequin*, Jean-Claude —dijo Requiem—. Debes esconderte, cubrirte con la hierba, rezar para que pasen de largo. No

invitarlos.

—El *Harlequin* son honorables. Lo que está ocurriendo no es un comportamiento honorable.

—Tú estás loco —dijo Byron.

—¿Crees que uno de ellos está desobedeciendo las reglas? —dije, en voz baja.

—Eso espero —dijo Jean-Claude.

—¿Por qué lo esperas? —pregunté.

—Porque si lo que está pasando se está haciendo con todo el peso y la aprobación del *Harlequin*, entonces, Requiem está en lo cierto, estamos condenados. Jugarán con nosotros, y nos destruirán.

—No hago sentencias —dije.

Él me besó encima de mi cabeza.

—Lo sé, *ma petite*, pero no entiendes que fuerza está contra nosotros.

—Explícamelo.

—Te lo he dicho, son como una clase de coco para los vampiros. Son a lo que tememos en la oscuridad.

—No es cierto —dije.

—Son espantosamente sangrientos, amor —dijo Byron—. Tenemos miedo de ellos.

—El *bogeyman* de todos los vampiros es *Marmee Noir, Mommie Dearest*, su queridísima reina. Esa es la mierda que os asusta a todos vosotros.

Ellos se quedaron callados por un instante o dos.

—Sí, el *Harlequin* teme a la Reina de la Oscuridad, nuestro creador —dijo Jean-Claude.

—Todo el mundo teme a la oscuridad —dijo Requiem—. Pero si la madre de todas las Tinieblas es nuestra pesadilla, el *Harlequin* son la espada rápida de la oscuridad.

Byron asintió.

—Sin discusiones por mi parte, patito. Todos le temen.

—¿Qué estás sugiriendo, *ma petite*?

—No estoy sugiriendo nada. Estoy diciendo, he estado de pie en la oscuridad y la he visto encima de mí como un océano negro. Ella ha invadido mis sueños. He visto la habitación donde se encuentra su cuerpo, he escuchado su voz susurrando a través de mi cabeza. He probado la lluvia y el jazmín ahogándose en mi lengua. —Me estremecí y casi podía sentir

su movimiento inquieto en la oscuridad. Ella estaba en una habitación con ventanas, y se mantenía con un fuego debajo de ella, en una escucha continua. Había caído en un «sueño» ya hace demasiado tiempo para que ellos lo recordaran. Una vez había pensado que vigilaban para celebrar su despertar, pero había empezado a darme cuenta que la mayoría de ellos le tenían tanto miedo como yo, lo que significaba que estaban cagados de miedo. A *Marmee Noir* le gustaba por la razón que fuese. Le interesaba. Y desde miles de millas de distancia, ella se metió conmigo. Ella había hecho que una cruz se derritiera en mi mano. Tendría la cicatriz hasta que muriera.

—Hablando del diablo y tú lo traes más cerca —dijo Requiem. Asentí y traté de pensar en otra cosa. Oh, sí, sabía en qué pensar—. El *Harlequin* son vampiros, verdad, lo que significa que están sujetos a sus leyes, ¿no?

—*Oui*.

—Entonces vamos a usar la ley contra ellos.

—¿Qué propones, *ma petite*?

—Este es un desafío directo a nuestra autoridad. El consejo ha prohibido a cualquier Maestro de la Ciudad combatir en los Estados Unidos hasta que la ley decida si sois legales o no.

—¿No estás sugiriendo luchar contra ellos? —dijo Byron.

—Estoy diciendo que actuemos de acuerdo con la ley —dije.

—No te entiendo, Anita —dijo Byron—. El *Harlequin* son a los que nos dirigimos cuando las cosas salen mal, más o menos. Se trata de la policía para nosotros.

—Cuando la policía va mal, no son más policías —dije.

—¿Qué son? —preguntó.

—Delincuentes.

—Realmente no puedes sugerir que luchemos contra el *Harlequin* —dijo Requiem.

—No exactamente —dije.

—¿Qué es exactamente entonces?

Miré a Jean-Claude.

—¿Qué harías si alguien poderoso se muda con nosotros?

—Me pondría en contacto con el consejo con la esperanza de evitar la guerra abierta.

—Entonces, contáctalos —dije.

—Pensaba que no le gustábamos a todos los del consejo —dijo

Nathaniel.

—No lo hacen, pero si el *Harlequin* viola la ley, entonces esto tendría prioridad sobre preocupaciones más pequeñas —dijo Jean-Claude.

—¿Has olvidado lo mezquino que el Consejo puede ser? —dijo Requiem.

—*Non*, pero no todos en el consejo han olvidado lo que significa vivir en el mundo real.

—¿A qué miembro del consejo contactarás primero? —preguntó Byron.

Hubo un golpe en la puerta. Todos nosotros, saltamos con los latidos del corazón. Nathaniel dio una risa nerviosa, y yo dije:

—Mierda.

La voz de Lisandro:

—Hay una entrega para ti, Jean-Claude.

—Eso puede esperar —dijo, su voz mostraba algo de la tensión.

—La carta dice que lo esperas.

—Entra —dijo Jean-Claude.

Lisandro abrió la puerta, pero fue Clay quien entró con una caja blanca en sus manos. Una caja como la que había encontrado en la sala de descanso. Creo que dejé de respirar, porque cuando me acordé de respirar, llegó en un suspiro.

Clay me miró.

—¿Qué está mal?

—¿Quién entregó esto? —preguntó Jean-Claude.

—Solo estaba en el escritorio de control de artículos santos.

—Y sólo lo trajisteis aquí —dije, mi voz iba en aumento.

—No, dame algo de crédito. Lo revisamos. La nota dice que Jean-Claude lo espera.

—¿Qué es? —pregunté, pero tenía miedo, porque ya lo sabía.

—Una máscara —dijo Clay. Nos miró a todos, tratando de ver por qué estábamos tan molestos.

—¿De qué color es? —La voz de Jean-Claude estaba tan vacía como nunca lo escuché.

—Blanca.

El nivel de tensión bajó un punto o dos.

—Con pocas notas musicales de oro por todas partes. ¿No la pediste?

—En cierto modo, supongo que lo hice —dijo Jean-Claude.

Le miré y me alejé lo suficiente para que pudiera ver su rostro claramente.

—¿Qué quieres decir, con que supones que lo hicisteis?

—Dije que quería reunirme con ellos, ¿no?

—Sí, pero ¿y qué?

—Eso es lo que significa esta máscara, *ma petite*. Significa que desean reunirse, no para matarnos, o atormentarnos, sino para hablar.

—Pero ¿cómo saben lo que has dicho? —preguntó Nathaniel.

Jean-Claude me miró, y había algo en esa mirada que me hizo decir:

—Nos escuchan.

—Me temo que sí.

—¿Cuándo fue la entrega de la máscara? —pregunto Requiem. Clay todavía nos miraba, como si esperase que le tirásemos una pista.

—No estamos seguros. Fui a mi receso hace aproximadamente treinta minutos.

Debe de haber llegado, mientras estaba fuera de la puerta.

—¿Cuánto te lleva estar de vuelta en la puerta? —preguntó Jean-Claude.

—Tal vez cinco minutos.

—Estaban escuchando —dijo Requiem.

—Sabían lo que Jean-Claude iba a decir —dijo Byron, y su voz tenía más pánico que la mayoría de los vampiros habían puesto de manifiesto. Él simplemente no podía mantener alejadas todas las emociones de su rostro y voz…

—¿Qué está pasando? —preguntó Clay.

—Algo grande y malo ha llegado a la ciudad —dijo Lisandro—. No nos dirán nada al respecto, pero esperan que luchemos en su contra, y que muramos por su causa. —Su voz sonaba amarga.

—¿Cuáles son las reglas de hablarles a nuestros soldados sobre… ellos? —pregunté. Jean-Claude tomó una respiración profunda, muy profunda, y negó, casi como un pájaro sacudiendo sus plumas—. Mutable.

—Mutable… oh, depende.

Él asintió. Entonces tuve una idea inteligente.

—Creo que sabríamos si alguien estaba escuchándonos metafísicamente, especialmente otro vampiro.

—Son muy poderosos, *ma petite*.

—Lisandro —dije.

Vino en su versión de atención; me dio toda su concentración. Había una demanda en sus ojos oscuros. Si enviudaba a su esposa, él quería saber por qué. Pensé que él merecía saber por qué, pero primero lo más importante.

—Necesito este cuarto limpio de bichos.

—¿Qué tipo de bichos?

—Cualquier cosa que deje que alguien nos escuche.

—¿Crees que se basan en la tecnología, *ma petite*?

—No creo que cualquier vampiro pudiera espiarnos sin detectarle.

—Son muy poderosos, *ma petite*.

—Son fantasmas de mierda, querida —dijo Byron.

—Muy bien, son fantasmas, pero no hace ningún daño buscar tecnología. Si la habitación está limpia, entonces podremos echarle la culpa a cosas espeluznantes, pero vamos a buscar tecnología en primer lugar.

Jean-Claude me miró durante un largo rato, y luego asintió.

—Sería interesante si utilizan dispositivos de escucha.

—¿Sabes si buscaron bichos en Londres? —preguntó Nathaniel.

Byron y Requiem intercambiaron una mirada, ambos negaron.

—Nunca se nos ocurrió, patitos. Me refiero a que esto es la sangre… —Byron pasó la lengua por sus labios y se detuvo antes de decir su nombre, por si acaso—. Son fantasmas, fantasmas, caminando en las pesadillas. No esperas que el coco necesite la tecnología.

—Exactamente —dije.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó.

—Eso significa que la mayoría de los vampiros no usan mucha tecnología. Si estos chicos la utilizan mucho, entonces parece como magia, si no sabes lo que era.

—Cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia —dijo Requiem.

Asentí.

Me miró.

—Mi estrella de la tarde, estás llena de sorpresas.

—No pienso como un vampiro.

—¿Rafael tiene a alguien de su confianza para limpiar un cuarto de tales cosas? —preguntó Jean-Claude.

—Sí —dijo Lisandro.

—Entonces hazlo.

—¿Cómo de pronto lo necesitas?

—Dijimos que queríamos reunirnos con ellos hace uno o dos minutos, y la máscara llegó con la invitación —dije.

—Así que, como para ayer —dijo Lisandro.

—O antes —dije.

Él asintió.

—Voy a hacer la llamada. —Vaciló en la puerta—. Voy a poner a alguien en la puerta, y voy a usar un teléfono fuera del club.

—Bien pensado —dije.

—Es lo que hago. —Luego se fue.

—¿Dónde quieres esto? —preguntó Clay, moviéndose con la caja.

—Ponlo en el escritorio junto con la otra, supongo. —La puso al lado de la primera. Jean-Claude no pareció querer tocarlo. Fui yo quién la abrió y encontró la máscara blanca que parecía mirarme ciegamente. Pero ésta pareció más terminada, con el dorado de las notas musicales que decoraban la cara. Toqué la nota y encontré que estaba encima del resto de la máscara. La nota solo decía, «Como usted solicitó».

—¿Hay algo escrito dentro de la máscara? —preguntó Jean-Claude.

Saqué el pañuelo de papel. El interior del suave arco de la máscara estaba escrito.

—No lo leas en voz alto, *ma petite*.

No lo hice, se la entregué a él. El interior de la máscara estaba escrito «Circo de los Malditos», y una fecha que estaba a dos días. La fecha estaba escrita en la parte de atrás primero el día, luego el mes, entonces el año como lo escribían en Europa. Habían elegido uno de los negocios propios de Jean-Claude para la reunión. ¿Era bueno, malo o ninguno? ¿Eso significaba que teníamos la ventaja de campo, o que estaban planeando la antorcha en el lugar? Quería preguntarle, pero no queríamos que nuestros enemigos escucharan la pregunta. Si encontrábamos bichos en esta oficina, tendríamos que mirar en todas partes. Todas las oficinas, todos los negocios, mi casa, todo.

Estaba rezando para encontrar bichos, porque la alternativa era que estos vampiros eran tan buenos que podrían plantar bichos psíquicos dentro de nuestros cerebros. Podrías encontrar y destruir la mierda mecánica en los cuartos; si eran lo bastante buenos para usar la magia dentro de nuestras cabezas, entonces estábamos jodidos. Moriríamos cuando quisieran que muriéramos, o viviríamos, y de uno u otro modo esto sería idea suya, y no

nuestra. Nunca pensé que rezaría para hacer que nuestras oficinas resultaran estar llena de bichos. Gracioso, lo que resulta ser el mal menor algunas noches.



NUEVE

El amanecer había llegado y todos los vampiros estaban echando una siestecita en sus ataúdes, cuando finalmente conseguí unos minutos para tratar con Edward de nuevo. Había llamado dos veces mientras que los expertos de Lisandro revisaban todo. Habían encontrado bichos, pero no donde se nos podía escuchar, como postes de escucha. Horas de trabajo después y estuvimos limpios. En realidad tuve suerte. Los insectos no eran los más pequeños y de última tecnología de vanguardia. Lo que significaba que tenían que estar cerca de los clubes para escuchar. Probablemente algo móvil como una camioneta, dijeron los expertos. La tecnología era buena, pero no la última y mejor. Lo que probablemente significaba que el *Harlequin* no sabía cómo cortar las líneas telefónicas y sistemas informáticos. Probablemente. Pero hasta los aparatos auditivos que encontramos eran de bastante alta tecnología para un manojo de vampiros antiguos. Me preguntaba que otras maravillas de tecnología moderna

podrían querer usar. La mayor parte de vampiros confiaban en poderes de vampiro. No estaba segura de que el *Harlequin* lo hiciera. De hecho, apostaba que ellos no lo hacían. Vampiros antiguos y armados con mierda moderna; esto no era justo…

Quería incluso esas rarezas, así que estaba en el baño de Jean-Claude con mi móvil, tratando una vez más llegar a Edward.

Marqué el número, y casi había renunciado cuando escuché el clic del teléfono otra vez. La voz que contestó el teléfono era espesa por el sueño. Por un segundo pensé que no era Edward, así que le dije:

—¿Edward?

La voz se despejó un poco y dijo:

—Anita, ¿eres tú? —La voz era masculina, pero definitivamente no era Edward.

Mierda. Edward estaba comprometido con una viuda con dos hijos. Últimamente cuando quería estar segura de que lo había conseguido la primera vez, llamé a casa de Donna, no a la suya. Ellos no estaban oficialmente viviendo juntos, pero pasaba más tiempo en su casa que en la suya.

—Oye, Peter, lo siento, me olvidé de la diferencia horaria.

Oí un poco de movimiento, como si se estuviera dando la vuelta y hubiera cogido el teléfono bajo las sabanas.

—Está bien. ¿Qué está pasando? —Su voz había pasado el año anterior rompiéndose y finalmente se había colocado en un bajo más profundo que todavía me asustaba a veces.

—Sólo necesito hablar con Ted —dije, esperando que no hubiese oído hablar de Edward antes.

—Está bien, Anita, —y dio una risa que todavía tenía pesadez por el sueño—. Sé quién es Edward, pero tienes suerte de que haya contestado el teléfono yo. Mamá o Becca te hubieran hecho preguntas.

Esta fue la primera vez que sabía que alguien de la nueva familia de Edward sabía su identidad secreta. No estaba segura de lo que sentí porque Peter supiera eso, o que alguno de ellos lo supiera. Sabían lo que él hizo, más o menos, las partes legales, pero realmente no sabían quién era Edward, o al menos eso es lo que yo había creído hasta ahora.

Miré mi reloj de pulsera, que había ido junto con una bata. Hice cálculos rápidos en la cabeza y dije:

—¿No deberías estar preparándote para la clase de karate?

—Están pintando el dojo —dijo. También me preguntaba por qué había un teléfono en su habitación, pero no era mi hijo. Quiero decir, dieciséis años era un poco joven para su propio teléfono, ¿no?

—Quedé en primer lugar en el torneo de karate el sábado pasado —dijo.

—Felicidades —dije.

—No es como la lucha real, no como tú y Edward lo hacéis, pero sigue siendo bueno.

—Nunca he ganado el primer puesto en un torneo de artes marciales de todo tipo, Peter. Lo estás haciendo bien.

—Pero tú tienes un cinturón negro en judo, ¿verdad?

—Sí.

—Y te has estado entrenando en otras artes marciales, ¿no?

—Sí, pero…

—Un torneo es sólo una materia de niños, lo sé, pero Edward dice que tengo que esperar hasta que sea al menos lo bastante grande para entrar en el servicio militar antes de que él me lleve a algo real.

No me gustaba el sonido de eso en absoluto.

—Dieciocho, ¿verdad?

—Sí, —suspiró muy fuertemente—, dos años. —Hizo que esos dos años sonara como una eternidad. Supongo que a los dieciséis años es así.

Quería decirle que había otras vidas para vivir que no tenía nada que ver con la lucha, las armas o la violencia. Quería decirle que no podía seguir los pasos de su casi padre, pero no pude. No era mi lugar el decirlo, y Peter no me habría escuchado de todos modos. Yo estaba en la misma actividad que su «padre» así que era genial, también.

—¿Esta Ted ahí?

—Anita —y sonó censurado—. Sé su verdadero nombre.

—Sí, tienes razón, pero nunca debería haber dicho Edward cuando llamo a este número. Debería ser Ted hasta que esté segura de con quién hablo. Estoy practicando.

Se rió de nuevo. No pensaba que fuera tan gracioso.

—Ted está aquí. —Oí que se deslizaba en las sabanas de nuevo—. Aunque a las ocho en un día que no tenemos escuela, mamá y Ted probablemente todavía estén en la cama. Debió haber dado la vuelta para mirar un reloj.

—No tenía intención de llamar tan temprano —dije—, llamaré más

tarde.

Su voz se puso seria.

—¿Qué pasa, Anita? Hablas toda estresada. —Genial, ni siquiera podía controlar mi voz lo suficiente para engañar a un adolescente. La verdad era que me había dado cuenta finalmente de que no estaba preguntándole a Edward si podía venir a cazar monstruos, le estaba pidiendo que dejara a su familia para venir a cazar monstruos. Edward solía vivir para encontrar cosas malas que podrían probar sus habilidades. Él vivió para ser mejor, más rápido, más malo, más mortal que los monstruos que cazaba. Entonces había encontrado a Donna, y de repente tenía otras cosas para vivir. No estaba segura de que él andaría alguna vez por el pasillo con ella, pero era el único padre que tenían los niños, y el único marido que Donna tenía. Su primer marido había sido asesinado por un hombre lobo. Peter de ocho años había recogido el arma que su padre había dejado y el cambiaformas había terminado herido. Había salvado a su familia mientras el cuerpo de su padre aún estaba con espasmos en el suelo. De alguna manera Edward encajaba muy bien. Edward recogía a Becca de las clases de ballet, por el amor de Dios. Pero… pero ¿y si conseguía que lo mataran? ¿Qué pasa si lo matan y Peter y Becca pierden a otro padre porque yo era demasiado cobarde para manejar mi propio desorden?

—Anita, Anita, ¿estás ahí?

—Sí, sí, Peter, estoy aquí.

—Suena extrañas, como, casi asustada.

Peter era demasiado condenadamente perceptivo para la comodidad a veces.

—Yo solo… —¡Oh, demonios!, ¿qué podía decir que solucionara este problema? Vamos a dejar dormir a Edward, no los despiertes.

—Algo está mal, lo puedo oír en tu voz. Llamas porque tienes problemas. Eso es todo, ¿no? —preguntó.

—No tengo problemas —dije. En mi cabeza, agregué, todavía.

El silencio en su lado del teléfono duró un latido del corazón.

—Estás mintiendo. —Parecía acusatorio.

—Bueno, eso es un infierno de una cosa que decir —dije, con la mayor indignación que pude reunir. No estaba mintiendo, no realmente, estaba tergiversando la verdad. Bueno, manipulando como el chocolate doble con tres tipos de frutos secos, pero aún no era del todo en una mentira.

—Tu palabra, tu palabra de honor —dijo con una voz muy grave—.

Dime que no llamaste para obtener ayuda de Edward con algún problema monstruo repugnante.

Mierda.

—Sabes que estás siendo un dolor en el culo —dije.

—Tengo dieciséis años. Se supone que debo ser un dolor en el culo, o eso es lo que dice mamá. Dame tu palabra de que no me estás mintiendo, y te creeré.

Dame tu palabra, y creeré todo lo que has dicho, y colgaré, y tú puedes volver a no estar en problemas.

—Maldita sea, Peter.

—No darás tu palabra y luego mentirás, ¿verdad? —Su voz sujetaba la pregunta, y la admiración, como si no acabara de creerlo.

—No, no como regla general, no.

—Edward dijo que no lo harías, pero no estaba seguro de creerle. Pero realmente no lo harás, ¿verdad?

—No —dije—. ¿Feliz ahora?

—Sí —dijo aunque su voz no sonaba exactamente feliz—. Dime lo que está mal.

¿Por qué necesitas ayuda de Edward?

—Tengo que hablar con Edward, pero no voy a decirte por qué o de qué se trata.

—No soy un bebé, Anita.

—Ya lo sé.

—No, no lo haces —dijo.

Suspiré.

—No creo que seas un bebé, pero eres un niño, Peter. Eres un adulto de dieciséis años, pero me gustaría mantener un poco de la mierda más oscura lejos de ti hasta que llegues por lo menos a los dieciocho. Si Edward quiere compartirlo contigo más tarde, ese es su punto de vista.

—Podrías decírmelo, Anita. Si le preguntó, me lo dirá.

Tenía la esperanza de que estuviera equivocado, pero tenía miedo de que tuviese razón.

—Si Edward quiere que lo sepas, te lo dirá, Peter. Pero yo no te lo voy a decir, y eso es definitivo.

—¿Es malo? —preguntó, y oí el primer hilo de la preocupación.

Mierda, otra vez. No podía ganar conversaciones con Peter. Sólo había tenido un puñado de ellas últimamente, pero siempre parecía hablarme a

una caja.

—Pon a Edward al teléfono, Peter, ahora.

—Puedo manejarme en una pelea, Anita. Puedo ayudar.

Mierda, mierda, mierda y el doble de mierda. No iba a ganar esta conversación.

—Estoy esperando ahora, Peter.

—No, Anita, lo siento, lo siento. —Y su voz fue de ese adulto cínico a un pánico casi infantil. El pánico había trabajado mejor antes de que su voz se hiciera más profunda—. No cuelgues, por favor, voy a por Ted. —El teléfono golpeó la madera con tanta fuerza, que tuve que apartar el teléfono de mi oído. Llegó de nuevo, diciendo—: Lo siento, dejé caer el teléfono. Me estoy vistiendo. Iré a llamar a su puerta. Si es lo suficientemente malo para que llames a Edward, entonces necesitas hablar con él. Voy a dejar de ser un niño y le traeré para ti. Estaba un poco enfadado conmigo, pero sobre todo frustrado. Él quería ayudar. Quería crecer. Quería luchar de verdad, cualquiera que sea el infierno que significaba eso. ¿Qué le enseñaba Edward? ¿Realmente quería saberlo? No, ¿Podía preguntar? Sí, lamentablemente, sí. Dios, no necesito otro problema en mi plato ahora mismo. Pensé en tratar de mentir a Edward, decir que acababa de llamar para charlar sobre la última cuestión de Mercenarios Trimestrales, pero si no estaba en condiciones de mentir a Peter, Edward estaba absolutamente fuera de mi clase de peso.



DIEZ

Me senté en el borde de la bañera, esperando a que Edward atendiera el teléfono. Había insistido en la intimidad de la llamada telefónica, aunque le había dicho a Jean-Claude y a Micah a quien estaba intentando llamar. Jean-Claude había dicho solamente:

—La ayuda no sería mal recibida. —El comentario decía, claramente, que estaba preocupado. Cuanto más preocupado me di cuenta de que estaba, más me preocupaba yo.

Oí el ruido de movimiento a través del teléfono. El teléfono fue recogido, y oí la voz de Edward diciendo:

—Cuelga la otra extensión, Peter. —Un segundo más tarde habló directamente en el teléfono—. Anita, Peter dijo que necesitabas ayuda, mi tipo de ayuda. —Su voz era malditamente sin nada de acento. Ese era su tono normal de voz, cuando estaba jugando a Ted Forrester, un muchacho súper genial, tenía acento.

—No dije que necesitara ayuda —dije.

—Entonces, ¿por qué llamas?

—No sé, ¿Para charlar?

Se echó a reír, y la risa era extrañamente familiar. Me di cuenta de que era un eco de la anterior risa de Peter, o tal vez la risa de Peter fuese un eco de Edward. Sabía que no estaban genéticamente relacionados, por lo que ¿por qué la risa se parecía? Imitación, tal vez.

—Nunca me llamarías para conversar, Anita. Eso no es lo que hacemos entre nosotros. —Se rió de nuevo, y murmuró—: Llamadas para charlar, —como si la idea fuera demasiado ridícula para decirlo en voz alta.

—No necesito que seas condescendiente, gracias de todos modos. —Estaba enfadada y no tenía derecho a estarlo. Le había llamado, y estaba enfadada. Estaba deseando no haber llamado, por muchas razones.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin ofenderse. Él me conocía demasiado bien como para dejar que un arranque de ira lo molestase.

Abrí la boca, la cerré y luego dije:

—Estoy tratando de decidir por dónde empezar.

—Comienza con la parte peligrosa. —Ahí, ese era Edward, no empieza por el principio, sino empieza con la parte peligrosa.

—No te llamo por refuerzo, porque ya lo tengo. No eres tú, pero tampoco un puñado de aficionados. —Estaba siendo honesta. Los hombres rata eran casi en su totalidad ex militares, ex policías o ex delincuentes. Algunos de los hombres hienas eran del mismo tipo de profesionales. Tenía ayuda. No debería haber llamado a Edward.

—Hablas como si estuvieras tratando de no pedir ayuda —dijo, y era su voz curiosa, no preocupada, sólo curiosidad.

—Lo estoy haciendo.

—¿Por qué?

—Porque Peter contestó al teléfono.

Hubo una aguda ingesta de respiración.

—Cuelga el teléfono, Peter —dijo Edward.

—Si Anita tiene problemas, quiero saberlo.

—Cuelga el teléfono —dijo—, y no me hagas volver a decirlo.

—Pero…

—Ahora.

Escuché el clic del teléfono.

—Bueno —dije.

—Espera —dijo. Me senté en mi lado del teléfono en silencio, preguntándome a que estábamos esperando. Por último, dijo Edward:

—Está apagado.

—¿Escucha a menudo las conversaciones telefónicas?

—No.

—¿Cómo sabes qué no?

—Lo sé… —Se detuvo, y dijo—: No creo que lo haga. Creo que eres un caso especial para Peter. Está en la antigua habitación de Donna. Le dije que podía tener el teléfono si se comportaba. Hablaré con él.

—Si está en la antigua habitación de Donna, ¿dónde duermes tú? No es que sea asunto mío —añadí.

—Pusimos una suite principal en la casa.

—¿Te has mudado, entonces?

—Más o menos.

—¿Vendiste tu casa? —pregunté.

—No.

—Creo que Batman no puede vender la baticueva.

—Algo así. —Pero su voz, que había comenzado un poco más fácil, no era fácil ahora. Era vacía, estaba en la habitación de la niña de Donna hablando conmigo. Podría estar hablando acerca de la felicidad doméstica y el aumento de adolescentes, pero seguía siendo el más frío asesino que jamás había conocido, y esa persona aún estaba allí. No estaba segura de si podía soportar la idea de observar a Becca en clase de ballet, o hubiera pagado por verlo estar con todos los otros padres esperando a sus queridas hijas vestidas en leotardos.

—Si miento lo suficientemente bien solo haría algo y colgaría.

—¿Por qué? —preguntó, con esa voz vacía.

—Porque Peter contestó el teléfono y me hizo darme cuenta de que no todo es diversión y juegos. Si mueres, entonces pierden a otro padre. No quiero tener que explicárselo a Peter, o a Donna, o a Becca.

—Pero sobre todo a Peter —dijo.

—Sí —dije.

—Puesto que no me puedes mentir, dímelo, Anita. —Su voz era un poco más suave ahora, había un sentimiento en ella. Edward me gustaba, éramos amigos. Casi todos los desacuerdos se habían ido, y le echaba de menos, pero todavía había unas pocas dudas sobre si un día nos hallásemos en los lados opuestos de un problema, y tuviéramos que finalmente ver cuál

de nosotros era el mejor hombre. Estaba esperando que ese día no llegara nunca, porque no había ninguna manera de que yo ganara la lucha ahora; vivo o muerto, ambos perderíamos.

—¿Sabes que son el *Harlequin*? —pregunté.

—¿Payasos franceses? —dijo, sonando perplejo.

—¿Lo ubicas en cualquier otro contexto?

—El juego de las veinte preguntas no me gusta, Anita, sólo dilo.

—Sólo quería ver si era la única extraordinaria cazadora de vampiros que estaba totalmente en la oscuridad acerca de esto. Me hace sentir un poco mejor el hecho de que no los conocieras. Al parecer, Jean-Claude tiene razón; en realidad son un gran oscuro secreto.

—Ve al grano —dijo.

Hablé. Le dije lo poco que sabía sobre el *Harlequin* y su banda. Realmente no sabía mucho.

Él estuvo tanto tiempo en silencio que tuve que decir:

—Edward, te oigo respirar, pero…

—Estoy aquí, Anita. Sólo estoy pensando.

—Pensando en ¿qué? —pregunté.

—Que siempre me dejas jugar con los mejores juguetes. —Y su voz no estaba vacía, estaba ansiosa.

—¿Y si estos juguetes finalmente logran ser más grande y más malos que tú y yo?

—Moriríamos.

—Sólo así —dije—. ¿Sin lamentarte?

—¿Te refieres a Donna y a los chicos?

—Sí —dije, y me detuve, comenzando a caminar por el cuarto de baño.

—Lamento dejarlos.

—Entonces no vengas —dije.

—Y si te matan, siempre creería que podría haberte salvado. No, Anita, iré, pero llevaré refuerzos.

—No a alguien demasiado loco, ¿de acuerdo?

Se echó a reír, era una risa de alegría que había oído tal vez seis veces en todos los siete años que llevaba conociéndole.

—No puedo prometerlo, Anita.

—Bien, pero Edward, lo digo en serio. No quiero que te maten.

—No puedo dejar de ser lo que soy porque ame a Donna, Anita. No puedo dejar de ser lo que soy porque tenga niños en que pensar.

—¿Por qué no? —pregunté, y estaba pensando en una conversación que había tenido con Richard cuando pensaba que estaba embarazada. Él había esperado que si estaba embarazada iba dejar de ser un marshal federal o cazador de vampiros. Yo no estaba de acuerdo.

—Debido a que no sería yo, y me encanta. Donna y Becca no pueden saber todo lo que Peter sabe de mí, pero saben lo suficiente. Ellas saben lo que tuve que hacer para salvar a los niños cuando Riker los capturó.

Riker había sido un hombre muy malo. Él había estado haciendo excavaciones ilegales de arqueología, y el aficionado grupo de protección de Donna había llamado su atención. En realidad, ni Edward ni yo habíamos tenido nada que ver con el secuestro de los niños por parte de Riker. Es bueno saber que no me echaba totalmente la culpa de lo sucedido. Riker quería que yo hiciera unos hechizos para él, y sinceramente no era suficiente nigromante para hacerlos, pero no me creyó. Torturó a los niños para obtener mi cooperación y la de Edward. Beca tenía seis años de edad, ahora tenía ocho años, le habían roto una mano muy mal. Peter había sido abusado sexualmente por una guardia.

Habíamos tenido que ver el vídeo. Habíamos matado a Riker y a todo su personal. Habíamos rescatado a los niños, y Edward había hecho a Peter mi refuerzo. Edward decidió en ese momento que si hubiéramos perdido, prefería a Peter lo suficientemente entrenado para matar, en lugar de ser víctima de nuevo. No había discutido, no después de lo que le habían hecho. Había visto a Peter vaciar mi arma en el cuerpo de la mujer que le había herido. Había seguido disparando sin balas su cuerpo hasta que le quité el arma. Todavía me acordaba de sus ojos cuando me dijo:

—Yo quería hacerle daño.

Sabía que Peter había perdido algo de su inocencia esa noche, su padre murió y tuvo que recoger una pistola para proteger a su familia. Había tenido una vida, pero creo que él pensaba que estaba matando a un monstruo, y que en realidad no contaba. Demonios, una vez había pensado lo mismo de los monstruos. Matar a la mujer que le había herido había tomado más de él, un pedazo más grande de su alma. Ni siquiera podía imaginar lo grande que era el trozo que robó el abuso sexual. ¿Hubiera sido mejor para él tener su revancha tan rápidamente? ¿O le había costado más?

Le dije que la única verdad que tenía esa noche:

—Tú la mataste, Peter. Eso es tan bueno como la venganza. Una vez los matas, no hay más.

—La venganza siempre fue la parte fácil; la parte más difícil era vivir con ella después. Vivir con lo que había hecho. Vivir con lo que te habían hecho a ti o a los que amabas.

—Anita, ¿estás ahí? Anita, respóndeme.

—Lo siento, Edward, no oí absolutamente nada de lo que dijiste.

—Estás a miles de kilómetros de distancia dentro de tus propios pensamientos. Ese no es un buen lugar para estar en el centro de un tiroteo.

—No ha llegado a un tiroteo, aún —dije.

—Sabes lo que quiero decir, Anita. Tengo que reunir a mis refuerzos y organizar el transporte. Eso va a tomar un día o dos. Estaré allí tan pronto como pueda, pero necesitas estar concentrada hasta que llegue allí.

—Voy a hacer lo mejor que pueda para no morir antes de que estés aquí.

—Eso no es divertido, Anita. Pareces seriamente distraída.

Pensé en eso durante un momento, y me di cuenta de lo que estaba mal. Estaba feliz por primera vez en mi vida. Amaba a los hombres con los que estaba viviendo. Yo, como Edward, tenía una familia a la que proteger, y la mía no se encontraba protegida fuera de esto en Nuevo México.

—Acabo de darme cuenta de que tengo mi propia familia aquí, y no me gusta que estén en la línea de fuego. No me gusta nada.

—¿Quién te preocupa? —preguntó.

—Nathaniel, Micah, Jean-Claude, todos ellos.

—Tienes muchas ganas de cumplir con tus nuevos amantes.

Me llevó un minuto darme cuenta.

—No conoces a Micah ni a Nathaniel. Me había olvidado de eso.

—Jean-Claude se las puede apañar, Anita, así como cualquier persona en esta situación. Suena como si los cambiaformas te cubrieran por ahora. Micah es el jefe de los hombres leopardos locales. No obtuvo el trabajo por su personalidad ganadora. Es un superviviente y un luchador, o estaría muerto en este momento.

—¿Se supone que esto es una charla? —pregunté.

Hizo un sonido que era casi una risa.

—Sí.

—Bueno, pues apesta.

Se echó a reír.

—¿Cuál de tus amantes es carne de cañón, Anita? ¿Por quien realmente estás más preocupada?

Tomé una respiración profunda, la solté lentamente, y dije:

—Nathaniel.

—¿Por qué él?

—Porque no es un luchador. Lo he llevado al campo de tiro y sabe los fundamentos. —Entonces me acordé de un momento con Quimera, un tipo muy malo que había llegado a la ciudad. Recordaba una emboscada, cuando Nathaniel había estado conmigo. Me había olvidado. Él había matado a alguien, y lo había olvidado. Ni siquiera había pensado en cómo podría haberle afectado. Demonios se supone que la reina leopardo era yo. Mierda.

—Anita, ¿Sigues ahí?

—Sí, acabo de recordar algo que creo que estaba intentando olvidar. Nathaniel le disparó a alguien, lo mató y me salvó. Una de las ratas había muerto, y cogió el arma del hombre y la usó sólo como le había enseñado. —De repente tenía los dedos fríos. Todas las cosas horribles que la gente le había hecho a Nathaniel a lo largo de los años mientras se encontraba en la calle, y había sido yo quien lo obligó a matar. Lo había hecho por amor, pero no era motivo de cambiar el producto final. Alguien estaba muerto.

—Estará bien, Anita. —Había un tono en la voz de Edward, parecía aprobación.

—Sabes, no había pensado en lo que había hecho hasta ahora. ¿Qué tipo de persona se olvida de eso?

—¿Parece afectado?

—No.

—Entonces déjalo ir —dijo Edward.

—Sólo así —dije.

—Sí, solo así.

—No soy buena para dejarlo ir.

—No, no lo eres.

—¿Cuánto sabe Peter de tu vida real como asesino de no-muertos y peludos?

—Esta es mi llamada, Anita, no la tuya. —Su voz no era fácil ahora.

—Me encanta discutir, pero tienes razón. No he puesto los ojos en Peter desde que tenía catorce años.

—Él cumplió 15 este año.

—Oh, así que dos años desde que le vi, pero más como un año y medio. Eso me da mucho más para putearte por presentarle las aterradoras cosas.

—Sólo estoy diciendo que no era un niño cuando se acercó a mí. Era un joven, y le he tratado como tal.

—No me extraña que te adore —dije.

Era el turno de Edward para callar.

—Puedo oír tu respiración —dije.

—¿Sabes que dije que no charlamos?

—Sí.

—Finalmente me di cuenta, justo ahora, de que eres la única persona con la que puedo hablar de esto.

—¿Qué, Peter?

—No.

En mi cabeza fui a la lista de las cosas que Edward no podía hablar conmigo; no vino nada a la mente.

—Soy toda oídos.

—Donna está presionando por tener hijos.

Eso me detuvo. Era mi turno para estar sin palabras. Me las arreglé para escupir algunas palabras, las palabras equivocadas.

—¿En serio? Quiero decir, supongo que pensó que era demasiado vieja para empezar de nuevo.

—Solo tiene cuarenta y dos años, Anita.

—Lo siento, Edward. No lo digo por eso, simplemente nunca te vi con un bebé.

—Lo mismo digo —dijo, y parecía enfadado, también. Peor aún, sentí un nudo en la garganta, los ojos ardientes. ¿Qué demonios me pasaba?— ¿Siempre deseaste tener una vida donde podías ver bebés y cosas así? —pregunté, y luché para mantener el aumento repentino de la emoción bajo control.

—No —dijo.

—¿Nunca? —pregunté.

—¿Piensas tener un bebé? —preguntó.

Entonces le dije algo que nunca había esperado contar a Edward.

—Tuve un susto grave en forma de embarazo hace un mes. Falsos positivos y todas las cosas. Digamos que me hizo reconsiderar algunas partes de mi vida.

—La diferencia más grande entre nosotros, Anita, es que si tengo un bebé con Donna, ella lo lleva, no yo. Tú tienes más problemas al tenerlo.

—Lo sé, las cosas de chicas.

—¿Estás pensando seriamente en lo de los bebés?

—No, estuve aliviada como el infierno cuando me enteré de que no estaba embarazada.

—¿Cómo se lo tomaron tus amantes?

—Sabes, la mayoría de la gente normal les llama novios.

—Ninguna mujer se citaría con ninguno de los muchos hombres que tienes en tu vida, Anita. Puedes follartelos, pero no te citas con ellos. Estoy teniendo bastantes problemas teniendo una relación con una mujer, no puedo imaginar haciendo malabares con media docena de ellos.

—Tal vez soy mejor en las relaciones que tú —dije, y mi voz no fue amistosa.

No estaba a punto de llorar, tenía el inicio de una subida de rabia.

—Tal vez, por lo general las chicas son mejores en eso.

—Espera un minuto. ¿Cómo sabes con cuántos hombres estoy durmiendo?

—Tú y tu pequeño harem son una noticia muy grande en el mundo sobrenatural.

—¿Noticia? —Y soné hostil.

—No de esa manera, no haría bien mi trabajo si no escuchara a mis fuentes. ¿Quieres que sea bueno en mi trabajo, no? Ted Forrester es un cazador de vampiros jurídico, un marshal federal, igual que tú. —Casi me caigo cuando me enteré de que Edward tenía una insignia. Me parecía mal. Pero también muchos de los cazadores de vampiros habían fallado la prueba de armas de fuego, porque los más nuevos, muchos no lo habían hecho a través de la más detallada formación. El gobierno se había alejado para obtener suficientes cazadores de vampiros / marshal federales para cubrir el país. Edward había tenido anteriormente formación con armas de fuego, no había problemas. Pero el hecho de que Ted Forrester se había levantado al escrutinio del gobierno significaba que Edward tenía muy buenas conexiones en el gobierno o Ted Forrester era su verdadera identidad, el nombre con el que había entrado en el ejército, su verdadero nombre. Le pregunté cual era, y él no contestó. Por supuesto Edward no respondió. Un misterio el hombre.

—No me gusta ser espiada, Edward, lo sabes. —¿Edward sabía lo del *ardeur*? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que le había llenado con la metafísica en mi vida? No podía recordarlo.

—¿Cómo se tomaron tus am… novios la noticia del casi-bebé? —

preguntó.

—¿Realmente importa?

—No hubiera preguntado si no me importara —dijo, y probablemente era absolutamente cierto.

—Muy bien —dije—, muy bien. Micah y Nathaniel estaban listos para volver a organizar su vida y jugar a papá y a niñera, si me decidía a seguir. Richard se declaró y le rechacé. Jean-Claude parecía como siempre: cauto, y esperó a que decidiera lo que no me cabrearía. —Pensé en eso—. Asher estaba bastante seguro de que no era suyo, por lo que no ofreció demasiados comentarios.

—Sabía que estabas viviendo con Micah y Nathaniel. Pero ¿cuándo, Jean-Claude empezó a compartirte con otros vampiros? No pensé que los vampiros maestros compartieran a su ciervo humano.

—Asher es una especie de excepción para Jean-Claude.

Suspiró.

—Normalmente me gusta jugar contigo, Anita, pero es temprano, y sé que has tenido una mañana difícil.

—¿Qué significa eso? —pregunté, y no podía quitar la sospecha de mi voz.

Hizo un sonido a medio camino entre una sonrisa y un sonido mmm.

—Te diré los rumores que he oído, y tú me dices cuales son grandes mentiras.

—Rumores —dije—. ¿Qué rumores?

—Anita, gracias a mi nuevo estado me relaciono con un montón de criaturas asesinas. No eres la única que tiene vínculos con los monstruos en su ciudad.

Es cierto, tienes mayoritariamente… lazos íntimos con ellos.

—¿Y eso significa? —pregunté, tratando de quitar la irritación de mi voz.

—Significa que nadie más se está follando a tu Maestro de la Ciudad.

Puesto así, es difícil discutir con la parte íntima.

—Bien.

—El *Harlequin* sólo vendrá a ti si has llegado lo suficientemente alto en el radar para atraer la atención del Consejo, bueno, o no tan bueno, ¿no?

—Sí —dije.

—Sólo te podría pedir lo que has estado haciendo, tú y tus vampiros, para llamar su atención, pero creo que será más rápido si me dices que

rumores son ciertos. Necesito colgar el teléfono y empezar a reunir mis refuerzos. Los refuerzos pueden tardar más tiempo que el transporte o el armamento.

—Pregunta —dije, no estaba segura de que él quería preguntar después de todo.

—¿Jean-Claude se ha convertido en su propia línea de sangre y ha roto los lazos que lo unían a su antigua dueña?

Estaba sorprendida, muy sorprendida de hecho.

—¿Cómo diablos te enteraste de ese rumor para empezar?

—Estamos perdiendo el tiempo, Anita, ¿verdadero o falso?

—Parte verdad. Él es su propia línea de sangre. Eso hace que no tenga que responder a Belle Morte nunca más, pero no ha roto los lazos con Europa. Es sólo que dejó de ser el chico a entera disposición y atención de Belle Morte.

—¿Tienes una serie de amantes entre los vampiros de Jean-Claude y los cambiaformas locales?

Realmente no quería responder a esa pregunta. ¿Estaba avergonzada? Sí.

—No veo que tiene que ver mi vida amorosa con que el *Harlequin* venga a la ciudad.

—Digamos que la respuesta a esta pregunta me va a decir si te pregunto algo más o no, algo que no creía. Ahora estoy empezando a preguntar.

—¿Preguntas qué? —pregunté.

—Responde a la pregunta, Anita, ¿tienes una serie de amantes?

Suspiré y le dije:

—Define serie.

—Más de dos, tres, supongo. —Parecía inseguro.

—Entonces, sí.

Se quedó callado durante un segundo, y luego continuó.

—¿Jean-Claude hace que todos, hombres o mujeres, te follen antes de que puedan unirse a su beso?

—No es cierto.

—¿Qué hace que los hombres te follen?

—No es cierto, y alguien tiene una vida de fantasía mejor con mi vida que yo.

Me dio una pequeña risa, y luego dijo:

—Si me hubieras dicho que no en la primera pregunta, ni siquiera te lo

hubiera comentado, pero aquí está. ¿Que eres una especie de vampiro diurno que se alimenta de sexo en lugar de sangre? No creo eso, pero pensé que podrías estar interesada en lo que algunos de mis compañeros cazadores de monstruos están diciendo de ti. Creo que están celosos de tu recuento de muertes.

Tragué saliva, y volví a sentarme en el borde de la bañera.

—Anita —dijo—, estás muy callada.

—Ya lo sé.

—Anita, no es verdad. Tú no eres un vampiro diurno.

—No en la parte vampiro, no exactamente.

—¿Cómo no exactamente?

—¿Sabes qué es el *ardeur*?

—Sé que la palabra es francesa, pero eso no es lo que quieres decir, ¿verdad?

Se lo expliqué, brevemente, tan fríamente como pude, sólo los hechos, lo que era el *ardeur*.

—¿Tienes que follarte a la gente cada pocas horas, o qué?

—Eventualmente me muero, pero antes empezaría a acabar con la vida de Damian y luego con la de Nathaniel.

—¿Qué?

—Tengo un siervo vampiro y un animal para llamar.

—¡Qué! —Nunca le había oído sonar tan asombrado.

Se lo repetí.

—No hay ni siquiera un rumor sobre esto, Anita. Los siervos humanos no pueden tener los poderes de los vampiros, no funciona así.

—Ya lo sé —dije.

—¿Nathaniel es tu animal para llamar?

—Aparentemente.

—¿Sabe el Consejo esto?

—Sí.

—Bueno, mierda, no es de extrañar que azuzaran a los perros. Tienes suerte de que no sólo te mataran.

—El Consejo está dividido con las medidas adecuadas a tomar sobre Jean-Claude y nosotros.

—Divididos, ¿cómo?

—Algunos nos quieren muertos, pero no es una mayoría de votos. No se ponen de acuerdo.

—Así que el *Harlequin* quiere romper el empate ¿verdad? —preguntó.

—Tal vez, honestamente, no estoy segura.

—¿Hay algo más que has hecho para que se decidieran a matarte más rápido, al igual que antes de que pueda llegar? Pensé en el hecho de que podría ser un conjunto de seres. Pensé en un montón de cosas, y luego suspiré. Entonces pensé en una cosa que habíamos hecho que podría molestar a los otros Maestros de la Ciudad de los Estados Unidos como para pedir ayuda al consejo. —Tal vez.

—¿Cómo que tal vez? Anita, ¿puedes esperar a que consiga refuerzos, o tengo que luchar para obtener un plano de St. Louis e ir a buscar tu culo chamuscado? Eso es lo que necesito saber.

—La verdad, Edward, no lo sé. Jean-Claude y yo hicimos algo nuevo en noviembre, que fue bastante poderoso. Podría ser suficiente para asustar al *Harlequin*.

—¿Qué hicisteis?

—Tuvimos un encuentro privado con un par de Maestros de la ciudad que estaban de visita. Los dos que Jean-Claude llamaba amigos.

—Y —dijo.

—Y Belle Morte interfirió desde Europa. Está enfadada conmigo y con el Maestro de Chicago.

—Augustine —dijo—. Auggie para sus amigos.

—¿Le conoces?

—He oído hablar de él —dijo Edward.

—Entonces sabes lo poderoso que es.

—Sí.

—Le enrollamos, Edward.

—¿Enrollarle cómo? —preguntó.

—Jean-Claude y yo nos alimentamos de él. Ambos alimentamos el *ardeur* con él y a través de él a cada persona de su clan que estaba en St. Louis. Fue una alimentación masiva hacia todos ellos. Fue un increíble pico de potencia, y todos nosotros, vampiros, bestias, cualquier persona vinculada a Jean-Claude o a mí por la metafísica, obtuvo el poder.

—Me pondré en contacto con los refuerzos que quiero; me pueden alcanzar allí, —hizo una pausa, para comprobar su reloj—, cuatro horas, cinco cuando mucho. Estaré en St. Louis antes de la puesta de sol.

—¿Crees que es muy grave? —pregunté.

—Si fuera un vampiro, y mi sirviente tuviera un siervo vampiro, podría

matarte sólo por eso. Pero si se extiende a Augustine, uno de los maestros más poderosos en este país, entonces sí, Anita, van a estar nerviosos. Estoy sorprendido de que el *Harlequin* no llegara a St. Louis antes.

—Creo que necesitaban la excusa de que Malcolm y su iglesia se portaran mal. El Consejo está realmente dividido sobre Jean-Claude y su base de poder. Creo que tal vez el consejo no estaría de acuerdo en dejar al *Harlequin* cerca de nosotros, pero ahora que están aquí mirando la vida de ambos bandos, así, mata dos pájaros de un tiro.

—Suena razonable —dijo—. Estaré allí tan pronto como pueda, Anita.

—Gracias, Edward.

—No me des las gracias todavía.

—¿Por qué no?

—Nos vemos en unas horas, Anita. Vigila tu espalda como a un hijo de puta; si estos tipos son maestros que puede tener hombres animales y a seres humanos para hacer su trabajo diurno. El hecho de que el sol esté arriba no te hace estar segura.

—Ya lo sé, Edward. Probablemente lo sé mejor que tú.

—Tal vez, pero ten cuidado hasta que llegue allí.

—Haré mi mejor esfuerzo. —Pero ya estaba hablando con una línea telefónica vacía. Había colgado. Colgué, también.



ONCE

Nathaniel estaba durmiendo en las sábanas de seda roja de Jean-Claude. Jean-Claude estaba a la habitación de Asher durante el día, pero había hecho un punto en decirme que había cambiado las sábanas a rojo porque los tres nos veíamos muy encantadores contra el rojo. Los ojos de Micah cogieron la luz de la puerta del baño parcialmente abierta. Su pelo castaño rizado era una oscuridad pesada alrededor del triángulo delicado de su rostro. La puerta era nuestra versión de una luz de noche aquí, ya que no había luz de noche, y el interruptor de la luz estaba al otro lado de la habitación por la puerta. Los ojos de Micah capturaron ese resplandor débil y brillaron con él. Sus ojos eran los ojos del leopardo, o se parecían a los ojos del leopardo. Un médico le había dicho que la óptica todavía era humano, pero los propios ojos no lo eran. División de pelos, supongo. Quimera, el mismo tipo malo que había hecho la emboscada que hizo que Nathaniel recogiera un arma y disparara de verdad, también había forzado a

Micah estar en forma de animal tanto tiempo que no podía regresar por completo. Sus ojos nunca fueron humanos. Le pregunte una vez de qué color habían comenzado, y él había dicho marrón. No podía imaginarlo. No podía imaginar su cara con todo menos el verde dorado de los ojos con los que había venido. Eran simplemente los ojos de Micah; algo más le habría hecho la cara de un forastero.

Su voz era tranquila, esa voz que utiliza cuando está tratando de no despertar a alguien en la sala.

—¿Qué dijo?

—Va a estar aquí en cuatro o cinco horas. Su respaldo lo seguirá. —Llegué al borde de la cama.

—¿Qué respaldo?

—No lo sé.

—No le preguntaste.

—No. —A decir verdad, nunca se me había ocurrido preguntar.

—¿Confías tanto en él? —pregunto Micah.

Asentí.

Micah rodó bajo la seda roja para poder alcanzar mi mano. Trató de atraerme hacia la cama, pero en un traje de seda, en sábanas de seda, había aprendido bien. Eran demasiado resbaladizas. Retiré mi mano y desaté la bata. Él estaba atrás mirándome con aquella mirada que un hombre puede conseguir, la mirada que es parte sexo, parte posesión, parte sólo macho. No es una mirada que tiene mucho que ver con el amor, ni con la clase que incluye corazones y flores de todos modos, pero tiene todo que ver con estar juntos, ser real. Edward estaba en lo cierto. Micah era mi amante. No mi novio. Salíamos. Íbamos al cine, al teatro, incluso a comidas campestres, ante la insistencia de Nathaniel, pero al final lo que nos había lanzado para estar juntos había sido el sexo. La lujuria, como un incendio forestal que podría haber quemado nuestras vidas alrededor de nuestros oídos, pero en su lugar nos había salvado. O eso era lo que sentía. Realmente no le había preguntado con tantas palabras.

—Cara seria —susurró.

Asentí y dejé caer la bata al suelo. Me paré frente a él desnuda y tuve la sensación que había tenido desde casi el primer momento, que mi piel era gruesa con la necesidad. Llegó a mí de nuevo, y esta vez lo dejé ayudarme a subir en la cama grande. La cama era lo suficientemente grande para que pudiera estar a su lado sin que ninguno de nosotros tocara la forma

durmiente de Nathaniel.

En noviembre, cuando Jean-Claude y yo habíamos enrollado a Augustine de Chicago, también habíamos entendido algo más. Mi lujuria inmediata por Micah, y la suya por mí, había sido por poderes de vampiro. No de Jean-Claude, o de Augustine, sino míos. Mis poderes de vampiro, los míos y sólo míos. Mis poderes podían haber comenzado con las marcas de Jean-Claude, pero había mutado con mi nigromancia y se convirtieron en algo más. Yo era como un vampiro de la línea de Belle Morte, y todos los de su línea tenían poderes para tratar con el sexo y el amor, aunque no el verdadero amor, por lo general no. Eso iba más allá de la mayor parte de la línea de Belle. Mi versión de su *ardeur* me permitía ver la necesidad más fuerte en el corazón de alguien, y el mío propio, y satisfacer esas necesidades. Cuando Micah había llegado a mí, yo necesitaba un compañero de ayuda, alguien que me ayudara a correr con la coalición de cambiaformas que habíamos establecido. Alguien que me ayudara con los hombres leopardos que había heredado cuando maté a su antiguo líder. Necesitaba ayuda y alguien que no viera mi sentido práctico de la sangre fría como algo malo. Micah había conocido esas necesidades, y yo le había dado su mayor deseo, tener su propio pard a salvo de Quimera, el sádico sexual que se había hecho cargo. Había matado a Quimera, los había liberado a todos, y Micah se había mudado conmigo. Solo así. Había sido tan diferente a mí, y en noviembre nos habíamos dado cuenta de por qué, mis propios trucos de vampiros nos habían hecho una pareja.

Micah estaba bajo la seda y yo estaba encima de ella. Sus manos bailaban por mi cuerpo cuando nuestros labios se encontraron unos a otros. Tuvimos que habernos movido demasiado porque Nathaniel hizo un pequeño ruido. Nos congeló a mitad del movimiento y le miramos. Su cara estaba todavía pacífica, sus ojos aún cerrados, su pelo con un destello oscuro.

Los poderes vampiros habían hecho a Nathaniel mi animal para llamar, y nos hizo amarnos uno al otro, también. Era amor verdadero, amor real, pero había comenzado con trucos mentales de vampiros. Pero los poderes de Belle Morte eran de doble filo. Como Auggie había dicho, *Sólo se puede cortar a alguien tan profundamente como tú estás dispuesto a cortar*. Al parecer, había estado dispuesta a cortar el corazón.

Nathaniel se agitó en su sueño de nuevo. Su rostro flexionado, frunció el ceño. Hizo otro pequeño sonido. Eso sonaba como un mal sueño. Había

tenido más pesadillas en los últimos tiempos. Su terapeuta decía que era porque se sentía lo suficientemente seguro con nosotros como para explorar el dolor más profundo. Éramos su refugio. ¿Por qué levantar toda la mierda profunda para estar a salvo? Parecía que debería haber sido al revés, ¿no?

Le alcanzamos al mismo tiempo, la mano de Micah fue a la palidez desnuda de su hombro, mi mano fue a su mejilla. Le acariciamos en silencio. La mayor parte del tiempo las caricias en su sueño eran todo que lo que necesitaba para ahuyentar las cosas malas. Las cosas malas de la vida real no eran tan fáciles.

Se oyó un golpe suave en la puerta. Los dos miramos hacia esta y Nathaniel se agitó, un brazo salió de las mantas. Parpadeó despierto, con los ojos confundidos, como si esperara estar en otro lugar. Nos miró y visiblemente se relajó. Sonrió, y dijo:

—¿Qué es?

Negué con la cabeza. Todavía estando presionada en los brazos de Micah. Micah dijo:

—No lo sé.

Dije:

—¿Quién?

Era Remus, uno de los hombres hienas ex militares. Habían sido contratados después de que Quimera casi destruyera a los culturistas y practicantes de artes marciales de las hienas. Como Peter había dicho, no era real. A las hienas les había gustado el músculo llamativo y nunca habían visto la verdadera batalla. Habían aprendido que sólo porque el músculo es bonito no significa que es el verdadero trato.

—Es el Ulfric. Quiere entrar.

Ulfric, el rey lobo, Richard Zeeman estaba en nuestra puerta. La pregunta era, ¿por qué? Quería preguntarle que quería, pero se lo podía tomar a mal, así que miré a Micah.

Se encogió de hombros, recostado, un brazo todavía encorvado a mi alrededor, sosteniéndome a lo largo de la línea de su cuerpo. Me quedé apoyada para así poder mirar la puerta, y así la mayor parte de mi desnudez estaba cubierta. Richard era mi amante, pero no compartía casi tan bien como todos los demás. Yo no iba a salir de la cama por él, pero no haría tanto mal como para alardear. No importa lo que hiciera, probablemente acabaríamos discutiendo. Cuando no teníamos sexo, eso era lo que hacíamos. Discutíamos y teníamos sexo maquillado, y me dejaba alimentar

el *ardeur* con él. Eso no era la mayor parte de una relación últimamente.

—Anita —la voz de Richard—, déjame entrar.

—Déjale entrar Remus —dije.

Nathaniel rodó sobre su espalda de modo que las sábanas se reunieron en su cintura, y la extensión de la parte superior de su cuerpo estaba descubierta a la luz que entró por la puerta cuando Richard pasó. Vaciló en la puerta, mirándonos en el rectángulo de luz del vestíbulo. Su pelo había crecido finalmente lo suficiente como para estar un poco más allá de sus hombros en ondas de rizos pesados sobre su pecho. Su pelo parecía negro con destellos de oro alrededor, pero su pelo era marrón con toques de luz dorada y cobre cuando la luz lo golpeaba directamente. Llevaba puestos vaqueros y una chaqueta vaquera con un cuello de lana pesado. Tenía una pequeña maleta en la mano. La dejó en el suelo cuando atravesó la puerta.

Vislumbré a los guardias en el vestíbulo cuando cerró la puerta. Claudia, una mujer rata y una de las pocas mujeres que llevaban un arma además de mí, me miró preguntando. Sacudí mi cabeza. Este era mi modo para decir, Déjalo ir. No estaba segura de que esto fuera una buena idea, pero no podía averiguar un modo para negarle entrar al dormitorio sin comenzar una discusión. No quise comenzar la pelea.

—¿Puedo encender la luz? —preguntó, muy cortés.

Miré a los otros dos hombres. Ellos asintieron, y se encogieron de hombros.

—Claro —dije.

Parpadeé en el resplandor repentino. No era una luz brillante, pero después de casi la completa oscuridad parecía brillante. Cuando mis ojos se ajustaron por fin pude mirar a Richard. Estaba como había estado siempre: seis pies y una pulgada de masculinidad, guapo, pómulos perfectos y un bronceado casi permanente mostraba que en algún lugar en toda esa sangre holandesa era algo más oscuro y menos europea. Yo siempre apostaba por los indios americanos, pero en realidad no lo sabía. Era casi desgarradoramente guapo. Así que ¿por qué mis nuevos poderes de vampiro no nos hicieron la pareja perfecta, también? Porque para mi capacidad de trabajo tenía que saber lo que quería, lo que realmente quería. Richard no lo sabía. Él era demasiado conflictivo, demasiado lleno de odio hacia sí mismo como para saber cuál era el deseo de su corazón.

Miró el ataúd que estaba cerca de la pared del fondo, cerca de la puerta a la cama.

—¿Jean-Claude? —Hizo una pregunta.

—Damián —dije.

El asintió.

—Así que si comienzas a drenar su vida serás capaz de comprobarlo. —Richard realmente me había llevado el cuerpo casi sin vida de Damian una vez, entonces pude salvar al vampiro.

—Sí. —Tiré la sábana de modo que mis pechos estuviesen más cubiertos. Esto expuso un poco más del pecho de Micah, pero estaba bien. Su cuerpo bloqueaba ya todo excepto la curva superior de mi cadera de la vista de Richard. Estar tapada, era mejor hasta que supiera lo que quería Richard.

—¿Dónde está durmiendo Jean-Claude?

—En el cuarto de Asher —dije.

Él había dejado su maleta en la puerta, pero estaba en el centro del suelo, a medio camino entre la puerta y la cama. Se lamió los labios y no nos miró completamente. Estaba nervioso, ¿por qué?

—Jason se está acostando con su nueva novia.

—Perdita, Perdí —dije. Ella había llegado a nosotros del maestro de Cape Cod. Era una sirena. Una sirena de carne y hueso. La primera que había conocido. Aunque nunca hubiera visto su mirada era todo menos humana. Me dijeron que podría ser realmente parte pez, pero nunca lo había visto.

Richard asintió.

Micah se movido contra mí y me dejó saber que había pensado en algo.

—Oh. ¿Quieres quedarte aquí con nosotros? —preguntó Micah.

Richard cerró completamente sus ojos marrones del color del chocolate. Respiró hondo, lo soltó lentamente, y luego asintió.

Todos intercambiamos una mirada, que terminó en el momento en que abrió sus ojos. Sin embargo, debíamos tener cara de sorpresa, porque, dijo:

—Soy un cambiaformas; nos gusta dormir como grandes cachorros amontonados.

—La mayoría lo hacen —dije—, pero nunca has dormido a gusto conmigo y con alguno de los otros chicos.

—Esto es lo que eres, Anita. Esto es lo que ambos somos. —Se metió las manos en los bolsillos de la gran chaqueta y miró al suelo—. Estaba en una cita cuando recibí la llamada de que algunos vampiros increíblemente poderosos están en la ciudad. —Levantó la mirada, y su rostro sostuvo la

ira que había recibido de mí a través de las marcas de Jean-Claude. Él compartía mi rabia con el mundo, y eso le había hecho aún más difícil de tratar—. Tuve que llamarla a primera hora de la tarde, y no podía explicarle por qué.

—También hemos tenido que interrumpir nuestra cita —dijo Nathaniel.

Richard lo miró, no era totalmente amistoso, pero sus palabras fueron civiles.

—Estabais intentando celebrar algún tipo de aniversario.

—Sí —dije.

—Lamento que fuera arruinado.

—Lamento que tu cita haya sido interrumpida —dije. Éramos terriblemente corteses—. Encontraron bichos en mi casa, Anita. Mis citas, mis llamadas de teléfono, todo grabado. —Se balanceó sobre los tacones de sus botas.

—Ya lo sé —dije—. Es lo mismo para nosotros.

—El circo es el lugar más seguro que tenemos, así que estoy aquí mientras dure.

—Espantoso —dije.

—Espantoso es que podría estar poniendo en peligro a los chicos que enseño. Si no se arregla para el lunes, tal vez debería tomar un permiso de ausencia.

Parecía estar pidiendo mi opinión y no supe qué decir, pero Micah sí.

—Todos estamos sorprendidos por esto. Vamos a dormir un poco.

Richard asintió, un poco rápido, demasiado a menudo. Había habitaciones de huéspedes bajo tierra. Incluso había un sofá lo suficientemente grande como para que lo usara en la sala de estar. Así que ¿por qué estaba aquí?

—¿Me puedo quedar? —preguntó sin mirarnos.

—Sí —dijo Micah.

—Sí —dije, mi voz era suave.

Levantó la mirada.

—¿Nathaniel?

—No soy dominante para nadie en este cuarto; no tengo voto.

—Es de buena educación preguntar —dijo Richard.

—Sí —dije—, lo es. Te lo agradezco.

—Yo también —dijo Nathaniel—, pero no tienes que preguntar. Esta era tu cama antes de que fuera nuestra.

Eso parecía un poco imprudente, pero extrañamente Richard sonrió. -Encantado de que alguien recuerde eso.

—Pero no parecía enfadado cuando lo dijo. Cogió su maleta y empezó a caminar hacia la cama. Pasó por delante de la cama, y todos le observamos. Dejó la maleta en el suelo al lado del armario en la esquina que contenía ropa extra para todos nosotros. Se arrodilló, abrió la maleta, y comenzó a deshacerla. Se quitó la chaqueta primero y la puso en una percha en el armario. Luego sacó camisetas, calcetines y ropa interior y los puso en los cajones. Sacaba como si no estuviéramos allí. Todos nos miramos de nuevo. Esto era demasiado extraño, demasiado civilizado para Richard. El otro zapato tendría que caerse pronto, y todo el infierno se desataría, ¿no?

Micah movió las sábanas, haciéndome saber que estaban lo suficientemente levantadas para meterme debajo con ellos. Tenía razón, la discreción era la mejor parte del valor. Estábamos los tres debajo de las sábanas de seda de color rojo cuando Richard finalmente terminó de poner todo en su lugar, incluyendo un kit de viaje para el baño. Dejó la puerta abierta así que había mucha luz, y luego se dirigió al interruptor de la puerta y lo apagó. Era tan normal, que me asustó. No le había visto tan razonable en meses, quizás años. Mis hombros y brazos estaban apretados por la tensión. Se sentía como la calma antes de la tormenta, pero no podía decir si la tensión era para proyectarme. Richard y yo podíamos compartir mutuamente los sueños, dejar que los pensamientos fluyeran, pero justo ahora estábamos con el blindaje tan apretado que no podían penetrarse. Estábamos separados uno del otro metafísicamente, o tan separados como las marcas de Jean-Claude nos dejarían estar. Era más seguro de esa manera.

Richard se acercó a la cama, con los ojos decaídos, sin mirarnos. Se sentó en la cama junto a mí. Los tres nos deslizamos un poco hacia atrás para hacerle más espacio. Debió haber sentido el movimiento de la cama, pero lo ignoró. Se quitó las botas y las dejó caer al suelo, luego los calcetines. Se quitó la camiseta y de repente estaba mirando la extensión musculosa de su espalda desnuda. Su pelo acariciaba los bordes de toda la piel desnuda.

Luché contra la tentación de tocarlo. Tenía miedo de lo que sucedería. Miedo de que se lo tomara a mal.

Tuvo que ponerse de pie para quitarse el cinturón, y desabrochar la

bragueta. El sonido de los botones abriéndose sacudió mi cuerpo hacia abajo. Richard había sido el hombre que me enseñó las alegrías de desabrochar la bragueta de los vaqueros.

El brazo de Micah se enroscó alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca de su cuerpo. ¿Estaba celoso?

Richard vaciló. Como la desnudez de un cambiaformas debería haber sido su segunda naturaleza, tal vez la primera, pero no le gustaba estar desnudo delante de mis otros amantes. Él no lo hacía. Se quitó los vaqueros en un movimiento. Si llevaba puesta ropa interior, no estaba ahora. Su vista desnudo hizo lo que siempre hacía: me hizo aguantar mi respiración y pensar en tocarle. Todo lo que Richard tenía que hacer para ganar cualquier discusión conmigo era desnudarse. No podía discutir con él cuando parecía tan delicioso.

Dejó los pantalones vaqueros caer al suelo, luego se giró hacia la cama. Sus ojos seguían estando decaídos, el pelo se derramaba hacia adelante alrededor de su cara. Finalmente alzó la vista y nuestros ojos se encontraron. No traté de mantener mi cara en blanco. Le dejé ver lo que pensaba de él hermoso y desnudo delante de mí. Incluso con el cuerpo de Micah presionado contra el mío en la cama, Richard seguía siendo hermoso.

Él sonrió, medio tímido, y medio el antiguo Richard. El Richard que sabía cuánto le amaba, y lo mucho que significaba para mí. Levantó las sábanas y se deslizó debajo de ellas. Era lo suficientemente alto para no tener problemas al entrar en la cama sin ayuda.

—Muévete más… por favor —dijo.

Micah se movió, moviéndome un poco con él. Richard se deslizó en el espacio que habíamos hecho. Sentí el movimiento de la cama, lo que significaba que Nathaniel se había movido, también. La cama no era extra grande, era tamaño orgía. Habíamos tenido más gente en esta, al mismo tiempo, a veces incluso para dormir.

Richard se deslizó hasta que casi estuvo presionaba la parte delantera de mi cuerpo, pero no del todo. La mano de Micah estaba alrededor de mi cintura.

—No estoy seguro de dónde poner mis manos —dijo Richard.

Micah se echó a reír, pero era una risa de buen tipo.

—Sé lo que quieres decir.

—¿A dónde quieres ponerlas? —preguntó Nathaniel. Eché un vistazo

sobre mi hombro y encontré que Nathaniel echaba un vistazo sobre el cuerpo delgado de Micah.

—Estoy nervioso, cansado. Quiero ser tocado y sostenido.

—Eres un cambiaformas —dijo Micah—. A todos nos gusta el contacto de piel cuando estamos inestables.

Richard asintió. Estaba apoyado en un codo, e hizo incluso que Nathaniel pareciera pequeño. Richard era uno de esos hombres grandes que no parecían grandes hasta momentos como este, entonces apreciabas su presencia física. Traje lobos conmigo. Están en uno de los cuartos de huéspedes. Podría tener mi pila de cachorros. No tenía que venir aquí para esto.

—Tragué salida lo bastante fuerte para que doliera.

Micah dijo:

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Estoy cansado de huir de mí mismo.

No estaba segura de qué responder a la pregunta, pero Richard parecía pensar hacerlo, y sentí que Micah asintió detrás de mí.

—Deja de huir.

—No estoy seguro de cómo.

Era como si no estuviera ahí, como si independientemente de las cuestiones de las que ellos hablaban tenían menos que ver conmigo y más que ver con ellos dos. Tal vez eran tres, ¿o Nathaniel se sentía tan excluido como yo?

—Este es un buen comienzo —dijo Micah.

Richard asintió, y finalmente me dio toda la atención de sus ojos. Esos ojos que una vez pensé que serían los que vería todas las mañanas al despertar. Últimamente él no había dormido mucho.

—No sé cómo hacer esto.

—¿Hacer qué? —Susurré.

—Quiero besarte, pero no quiero tener sexo con todos en esta cama.

No estaba segura de si quería decir que no quería tener relaciones sexuales mientras los otros hombres estaban en la cama o si no quería tener sexo con ellos en realidad. Estaba bastante segura de que ambas eran ciertas.

—He estado queriendo tocarte desde que te quitaste la camisa —dije. Esa era la verdad. Tal vez si nos decíamos la verdad estaríamos bien.

Sonrió, y fue la sonrisa de Richard. Esa sonrisa que a veces me permitía

saber que realmente sabía lo encantador que era a la vista. Por lo general era humilde, pero entonces él tenía esa sonrisa.

Se inclinó hacia mí, sus manos todavía castamente en él. Nuestros labios se tocaron, su pelo se derramó a lo largo de mi mejilla. La mano de Micah se liberó de alrededor de mi cintura, avisándome de que podría moverme a donde quisiera. O eso es como lo tomé. Puse mi mano contra el resto del musculoso pecho de Richard. Su mano acunaba mi mejilla. Nos besamos, y sus labios eran todavía demasiado suaves, demasiado llenos, demasiado besables como siempre. Mi mano se deslizó por la curva de su pecho hacia abajo a su cintura. Él me tiró contra su cuerpo, y el beso creció a algo más lleno, más profundo. Mi cuerpo cayó contra él, tracé mi mano a través de su espalda, no estaba segura si podía tocar más abajo. Su cuerpo crecía ya con la necesidad. Quería reaccionar a aquella necesidad, pero él había dicho que no quería tener sexo con todos nosotros en la cama, y nadie se marchaba.

Se apartó del beso, sin aliento, jadeante, con ojos risueños.

—Dios, ¿cómo me haces esto?

Mi propia voz salió entrecortada.

—Tú también.

Se echó a reír, y luego su mirada se deslizó por delante de mí a los demás hombres. Sus ojos se oscurecieron durante un instante.

—No puedo, no puedo, no todavía.

—A decir verdad, Richard, esto es más de lo que jamás pensé que harías con Micah y Nathaniel.

Él asintió.

—Yo también.

—¿Estropearía totalmente las cosas si preguntara qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó Nathaniel. Yo quería preguntar, pero no lo hice.

Richard miró a través de la cama al otro hombre.

—No es asunto tuyo.

—No, no lo es —dijo Nathaniel.

Richard inclinó la cabeza, y luego asintió.

—Está bien, amo a Anita. Estoy intentando aprender a amar todo de ella, incluso la parte que quiere vivir con otros dos hombres. —Sus ojos eran inseguros, un poco enfadados.

Nathaniel dijo:

—Mi terapeuta me dijo que si soy un compañero igual en nuestra

relación tengo que pedir lo que quiero. ¿El tuyo te dice que tienes que resolver tus sentimientos sobre Anita?

Richard ignoró la pregunta.

—¿Qué le pediste a Anita? ¿Qué no has conseguido de ella?

—Responderé a la tuya, si respondes la mía.

Richard asintió, como si eso fuera justo.

—Sí, mi terapeuta dice que tengo que aceptar los términos de la vida de Anita, o avanzar.

—¿Sabes que estoy en la escena de sumisión y esclavitud? —dijo Nathaniel.

Quise no estar desnuda en la cama con ellos mientras tenían esta conversación, pero si podían ser honestos, yo podría acostarme allí y dejarles hacerlo.

—Lo sé. Raina hablaba mucho de ti. —Raina había sido la vieja lupa de la manada de lobos. Había tomado la virginidad de Richard y había entrenado a Nathaniel para ser una pequeña puta de dolor.

Micah y yo miramos de nuevo a Nathaniel. Era como una terapia de partido de tenis.

Nathaniel asintió.

—Anita no lo hará conmigo, y yo la quiero bastante.

—Ella no está mucho más cómoda con ese lado de sí misma que yo —dijo Richard.

—Lo sé —dijo Nathaniel.

—¿Está de acuerdo en hacerlo?

—Todavía no.

—¿Vas a dejarla si no sigue con eso?

Micah y yo nos echamos hacia atrás entre ellos, sintiéndonos superfluos.

—Le he pedido permiso para que otra persona abusara de mí, pero guardo el sexo para Anita. —Richard me miró, finalmente, y deseé que no lo hubiera hecho—. Realmente sabes cómo elegirlos, ¿no?

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, pero fue difícil intentar sonar indignada estando desnuda en una cama con tres hombres.

Richard se echó a reír, una risa buena y abierta. Me dio un beso fuerte y rápido. Me quedé allí y fruncí el ceño.

—Eso significa que vamos a ir a dormir.

Se colocó de costado, frente a mí. Dudé un segundo, luego me giré

hacia mi otro costado. Se inició una reacción en cadena con Micah y con Nathaniel. Nos llevó un tiempo, pero finalmente se resolvió todo. El cuerpo de Richard hacía cuchara a lo largo de mi parte trasera, Micah contra mí, y Nathaniel contra él. Mi mano llegaba a ambos, todavía podía tocar a Nathaniel. Richard tuvo un momento difícil averiguando donde poner su brazo. Finalmente pareció pensar, Al diablo con ello, porque dejó su brazo siguiendo la línea del mío, entonces se acercó más a mí y me ayudó a sostener a los otros dos hombres. Para el sexo, esto habría sido diversión, pero para dormir, pensé que tendría problemas con la relajación. Pero había sido una noche larga, así que me di cuenta de que la sensación de ser sostenida entre Richard y el cuerpo de Micah era más consoladora.



DOCE

Me desperté en una maraña de cuerpos. Mi espalda se apretaba contra Micah mientras Richard estaba medio encima de mí, como si incluso en sueños hubiesen luchado por ver quién tocaba más de mí. El olor de su piel se había mezclado con un rico perfume que rodeaba mi cuerpo. Pero aún así estaba inmovilizada y no era en absoluto cómodo. Estaba tan enredada que ni siquiera podía moverme lo suficiente como para ver a Nathaniel al otro lado de Micah. Pensé que había sido la incómoda posición la que me había despertado, hasta que noté un movimiento a los pies de la cama. Contuve la respiración. ¿Sería uno de los guardias? De alguna manera supe que no lo era.

La tenue luz que entraba a través de la puerta entreabierta del baño no servía de mucho. Era casi como si la luz estuviese siendo absorbida por la oscuridad, como si con el tiempo la oscuridad fuese a conseguir tragársela por completo. El pulso latía en mi garganta, con tanta fuerza que el aire de

mi respiración casi no podía pasar y tragar se había vuelto doloroso. Sabía que era lo que había en la oscuridad y sabía que estaba soñando. Pero solo por que fuese un sueño no significaba que no pudiese hacerme daño.

—¿Qué es eso?

Solté un grito breve y agudo. Miré hacia Richard. Estaba despierto. Comenzó a sentarse y me moví con él. Traté de sacudir a Micah para que despertase pero no me molesté. Había tenido ese sueño antes.

—Despiértalos —susurró mientras sus ojos buscaban en la oscuridad.

—Sus animales para llamar son los felinos, no se despertaran.

—¿Quién… Marmee…?

Detuve sus palabras poniendo mis dedos contra sus labios.

—No —dije en voz baja. No sabía porque susurrábamos. Ella podía escucharnos. Pero hay algo cuando estás en la oscuridad y sabes que el depredador está ahí fuera, que te hace susurrar. Intentas parecer pequeña y silenciosa. Rogando para que pase de largo. Pero no se trataba de un depredador exactamente, era la noche, y tenía vida, sustancia y mente. Podía oler el jazmín y la lluvia de verano, además de otros olores de una tierra que nunca había conocido, excepto en visiones y sueños. La tierra donde *Marmee Noir* había comenzado. No tenía ni idea de cuantos años tenía, ni quería saberlo. Yo era una nigromante. Podía haber probado su edad con mi lengua psíquica, pero no estaba segura de poder tragar tantos siglos. Temía ahogarme.

—Nigromante. —Su voz se deslizaba por la noche como un viento perfumado.

Me las arreglé para tragar a pesar del latido de mi corazón.

—*Marmee Noir* —dije, mi voz sonó solo un poco ronca. Era más fácil con Richard a mi lado, despierto. Su brazo me rodeó como si él sintiera, también, que juntos estaríamos mejor. Tal vez el intercambio accidental de los sueños entre Richard, Jean-Claude y yo, tenía un propósito. Uno que simplemente no había entendido hasta ahora.

Me apoyé en la curva del cuerpo de Richard, y él apretó mi brazo. Mi mano contra su pecho me permitió sentir el latido de su miedo.

La oscuridad avanzó, casi reduciendo la luz a un único punto brillante, era una oscuridad compacta, que se apretaba como si un pequeño agujero negro se estuviese formando delante de nuestros ojos. El agujero negro comenzó a tomar la forma de una mujer vestida con una capa.

Con mucho cuidado puse en mi mente un pensamiento dirigido a

Richard.

—No le mires a la cara.

—Conozco las reglas —contestó en voz alta. Me había escuchado; Bueno, bien. Lo de hablar mente a mente no era lo que mejor se me daba, ya fuera en sueños o despierta.

—¿De verdad creéis que no mirarme a la cara os salvará? Genial, ella leía las mentes también. Había conocido a vampiros con mucho menos poder que podían hacerlo. No debería haberme sorprendido.

—Explícame otra vez ¿por qué Micah y Nathaniel no se despiertan? —preguntó Richard, su voz era suave, pero ya no un susurro. Ella nos había encontrado.

—Nigromante —dijo ella.

—Los felinos son sus criaturas para llamar, todos los felinos, así que puede mantenerlos fuera del sueño. Jean-Claude estaba conmigo la última vez y también fue capaz de mantenerlo fuera. No puede controlar a los lobos.

—Tu lobo no te salvará esta vez, nigromante.

—¿Y el mío? —dijo Richard, un gruñido salió de sus labios. Se me erizó el vello de los brazos, y esa parte de mí, donde las bestias esperaban, se agitó. La mejor forma de describirlo es que ese lugar era como una cueva donde mis animales esperan. Deben caminar por un largo pasillo para llegar a mí. Ya que están dentro de mí, eso no puede ser muy correcto. Pero es una imagen que funciona para mí.

En sueños, sin embargo, el lobo dentro de mí podía salir a jugar. Mi lobo era pálido, blanco y crema con el lomo negro y manchas en la cabeza. Se agazapó delante de mí y se unió al gruñido de Richard. Puse mi mano libre sobre su piel y la sentí como la última vez: suave y gruesa. Podía sentir la vibración del gruñido a través de mi mano, sentir los músculos y la carne de su cuerpo. Ella era real, mi mujer lobo. Era real.

Richard dejó de gruñir y se quedó mirando a la loba. Ella giró sus ojos marrones y brillantes hacia él. Eran mis ojos cuando los poderes de vampiro los llenaban. Se miraron el uno al otro, luego ella se volvió de nuevo hacia la oscuridad. Cuando Richard me miró, sus ojos tenían el ámbar de su lobo.

—Vuestro amo os ha dejado a ambos sin la última pieza que os completa —dijo. Su voz flotaba alrededor de su-casi-cuerpo que se había formado a partir de las sombras. Se acercó a los pies de la cama.

El lobo se agachó y gruñó, con un sonido absolutamente serio. El sonido de la última advertencia antes de la violencia.

Ella no trató de tocar la cama. En realidad dejó de moverse. Recordaba haber visto su cuerpo sacudirse en su lejana habitación cuando mi lobo la había mordido en sueños la última vez. ¿La habría herido lo suficiente como para hacerla vacilar? ¿La había herido lo suficiente como para que fuese una verdadera amenaza? Dios, esperaba que sí.

—Todavía podrías ser esclavizada por algún otro maestro más fuerte que él, y no hay nadie más fuerte que yo, nigromante.

Me aferré a la piel del lobo y al cuerpo de Richard.

—Me creo esa última parte, *Marmee Noir*.

—Entonces ¿Por qué tu maestro dejó la puerta abierta? La pregunta me dejó perpleja.

—No conozco la expresión que muestra tu cara. He pasado mucho tiempo lejos de los seres humanos.

—Estoy desconcertada —dije.

—Te ayudaré a que desaparezca esa confusión, nigromante. Vine esta noche para hacerte mía. Para romper el triunvirato y convertirte en mi siervo humano. No necesito compartir la sangre para apropiarme de tu alma.

Estaba tratando de respirar a través de las palpitaciones de mi pulso otra vez, y tenía problemas para conseguirlo.

—No la toques —dijo Richard, su voz sonaba ronca, el comienzo del cambio resonaba en sus palabras.

—Creo que tienes razón, lobo. Sería una batalla contigo a su lado. No estoy lista para la batalla, aún no. Pero hay otros que saben lo que Jean-Claude no ha hecho.

—¿Quién? —Me las arreglé para preguntar.

—¿Tengo que decir la palabra? —preguntó.

Abrí mi boca para decirla, pero Richard me interrumpió:

—Va en contra de vuestras leyes decirlo en voz alta. Un delito condenado a muerte, eso es lo que dijo Jean-Claude.

Ella se echó a reír y la oscuridad se apretó alrededor de la cama como el puño de un gigante. Sabías, sentías, que podía aplastar la cama y a todo el mundo en ella si quería.

—Esto no es a lo que había venido a jugar, lobo, pero está bien: *Harlequin*. Ellos saben que no estás segura. Saben que estoy cerca de

caminar. Temen la oscuridad.

—Todo el mundo tiene miedo de ti —dije. El lobo había empezado a relajarse bajo mis manos. Uno solo puede mantenerse en el modo emergencia durante cierto tiempo. Aparentemente, estábamos hablando, no luchando. Bien por mí.

—Cierto, y debería haberte tomado esta noche. Planeaba hacerlo.

—Eso ya lo has dicho —dijo Richard con voz un poco más humana, pero aún hosca.

—Entonces no voy a repetirlo, lobo. —Su ira no sonaba caliente, sino fría, como si un viento helado bailase a través de mi piel desnuda. Richard se estremeció a mi lado. No creí que tuviese que advertirle que fuese amable. Esa demostración de poder lo explicaba muy bien—. Mañana estarán sobre ti, y no quiero que te tengan.

—¿Tenerme, cómo? —pregunté.

—Permitiré que Jean-Claude te tenga, porque ya estás con él. Pero nadie más. Preferiría que fueses mi sierva humana, pero Jean-Claude es aceptable. Nadie más, nigromante. Te destruiré antes de permitir que el *Harlequin* te haga su esclava.

—¿Por qué te importa?

—Me gusta tu sabor, nigromante —dijo—. Y nadie más puede tenerlo. Soy una diosa celosa, y no compartiré el poder.

Tragué el nudo de mi garganta. Asentí como si eso tuviese sentido para mí.

—Un regalo de despedida, nigromante, lobo. —La forma en la sombra se desvaneció, pero ella no se fue. La oscuridad de repente se sintió pesada y creció densa como si pudiese ser capaz de llegar a espesarse tanto que se deslizase por tu garganta y te ahogase. Me había hecho algo así antes. El aroma del jazmín y la lluvia se sintió denso en mi lengua.

El lobo gruñó y Richard se hizo eco del sonido.

—¿Puedes morder lo que no puedes encontrar? —Su voz resonó por todas y ninguna parte—. Mi error fue tratar de ser lo suficientemente humana para vosotros. No repetiré mis errores.

El lobo se agazapó, pero *Marmee Noir* estaba en lo cierto, no había nada que morder ahora. Tenía que encontrar una manera de visualizar un blanco para mi lobo. Luché para creer que mi lobo podía morder a la noche misma.

Richard me agarró de los hombros y me giró hacia él. Sus ojos seguían

siendo de ese color ámbar inhumano. Me dio un beso. Se apartó lo suficiente como para decirme:

—Puedo probar su poder en mi boca.

Asentí.

Me besó de nuevo, y esta vez mantuvo nuestras bocas apretadas juntas. Dejó manar el cálido aumento del poder del cambiaformas. Lo empujó dentro de mí a través de nuestras bocas, sus manos, nuestros cuerpos. Mantuve mi mano sobre mi lobo, pero el resto de mí se lo di a Richard, y poco a poco pude probar el pino, el verde de las hojas, rico, espeso y boscoso. Olí el almizcle de la piel del lobo. Olí la manada. Olí el hogar y el último gusto del jazmín se desvaneció en el sabor del poder de Richard, del lobo de Richard, y finalmente, simplemente del sabor de Richard. El dulce, espeso sabor de su beso. El sueño terminó con un beso.



TRECE

Me desperté en el suelo de la habitación de Jean-Claude con Nathaniel observándome fijamente. Miré hacia mi derecha y encontré a Richard en el suelo con Micah a su lado. Había guardias en la habitación y olía a quemado.

Las primeras palabras de Richard fueron:

—¿Estás bien?

Asentí.

Sus segundas palabras fueron:

—¿Qué se está quemando?

—La cama —dijo Micah.

—¿Qué? —pregunté.

—La cruz que tienes en una bolsa debajo de tu almohada se calentó lo suficiente como para que la almohada se prendiese fuego —dijo Micah.

—Mierda —dije.

Claudia apareció encima de mí con un extintor en sus manos.

—¿Qué diablos pasó, Anita?

La miré, y había una gran cantidad de ella para mirar. Era una de las personas más altas que había visto, y además levantaba pesas. Su pelo negro estaba recogido en su apretada cola de caballo habitual, su rostro libre de maquillaje y aún así, sorprendentemente hermoso.

—Esa perra reina vampiro vino de nuevo, ¿Verdad? —dijo Remus.

Traté de incorporarme, pero si Nathaniel no me hubiese sujetado, habría caído de nuevo al suelo. La última vez que había luchado contra la oscuridad, había estado muy cerca de ser asesinada por mis propias bestias que trataban de forzar la manera de salir de mi cuerpo. Al parecer hoy solo me encontraba débil. Podía vivir con eso.

Remus se encontraba a los pies de la cama con el ceño fruncido. Era alto, musculoso y rubio, su cara estaba completamente llena de cicatrices, como si se hubiese roto y hubiese sido unida de nuevo. Cuando se enfadaba lo suficiente, se podían ver las líneas pálidas contra el enrojecimiento de su rostro. Casi nunca hacía contacto visual con nadie. Creo que porque no quería ver en la cara de los demás lo que pensaban de él. Pero cuando se enfadaba lo bastante como para querer encontrar tus ojos, se podía ver lo hermosos que estos eran, verdes y grises, con largas pestañas. Esta noche estaba teniendo una buena dosis de sus ojos.

Me apoyé contra la cálida curva del cuerpo de Nathaniel y dije:

—Sí, la Madre de Toda la Oscuridad.

—Por lo menos tus bestias no están tratando de desgarrarte esta vez —dijo Claudia.

—Si —dije—, algo es algo.

Entonces sentí una sombra moviéndose dentro de mí, como si algo grande y peludo hubiese rozado el interior de mi cuerpo.

—Oh, mierda —susurré.

Nathaniel se inclinó y olisqueó justo por encima de mi cara.

—Huelo algo. Gato, pero no es un leopardo. —Cerró los ojos y respiró profundo—. No es el león.

Sacudí mi cabeza.

—Ella dijo que nos dejaba un regalo de despedida —dijo Richard.

Miré dentro de mí, a ese lugar donde las bestias esperaban. Hubo un destello de ojos, luego una cabeza salió de las sombras. Una cabeza del color de la noche y de las llamas: un tigre.

—Oh, mierda —dije más alto—. Un tigre.

—Joder —dijo Claudia.

Que yo supiese solo había un hombre tigre en todo el área de St. Louis. Christine, trabajaba como agente de seguros y se encontraba a kilómetros de distancia. Nunca llegaría a tiempo para que pudiese compartir mi bestia con ella y evitar que ésta me desgarrase. O bien *Marmee Noir* había decidido que ya era hora de que finalmente me convirtiese en un cambiaformas de verdad, y había elegido al tigre, o intentaba matarme. Si no me podía tener, nadie podría. Perra posesiva.

Pero era mejor en el control de la bestia de lo que lo había sido la última vez que había tratado con esto. Llamé a los otros animales. Podríamos jugar a la metafísica, durante un tiempo por lo menos. El leopardo parecía frágil en comparación con la gran bestia a rallas. Él lobo gruñó y erizó su piel. El tigre lo miró, esperando. La leona salió de la oscuridad, casi del mismo tamaño que el tigre. Eran animales que nunca se habían reunido en la naturaleza, nunca habían probado sus fuerzas unos contra otros. Pero el interior de mi cuerpo era mucho más extraño que cualquier zoológico. Las bestias miraron al recién llegado y esperamos. Llamando a todos a la vez me había protegido de convertirme en uno solo de ellos. Pero con el tiempo mi cuerpo tendría que elegir, y cuando eso sucediese tendría que haber un tigre en la habitación.

—Llama a Christine —dijo Micah. Él me había ayudado a aprender ese control. Sabía lo que estaba haciendo.

—Jean-Claude me advirtió que Anita podría conseguir más gatitos —dijo Remus—, así que fuimos de compras. —Se giró hacia uno de los guardias de la puerta—. Vete a buscar a Soledad. La necesitamos lo antes posible.

El hombre salió por la puerta rápidamente. Remus se giró de nuevo hacia mí.

—Ella hará lo que haya que hacer.

—¿No es una mujer rata?

—Esta fingiendo ser una de las ratas de Rafael, pero es un tigre. Tuvimos que prometerle mantener su secreto para que estuviese de acuerdo en quedarse en la ciudad.

—Probablemente está huyendo de un matrimonio arreglado. Los tigres son extraños acerca de mantener las cosas en la familia —dijo Claudia.

—¿Qué? —dije.

—Te lo explicaré más tarde, lo prometo —dijo Claudia.

—La mayoría de los tigres solitarios que he conocido pueden ocultar lo que son realmente bien. Incluso pueden ocultar su energía lo suficiente como para pasar por humanos.

Quería mirar a Richard, pero no me atreví. Incluso el pensamiento hizo que el lobo se levantase y viniese más cerca. Una vez Richard había jugado al humano para mí, y yo me lo había creído. Enterré mi cara contra el brazo de Nathaniel, olí a su leopardo y eso calmó al lobo, pero el leopardo comenzó a pasear.

Todavía no tenía a un león que llamar propio. Ni siquiera estaba segura de que hubiese un león en la zona esta noche, pero debería de haberme imaginado que Remus y Claudia habían pensado en eso.

—Será mejor que llamemos a los leones también —dijo ella.

Remus miró hacia la puerta. Uno de los guardias se dirigió hacia ella, luego vaciló.

—¿Cuál?

—Travis.

El guardia se fue. Habría protestado por la elección, pero de los pocos leones que teníamos, él era probablemente uno de los mejores. Ninguno de los leones locales me atraía realmente, eran demasiado débiles. Mi leona no quería comida, quería un compañero. Había trabajado muy duro para no darle uno. Pero con el tiempo tendría que dárselo, me gustase o no. O esa era la teoría dominante. Dado que lo que me estaba pasando era casi metafísicamente imposible, era solo una teoría. Ninguno de nosotros sabía realmente como iba a acabar todo esto. Me senté, apoyada por los brazos de Nathaniel y traté de pensar equitativamente en todas las bestias. Pero Nathaniel estaba demasiado cerca, y el olor de su piel era demasiado real. El leopardo se revolvió y comenzó a caminar por el corredor que conducía al dolor.

Me sujeté al brazo de Nathaniel.

—No puedo sostenerlo.

Richard se arrastró hacia mí y pasó su brazo por mi cara. El almizcle del lobo apareció para frenar al leopardo y mandarlo de vuelta, impidiéndole salir. Pero ahora el lobo caminaba hacia la luz. Eso no era bueno.

Travis llegó antes que Soledad. Sus rizos rubio castaños alborotados por el sueño, su rostro aún no completamente despierto. Llevaba la parte de

debajo de un pijama de algodón y nada más. Lo habían sacado de la cama sin darle tiempo para vestirse. Era un estudiante universitario y me pregunté brevemente si su Rex, el rey león, le había hecho quedarse aquí con nosotros en lugar de ir a clase.

Se arrodilló junto a mis piernas sin ni siquiera reaccionar ante el hecho de que estuviese desnuda. O bien el guardia le había explicado el problema o bien podía sentirlo. Su rostro dormido empezaba a aclararse, y una inteligencia que era a la vez demasiado aguda y una de sus mejores características, comenzó a llenar sus ojos marrón dorado. Acercó su muñeca hacia mí y la leona comenzó a pasearse. Los tres jugaron al escondite con mis bestias. Cuando una se movía, intercambiaban la piel que debía de oler. Pero eso no podía durar, con el tiempo mi cuerpo tendría que elegir a alguno.

El tigre se movió y no había tigre a quien oler. Pero los otros me distrajeron, llamando a sus bestias, manteniéndonos en un juego de sillas musicales metafísico, excepto que yo era la silla.

Esperé a que el tigre intentase tirar de mí, como las otras bestias habían hecho con anterioridad, pero solo se sentó allí, esperando. Lobo, leopardo, león; los tres hombres jugando conmigo al escondite, poniendo su piel desnuda lo suficientemente cerca como para que los oliese, tocase, y el tigre esperaba. Y entonces sucedió algo que nunca había sucedido antes con alguno de los otros animales, el tigre comenzó a desvanecerse; como una versión monstruosa del gato de Cheshire, comenzó a desaparecer. Me acomodé de nuevo en los brazos de Nathaniel y de Richard, con Travis de rodillas a nuestro lado, cerca, pero no tan cerca como los otros dos. Mi error. La desaparición del tigre me había hecho bajar la guardia. Craso error. Mientras el leopardo y el lobo se acechaban el uno al otro. La leona vio su oportunidad y rápidamente los sobrepaso para subir por el largo túnel dentro de mí. El leopardo y el lobo siguieron dando vueltas alrededor uno del otro. La leona no se preocupó por ellos. Ella solo quería ser real.

Richard puso su muñeca cerca de mi cara, pero ya era demasiado tarde para ese tipo de medidas. La leona golpeaba mi cuerpo como si se tratase de una pared. Se sentía como si un coche se estrellase contra mí desde mi interior. El impacto me tiró al suelo, ellos trataron de acunarme, pero era demasiado tarde. La leona se extendía dentro de mi cuerpo, tratando de encajar todo su enorme tamaño de gato dentro de mí. No había espacio. Era demasiado pequeña. La leona estaba atrapada, atrapada en un lugar

pequeño y oscuro. Reaccionó como cualquier animal salvaje, trató de destruir la trampa. Trató de desgarrar y morder buscando la salida. El problema era que mi cuerpo era lo que estaba tratando de romper para conseguirlo.

Grité, mientras los músculos de mi cuerpo trataban de separarse de mis huesos. Intentas olvidar lo mucho que duele, luego sucede y ya no puedes olvidar. No se puede pensar, no se puede ser, ¡no se puede hacer otra cosa que sufrir!

Un peso me empujó hacia abajo, aprisionando mis muñecas contra el suelo y fijando también la parte inferior de mi cuerpo. Abrí los ojos y me encontré con Travis encima de mí. La leona gritó su frustración porque ya lo había visto antes. No le gustaba. No lo quería. Travis intentó sostener mi cara con sus manos, trató de empujar mi bestia dentro de él, pero la leona estaba demasiado cerca de la superficie y ambas estábamos de acuerdo en una cosa. Travis era débil. No lo queríamos.

Le mordí, hundí mis dientes en su muñeca. La leona quería que lo ahuyentase, y así lo hice, pero en el momento en que la sangre caliente se derramó en mi boca, todo lo que pude saborear fue al león. Pude probar a la bestia de Travis en su sangre y eso fue suficiente. Le miré mientras su sangre se derramaba en mi boca, y empujé mi bestia dentro de él. Le di a la leona lo que quería. Le di un cuerpo que podía hacerla real. La leona salió de mí en tal oleada de calor y poder que sentí como si se estuviese llevando mi piel con ella. Grité, y Travis hizo eco de mis gritos.

En un minuto Travis me miraba fijamente, al siguiente explotaba en pedazos de piel, carne y líquido que me rociaron. Un león apareció, sacudiendo las crines de su cabeza. Algo sorprendente de ver ya que estaba a horcajadas sobre mí, parecía como si incluso en su forma de león estuviese sufriendo. Hizo un sonido a medio camino entre rugido y gemido y se puso de costado junto a mí. Me quedé allí, mi cuerpo dolorido desde los pies hasta la raíz de mi pelo. Dios, como dolía, pero se estaba desvaneciendo, un intenso dolor en los huesos se estaba disipando. Cuando el dolor comenzó a desaparecer tuve la oportunidad de prestar atención al hecho de que estaba cubierta de la porquería clara y cálida que los cambiaformas parecen perder, en lugar de sangre, cuando cambian. El cambio es violento, más de lo que podrías imaginar. Le había dado mi bestia a Travis, y aunque en estos momentos ya no era exactamente mi bestia, mi leona había estado en él durante unos instantes. El dolor

desapareció lo suficiente como para que pudiese pensar en otra cosa, y mi primer pensamiento fue que cuando Haven había llamado a mi bestia, no se había visto debilitado por ello. Demonios, Nathaniel, Micah incluso Clay y Graham no se habían desmayado como Travis lo había hecho. Él era débil. Necesitaba a alguien fuerte.

De pronto tuve otras cosas de las que preocuparme, porque la loba decidió que quería una oportunidad. Corrió por el túnel como un fantasma pálido. Tuve tiempo de decir:

—Lobo —y entonces me golpeó, volví a retorcerme en el suelo.

Me estiré y Richard estuvo allí. Envolvió sus brazos a mi alrededor, me sostuvo apretada contra él mientras mi cuerpo trataba de separarnos. Cubrió mi cara con su fuerte mano. Llamó a su bestia. Su poder golpeó el mío, y sentí que mi sangre hervía. Grité, traté de decirle que se detuviese. Se inclinó para besarme, mientras que su poder se combinaba con el mío. Traté de darle mi lobo, pero no pude. No fui capaz de superar el peso de su poder.

Su poder comenzó a empujar a mi bestia hacia abajo como agua desbordada empujando un incendio forestal. Funcionó, pero sentí como si mi piel se estuviese chamuscando y humeando mientras él forzaba a mi bestia a replegarse. La empujó de nuevo a ese lugar profundo dentro de mí. La hizo retroceder, se fue llorando y yo lloré con ella, porque sentía como si mi cuerpo estuviese siendo quemado con el poder. Trate de mirar hacia abajo por mi cuerpo, y el mundo estalló en serpentinas de color y nauseas. Había visto a Richard forzar a la gente a tragarse a sus animales antes, pero nunca me había imaginado lo que dolía.

Cuando mi visión se aclaró, Richard me sonreía. Parecía contento.

—No estaba seguro de que funcionase —dijo, noté la tensión en su voz, como si hubiese tenido que pagar un precio también.

Susurré con una voz que se había roto de tanto gritar.

—Eso duele.

Su sonrisa se desvaneció un poco, pero no tuve tiempo para preocuparme por los sentimientos heridos, ya que el leopardo comenzaba a derramarse dentro de mí, como un veneno intentando encontrar la forma de gotear fuera de mi piel.

Los brazos de Nathaniel me buscaron, pero Micah me separó de él. Me rodeó con sus brazos, me cubrió con su cuerpo. Mi leopardo lo conocía, conocía su olor y su sabor. La energía entró en él como un enorme aliento

caliente. Bañó su cuerpo humano, y la piel siguió al poder, como dar la vuelta a una camisa de dentro hacia fuera. Micah tenía uno de los cambios más suaves que había visto en un cambiaformas. Solo Quimera había cambiado con más facilidad y más limpiamente que él.

Me mantuve unida a su cuerpo peludo. Un cuerpo que era mitad hombre y mitad leopardo. Travis solo tenía dos formas: león y humano. Todos los demás cambiaformas de la habitación tenían tres: animal, humano y mitad y mitad. Una vez había creído que había que ser muy poderoso para tener la forma medio humana. Pero había estado pasando mucho tiempo con cambiaformas realmente poderosos, ahora pensaba que solo los débiles no podían hacerlo.

Dejé que Micah me sostuviese, estaba demasiado débil para detenerlo. Me colocó suavemente en el suelo y se puso de costado junto a mí, apoyado en un codo. Me quedé mirando su cara cubierta de pelaje negro, una extraña mezcla entre elegante gato y humano. Sus ojos parecían más adecuados para esta cara que para su rostro de humano. Ambos rostros eran Micah para mí.

—¿Hiciste eso para marcarte un punto? —La voz de Richard sonó enfadada.

Micah le miró y le contestó con ese ronroneo grave que tenía en esa forma.

—¿Y ese punto sería?

—Que le causó más dolor hacerle tragar a su bestia del que tú le produjiste al tomarla.

—Tomé su bestia porque no soy lo suficientemente poderoso como para hacérsela tragar, y porque verse obligado a tragarla puede hacer daño, mucho daño.

—Así que le causé mucho dolor, y tú quedas como un héroe.

Si no fuese porque estaba agotada, y dolorida de los pies a la cabeza. Le habría pedido a Richard que se detuviese, pero estaba demasiado cansada. Se había quedado a dormir. Me había ayudado con *Marmee Noir*. Todo había salido bien. No quería que se estropease. Maldita sea, maldita sea.

—Llamé a su leopardo en lugar de dejar que Nathaniel lo hiciese, porque puedo hacer esto. —Se separó lo suficiente como para no tocarme, y entonces fue como magia. Era como si del pelaje negro saliesen pequeñas llamas que se extendieron hacia fuera y volaron con el viento de su poder, mientras que el negro parecía introducirse por su piel. Parecía como si cada

parte de él fuese separada y posteriormente reconstruida, o empujada hacia su interior mientras cambiaba. Lo mejor que podías esperar era que otro cuerpo, ya sea el animal o el humano apareciese. Micah acababa de cambiar. Un momento era un hombre leopardo y al siguiente un ser humano de nuevo. Si no hubiese visto cambiar a Quimera de una forma a otra como agua deslizándose entre las manos, habría dicho que el cambio de Micah había sido el mejor cambio que había visto nunca.

Micah miró hacia Richard.

—Nathaniel habría quedado atrapado en forma de leopardo durante horas.

No pude ver la cara de Richard, ya que estaba girada hacia Micah y me parecía demasiado esfuerzo mover la cabeza hacia el otro lado. Pero pude oír la incredulidad en su voz.

—Se supone que el coste de cambiar de nuevo antes de seis horas, a veces más, es demasiado. ¿No te agotas?

—No —dijo Micah.

—¿No te sientes desorientado?

—No querría ponerme en pie en estos momentos, pero dame unos minutos y estaré bien.

—Nunca he visto a nadie que pueda cambiar de una forma a otra de esa manera.

—Yo he visto a otro que era mejor —dijo Micah.

—Quimera, —y solo decir eso provocó esa expresión en Micah tan seria, tan llena de tristeza, que conocía tan bien.

Extendí la mano para tocar su brazo. Me hubiera gustado tocar su cara, pero esos centímetros de más parecían demasiado esfuerzo. Él me sonrió, como si supiese lo que incluso ese pequeño esfuerzo me había costado.

—Si ese hombre podía cambiar de forma más fácil que cualquiera, me hubiera gustado conocerlo —dijo una voz femenina.

Soledad se acercó para detenerse junto a nosotros. No era tan alta como alguno de los guardias, muy por debajo del 1‘80, pero desde mi lugar en el suelo parecía lo suficientemente alta. Era delgada, pero con curvas, con el pelo corto de muchacho teñido de un tono amarillo que no existe en la naturaleza. Con ese pelo sería de esperar más maquillaje, pero solo llevaba lápiz de labios y algo para destacar sus ojos marrones. Me miró con esa expresión divertida que por lo general tenía. Hacía unos días que me había dado cuenta que era su equivalente a una cara en blanco.

Podría haberle preguntado qué era lo que estaba pensando mientras me miraba fijamente, pero el tigre brilló en la oscuridad dentro de mí. No, por favor, no, pensé.

La sonrisa de Soledad desapareció de su cara y vi algo que no había esperado: miedo. Podía haber preguntado qué era lo que temía, pero el tigre empezó a correr por el pasillo largo y oscuro dentro de mí. Me estiré hacia ella.

Ella dudó.

—Haz tu trabajo, Soledad —dijo Claudia.

Se inclinó para tomar mi mano, diciendo:

—En este mundo preferiría vivir dos días como un tigre que cien años como una oveja.

Podría haber preguntado qué era lo que estaba citando, pero en el momento en que su mano tocó la mía, el tigre se aceleró. Estaba llegando al final del pasillo y me preparé para el impacto.



CATORCE

El impacto nunca llegó. El tigre golpeó mi piel, mi cuerpo, y siguió su camino. No di mi bestia a Soledad; sino que simplemente salió de mí y entró de ella. No me hizo daño, fue como si todo lo que saliera de mi mano a la de ella fuera poder. Solo pareció un tigre. No estaba segura de que era en absoluto, porque Soledad no cambió de forma. Ella medio se derrumbó a mi alrededor, sujetándose a sí misma con la mano libre para no caer encima de mí. Su respiración era un fuerte jadeo, como si le doliera algo, pero yo no lo sentía. Yo estaba sosteniendo su mano y mirando su rostro.

Se las arregló para susurrar:

—No tienes al tigre dentro de ti.

—Creo que tienes razón —dije. Mi voz todavía estaba ronca por los gritos, pero al menos podía hablar más que un susurro.

—¿Qué pasa? —preguntó Claudia desde detrás de nosotros.

—Creo que *Marmee Noir* no podía convertirme en un tigre —dije. Me

quedé mirando la cara de Soledad. Parecida herida.

Ella asintió, pero sus labios estaban apretados en una línea estrecha y delgada. Creo que me estaba mintiendo con respecto a que estaba bien.

—Creo que está herida —dije.

Claudia se arrodilló junto a nosotros.

—Soledad, ¿estás herida?

Ella negó con la cabeza.

—Dime que no estás herida —dijo Claudia.

Soledad simplemente siguió moviendo la cabeza. Claudia ayudó a la otra mujer a ponerse de pie y las rodillas de Soledad no la sujetaron. Claudia tuvo que cogerla, o se hubiera caído al suelo. Remus llegó a su otro lado y la ayudó fácilmente a llegar hasta el borde de la cama. Él preguntó:

—¿Qué pasa con ella?

—No estoy segura —dijo Claudia.

Soledad encontró su voz.

—Eso no era un ser tigre.

Traté de incorporarme, y Micah tuvo que ayudarme. Richard se movió al otro lado para ayudarme a sentarme entre ellos.

—Fue *Marmee Noir* —dije.

—¿Quién? —preguntó Soledad.

—La Madre de todas las Tinieblas, la reina de los vampiros.

—Olía como un tigre, no como a un vampiro —dijo.

—Los tigres son uno de sus animales para llamar —dije.

Soledad negó y se apoyó contra Claudia durante un momento.

—Muy bien, lo admito, no me siento tan bien.

—¿Por qué no trajo a tu bestia? —preguntó Nathaniel.

—Anita no es un ser tigre, por lo que el tigre no puede ser tan real como el resto de las bestias —dijo Micah.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Richard.

—Habíamos estado preguntándonos si Anita está recogiendo bestias, porque sobrevivió a los ataques, o si son los poderes de vampiro y si está recogiendo a los animales para llamar como si fueran tipos de licantropía. Creo que esto responde a la pregunta. Nunca ha sido atacada por un ser tigre y Quimera no tenía tigre como una de sus formas.

—¿Entonces por qué intenta llamar al tigre? —dijo Richard—. ¿Por qué no llamar a uno de los gatos que Anita ya tiene?

—No lo sé —dijo Micah.

Tuve un pensamiento.

—Ella ha estado dentro de mi cabeza lo suficientemente profundo para saber que no pensé que había un tigre cerca. Dijo que quería hacerme suya, pero si no podía tenerme, entonces…

—Quería al tigre para destrozarte —dijo Richard, en voz baja.

—O estaba tratando de hacerte un tigre a distancia —dijo Soledad—. No creo que supiera lo que pasaría. No creo que le importara lo que sucedería. El poder que me rozó no pensaba como un tigre.

—¿Cómo que pensaba? —pregunté.

—Como un asesino en serie, un carnicero. Los tigres sólo cazan cuando tienen hambre. Esta cosa caza porque está aburrida.

—Sí —dije—, suena como Mommie Dark. Siento que tengas un gusto de ella, Soledad.

Ella dio una débil sonrisa.

—Mi trabajo es tomar los golpes por ti, ¿verdad? Pero estaba pálida y parecía estar lo más cercano al desmayo como pensé que nunca vería alguna vez a uno de los guardias.

—Quimera puede no haber sido un tigre —dijo Remus—, pero sí tenía hiena, serpiente, y oso, al menos esos tres más. ¿Por qué no reacciona Anita también a ellos?

Micah se encogió de hombros.

—Nunca ha sido atacada por ellos. Parece que necesita ser desangrada/atacada por un animal primero. —Él acarició con la mano mi espalda desnuda. Esto me recordó que estábamos desnudos, pero extrañamente, porque todos los demás lo trataban como si nada, yo también podía.

Richard se estableció cerca de mí en el otro lado, como si el toque de Micah le hiciera tener que tocarme, también. O tal vez no estaba más que nervioso y se estaba poniendo cómodo. Busqué malos motivos para Richard. No era mi intención hacerlo, pero me hacía tanto daño y tan a menudo que finalmente me di cuenta de que buscaba lo negativo de él, no lo positivo. Respiré profundamente y solté el aire lentamente.

—¿Estás bien? —preguntó Remus, pero sus ojos hicieron una diapositiva a cada lado de mí, como si supiera lo que estaba mal.

Asentí, y el movimiento fue demasiado rápido. Me dolía, pero era más agudo que eso. El dolor se desvanecería, pero maldita sea, no sabía cómo los hombres animales reales lo hacían. Cambiar por completo tenía que doler más que esta cosa entre medias.

Remus preguntó:

—¿Sabes por qué no reaccionas a todas las formas animales de Chimera?

—Jean-Claude piensa que tal vez necesito a un vampiro con ese animal para llamar para fastidiarme antes de que salga la bestia.

—Así que es una combinación de los ataques a los que has sobrevivido y poderes de vampiro —dijo.

—Algo así —dije.

Richard movió su mano sobre mis hombros, me tiró contra su cuerpo, y lejos de Micah. Traté de no ponerme tensa, pero fallé. Se detuvo a mitad del movimiento y dejó su mano sobre mí. El movimiento que había sido tan natural fue repentinamente incómodo. Estos momentos difíciles cuando estoy desnuda me dan ganas de querer ropa.

—Entonces debes responder a nosotros, las hienas, porque somos los animales de Asher para llamar y se ha metido contigo, Anita. Se ha metido contigo tanto que casi te mató.

Traté de no pensar en Asher, traté de no pensar en lo que habíamos hecho juntos la última vez que nos permitieron estar a solas. El mordisco fue orgásmico; combinar eso con el sexo real fue una experiencia por la que darías tu vida, y yo había hecho casi exactamente eso.

Micah me tocó el hombro.

—Anita, no.

Salté y le miré, sorprendida. Tenía razón, había pensado demasiado fuerte en Asher. Sólo el recuerdo podía volver y duplicar el placer, en los momentos más inoportunos, o en los más vergonzosos. Aparté los pensamientos de Asher y el pelo como el oro hilado tan lejos como pude. Pero él nunca parecía estar demasiado lejos de mis pensamientos últimamente, desde la noche en que ambos habíamos llegado a estar tan atrapados en su capacidad de dar placer…

Micah me agarró, fuerte, y me giró para mirarle.

—Anita, piensa en otra cosa.

Asentí.

—Tienes razón, tienes razón.

—¿Todavía tienes recuerdos de aquella noche? —Richard lo hizo como una pregunta.

Asentí.

Me tocó de nuevo, tentativamente, con suavidad. Sin tratar de alejarme

de Micah, solo tocándome. Podía tratar con eso.

—Es difícil competir con alguien que puede provocar el orgasmo sólo con recordarlo.

Me volví y le miré. Desvió la mirada, como si no estuviera seguro de que me gustara lo que vi en su rostro. Yo ya sabía que estaba celoso de los otros hombres. Ni siquiera podía echarle la culpa, supongo. Dejó que todo ese pesado pelo cayera hacia delante, para ayudar a ocultar su rostro. No era tan largo como el pelo de Asher, pero el gesto fue similar. Asher utilizaba su pelo para ocultar las cicatrices que la antigua Inquisición le había hecho siglos atrás, cuando habían intentado quemar a su demonio con agua bendita. ¿Estaba Richard imitando el gesto escondido a propósito, o por accidente?

Travis, el león, soltó un aliento jadeante. Llamó mi atención hacia él y lejos de Richard. Micah me soltó para que pudiera recorrer la mano por el lado suave del pelaje del león. El león de Travis era de un oro pajizo pálido. Rodó sobre su estómago y me miró con cara de león perfecto, pero la mirada de aquel rostro no era de león. La mirada decía, claramente, que todavía había una persona en ese lugar. Los leones simplemente no daban esa mirada de disgusto.

—Lamento si te he hecho daño —dije.

Negó con la cabeza lo suficiente para esponjar su melena. Estaba seco. Nunca he entendido eso, pero si cambiar de forma era un trabajo húmedo, el producto final siempre ha sido mayormente seco. El suelo o la cama se mojaban, la gente alrededor de ellos podría estar mojada, pero ellos estaban secos. Le había preguntado a todos los licántropos en mi vida como funcionaba, y no lo sabían.

—Llevaré a Travis a encontrar comida —dijo Nathaniel. Permanecía allí, todavía desnudo, cubierto por la mugre que se le había pegado al retirar al león.

—Necesitas una ducha —dijo Micah.

—Voy a darme una en las duchas en grupo.

Nathaniel estaba silenciosamente descontándose a sí mismo para la alimentación de la mañana. Se me ocurrió entonces que no me había alimentado por última vez antes de acostarme por la noche. El *ardeur* no había resucitado, y nosotros no lo habíamos despertado a propósito.

Miré hacia el ataúd de Damian, pero la cama me cerraba el punto de vista.

—Mierda —dije, en voz baja.

—Jean-Claude dice que se puede practicar alargarlo más tiempo entre comidas —dijo Nathaniel.

—Pero tengo que alimentarme ahora. —Sonaba decepcionada y no podía evitarlo. Tener relaciones sexuales cuando quieres era una cosa, ser forzada a tener relaciones sexuales porque puedes morir era diferente. No me gustaba verme obligada a hacer cualquier cosa, incluso cosas que disfrutaba.

—Llevaré a Travis a la zona de alimentación, e iré a lavarme. —Miró a los dos hombres aún a mi lado. Cogí un destello rápido de sentimiento. Estaba fuera de aquí. Podía mantenerse firme cuando lo necesitaba, pero a Nathaniel no le gustaba jugar al rey de los juegos de la colina, sobre todo cuando yo era la colina. Sabía que me molestaba, por lo que optaba por no participar la mayor parte del tiempo. Micah, también, a veces. Ellos vivían conmigo, lo que significaba que tenían que entenderme mejor que algunos de los otros hombres en mi vida. Bueno, mejor que Richard. Ahí, había dicho, al menos en mi cabeza. Por lo general convertía todo en un concurso de meadas. El problema era que me sentía como la única que conseguía cabrearse.

—¿Quién fue el último que te alimentó? —preguntó Richard.

—Yo —dijo Micah, y miró al otro hombre.

Tuvieron un momento en el que simplemente se miraron, y al igual que la última noche en la cama, me sentía superflua.

—No sé cómo hacerlo —dijo Richard.

—Sólo tienes que decirlo —dijo Micah.

—No quiero tener que pedir tu permiso para tener relaciones sexuales con Anita.

Micah se echó a reír, una ráfaga afilada y sorprendida de sonido.

—No puedo creer que hayas dicho eso.

—Bueno, yo tampoco —dijo Richard.

—No es mi permiso el que necesitas, Richard —dijo Micah.

Entonces Richard pareció conseguirlo, porque me miró. En realidad tenía la gracia de parecer avergonzado.

—No quería decir eso de esa manera.

—¿Cómo quieres decirlo? —pregunté, y traté de mantener las palabras tan neutrales como pude.

—Estoy tratando de llevarme bien con los otros hombres en tu vida. No

sé cómo hacer esto, Anita. Quiero pedirte que te alimentes de mí, pero siento que tengo que preguntar para bien de todos, no sólo a ti; ¿me equivoco?

Sentí que mi cara se ablandaba. Estaba intentándolo muy duro. Le toqué el pelo. Había un borde seco pegado en él. Supongo que fue un lío más grande ya que Travis estaba prácticamente encima de mí cuando cambió. Un cambio violento siempre es más desordenado.

—Necesitamos lavarnos —dije.

Él me dio ojos inseguros.

—Iré con Nathaniel a las duchas —dijo Micah, poniéndose de pie. Acarició la espalda de Travis—. Vamos león, conseguiremos tu comida.

Micah se inclinó y me dio un beso rápido y una sonrisa tranquilizadora. Hizo todo lo posible para hacerme saber que estaba bien con él. Una de mis cosas favoritas sobre Micah era que por lo general hacía las cosas mejores, más fáciles, no peores.

Salió con la forma enorme, sigilosa del león a un lado y con Nathaniel al otro. Nathaniel me tiró un beso desde la puerta, pero no trató de darme un beso en los labios. No estaba segura de por qué, pero me hubiera gustado el beso.

Richard me tocó el brazo, con suavidad. Me hizo mirarle. Lo que vio en mi cara no le hizo feliz. Se le notaba en los ojos. Como no sabía lo que había en mis ojos, no podía cambiarlo. Lo que vio en mi cara era lo que estaba allí para ver.

Dio una sonrisa que dejó sus ojos tristes.

—Vamos a la bañera y limpiémonos. —Bajó la mirada, con el pelo deslizándose por su rostro. Respiró tan hondo que movió los hombros hacia arriba y hacia abajo—. Si estás de acuerdo.

Le toqué el brazo.

—Un buen baño caliente ayudaría con los dolores. ¿Duele mucho el cambio por completo?

Richard frunció el ceño, pensando, y luego sacudió la cabeza.

—No, quiero decir que duele mientras lo haces de vez en cuando, pero con la práctica, no. Tú pareces estar atascada en las primeras etapas, cuando más duele.

—Genial —dije.

Oí correr el agua en el baño. Remus o Claudia habían enviado a alguien para llenar el baño. La bañera era grande, tomaba un tiempo llenarla.

Richard se levantó y me ofreció una mano. Se había movido de modo que tenía su cuerpo de perfil, la línea suave y firme de la cadera para mirar en lugar de otras cosas. Agradecí la modestia. A veces, cuando no era modesto, yo no pensaba con claridad. Por supuesto, no era sólo su hombría lo que me hizo decir guau. Me quedé mirando la línea de su cuerpo, desde los pies, a la musculatura de la pantorrilla hinchada, el muslo, la curva cerrada de su culo, la cintura que conducía al mar de fondo de ese pecho, los hombros. Tiró un musculoso brazo hacia mí, y yo seguí ese brazo hacía la cara. Ese rostro. No era sólo que fuera guapo, o que su nuevo pelo largo enmarcara todo, sino los ojos. Puro marrón, profundos, ricos y llenos del peso que era Richard. El peso de la personalidad y la fuerza que una vez pensé que sería suficiente para sostenerme. Vi todo esto en cuestión de segundos, de modo que tuve la oportunidad de no sólo darle la mano, sino de envolver la otra mano alrededor de su muñeca. Era lo suficientemente gruesa como para no poder mantenerla entre el pulgar y el índice. Era demasiado grande. Me puso de pie suavemente.

Dolía estar de pie, y me balanceé, aferrándome a él. Llevó la otra mano en mi espalda para estabilizarme.

—Déjame que te coja, Anita, por favor. —Él sabía que no me gustaba que me llevaran. Me hacía sentir débil, pero esta noche dolía, y yo sabía que iba a decir algo para que lo hiciera.

Susurré:

—Sí.

Él sonrió, esa sonrisa que iluminaba su rostro. Me levantó en sus brazos, y me abrazó contra su fuerza. Sólo me sostenía en sus brazos, pude sentir el potencial en su cuerpo, muy fuerte.

Dejé que mi cabeza descansara en la curva de su hombro y no luché contra el hecho de que era pequeña en sus brazos. Una vez me había molestado, pero una parte de mí había crecido, o lo había aceptado. Tal vez no tenía por qué ser la más grande, la más mala en la sala. Tal vez por fin tenía la edad suficiente para dejar que otra persona fuera la responsable. Tal vez.

Envolví un brazo alrededor de su cuello y aspiré su olor. Se aflojó algo tenso y asustado en el centro de mi ser. Me sentía un poco como el conejo abrazando al lobo, pero si un león puede acostarse con un cordero, ¿por qué no?



QUINCE

Uno de los guardias más jóvenes se inclinaba sobre la bañera. No podía recordar su nombre en ese momento. Miró hacia arriba y pareció asustarse, como si no nos hubiese esperado.

—Remus me dijo que llenase la bañera. —Sonaba un poco entrecortado. Recordé su nombre entonces: Cisco. Tenía dieciocho años y lo había declarado demasiado joven para protegerme. Pero no había sido solo la edad lo que me había hecho sugerir el mandarlo a otra parte. Tenía problemas con todo eso del sexo y yo. Al parecer, estaba recibiendo una segunda oportunidad para ver si iba a estar bien con lo del sexo.

—Bien, ya podemos nosotros —dijo Richard.

—Remus fue muy claro en qué tengo que seguir las órdenes exactamente.

Suspiré.

—Cisco, solo vete.

Sacó su mano del agua y la sacudió.

—Está bien. —Sus ojos estaban demasiado abiertos, daba la impresión de que estaba extremadamente incómodo con nosotros. Era un hombre rata, ser un licántropo debería hacer que no tuviese demasiados problemas con la desnudez. Pero no era la desnudez, no lo creía, era el hecho de que íbamos a tener sexo. Eso le molestaba. Me había mostrado partidaria de que la edad mínima para trabajar con nosotros fuese veintiuno. La cara de Cisco me hizo pensar en la necesidad de seguir esa regla.

Tuve un destello de la pistola de su cadera mientras pasaba delante de nosotros. Remus me había dicho que Cisco tenía una de las mejores puntuaciones en el campo de tiro. Sin embargo una puntuación alta no era lo único que se necesitaba para ser un guardaespaldas.

La puerta del baño se cerró con firmeza. Richard continuó sosteniéndome, sin ningún esfuerzo, como si no pesara nada y pudiese haberlo hecho toda la noche. A veces me molestaba saber lo mucho más fuerte que los hombres eran en comparación conmigo, pero esta mañana me parecía reconfortante.

—¿Puedo decir algo sin que te enfades? —preguntó Richard.

Me tensé, no pude evitarlo.

—No lo sé.

Suspiró, pero lo dijo de todos modos.

—Cisco parece demasiado joven para estar haciendo esto.

—Estoy de acuerdo.

Movió la cabeza contra la parte superior de la mía, como si la hubiese bajado para echar un vistazo a mi cara.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, ha estado raro a mí alrededor desde… —No quería decirlo en voz alta, porque no quería molestar a Richard. Pero Cisco había estado en la habitación cuando me había acostado con London, uno de nuestros vampiros británicos, por primera vez. Cisco había tenido problemas para verme como algo más que un pedazo de culo desde entonces. Era joven, joven de una manera que no solo tenía que ver con su edad—… desde que vio algunas cosas —terminé esperando que lo dejase así.

Él lo hizo. Me llevó hasta el borde de la bañera. El agua salía muy fuerte, corriendo dentro de la enorme bañera. Jean-Claude me había explicado que el cisne del grifo estaba conectado a un sistema que llenaba la bañera extra rápido. Tenía en casa una bañera casi tan grande como esta

y al parecer mi sistema era como este, de llenado rápido. Hasta que me había comprado la casa con la bañera y el sistema instalado no me había dado cuenta de que esas cosas existían. Bañeras de alta tecnología, ¿Quién lo iba a decir? Richard me abrazó y de nuevo tuve un destello de su increíble fuerza.

—Quiero comprobar el agua, pero estoy disfrutando mucho de cargarte.

—Yo también.

Apoyó la cara en mi pelo.

—¿En serio?

—Si —dije, y lo abría susurrado si no fuese porque el agua sonaba demasiado fuerte como para que susurrar fuese posible.

Entró en el agua conmigo en sus brazos. Me reí y me incorporé lo suficiente como para verle la cara.

—¿No deberías comprobar la temperatura primero?

La expresión de su rostro hizo que mi risa se desvaneciese. Ansioso, sorprendido, eran solo unas entre muchas emociones. Últimamente, cuando habíamos estado juntos lo único que había visto en su cara había sido lujuria. Ambos habíamos cerrado nuestras emociones, nos mantenía a salvo. Había tenido esa sensación al final de una relación, cuando el sexo era lo único que quedaba, y no era suficiente.

—La temperatura está bien —dijo con la voz suave. Se arrodilló, todavía sosteniéndome. Dobló su más de 1‘80 y se introdujo en el agua y justo por encima de su cintura el agua me golpeó. Estaba caliente, casi quemando. El agua fluyó sobre mi cuerpo como otro juego de manos, deslizándose, explorando. Tenía razón, la temperatura estaba bien.

Susurró contra mi pelo:

—¿Cómo estás de dolorida?

—Me duele todo.

—Vamos a limpiarnos primero y luego permitiremos que tu cuerpo se relaje. El agua caliente ayudará. —Me besó en la frente, luego nos introdujo a los dos aún más en el agua, por lo que quedó casi flotando conmigo cruzada sobre su pecho. Me sostuvo con un solo brazo, para con el otro medio nadara, medio se apoyara en el grifo. Mis piernas flotaron en el agua, pero el resto de mí quedó firmemente sujeto contra su pecho. Se apoyó contra el borde de la bañera. El agua llegaba a la parte superior de su pecho, lo que significaba que era lo suficientemente profunda para que a mí me llegase hasta la barbilla. Me mantuvo anclada a la parte delantera de su

cuerpo, y estaba cómoda con eso. Tocar es bueno.

—¿Suficiente agua? —preguntó.

—Sí —dije.

Se estiró hacia atrás y cerró el grifo, luego se acomodó, conmigo abrazada a él. La diferencia de altura era suficiente como para que pudiese mantener la barbilla fuera del agua pero no pudiese apoyarme contra nada más que su pecho y estómago, con el resto de mi cuerpo casi flotando. Probablemente eso estaba bien, el que mucho de él me tocase tendía a distraerme. Queríamos permitir que algunos de mis dolores se fuesen antes de distraernos. Besó mi mejilla y me acomodé entre sus brazos y el agua caliente.

Era relajante, o debería haberlo sido, pero había una parte de mí que no era capaz de relajarse por completo. ¿Qué estaba mal?

—¿Qué pasa? —preguntó Richard.

—Nada.

—Estás tensa.

Suspiré.

—No lo sé.

Su mano se deslizó por mi costado hasta mi cadera.

—Parece ser que a menos que estemos manteniendo relaciones sexuales, te pones tensa cuando estamos solos.

—No lo creo.

Envolvió sus brazos a mi alrededor y forzó la parte inferior de mi cuerpo a moverse hacia abajo a la vez que él levantaba la suya, por lo que ciertas partes de su anatomía me tocaron. No estaba duro del todo, pero incluso parcialmente erecto era un regalo especial. La sensación de presión en mi trasero se sentía de maravilla. Me hizo apoyarme aún más fuerte contra él, lo que provocó que su cuerpo reaccionase creciendo. Todo había sido involuntario y me encantó saber que podía afectarle de esa forma. Empujó contra mí y consiguió que un pequeño sonido saliese de mis labios.

—Que rápido te pones ansiosa. Dios, me encanta eso de ti —susurró contra mi cara.

—Quería hacer el amor contigo meses antes de que tú dijeses que sí.

—Tenía miedo. —Acarició mi cuello mordiendo un poco.

Ese pequeño mordisco me hizo retorcerme más. Los dolores empezaron a desvanecerse con la primera ola de endorfinas, esas sustancias químicas de la felicidad.

—¿Miedo de qué? —Susurré.

Mordió más fuerte y mi columna vertebral se arqueó.

—De ti.

—¿Por qué?

Puso su boca contra mi garganta y bajó un poco más. Gemí y mis uñas se clavaron en sus brazos. Finalmente tuve que decir:

—Basta, suficiente.

El retrocedió y me giró en el agua para que lo enfrentara. Me apoyó contra la parte delantera de su cuerpo, estaba realmente duro ahora. La sensación de él rozando la parte frontal de mi cuerpo me hizo gritar.

Tomó mi culo y me apretó aún más contra él. Yo empujé en respuesta, casi como si quisiese escapar, pero no era eso lo que estaba pensando. Solo que era demasiado, por alguna razón. La sensación de tenerlo tan ansioso, tan grande, atrapado entre nuestros cuerpos. Era casi demasiado.

Se estremeció, la cabeza hacia atrás, jadeando.

—Dios, Anita, Dios, adoro la forma en que reacciones conmigo. ¡Me encanta!

Envolví mi cuerpo a su alrededor, apretando su longitud contra mi parte más íntima. Gemí y me presioné aún más cerca de él.

Me empujó contra la pared de la bañera y movió las caderas lo suficiente como para colocarse en el ángulo adecuado para encontrar mi apertura. No protesté, hasta que la cabeza comenzó a empujar en mi interior y me hizo saber que la combinación de agua, no es lubricante, la falta de juegos previos y su tamaño, significaban que no iba a funcionar.

Medio palmeé, medio golpeé su pecho.

—Demasiado grande, eres demasiado grande.

—El agua —dijo jadeante. Apoyó las manos a los lados de la bañera, mirando hacia abajo, la cabeza de su pene todavía dentro de mí—. Si sueltas el *ardeur*, podremos hacerlo.

—Pero estaré dolorida después, y tú también.

—Si —dije—, confía en mí. No va a ser divertido caminar mañana.

Movió sus caderas un poco, y la sensación, aunque apretada, me hizo perder el aliento.

—No es demasiado dolor —dijo.

Levantó la cabeza lo suficiente como para fruncirme el ceño.

—Nunca lo hemos hecho antes, ¿Cómo puedes estar segura?

Mierda. Le miré, con su cuerpo medio entrando en el mío y no supe que

decir. Decir la verdad, que Micah y yo lo habíamos hecho, parecía imprudente, como mínimo, en este momento. Traté de pensar algo que decir que no le sentase mal, pero esperé demasiado tiempo.

—Solo dilo, Anita, solo dilo.

—Quiero hacer el amor contigo, Richard, no discutir.

Se apartó lo suficiente como para no estar dentro de mí. Se quedó con los brazos a los lados de la bañera, enmarcándome. La expresión de su rostro se mostraba cautelosa, casi como si se estuviese preparando a sí mismo para las malas noticias. No era la mirada que quería ver en su cara en estos momentos.

—Dímelo Anita. —Su voz sonaba cansada.

—Lo he probado con alguien más.

—¿Por qué dolió?

—No me hagas decir esto Richard, por favor.

—Dímelo —su voz sonaba más dura ahora.

Suspiré.

—Muy bien, porque era demasiado grande como para no hacer daño.

—¿Quién?

—No hagas esto, Richard.

—¿Quién? —Esta vez se trataba de una demanda. Le miré con ojos enfadados—. ¿Quién crees?

—No lo sé, has añadido al menos dos hombres en tu lista que no he visto erectos.

Me metí bajo su brazo y me aparté hacia el otro lado de la bañera.

—Dime lo que quieres que diga, Richard.

—¿Fue uno de tus nuevos vampiros?

—¿Quieres conocer el tamaño de Requiem y London? ¿Es eso lo que realmente quieres saber?

Asintió.

—Sí, supongo que sí.

Crucé mis brazos por debajo de mis pechos, el agua ayudó ya que flotaban.

—No puedo creer que me estés preguntando esto.

—Es una pregunta fácil, Anita.

—¿Realmente quieres saber si son más grandes que tú?

—Estoy tan celoso de ellos que casi no puedo ver bien, así que sí, quiero saberlo. Quiero saber si sigo siendo el hombre mejor dotado de tu

cama.

—Sabes, realmente no acostumbro a medir a los hombres.

—Así que son grandes.

—Jesús, María y José. —Me cubrí la cara con las manos—. No, no están tan bien dotados como tú. ¿Feliz? —Baje mis manos y descubrí que no había una mirada feliz en su rostro.

—¿Entonces quién es?

Había conseguido durante meses no tener esta discusión, está en concreto, con nadie. Por supuesto, tenía que ser Richard quien la provocase.

—Micah, vale, Micah.

—¿Es por eso por lo que lo amas?

—Jesús, no Richard, deberías saber mejor que nadie que una polla muy grande no es suficiente como para ganar mi corazón.

—¿Entonces porque él? ¿Por qué estás viviendo con él y no conmigo?

Suspiré. No íbamos a tener relaciones sexuales. Íbamos a tener una sesión de terapia. Dulce María, Madre de Dios, no quería esto.

—No hagas esto, no ahora, no hoy.

—Tengo que entender que es lo que salió mal antes de seguir adelante, Anita. Lo siento pero lo necesito.

Negué con la cabeza y traté de acomodarme en el agua, pero ya no se sentía agradable. Solo húmeda.

—Muy bien. Recuerda, vivo con Nathaniel también. Siempre pareces olvidarlo o descartarlo.

—No es dominante, Anita. En el mundo de los cambiaformas eso lo convierte en descartable.

—Pero en el mundo de mis afectos, Richard, no es descartable.

—No te entiendo.

—Lo sé, y siento que no lo hagas, pero aún así es la verdad. Estoy viviendo con Micah y Nathaniel, no solo con Micah. El hecho de que Nathaniel no sea dominante no hace que le ame menos.

—¿Cómo puedes sentarte aquí y decirme que amas a alguien más? ¿No sabes el daño que me hace?

—Tú querías esta conversación, no yo. Yo quería hacer el amor. Quería lavarme, alimentar el *ardeur*, y estar juntos, pero tú tenías que obsesionarte con el tamaño del equipo de todo el mundo. Sé que es cosa de hombres el preocuparse por eso, pero no era el momento de sacar el tema.

—Tienes razón, es una estupidez, pero soy estúpido en lo que a ti se refiere, Anita. Me haces decir cosas, hacer cosas, que sé que son malas para cualquier relación.

—No te hago hacer nada. Tú eliges decir y hacer cosas que acaban fastidiándolo todo. Es tu elección, no la mía.

—Bien, tienes razón. Elijo decir y hacer esta mierda. Podía haberlo dejado pasar y habríamos tenido sexo, y habría sido un sexo estupendo. Pero realmente quiero saber que tiene Micah que yo no tengo. ¿Qué magia tiene él que hizo que le llevases a tu casa a vivir contigo, cuando no lo hiciste conmigo?

Dios, íbamos a tener la gran pelea. La pelea. No quería que eso sucediese, nunca, pero sobre todo no con el *Harlequin* en la ciudad, y el cielo sabía que otras sorpresas desagradables en nuestro camino.

—Jean-Claude te explicó que en parte fueron los poderes vampíricos los que nos atrajeron a Micah y a mí juntos.

—Tú eres un súcubo, un vampiro que se alimenta de sexo, sí, me lo dijo.

Vi algo en su cara.

—No le crees.

—No creo que sea permanente. Creo que si pudieses conseguir el suficiente espacio entre tú y el poder de Jean-Claude, desaparecería.

—Richard, este no es el poder de Jean-Claude, es mío.

Sacudió su cabeza, sus brazos cruzados sobre su hermoso pecho.

—No eres un vampiro, Anita. No puedes tener poderes de vampiro. Siguen siendo parte del triunvirato que tenemos con Jean-Claude.

—Richard, esto es real. No puedes hacer que desaparezca.

—El qué, ¿el que seas una especie de demonio loca por el sexo? No lo creo. Eso es el poder de Jean-Claude, o de Belle Morte e incluso de *Marmee Noir*. Jesús Anita, has tenido a un montón de vampiros andando por tu mente, ya no puedes saber que es tuyo y que de ellos.

Había algo de verdad en lo que estaba diciendo, pero…

—Richard, yo también he forjado un triunvirato de poder con Nathaniel y Damian. Es mío, no de Jean-Claude. Eso es real.

Sacudió su cabeza otra vez.

—Tiene que haber una forma de deshacerlo.

Le miré fijamente. Esta no es la conversación que creía que deberíamos tener.

—Richard, soy un súcubo, yo, no Jean-Claude, ni Belle Morte, ni *Marmee Noir*, yo.

—Los humanos no pueden ser súcubo.

—Quizás no, pero los humanos tampoco pueden tener un siervo vampiro o un animal para llamar, y yo los tengo a los dos.

—Porque eres el siervo humano de Jean-Claude.

—Richard, viste lo que pasó cuando intenté romper esa conexión. Habría muerto y me habría llevado a Nathaniel y a Damian conmigo.

Él se acomodó en el agua, mirándome con ojos enojados.

—Jean-Claude me contó su teoría. Que tu versión del *ardeur* ayuda a ver el deseo más profundo en el corazón de alguien y se lo concede, y hace que te den a ti lo que tú más necesitas. Micah necesitaba a su gente a salvo, tú mataste a Quimera para él. ¿Qué necesitabas tú de Micah?

—Un compañero, una pareja, alguien que me ayudase con la coalición de cambiaformas y me ayudase a dirigir a los leopardos que había heredado cuando maté a su antiguo amo.

—Yo podría haber sido tu pareja —dijo.

—Tú no querías ser mi pareja. Tú quieres tu propia vida, no ser solo un complemento de la mía.

—¿Qué significa eso? ¿Qué no renunciaría a mi trabajo por ti?

—Que necesitaba a alguien que dedicase todo su tiempo a la coalición, y tú tienes tu carrera.

—Eso no puede ser todo lo que Micah es para ti.

—Está ahí para mí, Richard. Está ahí para mí y para la gente que amo. No discute conmigo todo el tiempo. Dice que sí más de lo que dice que no.

—Y yo suelo decir no.

—Muchas veces.

—Nathaniel necesitaba pertenecer a alguien; ahora te pertenece. Lo sé. ¿Pero que hizo él por ti?

—Necesitaba una esposa —dije.

—¿Qué?

—Necesitaba una esposa como las de los años 50 para eliminar los problemas en mi vida. Necesitaba a alguien que fuese mi esposa, y él es realmente bueno en eso.

—Y yo quiero que tú seas mi esposa, ¿Es eso?

—Algo así, sí.

—¿Por qué entonces tu *ardeur* no miró dentro de mi corazón y vio que

era lo que más necesitaba, y nos hizo la perfecta pareja también?

—Creí que Jean-Claude te lo había explicado.

—Le pregunté por qué no a mí y me dijo que el poder era imprevisible. Pero no es verdad, ¿no?

—No toda la verdad —dije, y maldije a mi amante vampiro por ser un gallina.

—Entonces dímela —dijo Richard.

—Micah sabía que era lo que quería: su gente a salvo a toda costa. Dijo que desde el primer momento en que me vio sabía que haría cualquier cosa, sería cualquier cosa, para estar en mi vida. El *ardeur* hizo que ese deseo se hiciese realidad. Nathaniel quería un hogar y ser amado por sí mismo, no solo por el sexo, y el *ardeur* hizo que eso sucediese. Ambos deseos son muy claros. ¿Sabes tú que es lo que más quieres, Richard? ¿Tienes un solo deseo claro en tu corazón?

—Te quiero.

Sacudí mi cabeza.

—Ese no es tú más profundo deseo, Richard.

—Deberías saber cuál es mi deseo más profundo, Anita.

—Richard, si un genio apareciese ante ti justo ahora, ¿Cuál sería tu deseo? Real, verdaderamente, si pudieses pedir cualquier cosa, ¿Qué pedirías?

—A ti.

—Mentiroso —dije.

Se incorporó y ese poder de otro mundo se arremolinó en el cuarto.

—¿Cómo te atreves?

—Richard, se honesto contigo mismo. ¿Qué querrías si pudieses tener cualquier cosa, no importa lo imposible que esta sea?

Él parpadeó, y el poder comenzó a desaparecer. Se me quedó mirando.

—No quiero ser un hombre lobo.

—Ese es tu deseo más profundo, Richard, y el *ardeur* no te lo puede conceder. No puedo hacer eso por ti, por lo que el *ardeur* no funciona entre tú y yo, porque lo que más anhelas no tiene nada que ver con el sexo y el amor.

Me miró y se sentó de nuevo en el agua, casi como si estuviese débil.

—Oh, Dios mío. —Susurró.

—Al principio pensamos que eras demasiado complicado para que el *ardeur* eligiese, pero yo fui la que al final se lo imaginó.

—Tienes razón —dijo. Un gesto de horror cubría su rostro. El dolor llenaba sus ojos—. Me hice esto a mí mismo.

Me encogí de hombros.

—Tenía tanto miedo de convertirme en un monstruo que me vacuné contra la licantropía. Así fue como lo cogí.

—Lo sé —dije en voz baja.

—Y te perdí porque odio más lo que soy de lo que te quiero a ti.

—No me has perdido, Richard.

Me miró y tuve que luchar para mantenerle la mirada.

—Nunca serás solo mía. Nunca vamos a tener una vida juntos.

—Podemos ser parte de la vida del otro.

—No de la forma que yo querría.

—Tal vez no, pero, Richard, no tenemos porque tirar lo que tenemos. ¿Anoche estuvo tan mal que durmiésemos todos juntos? ¿Fue tan terrible?

—No —dijo—, y si no hubiese estado en la cama contigo entonces *Marmee Noir* te podría haber hecho algo terrible. Me necesitas para protegerte.

—A veces, sí.

—Pero no puedo vivir con otros dos hombres, Anita. No puedo compartir mi cama con ellos cada noche, no puedo.

Mis ojos se sentían calientes y mi garganta apretada. Maldita sea, no iba a llorar. Me las arregle para decir:

—Lo sé.

—¿Entonces donde encajo en tu vida?

—¿Dónde encajo yo en la tuya? —pregunté.

Asintió.

—Eso es justo. —Pero eso fue todo lo que dijo.

Me quedé en mi lado de la bañera con una sensación de pérdida horrible. Solo Richard podía hacerme sentir tan mal, solo él era capaz de cortar a esa profundidad. Maldita sea.

Sentí el tirón distante de Nathaniel. No se sentía bien, lo que significaba que Damian en su ataúd se tenía que estar sintiendo aún peor. Damian no se había despertado aún, y yo tenía que alimentar el *ardeur* antes de que intentase despertar. Jean-Claude me había explicado que si una mañana no tenía energía suficiente para hacer que el cuerpo de Damian se despertase, podía no despertar de nuevo. Simplemente permanecería muerto para siempre.

—Tengo que alimentarme, Richard, ahora. Nathaniel está empezando a encontrarse mal, y no correré el riesgo de matar a Damian.

Richard asintió. Esperaba que me dijese que llamase a alguien más que me alimentara, pero no lo hizo.

—Necesitamos hacer los juegos previos suficientes para que puedas alimentarte de mí.

—Estamos discutiendo, ese no es un buen juego previo.

—¿Estás diciendo que ahora no quieres estar conmigo? —dijo, cuidadosamente como si estuviese haciendo equilibrio en un mundo de emociones sobre una ramita muy fina. Una palabra equivocada y la ramita se rompería y el mundo caería. Mierda.

—Estoy diciendo que no tengo tiempo para juegos previos. Necesito alimentarme, de inmediato. Estoy intentando no llorar; eso no es lo más adecuado para el sexo, al menos para mí.

—Lo siento, Anita.

—No lo sientas, Richard. Arréglalo. Arréglate a ti mismo, solucionémoslo o no lo hagamos. Pero lo que vayas a hacer tiene que ser ya. No voy a arriesgar vidas porque vayamos a tener otra pelea.

Asintió con la cabeza como si fuera justo. Tal vez lo fuese. Comenzó a moverse hacia mí a través del agua.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con sospecha en mi voz.

—Quiero que te alimentes de mí, Anita.

—Estoy enfadada y herida, y eso no es lo más adecuado para el sexo.

—Si me voy todavía continuaras herida y enfadada. Y todavía tendrás problemas para concentrarte en el sexo, ¿verdad?

No podía negar su lógica. Casi le dije, pero los otros son más pequeños que tú, y esta es una situación en la que ser grande no era lo mejor. Pero no lo dije. No quería herirlo de esa forma. También sabía que si Richard y yo no podíamos llegar a algún tipo de entendimiento, acabaríamos terminando como pareja. Él siempre sería el lobo de Jean-Claude para llamar. Siempre estaría obligado a nosotros en un triunvirato de poder, pero nosotros habríamos roto. Sería como estar atrapados en una relación con alguien del que te has divorciado pero del que nunca puedes deshacerte completamente. Demonios, vamos.

Él estaba de rodillas frente a mí, el agua justo por encima de su cintura. Los bordes de su pelo estaban mojados, pero el resto estaba seco y aún tenía algunas de las manchas que la transformación de Travis nos había

provocado. A decir verdad, un poco de porquería no bastaba para ocultar lo guapo que era, pero las constantes peleas si lo hacían. Todas ellas, junto con su profunda infelicidad por ser un hombre lobo, si que eran poco atractivas. Miré hacia él, a su cercana cara, tan guapo. Lo suficientemente hermoso como para que me hubiese avergonzado estar cerca de él en la escuela secundaria. Pero el que fuese tan atractivo y bien dotado, no era suficiente como para que siguiese dejándole herirme de esa forma. Me quedé mirándole y por primera vez mi corazón no saltó, ni tampoco mi libido. Estaba cansada de discutir. Estaba cansada de su incapacidad para aceptar nuestra realidad. No creía que fuera un súcubo. Pensaba que era algo que desaparecería si me apartaba de Jean-Claude, ¿No entendía que no nos íbamos a alejar de Jean-Claude, ni él ni yo? Sus comentarios me decían que no, no lo entendía, y eso me entristecía.

Se puso de pie. Con el agua chorreando por su cuerpo. De repente estuve frente a una cierta parte de su anatomía decorada con gotas de agua. Todos tenemos nuestras debilidades y una de las mías era el agua. Richard había salido conmigo el tiempo suficiente como para saberlo. Estaba apostando a que estar mojado iba a distraerme lo bastante como para distraerme de estar enfadada con él. Tuve un momento para decidir si me mantenía en el enfado, o hacía lo que quería hacer. Sentí a Nathaniel tambalearse contra una pared. Me puse de rodillas, mis manos estabilizadas contra los cálidos muslos de Richard, y bajé la boca hacia su cuerpo.



DIECISEIS

Yo lamí el agua de él con la punta de mi lengua. Bebí el agua por toda la amplitud de su cuerpo, lamiendo el agua de los testículos, donde colgaba tan pesado y grande. Lamí y bebí el agua hasta que su cuerpo se alargó y endureció. No podía llegar a su punta ahora, no sin envolver mi mano alrededor de su base y bajando toda esa dureza hacia mi boca. Hizo pequeños ruidos para mí, y cuando miré encima de su cuerpo, los ojos que miraban detrás habían cambiado al ámbar del lobo.

El sexo supone perder el control, pero todos los licántropos nunca pueden perder el control completamente, porque perder el control para ellos significa cambiar de forma. Por lo menos una vez al año, algunos licántropos nuevos pierden el control y cortan a un amante durante el sexo. Algunas veces el amante sobrevive, a veces no, a veces consiguieron ser peludos, también.

Conduje mi boca sobre él hasta que mis labios se encontraron mi propia

mano.

Utilicé la mano para exprimir y para pulsar a su alrededor, pero también me impedía tratar de tomar todo él en mi boca. Podría hacer garganta-profunda, pero no siempre era la posición más cómoda, no con alguien con el tamaño de Richard. Podría aumentar el *ardeur* y hacerlo, hacerlo todo, pero… Me alejé de su cuerpo, lo suficiente para hablar.

—Me gustaría levantar el *ardeur* y terminar así, pero estás demasiado duro. Me mantienes fuera excepto durante el coito.

Me miró, y era casi una expresión de dolor.

—Quiero que hagas lo que quieras hacer.

—¿Vas a bajar tus escudos y me dejarás alimentarme?

—Voy a intentarlo.

Sacudí mi cabeza y lo exprimí firmemente al mismo tiempo. Echó atrás la cabeza, intentando buscar con sus manos en el vacío algo a lo que agarrarse.

Le gustaba aferrarse a algo cuando haciamos esto. Pero sus manos encontraban sólo aire, y me miró con un estremecimiento que corrió la longitud de su cuerpo. Sólo sentirle estremecerse en mi mano me hizo gritar. ¡Richard Dios, Dios!

Se agachó y me agarró de los brazos, me levantó del agua. Tuve que alejarme mientras salía del agua conmigo en sus brazos. Me tiró sobre el mármol alrededor del borde de la bañera. Estaba frío y duro, y empecé a protestar. Los dedos de Richard encontraron mi apertura. Metió el dedo en el interior, sólo haciendo sexo oral con él y ya estaba húmeda, pero el agua me había mantenido estrecha. Incluso un dedo parecía grande. Lo movió dentro y fuera y alrededor, y yo lloré por él.

Puso dos dedos dentro de mí, y de hecho cerró los ojos, concentrándose, buscando, hasta que encontró ese lugar, del tamaño de una moneda de cincuenta centavos, ese punto justo en el interior y al frente de la abertura. Lo encontró, y chasqueó los dedos hacia atrás y adelante a través de él. No había habido suficiente de juegos previos para un verdadero orgasmo en el punto G, pero aún así se sentía bien, demasiado bien. Me hizo abrir mis piernas más amplias para él, orienté el ángulo de mis caderas para él. Él tomó eso como la invitación que era, y metió los dedos dentro de mí más fuerte y más rápido, hasta que grité para él otra vez.

—Estás mojada —dijo, con una voz que era un poco estrangulada con

la necesidad.

Asentí, sin aliento.

Empezó a situarse en ángulo para entrar en mí, pero puse una mano en su pecho.

—Condón.

—Mierda —dijo, pero cayó de rodillas y hojeó la pila de toallas detrás de nosotros.

Los condones vivían en los cuartos de baño y los dormitorios y en cualquier lugar en el que pudiera estar sola con los chicos. El susto del embarazo de noviembre, me hizo no estar dispuesta a contar con sólo la píldora anticonceptiva. Estaba maldiciendo en voz baja mientras se ponía el condón, se volvió hacia mí, su cuerpo duro, ansioso. Sólo sus ojos así, sabiendo lo que estábamos a punto de hacer, hacían que las cosas debajo de mi cuerpo se apretaran. Pequeños orgasmos antes incluso de que entrara en mí.

Incluso húmeda y con ganas, tuvo que trabajar dentro de mí. Me retorcía a su alrededor, sólo de la sensación de que estaba trabajando su camino hacia el interior. Le miré, dejé que mis ojos vieran su cara, los ojos del lobo en la cara cuando él mismo luchaba, con los brazos apoyados por encima de mí, de modo que la mayor parte de su cuerpo estaba sobre mí, así que le veía como se abría paso en mí.

—Alimentación, Anita, alimentación, por favor.

Un *por favor*, como este por lo general significaba que un hombre estaba cerca. Llamé al *ardeur* a la vida. Lo llamé, como persuadir una chispa a la vida, a la llama, para quemar. El poder se derramó sobre mí, por mi conducto, y dentro de él. El *ardeur* se vertió sobre nosotros en un lavado con agua tibia de energía. Abrí mi cuerpo a él para que pudiera empujar dentro y fuera de mí. Lo podía ver en las paredes de espejo que nos rodeaba, su cuerpo por encima del mío, empujando hacia adentro y hacia fuera, dentro y fuera. Sabía que con el *ardeur* en nosotros no tenía que tener cuidado, y no lo tenía. Empujó toda su longitud en mí tan fuerte y rápido como pudo. Me agarró por las caderas, levanté la parte inferior del cuerpo fuera del mármol, me sostuvo en sus grandes manos, y él mismo golpeó en mí, tan duro y rápido que nuestro cuerpo hizo un ruido húmedo, un ruido sordo. Su final encontraba mi final, de modo que cada movimiento golpeaba tan lejos en mi cuerpo como podía, y aún así continuó, dentro y dentro, tan duro, tan rápido, que era casi un borrón en los espejos. No era

humano, y tenía una velocidad y una fuerza que no eran humanas. Una vez se había preocupado de poder herirme pero nos dimos cuenta de que yo ya no era una frágil humana. Habíamos descubierto que Richard podría ser tan bruto como quería, y no me rompería. Ahora era rudo, entonces encontró una nueva velocidad, una dureza nueva. Era como si se hubiera estado frenando, y yo no lo sabía. Más rápido, más fuerte, hasta que fue un borrón en los espejos, golpeándose a sí mismo dentro de mí, hasta que grité, con el orgasmo a su alrededor, con espasmos de su cuerpo. Sentí el espasmo de su cuerpo dentro de mí, sentí su duro cuerpo contra el mío. Todo el movimiento cesó, su cabeza echada hacia atrás, cerrando los ojos. Sus dedos hincados en mi culo, manteniéndonos a los dos en ese momento, mientras su cuerpo se estremecía y entró en el mío, con él enterrado tan profundamente dentro de mi cuerpo como podía. En ese momento congelado, con nuestros cuerpos montados, el *ardeur* se alimentó. Di de comer. Me alimenté de la energía de Richard, se alimentaba de la parte de él que era lobo y humano. Alimentados con todo de él, tomé hasta el último centímetro delicioso de su poder, como tomé hasta el último centímetro de su delicioso cuerpo. Cuando se dejaba ir así, daba mucha energía.

Me bajó de nuevo al borde de la bañera de mármol. Se deslizó fuera de mí, y hasta esto me hizo retorcerme. Se desplomó sobre su costado, porque no había suficiente espacio para sus hombros de otra manera. Yacía jadeando con la cabeza cerca de mi cintura. Me las arreglé para mover la mano lo suficiente como para tocarle el pelo, pero eso fue todo lo que podría manejar. Mi pulso estaba tronando en los oídos.

Él encontró primero su voz.

—¿Te duele?

Empecé a decir que no, pero las endorfinas se desvanecían en los bordes. Ya existía un dolor comenzando entre las piernas. Con Micah hubiera dicho, *Un poco*, pero con Richard dije:

—No. —Él tenía más problemas que Micah.

Sentí su mano deslizándose torpemente por encima de mi muslo, como si no pudiera hacer trabajar a su mano todavía. Rozó entre mis piernas. Me dijo con una voz que era mitad risa:

—N otra vez, ni todavía.

Levantó la mano para que pudiera ver que había sangre en las puntas de sus dedos.

—¿Te duele? —Su voz sonaba más segura de sí misma y menos post-

coital.

—Sí, y no —dije.

Se las arregló para levantarse sobre un codo.

—Estás sangrando, Anita. Te hice daño.

Miraba las yemas de sus dedos.

—Un poco, pero es una buena herida. Voy a recordar lo que hicimos con todos los dolores.

Su rostro se cerró, se quedó mirando la sangre en la punta de los dedos como si se tratara de una acusación.

—Richard, no hagas esto. No lo hagas malo cuando fue bueno.

—Estás sangrando, Anita. Te follé tan duro que estás sangrando.

Pensé en una cosa que decir, pero no estaba segura de si haría las cosas mejor o peor.

Se alejó de mí para sentarse en el borde de la bañera con las piernas colgando por el borde. Se lavó la sangre.

—Voy a estar bien, Richard, de verdad.

—No lo sabes —dijo.

Me levanté y me dolía, profundamente dentro de mi cuerpo. Tal vez más de lo normal. Me levanté lo suficiente para ver la sangre sobre el mármol, pero no había mucha.

—Si esta es toda la sangre, entonces voy a estar bien.

—Anita, nunca has sangrado después de tener sexo antes.

Hora de la verdad, rogué que fuera la opción correcta.

—Sí, lo he hecho.

Me miró con el ceño fruncido.

—No, no lo has hecho.

—Sí, lo hice, pero no contigo.

Él empezó a decir:

—¿Quién… Micah? —dijo la palabra como si no estuviera feliz de decirlo.

—Sí.

—¿Esta cantidad de sangre? —preguntó.

Asentí y me senté, ahora que las endorfinas se iban a un ritmo rápido, el mármol se sentía frío. Levanté la mano hacia él.

—Ayúdame a volver a la bañera. Tomó mi mano casi automáticamente, como si lo hiciera porque estaba allí más que porque quisiera hacerlo. Me ayudó a volver a caer en la bañera. Hice un pequeño ruido de dolor. Estaba

herida, no hay duda de eso, pero no estaba rota. Había tenido este dolor antes con Micah. No lo quería tan áspero cada noche, pero sí podía, y cuando era el momento adecuado, era increíble.

—¿Él te ha herido así de mal antes?

—No me lastima en la forma en que lo dices, Richard. No estoy herido, me duele; no es lo mismo.

—No veo la diferencia.

Estaba de vuelta en el agua, dejando que las partes abusadas de mi anatomía se relajasen un poco. Extrañamente, el dolor dentro de mí era sólo dolor. El dolor muscular se había ido, arrastrado por una ola de sexo y el *ardeur*. Bien por esto.

—Quería follarte, Anita. Quería follarte lo más fuerte y más rápido que pude, y lo hice.

—¿No se sintió maravilloso? —pregunté.

Él asintió con la cabeza.

—Lo hizo, pero si te hice daño, entonces piensa en lo que podría hacer a alguien que no tiene marcas de vampiro para hacer más difícil el daño. Piense en lo que podría hacer a una mujer humana.

Me establecí nuevamente dentro del agua lo bastante para mojar todo mi pelo, después me senté para que pudiera verle.

Se veía tan triste, perdido.

—He oído las historias, Richard. Pelvis rotas, órganos aplastados, hombres y mujeres que necesitaban cirugía para ponerse de nuevo juntos.

—Cuando estamos con los seres humanos siempre tenemos que tener cuidado de ellos.

—Eso me han dicho —dije.

—No sabía si podrías tomar esto, Anita. No sabía si te iba a romper. El pensamiento de que pude follarte hasta desgarrarte partes del cuerpo que nunca deberían ser tocadas, me excitaba. No quería hacerlo, pero la posibilidad de ello me excitó como el infierno. ¿Cómo de enfermizo es eso?

Parpadeé, sin saber qué decir.

—No estoy segura de que sea enfermizo en absoluto. No lo hiciste. Sólo pensaste en ello. El pensamiento te excitó, pero no me rasgaste para hacerlo realidad. Creo que tal vez es como un montón de fantasías violentas: si sucediera en la realidad, no sería atractivo en absoluto, pero su pensamiento, un pensamiento violento en medio del sexo, puede conducir al sexo al nivel siguiente.

—¿No tienes miedo de mí?

—No.

—¿Por qué no?

—Confiaba en que no me dañarías —dije.

Se quitó el condón y dijo:

—Hay sangre en el condón.

—No estoy herida, Richard, o al menos no más de lo que quería estar. —A decir verdad, tal vez estaba más lastimada de lo que quería estar. Un dolor agradable entre las piernas estaba bien, pero me estaba empezando a doler en algún lugar cerca de mi ombligo. Que por lo general significaba que había exagerado. Pero no le podía decir eso a Richard.

Me miró.

—Estás estremeciéndote ahora mismo.

Cerré los ojos y me lancé de nuevo en el agua.

—No sé de lo que estás hablando —dije.

Sentí el movimiento del agua, sabía que se había metido en la bañera. Me incorporé, pero ya estaba de pie junto a mí. No había algo amenazante en la forma en que se cernía sobre mí. La mayoría de las veces podía pasar por alto lo físicamente grande que era, en todos los sentidos, pero a veces, como ahora, me hizo mirarle. No estaba tratando de intimidarme, o yo no pensaba que lo intentara. No a propósito, de todos modos.

La energía de otro mundo comenzó a fluir de él como si el agua se estuviera recalentando. Me moví, así que estaba sentada en el lado delantero de la bañera. Estar de pie no ayudaría; todavía asomaría sobre mí.

Además, mi estómago, o cosas más baja, estaban empezando a sufrir calambres. No estaba del todo segura de que pudiera ponerme de pie sin doblarme. Eso no ayudaría a la situación. ¿Me dolía? ¿Tenía realmente daños? No es una cuestión que quisiera tener que preguntar.

—Estás herida, muy herida, ¿verdad?

Su pregunta era un poco demasiado cerca de lo que justamente había estado pensado. Podríamos compartir accidentalmente pensamientos y sensaciones. Luché para poner los escudos en su lugar. El sexo puede llevar a bajarlos.

Se arrodilló en el agua, puso un brazo a cada lado de mí. Se inclinó, con el calor de los latidos de su poder contra mi cuerpo. Hizo que cosas se tensaran abajo en mi cuerpo, y eso dolió. Luché para no hacer pequeños sonidos de dolor. Me las arreglé para no hacerlo, pero Richard puso su

rostro contra el lado del mío y me susurró:

—¿Te duele?

—Por favor, Richard —susurré.

—¿Estás… herida? —Su poder pulsó a través de mí, y esta vez me hizo emitir un pequeño sonido, pero no uno bueno.

—Vas a traer a mi lobo si no controlas tu poder mejor —dije con los dientes apretados. Uno, me dolía; dos, me estaba enfadando.

Se inclinó contra mi cara y respiró profundamente. Estaba oliendo mi piel. Su poder era como un calor húmedo y tibio que empujaba contra mí. Me estaba blindando tan fuerte como podía contra él, su poder, contra todo de él. Pensaba en rocas, muros de piedra que se esconden detrás y los puse en su forma metafísica.

Habló contra mi mejilla, su aliento caliente sobre mi piel.

—El dolor tiene un olor, ¿no lo sabías?

—No. Sí. —Lo olía yo misma algunas vez, dos veces, cuando la bestia estuvo la primera vez merodeando dentro de mí.

—¿Te duele? —dijo cada palabra, lentamente, con cuidado, sus labios rozando mi mejilla mientras hablaba.

Otro calambre me golpeó, y luché por no doblarme por encima de mi estómago. Luché para sentarme en el agua, con él apretado contra mí, y sin reaccionar. Había quedado implícito que podía oler que estaba herida. La mayoría de licántropos pueden oler una mentira. Dije lo único que podía decir:

—Sí.

Me besó en la mejilla y dijo:

—Gracias. —Luego se levantó y salió de la bañera.

Buscó una de las toallas en la pila que siempre parecía estar en el cuarto de baño.

—¿A dónde vas? —pregunté, aunque francamente estaba lista para que él se fuera.

—Lejos de ti —dijo.

Me dejé doblar con el siguiente calambre. No luché ese dolor. Quería ser un cabrón, bien. Cuando le miré de nuevo, tenía la toalla envuelta alrededor de su cintura. Se había tragado toda la energía, como si cuando cubrió su desnudez, hubiera cubierto algo más que su cuerpo.

—Voy a buscar a un médico.

—No, todavía no.

—¿Por qué no todavía?

—Porque podría pasar.

Él me frunció el ceño.

—Hablas como si hubieras hecho esto antes.

—He tenido calambres antes, no tan mal, la verdad, pero se desvanecieron.

—Micah —dijo el nombre como si fuera una maldición.

—Sí. —Estaba cansada de proteger el ego de Richard. Francamente, en ese momento, estaba cansada de Richard.

—Siempre llega antes que yo —dijo Richard.

—No hay ni una sola cosa que Micah consiguió hacer que tú no tuvieras la ocasión de hacerlo primero —dije.

—Es culpa mía otra vez —dijo.

—Tus elecciones —dije. No podía dejar fuera la tensión de mi voz. Muy bien, le haría saber lo mucho que me hirió.

—Me encanta eso —dijo.

Le fruncí el ceño, mis manos apretadas sobre mi abdomen.

—¿Qué?

—Eso, el sonido de tu voz, me encanta. La última vez que lo escuché fue en la voz de Raina.

Fruncí el ceño más fuerte.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes que ella era una sádica sexual, y Dios sabe que lo era, pero también le gustaba el dolor. A ella le gustaba el sexo duro de ambos lados, sirviéndolo hacia fuera y siendo el plato —dijo Richard.

No podía fruncir más fuerte el ceño, así que dije:

—En realidad lo sabía. Tengo algunos de sus recuerdos —dije.

—Así es, tú llevas su munin, su memoria fantasmal.

El munin era los recuerdos ancestrales de los hombres lobo. Cuando un lobo moría, comían un poco de los fallecidos y les hacían pertenecer a una memoria de grupo permanente. En serio, no sólo ritual, al menos la mayoría eran lobos que no podía «hablar» tan directamente como podía el munin de Raina. Se suponía que permiten acceder a recuerdos, pedir consejo, pero Raina había hecho todo lo posible para tratar de poseerme de verdad. Yo tenía casi completa capacidad de mantener su figura dentro de mí. Ella no era como las bestias, o el *ardeur*. Raina era algo que yo podría mantener enjaulado. Usando sus poderes, esto se volvía arriesgado.

—La utilizaste para curar la quemadura de cruz en la mano. ¿Tal vez podrías usarla para curarte a ti ahora mismo?

Le miré. La cruz en forma de quemadura en la mano era una cicatriz brillante y permanente. La capacidad de Raina para sanar era algo que había conservado.

Había sido una de las razones por las que Richard me había hecho munin, en lugar de dejar su cuerpo pudriéndose. Había sido una sádica sexual y trató de matarnos a ambos, pero había sido poderosa. Así que a veces podría utilizar sus habilidades para sanarme a mí misma o a otros, pero el coste siempre era alto. Podría llevar su jaula dentro de mí, ignorarla, pero si le deja salir, bien, exigía un pago. Su pago era por lo general doloroso, o sexual, o ambas cosas.

Negué con la cabeza.

—No creo que sea una buena idea en este momento.

—¿Has visto alguna vez sus recuerdos de ella y yo juntos?

—Algunos. Trato de alejarme de ellos.

—La última vez que fui capaz de hacer lo que hicimos hoy fue con ella. —Me miró, su rostro casi pacífico, esperando.

—La extrañas —dije.

—Echo de menos algunas cosas de ella. Recuerda, Anita, yo era virgen. No entendía lo inusual de lo que me estaba enseñando —dijo Richard.

—Nada con lo que comparar —dije.

—Exactamente —contestó.

—Hay otras posiciones sexuales en el que puedes ser tan bruto como quieras, y no me dolería tanto después, Richard. Parte de ello es que no lo haces duro durante el *ardeur*. El *ardeur* me roba la capacidad de protegerme.

—¿No lo entiendes, Anita? Yo… odio, y adoro, que te duela. Me encanta el sonido de la tensión en tu voz. Me encanta la idea de que mi cuerpo te hizo eso. Que hice eso. Que soy tan grande, tan poderoso, tan violento, que estás lastimada por dentro. Tienes razón, si te duele lo suficiente para los hospitales, no sería diversión. No lo iba a disfrutar. Raina trató de hacerme disfrutar de ese nivel, pero para eso ella tuvo que recurrir a Gabriel.

Gabriel había estado a cargo de los hombres leopardos locales antes de que tuviera que matarlo. Había tratado de violarme y matarme, gravandolo en una película, en directo. Raina había estado fuera del escenario

impulsándole.

Habían hecho una preciosa pareja, dentro de esa clase de bajo-círculo-del-infierno. Los había enviado al infierno juntos en la misma noche; hablando de una cita doble.

—Sí, a Gabriel le gustó ser el asesino en serie malo —dije.

—Lo mismo hizo Raina —dijo Richard—, aunque no con su cuerpo, no para lo peor de él.

—Me han dicho que un buen dominante en la escena de la servidumbre y la sumisión no pide a sus subordinados lo que no están dispuestos a hacer a su propio cuerpo —dije.

—Esa es la regla —dijo Richard—, pero ambos sabemos que Raina no era un buen dominante.

—No —dije—, no lo era.

—¿Se han reducido los calambres? —Lo hizo como una pregunta.

—Sí, ¿cómo lo supiste?

—Tu cara se está suavizando. No te estás aferrado tanto a tu estómago. Y he visto el trabajo de Raina a través de la misma clase de dolor, muchas veces.

—Ella dijo que una de las cosas que le gustaba de mí era que podría ser tan duro como quería exactamente de la manera que lo quería.

—Para referencia futura, nunca me folles tan duro en esa posición de nuevo, ¿de acuerdo?

Asintió.

—¿En qué posición te gusta?

Abrí la boca, la cerré. Traté de pensar en cómo expresarlo.

—No me gusta tan áspero como base todas las noches. Después de una sesión así, se necesita un día o dos para tener ganas de hacerlo otra vez.

—Tendrás que alimentar al *ardeur* en pocas horas.

—Hay maneras más suaves de alimentación, Richard.

—No, con Micah no la hay.

—Bien dotado, no significa que no pueda ser suave, Richard.

Asintió.

—Tienes razón.

Nos miramos el uno al otro un momento. Algo en su rostro me hizo decir:

—Raina realmente te jodió, ¿no es cierto?

Asintió.

—Sí, lo hizo. Cuando se enteró de que disfrutabamos a lo bruto, quería asegurarse de que nunca iba a ser capaz de satisfacer mis necesidades en cualquier lugar, sólo con ella. Pretendía mantenerme, Anita, y si no hubiera tratado de incluir a Gabriel, me hubiera quedado con ella.

—No, no lo habrías hecho —dije.

Me miró con los ojos tristes.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque eres una buena persona, y si no hubiera sido Gabriel hubiera sido alguien o algo más. Raina no podía resistirse a empujar a las personas más allá de sus fronteras. Tendría que seguir presionando hasta que te rompiera, es lo que hizo.

Asintió y tomó una respiración tan profunda que sacudió sus anchos hombros.

—Me limpiaré en las duchas del grupo.

Quería que se fuera, pero… Se había esforzado tanto. Me salvó realmente de *Marmee Noir*.

—Puedes limpiarte aquí.

Él negó con la cabeza.

—No, no puedo.

La forma en que lo dijo parecía extraño.

—¿Por qué no?

—Porque me gustó la idea de hacerte daño. Me gustó mucho. No confío en mí mismo de no hacerte daño otra vez.

—Diría que no, Richard. ¿No lo respetarías?

Asintió.

—Pero también sé el efecto que tenemos el uno en el otro. No confío en mí mismo, no para tratar de seducirte de nuevo, de modo que pueda empujarme dentro de ti mientras todavía estás sangrando de la primera vez.
Cerró los ojos y un escalofrío le recorrió de pies a cabeza. No pensé que era porque tuviera repulsión por lo que quería hacer, no, era un estremecimiento de anticipación. Estaba siendo honesto conmigo, con él mismo, sobre lo que quería.

—Me gusta bruscamente, a veces, Richard, pero no de este modo. Lo siento.

Asintió y me dio una sonrisa triste.

—Raina me ayudó a disfrutar de una forma demasiado áspera para cualquier persona. Con Nathaniel utilizó el dolor de una forma en que la

mayoría de la gente ni siquiera iba a sobrevivir —dijo.

—Ya lo sé.

Él negó con la cabeza.

—No, no lo sabes. Crees que lo sabes pero no te lo puedes imaginar. Vi algo de lo que ella le enseñó disfrutar.

—Él no dijo que le vieras nunca con ella —dije.

—Vendas para los ojos, tapones para los oídos, tapones para la nariz, no se puede ver, oír, oler a quién hay en la sala. Me invitó más de una vez, tratando de hacerme su ayudante, pero la tortura no era algo que a mí me gustara. Raina encontró esto decepcionante.

Tragué saliva y traté de pensar en algo útil que decir. Nada vino a la mente.

—No sé qué decir a eso —dije.

—No sé por qué te lo digo. ¿Quería darte una sacudida? ¿Quería hacerte pensar peor de Nathaniel? ¿Peor de mí? —Negó con la cabeza y se dirigió hacia la puerta de nuevo.

Estaba lista para que se fuera porque no sabía qué hacer con el estado de ánimo en el que estaba, y realmente no quería más sexo. Los calambres fuertes habían pasado, pero me dolía, y seguiría así por un tiempo.

Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Te das cuenta de que la mayoría de los hombres en tu cama son los que estaban con ella?

—No había pensado en ello.

Se volvió y me miró por encima del hombro.

—Jean-Claude estuvo con ella y con Gabriel, fue el precio que pidió por él. ¿Sabes que ella convirtió a Jason en hombre lobo?

—Sí. —Había compartido en realidad la memoria con Jason. Ella le había atado a una cama y lo cortó hacia arriba mientras que se lo follaba. No se había preocupado si vivía o moría. Yo había estado dentro de su cabeza en el recuerdo, y ella no se había preocupado. Era realmente material del asesino en serie, porque su placer había significado más para ella que la vida de Jason.

Tuve un susurro a través de mi cabeza.

—Piensa más profundamente, Anita —dijo Richard.

Me estremecí, y eso hizo que la parte baja de mi cuerpo doliera.

—Vete, Richard, vete, ¿de acuerdo?

—¿Qué tiene de malo? —dijo.

—Creo que no tengo necesidad de pensar en ella tan profundo —contesté.

—¿Ella habló contigo? —dijo Richard.

Asentí.

—Crees que la tienes bajo control, y tal vez lo haces, pero podrías pensar en esto. Jean-Claude, yo, Jason, Nathaniel, todos éramos de ella en primer lugar. Tal vez haya una razón por la que te atraen sus viejos amantes.

Con ese pensamiento muy inquietante, se fue, cerrando la puerta detrás de él. Yo estaba feliz de que Richard estuviera haciendo terapia, estaba ayudando, honestamente. El problema era que parecía que quería que hiciera terapia con él, y no estaba preparada para ello.



DIECISIETE

Me hice una rápida limpieza, y luego me di cuenta de que no tenía ropa en el baño. Mi traje estaba tirado en un montón junto a la cama. Genial. Me envolví la toalla de forma más segura alrededor del pelo, luego envolví una de las toallas más grandes alrededor de mi cuerpo. Una de las cosas buenas de ser baja era que la toalla me cubría desde las axilas hasta los tobillos. Lo curioso es que casi no importaba quién se encontraba en la otra habitación, probablemente me había visto desnuda al menos una vez. Debería haber terminado de salir y sacado mi ropa del armario e ignorado a todo el mundo. Pero no podía hacerlo. No podía hacerlo. No me sentía muy cómoda alrededor de mi propia desnudez. Había días en que estaba bastante segura de que nunca estaría muy cómoda.

Peor aún, mi arma estaba en el dormitorio. Podía vivir sin mi ropa, pero que hubiera dejado la pistola en la otra habitación, decía lo mucho que Richard me afectaba. Me hizo olvidarme de mí misma, incluso las partes de

mí que casi nadie más podría hacerme olvidar. Por alguna razón no podía salir sin armas, no sé por qué. No podía hacerlo. Todavía estaba dolorida todo el camino hasta casi el ombligo. Los calambres se habían detenido en su mayoría, pero me sentía estúpida y vulnerable. Quería un arma de fuego. Me haría sentir mejor. Ahí, eso era verdad. Había empezado a esconder armas en los lugares donde pasaba mucho tiempo. Eran para las emergencias. Esto no era una emergencia, pero… al infierno con eso, era mi arma. Si sentía la necesidad, al diablo con ello.

Me arrodillé junto al lavabo y abrí las puertas del armario. Tuve que llegar atrás y hacia arriba en la instalación de la cañería para encontrarla, pero allí estaba mi Firestar pegada con cinta adhesiva entre los tubos. Ha habido un par de veces en que había estado separada de mis armas y necesitaba llevar un arma de fuego. Así que había cedido a mi paranoia y oculté algunas alrededor. La Firestar ya no era mi arma principal de respaldo, por lo que vive aquí como su último refugio. Traje la pistola hacia la luz y reí. Había algo escrito en la cinta. Decía, «Arma de Anita», de puño y letra de Nathaniel. Había estado conmigo el día que lo hice. Al parecer, había añadido su propio pequeño toque cuando no estaba mirando. Él me había dado los pedazos de cinta. ¿Lo había escrito él entonces, y yo no lo había notado, o había vuelto más tarde? Le preguntaría.

Me dejó sonriendo y sacudiendo la cabeza mientras quitaba la cinta de la pistola. La hubiera puesto en mi bolsillo, si tuviera uno. El arma era muy visible contra la toalla blanca. Probé el mango en mi mano, la apreté un poco. Una opresión en el centro de mi cuerpo se relajó. ¿Qué dice de tu vida cuando una pistola te hace sentir mucho más segura?

Comprobé para asegurarme que el arma estaba cargada aún, porque cada vez que un arma ha estado fuera de tu vista algún tiempo, será mejor que la revises endemoniadamente bien. Nunca confíes a alguien más que un arma sea cargada o descargada; compruébalo tú mismo. Seguridad de la pistola 101.

Con la toalla apretada bajo mis brazos, y la pistola en la mano, abrí la puerta. Pensé por un momento que el dormitorio estaba vacío, pero luego Clay y Graham se pusieron de pie cerca de la chimenea. Habían estado sentados en las únicas sillas de la habitación.

—Clay, ¿no debes estar en la cama en alguna parte? Recién terminaste tu trabajo en el Placeres Prohibidos. —Miré a la cama y se encontraba desnuda hasta el ligeramente chamuscado colchón. Mi arma había estado

allí en alguna parte.

Como si leyera mi mente, Clay dijo:

—Tu arma está en la mesita de noche.

No comprobé que estaba diciendo la verdad. Uno, confiaba en Clay, dos, tenía una pistola en una mano y la otra mano ayudaba a mantener la toalla en su lugar. Estaba armada y sin manos.

—Gracias, pero ¿por qué no estás en la cama?

—Después de que se encontraran los bichos en todos los negocios, Jean-Claude nos pidió hacer doble turno. —Pasó la mano por sus cortos rizos rubios. A principios de sus veinte años se veía mejor que ningún sueño, pero todavía se veía cansado.

—¿No puedo incluso conseguir un hola? —preguntó Graham. Le miré y no pude luchar contra el ceño fruncido. Era aproximadamente del mismo tamaño que Clay: seis pies de alto, pero sus hombros eran mucho más amplios. Graham tenía una musculatura que sólo un levantamiento de pesas arduo le daría. Su pelo negro era tan largo en la parte superior que sus ojos oscuros se asomaban desde el pelo. La parte inferior de su pelo estaba recién afeitado, muy corto, por lo que parecían dos cortes de pelo diferentes. No estaba usando la playera negra que llevan los guardaespaldas estándar. Estaba vestido de rojo. La camisa roja era una nueva adición al uniforme de guardaespaldas. La mayoría de ellos eran todavía negros, algunos con el nombre del club apropiado y «Seguridad» escrito en ellos, o simplemente negro. El Rojo significaba que el guardia estaba de acuerdo con ser comida de emergencia para el *ardeur*. Había sido idea de Remus originalmente. Se presentó con ella después de que hubiera estado cerca de matar a Damian, a Nathaniel, y a mí misma por no alimentar el *ardeur* lo suficiente. Pensé que la idea de la camisa roja era una broma hasta que el primer guardia se presentó luciendo una.

Curiosamente, desde que la política de la camisa roja entró en vigor, había ganado un control mucho mejor sobre el *ardeur*. Demos un aplauso al temor, la vergüenza, y la terquedad pura. Graham había estado tratando de entrar en mis pantalones durante meses, así que no era una gran sorpresa que se ofreciera como voluntario. Lo escalofriante era que algunos de los otros guardias lo hubieran hecho. Los hombres que no sabía que pensaban en mí de una manera sexual. Quiero decir, una cosa era sospechar que un hombre siente lujuria por ti, pero la confirmación absoluta, me hacía sentir incómoda.

—Hey, Graham, bonita camisa —dije, y estaba feliz de que sonara hostil.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? No es mi regla. Enfádate con Remus, o Claudia, o Jean-Claude. Es su regla el que no vas a estar sola en una habitación si no vas acompañada por un hombre dispuesto a alimentar el *ardeur*.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

—Desde que este misterioso tipo malo llegó a la ciudad. Nadie está dando detalles, pero al parecer las personas que nos dan órdenes están preocupadas de que los malos puedan usar la magia para hacer que el *ardeur* esté fuera de control. Por lo que debes tener alimentos en todo momento. —Él no parecía feliz. Tal vez mi enfado finalmente cayera en Graham. Bien.

—Estamos escasos de camisas rojas hoy, Anita —dijo Clay.

—¿Por qué?

—Porque se dobló la guardia en todos los negocios de Jean-Claude. Tiene que renegociar con Rafael y Narciso para más personas.

—Supongo que si pagamos más dinero, obtenemos más hombres —dije.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Tal vez —dijo Clay.

Estaba de pie helada con nada más que una toalla, así que fui al armario a por ropa.

—¿Qué otra cosa podrían estar negociando si no es por dinero? —dije. Me quedé en la puerta doble del armario, ya que la toalla se me escapaba, y tenía una pistola en la otra mano. Nunca había sido buena en conseguir que una toalla permaneciera fija. No era como si los hombres no me hubieran visto desnuda. Pero… maldita sea.

—Poder —dijo Clay—. Todo el mundo quiere un vínculo más cercano a Jean-Claude ahora que es su propia línea de sangre de vampiro. Y Narciso está muy asustado de que el nuevo animal para llamar de Asher sea la hiena.

—¿Asustado, cómo? —pregunté. Metí el brazo con la pistola apretando la toalla y tiré de la puerta del armario. Estaba atorada.

—Somos lobos, no hienas, por lo que todo es de segunda mano —dijo Clay. Narciso quiere garantías de que Asher no intentará controlar su clan.

Finalmente abrí la puerta, bien por mí.

—Asher no es lo suficientemente poderoso como para hacer eso.

—Tal vez —dijo Clay—, pero a Narciso le preocupa. Quiere negociar antes de que sea un problema.

Tenía unos jeans negros en la mano, pero realmente necesitaba la segunda mano para obtener más ropa.

—Oh, por Dios —dijo Graham. Caminó enérgicamente hacia mí. Se enfadó lo suficiente para que a medida que se acercara consiguiera pedacitos de ello, como brasas de fuego golpeando mi piel. Agarró el borde de los pantalones vaqueros en mi mano. Los aferré. Nos miramos el uno al otro—. Voy a sostener la ropa para ti, Anita. Eso es todo, ¿de acuerdo?

Era una idea razonable. Era muy útil. Así que ¿por qué no quiero hacerlo? Debido a que Graham en serio me molestaba. Su persistente búsqueda de sexo conmigo, sin ninguna pretensión de emoción, y mucho menos amor, realmente me golpeaba los botones equivocados. Por supuesto, si hubiera mentido acerca de mí siendo el amor de su vida, me habría enfadado mucho más. Dios. Solté los pantalones vaqueros. Tomé una respiración profunda, lo dejé escapar lentamente, y dije:

—Gracias.

Graham parpadeó hacia mí como si nunca le hubiera dicho gracias antes. Tal vez no.

Culpa mía entonces. Puso su vida en la línea para mantener mi seguridad. Así que era un lascivo, por lo menos era un lascivo honesto.

Levanté la vista hacia él. Tan cerca que podía ver la ligera inclinación de sus ojos marrones. Su madre era japonesa, le cedió el pelo y los ojos. El resto se parecía a su padre rubio los ojos azules, se habían clonado. La reunión con sus padres por accidente una noche no me había hecho ser mejor con él. De hecho, lo hizo peor. Sus padres parecían buenas personas. ¿Se avergonzarían de saber lo perro calenturiento que era su único niño? Parecía probable.

Negué con la cabeza y me volví hacia el armario. Me concentré en vestirme. Eso me ayudaría a sentirme mejor. Siempre me sentía mejor con la ropa puesta. Influencia de la abuela Blake. Ahí estaba una mujer que pensaba que desnuda significaba malo.

Me estaba quedando sin camisas aquí. Mis opciones eran color negro o rojo. Negro me hacía ver como uno de los guardaespaldas, y rojo, bien, el rojo hacía parecer que todas las camisas rojas eran mi gente, como un uniforme especial de Anita Blake. Cogí una de las camisas de color negro,

la devolví, tomé una camisa roja, la dejé nuevamente.

—Anita, sólo debes elegir una camisa —dijo Graham.

—No me había dado cuenta hasta este momento que mi ropa normal fuera de servicio era igual que vuestros uniformes, chicos.

—¿Por qué eso es un problema? —preguntó.

—No lo sé —dije, y era la verdad.

—Pues elige rojo. Prometo que el hecho de que estemos vestidos haciendo juego, no es una cita, ¿de acuerdo? —Finalmente, sonaba enfadado.

Suspiré.

—Siento que me moleste que las camisas rojas signifiquen que la gente quiere follarme. Me fastidia. Realmente lo hace.

—El color de mi camisa no cambia nada acerca de cómo me relaciono contigo, dijo Graham. —He sido honesto desde el principio sobre lo que me gustaría hacer.

Asentí.

—Sabes, Graham, solamente estaba pensando. Has sido honesto. Digo que me gustas honesto, pero creo que no me gustas honesto más allá de cierto punto. —Agarré la camisa roja. Necesitaba madurar sobre este tema y comprar algo de ropa de diferentes colores. Añadí los calcetines y las zapatillas de correr negras a la pila en los brazos de Graham. Hice una lista mental y, finalmente, me di cuenta de que no tenía nada de ropa interior en el montón. Abrí el cajón de abajo en el armario. Extrañamente, había un montón de ropa interior. Jean-Claude me la compraba al punto en el que no poseían nada de ropa interior sencilla. Todo tenía encaje, o red, o algo en él. Había aprendido a comprar dos o tres pares de bragas con un sujetador a juego. Se puede usar el sostén durante más tiempo que la ropa interior.

Finalmente me puse de pie con el sujetador y las bragas en la mano. Empecé a ponerlos en el montón, pero atrapé la mirada de Graham. Tomé un sostén rojo para ponerlo debajo de la camiseta roja. Era una de las camisetas más fina y transparente, así que cogí algo que no se trasparentara mucho. El sujetador y las bragas eran de rojo raso. El sujetador era un push-up, ya que hacía que mis pechos subieran y estuvieran fuera del camino de mi pistolera de hombro, o más bien de la forma de sacar la pistola. Hacía un momento no había pensado nada al respecto. Había escogido lo que funcionaba bajo la camisa. Ahora, de repente era muy consciente de que la ropa interior era ropa interior bonita.

Me encontré con los ojos de Graham, y había calor en ellos. Estaba escrito en su rostro que quería verme en sujetador y bragas. Dejaba al descubierto en su rostro, en sus ojos, que daría mucho por verme en ropa interior, y hacer algo al respecto.

El calor lavó mi cara. Me sonrojaba embarazosamente fácil a veces. Este era uno de esos momentos. Si hubiera sido uno de mis novios, hubiera reaccionado a esa mirada, esa demanda. Podríamos haber ido al baño y dejar que el calor nos lavase a ambos, tal vez. Pero no era mi novio, y sus ganas de follarme no eran razón suficiente para que me follara. Cuando tuve miedo de estar embarazada el mes pasado, el hecho de que no había tenido relaciones sexuales con Graham, que no estaba en la lista de posible papá, me llenó de alivio de tal manera que sabía que no iba a ser uno de mis amantes. El susto del embarazo había puesto un montón de cosas en perspectiva. Ahora volvía a mirar a un hombre pensando, si me quedara embarazada por accidente, ¿qué tan desastroso sería? Tal vez dentro de algunos meses no estaría tan asustada, y no sería una pregunta que me haría con tanta fuerza. Por otra parte, tal vez seguiría siendo así. Había tenido un falso positivo en una prueba de embarazo. Tuve miedo como el infierno.

Miré su cara. Era guapo. No había nada malo con él, exactamente, pero aún recordaba lo feliz que era que no estaba en la lista de los hombres que podría haberme dejado embarazada. Si quedas embarazada, debe ser de alguien que por lo menos sea un buen amigo, y Graham ni siquiera era eso. Era mi guardaespaldas, y había sido comida de emergencia, pero no era mi amigo. Quería follarme demasiado desesperadamente para ser mi amigo. Cualquier hombre que prefiere tener sexo contigo que algo más nunca va a ser tu amigo. Los amigos quieren lo mejor para ti más de lo que quieren el sexo. Las prioridades de Graham estaban allí en su rostro, en sus ojos, en la tensión de su cuerpo mientras sostenía mi ropa.

—Te has ruborizado —dijo, y su voz sonaba ronca.

Asentí y miré hacia abajo, lejos de esa mirada. Tal vez el rubor se detendría si no estaba mirándole a los ojos.

Me tocó la cara, la desnuda punta de los dedos en mi barbilla.

—Después de todo lo que te he visto hacer con los otros hombres, estás sonrojándote porque te miro fijamente. —Su voz era más suave ahora.

—¿Crees que no puedo sentir vergüenza, porque soy una puta?

—No es cierto. —Trató de girar mi cara hacia la suya. Me distancié de él para que no pudiera tocar mi cara.

—¿No es así? —pregunté, y esta vez mi cara mostró el comienzo de la ira.

—Te veo con los otros hombres y te deseo, ¿por qué eso está mal? Te he visto tener sexo con múltiples hombres, mientras yo estoy en la habitación. ¿Qué se supone que voy a pensar?

—Oh, Graham. —Esto fue de Clay. Se había quedado al otro lado de la habitación, fuera de esto, pero esas palabras que me hicieron saber que Clay lo había conseguido. Clay entendió el error que Graham había cometido solo.

—Puedo arreglar eso, Graham.

—¿Arreglar qué?

—Arreglar esto para que nunca más estés en conflicto conmigo.

—¿De qué estás hablando? —El hecho de que no se hubiera dado cuenta hacia dónde iba también era un punto en su contra. No era un pensador rápido.

—Estás fuera de mi guardia.

Aferró la ropa en su oh-tan-grande pecho.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo garantizar que el *ardeur* no se me vaya de las manos y vaya a perder el control lo suficiente para follar delante de mis guardias de nuevo. Desde que te molesta tanto, Graham, puedo arreglarlo para que nunca tengas que verlo de nuevo.

—No… —El primer indicio de infelicidad se apoderó de él. Finalmente vio a dónde íbamos—. Estás fuera de mi guardia. Pon la ropa en el baño en el borde de la bañera y ve a buscar a Remus o a Claudia. Diles que necesitas ser reemplazado. Estoy segura de que hay lugares que puedes cuidar que esté suficientemente lejos de mí.

—Anita, no lo quise decir de la forma…

—La forma en que sonaba —terminé por él—. Sí, lo hiciste.

—Por favor, Anita, por favor, yo…

—Pon la ropa en el baño y ve a decirle a alguien que necesitas ser reemplazado. Hazlo ahora.

Miró detrás de él a Clay. Clay puso las manos en un gesto de negar el acceso, como si dijera, No me mires.

—Esto no es justo —dijo Graham.

—¿Qué eres, cinco? Justo, justo a la mierda. Acabas de decir en voz alta que ver a otros hombres follarme, te dan ganas de follarme. Puedo

arreglar eso. No tienes que verlo nunca más.

—¿De verdad crees que alguien que haya visto a otro follarte, no quiere ser ese hombre? Todos nosotros pensamos lo mismo. Sólo soy honesto al respecto.

Miré a través de la habitación a Clay.

—¿Es cierto, Clay?

—Oh, por favor, no me arrastres a esto.

Le lancé una mirada dura.

Suspiró.

—No, en realidad, no es así como todos nos sentimos. Por mi parte, estoy cagado de miedo de tu idea del sexo. El *ardeur* me da miedo.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó Graham. Se giró hacia el otro hombre con la ropa todavía entre sus grandes brazos.

—Porque es la verdad, Graham, y si pudieras pensar con algo más arriba que la hebilla del cinturón te asustaría, también.

—¿Miedo de qué? —dijo Graham—. Es el sexo más alucinante que cualquier línea vampiro puede dar a un mortal. He tenido más de una muestra de lo que tienes. Confía en mí, Clay, si se hubiera alimentado alguna vez de ti, aunque sea un poco, querrías más.

—Eso es exactamente lo que me asusta —dijo Clay.

Tuve un pensamiento, uno malo. Me había alimentado de Graham un poco cuando el *ardeur* era nuevo. Le había dado la menor muestra que podía. Nunca habíamos estado juntos y desnudos. Nunca nos habíamos tocado el uno al otro en cualquier área que se considerara sexual. Pero sólo porque pensé que no había sido suficiente contacto para volverle adicto al *ardeur* no significaba que tuviera razón. El *ardeur* podría actuar como una droga, y había aprendido a través de algunos de los vampiros que la facilidad con que se convertían en adictos variaba de persona a persona. ¿Y si hubiera convertido a Graham en adicto al *ardeur* sin querer? ¿Era su reacción hacia mí por mi culpa? Mierda.

Graham se giró hacia mí con mi ropa aplastada contra su pecho. Me miró con pánico.

—Por favor, Anita, por favor, no hagas esto. Lo siento, es cierto, lo siento. —Sus ojos brillaban a través de la orla de su pelo. Creo que estaba al borde de las lágrimas. Me acordé de que tenía menos de veinticinco por unos pocos años. Era tan grande que a veces físicamente se me olvidaba lo joven que era. Teníamos sólo unos cuatro o cinco años de diferencia, pero

sus ojos mostraban que era más joven de lo que yo había sido a la misma edad. Quería tocar su brazo, consolarlo, ofrecerle disculpas. Decirle que no había querido que esto sucediera. Pero tenía miedo de tocarlo. Tenía miedo de empeorar las cosas de alguna manera.

—Graham, —mi voz sonó suave, una voz para calmar a los niños asustados y a los saltadores en las cornisas—, tienes que buscar a Remus o Claudia y enviarlos a mí, ¿de acuerdo? Tengo que hablar con ellos acerca de algunas cosas que sucedieron ayer por la noche. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Puedes encontrar a uno de ellos y traerlos a mí?

Tragó saliva con tanta fuerza que sonó doloroso.

—¿No me patearás fuera de tu guardia?

—No —dije.

Asintió demasiado rápido, demasiadas veces, una y otra vez. En realidad se dirigió a la puerta con la ropa todavía en sus manos. Fue Clay el que tomó la ropa. Cuando la puerta se cerró detrás de él, Clay se giró hacia mí. Nos miramos el uno al otro.

—Es adicto, ¿no? —preguntó Clay.

Asentí.

—Creo que sí.

—¿No lo sabías?

Negué con la cabeza.

—Estás pálida —dijo.

—Tú también —dije.

—No te has alimentado totalmente de él, ¿no? Quiero decir, que ni siquiera os desnudasteis juntos, ¿verdad?

—No, no lo hicimos.

—Pensé se tardaba más en que a alguien se hiciera adicto.

—Y yo también —dije.

Clay parecía sacudirse, como un perro que sale del agua.

—Voy a poner la ropa en el baño para ti. Voy a llamar a Claudia y decirle que necesitamos una nueva camisa roja.

—Creo que una vez que vea a Graham lo va a averiguar.

—Lo oculta muy bien, Anita. Creo que para el momento en que los encuentre, habrá juntado su mierda. Puede que no se note.

Asentí.

—Tienes razón.

—Quiero decir, tiene una radio, también. No pensó en usarla.

—Las radios son nuevas —dije.

—Los hombres rata han estado entregando las configuraciones de radio a algunos de los guardias. Cuando se encontraron todos los dispositivos de escucha de alta tecnología, creo que decidieron que teníamos que ir de alta tecnología nosotros mismos.

—Suena razonable —dije. Sentí a Jean-Claude despertar. Se sintió como una mano acariciando mi cuerpo. Cortó la respiración en mi garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó Clay.

—Jean-Claude despertó.

—Bien.

Asentí. Bueno estaba en lo cierto. Dejé que Jean-Claude sintiera lo mucho que quería que estuviera conmigo. Quería que me abrazara y me dijera que todo iba a estar bien. En ese momento, quería que me consolara, aunque todo fuera mentira. La cara de Graham había sido toda la verdad que quería para un rato.



DIECIOCHO

Estaba vestida para el momento en que Jean-Claude llamó a la puerta del baño.

—*Ma petite*, ¿puedo entrar? —Sonaba inseguro en su recepción. Supongo que pensó que le culpaba porque Graham fuera adicto al *ardeur*. Hubo una época, no hace mucho tiempo, en que pude hacerlo. Pero ya era demasiado tarde para culpar. La culpa no era la solución, y quería arreglarlo. Quería a Graham libre del *ardeur*, si pudiéramos manejarlo. Liberé a otros del *ardeur*, pero habían estado completamente enrollados por él. Nunca había tenido a nadie con esta adicción por una pequeña muestra de la misma. ¿O tal vez había, y lo estaban ocultando, también? Dios, deseaba no haber pensado en eso.

—¿*Ma petite*?

—Sí, quiero decir, adelante… Dios, por favor entra.

La puerta se abrió. Se quedó en el marco durante un momento antes de

que me echara sobre él, enterrando la cara contra las solapas de piel de su túnica. Aferré el brocado negro pesado, presionándolo firmemente contra él. Sus brazos me envolvían, me levantó del suelo y nos trasladó a los dos dentro de la habitación. Un brazo me rodeó, con el otro alcanzó y cerró la puerta detrás de nosotros. El movimiento fue tan rápido que no tuve tiempo de protestar o pensar en ello.

Dejó que mis pies tocan el suelo.

—*Ma petite, ma petite*, ¿qué pasa?

—Yo —dije—, estoy mal. —Hablé con calma, sin gritar, hablando con mi cara contra su túnica.

Me aparté de él lo suficiente como para que viera mi cara.

—*Ma petite*, sentí tu angustia, pero no sé lo que la ha causado.

—Graham es adicto al *ardeur*.

—¿Cuándo pasó? —preguntó, con el rostro reflejando cuidadosa inexpresividad. Probablemente estaba inseguro de cuál expresión no me molestaría.

—No lo sé.

Estudió mi cara, e incluso con la cuidadosa inexpresividad no podía ocultar su preocupación.

—¿Cuándo le diste a Graham un gusto más fuerte del *ardeur*?

—No lo hice. Te lo juro, no lo he tocado otra vez. He trabajado muy duro para no tocarlo. —Las palabras vinieron más y más rápido, hasta que incluso a mí me sonaban histéricas, pero no podía parar.

Jean-Claude puso un dedo en mis labios y se detuvo toda protesta.

—Si no le tocaste otra vez, *ma petite*, entonces no puede ser adicto al *ardeur*.

Intenté decir algo, pero mantuvo su dedo tocando mi boca.

—El hecho de que Graham te quiera no es una prueba de adicción, *ma petite*. Subestimas la fuerza de tu dulce ser.

Negué con la cabeza y moví la cara hacia atrás de modo que pudiera hablar. Es adicto, maldita sea. Sé la diferencia entre la lujuria y la adicción. Pregunta a Clay si no confías en mí.

—Me aparté de él, ya no se sentía confortable su toque.

—Confío en ti, *ma petite*. —Tenía el ceño fruncido ahora.

—Entonces cree en mi palabra. Graham es adicto, y no sé cuando sucedió. ¿Entiendes? Lo he evitado. He hecho todo lo posible para mantenerlo alejado del *ardeur* y le permití ser un guardaespaldas. Hoy traté

de sacarlo de mi guardia.

—¿Qué le pareció?

—Entró en pánico. Estaba al borde de las lágrimas. Nunca le he visto así. Sólo se calmó cuando le dije que no lo reemplazaría en mi guardia.

—El *ardeur* no es tan fácil de atrapar, *ma petite*. Los pocos toques que Graham ha tenido no son suficientes para hacerlo adicto a él.

—¡Yo lo vi! —Estaba paseando por la habitación ahora.

—Creo que necesitamos una cruz, *ma petite*.

—¿Qué? —pregunté.

Se acercó a la puerta, la abrió.

—¿Podrías conseguir una de los cruces adicionales de la mesilla de noche por favor?

Cogí un vistazo de mí misma en el espejo del baño. La camisa roja parecía fuego contra mi piel pálida y pelo oscuro. El escarlata parecía ser una especie de acusación como una mujer escarlata, la letra escarlata. El último pensamiento me detuvo, como si la histeria hubiera tropezado con una piedra. Pude pensar durante un segundo. Mujer Escarlata, letra escarlata, no sé lo que me hizo pensarlo. Mierda. Estaba siendo confundida.

Mi pistola y funda todavía estaban al lado del lavabo, no había tenido tiempo de ponérmelas antes, Jean-Claude llegó. Puse la mano en la culata de la pistola y apreté. Esa era yo, yo era yo. La pistola no era un talismán mágico, pero a veces todo lo que necesitas para volver en ti, es recordar quién eres, quién eres en realidad no quién los demás piensan que eres, o quién piensan que tú piensas que eres, sino tú, el verdadero tú. La pistola en la mano era yo.

—*Ma petite*, preferiría que te alejaras de la pistola hasta que estés llevando una cruz.

Asentí.

—Estoy siendo confundida, ¿no?

—Creo que sí.

—Es la luz del día, la temprana luz de día. Si los vampiros que están jugando conmigo están en la ciudad, no deberían ser capaces de hacer esto.

—Ellos son el *Harlequin*, *ma petite*. Ahora empiezas a ver lo que eso significa.

Asentí de nuevo, aferrándome a la pistola como antes me aferré a Jean-Claude.

—*Ma petite*, ¿te alejas de la pistola?

—El arma está ayudando, Jean-Claude. Me está recordando que toda la histeria no es mía.

—Sígueme la corriente, *ma petite*.

Le miré. Su rostro seguía estando hermosamente en blanco, pero había tensión en sus hombros, la forma en que sostenía su cuerpo. Clay estaba detrás de él en la puerta, y ni siquiera estaba tratando de ocultar que estaba preocupado.

—Tengo la cruz —dijo.

Asentí otra vez.

—Dámela.

Miró a Jean-Claude, quien asintió con la cabeza. Clay se adelantó con la mano en un puño.

—Es posible que desees salir, Jean-Claude —dijo.

—No puedo dejarte a solas con ella.

—¿No reaccionará la cruz contigo?

—*Non*, porque no estoy haciendo algo contra ella.

Sostuve mi mano izquierda hacia Clay.

—Sólo dame la cruz.

—Por la cadena —dijo Jean-Claude.

—Bien pensado —dije—. No necesito otra cicatriz de quemadura en forma de cruz.

Clay levantó el puño hacia mí, y luego lo abrió para que la cruz colgara de una cadena de oro fino. Si un vampiro hubiera estado en la sala causando problemas, habría sido suficiente para que la cruz resplandeciera. Demonios, incluso en la mano de Clay, podría haber brillado. La cruz sólo colgaba. ¿Estábamos equivocados? ¿Estaba equivocada?

—Toca únicamente la cadena, *ma petite*. Es mejor ser precavidos.

Si no lo hubiera repetido, podría haber sólo tomado la cruz, pero en el último segundo toqué la cadena. Clay la dejó ir, y se balanceó, delicada y de oro, en mi mano. Por un instante, pensé que había sido un error. Entonces estalló la cruz en un resplandor amarillo brillante. Tuve que apartar los ojos de ella. Tuve un pensamiento de lo que podría estar haciendo con Jean-Claude, pero no pude ver nada más allá de la luz dorada. Le llamé:

—¡Jean-Claude!

Una voz masculina que no estaba segura de conocer dijo:

—Ha salido de la habitación. Está seguro.

Grité:

—¡Clay, Claudia! —Quería una voz que conociera de la luz amarilla brillante.

La voz de Claudia, un poco más lejos.

—Clay sacó a Jean-Claude.

Con esa preocupación fuera del camino, podría concentrarme en el otro problema. Si el vampiro que había estado jugando conmigo estaba en la habitación, entonces, la cruz le habría ahuyentado. Al infierno, cuando *Marmee Noir* jugó conmigo, una cruz como está la había echado. ¿Por qué no estaba funcionando en el *Harlequin*?

La cadena se puso caliente en mi mano. Si esto continuaba me quemaría. Mierda. Si tiraba la cruz hacia abajo, dejaría de brillar, ¿pero atacaría el vampiro de nuevo? ¿Iba a entrar en mi mente otra vez, sin que lo supiera? Dios, estos chicos eran buenos. Realmente daban miedo.

—Anita, ¿qué puedo hacer para ayudar? —La voz de hombre de nuevo. Reconocí la voz ahora: Jake, uno de los guardaespaldas más recientes.

—No lo sé —dije. Lo grité, como si la luz estuviera sonando y estuviera teniendo problemas para escuchar sobre ello. Recé, Ayúdame, ayúdame a resolver esto. No sé si fue la oración, o si la oración me ayudó a pensar, huevo / gallina, creo, pero sabía qué hacer. Con la cruz ardiendo en la mano pude sentir al vampiro, ahora que pensé en buscarlo. Era una nigromante, y significaba que tenía una afinidad con los muertos. Podía sentir su poder, como una semilla en mi espalda. Como si me hubiera marcado de alguna manera. Que la semilla la había dejado dentro de mí una y otra vez desde el cine de anoche. Quería que la semilla se fuera.

Empujé mi poder a ese lugar, pero debería haberlo sabido bien. Con el poder de Jean-Claude podría haberla simplemente arrancado de mí, hacerla a un lado, pero mi poder era diferente. A mi poder le gustaban los muertos.

Toqué la marca que había hecho el vampiro en mi cuerpo. No entendía cómo lo había hecho, y no me importaba. Quería que se fuera. Pero en el momento que mi nigromancia lo tocó, fue como si una puerta estallara abierta dentro de mi cabeza. Cogí un vistazo de las paredes de piedra y una figura masculina. Olía a lobo. Traté de ver con claridad, pero era como si la oscuridad se comiera los bordes de la imagen. Me concentré en la imagen, quería que se aclarara.

Quería que el hombre se diera la vuelta y me mostrara… Se dio la vuelta, pero no había ninguna cara. Estaba mirando una máscara negra con

una enorme nariz postiza. Pensé por un momento en que pude ver sus ojos, luego los ojos se llenaron de luz plateada, casi una luz suave. Después la luz suave plateada salió disparada de la máscara y se estrelló contra mí. Volví a mi misma en el aire, cayendo. Ni siquiera tuve tiempo para tener miedo.



DIECINUEVE

Tuve una imagen borrosa del mármol negro, cristal. Un segundo para darme cuenta de que estaba a punto de golpear los espejos alrededor de la bañera de Jean-Claude. Traté de tensarme y relajarme para el impacto. Una mancha oscura se me adelantó, y cuando golpeé en los espejos, había un cuerpo detrás de mí. Un cuerpo que me envolvió y tomó el impacto que golpeó el cristal y la pared por debajo. Oí la rotura de cristales, y nos deslizamos en un montón en el borde de la bañera. Me quedé allí, aturdida, sin aliento. De repente parecía muy importante escuchar mi propio latido de corazón. Parpadeé ante nada por un momento o dos. Sólo cuando el cuerpo debajo de mí se quejó hice girar la cabeza lo suficiente para ver, en los espejos que no estaban estrellados, sobre quién había aterrizado. Jake estaba en un montón de grietas contra la telaraña de cristal. Era uno de los miembros más nuevos de la manada de Richard, aunque no era nuevo siendo un hombre lobo, y sólo había sido guardaespaldas durante un par de

semanas. Tenía los ojos cerrados, la sangre goteaba de sus rizos cortos y oscuros. No se movía. Miré para arriba, por delante de nosotros, y vi que algunas de las piezas irregulares habían desaparecido. Había una gran pieza que brillaba mientras se alejaba de la pared y comenzaba a caer hacia nosotros. Agarré a Jake y tiré con todo lo que tenía. Tiré como si no esperara que se moviera, pero se me olvidó que era más fuerte que un humano. Tiré, y se movió, se movió tan fuerte y repentinamente que acabamos en la bañera. De repente estaba bajo el agua con su peso encima de mí. Antes de que entrara en pánico, se despertó sobresaltado, agarró mis brazos, y nos llevó a los dos a la superficie. Salimos jadeando, el cristal tintineaba como gotas de lluvia fuerte justo en donde habíamos estado tumbados.

—¡Mierda! —Se oyó desde la puerta.

Parpadeé el agua de mis ojos para ver a Claudia en la habitación. Había más guardias hacinados a su espalda. Claudia entró en la habitación y me levantó con fuerza de la bañera. Otras manos levantaron a Jake. Cayó de rodillas cuando lo sacaron. Fueron necesarios dos para llevarlo a la habitación. Caminé por mi cuenta, pero Claudia mantuvo su mano en mi brazo. Creo que esperaba que me desmayara, también. Además de estar húmeda, todo parecía estar funcionando. Pero no me molesté en decirle que me soltara, con el agarre que tenía… Di que es una corazonada, pero ella no lo habría hecho de todos modos. Yo había aprendido a discutir cuidadosamente con Claudia, aumenta mis posibilidades de ganar las discusiones.

Claudia medio me guió, medio me tiró al dormitorio. La habitación estaba casi negra con guardaespaldas. Un puñado de camisetas rojas se destacaba como las fresas en un panecillo, aunque los «panecillos» no acababan de cubrir el nivel de preparación cargado de adrenalina. Había tanta tensión que se sentía como si fuera capaz de caminar a través de ella. Algunos de ellos tenían armas de fuego fuera, señalando al suelo o al techo.

Me quedé empapada, buscando en la multitud a Jean-Claude. Como si entendiera lo que estaba haciendo, Claudia dijo:

—Envié fuera a Jean-Claude. Está a salvo, Anita, te lo prometo.

Graham salió de la multitud.

—Pensamos que podría ser un complot para hacerle daño. —Se veía y sonaba bien ahora. No había señales del pánico anterior.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

Me dio una sonrisa perpleja.

—¿No debería ser yo quien preguntara?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo que no tenía nada que ver con estar parada húmeda en un aire tan frío.

—No te acuerdas, ¿verdad?

—¿Recordar qué? —preguntó.

—Mierda —dije.

Claudia me giró hacia ella.

—¿Qué es lo que está pasando, Anita?

—Espera un minuto, ¿de acuerdo?

Su agarre en mi brazo era lo suficientemente tenso como para doler. Probablemente lo habría aplastado si hubiera sido musculosa y humana, pero combina el entrenamiento con ser una mujer rata y era muy fuerte.

—Cuida tu agarre, Claudia —dije.

Ella me dejó ir y se limpió la mano en sus pantalones vaqueros para deshacerse del agua.

—Lo siento.

—Está bien —dije. Un sonido de tela rasgada me llamó la atención a Graham. Jake estaba de rodillas en el armario. Alguien había arrancado su camisa por la espalda. La espalda desnuda estaba sangrando, mucho. Cisco, uno de los más jóvenes de los hombres rata, estaba sacando cristales de la suave piel. Jake era un hombre lobo, y resultó así de herido. Quería decir que si hubiera sido mi espalda, estaría de camino al hospital.

—Gracias, Jake —dije.

—Sólo hago mi trabajo, señora. —Su voz vaciló al final cuando Cisco y otro guardia comenzaron a quitar cristales de él.

—¿Alguien ha comprobado que no haya cristal en su cuero cabelludo? - Preguntó Claudia.

Nadie dijo que sí. Ella gritó:

—Juanito, revísalo.

Juanito era otro guardia nuevo. Había sido presentada a algunos de ellos cuando se habló de que necesitábamos más hombres, pero el hombre alto, moreno, guapo era un extraño para mí. Asentí hacia él, eso era todo. Por lo menos Jake había estado aquí un par de semanas. Juanito significaba «Pequeño Juan», pero no era como su nombre. Tenía seis pies por lo menos, delgado pero musculoso. No era una cosa pequeña, por lo que podría decir.

—No soy médico —dijo.

—No te pregunté —dijo Claudia.

Él se quedó allí mirándola, obviamente infeliz.

—Te di una orden. Síguela —dijo. No había oído ese tono en la voz de Claudia a menudo. Si fuera él, habría hecho lo que ella pedía.

Se movió hacia el hombre lobo arrodillado y comenzó a revisar a través de los rizos mojados. No lo hizo como si su corazón estuviera en ello, sin embargo. Cisco y el otro guardia parecían estar tomando en serio su trabajo.

Graham trajo una toalla del baño y comenzó a recoger los pedazos de cristal con sangre que ya estaban en el suelo. Cisco y los otros comenzaron a dejar los cristales en la toalla. Parecía una lluvia roja y fuerte de pequeños pedazos de granizo.

—¿Qué tan grave es el daño de Jake? —pregunté a Claudia.

—No está mal, pero no queremos que la piel se cure sobre el cristal.

—¿Eso sucede a menudo? —pregunté.

—Muy a menudo —dijo.

Volví a mirar a los hombres y encontré que la espalda de Jake se curaba mientras le miraba.

—¿Soy yo o es una curación rápida, incluso para un cambiaformas?

—No eres tú —dijo Claudia—. Cura más rápido que casi cualquier persona que he conocido.

Los tres guardias buscaban frenéticamente a lo largo de su cuerpo, tratando de mantenerse por delante de su piel, ya que fluía sobre las heridas. Juanito había superado su resistencia y estaba buscando ahora en el pelo de Jake con dedos torpes, desesperadamente buscando a través de los rizos.

—¡No voy a conseguirlos todos! ¡La curación es demasiado rápida!

—Cada cristal que omitas, cortarás para sacarlo —dijo Claudia.

—Mierda —dijo, y trabajó con mayor rapidez.

Jake casi no hizo ningún sonido mientras todos hurgaban en sus heridas. Se quedó en silencio e inmóvil bajo sus manos. Yo habría estado maldiciendo o por lo menos estremeciéndome.

Graham al parecer había recogido todo el cristal perdido que pudo encontrar, porque se limpió los dedos en la toalla y se puso de pie.

—Graham, ¿llevabas un elemento sagrado? —Esperaba que él dijera que no.

—No —dijo.

El alivio me inundó, y me estremecí. Tenía frío por la ropa mojada y la reacción al accidente. No, no era un accidente. El *Harlequin* había tratado de matarme. Mierda. No lo había entendido, incluso con las advertencias de todo el mundo, no lo había entendido. Era como un niño que había empujado a un gatito con un palo y que se encuentra con un tigre mirándole.

—Habla con nosotros, Anita —dijo Claudia.

Había tanta gente en la sala que no todos podían saber sobre el *Harlequin*.

¿Cómo explicar sin explicar?

—Los tipos malos jugaron con Graham, mucho, y él no lo recuerda.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Graham—. Nadie ha jugado conmigo.

—Pregúntale a Clay —dije—. Lo vio, también.

Claudia golpeó la radio en su mano y pidió que Clay se reuniera con nosotros cuando pudiera. Luego se giró hacia mí.

—Desde el principio, Anita, todos los detalles.

—No puedo dar todos los detalles hasta que hable con Jean-Claude.

—Esta mierda de capa-y-espada se está poniendo vieja. —Esto venía de Fredo; delgado, no demasiado alto y peligroso. Era el único hombre rata que llevaba una pistola a veces, pero prefería los cuchillos, muchos de ellos.

—Para mí, también —dije—, pero tenéis que saber lo de Graham ahora, no después.

—Estamos escuchando —dijo Claudia. Estaba muy seria, casi amenazadora. No le gustaba el material de capa-y-espada tampoco. Y no la culpaba.

Se lo conté, aunque lo atenué por el bien de la vergüenza de Graham.

Claudia dijo:

—¿Un vampiro, a la luz del día, desde la distancia, metiéndose con Graham?

—Sí —dije.

—Eso no debería ser posible —dijo.

—No en la luz del día, desde la distancia, no, no debería serlo.

—¿Me estás diciendo que como verdugo de vampiros nunca has visto algo como esto?

Empecé a decir que no, luego me detuve.

—He tenido algunos Maestros de la Ciudad jugando conmigo desde la distancia, cuando estaba durmiendo, y, en su territorio.

—Pero eso fue durante la noche —dijo.

—Es verdad —dije.

Nos miramos la una a la otra.

—¿Estás diciendo que estos chicos…? —Se detuvo.

Esperé a que terminara, y cuando no lo hizo, dije:

—Los objetos sagrados deben ser obligatorios para todos.

—No te ayudó mucho en este momento —dijo.

—Eso les impidió jugar con mi cabeza tan mal como jugaron con Graham. Ni siquiera lo recuerda.

—Sé que no mentirías —dijo Graham—, pero como no me acuerdo, no lo creo.

—Eso es lo que hace tan peligrosos los trucos mentales de los vampiros —dije—. Eso mismo. Si la víctima no recuerda entonces no sucedió.

La voz de Jake llegó con sólo un ligero borde de tensión.

—¿Qué hiciste para hacer que la cruz hiciera esto?

—No fue la cruz —dije.

Hubo un destello de lámina cuando Juanito buscaba entre los rizos oscuros de Jake para ver el sitio correcto. Al parecer, iban a tener que cortar algunos de los cristales. Quería mirar hacia otro lado, pero no podía permitirme hacer eso. Jake se había hecho daño por mi culpa. Lo menos que podía hacer era mirar la limpieza.

—¿Qué fue, entonces? —preguntó entre dientes la última palabra con la hoja cortando en el cuero cabelludo.

—Yo… yo no sé cómo explicarlo.

—Prueba —dijo, con los dientes apretados.

—Traté de luchar con mi nigromancia y, a él no le gustó. —Juanito sacudió la pieza de cristal sobre la toalla con sangre, luego se volvió para buscar a través de los rizos, ahora con sangre.

—¿Él? —preguntó Claudia.

—Sí, definitivamente él.

—¿Le viste? —preguntó Jake, y su aliento salió afilado cuando una pieza de cristal estaba en la toalla.

—No es exactamente ver, pero lo sentí. La energía fue definitivamente masculina.

—¿Cómo era ese hombre? —preguntó Jake, con voz teñida de dolor.

Pensé en ello.

—Me pareció ver una figura masculina durante un instante, y el…

—Casi dije lo de la máscara y me detuve a mí misma. —Pero eso podría haber sido una ilusión. Salvo que el poder se sentía masculino.

—¿Qué más obtuviste? —Su cuerpo se estremeció cuando Cisco trabajó en su espalda, al parecer, buscando más cristal que hubiera perdido. Mierda.

Le respondí, aunque probablemente no debería hacerlo, pero había tomado mi golpe. Me sentía como si se lo debiera.

—Lobo, olía a lobo.

Gritó bajo los cuchillos.

—¡Eso duele!

—Lo siento —murmuró Cisco—. Lo siento mucho.

Juanito dijo:

—Lo tengo. —Levantó los dedos ensangrentados del pelo de Jake.

Algo brillaba en sus manos que no era el cuchillo.

—Esa es la última, todo lo que pude encontrar.

—Espero poder devolverte el favor en algún momento —dijo Jake.

—Si me disculpo como Cisco, ¿sería menos molesto?

—Sí —dijo Jake.

—Bien, me disculpo.

—Lo acepto.

Cisco se movió a su espalda y puso algo que parecía sangre sólida en la toalla.

—Eso es todo por la espalda, también.

—Gracias —dijo Jake. Intentó ponerse en pie, pero cayó frente al armario tan fuerte que se estremeció. Las manos le alcanzaron para ayudarle, cubriendo sus brazos con sangrientas huellas de su propia sangre.

Él los empujó.

—Estoy bien. —Luego cayó de rodillas.

—Ayudadle —dijo Claudia.

Cisco y Juanito llegaron a él de nuevo. Jake les hizo señas para que se alejaran. Caminé los pocos metros para esto. Me arrodillé frente a Jake, para que pudiera encontrar sus ojos sin que él se esforzara. Puso sus ojos marrones en mí. Su rostro apuesto normalmente parecía tenso y cansado. Era demasiado masculinamente atractivo para mi gusto. Me gustaban los

hombres que se veían un poco más suaves, pero todavía podía apreciar la vista. Sólo que ahora a la vista le dolía demasiado para ser admirado.

—Estaría en el hospital o peor ahora, Jake. Gracias.

—Como dije, es mi trabajo —pero su voz estaba tensa.

—Deja que te ayude, por favor.

Me miró durante un largo rato.

—¿Qué piensas que significa el olor a lobo?

—Creo que era el animal para llamar del vampiro. Algunos vampiros huelen a sus animales.

—La mayoría de los vampiros huelen a vampiros para mí —dijo.

—He conocido a un par que olía a sus animales para llamar. —No agregué en voz alta que aquellos habían sido Auggie, Amo de Chicago, y *Marmee Noir*. Auggie tenía aproximadamente dos mil años, y *Mommie Dearest* era más vieja que la suciedad. Lo que puso a este vampiro en compañía muy poderosa.

—Estás pensando en algo, ¿qué es? —preguntó.

Podría no haberle contestado, salvo que había conseguido hacerse daño protegiéndome. Me hizo sentir culpable.

—Que los dos únicos vampiros que he conocido que olían igual que sus animales son Auggie, maestro de Chicago, y la Madre de Toda la Oscuridad.

—He oído hablar de Augustine, pero la Madre de Toda la Oscuridad, no estoy seguro de quién es.

—Ella es la Madre de todos los vampiros —dije.

Sus ojos se agrandaron, y luego se estremeció.

—Mierda poderosa.

—Sí —dije—, mierda poderosa. Deja que te lleven con el doctor, ¿vale?

Él asintió con una pequeña cabezada.

—Está bien.

Cisco y Juanito lo agarraron bajo los brazos. Lo hicieron como si no fuera alto y musculoso, y pesara por lo menos 200 libras. La super-fuerza resultaba útil. De algún modo logró mover sus pies cuando los guardias se separaron y les permitieron pasar. Para el momento en que llegaron a la puerta, Jake estaba caminado casi erguido. Casi.



VEINTE

Esta vez elegí una camiseta color negro, ya que mi último sujetador limpio estaba colgado secándose en el cuarto de baño. Nunca estuve del todo cómoda, sin un sostén. No estaba segura de si el hecho de que la camiseta negra con transparencia estaba lo suficientemente apretada para ayudar a sostener mis pechos fuera algo bueno o no. Creo que hubiera preferido que la camiseta fuera más floja. Estrecha se sentía mejor, pero parecía que lo había hecho a propósito, y no sólo quedarme sin ropa. Además, el ajuste de la pistolera de hombro sin sujetador, si tuviera que sacar la pistola, rozaría el borde de mi pecho. Era una pequeña molestia, pero podría hacer que dudara por un segundo. A veces, un segundo es suficiente para que te maten. Me quedé en el cuarto de baño, malhumorada e incómoda. Era como si mi piel fuera demasiado pequeña. Picaba con vergüenza y la cólera que tragaba. Me revisé, con los mismo «ojos» que te permiten ver imágenes en tu cabeza, porque ese era el lugar donde el *Harlequin* me

había marcado. Se había ido, pero todavía podía ver el lugar como un moretón. Un moretón metafísico, como si su toque me hubiera herido en una forma que duraría.

Me sequé el pelo un poco más con una toalla y, de hecho estrujé algún producto para el cuidado del pelo en los rizos. Estaba medio avergonzada de usar cosas en el pelo, pero Jean-Claude me había convencido de no avergonzarme de mimarme un poco. Todavía se sentía nena hacerlo. ¿Estaba preocupada por el encrespamiento del pelo cuando usas un arma de fuego por lo menos doce de cualquiera de las veinticuatro horas? Parecía que no.

Se oyó un golpe suave en la puerta.

—¿Qué? —pregunté, y hasta a mí me sonaba enfadada. Mierda.

—Lo siento, Anita, pero Jean-Claude me envió a verte.

—Lo siento, Clay, estoy teniendo uno de esos días ya.

—El desayuno está esperando en la sala de estar —dijo a través de la puerta cerrada.

—¿Hay café? —pregunté.

—Fresco, en la sala de descanso de los guardias.

Tomé una respiración profunda, la solté, y fui hacia la puerta. Café. Todo sería mejor después del café.

Esperaba que Graham estuviera con Clay, pero era Sampson. No era un guardia. De hecho, era una especie de príncipe de visita. Era el hijo mayor del vampiro Maestro de Cape Cod, Samuel. Su grupo de vampiros quería un lazo más cercano con nosotros, y una manera de hacerlo era que Sampson hiciera la prueba como mi nuevo *pomme de sang*, manzana de sangre, un amante. Había sido el trabajo de Nathaniel hasta que subió en la estructura de poder como mi animal para llamar. Ahora necesitaba un nuevo bocadillo para morder, me gustara, o no. El *ardeur* necesitaba más alimentos. Hasta ahora me las había arreglado para no tener relaciones sexuales con Sampson. Desde que estaba casi tan avergonzado por toda la situación como yo, así, no era tan difícil de evitar. No era que no fuera guapo. Era alto, de hombros anchos, con una caída de rizos oscuros que eran idénticos a los de su padre. Incluso tenía los ojos color avellana de su padre. De hecho, era uno de esos hijos que hacía parecer que su padre se había clonado, excepto que era unos cuantos centímetros más alto, y más suave de alguna manera. Pero Samuel tenía más de mil años de antigüedad. No sobrevives tanto tiempo en la sociedad vampiro por ser suave.

Ciertamente, no se convirtió en Maestro de la Ciudad siendo suave, y seguro como el infierno que no se quedó allí por ser cualquier cosa menos duro.

Sampson me sonrió, y era una sonrisa agradable, juvenil, un poco tímida. Llevaba una camisa blanca con las mangas y cuello suelto. La camisa estaba metida dentro de los pantalones de vestir. Estaba descalzo. Su madre era una ninfa del mar, una sirena, y esto hacía que Sampson reaccionara más como un cambiaformas a veces. No le gustaban los zapatos, a pesar de que le gustaba la ropa más que a mis amigos peludos. ¿Tal vez el agua era más fría?

—Estamos faltos de personal, ¿te acuerdas? —dijo Clay.

—Recuerdo. —A pesar de que no estaba feliz por ello.

—¿Soy una decepción tan grande? —preguntó Sampson, pero amplió su sonrisa y sus ojos brillaron con ella. Nunca parecía tomar mi mal humor de manera personal. Por supuesto, había conocido a su madre, Thea. Era como el océano; un minuto en calma, elevándose a matar al siguiente. Creo que había roto con el tipo de idea que las mujeres eran malhumoradas.

—Gracias por ser voluntario para ser alimento, así los guardias de camisa roja podrán estar en otra parte —dije, y mi voz sonó bien seca y sarcástica.

—Escuché que ya habías alimentado el *ardeur* —dijo.

Asentí.

Me ofreció su brazo.

—Entonces, permíteme que te acompañe hasta tu amo, y la comida de verdad.

Suspiré, pero le tomé del brazo. Sampson se suponía, había sido un préstamo a corto plazo. Para la comunidad de vampiros más grande, nos visitaba para probarse para el cargo de *pomme de sang*. Eso era una verdad a medias. La otra mitad era que su madre era una sirena, y la última de su especie. Era una reina genética entre los tritones, mágica, poderosa, y la mayoría de su magia era de naturaleza sexual. Todas las ninfas del mar pueden ser atractivas para los mortales, pero las sirenas pueden obligarte a destruir tu barco. Podían llamar al mar y ahogarte y lo disfrutarías. Eran una especie de maestros vampiros, excepto que son más especializados, y más raros. Como he dicho, Thea era la última de su especie, a menos que sus hijos pudieran ser traídos en su pleno poder.

El problema era que la única manera de lograr traer a una sirena en su

poder era el sexo con otra sirena. Desde que Thea era la última de su especie y sus hijos eran el último potencial de su linaje, bueno, era demasiado Rey Edipo para ser cómodo.

Realmente no tenía ningún problema con hacer ella misma la tarea. Había sido adorada como diosa, una vez hace unos pocos miles de años. Los dioses y diosas se casaban entre sí todo el tiempo, o por lo menos follaban. Pero Samuel, aunque tenía un millar de años, era más convencional. Le dijo que si se acercaba a Sampson de nuevo para ello, la mataría. Por otra parte, si se acercaba a sus hijos gemelos de diecisiete años de edad en absoluto, la mataría. Una vez más, la tragedia griega. Pero si sus hijos pudieran ser tan poderosos como Thea, o cerca, incluso, de repente la familia de Samuel dominaría la costa este. Sólo lo haría. Ellos eran nuestros aliados y amigos. Jean-Claude había llamado amigo a Samuel por unos pocos siglos. Que fueran poderosos no parecía una mala idea.

La idea era que el *ardeur* era bastante similar al poder de las sirenas, por lo que podría ser capaz de llevar a Sampson a su cubierta de sirena. Si pudiera, muy bien. Si no podía, entonces Thea había prometido dejar a sus hijos solos y aceptar que ella era la última de las sirenas. Que sus hijos fueran mitad humanos, o medio vampiros, dependiendo de cómo se mirara, significaba que no eran suficientes sirenas como para ser como ella. ¿Ves por qué había aceptado mantener a Sampson alrededor por un tiempo? Quiero decir, era como su única oportunidad para evitar una tragedia familiar de proporciones épicas. Pero aún así me hacía sentir sofocada.

Pero deslicé mi brazo izquierdo por su brazo. Dejé que me llevara hacia la puerta, con Clay por delante de nosotros haciendo de guardaespaldas. Aunque, francamente, ya que era la única armada, no me sentía tan protegida. El único lobo que había visto con un arma de fuego había sido Jake. Jake tenía una formación militar, por lo que Richard le había dado permiso para llevar armas. Pedí permiso a Richard para tomar algunos de los guardias lobo para el campo de tiro y ver quién podía manejar un arma. Él había dicho que lo pensaría. No tenía ni idea de por qué tenía un problema con que los hombres lobo manejaran armas, pero era Ulfric, el rey lobo, y su palabra era ley. Yo era Lupa, pero en la sociedad lobo es más como una super-novia. No era una reina, y no éramos iguales. Prefería la sociedad de leopardo, era menos sexista. Nimir-Ra era realmente igual a Nimir-Raj.

Todavía estábamos en el pasillo de piedra, con las paredes cubiertas de

la sala de estar a la vista, cuando oí voces suficientes como para saber que eran muchos más que Jean-Claude esperándome. Clay levantó a un lado el derrame de grandes cortinas que formaban las paredes del salón para que Sampson y yo pudiéramos entrar.

Jean-Claude y Richard tuvieron que darse la vuelta en el sofá para verme entrar. La cara de Jean-Claude se mantuvo agradable y daba la bienvenida cuando se puso de pie. La cara de Richard se nubló, su mirada se agitó de Sampson a mi brazo. Richard luchó por controlar sus emociones, el esfuerzo era visible en su cara y en el conjunto de sus hombros, la forma en que sus manos se flexionaban. Aprecié que estuviera intentándolo.

Agradecí el esfuerzo lo suficiente como para soltar el brazo de Sampson e ir con Richard. Me incliné sobre el sofá y le di un beso en la mejilla. Pareció sorprendido, como si hubiera pasado mucho tiempo desde que lo había besado a él primero. Había, después de todo, muchas opciones. Micah estaba de pie cruzando la sala, dejando su plato sobre la mesa de centro de cristal con el resto de alimentos que alguien había traído bajo tierra. Nathaniel estaba sentado en el suelo junto a la mesa. Me sonrió, pero se quedó dónde estaba. Esperaría su turno para el saludo. Fui hacia Jean-Claude después porque estaba más cerca. Si estuviéramos haciéndolo formal, nos saludaríamos más formalmente, pero en el desayuno con sólo nosotros tratábamos de no sudar por los detalles. Sampson había sido educado en el beso vampiro de la vieja escuela, lo que significaba que todos hicieran la versión Miss Manners, estilo vampiro, no importa la hora o el evento. Mediante estas normas, había cometido ya tres errores. Uno, que había soltado el brazo de Sampson. Te quedas en el brazo de tu acompañante hasta que alguien más poderoso te separe de ese brazo, o hasta que tu acompañante te presente a alguien con quien estuviera dispuesto a dejarte. Dos, que había saludado a alguien en la sala antes de que hubiera saludado al Maestro de la Ciudad. Tres, que había recibido a un gobernante hombre animal antes de saludar al vampiro de más alto rango en la sala. La vieja escuela significaba que no había nadie más importante que los vampiros. La excepción a esta regla en la casa de Sampson era su madre, Thea. Técnicamente eran los animales para llamar de Samuel, pero si el padre de Sampson tenía alguna debilidad era Thea, por lo que no hizo caso bajo su cuenta y riesgo. Ella era la reina para el rey de Samuel, no importa lo que digan las reglas de los vampiros.

Jean-Claude estaba en una de sus camisas blancas muy formal, con una verdadera corbata sujeta con un alfiler de plata y zafiro en el pecho. Se había puesto incluso una chaqueta de terciopelo negro con botones de plata a juego. Era muy militarista. La camisa la había visto antes, o una parecida, la chaqueta era nueva para mí, al menos. No lo había visto todavía, pero estaba bastante segura de que en algún lugar en el subsuelo había una enorme sala llena de nada más que ropa de Jean-Claude. Los pantalones eran realmente de tela, pero más ajustados que cualquier par de pantalones de vestir que hubiera visto nunca. Los pantalones apretados suavizados en las botas hasta el muslo, que eran negras y de cuero, y tenían hebillas de plata por un costado desde el tobillo a la mitad del muslo. Estaba demasiado vestido para sólo un desayuno familiar. Cuando me tomó en sus brazos, los rizos aún húmedos de la ducha me rozaron la cara. Si se tomaba el tiempo para bañarse, se tomaría el tiempo para secar su pelo.

—Pareces tensa, *ma petite* —susurró en mi propio pelo húmedo.

—Estás demasiado bien vestido para el desayuno, y tu pelo aún húmedo, lo que significa que te vestiste a toda prisa. ¿Por qué la prisa?

Me besó suavemente, pero no cerré los ojos o me relajé en el beso. Suspiró. Eres muy observadora para la comodidad, a veces, *ma petite*. ¿Nos vas a permitir terminar el desayuno antes de que hablemos de negocios?

—¿Qué negocios? —pregunté.

Micah se acercó a nuestro lado. Fui de los brazos de Jean-Claude a los suyos, y encontré que Micah, también estaba vestido demasiado bien. Estaba en pantalones de vestir gris marengo y una camisa de seda verde pálido, dentro de los pantalones. Incluso usaba zapatos brillantes de vestir que eran un tono más oscuro que el pantalón. Alguien le había hecho una trenza francesa en el pelo aún húmedo, que daba la ilusión de que tenía el pelo muy corto y muy cerca de la cabeza. Dejó su rostro al descubierto, por lo que todo lo que pude ver fue lo muy bonita que era. Los huesos de su cara eran malditamente femeninos. De alguna manera con algunos de sus rizos para distraer el ojo no lo había notado tanto. La camisa amarilla verdoso hizo de sus ojos verdes, verdes como el agua del mar con la luz solar a través de ella, maravillosamente verdes con la luz de oro atrapada en ellos.

Tuve que cerrar los ojos para decir:

—¿Qué negocio?

—Rafael ha solicitado un desayuno de trabajo —dijo Micah.

Eso me hizo abrir los ojos.

—Clay me dijo que Rafael solicitaba algo más que dinero por los guardias extra.

Micah asintió.

—Rafael es nuestro aliado y nuestro amigo, ¿verdad? ¿Por qué estáis bien vestidos y serios por ello? —Miré alrededor de la habitación. Cuando vi a Claudia, ella miró hacia otro lado. Parecía incómoda, como si todo lo que Rafael quisiera la avergonzara. ¿Qué diablos podía ser?

Nathaniel vino hacia nosotros, con el pelo hasta los tobillos, suelto y todavía pesado con agua. Lo había secado, pero tomaba un tiempo para que el pelo abundante se seque por completo. Estando mojado, el pelo parecía más un simple color marrón oscuro que el caoba casi cobrizo que era. Todavía estaba llevando el almohadón del sofá sobre el que había estado equilibrando su plato, aunque la bandeja estaba en la mesa. Llevaba el cojín delante de su cintura y la ingle. Todo lo que podía ver por debajo del cojín era un par de botas de cuero de color crema que le llegaban a la mitad del muslo.

—¿Qué no te has puesto detrás de ese cojín?

Tiró el cojín detrás de él con un gesto y una sonrisa. Llevaba un tanga que coincidía con las botas, y eso era todo. Lo había visto con el conjunto antes, pero nunca tan temprano en la mañana.

—No es que no me guste la vista, porque lo hace, pero ¿no es un poco temprano para llevar fetiche?

—Todas mis camisas de vestir aquí son de seda. Mi cabello está tan húmedo que se manchan. —Se presionó en mis brazos y mis manos el pesado pelo que encontraba en todas las curvas todavía estaba muy húmedo, tan húmedo que la piel de su espalda desnuda estaba fresca y ligeramente húmeda al tacto. Tenía razón, la seda se habría arruinado. Mis manos se curvaron más abajo hasta que encontré la redonda y apretada desnudez de su trasero. Flexioné mis manos y tuve que cerrar los ojos y respirar antes de que pudiera decir, ¿Por qué usas esto para una reunión con Rafael?

Micah respondió:

—Pensamos que podría recordar a Rafael qué es exactamente lo que significa estar cerca de nosotros. Se rumorea que es la vainilla.

Me alejé de Nathaniel, porque tenía problemas para pensar cuando tocaba a alguno de mis hombres desnudo.

—Dilo de nuevo.

La voz de Richard era tan infeliz que supe que las noticias eran malas. -¿Rafael te quiere, también?

—Estoy perdida —dije.

—Rafael se ha presentado como candidato para ser tu nuevo *pomme de sang*, dijo Jean-Claude, su voz suave y agradablemente vacía como podía serlo.

Sólo le miré boquiabierta. Ni siquiera podía pensar en otra cosa que decir.

Nathaniel me tocó la barbilla y cerró mi boca, con suavidad. Me besó en la mejilla, y dijo:

—Está bien Anita.

Tragué saliva y enfrenté esa mirada pacífica. Sonrió suavemente hacia mí. Negué con la cabeza.

—¿Por qué iba a hacer esto? Rafael no hace nada sin una razón.

Claudia se aclaró la garganta rápidamente. Todos se volvieron hacia ella. Parecía más avergonzada de lo que alguna vez la había visto.

—Tiene miedo de que los lazos de Asher con los hombres hiena les hará tener lazos más estrechos con Jean-Claude que nosotros, las ratas.

—Él es mi amigo —dijo Richard—. No soy amigo del líder de los hombres hiena.

—Pero Rafael no es amigo de Jean-Claude, o Anita. Sólo tiene un acuerdo comercial con ellos. Asher es su amante, y su animal para llamar ahora es la hiena, por lo que hace a las hienas más esenciales para sus planes que nosotros.

—Las ratas son nuestros aliados y amigos —dije—, y no tengo nada personal con las hienas, pero confío en las ratas un infierno mucho más en uno-a-uno como guardias que en la mayoría de las hienas.

Claudia asintió.

—Con pocas excepciones las hienas son los músculos de aficionados, y Rafael no contrata a los aficionados.

—Sois importantes para nosotros, Claudia. ¿Dónde diablos consiguió Rafael la idea de que le echaríamos por Narciso? —pregunté.

Encogió los hombros musculosos maravillosamente tanto como los músculos lo permitían.

—Él quiere un lazo más cerca a Jean-Claude, eso es todo lo que sé.

Miré a Jean-Claude y Richard.

—No tengo que hacer esto, ¿verdad?

—No, *ma petite*, no tienes, pero hay que escuchar su caso para ello. Estoy de acuerdo con no hacerlo. Creo que los otros hombres animales lo tomarían a mal si haces del rey de alguien tu nuevo *pomme de sang*.

—Los otros hombres animales ya están celosos de las relaciones de Anita con los hombres leopardo y los lobos —dijo Sampson. Había caminado a nuestro alrededor para servirse él mismo su comida y tomar una de las sillas junto a la chimenea. Había una especie de olvido de que él estaba allí. Tenía esa capacidad de mezclarse con la madera cuando quería. No es magia, sólo tacto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. Esos son nuestros animales para llamar. Se supone que tienen un lazo más fuerte con nosotros.

—Es cierto, pero tú, Anita, llevas la cepa de león y al menos una cepa de otros licántropos. Hay algunos en la comunidad que creen que saben por qué los médicos no pueden identificar a esa cuarta cepa en tu cuerpo. —Tomó un bocado de croissant, y de repente estuve hambrienta. Con todo lo que estaba pasando, mi estómago rodó y me dejó saber que había otras hambres, además del *ardeur*.

—¿Cuál es su teoría? —pregunté. Fui a la mesa y comencé a poner comida en uno de los platos de porcelana blanca. Teníamos comida para llevar todas las mañanas, pero por Dios que comíamos en platos reales con plata real. Aunque la plata era en realidad bañada en oro, por lo que no había ningún problema con todos los que usan los utensilios. La plata real puede quemar la piel de un licántropo. No quemarse, en una ampolla, sino se puede quemar como en picor y dolor.

—Quimera te atacó en forma de león, lo que explica la licantropía león, pero también era un conjunto de seres. Has discutido que es posible que puedas agregar nuevos tipos de licantropía hasta que cambies de forma, por primera vez, ¿no? —preguntó Sampson.

—Sí, lo hemos discutido, como una teoría —dije.

—A algunos en la comunidad cambiaformas les gustaría que trataras de tomar el mayor número de sus animales como puedas antes del cambio, por lo que tendrían una alianza más estrecha con Jean-Claude.

Miré a Claudia.

—¿Es eso cierto? ¿Las personas lo han sugerido?

—Se ha hablado.

—¿Es eso realmente lo que Rafael quiere? —pregunté—. ¿Quiero

decir, él sabe que Richard y yo no queremos ponerle en mi cama, pero es sólo una artimaña? ¿Él ofrece sexo, digo que no, y entonces hace una contrapropuesta de lo… tratando de darme la licantropía rata —base?

—No estoy segura de lo que piensa decir —dijo.

Miré a Sampson.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Me crié en lo que equivale a una corte real, Anita. Vives y mueres en tu información de inteligencia.

—Me he dado cuenta de que Sampson tiene una habilidad casi sobrenatural para provocar las confidencias —dijo Jean-Claude.

—¿Tú los has rodado con trucos sirena? —pregunté.

Se encogió de hombros y tomó otro bocado de croissant.

—Usar trucos mentales en las personas sin su permiso está penado por la ley, dije.

—La ley efectivamente establece que es ilegal el uso de trucos de vampiros, la telepatía, o la brujería para obtener información sin permiso. No estoy usando ninguno de los tres.

—Podría hacer un caso judicial de que el poder de la sirena es una forma de telepatía.

—Pero no estoy leyendo sus mentes, están ofreciéndome información. No es telepatía en absoluto. Además, esto no es un juicio, se trata de nadar a través de las rocas en tu camino.

—¿Y tienes alguna sugerencia? —dije, y dejé que sonara tan sospechoso como quería.

Se rió y se limpió las manos en la servilleta blanca en su regazo.

—Puedes evitar la cuestión sexual, diciendo que soy el próximo candidato, lo cual es cierto. No puedo simplemente dejar mi lugar como el próximo en tu cama. Su rey sabe que soy el hijo mayor de otro Maestro de la Ciudad, y tengo preferencia en la reclamación a tu afecto.

—Y te llevará antes a su cama —dijo Richard, que sonaba sospechoso, también.

Sampson le dio una mirada paciente con sólo un borde de impaciencia.

—He estado aquí desde hace meses y no presioné mi demanda. En parte porque, hasta que Anita trate de traerme a mis habilidades de sirena, mi madre va a dejar solos a mis hermanos. No estoy en absoluto convencido de que el *ardeur* se parezca bastante a los poderes de mi madre, para que Anita me pueda despertar a mis otros poderes. Si me acuesto con

Anita y no funciona, entonces mi familia estará de regreso en el mismo problema.

—Tu madre prometió que si no podía traerte a tu cubierta de sirena, aceptaría que era la última sirena, y los dejaría a ti y a tus hermanos solos.

Se echó a reír y sacudió la cabeza.

—No es humana, Anita, o un vampiro, su palabra no significa tanto como crees que significa, ella quiere que seamos sirenas y no creo que vaya a aceptar su fracaso con gracia, pero desde que estoy aquí intentándolo, entonces va a esperar.

—Y va a dejar a tus hermanitos solos —dije.

Asintió.

—Pero mi madre no va a esperar para siempre, Anita. Una de las razones por las que negoció a Perdita como donante de sangre era que entonces Perdy podría mantener un ojo en mí.

—¿Es una espía? —Lo hice una pregunta.

—Sé que está disfrutando de su cita con Jason, pero sí, es una espía. Mi padre va a aceptar y alentar que he sido un caballero sobre todo, pero mi madre va a perder la paciencia con ello.

—Podemos enviar de vuelta a Perdita cuando vayas —dijo Richard.

—Me está espiando, no a ti.

—Tu madre no confía en que no eludirás esto —dije.

—No, no lo hace. Sabe lo mucho que quiero evitar hacer cualquier cosa que obligue a mi padre a matarla. Él la adora, pero si fuerza el sexo en mí o mis hermanos, hará lo que prometió. Va a matar a la mujer que ama por encima de todo. Esto lo destruiría, y a nuestra familia.

—Has sido muy paciente —dijo Jean-Claude.

Quería discutir, pero no pude. Asentí.

—Lo has sido.

—Entonces sólo con eso consigue follarte —dijo Richard.

Suspiré.

—Lo has hecho muy bien hoy, Richard. No lo estropees.

—¿Y cómo te sentirías si tomo una de las mujeres aquí en el subterráneo para tener relaciones sexuales mientras tú follas con Sampson?

Le miré. Pensé en varias cosas que decir, ninguna de ellas útiles.

—No te gustaría, ¿verdad? —dijo.

—No —dije, sin saber qué más decir.

—Entonces, no esperes que me guste compartir.

—No espero que te guste, Richard. No creo que a Jean-Claude le guste tampoco, o a Micah. —Miré a Nathaniel. Fruncí el ceño y sonreí.

—Me gusta compartir —dijo con una sonrisa.

—Bien por ti —dijo Richard—. A mí no.

—Estás teniendo relaciones sexuales con las mujeres humanas con las que sales —dije.

—Algunas de ellas, sí.

—Lo estás haciendo por elección, yo estoy haciendo esto porque tengo que hacerlo.

—Todavía lo disfrutas —dijo.

—¿Serías más feliz si el sexo fuera malo?

—Sí. —Se puso de pie, y me dejó ver por fin que llevaba pantalones vaqueros y una bonita camiseta roja. Probablemente se había negado a llevar fetiche, y no pensé que tuviera alguna ropa de vestir aquí—. Sí, me haría sentir mejor si supiera que no lo disfrutarías.

—No sé qué decir a eso, Richard, realmente no lo hago.

—No estoy teniendo relaciones sexuales con nadie más que Anita y no tengo ningún problema con esto —dijo Micah.

—No, por supuesto que no, porque eres perfecto —dijo Richard.

Micah me miró, como si preguntara cuanta discusión tendría.

—No discutas —dije—. Vamos a comer, entonces vamos a hablar sobre qué decir a Rafael.

—Y sólo porque ella dice 'no pelees‘ no pelearás, ¿lo harás? —preguntó Richard.

—Por lo general, no —dijo Micah.

—A veces, Micah, te odio —dijo Richard.

—Es recíproco —dijo Micah con una sonrisa.

El poder de Richard palmeó a lo largo de mi piel como pequeños mordiscos de calor. Pero Micah estaba más cerca, y cuando encendió su poder también, fue como estar demasiado cerca de un horno abierto.

—Ya basta, los dos.

—Mon chat, *mon ami*, no tenemos tiempo para esto.

—Yo no soy tu amigo —dijo Richard—. Soy tu lobo para llamar, pero eso no nos hace amigos.

Jean-Claude tomó una respiración profunda, la soltó, y se quedó muy quieto. Todavía de esta manera que los antiguos podían hacer, por lo que sentías que si mirabas hacia otro lado desaparecerían, a pesar de que

estaban allí. Su voz cuando lo intentaba era neutral, agradable, de una forma vacía, impersonal. Como quieras, Richard, *mon chat* y *mon lupe*, no tenemos tiempo para esto.

Richard se volvió hacia él, su poder llenó la habitación como agua de baño caliente que se había ido de las manos. Pensarías que estabas teniendo un buen baño relajante, y de repente te estabas ahogando. Mi pulso se aceleró, y agitó el lobo dentro de mí.

Cerré los ojos y comencé a respirar profundamente e incluso, respirando desde las planta de los pies a la parte superior de mi pecho. Respiraciones profundas de limpieza, para tranquilizar el movimiento todavía muy dentro de mí. Aislándome de lo que Richard estaba haciendo. Era su poder, no el mío. No tenía que responder a él. Una parte de mí lo creía, pero parte de mí lo sabía bien. Su poder y el mío se habían casado con demasiada fuerza.

—No me llames así —dijo Richard.

—Si sólo eres mi lobo para llamar y no eres mi amigo, entonces, ¿qué más puedo llamarte? —La voz de Jean-Claude era muy plana cuando lo dijo. Me di cuenta de repente que estaba enfadado, también. ¿Enfadado con Rafael? ¿Enfadado con el *Harlequin*? ¿Enfadado con todo?

—Ni eso, no sólo lobo.

—Tomas como insulto lo que no lo es, pero si me encuentras insultante cuando no lo intento, entonces tal vez debería esforzarme más para insultarte a propósito.

El sonido de la pesada puerta externa golpeó ruidosamente en el pesado silencio. Esto me hizo saltar.

—Rafael está aquí —dijo Claudia. Su voz logró sonar aliviada y preocupada al mismo tiempo, como si estuviera feliz de cortar la breve lucha, pero preocupada de lo que su rey iba a hacer.

Richard estaba mirando a Jean-Claude, y el vampiro por fin dejó mostrar la rabia en su rostro cuando Rafael caminó a través de las cortinas hasta el lugar. Rafael era alto, moreno y guapo. No había absolutamente nada de malo en sus seis pies, el hombre hispano oscuro en su traje bien cortado. Había dejado fuera la corbata, para que la camisa de vestir blanca enmarcara el hueco de su cuello como una invitación. Ese último pensamiento no sonaba mío. Eché un vistazo a Jean-Claude, preguntándome si era suyo. Se había alimentado de la sangre de alguien hoy, me di cuenta que mucho, pero sabía que a veces codiciaban la sangre

poderosa de la manera en que otros hombres codiciaban a las mujeres bonitas. Lo que no había sabido hasta ese momento era que codiciaba a Rafael como alimento.

Otra sorpresa estaba detrás de él. Louie Fane, el Dr. Louie Fane, profesor de biología en la Universidad de Washington, y el compañero de una de mis mejores amigas. Ronnie, Verónica Sims, probablemente me hubiera dicho que novio sonaba demasiado a escuela secundaria. Ella habría preferido probablemente el término amante, pero era mi diálogo interior por lo que podía usar las palabras que quisiera. Además continuaba la campaña de Ronnie, porque en su relación con Louie, el sexo y no la emoción era su problema, no el mío. Aunque a veces lo hacía mío.

Louie medía cinco pies y seis pulgadas, delgado, pero no se veía débil. Hoy sus brazos estaban cubiertos, pero cuando estaban desnudos se veían los músculos bien definidos en sus antebrazos. Su pelo lacio y oscuro, y corto, recientemente, porque lo había visto la semana pasada y había pasado sus orejas, y ahora no. Su rostro era ligeramente cuadrado, casi el único indicio de que su madre había sido de Ecuador. Eso y los ojos negros, más oscuro aún que los míos.

Me sorprendió ver a Louie. No sé por qué, él era el segundo de Rafael al mando. ¿Cómo un profesor universitario afable llega a ser segundo en un grupo de animales compuesto en su mayoría de meros ex criminales? Siendo inteligente y no tan suave como parece.

—Rafael, rey de la Rodere de St. Louis, bienvenido —dijo Jean-Claude. La formalidad del saludo marcó la pauta.

—Jean-Claude, Maestro de la Ciudad de St. Louis, tengo el honor de haber sido invitado a su casa. —Su mirada fue a Richard—. Ulfric del Clan Thronnos Rokke, amigo y aliado, gracias por recibirme tan temprano en el día.

Estaba lo bastante cerca para oír la ingesta aguda de respiración, y pensé que Richard iba a decir algo con ese aliento casi violento, pero dejó salir el aire lentamente. Se estremeció un poco a su salida, y habló casi con normalidad. Rafael, Rey de las Ratas, amigo y aliado, hay un montón de alimento, sírvete tú mismo.

—Gracias —dijo Rafael, y una cierta tensión que no había notado salió de sus anchos hombros, como si se hubiera preocupado por la reacción de Richard, también.

Louie fue hacia Richard, e hicieron ese apretón de manos/ abrazo de

chicos, donde agarras los antebrazos y das una palmada en los hombros. Le oí decir, Perdón por esto.

Si Richard dijo algo, no lo oí, porque Micah estaba hablando con Rafael.

—¿Son los leopardos tan poco importantes que ni siquiera saludas a su rey o reina?

De todas las personas en la sala, no esperaba problemas de Micah. Desde la mirada en el rostro de Rafael, él tampoco.

—No quise cometer ninguna falta de respeto, Nimir-Raj.

—Sí, lo hiciste —dijo Micah.

—Micah… —dije.

Él negó con la cabeza hacia mí.

—No, Anita, no podemos permitir que un insulto como éste se vaya. No podemos.

Richard dijo:

—¿Por fin encontramos algo por lo que vale la pena luchar, Micah?

Le dio una mirada fría a Richard.

—¿Qué harías si Rafael te hubiera ignorado y saludara a todos los líderes en la sala?

La ira brilló en el rostro de Richard, luego, se suavizó.

—No me gustaría.

—Jean-Claude, es necesario enseñar a tus gatos mejores modales —dijo Rafael.

Eso me llamó la atención, y no en el buen sentido. Me paré al lado de Micah. Nathaniel se movió con nosotros, aunque un poco detrás. Éramos el rey y la reina; no te enfrentas con la realeza, incluso si vivías con ellos.

—No somos mascotas —dije.

—Tú eres la siervo humano de Jean-Claude, y los leopardos no tienen conexión con el Maestro de la Ciudad, excepto a través de ti, Anita. No están vinculados directamente a los vampiros de esta ciudad.

Sentí un movimiento alrededor de nosotros los guardaespaldas se movieron nerviosos. Rafael ni siquiera los miró. Yo lo hice. Miré a Claudia, y ella se sonrojó realmente.

—¿De qué lado estarás si las banderas suben? —pregunté.

—¿Realmente crees que podría desafiarme? —dijo Rafael, y parecía divertido. No le hice caso y seguí con mi mirada en Claudia. Micha tenía su atención en Rafael, y supe que él me dejaría saber si tenía que mirar al

hombre grande.

—Vamos, Claudia, Fredo, hablad conmigo. Sois nuestros guardaespaldas, pero él es el rey. ¿Si va mal, podemos contar o no con vosotros?

—Ellos son mi pueblo —dijo Rafael—. Me deben su lealtad.

Finalmente le miré. No era una mirada amistosa.

—Entonces necesitan salir de esta sala, ahora. Necesitamos hienas y los lobos aquí y ahora.

—Ellos no son rivales para mi pueblo —dijo Rafael.

—Tal vez no, pero por lo menos puedo confiar en que brincarán.

Clay había golpeado su radio e hizo mi solicitud resignado.

Rafael miró a Jean-Claude.

—¿Están los leopardos a cargo aquí, Jean-Claude? Es lo que había oído, pero no lo hubiera creído. —Se había alejado de nosotros como si no le importara.

Tenía unas ganas terribles de sacar mi pistola, pero sabía que nunca lo conseguiría a tiempo. No con Claudia y Fredo en la sala. Y además, realmente no le dispararía por un insulto, y nunca saco un arma de fuego a menos que esté dispuesta a utilizarla. No estaba dispuesta a usarla, pero estaba realmente queriendo una forma de limpiar esa arrogancia de la cara de Rafael.

Los lobos y las hienas se derramaron en la sala, a la carrera. Ahora había más de nuestra gente en la sala que hombres rata. La opresión en el estómago se alivió un poco.

—Rafael —dijo Richard—, ¿por qué haces esto?

—¿Hacer qué? —preguntó—. ¿Tratar a los leopardos como el poder menor que se supone que son?

Richard dejó que su rostro mostrara la sorpresa que sentía.

—¿Estas intentando intencionadamente provocar a Anita?

—He venido a negociar con el Maestro de la Ciudad y su triunvirato de poder. Su animal para llamar y su criado humano.

—También soy la reina leopardo, y ellos son mis animales para llamar —dije. No se puede insultar a la mitad de mi base de poder, mientras intentas negociar con la otra mitad.

—Exactamente —dijo Rafael.

—¿Qué? —pregunté.

—Has hecho tu punto, Rafael —dijo Jean-Claude.

Miré de uno al otro.

—No a mí, no lo tiene.

—Estoy confundido, también —dijo Richard.

—He trabajado durante años para construir a los hombres rata en una fuerza a tener en cuenta, negociando como una fuerza que no será tratada a la ligera. A pesar de que pueda no gustarme Narciso, a su manera, también ha construido a los hombres hiena en una fuerza a tener en cuenta. —Hizo un gesto hacia nosotros, los únicos tres leopardos en la sala—. Los leopardos eran los juguetes de los lobos cuando Raina era su lupa. Gabriel, el líder de los leopardos, era su peón. Entonces Anita los mató a ambos. Ella se convirtió en lupa para los lobos y trató de proteger a los leopardos. Estaba feliz de que los leopardos tuvieran un verdadero protector, alguien que no sólo los utilizara. Ningún grupo se merece el trato que sufrió a manos de Gabriel. —Caminó hacia nosotros, poco a poco, nada amenazante en ese movimiento, pero luché contra la urgencia de dar un paso atrás. De alguna manera no estaba segura de que quería acercándose a mí, a nosotros.

Rafael habló con calma mientras se movía hacia nosotros.

—Entonces Anita se convirtió en algo más que un humano con poderes extraordinarios. Por lo que todos cuentan, realmente puede ser un cambiaformas una de estas lunas.

—¿Y qué? —pregunté—. ¿Y si finalmente cambio a un verdadero peludo?

—El leopardo no es el animal para llamar de Jean-Claude, es tuyo. Sin embargo, no eres un vampiro. Eres la reina leopardo, pero no una mujer leopardo. Eres Lupa de los lobos, pero no un hombre lobo. Ahora los leones son tuyos para llamar. Si José y su orgullo sólo te dieran a alguien digno de elegir, habría otro animal para unirse a ti. Los leones son más débiles aún que los leopardos, pero si encuentras una pareja entre ellos, se moverán hacia arriba, serán poderosos, y no se lo merecen.

Estaba empezando a ver cuál era su punto, e incluso entender por qué se había presentado a sí mismo como alimento.

—Uno hace todo de acuerdo a las reglas —dije—, y entonces este comodín metafísico viene de la nada y de repente los grupos de animales que son débiles por sus normas tienen más vínculos con Jean-Claude. Los leopardos son un grupo pequeño, pero son íntimos de los vampiros, por lo que son poderosos. ¿Crees que lo mismo sucederá con los leones?

—Sí —dijo Rafael.

—Hablas en serio acerca de ser el *pomme de sang* de Anita —dijo Richard, porque es la única manera que puedes ver para acercarte a la estructura de poder.

Rafael asintió y miró al otro hombre.

—Lo siento, amigo mío, pero si no puedo garantizar la seguridad de mi gente a través de la fuerza de las armas y los métodos tradicionales, entonces estoy dispuesto a prostituirme a mí mismo por su seguridad.

—No tengo a los leopardos por encima de ti en estima —dijo Jean-Claude.

—Si hubiera una elección entre salvar a las ratas y salvar a los leopardos, ¿a quién elegirías?

—No habrá una elección así —dijo Jean-Claude.

—Tal vez no, pero podría ser una opción entre las hienas y las ratas. Narciso no es mi amigo, y ahora son los animales de Asher para llamar, es su pueblo.

—Asher no es el amo aquí —dijo Jean-Claude.

—No, pero lo amas, le has amado durante siglos. Es un lazo poderoso, Jean-Claude. ¿Si Asher te susurrara dulcemente lo suficiente, te negarías a él y a sus animales? ¿O te pondrías de su lado sobre mi pueblo?

—¿Estás planeando desafiar a las hienas a una guerra? —preguntó Jean-Claude casi en tono de broma.

Pero sabía que el tono de voz, era el tono que utilizaba cuando estaba preocupado de que tuviera razón.

—No, pero no somos los animales de cualquiera de vosotros —dijo Rafael.

—Nuestro señor no iniciaría una guerra con vosotros, rey de las ratas. —Esto vino de Remus.

Rafael sacudió la cabeza.

—Eres una de las razones por las que me temo una guerra, Remus. Cuando el Oba, tu líder, sólo reclutaba artistas marciales y levantadores de pesas, bastante músculo que nunca había conocido una verdadera lucha sin árbitros, no me preocupé, pero eres algo real, Remus. Ha contratado a varios ex militares, ex-policías.

—Lo hizo por lo que sucedió cuando se hizo cargo Quimera de sus hombres —dije—. Narciso aprendió la diferencia entre un gorila y un soldado. Lo aprendió de la manera difícil. Perdió una gran cantidad de sus

hombres por Quimera.

—Y mataste a Quimera por él —dijo Rafael, y me dio toda la atención de sus ojos oscuros.

—Lo maté por todos nosotros. No habría dejado a las ratas solas, tampoco.

Rafael llegó a pararse delante de nosotros. Luché contra la tentación de agarrar la mano de Micah. Rafael no había hecho nada amenazador, sólo era seis pies de alto y estaba de pie junto a nosotros. Por lo general, los altos no me intimidan, pero había algo en él hoy. Algo malo.

—Éramos demasiado poderosos para que Quimera nos atacara, y no poseía la licantropía rata en su cuerpo.

—Trató de hacerse cargo de varios grupos de los que no tenía la licantropía en él —dije.

—Si tuviera alguna simpatía por los hombres, me ofrecería a Jean-Claude y sería hecho.

Ni siquiera traté de ocultar la sorpresa en mi cara. Realmente agarré la mano de Micah, como si el mundo se hubiera vuelto débil y necesitara algo para agarrarme. Rafael no decía cosas como esa.

—Pero los hombres no me interesan, por lo que debo hacer lo siguiente mejor. Me ofrezco a ti, Anita. Dado que proteges a las personas en tu cama. Y algo sobre ti trae el poder a tus amantes. No lo entiendo, pero Nathaniel es el ejemplo perfecto de uno de los hombres animales menores convertido en algo mucho más, sólo por ti, Anita.

Nathaniel se movió para tocar mi hombro. Salté, entonces me relajé con el toque, y me alejé un poco de esta extraña versión de Rafael. Tenía miedo. Podía sentirlo.

—¿Qué es lo que ha hecho Narciso para que pienses que tus ratas están en peligro? —dijo Jean-Claude.

Rafael le miró.

—¿Qué has oído?

—Nada, te doy mi palabra de honor de que no he oído nada, pero eres prudente y reflexivo. Este no eres tú, Rafael; sólo algo serio y peligroso puede hacerte llegar a nosotros de esta forma. —Jean-Claude se sentó en el sofá y dijo:

—Siéntate con nosotros, come, y dinos lo que Narciso ha dicho o hecho para que estés dispuesto a decir tales cosas a *ma petite*.

Rafael cerró los ojos, las manos en puños.

—Tu palabra de honor que no lo sabes. Entonces no puede ser verdad.

—¿Qué es lo que no puede ser verdad, *mon ami*? Habla con nosotros, somos aliados y amigos. No nos hacemos posturas y amenazas.

Micah me arrastró lejos de Rafael y más cerca de la comida. No nos estábamos alejando del rey rata, sólo íbamos a comer. Claro, pero salvó la cara, y yo tenía hambre. No importa que emergencia estaba pasando, todavía no había siquiera tenido un café. Uno de los efectos secundarios del *ardeur* y la casi licantropía era que no podía dejar de comer. No sin consecuencias, como el sexo que lamentaría más tarde, o que mi cuerpo casi se desgarrase porque no podía decidir qué animal quiere ser.

En realidad todo el mundo se acomodó con los alimentos, y Rafael dejó de ser extraño y aterrador. Se sentó en el sofá de dos plazas con Louie, con sus guardias a su espalda. Tomamos el sofá. Era lo suficientemente grande para todo el mundo, pero Nathaniel tenía un asiento. Se acurrucó a mis pies e hizo que el escaso conjunto de cuero trabajara para él. El único en la sala que sabía ser más seductor en la caída de un sombrero era Jean-Claude, y era todo el negocio. Aunque para él, a veces la seducción era el negocio, pero no esta mañana.

Mordisqueé un croissant y una variedad de quesos y frutas, y por duodécima vez me pregunté cómo poner una cocina real en el subterráneo del Circo. El desayuno para llevar era demasiado malditamente limitado. Sin embargo, el café era bueno. Tomé un sorbo negro, porque la primera taza siempre debe ser negra. Es la bofetada en la cara por la mañana que te permite saber que estás despierto.

—Ahora —dijo Jean-Claude—, Rafael, amigo mío, habla con nosotros. ¿Qué ha dicho o hecho Narciso que te alarmara de esta manera?

—Dijo que iba a ofrecerse a sí mismo a Anita como *pomme de sang*, y con eso, y su lazo con tu amante, sería el segundo grupo de animales más poderosos en St. Louis, después de los lobos.

—¿Él te dijo eso? —preguntó Jean-Claude.

—No a mí personalmente, no.

—¿Entonces, cómo te enteraste de ello?

—A uno de mis ratas le gusta la forma en que Narciso hace el amor. Narciso está fuera de sí, ahora que los animales de Asher para llamar son las hienas. Se había ofrecido a Asher como animal de Asher para llamar, y ha sido rechazado.

Nuevo para mí, pensé.

—Asher se sintió halagado —dijo Jean-Claude—, pero ambos sentíamos que pondría nerviosos a los otros grupos si Narciso era tan honrado.

Luché para no ver a Jean-Claude, ¿porque nadie se molestó en mencionármelo? Me tomé un sorbo de café y traté de mantener mi cara en blanco, no siempre mi mejor cosa. Bebí el café demasiado rápido para disfrutar de él, pero esto me impidió revelar cualquier cosa, o esperaba que lo hiciera.

—Pero Asher va al club de Narciso, y disfruta del entretenimiento —dijo Rafael.

El club de Narciso era un club de servidumbre y sumisión, y el entretenimiento puede cubrir mucho terreno. No sabía que Asher iba allí. Sé que se sentía bien estar cerca de su animal. Me gustaba estar cerca de los leopardos y lobos, e incluso de los leones. Pero… era mucho lo que estaba pasando y había estado fuera del circuito. No me gustó eso.

—Asher goza de lo que el club tiene para ofrecer, pero ha rechazado ofertas más personales de Narciso, una vez más porque pensaba que otros grupos de animales podrían tomarlo a mal si mostrara tal favor a Narciso —dijo Jean-Claude.

—Narciso parece pensar que es sólo cuestión de tiempo antes de que Asher se rinda a sus encantos.

—Él no conoce a Asher tan bien como cree —dijo Jean-Claude.

—Asher goza de la esclavitud —dijo Rafael.

Jean-Claude se encogió de hombros, ese movimiento gaélico maravilloso que era todo y nada. Lo que significaba que Rafael podría estar en lo cierto. Una vez más, una novedad para mí. ¿Qué otra cosa estaba mi vampiro «maestro» escondiendo de mí?

—Si Narciso puede seducir a tu Asher, lo hará. Le tratará de seducir —dijo Rafael.

—Narciso ha tratado de seducirme en el pasado. Fracasó —dijo Jean-Claude.

—Él dice que el viejo maestro de la Ciudad, Nikolaos, te entregó a él varias veces. Se ha jactado de tu cuerpo y lo que le hizo. —Rafael estudió el rostro de Jean-Claude cuando lo dijo, como había estudiado el mío. Parecía que hacia contacto visual, no siempre sabio con un vampiro.

Jean-Claude le dio un rostro hermoso, blanco.

—No se ha jactado contigo.

—¿Estás seguro de eso? —dijo Rafael.

—Mucho. Tenía una tendencia a hablar durante… durante. Podría haber hablado de mí mientras estaba haciendo cosas similares a otra persona. De hecho, me sorprendería si no hubiera sido así. Disfrutaba comparando y contrastando a sus amantes, y a sus víctimas.

—¿Así que eras su amante?

—No, era su víctima. Nikolaos me entregó a él sin palabra de seguridad, no había manera de que dejara de hacer lo que quería conmigo, excepto mi propio pobre arte de la persuasión.

Rafael se rió, un sonido abrupto e infeliz.

—¡Pobre arte! La falsa modestia de lo que he oído. Narciso daría mucho por tenerte de nuevo como su víctima…

—Así lo ha dicho.

—Parece seguro de que Asher es la clave de tu cama. Y si no Asher, entonces, Anita. Él cree sinceramente que encontrará nuevamente el camino de tu libido a través de ellos.

Por último algo que podría abordar sin revelar que no estaba del todo segura de lo que estaba pasando con Asher y las hienas.

—No tienes que preocuparte por mí y Narciso. Él en realidad no es mi taza de té.

Rafael asintió, su rostro seguía siendo grave. No parecíamos tener una sonrisa de él esta mañana.

—¿Soy tu taza de té, Anita?

Sentí tensarse a Richard a mi lado. Eché un vistazo a su alrededor hacia Jean-Claude.

—¿Puedo hablar claramente sin alterar la cesta de manzanas políticas aquí?

—Dilo, y veremos.

No era un apoyo entusiasta, pero me gustaría tener lo que pudiera conseguir. Eres guapo, y si se tratara de una cita, podríamos hablar, pero deseas pasar al sexo, y no soy casual al respecto.

Me dio una mirada. Era una mirada muy crítica. Le di una mirada triste de nuevo.

—Sí, tengo un montón de amantes, pero no son amantes casuales, Rafael.

Dejó escapar un suspiro, sorbió su café y luego dijo:

—Tal vez no, pero hay algo acerca de ser tu amante que parece que

eleva el nivel de poder de todos los que se… entregan a ti.

—No es cierto —dije.

—Nombra a un solo amante de los que has tenido que no haya adquirido poder con ello.

—Puedo nombrar a tres: London, Requiem, y Byron —dije.

—Los dos primeros eran vampiros maestros antes de que durmieras con ellos. Es difícil juzgar la cantidad de poder con el que llegaron a St. Louis, y lo mucho que puede haber ganado. Con Byron te has acostado una sola vez. Una vez no parece ser suficiente.

—Dejó su café sobre su plato. —Muy bien, tus amantes regulares ganan poder.

—Creo que me sobreestimas.

Rafael entregó el plato a Louie, que estaba de pie y lo puso sobre la mesa de café, como si le hubieran dicho que lo hiciera. Rafael me miró. Me miró como si quisiera ver a través de mí al otro lado. Era una mirada para estudiar, pesar y medir a una persona. Traté de no retorcerme bajo esa mirada, pero era un trabajo duro.

—¿Qué? —pregunté.

Miró a Jean-Claude.

—Ella no lo sabe, ¿verdad?

—No estoy seguro de que sepa lo que quieres decir —dijo Jean-Claude.

—Jean-Claude, todos los amantes de Anita han ganado poder. Asher era un maestro vampiro sólo de nombre, casi, pero desde que está en su cama ha ganado el poder suficiente para tener su propio territorio si no te amara tanto, a ambos, para marcharse. Nathaniel era la víctima de todo el mundo; ahora se está convirtiendo en alguien con quien se puede contar. Tú personalmente, has ganado más poder de lo que jamás soñé.

—¿Y tú crees que es *ma petite* la que me ha dado el poder, no que he compartido mi poder con ella?

—Ella tiene su propio triunvirato de poder, Jean-Claude. Su propio siervo vampiro, Damian.

—No soy el poder detrás del trono, Rafael. Confía en mí, Jean-Claude es por mucho lo suficientemente poderoso como para nosotros dos.

—Lo es, pero se ganó la mayor parte de ese poder después de que se convirtió en tu amante.

—He obtenido poderes después de que él me hizo su siervo —dije—, no a la inversa.

—He estado hablando con algunos de los hombres rata en Europa —dijo Rafael—. Hablan de Belle Morte, el creador de tu linaje. Dicen que podía dar el poder a sus amantes, si quería.

—Bella Morte no elige compartir el poder con nadie —dijo Jean-Claude.

—No, pero se puede; a través de relaciones sexuales, ella puede hacer a sus amantes más poderosos. La leyenda dice que una vez hizo reyes y emperadores a través de su toque. Cambió la faz de Europa a través de su cama.

—Gobernó desde su habitación, eso es cierto, pero no en la forma en la que piensas. Escogió sólo a los poderosos, sólo aquellos que podían darle algo que ella quería. Y yo no gané el poder en su cama. Fui su peón durante siglos. Como Asher.

—Los Maestros de la Ciudad a menudo matan a sus propios hijos vampiros si se vuelven demasiado poderosos, ¿verdad? —dijo Rafael.

—Algunos lo hacen.

—¿Pero no es extraño que muchos de los vampiros que eran casi impotentes alrededor de Belle Morte hayan ganado poder cuanto más tiempo están lejos de ella?

—¿Qué estás diciendo, Rafael?

—He oído rumores de que algunos maestros pueden retrasar los poderes de sus seguidores.

—Algunos pueden, pero no creo que Belle sea uno de ellos.

—¿Por qué no?

Le dio de nuevo un encogimiento de hombros.

Francamente, las ratas estaban demasiado bien informadas para mayor comodidad. Había visto un aumento de las competencias de maestros vampiro nuevos una vez en América y lo suficientemente lejos de su antiguo amo. Pero no estaba segura de que fuera a propósito, había empezado a preguntarme si en realidad algunos maestros de gran poder emitían una especie de hormona que retardaba el poder de quienes les rodeaban. No había forma de probarlo, pero había visto algo de lo que Rafael estaba diciendo.

—Hay ratas en cada ciudad —dijo Sampson, y como la última vez fue como si todos nos hubiéramos olvidado de él.

Rafael asintió.

—Hay.

Tenía esa imagen de cientos de ratas correteando en las paredes, escuchando cosas, y lo que oían, tendría que oírlo el rey rata. ¿Funcionaba de esa manera? ¿En serio? Quería preguntarle, pero en este estado de ánimo, no estaba segura de cómo se tomaría la pregunta.

—Soy el hijo de dos poderosos, pero no se preocupe de que me haya insultado —dijo Sampson.

—No sé lo que es para Jean-Claude y Anita.

—¿Así que me ignora, y ve si consigue una reacción?

Rafael asintió.

—Soy el siguiente amante en la línea para Anita.

—¿Por qué ha esperado tanto tiempo?

—Es el privilegio de la dama mantener a un hombre esperando.

Se suponía que hablaban de mí, pero era como si me estuviera perdiendo la conversación, o no comprendía verdaderamente todo.

—¿Me permite ir por delante en la fila?

Sampson negó con la cabeza.

—No.

Miró a Jean-Claude.

—¿Es ésta tu última palabra, que el hijo del rey del mar es más importante que yo, que mis ratas, para ti?

—Eso no es lo que se dice aquí, Rafael —dijo Jean-Claude.

—Creo que cualquier animal que viene a tu cama, o la cama de Anita, es más importante para ti, Jean-Claude. Niégalo si quieres, pero la prueba está en el pudín, ¿eh?

—La prueba está en comer de ello —dijo Jean-Claude—, todos los pudines se ven dulces.

—¿Yo o cualquiera de mi pueblo te parecemos dulces? —preguntó.

Sentí la reacción de Claudia a través del cuarto. Una llamarada de poder, como una bofetada metafísica recordándonos que era realmente poderosa. Ese toque de energía climatizada, decía alto y claro que no le importaba cuanto pensaba alguien que era deliciosa, no estaba jugando.

Rafael dejó escapar un aliento cuidadoso y giró el cuello, como si ese golpe de energía hubiera sido más enérgico cuanto más cerca estabas de ella.

—No obligaría a ninguna de mis ratas en la cama de alguien. Pero si algunos lo desean, ¿les tomarías como donantes de sangre o carne?

—Define carne —dije.

—Sexo —dijo.

Richard se movió a mi lado en el sofá.

—Las ratas no donan sangre a cualquiera. Fue una de tus primeras reglas como rey. Nikolaos te torturó porque prohibiste a tus ratas alimentar a sus vampiros.

—Ella era inestable, y cuanto más lejos de ella más seguro era para mi pueblo.

Cuanto más cerca de Jean-Claude más seguro.

—¿De verdad habrías dejado a tus ratas ser putas de sangre? —Richard parecía casi sorprendido.

—Lo haría.

—¿Crees que si algunas de tus ratas entran en nuestros dormitorios, tu gente estará mucho más segura? —preguntó Micah.

—Si nuestras posiciones se invirtieran, ¿qué harías?

—No esto —dijo Richard.

—Le pregunté al Nimir-Raj —dijo Rafael.

Richard se movió incómodo a mi lado mientras Micah pareció recostarse de nuevo con mayor comodidad.

—Ya he hecho lo que estás sugiriendo.

Rafael asintió con la cabeza.

—Tú mismo te ofreciste a Anita y a Jean-Claude, y ahora tu pard, aunque uno de los grupos más pequeños en la zona, es uno de los grupos más seguros de todos los de St. Louis. ¿Cuántos de tus leopardos donan sangre a los vampiros?

—La mayoría de ellos.

Rafael extendió las manos, como diciendo, ¿Ves?

Quería discutir con ellos, pero traté de ser honesta. ¿Cómo sonaba su razonamiento? A través de nosotros, Micah estaba a cargo de la línea directa de la coalición de peludos, lo que significaba que estaba empezando a ser el hombre-para-ir para la mayoría de la comunidad de licántropos. Él era el enlace entre nosotros y la comunidad en general. Su tiempo de televisión estaba aumentando. Daba un poco de buen sonido.

Los leopardos tienen menos miembros que casi cualquier otro grupo, pero nadie se metía con ellos. Porque yo, o Jean-Claude, o nuestro pueblo, seguían matando a cualquiera de los que los jodían.

Miré el rey rata.

—Maldita sea —dije, en voz baja.

—Sí —dijo.

Miré hacia abajo al sofá a Richard y a Jean-Claude.

—No se equivoca, ¿verdad?

—No puedo discutir con algunos de sus razonamientos —dijo Jean-Claude.

—No —dijo Richard—, no es correcto.

—No he dicho que fuera correcto, Richard, sólo que no está equivocado —dije.

—Eso no tiene sentido. Si Rafael no está equivocado, entonces tiene que estar en lo correcto. —Richard giró su cuerpo por lo que me estaba enfrentando, y bloqueando mi punto de vista de Jean-Claude, sus anchos hombros en el camino.

—Es cierto que nuestros amantes están más seguros. Está equivocado si piensa que dejaría a las ratas en peligro sin aviso, si alguien los amenaza.

—Estás atada a nosotros sólo por el dinero y los contratos —dijo Rafael —. Me sentiría mejor si estuvieras atada con cosas más íntimas.

—Tienes nuestra palabra de que vamos a cumplir con nuestro trato con vosotros —dijo Jean-Claude.

—Pero tienes un trato con las hienas, también, y no creo que Asher siga rechazando la generosidad que Narciso le ofrece.

—No cometas el error de pensar que Asher es débil. No lo es —dijo Jean-Claude.

—Estás enamorado de él, no lo ves con claridad.

—Podría decirte que no estás enamorado de él, y no lo ves con claridad a causa de ello.

—Ordénale que no tenga intimidad con las hienas y voy a estar contento con ello.

—Prefiero no dar esa orden —dijo Jean-Claude.

—No tienes derecho a pedir esto de Jean-Claude, o de Asher —dijo Micah.

—¿Qué harías si fueras yo, Nimir-Raj?

—Me habría ofrecido menos conflictivamente. Si se negaran, ofrecería a otros de mi pueblo hasta que algunos se convirtieran en alimentos y esperaría que uno, o más, llamara la atención de alguien para tener relaciones sexuales.

—¿Voy mal sobre esto?

—Sí.

—Es un área de la política en el que no estoy preparado —dijo Rafael. -Enséñame, Micah. Ayúdame.

Micah suspiró. Se deslizó hasta el borde del sofá y miró más allá de Richard a Jean-Claude.

—¿Qué quieres que haga?

—Ayúdale, si es posible.

Micah se echó hacia atrás y me miró. Sólo me miró, y la mirada fue suficiente entre nosotros. Me encogí de hombros y dije:

—Ayúdalo, supongo.

Micah se acomodó en el sofá y puso un brazo sobre mis hombros, lo que hizo a Richard moverse un poco más lejos. No creo que fuera la intención de Micah hacer que Richard se moviera. Creo que quería tocarme, y después de la noche anterior había habido la posibilidad de que a Richard no le importara un contacto accidental. Sin embargo, aparentemente los cuestionamientos de Rafael habían planteado algunos del propio Richard. Demonios, había planteado algunos de los míos. No estaba segura de cuáles todavía.

—Los donantes de sangre serían bienvenidos —dijo Micah—, y algunos de tus ratas ya se han ofrecido para alimentar el *ardeur* de Anita.

—Pero ella no ha tocado a ninguno de ellos —dijo Rafael.

—No le has enviado a nadie que le guste lo suficiente, sin embargo.

—Ayúdame a elegir.

—Muchachos —dije—, chicos, todavía estoy sentada aquí, ¿de acuerdo? No habléis de mí como si no estuviera.

—Entonces, escoge tú —dijo.

Me dejé caer y dejé que mi pelo escondiera mi cara. Mierda.

—Eso no es lo que quise decir.

—A ella le gustan los hombres guapos —dijo Richard—, y eso no es lo que empleas.

Le miré, sentado justo a mi lado, hablando de qué tipo de hombres me gustaban.

—Pensé que tendrías que adaptarte a esto —dije.

Frunció el ceño, pero dijo:

—No me gusta, pero Rafael tiene razón, acerca de que mantenemos a nuestros amantes más cerca y más seguros.

—Si te preocupas por alguien lo suficiente como para tener relaciones sexuales, entonces se supone que debes cuidarlos —dije.

—Exactamente —dijo Richard—. Así es como te sientes al respecto.

—¿Y qué hay de malo en la manera que me siento al respecto?

—Nada —dijo—, pero significa que Rafael tiene razón. Cuidas de tus amantes.

Simplemente lo haces.

—¿Tú no? —pregunté.

Se sorprendió durante un segundo, luego dio una sonrisa que dejó a sus ojos cansados y más cínicos de lo que alguna vez los había visto.

—No, a veces sólo se trata de follar.

Le miré con los ojos muy abiertos.

—Me encantaría que siempre fueran corazones y flores, pero la mujer que amo más que a cualquier otra no me quiere, ¿así que qué voy a hacer mientras duermes con otros seis o siete chicos? ¿Esperar mi turno? ¿Mirar?

Teníamos compañía, o podría haberle señalado que había mirado antes, y había esperado su turno, y que incluso había ayudado a Jean-Claude a hacer el amor conmigo. Pero teníamos compañía, y no quería discutir con él.

—¿Así que no te haces cargo de todo el mundo que viene a tu cama?

—Cuido de mis lobos, pero si no son de la manada, a veces el sexo demuestra que no va a funcionar.

—¿Así que rompes con ellas después del sexo?

—A veces.

Le di un vistazo.

—Sabes con quién sigo comparándolas, Anita.

No era culpa mía que no quisiera casarme con Richard. Se me permitió desear a los hombres que quería, y amar a quien quería.

—¿Así que es culpa mía que estés durmiendo alrededor, y que te hayas convertido en uno de esos hombres que rompen con una mujer después de una noche de sexo?

Me dio una mirada larga de sus ojos color chocolate.

—Si el zapato encaja… —dijo con una sonrisa desagradable.

Creo que íbamos a discutir después de todo.

—No soy yo con la que comparas a todo el mundo Richard, es con Raina.

En realidad se ruborizó bajo el bronceado permanente de su piel. Fue tal vez la segunda vez que le había visto ruborizarse en su vida.

—No, Anita.

Micah había estado muy quieto a mi lado, como si estuviera preguntando si debía quitar su brazo de entre nosotros.

—Si vas detrás de mí, iré detrás de ti —dije.

—Richard —fue Louie—, tuvimos esta charla, ¿recuerdas?

Richard se puso de pie, y su poder lavó toda la habitación como un aliento de la boca del infierno. En realidad, dolía donde tocaba.

—Recuerdo la conversación. —Me miró, y no había odio en su rostro —. Lo intenté anoche, Anita, realmente lo intenté.

Tenía la garganta apretada, y me quemaban los ojos. Ya estaba lamentando lo que había dicho, habría hecho cualquier cosa para recuperarlo.

—Ya lo sé, Richard. —Mi voz era pequeña.

—Pero nunca es suficiente, ¿verdad?

Tomé una respiración profunda y paré. Nos enfrentamos el uno al otro. Quería salir corriendo, pero estaba allí y vi el odio y el dolor en su rostro, la forma en que sus grandes manos se mantenían flexionadas en puños. Su ira respiraba a través de la habitación como una especie de ardiente bestia invisible.

—No sé qué decir, Richard.

—¿Cuánto sería suficiente? —preguntó.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Cuánto sería suficiente? ¿Vivir contigo, Micah y Nathaniel? ¿Mudarme aquí contigo y con Jean-Claude? ¿Qué tengo que hacer para ganarte, Anita?

—No se trata de ganar, Richard. Dios, ¿no lo entiendes?

—No —dijo—, no lo hago. —Señaló a Jean-Claude—. Él lo entiende. Siento su tirón, también. Es mi maestro, también. —Señaló a Micah—. Pero a él, no lo entiendo. Está en mi lugar en tu vida, ¿no lo entiendes?

Asentí, y traté de respirar más allá de la ardiente opresión en la garganta y los ojos. No iba a llorar, maldita sea.

—Entiendo —dije.

Señaló a Nathaniel, que había estado muy quieto al lado del sofá.

—¿Cómo puedes compartirla así?

Fue Micah quien descubrió que era a él a quien Richard estaba hablando.

—Nathaniel no es «eso», Richard. —La voz de Micah mantenía un hilo de ira.

—¿Te lo follas? ¿Dejas que él te folle? ¿O simplemente follais a Anita, al mismo tiempo?

Las lágrimas no derramadas se fueron en una onda de ira caliente. Alimenté la ira, la abracé, la llamé por dulces nombres, porque prefiero luchar a llorar.

—De la manera en que tú y Jean… —empecé a decir.

Jean-Claude llamó a la discusión. La llamó con un empuje de energía que nos tambaleó a los dos. Casi me caí, y Richard se veía ceniciento. Los dos nos giramos y miramos al vampiro. Sus ojos eran brillantes piscinas azules, como el cielo de la noche se veía por el fuego.

—Basta ya de esto. —Su voz susurró a través de la sala como un eco de murciélagos, rebotando en las cortinas.

Sabía que era nuestro maestro, pero nunca le sentí hacernos algo así. Nunca le sentí simplemente lanzar su poder contra nosotros y pararnos en nuestros lugares. No sabía lo que tenía en él.

—¿Estamos en peligro aquí, no lo entendéis? La mayoría de nuestros guardias son hombres rata. Si Rafael les saca, no tenemos guardia suficiente para mantenernos seguros. —Se estiró desde el sofá y caminó hacia nosotros, sus largos rizos negros se movía con el viento de su propio poder.

Lo vimos venir hacia nosotros como pájaros pequeños que querían huir de la serpiente, pero no podíamos movernos.

—Lo siento, *mon lupe*, deseas que se case contigo y abandone al resto de nosotros. Lo siento, *ma petite*, que aún le ames, y que una parte de ti desee poder hacer exactamente lo que quiere. Siento que tengáis que estar unidos por el dolor. Pero no hay tiempo para esto. Necesitamos a Rafael y a su gente. Él lo sabe, de lo contrario no habría venido así. —Jean-Claude se paró frente a nosotros, y su poder me empujó de manera que me balanceó con el viento de la misma. Sabía que había ganado poder, pero no lo había entendido, hasta ese momento, hasta qué punto—. Voy a elegir un donante de sangre entre las ratas. Pediré al resto de mis vampiros que hagan lo mismo. Tú, *ma petite*, debes elegir uno de los suyos para la alimentación. Debes incluir a Sampson, o hacer algo que deje su honor a un lado y te permita llevar a uno de los hombres rata por delante de él como alimento para tu *ardeur*.

Se detuvo frente a nosotros, tan cerca que podía habernos tocado. Por primera vez en años, recé porque no me tocara. Si lo hacía, haría todo lo

que pidiera.

Tocó el brazo de Richard, y se estremeció bajo ese toque ligero. Cerró los ojos y se tambaleó. Toqué el otro brazo de Richard, y pensé, No. No, no lo hagas.

Mi nigromancia se abrió dentro de mí en una carrera que me dejó con los ojos abiertos, la boca abierta. Porque no era sólo mi nigromancia. Lo sentí como una ofrenda a Jean-Claude. Si podía encontrar la manera de usarla, era suya para mandar mientras nos tocaba.

Richard susurraba:

—No, por favor, no.

No estaba segura de a quién de nosotros estaba hablando. Me quedé mirando a Jean-Claude, y sentí mis ojos irse. Vi la habitación a través de esa llama vampírica, pero no era de otra persona teniendo poder sobre mis ojos, era yo. Si hubiera habido un espejo hubiera sabido que mis ojos se habían llenado con la luz marrón oscura de mis propios ojos, como si fuera vampiro.

Richard cayó de rodillas entre nosotros, con nuestras manos todavía en sus brazos, susurró:

—¡Oh, Dios! —Le miré, y él me miró con los ojos volviéndose marrones en llamas. No era mi fuego para dar más de él, sino sus propios ojos marrones realmente se convirtieron en el fuego del vampiro.



VEINTIUNO

Richard se estaba mirando a sí mismo en el espejo del baño. Sus grandes manos se aferraron al borde del lavabo de mármol, como si estuviera tratando de dejar una huella de sus manos en la piedra. Había tratado de ser reconfortante. Había tratado de ser tranquilizadora. Nada de lo que dije había ayudado. Jean-Claude había estado con nosotros, pero Richard realmente no quería hablar con él. Parecía culpar a Jean-Claude por este nuevo signo de que su humanidad se iba.

—El brillo se desvanece, Richard —dije, no por primera vez. Como no me dejaba tocarlo, me quedé apoyada en el otro lado de la bañera y la pared, con los brazos cruzados sobre mis pechos. Había comprobado ya mi sostén, que colgaba de las toallas. Todavía estaba demasiado mojado para llevarlo.

Negó con la cabeza.

—Esto es lo que mis ojos verían si fuera vampiro.

No estaba segura de que fuera una pregunta, pero le conteste de todos modos.

—Sí.

Me miró, y era inquietante ver su bronceada y muy viva frente en conjunto con los ojos que sólo había visto en los rostros de los muertos vivientes. Sin arder, vida y esos ojos. Su temor se apoderó de él en oleadas, de modo que su poder mordía y revoloteaba sobre mi piel como la ceniza caliente de un viento de fuego.

—No tienes miedo de esto. ¿Por qué, por qué no tienes miedo de esto? -Preguntó.

Me encogí de hombros y traté de poner en palabras algo que trataba de no pensar.

—Lo estoy tratando de esta manera como trato una situación de emergencia en medio de una investigación policial, Richard. No te preocupas mucho de los detalles horribles o dejas de ser capaz de funcionar. Sigues adelante, porque tienes que hacerlo.

—Esto no es tu trabajo, Anita. ¡Esto no es mi trabajo! —El aire estaba de repente cerrado y caliente. Estaba bañada en su poder, y era difícil. El lobo que siempre estaba dentro de mí ahora, se movió.

—Vas a traer a mi lobo, Richard.

Apartó la mirada de mí, y asintió con la cabeza.

—El mío también.

El lobo comenzó a levantarse hasta ese corredor metafórico dentro de mí. Me estremecí y comencé a retroceder hacia la puerta. Necesitaba salir de ese caliente baño de poder.

—Tú eres el Ulfric, Richard. Contrólate.

Se giró y me miró a través de una cortina de su propio espeso pelo. Aún tenía los ojos brillantes, pero ahora eran de color ámbar lobo, como soles gemelos en su rostro. Un gruñido bajo, amenazando se escurría de sus labios.

—Richard —susurré.

—Podría hacer que cambiaras —dijo con una voz que era más que un gruñido.

—¿Qué? —Susurré.

—Puedo obligar a mis lobos a cambiar. Puedo oler a tu lobo, Anita. La puedo oler.

Me tragué un bulto que dolió y me encontré con la puerta. Me hizo

saltar. No me había dado cuenta de que estaba cerca de ella. Alcancé el pomo, y Richard estuvo de repente allí, se elevaba sobre mí. No le había visto moverse. Cerré los ojos durante un segundo. ¿Había jugado con mi mente? ¿O había sido rápido?

Su poder se apretó contra mí como un colchón caliente, como si estuviera siendo asfixiada por él. Me las arreglé para respirar su nombre.

—Richard, por favor.

Se inclinó sobre mí, bajando su hermoso rostro con esos ojos soleados a mi cara.

—Por favor, ¿qué? Por favor, para, o por favor no lo dejes.

Negué con la cabeza, no podía obtener suficiente aire para hablar. Mi loba golpeaba la superficie de mi cuerpo y el impacto me llevó a mis pies. Richard me sujetó con las manos en mis brazos, me mantuvo en pie. El lobo dentro de mí empezó a cavar; ¡quería salir!

Intenté gritar, y fue como si con cada aliento respirara más del poder de Richard. Me puso de pie, me envolvió contra su cuerpo. Podía sentir que algo se movía hacia abajo en mi estómago; juro que podía sentir las garras del lobo cavar a través de mi carne, tratando de encontrarse con el cuerpo de Richard. Estaba tratando de llegar a él, tratando de responder a la llamada de su Ulfric.

El dolor era increíble, era como estar desgarrándose desde el ombligo hacia afuera, como una parodia horrible de dar a luz. Grité, no con el aire, sino con mi mente. Envié toda la capacidad metafísica que tenía, y grité pidiendo ayuda.

Oí voces gritando al otro lado de la puerta, pero era como si las voces no significaran nada para mí. Como si fueran sólo ruido. Pero podía oler la piel de Richard, el olor del almizcle de los lobos en su interior. Bajó su rostro al mío, y sentí el olor de mi piel a través de su mente. Jabón, champú, los productos de cuidado del cabello, pero en el fondo era yo, mi piel, mi olor. Tomó un aliento más nítido, acunando su mano contra mi piel para que el aroma soplara de nuevo en su rostro. Lo llamó como si fuera el más dulce de los perfumes; lobo. Sentí el olor del lobo, y el bosque, y de la manada.

La puerta se estremeció contra mi espalda. Algo pesado chocó contra esta. Richard me levantó, con los brazos alrededor de mis muslos, poniendo la parte superior de mi cuerpo por su cara. No preguntó con palabras; preguntó con los ojos, con su poder, con ese olor de lobo. Me pidió que

fuera a él. Hizo un llamamiento a esa parte de mí que había dejado de rascar, y que estaba escuchando, oliéndole. Llamó al lobo dentro de mí, de una manera que mi cerebro humano no sería capaz de entenderlo. Yo era todavía demasiado humana para responderle de la manera que quería. Sin embargo demasiado humana, demasiado… humana.

Pero el lobo no era humano, y le respondió. Se lanzó contra la pared de mi cuerpo, como si fuera una puerta y todo lo que tenía que hacer era salir por ella. Se lanzó contra mi carne, tanto que tambaleó a Richard hacia atrás en el cuarto, mientras trataba de abrazarme, mientras el lobo me desgarraba. Su poder presionaba mi garganta como una mano que estaba tratando de ayudar a la bestia, y me robó el aire, mis palabras.

Era como si un calor, líquido ardiente corriera por mis venas. Ardí con él, pero sabía lo que era el calor: la bestia, el lobo. Ahora sabía por qué los licántropos corrían calientes bajo la luna, ellos se estaban quemando con su bestia. Era un nuevo dolor, un dolor que mi lobo y yo compartíamos, como si estuviera ardiendo, también.

No sabía que la puerta había estallado hacia adentro. El primer indicio que tuve de que los guardias estaban en la sala fue que estaban de pie a nuestro alrededor. No oí nada más que el ritmo rápido de la sangre y los latidos en mi cabeza. Sacaron a Richard, trataron de arrancarme de sus brazos, y él no me dejó ir. Por último, un puño se estrelló contra su cara, la sangre corrió en un cauce carmesí y su bestia se salió sobre él, y sobre mí.

El fuego se derramó por debajo de las uñas. Levanté mis manos delante de mi cara, preguntándome cómo el fuego estaba saliendo de debajo de las uñas, pero era sangre. La sangre brotaba como lluvia ardiendo desde debajo de las uñas.

El cuerpo de Richard era como el agua espesa contra mí, el pelaje fluyó, los músculos cambiaban, y fue como si su animal estuviese atado al mío, por lo que, cuando él cambió, estaba arrastrando a mi lobo con él. Arrastrando con sangre y fuego, fuera de mi cuerpo. Yo habría hecho cualquier cosa, estaría de acuerdo con cualquier cosa, si el dolor sólo se detuviera. No estaba pensando en lo que me pasaría, perdería a mis leopardos. No estaba pensando que si cambiaba, Richard iba a ganar. No estaba pensando en otra cosa que hacer que se acabe, por favor, Dios, ¡qué pare! Si alguien me hubiera dicho que la única manera para pararlo era ser un lobo, no habría discutido. Lo hubiera soportado. ¡Sólo tenía que detenerlo!

Sentí el poder de Jean-Claude, lo sentí como un viento suave fresco. Aún sentía dolor; el lobo todavía estaba allí tratando de encajar todo con uñas y dientes en mi cuerpo más pequeño, pero era mejor. Oí de nuevo, y lo que oí fue un caos. Gritos, gritos, la voz de Claudia por encima del resto:

—¡Ulfric, no hagas esto!

La voz de Jean-Claude flotaba en mi cabeza, y en la de Richard, porque Richard nos había atado demasiado cerca.

—Mis marcas mantienen su humanidad, Richard; todo lo que puedes hacer es destruirla.

Richard gritó:

—¡Es mía!

Estaba de pie sobre mí. Ni siquiera recuerdo haber estado en el suelo. Richard no era un ser humano. Era el hombre lobo de la película, excepto que su piel era del color de la canela, y era muy hombre, no el aspecto asexuado de la muñeca Barbie de las películas. Desde mi ángulo todo en él parecía monstruosamente grande. En parte el ángulo, y en parte el dolor.

El lobo dentro de mí se extendía por mi cuerpo, tratando de forzar las garras debajo de las uñas. Tratando de estirar más el cuerpo de lo que yo podía. Tenía aire ahora, gracias a Jean-Claude, y lo usé para gritar. Finalmente grité de dolor, grité, y de alguna manera ayudó. Todavía era humana, todavía podía hablar. Grité:

—¡Nooo!

Clay apareció encima de mí, con la cara asustada.

—Dame tu lobo, Anita.

Una mano con garras apareció y tiró de él hacia atrás, fuera de la vista. Richard le había retirado.

—No —gruñó—, no, mi manada no debe parar esto.

—No es tu animal —era la voz de Jean-Claude ahora, en la sala en alguna parte—, es mi animal, porque todo lo que es tuyo es mío; por la ley de vampiros, son mis lobos, no tuyos.

Volví la cara y le vi en la puerta. Se quedó allí, hermoso y frío, sus ojos brillaban con ese fuego frío. Llegué a él con las manos ensangrentadas. Grité, ¡Ayúdame!

Richard estaba repentinamente en el aire. Demasiado rápido para los guardaespaldas, demasiado rápido para nadie. Golpeó a Jean-Claude, y ambos rodaron fuera de la vista en el dormitorio más allá.

Clay volvió a mi lado. Estaba ensangrentado, y no podía decir si estaba

herido o estaba solo goteando sangre en él.

—Dame a tu bestia —dijo.

Estaba desobedeciendo una orden directa de su Ulfric. Pero en ese momento no me importaba. Agarré su brazo, y le pegué a mi boca, me permití besarlo. Ahora más que nunca sentí al lobo salir por mi boca. Me atraganté con la piel y la sangre y cosas que no podían ser reales. Me atraganté, y Clay se quedó clavado en mí, mientras su cuerpo luchaba por escapar. Se obligó a permanecer contra mí, obligó a su cuerpo a llevarse a mi bestia, aunque le dolía demasiado, no forcejeó. Ahora sabía lo mucho que le dolía, y lo sentía, pero no me detuve.

Su cuerpo explotó sobre mí; mojada, cosas gruesas cubrieron mis ojos, y sólo mis manos me dijeron que la piel y los músculos estaban sobre mí ahora. Mi cuerpo todavía dolía, pero el lobo se fue, desapareció, como un agujero en mi corazón, un espacio vacío donde algo debería haber estado.

La mano de alguien más, apartó la mugre de mis ojos para que pudiera parpadear ante la cara de Rafael. Estaba llorando. Nunca le había visto hacer eso. Me asustó. ¿Qué había hecho llorar a Rafael? ¿Qué estaba pasando?

Explotaron disparos en la otra habitación, tan fuertes, tan horriblemente altos. Me senté y volví a caer.

—Ayúdame —le dije a Rafael.

Me levantó, como si fuera una niña, y me llevó al otro cuarto. No protesté, habría sido demasiado lenta, pero lo que vi en la habitación, me dijo que habíamos sido demasiado lentos.

Lo primero que vi fue a Jean-Claude sentado en el suelo, su camisa blanca hecha jirones sangrientos, la sangre goteando de su boca. Los guardias estaban de pie en un semicírculo con las armas fuera. La forma del lobo de Richard estaba agazapada en el centro de ese círculo. Pude ver su corazón latir con fuerza frenéticamente al aire libre. Era una herida mortal, pero todavía estaba en cuclillas, gruñéndoles. Le veía a punto de saltar, y supe que los guardias no permitirían que eso sucediera. Era uno de esos momentos en que todo se ralentiza, cuando el mundo se convierte en cristal de doble filo, los colores son más brillantes, los bordes de todo más agudos; lo ves todo con una claridad dolorosa. Segundos para ver mi mundo a punto de arder en llamas.

La voz de Jean-Claude susurró en mi cabeza:

—Lo siento, *ma petite*, no hay tiempo.

—Pensé que estaba pidiendo disculpas por el hecho de que iban a disparar a Richard, hasta que sentí su poder. No se arrastraba sobre mí, no se presionaba contra mí como Richard había hecho; su poder, simplemente estaba allí y hacía lo que quería. Lo sentí casi como una serie de interruptores en la cerradura: clic, y tomó la lujuria de sangre de Richard, como una taza en la mano; clic, y volvió la sed de sangre en otro tipo de lujuria; clic, y lo derramó sobre mí.

En un parpadeo, vi la cabeza de Richard bajar, viendo su cuerpo comenzando a cambiar de nuevo a ser humano. Sabía que no tendrían que pegarle un tiro ahora. Un parpadeo, para ser aliviado, el *ardeur* rasgó a través de mí con tanta seguridad como la bestia había hecho antes. Mi cuerpo se olvidó de que le dolía. Mi cuerpo se olvidó de que era sangre y dolor. Mi cuerpo se olvidó de todo excepto una cosa. El *ardeur* hizo lo que siempre hacía; invadió al hombre que estaba tocando y se lo llevó lejos conmigo. Yo ya estaba en el suelo con él encima de mí antes de que recordaba que estaba mirando. Rafael, el rey rata, iba a llegar a ser comida, después de todo.



VEINTIDOS

Rafael me llevó a través del pasillo con las piernas alrededor de su cintura, mis brazos sobre sus hombros, mi boca alimentándose de él. Tropezó y casi se cayó, tuvo que sujetarse con las manos a la jamba de la puerta. Rápidamente devolvió una de sus manos para sujetarme. Pero no había peligro de que me cayese. Me estaba ahogando en el sabor de su boca, en el olor de su piel. Olía a humo, no como el de los cigarrillos, sino a humo de madera, y a sal, igual que algunos alimentos ahumados y salados hasta que la carne estaba tierna y sabrosa lista para comer. Sentía su necesidad. Solo sabía que había pasado mucho tiempo para él. Que había mucha necesidad, tanto poder, mucho tiempo negado. Era un festín que esperaba ser comido. Eso último no pertenecía a mis pensamientos. Nos caímos contra la pared exterior de la puerta. La sensación de él cayendo contra mí, clavándome contra el muro, me hizo gritar. Se inclinó más fuerte contra mí e incluso a través de nuestra ropa pude sentirlo duro y listo. Volví a gritar y me empujé

a mí misma contra él, pero había demasiada ropa en el camino. Gemí en su boca, demasiado impaciente para las palabras.

Rafael se arrancó de mis labios. Utilizó una mano para impedir que mi cara se acercase a él de nuevo para así poder mirarme a los ojos.

—Tus ojos —susurró—, son como fuego azul. —Azul, pero mis ojos eran marrones, pensé. Entonces el poder de Jean-Claude resolvió las dudas rápidamente. Llenó mi cabeza a la vez que llenaba mis ojos. Era mi boca, pero eran las palabras de Jean-Claude las que hablaban—: Un fuego que quema solo para ti, Rafael, solo para ti. —En ese momento era cierto. Queríamos solo a Rafael, solo lo necesitábamos a él.

Lo sentí caer en nuestros ojos. Hubo un momento en que él intentó sacudirse, su mano aferrándose a la pared de piedra detrás de mí. Se quedó mirando fijamente a mis ojos, pero su cara no se quedó vacía y a la espera de órdenes como todas las victimas de vampiros que había visto, no, su cara se llenó de necesidad, de deseo; meses, años de negación, todo pasó por su cara en un latido de corazón. Sus manos rompieron mi camisa. Su boca se alimentó de mis pechos, mordiendo, chupando, lo suficientemente áspero para que retrocediese y tratase de combatir nuestro poder. Una pequeña parte dentro de él tenía miedo de herirnos. Nos reímos, y la risa fue una extraña mezcla de la de Jean-Claude y la mía, así que por un momento mi risa se deslizó por el cuerpo de Rafael haciéndole temblar. Mordí su cuello, clavando mis dientes en la carne suave y oscura. Apretó su mano en mi pelo y me separó de él. Llevó su boca a la mía, tan fuerte que rozó dientes con dientes. Me dio un beso con lengua y labios hasta que se llevó el sabor de su propia sangre de mi boca.

Arrancó mis vaqueros rompiendo la costura. Mi cuerpo se sacudió con la fuerza del tirón. La sensación de la tela gruesa desgarrándose sobre mi cuerpo sacó un pequeño gemido de mí. Mi ropa interior también fue rasgada y la sensación me hizo gritar. Me rocé a mí misma contra su parte delantera, pero todo lo que pude tocar fue tela. La carne dura y ansiosa estaba fuera de mi alcance.

Grité mi frustración mientras él hurgaba en su cinturón con una mano y soltaba pequeños y frustrados sonidos al intentar soltar el cinturón y abrir los pantalones. Pero estaba demasiado pegada a él para que pudiese conseguirlo.

—Súbeme —dijo con voz ahogada por la necesidad.

Me las arreglé para decir:

—¿Qué? —Antes de que sus manos me mostrasen lo que querían. Me levantó un poco más alto por su cuerpo. Usé mis manos y mis brazos para sujetarme a sus anchos hombros y subir un poco más. Envolví mis piernas más arriba en su cuerpo, de forma que quedó más liberado pero sin poder ver qué era lo que estaba haciendo, sus manos rozaron mi culo desnudo mientras trataba de librarse de sus pantalones. Hizo un sonido que fue mitad grito mitad palabra. Creo que la palabra fue por favor, pero no estaba segura.

Cuando su punta rozó mi piel desnuda, dejé que mi cuerpo bajase unos centímetros, para que él pudiese guiarse a mi abertura. No conseguimos un buen ángulo la primera vez; no podíamos saber el ángulo exacto que necesitábamos sin ser capaces de ver lo que estábamos haciendo. Hizo un pequeño sonido inarticulado, y entonces pude sentir como su cabeza me penetraba. Me quedé inmóvil, con él apenas dentro de mí. Me congelé para que pudiese abrirse camino en mi interior. Dudó a la mitad de su primer movimiento, se detuvo con la mayor parte de él todavía fuera de mí. Su cuerpo se estremeció, una mano manteniendo el equilibrio contra el muro y la otra finalmente libre para tocar mi cuerpo de nuevo. Sus ojos se cerraron cuando deslizó su mano por mi espalda casi desnuda.

—Tan apretada, tan húmeda. No duraré mucho tiempo —susurró entre dientes.

Normalmente cuanto más largo mejor, pero en este momento supe que lo que necesitábamos era alimentarnos. Jean-Claude me hizo saber que necesitábamos esa energía. Le necesitábamos a él para que nos diera lo que tenía que darnos.

—Fóllame —dije y bajé mi cuerpo sobre él, y encontré que había incluso más de él de lo que había esperado. Cuando se empujó con la misma fuerza con la que yo bajaba, fue mi turno de cerrar los ojos y estremecerme. Mi turno de susurrar:

—¡Fóllame, Rafael, aliméntame, fóllame, Rafael, aliméntame!

Con cada palabra impulsaba mi cuerpo arriba y abajo por el suyo, conduciéndolo dentro y fuera de mí. El ángulo no era el más apropiado para que me moviese sin su ayuda, pero con mi última palabra él puso sus manos sobre mi culo y mi cuerpo contra el muro y comenzó a empujar duramente en mi cuerpo. Se empujó a sí mismo una y otra vez, rozándome contra la pared y la aspereza de las piedras. Eso era lo que yo quería.

Quería que me tomase, que tomase todo lo que necesitaba, todo lo que

se había negado. El *ardeur* trató de alimentarse, pero era un rey y yo no podía traspasar sus escudos. Una pequeña sensación de pánico me llegó desde Jean-Claude, fue solo un pequeño jadeo, pero con una urgencia que decía que teníamos que romper a Rafael. Podría haber protestado, pero el *ardeur* era todo lo que podía sentir, y el *ardeur* quería romper a Rafael.

Rafael estaba tan duro, demasiado duro, el tipo de dureza que un hombre solo consigue cuando se ha negado a sí mismo por un tiempo demasiado largo. Condujo toda esa larga dureza dentro y fuera de mí más y más rápido. Su respiración cambió, y dije:

—Sí sí, por favor, Rafael, por favor.

Parte de ese por favor quería decir, por favor permítenos alimentarnos, hazlo, baja todas esas protecciones, déjanos entrar. Traté de encontrar un ritmo, pero su cuerpo, sus manos, me inmovilizaban contra la pared. Él iba a hacer el trabajo, no quería ayuda. Unos duros empujes más y sentí mi cuerpo empezar a colmarse con el placer de su cuerpo golpeando en mi interior, sus fuertes manos fijas en mí, tan duro y ansioso dentro de mí como nunca lo había sentido en ningún hombre antes. Y justo en ese momento el placer me tomó, me hizo gritar, arañar, morder. Me dejó retorciéndome y bailando contra él. Él gritó y su cuerpo dio un último duro empuje que me hizo gritar de nuevo. Se estremeció contra mí y sus escudos se desplomaron. El *ardeur* se alimentó de su cuerpo, de su calor dentro de mí, de la liberación de su necesidad. Y en medio de ese placer que me hizo arañar la piel de Rafael y gritar mientras su cuerpo se sacudía contra el mío, sentí a Jean-Claude.

Él había elegido a Rafael porque era rey y a través de un rey podíamos alimentarnos de su pueblo. Jean-Claude se estiró por el cuerpo de Rafael, por nuestros cuerpos hacia los hombres rata. De la misma forma en que una vez se había alimentado de Augustine y de su gente, ahora se alimentaba de Rafael y de la suya. Sentí a Claudia tambalearse, sentí a Lisandro caer de rodillas, sentí como los hombres rata intentaban correr o luchar o mantenernos fuera, pero no pudieron, cuando las protecciones de su rey cayeron, fueron nuestros. Nuestros para tomarlos, para saquearlos, para alimentarnos. Nos alimentamos una y otra y otra vez; a algunas caras las conocía, a otras no. Se convirtieron en un borrón de ojos asustados y rostros mirando hacia arriba. Nos alimentamos de todos ellos.

Rafael sintió lo que estaba pasando y trató de protegerlos, de luchar contra nosotros, pero ya era demasiado tarde. Su cuerpo estaba unido al

mío y todo ese control duramente ganado desapareció dentro de mi cuerpo con el tacto de sus manos sobre mí.

Jean-Claude tomó el poder y lo arrojó hacia nuestros vampiros, hacia todos aquellos en la ciudad que debían su vida a su poder como Amo de la Ciudad. Los forzó a despertar, unas diez horas antes de lo que normalmente despertaban de la muerte. No entendí por que había utilizado el poder para eso, hasta el momento en el que el último vampiro estuvo despierto, y dejó que el poder volviese a él y a Richard, y pude sentir lo terriblemente heridos que estaban. Había usado el poder para despertar a los vampiros menores porque temía que si perdía la conciencia podría drenarlos de poder y matarlos. Temía que a través de los vínculos que tenía con ellos como Amo de la Ciudad pudiera alimentarse como había hecho con las ratas de Rafael, a excepción de que los vampiros podrían morir.

No podía respirar, mi corazón se sentía como una piedra, y no podía respirar. El cuerpo de Richard, oh Dios, Dios, se estaba muriendo. Jean-Claude trataba de curarlos y eso me obligaba a sentir lo que las garras de Richard habían hecho con el cuerpo del vampiro. Su corazón vacilaba, irregular. Dulce Jesús, no, Richard le había atravesado el corazón. Jean-Claude empujó el poder que le habíamos proporcionado en las heridas de ambos, y eso debería haber sido suficiente, pero era como si hubiese algo en la lesiones de Richard que se comiesen el poder, pero no lo curasen. Entonces pude ver una sombra en la espalda de Richard.

Jean-Claude susurró:

—*Harlequin*.

Nos estábamos muriendo, mi pecho se apretaba cada vez más. No podía respirar. Solo la mitad de mí sintió que Rafael me bajaba al suelo y trataba que le hablase. Utilicé mi último resto de aire para susurrarle:

—Ayúdanos.

—Cualquier cosa —dijo. Sus escudos continuaban bajados. Tomé su energía de nuevo, pero no para alimentarme, sino para lanzarla.

Jean-Claude gritó en mi mente:

—¡*Non, ma petite*! —Pero era demasiado tarde; con mi último pensamiento, antes de que la oscuridad nos tragase a todos, tomé el poder de Rafael y los hombres rata y lo lancé contra el fantasma de la espalda de Richard. Si hubiese podido pensar con claridad, podría haber dicho, Muere, pero la oscuridad nos estaba comiendo y todo lo que pude hacer fue lanzarlo. Pude verla, no, verlas, dos figuras con capa en una habitación

oscura, una habitación de hotel. Dos máscaras blancas se apoyaban juntas en la cama. Una sentada, la otra se arrodillaba detrás de ella. Ambas eran menudas y de cabello oscuro. Levantaron la vista, sorprendidas, como si pudiesen verme, a mí y a lo que llevaba conmigo. Tuve un buen vistazo de sus pálidos rostros vueltos hacia arriba, pelo largo castaño, el de una de ellas un poco más oscuro que el de la otra. Una tenía ojos marrones, la otra de color gris, ambos brillando con el poder. Habían combinado sus poderes, de alguna forma los habían combinado para herirnos. No sé lo que vieron, pero ambas gritaron. La que estaba de rodillas intentó proteger a la otra con su cuerpo, y entonces el poder las golpeó. Las lanzó contra el suelo y la mesita de noche y la lámpara cayó sobre ellas haciéndose añicos. Pude ver el teléfono y el bloc de notas. Y pude leer el nombre del hotel en el bloc. Sabía dónde estaban. Cayeron en un montón y no se movieron de nuevo. Mi último pensamiento fue, Bien.



VEINTITRES

Dolor, dolor, y las luces apuñalaban mis ojos. Voces:

—¡Hay pulso!

—Anita, Anita, ¿me oyes? —Quería decir que sí pero no podía recordar dónde tenía la boca o cómo usarla. La oscuridad de nuevo, luego, el dolor atravesó la oscuridad de nuevo. Volví en mí, mi cuerpo convulsionaba en una camilla. Había gente a mi alrededor.

Debería haber conocido a uno de ellos, pero no podía recordar quién era, sólo que debía de acordarme de quién era ella. Me dolía el pecho. Olí a quemado, algo se estaba quemando. Vi los pequeños destellos que habían usado una vez antes en mi pecho. Me di cuenta de que era yo lo que estaba ardiendo. La idea no significaba mucho para mí. No tenía miedo, o incluso excitación. Nada parecía real. Incluso el dolor en mi pecho se apagaba. El mundo empezó a ser gris y suave alrededor de los bordes.

Alguien me dio una bofetada, fuerte, en la cara. El mundo real otra vez.

Parpadeé al rostro de la mujer que debería haber conocido, y no pude. Ella gritó mi nombre:

—Anita, Anita, quédate con nosotros, ¡maldita sea!

Todo fue una vez más suave; el gris se comió el mundo como la niebla. Alguien me golpeó de nuevo. Parpadeé hacia la cara de la mujer otra vez.

—¡No te mueras sobre mí, maldita sea! —Me golpeó de nuevo, y el mundo no fue aún más gris.

La conocí ahora, Doctora Lillian. Traté de decir, Deja de pegarme, pero no lograba encontrar la manera de decir las palabras. Hice lo que pude, fruncir el ceño, sin embargo.

Una voz de hombre dijo:

—Está estable.

Lillian me sonrió.

—Estás respirando por tres, Anita. Si mantienes la respiración, no morirán.

No sabía lo que quería decir. Quería preguntarle: ¿Quién no va a morir? Entonces algo frío y líquido pareció fluir por mis venas. Había sentido algo así antes, y mi último pensamiento antes de que un tipo diferente de oscuridad me llevara fue, ¿por qué Lillian me da morfina?

Soñé, o tal vez no lo hice. Pero si era el cielo, había demasiado miedo, y si era el infierno, no era miedo suficiente. Estaba en una sala de baile, todos en ropa brillante, siglos antes de que naciera. Entonces la primera pareja se dirigió a mí, y estaban enmascarados. Todos llevaban máscaras blancas de *Harlequin*. Retrocedí a trompicones de los bailarines y descubrí que llevaba un vestido plateado y negro que era demasiado amplio para ser elegante, y muy firme en las costillas para permitirme respirar bien. Una de las parejas chocó conmigo y mi corazón estuvo de pronto en mi garganta. Tenía el pecho apretado y más apretado, como si un enorme puño me estuviera aplastando las costillas. Caí de rodillas y los bailarines se trasladaron todos a mi alrededor en un derrame de faldas y enaguas. Sus vestidos me rozaban mientras giraban a mi alrededor sin rostro.

Una voz llegó al sueño, el contralto ronroneo de Belle Morte:

—*Ma petite*, te estás muriendo.

El dobladillo de un vestido de color carmesí estaba en mis manos. Se arrodilló a mi lado. Seguía siendo la belleza morena que había conquistado casi toda Europa una vez. Todo el oscuro pelo estaba apilado encima de su cabeza, dejando su cuello en esa curva pálida y blanca que nosotros

habíamos amado siempre. Nosotros… Traté de sentir al resto de nosotros, pero donde Jean-Claude debería haber estado era horrible blancura.

Se inclinó sobre mí, me caí al suelo.

—Está casi desaparecido —dijo nuestro Jean-Claude. Sus ojos color café ámbar no parecían preocupados. Ella simplemente estaba haciendo una observación—. ¿Por qué no me has pedido ayuda, *ma petite*?

Le quería decir, ¿Por qué no nos ayudas? pero no había aire para decir nada. Mi columna trató de arquearse en la opresión del corsé, mientras jadeaba como un pez que moría en la orilla.

—Oh —dijo, y con un movimiento de su voluntad el sueño cambió. Estábamos en su dormitorio, en su enorme cama con dosel. Se arrodilló encima de mí, con un enorme cuchillo en la mano. El mundo iba a gris. Ni siquiera estaba asustada.

Mi cuerpo se estremeció, el corsé cedió, y de repente podía respirar un poco mejor. Mi pecho aún sentía dolor, y respiraba muy superficialmente, pero podía respirar. Miré hacia abajo para encontrar que había cortado el corpiño del vestido hasta el corsé, por lo que había una línea de piel desnuda de mi cuello a la cintura. Puso el cuchillo al lado de sus rodillas y extendió el corsé un poco más ampliamente, como si quisiera sacar mi piel fuera del vestido, pero volvió a arrodillarse junto a mí, en su rojo vestido. Su piel parecía brillar contra el paño carmesí.

—Lo qué pasa en mis sueños puede ser muy real, *ma petite*. El corsé aquí hace tu respiración más difícil. No tienes aliento de sobra.

—¿Qué está pasando?

Se acostó a mi lado, recostada con la cabeza en la almohada, demasiado cerca para estar cómoda, pero no tenía la energía de sobra para moverme.

Sentí la luz de Jean-Claude apagándose.

—No está muerto —susurré.

—¿Puedes sentirlo?

Debí demostrarlo en mi cara, porque dijo:

—Shhh, estás en lo correcto, no ha desaparecido por completo, pero está cerca del borde. Tú lo mantienes, a ambos, con vida. Tú y tu segundo triunvirato de poder. A Jean-Claude algo en esta nueva emergencia le ha enseñado un mejor control del poder entre tú y tu otro triunvirato; tu gatito y tu vampiro.

Tragué saliva, y me dolió, aunque no podía recordar por qué debería hacerlo.

—Nathaniel, Damian. —Me sentía un poco mejor, lo suficiente como para tener miedo. Los drené casi hasta la muerte una vez, o dos veces.

—No temas por ellos. Están lo suficientemente bien, pero te están alimentando, dándote su energía como se supone que deben hacer en situaciones de emergencia —dijo, y me acarició la frente, trazando el borde de mi mandíbula. Fue un movimiento de ocio, de la misma manera que cambias la forma en un sofá cuando estás sentado—. Las máscaras del *Harlequin* estaban en tu mente, *ma petite*. ¿Han llegado a tu territorio?

Quería decirle que dejara de llamarme *ma petite*, pero el aire era precioso, así que le contesté:

—Sí.

—Enséñamelo —dijo.

No Dime, sino Muéstrame. Le dije:

—¿Cómo?

—Eres de la línea de Belle Morte. ¿Cómo comerciamos nuestro poder?

Le fruncí el ceño.

—Bésame, piensa en ello, y yo sabré lo que sabes.

No sé si la habría besado voluntariamente, porque no tuve la oportunidad de decidir. Apretó los labios de rubí en mi boca, y me ahogaba de nuevo. No podía respirar. La empujé y ella pensó dentro de mi cabeza:

—Piensa en el *Harlequin*.

Era como si se tratara de una orden, y mi mente hizo lo que pidió.

Pensé en la reunión con Malcolm y su miedo. Volví hasta el día con Nathaniel y la máscara en el cuarto de baño. La segunda máscara con las notas musicales sobre ella, y la reunión prevista. La marca en mí, y el olor del lobo, y Jake manteniéndome a salvo. Luego, el último recuerdo, donde había visto morir a mis hombres, y el fantasma de Richard, y la alimentación con Rafael. Aminoré la memoria allí, subsistiendo de los poderes del rey rata, luego, dejé que los recuerdos volvieran a gran velocidad y utilicé el poder de Rafael para atacar a los que nos habían atacado. Era el último recuerdo que ella ralentizó por completo. Se quedó mirando los pálidos rostros de los vampiros, el pelo largo y oscuro, los ojos brillantes, marrón y gris, respectivamente. Belle Morte estudió los rostros de los demás vampiros. Susurró:

—Mercia y Nivia.

El recuerdo terminó y Belle Morte estuvo simplemente a mi lado, apoyada en las almohadas. Susurré:

—Los conoces.

—Sí, pero sabía no que eran el *Harlequin*. Es un secreto profundo y oscuro quien es y quién no, uno de ellos. Son espías, y el secreto es su sangre vital. Por sus manos el *Harlequin* ha roto su más profundo tabú.

—¿Qué tabú? —pregunté.

—Son neutrales, *ma petite*, absolutamente neutrales, o ¿cómo van a administrar justicia? ¿Te dieron una mascara negra? No la veo en tus recuerdos.

—No, sólo las dos blancas.

Se rió, y su rostro resplandecía de alegría. Hirió mi corazón, pero no de un golpe físico. Me dolió de la manera en que a veces lo hace, cuando ves a alguien que una vez adorabas, hacer algo que hace recordar por qué le querías, y sabes que esa risa no volverá a ser para ti.

—Han roto la ley entonces, la ley que juraron defender. A menos que entreguen la máscara negra, no se les permite traer la muerte. Para Mercia y Nivia, significa la muerte, pero, para sus compañeros *Harlequin* significa algo peor.

—¿Qué? —pregunté.

—Disolución. No lo serán más, y los que no mueran se verán obligados a volver a sus líneas de sangre, a sus antiguos maestros. Para ser neutrales los *Harlequin* son liberados de sus lazos con sus creadores. Se trata de una ley para sí mismos, pero si están violando la ley, entonces se romperá.

—¿Por qué hacer eso… —tuve que tomar aliento para terminar—… te hace tan feliz?

Hizo un mohín con el labio inferior completo y me dijo:

—Pobre, tan herida. Te ayudaré.

—Aprecio la oferta, pero… —tuve que trabajar para ayudar a la respiración—… a nosotros, ¿por qué?

—Debido a que sois suficientes testigos vivos como para destruir el poder del *Harlequin*.

—¿Por qué… —respiré—… te importa?

—Una vez fueron los guardias privados de la Señora de la Oscuridad. Ella está despertando, ahora lo sé.

—Pero cuando se despierte… —tomé aliento—… no los tendrá.

—*Precisement* —dijo Belle.

—Pero me necesitas, a nosotros, con vida.

—Sí —dijo ella, y me miró de la forma en que un halcón debe mirar a

un ratón herido, ansioso de anticipación.

—¿Te estás volviendo loca? —Susurré, y tuve que toser. No era mi garganta la que se estaba cerrando. No creía que fuera Jean-Claude. Algo malo le estaba sucediendo a Richard.

—No te odio, *ma petite* —dijo—. No odio a todo lo que es útil para mí, y que va a ser muy útil, *ma petite*.

—Anita —susurré.

—Anita, Anita —ronroneaba cuando se inclinó más cerca de nuestras caras—, si quiero que seas mi *ma petite*, lo serás. Jean-Claude está cerca de la muerte y te protegía contra mí. Voy a salvaros a todos, pero lo haré de una manera que no te gustará.

Se inclinó con el rostro cerca, y la mano que había estado acariciando mi rostro repentinamente fue firme y sólida como el metal contra mi mejilla, me mantuvo girada hacia ese hermoso rostro. Comenzó a inclinarse por un beso.

Hablé antes de que tocara la boca.

—Una triunfal, triunfal situación, para ti.

—Oh, sí. —Susurró contra mis labios, me besó. Pero no se limitó a darme un beso, abrió el *ardeur* entre nosotras. En un momento todo lo que podía pensar era en respirar, Sólo en mantener la respiración, y que realmente no quería que me tocara, y al siguiente me estaba besando, y yo le estaba devolviendo el beso.

Mis manos se deslizaron sobre el vestido de raso, y el cuerpo debajo, y mis manos conocían ese cuerpo, aunque eran más pequeñas de lo que deberían haber sido. La memoria de Jean-Claude se mantenía en el camino coloreado de lo que estaba sucediendo. Cuando su boca encontró mi pecho, y la chupó, me sorprendió, porque en el cuerpo recordaba que no tenía pechos. Me mordió, conduciendo delicadamente los colmillos alrededor de mi pezón. Me hizo llorar, sujetó mi cuerpo retorciéndome en la cama. Levantó una boca ensangrentada y me sonrió, con los ojos llenos de luz ámbar. Subió mi cuerpo y apretó la boca ensangrentada en la mía. Besé esa boca como si fuera aire, alimento y agua, todo en uno. Me maravillé de lo pequeña que tenía la boca, tan delicada. Cómo deseaba besar esa boca de nuevo. Sabía en este momento lo que nunca había conocido de Jean-Claude, ¿cuánto le había costado dejarla? Dicen que una vez que amabas a Belle Morte nunca parabas, y sabía que con ese beso, con su cuerpo encima de mí, que era verdad. Todavía la amaba, siempre la amaría, y nada

cambiaría eso, ni siquiera yo.

El *ardeur* comenzó a alimentarse entonces, de ese beso sangriento, pero esto era Belle Morte, la creadora del *ardeur*. No te alimentabas de ella y paras. Te alimentas hasta que se detiene.

El cuchillo cortó nuestros vestidos, y donde cortó la piel pasamos la lengua y bebimos la sangre de ambas, y no me pareció mal, ni una mala cosa para hacer. El sabor de su sangre era dulce, y lento, y sabía que la sangre de vampiro no era una comida, pero podrían ser los juegos previos.

Terminé encima de ella, y mi cuerpo olvidó que no era varón. La apreté contra la cama, con mi cuerpo entre sus piernas. Pero no podía hacer lo que recordaba. Juré de frustración, porque más que nada en el mundo en ese momento quería perforar su cuerpo. Quería sumergir las piezas que no tenía en partes de ella que yo tenía.

Ella yacía debajo de mí con el pelo oscuro derramado alrededor de su cuerpo, a través de la seda de las almohadas. Sus labios entreabiertos, los ojos llenos de esa luz ansiosos. Sabía lo que era, lo sabía mejor que la mayoría a través de Jean-Claude. Sabía que iba a cortarme la garganta y hacer el amor en la sangre, mientras moría, pero en ese momento con ella mirándonos a nosotros, no me importaba. Sólo quería que se quedara para darnos esa mirada.

Me puso la espalda contra las sábanas y comenzó a besar su camino por mi cuerpo. Vi sus ojos subir, mirando mi cara, mientras lamía y mordía, y señalaba pinchazos de sangre donde los colmillos delicadamente traspasaron demasiado cerca. No era mi memoria lo que me hizo retorcerme por su vista a lo largo de mi ingle. Al principio, se sentía mal, porque estaba esperando una sensación diferente, pero Belle había pasado dos mil años de aprendizaje sobre el placer, y conocía este placer, también. La observé con su boca entre mis piernas, y su lengua me encontró, me trazó, me lamió y, finalmente, me chupó, ligeramente al principio, luego más y más, hasta que los colmillos mordieron profundo mientras me chupaba, y no estaba segura de si era el placer que interpuso el orgasmo, o el dolor. El *ardeur* se alimentaba y alimentaba y alimentaba.

Grité, y me retorcí, y arañé las almohadas, y sólo después de que me eché hacia atrás sin huesos, los ojos revoloteando ciegamente por el placer, le hizo levantar la cara de mi cuerpo.

Me miró con ojos que brillaban, tan brillantes que parecía ciega por el poder. Se rió, y el sonido se arrastró por mi cuerpo y me hizo llorar de

nuevo.

—Veo lo que ven en ti, *ma petite*, realmente lo hago. Me han alimentado lo suficiente como para mantenerlos a todos con vida, pero Mercia y Nivia, y cualquiera de los *Harlequin*, que tuvieron parte en esto, intentaran matarte antes de que puedas declarar en su contra. Ellos no saben que yo lo sé.

Traté de decir: la gente dice, pero mi boca no podía trabajar todavía. Joder, si hubiera habido una emergencia no habría podido salir de la cama, y no era la parte médica de emergencia lo que me mantuvo allí tendida. Fueron unos pocos miles de años de práctica en el sexo lo que me hizo estar allí y mirarla, o tratar de mirarla. El mundo seguía siendo blanco en los bordes con el orgasmo.

—Creo que tienen aliados para sus actividades ilegales entre el Consejo, por lo que tengo que ir poco a poco aquí, pero necesitas estar bien allí. —Me sonrió, y fue la sonrisa que Eva debió haber utilizado en el Jardín del Edén; ¿Quieres un trozo de manzana, niña?—. Voy a enviar una llamada a mi línea de sangre en tu territorio. Jean-Claude está demasiado herido para detenerlo. Voy a hablar con ellos como antaño, antes de que tuvieran el nuevo poder de Jean-Claude para esconderse detrás. Cuando te despiertes, necesitarás alimentos poderoso para el *ardeur*. Debes compartir ese poder con Jean-Claude y tu lobo.

Me las arreglé para susurrar:

—No sé cómo hacerlo.

—Podrás —dijo, y vino a mi cuerpo a horcajadas, apoyándose en él hasta que nuestros labios se encontraron. Pude probar mi cuerpo en su boca. Nos besamos, y rompió el sueño, y me desperté, con el sabor de su beso en mis labios.



VEINTICUATRO

Me desperté jadeando en una habitación que era demasiado brillante, demasiado blanca. Había algo en mi brazo que me dolía cuando trataba de moverme. No sabía dónde estaba, no podía pensar en otra cosa que en el olor, el sabor y la sensación de Belle Morte. Me desperté gritando su nombre, o intentándolo. Mi voz era apenas un sonido áspero como un graznido.

El rostro de Cherry apareció junto a la cama. Su corto pelo ultra rubio y el maquillaje gótico demasiado oscuro no podía ocultar el hecho de que era bonita. También era una enfermera registrada, aunque había perdido su trabajo en el hospital local cuando se enteraron que era una mujer leopardo.

—¡Anita, oh Dios mío, oh Dios mío!

Traté de decir su nombre, pero no me salían las palabras.

—No trates de hablar. Voy llamar al médico. —Me dio agua y una de esas pajas flexibles, y me dejó tomar unos sorbos. Oí una puerta que se

abría y cerraba, pies corriendo que se alejaban. ¿Quién habían enviado a por el médico?

Los ojos de Cherry brillaban, y sólo después de que su delineador de ojos comenzara a correr como lágrimas negras por el maquillaje pálido me di cuenta de que estaba llorando.

—Dicen que es resistente al agua, pero no resulta así. —Me dejó beber otro sorbo de agua.

Me las arreglé para croar:

—¿Por qué me duele la garganta?

—Yo… —Parecía solemne de nuevo—. Tuvimos que intubar a Richard.

—¿Intubar? —pregunté.

—Colocar un tubo en su garganta. Una máquina está respirando por él.

—Mierda —susurré.

Se secó las lágrimas negras otra vez, dejando manchas peores.

—Pero estás despierta, te encuentras bien. —Asintió, una y otra vez, como si eso lo hiciera más real. Estaba casi segura de que lejos de mí, de su reina leopardo, era más controlada como enfermera, pero seguro lloraba muy fácilmente para un profesional médico.

Hubo pisadas suaves, y la doctora Lillian estaba en mi cama. Su pelo canoso recorrido en un nudo descuidado en la parte posterior de su cuello, con mechones sueltos en su rostro delgado. Sus ojos claros sonrieron con sus labios. La angustia fue evidente en su rostro por un momento.

—¿Me has abofeteado? —pregunté.

—No pensé que te acordaras.

—Tú me has abofeteado, ¿no?

—Fue algo cercano, Anita. Estábamos a punto de perderos a todos.

—Cherry dice que Richard está conectado a una máquina, que no está respirando por su cuenta.

—Así es.

—¿No debería haber sanado por ahora?

—No es más que la noche del mismo día, Anita. No has estado fuera tanto tiempo.

—Se siente como más.

Ella sonrió.

—Estoy segura de que lo sientes. Creo que ahora que tenemos la respiración de su cuerpo, va a curar, pero si no hubiéramos sido capaces de

mantener su corazón y los pulmones iba…

—Estás preocupada.

—Su corazón se detuvo, Anita. Si fuera humano estaría preocupada por un daño cerebral por la falta de oxígeno.

—Pero no es humano —dije.

—No, pero está muy herido. Debe sanar completamente, pero en verdad, nunca he visto un licántropo regresar de una lesión tan severa. Su corazón fue atravesado por una bala de plata. Era un tiro mortal.

—Pero no está muerto —dije.

—No, no lo está.

Levanté la vista hacia ella.

—Jesús, no haces una buena cara en blanco igual siendo médico.

—Jean-Claude se encuentra en una especie de coma. Asher me dice que es un tipo de hibernación mientras se cura, pero la verdad, la medicina vampírica es confusa. Están muertos, ¿cómo no pueden estar saludables? Lo conecté a monitores de ondas cerebrales, y eso nos hace saber que todavía está allí.

—¿Pero si no tuvieras los monitores? —pregunté.

—Pensaría que estaba muerto —dijo.

—No estamos muertos.

Ella sonrió.

—No, no lo estáis. Nathaniel ha estado comiendo por cinco, y todavía perdió dos kilos en menos de un día. Damian ha tomado más sangre que cualquier vampiro debe ser capaz de mantener, y aún se alimenta. Asher dice que están ayudando a alimentaros a los tres.

Asentí, recordando lo que Belle había dicho.

—Tiene razón. —Pensé en dejar que mis pensamientos encontraran a Nathaniel y a Damian por mí, de que pudieran verme. Pero tenía miedo de estropearlo. Temerosa de que de alguna manera cortara la energía que nos alimentaba, o tomara demasiado. Al parecer, estaba funcionando, y simplemente estaba agradecida de que estuviera funcionando en la forma en que se suponía. Belle había dicho que había aprendido de Jean-Claude cómo hacerlo, pero se equivocaba. Creo que Jean-Claude lo había hecho por nosotros antes de que se desmayara, porque no tenía ni idea de cómo funcionaba. Con mucho cuidado de no levantar mi escudo entre los chicos y yo, más fuerte, o más débil. Sólo traté de mantenerlo. Si está funcionando; no lo jodas.

—Los vampiros están preocupados por si los vampiros menores van a dormir durante el día, de que Jean-Claude esté tan herido que no tendrán energía suficiente para despertar otra vez.

Asentí y tragué más allá de un dolor que no era mi dolor de garganta, pero se sentía así. Como si estuviera intentando tragar algo grande y duro, y de plástico.

—Richard se encuentra lo suficientemente despierto como para sentir el tubo en la garganta, porque puedo sentirlo.

—No sé si eso es una buena noticia o mala, Anita. Tardará un tiempo antes de que su cuerpo deje las máquinas, creo.

—Tenemos que desperta a Jean-Claude antes del amanecer, lo suficientemente despierto para que no drene a los pequeños vampiros hasta la muerte —dije.

Me miró muy seria.

—Eso es lo que los vampiros han estado discutiendo.

Sentí a los vampiros. Los sentía fuera de la puerta. Oía voces discutiendo, hombres discutiendo. Dije:

—Dile a Asher y a los otros guardias que entren.

Parecía que me hacía una pregunta y fue a la puerta. Pero al ver quien era el primero que pasaba me hizo sonreír, y de alguna manera sentí que todo saldría bien. Estaríamos a salvo, porque Edward estaba aquí.



Me sonrió, sacudiendo la cabeza. Allí, de pie, mirándome, parecía agradable, al igual que el producto final de un par de generaciones de cría de UASP, con cabello rubio, ojos azules, tal vez un poco menos de cinco pies con ocho, tendía a encajar en muchos lugares. Entonces el encanto pulido comenzó a desaparecer, como la magia. Vi la verdadera personalidad de Edward llenando sus ojos y la calidez convertirse en frío como la profundidad de un cielo de invierno. El color de sus ojos era el mismo, pero la mirada en ellos no lo era. Su rostro estaba tranquilo y no mostraba nada. Si no hubiera tenido vampiros para comparar, hubiera dicho que Edward tenía la mejor cara vacía que había conocido.

Una vez, ver a Edward al lado de mi cama hubiera significado que había venido a matarme. Ahora, eso significaba que estaba a salvo. Estábamos a salvo, o lo más seguros que podríamos estar. Edward no podía hacer mucho con los poderes metafísicos, pero confiaba en él para cuidar

de las armas contra el *Harlequin* y sus habilidades de combate. La magia era mi trabajo, pero nadie lo hacía mejor en el combate armado que Edward.

—Hey —dije, y mi voz todavía sonaba seca.

Sus labios temblaban.

—No puedes permanecer con vida durante más de unas horas, ¿eh? —Su voz tenía un borde de la sonrisa que había estado allí, y hacía más real el vacío en su voz, sin acento, ningún indicio de donde había comenzado la vida.

—Estoy viva —dije.

—Te tuvieron que reiniciar el corazón dos veces, Anita.

Lillian, que se había mantenido fuera, llegó a estar a su lado.

—Te agradecería que no asustaras a mi paciente.

—A ella le gusta la verdad —dijo, sin siquiera mirarla.

—Tiene razón, doctor —dije.

Ella suspiró.

—Muy bien, pero vamos a dejarla tranquila, que ha estado casi muerta todo el día.

Me llevó un segundo darme cuenta de que había hecho una broma. Edward la miró, luego se volvió hacia mí.

—De acuerdo con los vampiros, no tenemos tiempo para facilitarte las cosas.

—Dime lo que está ocurriendo —dije.

—Hay demasiado, Anita. Si te cuento todo, llegará el amanecer y tus vampiros estarán muertos para siempre.

—Dime lo que necesito saber, entonces —dije.

—Jean-Claude utilizó mucha energía para despertar a todos los vampiros en la ciudad antes de perder el conocimiento.

—Estaba allí cuando lo hizo.

—No interrumpas —y él fue demasiado solemne para consolarme—. A los vampiros y cambiaformas se les ocurrió un plan que, creen, les dará la mayor energía para alimentar a Jean-Claude y a Richard y en el menor tiempo posible.

—¿Por qué me dices esto? ¿Por qué no Asher, o…?

—Me has interrumpido —dijo, con ojos fríos, y cara aún muy seria.

—Lo siento —dije.

Lillian hizo un ruido que nos hizo mirarla.

—Me dijiste que se tomaría mejor las noticias de ti, no te creí. Pero ahora te creo.

Él le dio una mirada.

—Lo siento, estaré fuera de aquí y dejaré de perder el tiempo. —Ella se alejó de nosotros.

Él continuó:

—No me gusta el plan y sé que lo vas a odiar, pero he escuchado sus razonamientos y es el mejor plan que tenemos.

Levanté una mano.

En realidad sonrió, pero nunca llegó a sus ojos.

—Sí.

—¿Crees que es un buen plan? —pregunté.

—No podéis llegar a uno mejor.

Le miré.

—¿En serio?

Asintió.

—En serio.

El hecho de que no pudiera hacer un plan mejor decía mucho. Decía lo suficiente, como para no discutir.

—Bueno, dime el plan —dije—. Alimentas el *ardeur* con el líder de otro grupo de animales, y tomas su energía de la forma en que lo hiciste de los hombres rata. —No se inmutó ni dudó, a pesar de que había conocido sólo el *ardeur* durante unas horas. Había aterrizado en medio de una crisis de proporciones metafísicas y no se había inmutado, o si lo había hecho no lo mostró. En ese momento le adoré. Él nunca fallaba, o me follaba, y le quería por eso.

—¿Qué grupo de animal? —pregunté.

—Los cisnes —dijo.

Di mi sorprendida cara.

—¿Dilo otra vez?

Él sonrió, una sonrisa fría, pero era una sonrisa real, estaba divirtiéndose.

—Puedo entender que el rey cisne no es tu amigo.

—No de esa manera. Él y todos los jefes de los grupos de animales han estado en la casa para la cena, pero… —Negué con la cabeza y tragué esa sensación de algo en la garganta que no estaba allí, como un dolor fantasma —. Nunca he pensado en él de esa manera, y no es ni el más grande, ni el

más poderoso de los grupos en St. Louis.

—Golpeaste a la mayoría de los hombres rata cuando te alimentaste de su rey —dijo Edward.

—¿Hice qué?

—Ya me has oído.

Me acordé de la voz de Jean-Claude en mi cabeza, diciendo no cuando volví a por ese último mordisco de la energía de Rafael.

—No fue mi intención —dije.

Lillian se asomó sobre el hombro de Edward.

—Has tenido suerte, fui una de los pocos que no cayó.

—¿Por qué no?

Ella se quedó pensativa y triste, y luego negó con la cabeza.

—No lo sé.

—No tenemos tiempo para preocuparnos —dijo Edward.

—De acuerdo —dijo Lillian.

Yo solo asentí.

—Los hombres rata todavía no están al cien por cien, Anita. Has hecho un daño real en ellos. No podemos permitir que hagas lo mismo con las hienas.

—Sin problema. Narciso no está en mi lista de tareas pendientes.

Sus labios temblaban, casi una sonrisa, y entonces se rindió y se echó a reír.

—Le he conocido ahora, y… —Él sólo sacudió la cabeza, y dijo—: No me gustaría querer hacerlo tampoco, pero nos ayudó. Vamos a tener a todos los hombres hiena que pidamos.

Un pensamiento se me ocurrió.

—Si la mayoría de nuestro músculo fue eliminado, ¿por qué no nos ataca el *Harlequin*?

Él asintió.

—No sé por qué no ataca.

—Se supone que son un equipo de súper pelea. Como tú con un vampiro, deberían haber atacado.

—Asher y los otros vampiros han especulado mucho sobre por qué el *Harlequin* no tomó la ventaja. Diré todo esto más adelante, pero ahora… —Hizo un movimiento como si hubiera tomado mi mano, y luego sus manos retrocedieron—. ¿Confías en mí? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—Sabes que lo hago.

—Entonces, tengo las defensas cubiertas, Anita. Pero sólo se puede canalizar la energía suficiente a Jean-Claude para mantener a los vampiros con vida.

Quería preguntarle muchas cosas, pero tenía razón. Tenía que confiar en él para hacer su trabajo, y lo hacía, pero…

—No hay muchos cisnes en la ciudad —dije.

—Hemos preguntado a los hombres leones primero, pero su Rex se negó.

—¿José se negó a ayudarnos? —Me sorprendió, y dejé que se mostrara.

—Sí.

—Hemos ayudado a los leones. Demonios, les he salvado la vida una o dos veces.

—Su esposa dijo que no tendría relaciones sexuales con nadie más que con ella.

—No se trata de sexo, Edward.

Se encogió de hombros.

—Los leones van a dejar que los vampiros mueran. —Lo dije en voz alta, porque tenía que oírlo. No podía creerlo.

—Así es como me lo tomé —dijo.

Nos miramos el uno al otro, y sentí que mis ojos se volvían tan frío como los suyos. Creo que estábamos pensando lo mismo. Los leones tenían que sufrir por esto. Desagradecidos bastardos.

—Menos de dos horas, Anita —dijo.

Asentí.

—Lo que significa que no tenemos tiempo para estar mal, Edward. ¿Los cisnes tienen suficiente energía?

—Donovan Reece es el rey de todas las crin de cisnes en este país.

—Ya lo sé. Tiene que viajar de un grupo a otro, buscando sobre ellos, la resolución de problemas. También han comenzado a hablar a otras ciudades sobre la capacidad de nuestra coalición peluda. No está tratando de iniciar otra coalición, sólo hablar de ello. De hecho, hemos tenido algunas llamadas telefónicas de otras ciudades, que quieren detalles sobre cómo funciona.

—Un político —dijo Edward. Asentí—. Ser rey cisne es un poder innato, creo que realmente no cuentan con las habilidades que necesita Donovan, dice que por lo general una reina cisne es nacida en la misma

generación, por lo que gobiernan juntos, pero por alguna razón no había ningún bebé con la marca de nacimiento, o el poder de ayudarlo. Eso significa que tiene el doble deber. —Él dice que deja a sus doncellas cisne en el cuidado de tus leopardos cuando se va por un tiempo.

Asentí.

—Sólo hay tres en la ciudad.

—Ellos han estado más en tu casa —dijo Edward.

—Sí.

—¿Por qué?

—Necesitan a alguien para cuidarlos a veces.

—Donovan dijo que cuidaste de su pueblo. Dice que les rescataste una vez, y casi te mataste haciéndolo.

—Sí —dije.

—Dice que si arriesgaste de tu vida por su pueblo, él haría lo mismo por ti, ¿qué es un poco de sexo entre aliados?

—No dijo la última parte —dije.

Edward sonrió y sacudió la cabeza.

—De acuerdo, pero dijo, arriesgaría mi vida por Anita y su gente. Esto es solo algo pequeño lo que me pides.

—Eso suena a Donovan —dije.

—Está ofreciendo dejarte comer de todos los cisnes de los Estados Unidos. Hay, tal vez, de uno a seis en la mayoría de las grandes ciudades.

—No tenía ni idea de que hubiera tantos.

—No creo que nadie lo sepa, pero Donovan sí. Tiene una gran cantidad de inteligencia, Anita. No me hizo prometer que no lo utilizaría en su contra si tengo un contrato de alguien que quiera que vaya a la caza del cisne.

—Edward…

Él levantó una mano, me detuvo.

—Te lo prometo, si preguntas.

Nos miramos el uno al otro un segundo, y luego dije:

—Prométeme que no vas a usar todo lo que has aprendido en contra de cualquiera de los grupos de animales.

—No voy a cazar a más cisnes —dijo.

—No, Edward, lo digo en serio. Vas a tener que aprender cosas sobre los vampiros y los cambiaformas que podrías usar en su contra. Necesito tu palabra de honor de que lo que aprendas no volverás a perseguirlos, o a mí.

Su rostro se fue a esa mirada fría y vacía. Era casi la mirada que utilizaba cuando mataba, a excepción de un toque de rabia en sus ojos.

—¿Incluso a los leones? —preguntó.

—Son miembros de nuestra coalición.

—¿Eso significa que están fuera de los límites?

—No, significa que tenemos que echarlos de la coalición antes de hacer cualquier cosa con ellos.

Sonrió entonces.

—Tan honorable.

—Una chica tiene que tener normas —dije.

Él asintió.

—Mientras los leones respondan por ello, estoy bien.

—Una crisis a la vez, pero sí, van a responder por ello.

Me dio esa sonrisa fría y satisfecha. Era la habitual sonrisa de Edward, la real. La sonrisa que decía que el monstruo estaba en casa, y feliz de estar allí. No necesitaba un espejo para saber que la sonrisa que devolví fue igual a la suya. Solía preocuparme por llegar a ser como Edward. Últimamente, me alegraba de serlo.



VEINTISEIS

Todo lo que íbamos a hacer con los leones locales tenía que esperar. Una emergencia a la vez. Es curioso cómo cuando Edward entra en mi vida, o yo entro en la suya, que casi siempre estamos corriendo de una emergencia a otra. La diferencia esta vez era que la emergencia no podía ser manejada a punta de cuchillo o pistola. Un lanzallamas ni siquiera ayudaba, aunque Edward había traído, probablemente, uno. ¿Cómo iba a conseguir pasarlo a través de la seguridad del aeropuerto? Era Edward, si quería, habría logrado pasar un Tanque Shermantank través de la seguridad.

Tenía menos de dos horas para comer. Menos de dos horas para mantener a Willie McCoy, con sus trajes chillones y corbatas altas, vivo. El amor de su vida, Candy, era alta, rubia y hermosa, y había escogido como amor al pequeño vampiro, no tan guapo. Pensé en Avery Seabrook, a quien había robado de la Iglesia de la Vida Eterna. Avery con sus ojos dulces, tan recién muerto que incluso a mí todavía me parecía vivo a veces. Pensé en

muchos de los vampiros menores que habían abandonado la iglesia de Malcolm para venir a nosotros en los últimos meses. No podía dejarlos morir, no sabía si podía salvarlos. Pero no quería tener relaciones sexuales con Donovan Reece.

No había nada malo con él. Era alto, pálido, y de muy buen gusto, de corte limpio.

Medía un poco menos de seis pies, hombros anchos metidos en un jersey azul celeste que complementaban una tez de leche y crema tan perfecta que parecía artificial, pero no era así. El leve rubor rosado en las mejillas era su propia sangre que fluía bajo la piel blanca. Estaba tan pálido como un vampiro del Cáucaso antes de haberse alimentado. Pero no había nada muerto en Donovan. No, era algo muy vivo, como si a simple vista se notase que su sangre corría más caliente. No caliente como con pasión, sino caliente como en caliente al tacto, como si al derramase en la boca estuviera caliente, como un cacao dulce y metálico.

Tuve que cerrar los ojos y mantener una mano antes de que él estuviese al lado de la cama. Hablé con los ojos todavía cerrados.

—Lo siento, Donovan, pero mi radar te detecta como alimento.

—Se supone que debo ser la comida.

Negué con la cabeza.

—Alimento para el *ardeur* no de comida. Me pregunto a que sabe la sangre bajo tu piel.

—Tenía miedo de esto. —Una voz femenina. Abrí los ojos para ver a Sylvie, la segunda al mando de Richard, su Freki. Ella era un poco más alta que yo, pelo castaño, corto, una cara que podría ser bastante con maquillaje, pero por lo general no se preocupaba, por lo que tus ojos tenían que adaptarse a la claridad de los suyos y a la piel antes de que pudieras darte cuenta de que era bonita. Con el maquillaje correcto, habría sido hermosa. Me pregunté si la gente piensa eso de mí a veces. Desde que llevaba una bata de hospital, y probablemente me parecía a la mierda, ¿quién era yo para hacer un comentario así?

Sylvie llenó la habitación con una racha de pinchazos de energía. Era pequeña y femenina y se las había arreglado para abrirse camino hacia el segundo puesto al mando de un gran grupo de hombres lobo. Ella habría estado probablemente a cargo si no hubiera intervenido un par de veces. Richard pudo haberla golpeado físicamente, pero Sylvie tenía la voluntad de ganar, el deseo de matar, y hay peleas en donde eso es lo importante.

Entonces, hace un tiempo, Richard había sido llamado a su desafío, y la había dañado, y mal. Había demostrado que tenía la voluntad de recuperar la fortaleza. Por un lado, me alegré, porque mis preguntas fueron respondidas. Por otra parte, le había costado a Richard un pedazo de sí mismo que nunca llegaríamos a volver a ver. Yo lloraba ese pedazo suyo, casi tanto como él mismo.

—¿Tenías miedo de qué? —preguntó Edward cerca de la puerta. No me había dado cuenta de que había seguido a Donovan.

—Anita es como un licántropo nuevo. Eso significa que su hambre no está bajo su completo control. Donovan tal vez sea poderoso, pero es un animal de presa, y sus bestias lo huelen —dijo Sylvie.

Asentí desde la cama, mi mano cayó como una hoja blanca.

—Lo que ella dijo.

Donovan me miró, con sus ojos azul-gris, tan cambiantes como el cielo, habían ido a la lluvia gris.

—¿Quieres destrozarme la garganta?

—Probablemente una herida visceral, en realidad, es el punto débil.

Levantó las suaves y pálidas cejas.

—Nada de sexo oral —dijo Sylvie, y otra persona lo habría dicho con humor, ella estaba completamente seria.

La puerta se abrió detrás de ellos. Tuve una visión de un hombre alto, de pelo negro que no reconocí. Parecía demasiado joven para estar de pie allí, pero había un par de otros guardias de los que pensaba lo mismo. De golpe la puerta estaba llena de gente y tuve que buscar entre ellos, pero me prometí que hablaría con Claudia para poner un límite de edad en los guardias. Había echado a Cisco por tener dieciocho años, pero al parecer no había dejado claro que era la edad, sino Cisco en sí mismo, el problema. Si todos sobrevivíamos hoy, lo dejaría más claro. No, si no, cuándo. Cuando hubiéramos sobrevivido. No podía ser cualquier otra cosa, bueno, tenía que ser cuando.

Busqué a Asher entre los vampiros que llegaron primero a través de la puerta, pero no estaba allí. Era como si Requiem leyese mi mente, o por lo menos mi cara, porque dijo:

—Oh, mi estrella de la tarde, busca con impaciencia pasando de mí, como si no estuviera aquí. Asher despertó en séptimo lugar entre nosotros. Si el alba llega morirá, pero los que están de pie permanecerán para ver esto. —Su rostro era una visión de carne blanca entre el negro de su capa

con capucha, la barba y el bigote. Tenía el pelo perdido en la negrura de la capucha. El único color verdadero en su rostro era el azul brillante de sus ojos, con ese toque de verde en ellos como agua de mar a la luz del sol.

London, con sus rizos cortos oscuros y traje y camisa negro sobre negro, vino después. Siempre parecía un cruce entre un ejecutivo gótico y una película de éxito. Su apodo durante siglos había sido —el caballero de la noche. Sí, mucho antes de Batman, no era London. También fue el alimento casi perfecto para el *ardeur*. La alimentación en realidad me llenaba de poder sin drenarle. Pero al igual que todas las habilidades secundarias en la línea de sangre de Belle Morte era una hoja de doble filo. Fue el alimento perfecto, pero también era casi instantáneamente adicto al *ardeur*. Una alimentación había deshecho siglos de abstinencia desde que había huido de la esclavitud de Belle. Una alimentación y había sido más de mí de lo que cualquier ceremonia civil podría haberlo hecho. Sin embargo, la alimentación, incluso de London, no sería suficiente para lo que necesitaba ahora. Me sonrió y volvió a tomar mi mano. Sabía que no era el amor de mi vida, ni yo el suyo, y ambos estábamos de acuerdo con eso. Sería el principal candidato para ser mi *pomme de sang*, si tan sólo pudiera estar a la luz del día. Su mano estaba caliente en la mía, lo que significaba que se había alimentado de algunos de los donantes voluntarios. Muchas personas estaban dispuestas a abrir una vena en estos días, no había ninguna razón para obligar a nadie. Las personas hacían cola para ello.

Levantó mi mano y puso un suave beso en los nudillos.

—Estamos aquí para ver que no te comas al rey cisne. —Su sonrisa se ensanchó y sus ojos oscuros se llenaron de felicidad. Requiem y otros vampiros que habían venido de Inglaterra con él dijeron que nunca habían visto a este tranquilo, y ni siquiera había sabido que podía sonreír.

Le devolvió la sonrisa y asentí.

—Eso sería realmente malo.

Jason se asomó por el hombro del hombre mucho más alto. Me sonrió, pero había una cortina alrededor de sus ojos azul de primavera, una mirada hueca que decía que había estado llorando. Le tendí la otra mano. London salió del camino para que Jason me pudiera dar un abrazo. Prácticamente se metió en la cama para hacerlo. Éramos amigos, amantes y su reacción me sorprendió. Le di unas palmaditas en la parte superior de su pelo corto y rubio, con una especie de torpeza, y no fue sólo la IV lo que lo hizo difícil.

Eso fue taaan… iba a tener que sacármelo antes de que me alimentara de Donovan.

—Jason —dije—, está bien.

Él negó con la cabeza en mi hombro y levantó una cara llena de lágrimas. Su voz estaba llena de lágrimas también:

—Mentirosa. —Él trató de sonreír, pero no lo logró.

Le toqué la cara con mi mano libre.

—Jason, yo… —Ni siquiera sabía qué decir. Esta reacción era más que la reacción de un amigo. Entonces pensé, tal vez el dolor no era por mí. Su Ulfric y su maestro estaban cerca de la muerte. Si morían, su mundo nunca sería el mismo. El próximo Maestro de la Ciudad no tendría un uso para él como *pomme de sang*.

Intenté acunar su cara, pero la IV se estiró de nuevo.

—¿Alguien me puede sacar esto? No puedo alimentar al *ardeur* conectada a los tubos.

Lillian se abrió paso entre la multitud cada vez mayor y sacó la aguja. Con mucho cuidado miré hacia otro lado en el momento crucial. Fue mejor de lo que solía ser, pero todavía no me gustaba ver las agujas entrar o salir de mi carne. Simplemente me repugnaba.

Jason se alejó lo suficiente para que el médico trabajara, pero mantuvo la mano como si fuera un salvavidas. Jason generalmente era tan cercano que a veces me olvidaba que sólo tenía veintidós años. Era en realidad de la misma edad que algunos de los estudiantes universitarios hombres león que José me había dejado elegir. Y su excusa de la edad había sido que los mayores tenían puestos de trabajo y familias. En ese momento no lo había puesto en duda, pero ahora, bueno, probablemente estaría cuestionando todo lo que los leones hicieron durante un tiempo.

—Soy tu lobo en caso de que la bestia decida subir —dijo Jason.

—Creo que Sylvie…

Ella habló desde detrás de la multitud de cambiaformas.

—Con el *ardeur* levantándose en la habitación, no me quedo. No es nada personal, Anita. Quiero decir que eres linda, pero lo hago con mujeres, y contigo débil, y Jean-Claude fuera, no quiero correr el riesgo de que esto se propague a través de la habitación. —Ella vino a la cama y me dio unas palmaditas en el hombro, un poco torpe. No era mucho mejor amiga que yo.

—Los lobos harán todo lo posible para pasar esto.

—Mejor que los leones —dije.

—No es su Rex el que está en el cuarto de al lado, es nuestro Ulfric —dijo, y hubo un destello de su bestia, como el cálido aliento del monstruo en la oscuridad. Me estremecí, y lo apagó—. Lo siento, me voy.

Con eso se fue hacia la puerta. Al salir, alguien entró, y grité:

—¡Micah!

No exactamente corrió a mí, pero estuvo cerca. Todavía llevaba la misma camisa y pantalones, pero estaban cubiertas de manchas secas. Sangre seca negra y roja ladrillo. Tal vez me quedé mirando las manchas de sangre, porque se desabrochó la camisa mientras se acercaba, y la tiró al suelo. Por una vez, el ver su pecho y hombros desnudos no me hizo pensar en sexo. Lo único que pude pensar fue en que la sangre era de Richard o de Jean-Claude. Micah dijo:

—No les levantes con el poder, Anita.

—¿Cómo sabes qué es lo que estaba pensando? —pregunté.

Él sonrió, pero sus ojos estaban cansados, aliviado de verme, pero cansado. Soy tu Nimir-Raj.

Esa era a menudo su respuesta a las cosas cuando le preguntaba cómo me leía tan bien. Era Nimir-Raj a mi Nimir-Ra, y parecía suficiente respuesta para él. Me besó, y yo esperaba que Jason soltara la mano para poder abrazar a Micah, pero no lo hizo. Micah me miró, y vi el miedo desnudo en los ojos de Jason por un momento. Nunca le había visto los ojos de esa manera. Esa mirada, una que me hacía saber lo terriblemente cerca que había estado de morir, y lo cerca que estaban todavía. Una mirada, y supe que no estábamos fuera de peligro todavía.

Miré a los ojos verde pálido de Micah.

—No sólo los vampiros están bajos de energía, ¿no?

La mano de Jason apretó la mía. Micah me abrazó, y puse mi mano en la suya más esa suave, piel caliente, permanentemente bronceada. Aspiré el aroma de su cuello, tan preciosa para mí.

—Dímelo —susurré.

Se echó hacia atrás lo suficiente como para ver mi rostro.

—Cuando Jean-Claude muera al amanecer, él podría tomarte a ti y a Richard con él. —Busqué su rostro solemne y la verdad que sólo se encontraba allí. La verdad, y el miedo, detrás de sus ojos, mejor oculta, pero estaba ahí.

Grité:

—¡Lillian!

Estaba allí.

—¿Sí, Anita?

—¿Qué tan probable es que Jean-Claude nos arrastra con él?

—A decir verdad, no lo sabemos, pero es una posibilidad, y preferimos no saberlo. —Me tocó la frente de la forma en que una madre toma la temperatura—. Aliméntate de Donovan, Anita. Toma la energía que ofrece por lo que no tengas que preocuparte por ello.

—No estás segura de que esto funcione, ¿verdad?

—Por supuesto que lo estamos.

—No hace falta ser un vampiro o un cambiaformas para saber que es una mentira —dije.

Dio un paso atrás, de repente rápida y profesional.

—Bien, no estamos seguros, pero será suficiente energía para salvar un poco de ti. Si todos os podéis salvar, simplemente no lo sé. Es una nueva ciencia, Anita. Ciencia metafísica nueva, que siempre es una cosa incierta.

Asentí.

—Gracias por decirme la verdad.

—Tú lo preguntaste —dijo ella.

Edward se acercó a través de la multitud.

—Me dijeron que iba a funcionar.

—Le dijimos que era la mejor idea que teníamos —dijo Lillian—. Eso no es lo mismo.

Edward asintió.

—Muy bien, he oído lo que quería oír. —Me dio una mirada muy seria —. No te mueras en mi turno. Los otros guardaespaldas nunca me dejarán olvidarlo.

Sonreí.

—Haré mi mejor esfuerzo para proteger tu reputación. —Tuve un pensamiento—. Ahora tienes que esperar afuera.

—¿Qué? —dijo.

—No creo que pueda tener relaciones sexuales en la habitación mientras miras. Lo siento.

Me sonrió.

—Creo que tendría problemas delante de ti también. —Luego hizo algo que me sorprendió. Alejó a Jason de mi mano y la tomó, firme, en la suya. Me cogió la mano, y nos miramos el uno al otro durante un buen rato.

Abrió la boca, la cerró, sacudió la cabeza—. Si mueres, te prometo que el *Harlequin* pagará por ello.

Al parecer, el secreto estaba fuera, y estábamos llamando por su nombre a un vampiro aterrador. Asentí.

—No tenías que decirlo, ya sabía que lo harías.

Sonrió, me apretó la mano y se fue. Casi le volví a llamar. Rodeado por los hombres que amaba, y tenía relaciones sexuales, extrañamente me sentía más segura con Edward en la habitación. Pero este peligro no era su tipo de peligro. En la sala o fuera de ella, Edward no me podía ayudar ahora.



VEINTISIETE

No necesitaba aumentar mucho el *ardeur*, solo dejar de combatirlo. Mi control había crecido hasta el punto de tener que darle permiso para alimentarse. Tuve que darle rienda suelta. Tal vez si los animales en mi interior no se hubieran levantado casi al mismo tiempo, no habría pensado en el *ardeur* como algo que necesitara una correa. Una cadena, sí, una cadena con un collar de cuero al final de la misma. Sí, algo de cuero y metal con tachuelas, y apretado.

Pensaba que había demasiados guardias en la sala, hasta que se acercó Donovan Reece. Después de eso, una parte de mí pensaba en sexo, y las tres o cuatro partes restantes se preguntaban cómo se sentiría toda esa carne y piel entre los dientes. Donovan había solicitado que el resto de los hombres estuvieran de espaldas y nos dieran algo de intimidad. Y lo habían hecho. Algunos le habían lanzado una mirada que decía que era una tontería, pero lo habían hecho. Luego Donovan se quitó la ropa. Desnudo

era como un sueño pálido, blanco. El *ardeur* se había asegurado de que su cuerpo estuviera listo para mí. Me mostró la parte frontal de su cuerpo, que parecía tallada en marfil y se sonrojó con el tono de la primera luz rosada a la salida del sol. Estaba tan pálido como un vampiro, pero era el amanecer, la luz del sol sobre el agua, la luz de la luna en las alas. Oí el sonido de aves llamando en la noche. No sabía que los cisnes tuvieran una voz, casi como la de los gansos, pero… no. No, no, gansos, cisnes.

La voz de Donovan sonó tensa.

—Me has despojado del control de mi poder. Algo en el *ardeur* me ha dejado desnudo de algo más que de mi ropa.

Me di cuenta de que todavía podía hablar por encima de la sensación del cielo en una noche de luz de luna, a pesar de que era como ver doble, como si la visión en mi cabeza amenazara con ser más real que el hombre a mi lado.

—A veces, mi versión del *ardeur* da más de lo que quieres. —Me apoyé en su mejilla y susurré en la curva perfecta de su oreja—. ¿Qué es lo que más quieres, Donovan Reece?

Se volvió hacia mí, y sus ojos eran de un color gris mate.

—No ser rey. —Se volvió de repente para mirarme. El frente de su cuerpo presionado contra el mío, no dentro, pero la sensación de su firme dureza atrapada entre nuestros cuerpos me hizo gritar. Se inclinó, presionándose contra mí. Envolvió sus brazos a mi alrededor y posé mi cara en su pecho. Tendría problemas para respirar con él encima. Pero pareció darse cuenta y levantó la parte superior del cuerpo lo suficiente como para enroscarse a mi alrededor, hasta que su cara estuvo junto a la mía—. ¿Me puedes dar lo que más quiero, Anita?

—No lo sé —dije en voz baja.

—Prueba.

—Puede que no funcione como piensas que lo hará. —Traté de pensar más allá del *ardeur*, más allá de la sensación de su cuerpo contra el mío, traté de pensar más allá del cálido aroma de su piel. El *ardeur* tenía mente propia, y una extraña manera de conceder deseos. No me fiaba de lo que podía suceder si eso era lo que realmente quería.

—Dame lo que quiero, Anita. —Levantó la parte superior del cuerpo por encima de mí.

—No puedo controlar totalmente el *ardeur*, Donovan.

Él se levantó, de modo que la parte superior de su cuerpo estaba medio

flexionada, lo que empujó su parte inferior más fuerte contra mí. Lloriqueé por él.

—¿Te duele? —preguntó. Tuve que abrir los ojos para contestarle.

—No duele, no. —Algo en mi voz, en mi mirada desenfocada, le hizo sonreír.

—No, no duele —dijo, sonriéndome. Tenía los ojos más azules que había visto nunca, como si, en este momento, algo hubiera eliminado el gris de sus ojos.

Me di cuenta de que su petición de no ser rey había elevado de nuevo el tono del *ardeur*. Me asusté, porque el *ardeur* era un poder en sí mismo. Hacía cosas, decidía cosas, que no entendía. Si Jean-Claude hubiera podido, lo habría hecho. Por supuesto, había gente que podía hacerlo.

Era sólo que iba a ser difícil hacerlo. Uno de los motivos por el que Requiem y London estaban en la habitación era que tenían más siglos de experiencia con el *ardeur* que yo. Como víctimas, cierto, pero aún así lo conocían de una forma que yo tan solo había comenzado a vislumbrar.

Puse una mano en el pecho de Donovan, para alejarle, para darme un respiro. Estábamos en un apuro, pero no teníamos tanta prisa, ¿O qué? Quiero decir, si estuviera muerto, no sería rey. A veces el *ardeur* era muy literal. Pero había olvidado que el pelo blanco de su pecho no era pelo, sino plumas. En el momento que la palma de mi mano tocó la seda de las plumas y el calor de su pecho, se me olvidó lo que iba a preguntar. Mis manos encontraron su cuerpo, y estaba caliente al tacto, como si su temperatura se hubiera disparado.

—Tu piel está caliente.

—Te lo dije, tomaste el control a distancia. —Se inclinó cuando lo dijo, manteniendo los hombros hacia arriba, pero bajando la cabeza para un beso. Podía sentir su corazón latiendo contra la palma de mi mano. Podía sentirlo de una manera que no había vuelto a sentir desde que el *ardeur* era nuevo para mí. Sentí su corazón como si fuera algo alcanzable, como si pudiera atravesar su pecho y cogerlo, acariciarlo. De repente era muy consciente de la sangre corriendo por su cuerpo. Podía oírla, sentirla como cintas tibias justo debajo de su piel. La olía, caliente, metálica y dulce. Había cerrado los ojos para no ver su cara, ver si me besaba, pero no era la parte humana el problema. Cerré los ojos pero la sensación no desapareció, el peso, el olor de su piel, y de lo que estaba tan cerca en toda esa carne.

Me dio un beso. Me besó por primera vez, y no me importó. Me alejé

de sus suaves labios, y él trazó un camino de besos a lo largo de la línea de mi mandíbula. Besó mi cuello. Parecía tomarlo como una invitación, porque empujó su dura longitud entre mis piernas. Me abrí para él, puse la mano en la parte posterior de su cuello, sosteniéndole cerca de mis besos. Tenía el pelo más suave que había tocado alguna vez, pero eso no significaba casi nada para mí. Podía oler lo que quería, olerlo como un caramelo justo debajo de su piel.

Se apoyó en mi mano. Su voz era tensa cuando dijo:

—Anita, necesito un ángulo mejor.

Mantuve la mano apretada en su cuello, y rocé el suave pelo, le sujeté donde quería unos cuantos besos más. Ahora le sentía, empujando contra mi apertura, pero no del todo allí. Normalmente, eso me distraía de otras cosas, pero esta noche no. Casi sin pensarlo coloqué mis caderas, mis piernas, mi cuerpo en ángulo para él. Entró, y eso me distrajo. Hizo que mis ojos se abrieran ampliamente, me hizo gritar y retorcerme debajo de él. Pero sin dejar de agarrar la parte de atrás de su cuello. Apreté mi rostro contra el suyo, elevé las caderas de la cama, mis piernas en el aire para que pudiera empujarse dentro y fuera de mí. Lloré rodeada por la fuerza de su cuerpo.

—Déjame montarte, Anita. Déjame mirarte.

—No —susurré—, todavía no.

Empujó contra mi mano en su cuello. Puse mi otra mano en su espalda. Le mantuve en su lugar y besé el pulso en su cuello. Saltó y golpeó contra mis labios, como algo vivo. Como un pájaro atrapado en una jaula de carne. Me gustaría que se liberara. Dejar que se vertiera en mi boca, y… Tuve un recuerdo de cordura, un latido del corazón de, no, entonces el poder de Jean-Claude respiró a través de mí, su hambre, tanta hambre, y no hubo más dudas. No era sólo el pulso de Donovan contra mi boca, su cuerpo empujando dentro del mío, mis caderas unidas a las suyas, y mi boca en su cuello.

Le mordí y traté de ser amable, suave, no era lo que quería, no era lo que sentía. La sensación de su carne en mi boca, atrapada entre los dientes, me arrastraba poco a poco hacia abajo, más difícil y más difícil, se sentía tan bien. Pero lo que quería hacer era morder más, tomar más de su carne en mi boca, dentro de mí. El calor de su pulso revoloteaba como una mariposa asustada golpeando contra el techo de mi boca. Era como una caricia, llamándome, rogándome por ese pedacito de baile de la vida.

Donovan me levantó de la cama, con sus brazos a mi alrededor, mientras se ponía de rodillas. El movimiento me sorprendió, me hizo más fácil volver a morderle.

Su voz era temblorosa.

—Demasiados dientes, Anita.

Se arrodilló sobre la cama estrecha, sus brazos a mi alrededor, su cuerpo ya no estaba dentro de mí. Mis piernas envueltas alrededor de su cintura. Debí colocarlas de forma automática cuando se movió. Había dejado de hacer el amor para intentar que dejara de morderle.

Su cuello mostraba una perfecta impresión de mis dientes como un moretón rojo púrpura en la perfección de su carne blanca. La sangre se deslizaba por su hombro y por su espalda, donde las uñas habían marcado su lisa piel. Podría haber dicho tantas cosas, pero lo único que dije me sorprendió.

—Interrumpiste el *ardeur*.

—Puedo no ser un depredador, Anita, pero todavía soy rey… Lo que significa que no puedo considerar entregarme a ti.

—Lo siento —dije.

—Está bien, no estoy enfadado. Pero intenta no destrozarme la garganta, o dañar mis refuerzos, ¿de acuerdo?

—No estoy seguro de que pueda evitarlo —dijo Micah. Miré sobre el hombre en mis brazos para encontrarme no sólo a Micah, sino a todos los hombres alrededor de la cama. Remus parecía estar discutiendo con Requiem y London. Demasiado bajo para escucharles, pero el lenguaje corporal lo decía todo. Me encontré con los ojos de Micah y le pedí ayuda con la mirada. Había pensado en Donovan sólo como carne, sólo como comida. El sexo no había sido suficiente para distraer mi atención de la sangre y la carne.

Donovan preguntó:

—¿Qué puedo hacer para mantenerme a salvo?

Requiem se acercó a la cama, su manto negro ajustado a su alrededor.

—Si eres lo suficientemente fuerte como para sentarte con ella como lo hiciste, entonces eres lo bastante fuerte para sujetarla.

—No podemos garantizar tu seguridad, Reece —dijo Remus.

Donovan miró al guardia. Cambió su agarre sobre mi cintura para bajar, pero no hubo vacilación, como si me hubiera manejado siempre. Me preguntaba si los hombres cisne eran más fuertes que los humanos

normales, lo eran.

—Sé que no podéis garantizar mi seguridad.

—Ella podía morder tu garganta antes de que pudieras moverte —dijo Remus.

—Si se le va de las manos, intervendremos —dijo Micah.

—Intervenir ¿cómo? —preguntó Remus.

—Agarrándola, ayudando a Donovan a sujetarla.

—El *ardeur* se extenderá a todo aquel que la toque —dijo Remus.

Micah asintió.

—Ya lo sé.

Remus negó con la cabeza, demasiado rápido.

—No puedo hacer mi trabajo entonces. No puedo mantener a Reece seguro.

—Ya que no correrás el riesgo de que el *ardeur* se extienda a ti. —Micah lo dijo como una declaración, no una pregunta.

—Sí —dijo Remus.

—Entonces, vete —dijo London.

—Necesitamos un guardia —dijo Remus—. ¿A quién puedo enviar en mi lugar? Bobby Lee sigue en South Latina. Claudia, ¿no? ¿Quién le sustituye? —Parecía atormentado, desgarrado entre el deber y ¿qué? ¿Deber y miedo? Deber y el *ardeur*.

—Nos estamos quedando sin tiempo para sutilezas, Anita —dijo Requiem. Hablo en nombre de los vampiros. Si le vamos a proteger, debe ser ahora—. No hubo ninguna alusión poética en la declaración. Las cosas estaban mal si Requiem no recurría a la poesía.

Fue casi como si sus palabras hicieran estallar de nuevo el *ardeur*. Un momento antes estaba casi indiferente en los brazos de Donovan, al siguiente le estaba besando como si quisiera sondear su boca. Mis uñas se clavaban automáticamente en su espalda de nuevo. La sensación de la carne arrancada bajo las uñas me hizo gritar de placer, y a él de dolor. Traté de bajar el tono de lo que quería hacer con él. Traté de no morder su boca, sólo un beso, pero el esfuerzo me arrancaba pequeños ruidos frustrados contra sus labios.

Nos empujó de nuevo a la cama, de repente su peso me sujetaba bajo él. Mis piernas estaban todavía envueltas en torno a su cintura por lo que su cuerpo está ya empujándose contra mi apertura. Luchaba por concentrarme en el sexo en lugar de la carne y el hueso. Pero el sexo se enredaba con la

sensación de mis uñas en su espalda, de mi boca en sus labios. Quería marcar su carne para empujarla dentro de mí, casi más de que lo que quería morder sus labios y extraer su sangre. Deseaba más la sangre que el sexo. Estaba dando de comer a Jean-Claude, pero el *ardeur* no era su hambre principal.

Lamí el labio inferior de Donovan, tiré de él con mi boca, tan lleno, tan rico, así que… Le mordí el labio, duro y fuerte. Sangre, dulce, sangre metálica, caliente, me llenaba la boca, y el mundo se desvaneció en un baile de destellos de luz y placer. No era sexo, o un orgasmo, pero fue como si ese sorbo de sangre cubriera el mundo con un baño de placer de color rojo. Había sentido como el mundo se volvía rojo por la ira, pero nunca por pura alegría. Era como si cada pedazo de mi cuerpo se llenara de calidez y felicidad al mismo tiempo. Podía o no podía ser orgásmico, pero fuera lo que fuera, era increíble.

Me quedé sin aliento y casi inerte debajo de Donovan. Era como si hubiera perdido la noción del tiempo, porque cubría mi cuerpo intentando colocarme en el ángulo correcto, para que entrara en mí. Parpadeé como si no recordara cómo había llegado allí. Su mentón estaba cubierto de brillante sangre carmesí, su labio inferior estaba destrozado. ¿Yo había hecho eso?

Entonces encontró el ángulo y se abrió paso en mi cuerpo. Miré a lo largo de nuestros cuerpos para observarle sumergiéndose en mí. La vista me hizo gritar y levantar las caderas para encontrarme con su empuje. Sus ojos se cerraron, y se quedó sin aliento:

—Me has quitado todo mi control.

—Fóllame, Donovan —susurré.

Me miró, con la sangre derramándose por su cara, pero sus ojos mostraban una mirada puramente masculina. Esa mirada que dice, yo, sexo, más, menos que eso. Tenía los ojos más azules que había visto nunca cuando empezó a entrar y salir de mi cuerpo. Encontró su ritmo, rápido, rápido, y otra vez. Vi cómo se hundía, pálido, largo y duro dentro y fuera de mí. Sentí el calor empezar a construirse. Susurré:

—Pronto.

—Tus ojos —susurró—, tus ojos son como una llama azul.

Podría haber preguntado qué quería decir con eso, pero con un último empuje el orgasmo me golpeó. Grité y luché debajo de él. Él luchó para mantener mis manos hacia abajo, luchó clavándose en la parte inferior de

mi cuerpo, luchó para mantenerme donde me tenía, como su cuerpo empujando dentro de mí en un último y poderoso movimiento que me hizo gritar de nuevo, o tal vez no había dejado de gritar desde la primera vez. El *ardeur*, alimentándose de su cuerpo sumergido en mi interior, alimentándose de la fuerza de sus manos en mis muñecas, alimentándose con su calor, y luego sentí los cisnes. Las tres mujeres que conocí en St. Louis se encontraban en un pequeño dormitorio. Mirándome como si fuera algo que podían ver, algo que había llegado a conquistarlas. Luego, otros rostros, más ojos asustados, algunos gritaron, algunos se cayeron en sus lechos, de sus sillas, otros se retorcían en sus camas. Les di de comer, nos alimentamos, de la fuerza del *ardeur*. Decenas de rostros, de cuerpos, y sentí a Jean-Claude, como una sacudida a través de mi vientre y mi ingle.

Tomó el control de la energía y podría haber tratado de detenerle, pero ya era demasiado tarde para parar. Nos alimentábamos de los cisnes, se alimentaba de todos ellos. Tanto poder, tanta vida. Les consumimos hasta que tropezaron a mitad de un paso, mientras se deslizaban por las paredes, y ninguno de ellos luchó contra nosotros. Sólo se dieron por vencidos. Un ejército de presa, un ejército de alimentos; una gloriosa carrera de poder.

Richard se despertó, sentí sus ojos abiertos de repente, le sentí comenzar a ahogarse y luchar contra el tubo en su garganta. Jean-Claude me apartó de él, lo suficiente como para que no me ahogara con él. Vi las batas blancas alrededor de Richard cuando empezó a luchar.

Entonces se hizo de noche, la luna y las alas, alas fuertes golpeando contra el aire. El *ardeur* golpeó las alas como una flecha en el corazón. Un latido de plumas y de alas, el siguiente pulso mostró a un hombre cayendo al suelo. El *ardeur* tomó su poder, bebió de ese cuerpo pálido, con el pelo oscuro, una mezcla de placer y terror cuando se desplomó. El poder de Richard explotó sobre mí, a través de mí, en una oleada de calor y electricidad. Extendió la mano al hombre que caía, y simplemente pensé Cambia. Llamó a la bestia del hombre, una llamarada de energía cubrió la carne de plumas, los brazos se convirtieron en alas mientras rozaba la capa superior de la copa de los árboles. Sentí las hojas rozándonos los pies mientras las alas batían frenéticamente para ganar altura. Pero frenético no bastaba para describir todo aquel liso y musculoso poder. Cuando todo lo que pude sentir fue el viento y el espacio, lo dejamos, y tuve un momento para mirar la cara de Richard, un momento para ver su pecho cubierto de cicatrices en plena curación. De pronto, estaba de vuelta en la estrecha

cama con Donovan sobre mí, su cuerpo dispuesto encima de mí, la espina dorsal inclinada, las manos aferradas a mis muñecas como si fuera la última cosa sólida en el mundo. Tenía los ojos cerrados, la sangre de su boca caía en mi piel como una explosión de flores rojas sobre mi cuerpo.

Respiré su nombre.

—Donovan.

Abrió los ojos y eran de un sólido color negro, ya no sería humano por mucho tiempo. Echó la cabeza hacia atrás y gritó. El sonido era alto y lastimero. Un sonido que me heló el corazón en la garganta. Tuve tiempo de pensar, le he herido, y luego, su cuerpo pálido y perfecto comenzó a presionar sobre mí de nuevo, como si no acabáramos de hacer el amor. Pero antes él había sido amable, cuidadoso. No había nada suave esta vez. Se hundió en mí tan fuerte y rápido como pudo. Me hizo gritar, retorciéndome debajo de él. Sus manos magullaban mis muñecas, me mantuvo quieta cuando su ritmo se hizo frenético, su respiración entrecortada, y las plumas fluyeron alrededor de su cuerpo como un halo de luz blanca. Tuve un segundo para pensar, un Ángel, y luego todo lo que pude ver fueron plumas, acariciándome, cubriéndome como una manta. Volvió a gritar y su cuerpo empujó en el mío. Me trajo una vez más, cubierto de plumas, cegado por ellas, respirando hasta que sus manos desaparecieron y pude mover las mías, pero todo lo que podía tocar eran plumas y huesos demasiado delicado para ser humanos. Enormes alas batían el aire por encima de mí, y por fin pude ver un cuello largo y elegante, la cabeza, el pico. Estaba atrapada en el centro de una tormenta de golpes de ala y plumas, y luché por salir. Me cubrí la cara con los brazos, porque un cisne puede romper el brazo de un hombre adulto de un solo golpe. Entonces se alejó, casi flotando, pero el techo era demasiado bajo. Se estrelló contra el suelo.

Quedé magullada, sin aliento, el corazón martilleando en mi pecho. Una única pluma, más larga que mi mano, reposaba sobre mi estómago. Me las ingenié para incorporarme, la pluma revoloteó por entre mis piernas hasta el suelo, al lado del condón descartado junto a la cama. Era la única ropa que llevaba.

La voz de Jean-Claude fluyó a través de mí.

—*Je t'aime, ma petite Je t'aime*.

—Yo también te quiero —susurré.

Luego llegó el amanecer, y me sentí morir. Sentía como desaparecía esa

maravillosa persona a la que amaba. Oí el sonido de un cuerpo cayendo al suelo. Requiem se convirtió en un montón bajo su manto negro. Uno de los guardias había logrado sujetar a London y le estaba dejando en el suelo un poco más suavemente. Los vampiros estaban muertos para el día, todos ellos. Teníamos horas de luz para encontrar al *Harlequin* y matarlo. No estoy segura de lo que hubieran querido Jean-Claude y los otros vampiros, pero estaban fuera de combate hasta el anochecer. Ya era de día, y los humanos estaban a cargo. Gracias a Jean-Claude yo era la persona al mando en nuestra ciudad. Gracias al odio de Richard, los guardias me escuchaban en lugar de a él. Muy bien, a excepción de los lobos. Los lobos eran suyos, pero estaba bien, necesitaba profesionales, no aficionados dotados. Necesitaba a Edward como refuerzo. En ese momento habría aceptado con satisfacción el apoyo de cualquiera que pudiera hacer el trabajo.



VEINTIOCHO

Me equivoqué. No quería dar la bienvenida a los refuerzos de Edward. A uno de ellos le quería enviar de vuelta con su madre. El otro quería poner una bala en mi cerebro o en mi corazón. Era humano, por lo que haría cualquier trabajo.

Por lo menos estaba vestida para la lucha. No quería tener que luchar desnuda. No habría sido cómodo estar desnuda delante de Edward, y mucho menos delante de su «refuerzo».

—¿En qué diablos estabas pensando? —Le grité. Sí, era una lucha de ese tipo.

La cara de Edward estaba en blanco, vacía y tranquila. Era la cara que ponía cuando mataba, cuando no estaba disfrutando de la matanza.

—Olaf es un buen refuerzo, Anita. Tiene las habilidades que necesitamos: un fantasma para pasar desapercibido, capaz de manejar cualquier arma, mano a mano, y es mejor con los explosivos que yo.

—También es un asesino en serie de mierda cuyas víctimas son mujeres pequeñas y morenas. —Me golpeé el pecho—. ¿Te recuerda a alguien conocido?

Dejó escapar un suspiro, si hubiera sido cualquier otra persona hubiera dicho que era un suspiro.

—Es una buena elección para este trabajo, Anita, te juro que lo es, pero no fue mi elección, no exactamente.

Me detuve delante de él. Había echado a todo el mundo excepto a Micah cuando me entregó el maletín lleno de ropa y armas. Amaba a un hombre que sabía cómo hacer las maletas para mí.

Cuando salí al pasillo vi a Olaf y a Peter, que habían vuelto a la habitación, también a Micah, e invité a Edward a entrar.

—¿Qué significa eso, que no fue tu elección, exactamente? Acabas de decir que sus habilidades coinciden con este trabajo.

—Lo hacen, ¿pero crees realmente que le traería a menos de cien millas de ti, Anita? Olaf te quiere, te quiere de una manera que nunca le he visto con una mujer. Tiene putas y tiene víctimas, pero lo que siente por ti es diferente.

—¿Estás diciendo que me ama?

—Olaf no ama a nadie, pero siente algo por ti.

—Quiere jugar conmigo al asesino en serie, Edward.

Edward asintió.

—La última vez que te vio, matasteis a un vampiro juntos. Lo decapitasteis, y cortasteis su corazón.

—¿Cómo sabes lo que hicimos? Estabas en el hospital tratando de sobrevivir.

—Me enteré más tarde por la policía local. Estaban alucinados por la forma en que masacrasteis a los vampiros. Dijeron que los dos estaban cortados en pedazos.

—Soy un verdugo judicial, Edward. Es lo que hago.

Asintió de nuevo.

—Y Olaf ha sido un asesino de operaciones especiales durante la mayor parte de su vida adulta.

—Yo no me opongo a su trabajo diario, Edward, es su maldita afición la que no me gusta.

—¿Llamas Hobby al hecho de que sea un asesino en serie?

Me encogí de hombros.

—Creo que así es como él lo ve.

Sonrió.

—Creo que tienes razón.

—No sonrías. Ni una mierda de sonrisa. Me diste a entender que no le querías en este trabajo, ¿por qué lo hiciste?

Su rostro se puso serio.

—Quería venir a St Louis a «verte», —puso comillas en el aire—, por su cuenta. Le dije que si le veía cerca de ti le mataría.

Me creyó, pero dijo que si necesitabas de nuevo un refuerzo tenía que incluirle. Si no lo hacía, vendría por su cuenta, y se enfrentaría a mí más tarde.

—¿Más tarde? Más tarde, ¿después de qué?

Edward me lanzó una mirada con esos ojos azules que eran unos de los más fríos que he visto.

—Así que él está aquí para que, ¿matarme?

—Él no mata mujeres, Anita. Él hace una carnicería.

Me estremecí, porque había visto a Olaf en la escena del crimen de un asesino en serie. No era su propio trabajo. Nos había estado ayudando a Edward y a mí a seguir la pista a un asesino diferente. Sin embargo, la víctima era tan sólo un montón de carne. Era una de las peores cosas que había visto hacer a un ser humano. Olaf había levantado la vista de los restos de la matanza, y la mirada en su rostro había sido sexual. Como si lo que había sobre la mesa fuese lo más excitante que hubiese visto nunca. Cuando me miró, estaba pensando en sexo, sí, pero pensando en sexo no sólo sin ropa, sino como si se preguntara cómo estaría sin mi piel.

La mayoría de los seres humanos no me daban miedo, pero Olaf me asustaba.

Edward dijo:

—Anita, parece como si hubieras visto un fantasma.

—Preferiría ver a un fantasma que a él.

Sonrió de nuevo.

—En lugar de ver un fantasma, se me sigue olvidando que eres más que una cara bonita.

Fruncí el ceño.

—Estás sonriendo. Esta lucha no está ni siquiera cerca de acabar.

—Tuve que invitar a Olaf a jugar, Anita. De esa manera tengo su palabra de que se portará bien.

—Define portarse bien.

—No habrá asesinatos en serie en el césped, y punto.

—¿Así que estoy también fuera del menú?

—Él quiere ayudarte a masacrar a tu victima por elección, vampiros. Incluso te ayudaremos a matar a los hombres, dijo.

Me estremecí, frotándome los brazos, apretando tan fuerte que la pistola y la funda del hombro se clavaron en mi pecho. Agradecí el malestar. No podía hacer nada. No era sólo que Olaf midiera seis pies de músculo entrenado. Yo era más fuerte y más rápida que un humano normal, gracias a las marcas de vampiro de Jean-Claude, pero aún así sabía lo suficiente sobre el potencial físico para saber que Olaf era un hombre muy peligroso. Estaba loco y entrenado para matar, lo que me parecía una desventaja injusta para mí.

—¿Crees que habría venido por su cuenta si no te hubiera dado su palabra? Pregunté.

—Sí. —No sonreía cuando lo dijo. Estaba más serio de lo que le había visto nunca—. Nunca lo habría invitado a ese último caso en Nuevo México si no pensara que iba a necesitar su ayuda. Por favor, creo que lo último que quería era que él te conociera. Sabía que iba a ser un desastre. Esperaba que no le hubieras… encantado. No sabía que había una mujer en el planeta que pudiera hacerle sentir algo parecido a… —Buscó la palabra —… querer ayudar a cazar y masacrar a estos vampiros.

—No le quiero aquí, Edward.

—Lo sé, pero este era el mejor compromiso al que podía llegar con él. Anita, de verdad, esperaba que estuviera fuera del país, tan lejos que los fuegos artificiales hubieran terminado antes de que pudiera volver a los Estados Unidos. El aceptó un trabajo con una agencia del gobierno para ayudar a entrenar a algunos de sus nuevos grupos de infiltración antiterrorista. Aceptó un trabajo para el que está cualificado ya que habla más lenguas orientales que yo, pero no era un trabajo que le permitiera dar rienda suelta a sus impulsos.

—¿Quieres decir que no le ha permitido matar a nadie?

Él asintió.

—¿Por qué iba a aceptar un trabajo que no le permitiera matar gente?

—Porque sabía que si salía del país, nunca lograría llegar a tiempo a St. Louis cuando me necesitaras.

Miré a Edward.

—¿Estás diciendo que Olaf aceptó un trabajo que no quería por que estaría más cerca de mí?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Este año pasado es probablemente el tiempo más largo que ha estado sin matar a alguien. Si me lo hubieran preguntado, habría dicho que no podía estar tanto tiempo sin matar a alguien.

—¿Cómo sabes que no lo ha hecho?

—Tiene un acuerdo con nuestro gobierno. No juega al asesino en serie en suelo estadounidense. Miran para otro lado, mientras se atenga a eso.

Me abracé fuerte de nuevo.

—No le pedí a Olaf que fuera un buen chico, Edward.

—Sé que no lo hiciste.

—¿Por qué el hecho de que se comportara bien por la remota posibilidad de poder venir a jugar conmigo me asusta?

—Porque eres inteligente.

—Explícame, ¿por qué me hace sentir escalofríos que haya hecho ese gran esfuerzo por mí?

—Está loco, Anita. Lo que significa que nunca se sabe lo que puede hacer que se fije en una mujer. Él te desea más de lo que le he visto jamás desear a una mujer. Pero su listón es alto para las mujeres.

—¿Qué significa eso?

—Significa que cuando te conoció hace casi dos años no dormías con nadie.

Ahora ya no es así. Estoy preocupado de que cambie de opinión sobre ti.

—Mata a prostitutas —dije, con voz plana.

—No te estoy llamando puta.

—Dijiste que duermo rodeada.

—Tienes media docena de amantes regulares, y acabas de tener relaciones sexuales con uno nuevo. Dime otra manera de expresarlo.

Pensé en ello, y sacudí la cabeza y casi sonreí.

—Un carnet de baile completo. Oh, al infierno, Edward. Bien, estoy durmiendo con un montón de hombres. —Lo que me llevó a otro pensamiento—. Dios, Peter estaba en el pasillo, mientras Donovan y yo estábamos aquí… —Sentí el rubor y no pude detenerlo.

—Me imaginaba que eras una gritona.

Le miré con cara de pocos amigos.

—Lo siento, pero Peter se sintió avergonzado. ¿Qué más quieres que diga?

—Dime por qué le trajiste. Dime ¿por qué diablos le involucras en este peligroso lío?

—Versión corta, porque sólo tenemos un par de horas para encontrar a estos hijos de puta.

—Estoy de acuerdo en que tenemos un horario, pero tienes que explicarme porqué está aquí Peter. No puedo dejarle ir a cazar vampiros con nosotros, Edward. Tiene dieciséis años, por el amor de Dios.

—Hablaste con él por teléfono. Sabía que estabas en problemas. Versión corta, quería devolverte el favor. Tú le rescataste, quería ayudar a rescatarte a ti.

—No es necesario rescatarme. Necesito gente que me ayude a matar a otras personas. No quiero que Peter aprenda a matar gente. Le he visto matar a la mujer que le violó. Le vi convertir su cara en una masa de sangre roja. —Negué con la cabeza y empecé a caminar por la habitación—. ¿Cómo pudiste hacerle esto, Edward?

—Si le hubiera dejado en casa, simplemente me hubiera seguido. Sabía a dónde iba. De esta forma puedo mantener un ojo sobre él.

—No, no puedes. No podemos hacer este trabajo y cuidar a los niños al mismo tiempo. Casi todos pueden morir. Richard, Jean-Claude, y yo somos un poco más difíciles de matar, Edward. Estos chicos no son buenos, mercancía peligrosa. ¿Estás seguro de que quieres que el primer trabajo de verdad de Peter sea contra algo que da miedo?

—No —dijo Edward—, pero iba a venir. Tenía la opción de llevarlo conmigo, o dejarle encontrar su propio camino.

—Tiene dieciséis años, Edward. Tú eres su padre. Si le dices que no, tiene que obedecerte.

—Pero no estoy casado con su madre, Anita. No soy su tutor legal.

—Él te ve como a un padre.

—Solo cuando quiere.

—¿Qué significa eso?

—Significa que solo tengo la autoridad que un verdadero padre tendría sobre él algunas veces. Significa que siempre me pregunto si hubiera sido diferente si hubiera sido mío desde el principio, o si hubiéramos terminado así de todos modos.

—Está ahí afuera en el pasillo, armado. Lleva más de una pistola, y al

menos un cuchillo. Los lleva como si lo hubiera hecho antes. ¿Qué demonios le has estado enseñando, Edward?

—Lo que todo padre enseña a su hijo.

—¿Qué es?

—Lo que él sabe.

Le miré fijamente, sabiendo que mi rostro mostraba un suave horror, cada vez mayor.

—Edward, no le puedes convertir en alguien como tú.

—Tenía miedo todo el tiempo, Anita, después del ataque. Su terapeuta cree que el entrenamiento de artes marciales, la formación para cuidar de sí mismo, podría ayudar. Y lo hizo. Dejó de tener pesadillas después de un tiempo.

—La formación para autodefensa es algo distinto a lo que está de pie en ese pasillo. Hay una pérdida de inocencia en sus ojos. Infiernos… oh, no sé lo que falta, o lo que no hay y debería haber, pero lo reconozco cuando lo veo.

—Es el aspecto que tienen tus ojos, Anita. Es la mirada que tengo yo.

—Él no es como nosotros —dije—. Ha matado dos veces.

—Mató a la mujer animal que mató a su padre y se sacrificó por todos. Mató a la mujer que lo violó.

—Es bonito pensar que importa por qué se toma una vida. Supongo que es así, pero lo que tomar una vida te hace en tu interior no le importa por qué lo hiciste. Puedes matar y dormir por las noches, o no puedes. Peter no está preocupado por el asesinato, Anita. Está molesto por lo que la perra le hizo. Está preocupado por el hecho de que no podía proteger a su hermana.

—Nadie ha abusado sexualmente de Becca —dije.

—No, gracias a Dios, pero su mano todavía está rígida a veces. Tiene que hacer ejercicios para fortalecerla. La mano está bien, pero no al cien por cien.

—Y el hombre que la torturó está muerto —dije.

Edward me miró con esos fríos ojos azules.

—Tú le mataste por mí.

—Estabas un poco ocupado —dije.

—Sí, muriéndome.

—No estás muerto —dije.

—Ha sido lo más cerca que he estado. Pero sabía que ibas a salvar a los niños.

Sabía que estarían bien.

—Edward, no me hagas esto.

—¿Qué no te haga qué? Preguntó.

—No me hagas formar parte en arrebatarle a Peter su infancia.

—No es un niño, Anita.

—Tampoco es un adulto —dije.

—¿Y cómo va a crecer si nadie le enseña cómo?

—Edward, vamos a ir contra algunos de los vampiros más peligrosos que tú y yo hayamos tenido que enfrentar. Peter no puede ser tan bueno todavía. No puede tener ese nivel de habilidad, no importa lo mucho que le hayas enseñado. Si quieres lograr que le maten, bueno, es tu hijo, pero yo no voy a tomar parte en ello. No te ayudaré a conseguir que le maten en alguna mierda de iniciación machista. No voy a hacerlo. ¿Me entiendes? No lo permitiré. Tal vez no le puedas enviar a casa, pero yo sí.

—¿Cómo? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con, cómo? Le digo que se vaya a su mierda de casa antes de que se suicide.

—No se va a ir.

—Puedo obligarle a irse, Edward.

—No le humilles, Anita, por favor. —Hubo algo en la forma en que lo dijo.

—¿Prefiere morir antes que ser humillado?

Edward tragó con fuerza suficiente como para que le escuchara. Se dio la vuelta para que no pudiera ver su rostro. No era una buena señal.

—Cuando tenía dieciséis años, prefería morir antes que una mujer a la que amaba me humillara. Él tiene dieciséis años y es de sexo masculino, no le hagas eso.

—Espera, ¿qué dijiste?

—Dije, que tiene dieciséis años y es un hombre, no le humilles.

Fui hacia él, le di la vuelta para que tuviera que mirarme a los ojos.

—No esa parte. —Edward me miró, y no había verdadera angustia en sus ojos—. Jesús, Edward, ¿qué pasa?

—Su terapeuta dice que un suceso como el que le ocurrió cuando su sexualidad se estaba despertando puede ser un evento decisivo.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Significa que, bajo su punto de vista, el sexo y la violencia están mezclados.

—Bueno, ¿qué significa eso exactamente?

—Significa que ha tenido dos novias en el último año. La primera era perfecta.

Era tranquila, respetuosa, bonita. Era dulce verlos juntos.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Sus padres llamaron una noche y preguntaron qué clase de monstruo era nuestro hijo, que había herido a su hija.

—Herirla, ¿cómo?

—Lo de siempre. Ella era virgen y no tuvieron suficiente juego previo.

—Eso ocurre —dije.

—Pero la chica dijo que cuando ella le dijo que le dolía, él no se detuvo.

—Eso me suena al remordimiento del comprador, Edward.

—Yo también lo creía, hasta la segunda chica. Ella era del comercio en bruto, Anita. Tan mala como la primera niña había sido buena. Dormía con todos, y todo el mundo lo sabía. Rompió con Peter, dijo que era un monstruo. La chica era un monstruo, Anita. Era todo cuero y clavos y piercings, y no era sólo fachada. Ella dijo que le dolía.

—¿Qué dijo Peter?

—Dijo que no hizo nada que no le pidiera que hiciera.

—¿Qué significa eso?

—Me gustaría saberlo.

—¿No lo dijo? —pregunté.

—No —dijo Edward.

—¿Por qué no?

—Creo que es sexo duro. Creo que siente vergüenza de hablar de ello, o lo que hicieron fue lo bastante malo para que piense que le consideraré también un bicho raro. No quiere que piense eso.

No sabía qué decir, así que no dije nada. A veces el silencio es la mejor opción.

Entonces pensé en algo que valiera la pena decir.

—Que te guste el sexo duro no te hace un bicho raro.

Él me miró.

—No lo hago —dije, y sentí que empezaba a enrojecer.

—No es lo mío, Anita. Simplemente no me conmueve.

—Todo el mundo tiene sus preferencias, Edward.

—¿Lo haces rudo?

—A veces.

—Cuando un niño sufre abusos, puede reaccionar de muchas maneras diferentes, dos de las opciones son, que se identifiquen con el agresor y se conviertan en abusadores, o que adopten el papel de víctimas. Él no abrazó el papel de víctima, Anita.

—¿Qué estás diciendo, Edward?

—No lo sé todavía, pero su terapeuta dice que también puede identificarse con su salvador, que tiene otra opción además de víctima o agresor… Lo ha hecho.

—¿Qué significa ese, lo ha hecho?

—Tú le salvaste, Anita. Le quitaste las cuerdas, la venda de los ojos. Él acababa de tener la primera relación sexual de su vida, y al mirar hacia arriba te vio a ti.

—Fue violado —dije.

—Sigue siendo sexo. A todo el mundo le gusta pretender que no lo es, pero lo es. Puede ser de dominio, y doloroso, pero sigue siendo sexo. Yo lo intenté, hacer como si nunca hubiera sucedido, pero no pude. Donna no puede. Su terapeuta no puede. Peter no puede.

Mis ojos estaban ardiendo. Maldita sea, no iba a llorar. Pero me acordé de un muchacho de catorce años que había sido objeto de abusos ante una cámara. Había hecho lo que yo haría, lo que ellos querían. Pero fueron ellos no yo quienes sufrieron. Yo no era Peter. Le había salvado, pero no a tiempo. Le había sacado, pero no antes de que sucediera.

—No puedo salvarlo, Anita.

—Ya le salvamos, hicimos todo lo que pudimos, Edward.

—No, tú le salvaste.

Me di cuenta por su declaración de que Edward se culpaba, también. Ambos le habíamos fallado, entonces.

—Tú salvaste a Becca.

—Sí, pero lo de la perra que tenía a Peter sigue ocurriendo. Está todavía dentro de él, en sus ojos. No lo puedo arreglar. —Tenía las manos apretadas en puños—. No lo puedo arreglar.

Le toqué el brazo. Se estremeció, pero no se retiró.

—No puedes arreglar esta mierda, Edward, no es como en las comedias de televisión. En la vida real esto no se soluciona. Puede hacer que mejore, se puede curar, pero no desaparece. En la vida real no es fácil arreglar las cosas.

—Soy su padre, o al menos el único padre que tiene. Si no puedo arreglarlo, ¿quién puede?

—Nadie —dije. Negué con la cabeza—. A veces sólo hay que aceptar las pérdidas y seguir adelante. Peter tiene cicatrices, pero no se ha roto sin remedio. He hablado con él por teléfono, le he mirado a los ojos. Veo a la persona que puede llegar a ser, y es una persona fuerte, una buena.

—Bien. —Se rió y fue un sonido áspero—. Sólo puedo enseñarle lo que soy, y yo no soy bueno.

—Honorable entonces —dije.

Pensó en ello, luego asintió.

—Honorable. Voy a aceptar eso, supongo.

—Fuerte y honorable no es una mala herencia, Edward.

Él me miró.

—Herencia, ¿eh?

—Sí.

—No debería haber traído a Peter.

—No, no deberías.

—Sus habilidades no son una buena opción para este trabajo —dijo.

—No —dije—, no lo son.

—No le puedo enviar a casa, Anita.

—¿Realmente preferirías verle muerto que humillado?

—Si le humillas, le destruirás, Anita. Destruirás esa parte de él que quiere salvar a la gente y no hacerles daño. Si renuncia a esa parte de sí mismo, me temo que lo único que quedará es un depredador en formación.

—¿Por qué siento como si estuviera dejando cosas de lado?

—Debido a que esta es la versión corta, ¿recuerdas?

Asentí, y luego sacudí la cabeza.

—Jesús, Edward, si esta es la versión corta, no estoy segura de que mis nervios aguantaran la larga.

—Vamos a mantener a Peter al fondo, tanto como nos sea posible. Tengo más refuerzos de camino, pero no estoy seguro de que vayan a llegar a tiempo. —Miró su reloj—. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Vamos a hacer esto.

—¿Con Peter y Olaf? —preguntó.

—Él es tu hijo, y Olaf es bueno en una pelea. Si Olaf se descontrola, lo matamos.

Edward asintió.

—Bien pensado.

Quería dejarlo ir, Dios sabía que debía hacerlo, pero no pude. Era una chica y no podía dejarlo ir.

—¿Dijiste que Peter estaba enamorado de mí?

—Me preguntaba si lo habías oído.

—Entiendo por qué se ha enamorado de mí, supongo. Yo le salvé. Es algún tipo de culto al héroe que te salva.

—Tal vez es un flechazo, o culto a héroe, pero recuerda, Anita, que es la emoción más fuerte que jamás ha sentido por una mujer. Puede no ser amor, pero si nunca ha sentido algo más fuerte, ¿cómo puede saber la diferencia? La respuesta era, que no lo sabes. Pensé que no me gustaba la respuesta, no, ni un poco.



VEINTINUEVE

No reconocí a Peter al principio, porque había tenido algo del crecimiento acelerado que tienen a veces los adolescentes varones. Había sido un poco más alto que yo la última vez que lo vi. Ahora estaba malditamente cerca del metro ochenta. Su cabello había sido castaño la última vez que lo vi, ahora era más oscuro, un castaño que era casi negro. No era un trabajo de coloración, sólo el pelo de un niño oscureciéndose al color que tendría de adulto. Sus hombros se habían ampliado, y se veía de más de dieciséis años si uno miraba sólo el desarrollo muscular, pero el rostro, el rostro no había alcanzado al cuerpo. El rostro aún parecía joven, sin terminar, hasta llegar a los ojos. Los ojos parecían jóvenes un minuto y cínicos y viejos como el infierno al minuto siguiente. Hubiera sido lo suficientemente desconcertante tener una pequeña charla con Peter en estas circunstancias, pero Edward no había ayudado a mis nervios en absoluto. Me hizo ver señales de que Peter era lo que temía Edward, un pequeño depredador. Si

no hubiera tenido el aviso de Edward en mí cabeza, ¿me hubiera dado cuenta de esa mirada, de ese gesto? ¿Lo hubiera analizado tratando de ver el daño? Tal vez. Pero maldije a Edward por darle demasiada información, lo maldije fuerte y largo en mi cabeza.

Peter no era Peter Parnell, era Peter Black. Incluso había ID para demostrarlo. El ID también decía que tenía dieciocho años. El ID se veía malditamente bueno. Edward y yo íbamos a hablar muy pronto de las experiencias educativas de Peter si podíamos evitar que lo asesinaran aquí y ahora.

Y ese era el verdadero peligro de que Peter estuviese aquí. Edward y yo teníamos que concentrarnos en los tipos malos, pero los dos estaríamos preocupados por Peter, sólo lo estaríamos. Eso iba a joder nuestra concentración. Tal vez podría persuadir a Peter de que permaneciera fuera de la acción, diciéndole que podría hacer que nos mataran. Podría ser la verdad.

Olaf estaba contra la pared del fondo en un círculo de guardaespaldas. No lo habían desarmado, sin embargo, pero mi reacción a él viniendo a través de la puerta había hecho que no les gustara nada. O tal vez fue el hecho de que era más alto que Claudia, lo que lo ponía peligrosamente cerca de los dos metros de altura. No era delgado, pero lo había visto sin camisa y sabía que no había nada más que músculos bajo la piel pálida, mucho músculo. Sin embargo, era músculo magro, el músculo que podría moverse rápido. Incluso de pie todavía, había potencial en Olaf que casi levantaba los pelos del cuello. Todavía estaba perfectamente calvo, con una sombra oscura de barba en el mentón, mandíbula y labio superior. Era uno de esos hombres que necesitan afeitarse dos veces al día para mantenerse perfectamente afeitados. Sus ojos estaban tan hundidos que era como mirar fijo a dos cuevas gemelas. Ojos oscuros, hundidos en un rostro pálido. Sus cejas eran negras por encima de ellos. Iba vestido con el mismo negro con el que lo había visto casi dos años atrás. Camiseta negra, chaqueta de cuero negro, jeans negros, más negro en las botas. Quería preguntarle si tenía la propiedad sobre ese color, pero no quería burlarme de él. Uno, a él no le gustaba ser molestado; dos, no estaba segura de si pensaría que estaba coqueteando. No entendía a Olaf lo suficiente como para meterme con él.

Estaba tratando de ser neutral en el círculo de guardaespaldas, pero había algo en él que nunca era verdaderamente neutral. La mayoría de los asesinos en serie logran que sus vecinos digan, —él era un hombre

tranquilo, —un buen chico, —tan sorprendente. Olaf nunca había sido un buen chico. Le había visto desaparecer en un campo de noche a plena vista, como magia. No por poderes sobrenaturales, sino con entrenamiento militar. Edward lo había llamado un espectro de operaciones especiales, y yo había visto que lo era. Sabía que todo ese músculo violento podría derretirse en la noche. Lo que no creía era que pudiera pretender ser inofensivo y trabajar encubierto. Edward hacía ese tipo de trabajo, y era fabuloso. Pero Edward estaba cuerdo, y Olaf no lo estaba. Los locos tienen problemas para detener su locura lo suficiente como para mezclarse con los normales.

Puso las cuevas de sus ojos en mí. Me estremecí, porque no pude evitarlo. Él en realidad sonrió. Le gustaba que le tuviese miedo. Le gustaba mucho eso. Una parte de mí gritó: ¡Mátalo, ahora! El resto de mí, en realidad no estaba de acuerdo con esa pequeña voz.

—Necesitamos el músculo —dijo Edward a mi lado.

—Estás leyendo mi mente —dije.

—Te conozco.

Asentí.

—Sí, me conoces. —Me fulminó con la mirada—. Y, sin embargo esto es lo que traes a mi fiesta.

—No tenía otra opción —dijo Olaf con esa voz profunda y retumbante que parecía venir desde el mismo centro de su gran pecho.

—Eso he oído —dije.

Claudia dijo:

—Anita, ¿qué es él? —Señaló con el pulgar hacia él.

—Respaldo —dije.

Me dirigió una mirada.

—Ha dado su palabra de honor de que se portará bien, mientras esté en nuestra ciudad.

—Se portará bien, ¿cómo? —preguntó Remus.

Miré a Edward.

—Tú explica. Necesito conseguir algunos papeles de la habitación de Jean-Claude.

—Papeleo —dijo.

Asentí.

—Creo que tengo órdenes de ejecución para los dos vampiros que nos jodieron antes.

—Pensé que no se sabía si estaban en la ciudad —dijo.

—Han creado a algunos de los vampiros de la Iglesia de la Vida Eterna.

—Chicas ocupadas —dijo Edward.

—¿Eran mujeres estos vampiros? —preguntó Olaf. Su voz era neutral, yo le daría eso.

Odiaba responder a su pregunta, porque las fotos de los permisos de conducir parecían muy similares a las vampiros Mercia y Nivia como yo las recordaba, entonces ya sabía por qué dos de las personas de Malcolm habían sido malas.

Las *Harlequin* eran espías y hacían operaciones encubiertas, un poco de comedia fue hasta su callejón. ¿Estaba segura de que Mercia y Nivia habían fingido ser Sally Hunter y Jennifer Hummel? No. ¿Estaba casi segura? Sí. ¿Estaba bastante segura de utilizar las órdenes para asesinarlas? Oh, sí.

—Sí, los dos eran mujeres —dije, y no lo miré cuando lo dije.

—¿Vamos a matarlas?

—Probablemente.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó, y su voz fue perdiendo su ventaja neutral.

—¿Por qué te importa eso? —preguntó Claudia.

Me obligué a mirar hacia la mirada de Olaf. Luché para ver su cara mientras le decía.

—Ellas se ajusten a tu perfil de víctima, si eso es lo que quieres saber. Una de ellas es tal vez un poco alta, pero la otra es perfecta.

La expresión de su cara… tanta alegría, tanta anticipación. Me dieron ganas de llorar o gritar, o dispararle.

—Perfil de víctima —dijo Claudia—. ¿Qué estás diciendo?

—Olaf es de operaciones especiales. Es un asesino, y un soldado, y un fantasma, es bueno en todo.

—No sólo bueno —dijo—. Yo soy el mejor.

—Te dejaré a ti y a Edward discutir eso algún día, pero es bueno, Claudia. Me guardó las espaldas antes, y fue… útil. —Me lamí mis labios —. Sin embargo, ninguna mujer de cualquier clase puede estar sola con él en ningún momento.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Di mi palabra —dijo Olaf.

—Te voy a tratar como a un alcohólico en recuperación, Olaf. Vamos a mantenerte fuera de alcance de la tentación, ¿de acuerdo?

—Vamos a masacrar a estas dos mujeres juntos, ¿correcto? —preguntó.

Me humedecí los labios repentinamente secos otra vez, y luego asentí.

—Creo que sí.

—Entonces no voy a caer en la tentación en otros lugares.

Normalmente, sólo usaría balas de plata y soplaría a través de los agujeros en los vampiros hasta que viese la luz del día. O tal vez una estacada a la antigua usanza. Pero eran el *Harlequin*. Tendría que tratarlos como si fueran vampiros maestros, pesos pesados. Lo que significaba dispararles con munición de plata, luego decapitarlos, y sacar el corazón, y quemarlos juntos. Quemar el cuerpo en un incendio separado. Luego, esparcir las cenizas en una corriente de agua, diferentes cuerpos en diferentes cursos de agua si quieres ser verdaderamente paranoico. ¿Estaba siendo paranoica o simplemente prudente? Estos dos vampiros habían casi matado a Jean-Claude, a Richard, y a mí desde la distancia, utilizando poderes que nunca había visto antes. Paranoica no era.

Era un asco, es un trabajo sucio decapitar y sacar un corazón. Había verdugos de vampiro que se retiraban después de tener que hacerlo un par de veces, simplemente no tenían el estómago para ello. ¿Tenía el estómago para ello? Sí. ¿Dejaría que Olaf me ayudara? ¿Quién demonios sería voluntario? Edward lo haría si se lo pedía, pero la verdad, Olaf era mejor desmembrando cuerpos. Creo que la práctica hace la perfección, y Olaf había tenido mucha práctica.

Claudia volvió a preguntar:

—¿Qué quieres decir con que es como un alcohólico?

—Díselo, Edward. Voy a ver mis papeles.

—No, sin guardias no vas —dijo.

—Muy bien —dije—. Envía guardias conmigo.

—¿Dónde están los papeles? —preguntó.

—En mi maletín, en la habitación de Jean-Claude.

—No puedes ir al Circo de los Malditos sin mí, Anita.

—O sin mí —dijo Olaf.

—Si yo digo —o sin mí" ¿te enfadarás? —dijo Peter.

Le fruncí el ceño.

—Sí.

Me sonrió. Estaba totalmente encantado de estar aquí con sus armas y cuchillos atados a su cuerpo. Incluso estaba usando una camiseta negra, pero al menos sus pantalones eran azules, aunque su chaqueta era de cuero

negro. Las botas eran de color marrón y se parecían a las de Edward, botas de vaquero de verdad, no las que usarías para bailar como las de Olaf. Aunque el hecho de que las botas de Olaf me parecieran de club era un hecho que mantendría para mí misma.

—Tengo que darles la razón —dijo Claudia.

—Nadie te pidió opinión, mujer —dijo Olaf.

—Vamos a dejar esto claro, ahora mismo —dije—. Claudia es uno de nuestros oficiales. No te gusta, lo sé, pero confío en ella con mi vida.

—Casi consiguen que te maten.

—¿No terminé en el hospital un par de veces en Nuevo México, cuando se suponía que cuidabas mi espalda? —La ira estalló en su rostro, afinando sus labios, por lo que sus ojos parecían aún más cavernosos—. No putees a Claudia si no puedes hacerlo mejor. —En el momento en que lo dije supe que no debí haberlo hecho.

—Puedo hacerlo mejor que una mujer.

—Mierda —dije.

—Anita —dijo Claudia.

—Sí —dije.

—Déjame probar.

Suspiré.

—Tan divertido como sería que tú y Olaf os pusierais en ello, por favor, no. Sé dónde están las dos vampiras malas, y tengo órdenes de ejecución efectivas.

—¿Cómo sabes dónde están? —preguntó Edward.

—Vi una tarjeta de un hotel sobre un escritorio en mi visión. Si no despertaron y movieron sus culos, las tenemos. —Miré a Olaf—. Si no me retrasa la pelea entre mis guardias, entonces llegaremos para matar a dos vampiros hoy. Son lo suficientemente poderosas como para tener que decapitarlas y arrancarles el corazón.

—Al igual que hicimos en Nueva México —dijo, y hubo un ronroneo ansioso en esa profunda voz.

Asentí, tragué más allá de un sentimiento que podría haber sido náuseas.

—Sí.

—Para cazar contigo de nuevo, Anita, voy a dejar que esta crea lo que quiera.

Entendí que era una gran concesión por parte de Olaf. Claudia dijo:

—No lo creo, tipo grande, lo sé.

—Claudia —dije—, por favor, oh, demonios, sólo no estés cerca de él, ¿de acuerdo? Él parece que no puede evitar cómo se siente sobre las mujeres. Simplemente no lo presiones y vamos a hacer esto, ¿de acuerdo?

A ella no le gustaba, pero asintió.

—Genial. Edward, tú explícale a los guardias por qué Olaf no puede estar sólo con las mujeres. Quiero ver a Richard vivo, no sólo en una visión. Cuando hayas terminado de decirles a todos cuán grande y malo es, encuéntrame y puedes conducirme al Circo de los Malditos a por las órdenes.

—No quiero que estés fuera de mi vista, sin guardias, Anita.

—Jesús, Edward, que es de día.

—Sí, y sabes mejor que yo que los maestros vampiros tienen sirvientes humanos, animales para protegerlos, y simples víctimas humanas que hacen lo que se les dice.

Asentí, demasiado rápido, demasiado a menudo.

—Bien, bien, tienes razón. Estoy cansada, y estoy… Oh, demonios, simplemente vamos a recoger algunos guardias para que pueda ir a ver a Richard.

Debería haber comprendido que si tomaba guardias, cuál sería uno de ellos. Ser mi sombra para ir a una sala de hospital a ver a Richard era un trabajo fácil, un trabajo seguro, o debería haberlo sido. Fui a la puerta del fondo con un guardia delante de mí y otro detrás. En la retaguardia estaba Peter.



TREINTA

A fuera del cuarto de Richard tuve una pelea con mis guardias. El otro guardia era Cisco, que era todo dieciocho años. Me sentí como un acompañante en una fiesta de graduación. Pero el hecho de que ambos eran todavía adolescentes no hizo que fueran menos difíciles. Demonios, tal vez eso les hizo más tercos.

—Las órdenes permanentes —dijo Cisco—, son que no puedes ir a ninguna parte sin al menos un guardia contigo en todo momento. —Pasó la mano con cuidado por el pelo rubio de punta y frunció el ceño. No era feliz.

—No necesito una audiencia para ver a mi novio.

—Las órdenes son órdenes —dijo.

Miré a Peter. Todavía no estaba acostumbrada a tener que mirar hacia él. Lo había visualizado a través del teléfono como de mi altura, con ese pelo castaño cortado en un corte estándar. Pero el pelo moreno no estaba cortado, sino encima, no era un corte de patinador, pero estaba cerca. Era

más moderno, más joven, poco menos que un muchacho. No me gustó.

—Necesito un poco de privacidad, Peter, entiendes eso.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Ya no tengo catorce años, Anita.

—¿Qué significa eso?

—Significa que soy simpático, pero no estúpido. Edward dio las órdenes, y Claudia y Remus les respaldaron. —Ambos eran lo suficientemente jóvenes por lo que pensé que podría ser capaz de avergonzarlos lo suficiente para que me dejaran hablar con Richard a solas —. Muy bien, ¿quién de vosotros quiere conseguir todos mis líos emocionales con Richard?

Se miraron.

—¿Cuánto de emocional? —preguntó Cisco.

—No sé, tal vez voy a llorar, tal vez vamos a tener una pelea. Uno nunca lo sabe con nosotros. Cisco habló a Peter como si yo no estuviera allí. —Son muy raros uno alrededor del otro.

—Extraño, ¿cómo? —preguntó Peter.

—Estoy de pie aquí —dije.

Cisco me miró con esos grandes ojos negros.

—Tú y Richard sois muy extraños estando juntos como pareja; vamos, es verdad.

Tuve que sonreír.

—Escalofriantemente raro, eh.

Cisco asintió.

Suspiré.

—Bien, supongo que sí, pero me gusta la privacidad, por favor. Casi se muere, y yo también.

—Lo siento, Anita —dijo Cisco—. No puedo hacerlo. Uno de nosotros tiene que estar en la habitación contigo.

—¿No tengo ninguna jerarquía aquí?

—Claudia y Remus me dejaron claro que si la jodo de nuevo, me iba, como bala perdida. No voy a joderlo de nuevo.

—¿Qué hiciste? —preguntó Peter, entonces en realidad se ruborizó—. Lo siento, lo siento, no es asunto mío. Más tarde.

Cisco asintió.

—Más tarde.

Cisco olfateó el aire y se volvió hacia el otro extremo del pasillo.

Soledad daba la vuelta a la esquina. Nos vio, y su cara se vio de repente afectada. Se dejó caer a cuatro patas y comenzó a arrastrarse hacia nosotros. No de esa manera casi sexual que pueden tener los licántropos, más bien rota como si le dolieran al moverlas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Su voz llegó, tan rota como sus movimientos.

—Le dispare a Richard. Lo siento.

—¿Le disparaste a Richard? —dije. Miré a Cisco.

Se encogió de hombros y me dio una mirada como diciendo, sí.

—Creo que si no le hubiera disparado, le hubiera arrancado a Jean-Claude el corazón.

—Lo siento —dijo Soledad—. No sabía qué más hacer. —Se había detenido a pocos metros de nosotros, con la mano levantada hacia el aire, con la cabeza hacia abajo. Había visto un gesto similar entre los leones. Era una manera de pedir permiso para acercarse cuando la hembra dominante no le gustaban mucho las noticias.

Me habían dicho que un guardia le disparó a Richard, y que había salvado la vida de Jean-Claude, pero nadie me había dicho quién lo había hecho. Miré a la mujer tendiéndome la mano, pidiendo perdón. Había hecho su trabajo, más o menos. ¿Qué habría hecho yo en su lugar? Congelarme. No habría sido capaz de disparar a Richard para salvar a Jean-Claude. Me habría congelado y Jean-Claude hubiera muerto. Probablemente estaría muerto. Y Richard y yo con él. Mierda.

—Ellos tomaron sus armas —dijo Cisco—, hasta que revisaron todo.

—Como cuando un policía está involucrado en un tiroteo —dije.

—Muchos de nosotros somos ex-policía —dijo Cisco, y me miró, como diciendo, Bueno, ¿qué vas a hacer?

¿Qué iba a hacer? Suspiré, bajé la cabeza, y comencé a avanzar. ¿Por qué en medio de todas las crisis siempre parecía estar de niñera de las emociones de otra persona? Por lo general, alguien que es peligroso y está armado debería haber sido una especie de tipo duro, y no una niña. Los monstruos eran mucho más suaves de lo que parecían.

Me acerqué a ella y le di la mano izquierda. La mayoría de la gente le gustaba que le temblaran las manos, pero mantuve mi pistola de la mano libre, sólo por hábito. Soledad hizo un sonido, como un sollozo cuando agarró mi mano. Tuve un momento para sentir lo terriblemente fuerte que era antes de que me arrastrara lo suficientemente cerca como para poner su

cara en mi mano. Frotó las mejillas contra mi mano y el antebrazo, y murmuró:

—¡Gracias, gracias, Anita. Estoy muy… Lo siento, lo siento! —Sus lágrimas eran frías contra mi piel. Es curioso, las lágrimas siempre eran más frías que la sangre; ¿no deberían sentirse igual? Su poder estalló en mi piel como el aliento de un gigante, tan caliente, y llegó a todas partes. Cualquier emoción fuerte puede deshacer el control de un cambiaformas.

Ella se estremeció sollozando y se lanzó alrededor de mi cintura, sus largos brazos me rodearon. Me dijo casi llorando.

—No sabía qué más hacer con Richard…

—Está bien, Soledad, está bien. —Le di unas palmaditas en el pelo y empezó a girarme en sus brazos. No la conocía lo suficiente como para ser más cercana y personal, y el contenido emocional de alguien que era casi un extraño me ponía nerviosa. Demonios, no podía manejar muchas sensiblerías de amigos cercanos. Me había girado alrededor, con sus manos sólo ligeramente, cuando se movió. Me agarró por la cintura, me levantó delante de su cara y pecho, y bloqueé la mano con garras que había ido a por mi garganta con el brazo. Las garras se hincaron en mi costado justo por debajo de las costillas. El dolor fue agudo e inmediato, y de repente tenía dos objetivos. Me esforcé por mantener su mano lejos de mi garganta y agarré la garra de mi cintura para evitar que me rebanara el vientre.

Su voz gruñó detrás de mí:

—Siento que tengas que morir, Anita.



TREINTA Y UNO

Cisco y Peter tenían sus armas de fuego fuera. Me hubiera encantado tener una pistola o un cuchillo, pero en la lucha la mujer tigre tomó mis dos manos. No estaba tratando de arrancarme la garganta todavía, y la mano en mi vientre estaba casi inmóvil, excepto por el hecho de que las garras que había conjurado en su mano habían traspasado mi costado.

Ella les dijo:

—No gritéis para pedir ayuda o morirá. Solo deja que me vaya con ella y no la haré daño.

—Ya le has hecho daño, puedo oler la sangre —dijo Cisco. Su arma nos apuntaba directamente, pero no estaba segura de si todos sus tiros eran para matar. Si sólo la hiriese, ella tendría tiempo de matarme antes de que pudieran matarla.

—Un pequeño pinchazo, eso es todo. A ella le gustan los pinchazos, ¿no es así, Anita?

Mi voz salió un poco estrangulada debido a la mano que estaba en mi garganta. Las garras no eran tan grandes como parecía, sólo parecía enormes porque la carne humana no cubre el hueso de la garra del tigre. Pero era lo suficientemente grande como para arrancar la garganta. Podría sobrevivir a la herida intestinal, pero la herida de la garganta sería fatal.

Alcancé a decir entre dientes:

—Si me vas a matar, hazlo, pero no te burles de mí también.

Ella se rió, un sonido gutural. Su poder me quemaba, caliente, tan caliente, casi ardiendo. Un líquido caliente estalló sobre mi espalda y pelo. Mi primer pensamiento fue sangre, pero lo sabía bien. Sabía que era el líquido claro que los hombres seres soltaban cuando cambiaban. Cuando el cambio era suave se parecía al agua caliente, cuando no era suave era gelatinoso y grueso. Este fluía como el agua. Ella nunca dudó, o tropezó, mientras su cuerpo se transformó a mi alrededor. Piel y músculo fluía en mis manos. Su poder pasó por encima de mi cuerpo como picaduras de insectos, tanto poder, que me dolía. ¿Creyó que me paralizaría y no lucharía? Tenía la chica equivocada para el pánico. Seguí con mis manos sobre su piel cuando empezó a fluir pelo. No la solté hasta que mi piel se sacudió y bailó como si hubiera mandado una descarga eléctrica hacia mí. Jesús, el control que tenía, para poder cambiar de esa manera sin problemas. Ella era mejor que Micah, y eso ya decía muchísimo. Habría sido impresionante si no hubiera estado pensando en lo cerca que sus nuevos colmillos estaban de mi espina dorsal. Una parte de mí se dio cuenta de que el color estaba equivocado. Tenía rayas de color oro pálido, limón y blanco. ¿No eran los tigres naranja y negro? Si vivía, le pediría algunas explicaciones.

—Eres uno de los animales del *Harlequin* para llamar —dijo Cisco.

Ella gruñó:

—Sí.

—Nunca lograrás salir de aquí si le haces daño a Anita —dijo Cisco.

—¿Sabe donde descansa mi señora durante el día? No puedo dejar compartir ese conocimiento, ¿verdad, Cisco?

Él se estremeció cuando utilizó su nombre. Siempre es más difícil matar a alguien cuando le conoces.

—Porque si tu dueño muere, tú mueres —dijo Peter. Estaba apuntando con su arma al suelo, como si supiera que no tenía un tiro limpio. Remus me había dicho que Cisco tenía uno de las mejores puntuaciones de aciertos

en los guardias. Estaba a punto de apostar mi vida a su habilidad.

Su mano se tensó en el cuello de nuevo, y puse mucho esfuerzo en soltarme. Su brazo era un constante empuje, el mío estaba temblando.

—Perteneces a Mercia —dije.

—No —gruñó, y alivió sus brazos un poco hacia atrás. Cisco y Peter se trasladaron en el mismo espacio hacia adelante. Era como una danza torpe.

—Nivia —dije.

—¿Cómo sabes sus nombres?

—¿Importa? —pregunté.

—Sí —susurró—. Dime ¿con quién has hablado?

—Jesús, Soledad, no me hagas hacer esto —dijo Cisco.

Soledad paró de susurrarme y le dijo a Cisco:

—Eres un buen tirador, Cisco, pero ¿eres tan bueno? ¿Seguro que eres tan bueno?

Era evidente en su rostro que en ese momento no estaba seguro. Supongo que no era bueno. Hubiera dado lo que fuera por tener a Edward en ese momento. O a Remus, o a Claudia.

Peter dijo:

—¿Cuál es la regla?

Cisco casi le miró, pero recordó y mantuvo sus ojos en nosotros, su arma constante, pero no tenía un disparo para matar y sabía que Soledad empezaba a retroceder por el pasillo conmigo en sus brazos. Sólo unos pocos pasos, pero lenta y constante.

Cisco y Peter se movieron con nosotros. Cisco tenía su arma apuntada, pero, francamente, era tan improbable que me golpeara como a la mujer tigre. No, más que probable. El arma de Peter seguía apuntando hacia el suelo. No parecía saber qué hacer.

Peter dijo:

—La regla es que si tienen un arma y quiero llevarte a otro lugar, es para que te puedan matar más despacio. —Su voz era más de un tono monocorde, como si estuviera recitando.

Pensaba que entendía lo que quería decir. Tenía la esperanza de que lo hiciera, porque estaba a punto de animarlo.

—Tienes razón, Peter —dije.

Levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los míos. Cisco dijo:

—Dios. Lancé mi cabeza hacia atrás, utilizando mi pelo largo para cubrir sus ojos durante un segundo. Peter se arrodilló y le disparó en las

piernas. Los disparos resonaron en el pasillo y Soledad calló bruscamente de rodillas, pero las garras se hundieron más profundamente dentro de mí, la otra mano trató de llegar a mi garganta esta vez de verdad. Hice una elección. Solté la muñeca que estaba en el estómago y utilicé ambas manos para impedir que desgarrase mi garganta. Dos dedos más abajo y estaría perdida. Arañó mi costado y estómago. Se sintió como si me golpeara con un bate de baseball, demasiado daño, como un golpe. Me quitó la respiración, y empecé a gritar.

Cisco y Peter estuvieron allí, de pie junto a nosotras. Todavía no tenían un tiro claro. Trató de arrastrarse con sus piernas heridas, mientras que aferraba con su mano y la mantuvo a milímetros de mi garganta. Cisco todavía estaba tratando de encontrar un tiro. Peter se lanzó sobre nosotras, un segundo estaba saltando y al siguiente todos estábamos en el suelo con ella debajo de nosotros. Dejó de intentarlo con mi garganta y llegó a Peter. Empezó a luchar con él en primer lugar. Su mano no estaba en mi estómago ya. El cuerpo de Peter reaccionó como si algo le doliera. Pero yo la mantenía fuera de su garganta. Era todo lo que podía hacer. Tuve un momento en el que estuve presionada entre ellos, y luego los disparos explotaron justo detrás de mi cabeza. Fue increíblemente fuerte y cercano a mí. Seguía con mis manos sobre ella cuando el interior de mi cabeza se sacudió con el sonido de las armas de fuego a su lado. Su cuerpo se sacudió, y aún así trató de ir a por la garganta de nuevo. El cambio de ángulo me sorprendió, y me hubiera arañado, pero no lo sentí.

Peter siguió disparando; su arma presionaba su cabeza. Terminamos en el suelo en un montón desmadejado y sordo. Estaba levantado sobre su brazo, su arma aún empujando en su cara. La camiseta de Peter estaba desgarrada sobre su estómago. Cisco estaba sobre nosotros, sus labios se movían, pero no podía oírle. Me di la vuelta. Tenía mi pistola y apunté antes de colocar mi espalda contra la pared, antes de que realmente pudiera ver lo que estaba sucediendo.

La cabeza de Soledad era una masa de color rojo. No tenía parte izquierda. Las partes del cerebro estaban por el suelo, sus sesos. Incluso para un hombre tigre, este estaba muerto. Peter estaba todavía sobre el cuerpo, su arma sobre la masa de tejidos. Creo que ya no tenía munición, pero no podía oír lo suficiente como para decidirlo. Cisco se arrodilló a su lado, moviendo los labios, pero no podía distinguir las palabras. Logró que Peter dejase de disparar el cuerpo, luego trató de apartar a Peter. Peter le

dejó apartarle cayendo sobre sus rodillas, luego, sacó su cargador vacío, lo puso en el bolsillo izquierdo de su chaqueta, sacó un cargador de repuesto de su bolsillo derecho, y volvió a cargarla. Sus reservas estaban bastante altas conmigo en ese momento, la recarga lo hizo verse subir más. Tal vez no conseguiríamos que le matasen.

Cisco trató de conseguir que nos levantáramos y nos alejáramos del cuerpo. Creo que estaba preocupado por cómo Peter iba a reaccionar cuando el shock pasara. Me hizo pensar mejor de Cisco. A continuación, un montón de cosas pasaron a la vez. No podía oír, pero debía haber visto el movimiento por el rabillo del ojo, porque me volví para ver que Edward y compañía venían corriendo por el pasillo, armas en mano. La puerta de la habitación de Richard estaba abierta, y él se apoyaba en ella. Su pecho hermoso era una masa de cicatrices curándose. Estaba pálido como la muerte, y parecía como si lo único que lo mantuviera en posición vertical fuera la puerta. Las cicatrices mostraban donde las balas habían despedazado toda esa buena musculatura que tenía. A veces la plata dejaba cicatrices. Él dijo algo, pero todavía no oía otra cosa que el silencio en mi cabeza.

La bala muy cerca de la oreja. Tendría suerte si mi audición no se había dañado permanentemente.

Sentí un movimiento más cerca de mí, y me giré, pero estaba lenta. Creo que Peter no era el único en estado de shock. Cisco puso de pie a Peter por el cuello de su chaqueta. Estaba gritando algo. No podía ver cuál era el problema, no había nada excepto el cuerpo de Soledad. Entonces miré al cuerpo y me di cuenta de que estaba todavía en forma de tigre. Su cuerpo no había vuelto a su forma humana. Muerto un cambiaformas siempre vuelve a su forma humana. Alcé la pistola y empecé a apuntar, cuando el —cuerpo se levantó y se lanzó hacia Peter y Cisco.



Cisco arruinó el disparo de Peter por lanzar su cuerpo en el camino de las garras. Hice dos disparos antes de que el cuerpo sin rostro los llevara al suelo. Y de repente estaba teniendo el mismo problema que acababan de tener, tratando de encontrar un lugar para hacer fuego en aquellas pieles que no afectara a los dos chicos debajo de ella. Habían salvado mi vida y yo seguía pensando en ellos como niños.

Claudia y Remus llegaron primero, porque simplemente no puedes superar a un cambiaformas. Edward y Olaf les siguieron de cerca, pero no llegaron primero. Fueron Claudia y Remus los que se unieron a mí, alrededor del montón de combatientes. Un arma de fuego disparó al pecho del tigre. Claudia realmente me empujó fuera del camino con tanta fuerza que caí contra la pared. Demasiadas armas en un espacio demasiado pequeño; el fuego amigo era tan peligroso para nosotros como Soledad.

El que estaba disparando estaba tratando de hacer un agujero en su

pecho. Su cuerpo se sacudía y saltaba con la fuerza de los mismos. Se tambaleó sobre sus pies. Te juro que podía ver el pasillo a través del agujero en la parte baja del pecho. Pero mientras lo miraba, el músculo comenzó a fluir como el agua, curándose. Mierda. Era Peter quien había disparado un agujero a través de ella. Cisco estaba tratando de respirar a través de una garganta que ya no estaba allí.

Edward y Olaf estaban uno al lado del otro haciendo fuego en el cuerpo de Soledad como si estuvieran en un campo de tiro. Tan genial, tan profesional, tan preciso. Era un poco difícil que ella perdiera su alcance.

Algunos de los guardias se habían puesto de rodillas alrededor de Edward, Olaf, Remus, y Claudia, algunos de pie, algunos de rodillas para que no se interpusieran en el camino del otro en una masacre muy organizada.

El cuerpo del tigre saltó y bailó con las balas con una especie de espasmos de títere. Pero no cayó. Me separé de la pared donde Claudia me había tirado.

Vacié mi cargador en Soledad y observé su cuerpo fluir sobre las heridas. Era maldita plata y la estaba tratando como si fueran balas ordinarias. Nunca había visto un cambiaformas capaz de hacer eso.

Incluso las hadas, una vez que abrías un agujero de los grandes en ellos, no se curaban así. Vacié mi cargador e hice casi exactamente lo que Peter había hecho antes, excepto que mi cargador adicional estaba conectado a mi cinturón. Ella no estaba actuando como un ser. Estaba actuando como un vampiro putrefacto, esa clase especial de no-muertos que era raro en los Estados Unidos. Por supuesto, su amo no era de por aquí.

Mi audición estaba volviendo en mi oreja izquierda, porque podía oír gritos, distantes, como si no estuvieran todos de pie a mi lado. Mi oreja derecha tenía un silencioso zumbido.

Grité:

—¡Fuego, necesitamos prenderle fuego! —Debí haber gritado demasiado fuerte porque todos me miraron.

Grité:

—¡Quemadla!

Olaf se echó a correr por el pasillo. El verlo huir realmente me distrajo lo suficiente para saltar cuando los cañones comenzaron a disparar de nuevo. Me volví hacia la acción, y encontré el cuerpo brincando y moviéndose de nuevo. El rostro le había vuelto a crecer, pero el pecho aún

tenía una herida abierta. Sus pulmones tenían que haberse ido, pero se movió, saltó hacia mí en uno arco largo que hizo ver su cuerpo como una mancha de luz dorada. Disparé a esa mancha hasta que mi arma hizo —clic, vacía. Dejé caer la pistola vacía y fui a por una espada, y sabía que nunca lo lograría.

Una segunda forma borrosa estaba delante de mí, y nos estrellamos de nuevo contra la pared, lo suficientemente fuerte para ver estrellas antes de darme cuenta de que la segunda forma borrosa era Claudia. Había tirado su cuerpo en el camino, y fuera del golpe de la mano en garra. Debió haberse quedado sin munición, también. Esas garras cortaron sobre su pecho, se puso en cuclillas en posición defensiva, protegiéndose a sí misma, como pudo. El tigre gritó, o rugió hacia nosotros, y luego se dio la vuelta y corrió hacia otro lado. Era casi divertido, porque durante un aliento, sólo nos quedamos ahí de pie.

Luego, casi como una masa corrimos tras ella. Mi estómago no dolía tanto o más que una punzada, como si los músculos no estuvieran trabajando bien.

Eso me hizo tropezar, entonces encontré mis pies, y corrí. Si podía correr, no podía doler, ¿cierto? Podía sentir la sangre fluir por delante, empapando mis pantalones vaqueros. Si Soledad escapaba, podría movilizar a los vampiros, o avisar a alguien, o crear una emboscada. Teníamos que detenerla, tenía que hacerlo. Pero no podíamos correr como los cambiaformas. Remus y los demás nos pasaron a Edward y a mí como si no nos moviéramos todavía.

La aullaron a las puertas dobles de cristal. La aullaron a la vista del aparcamiento, a la vista de la libertad. Remus estaba cortado ahora, también. Formaron un círculo a su alrededor, el doble de espesor frente a las puertas. Ella se agachó en el centro de ese círculo, gruñéndoles. Era toda de oro y negro, e incluso después de todo aún podía ver que era hermosa. Graciosa de esa manera que los licántropos gato parecían ser. Su cola temblaba, tensa y enfadada.

Edward metió un cargador nuevo en su lugar. Tiró la corredera hacia atrás y puso una bala en la recámara.

El sonido hizo eco alrededor del círculo. No todo el mundo tenía más cargadores, y algunos, como yo, estaban fuera, pero varios hicieron que fuera misterioso y serio.

Soledad gruñó con sus colmillos de tigre.

—Mi muerte no detendrá al *Harlequin* de matarte. La muerte de mi señora no te protegerá de la persecución salvaje que está por venir.

—No nos has dado una máscara negra —dije.

Sus ojos de color amarillo anaranjado se volvieron hacia mí. Hizo un ruido que estaba entre un gruñido y un ronroneo.

El sonido mismo levantó los pelos de la parte de atrás de mi cuello.

—Vas a morir.

—El consejo de vampiros lo es todo con las reglas, Soledad. Va en contra de sus propias leyes el matarnos cuando sólo nos han dado máscaras blancas, algo sobre el juego limpio y todo eso.

No era muy buena en leer a la gente, incluso la gente que conocía en forma animal, pero pensé que parecía asustada.

—Si nos matas, el resto de ellos te cazarán, Anita. Va contra la ley vampiro matar al *Harlequin*.

—No voy a matar como siervo humano de Jean-Claude. Los mataré, a ti y a tu amante, como marshal federal y verdugo de vampiro legal.

—Conozco tus leyes, Anita. No tienes ninguna orden contra nosotros.

—Tengo dos órdenes de dos vampiros que se parecen malditamente a Mercia y a tu amante.

Una vez más hubo vacilación a través de los extraños ojos. Era cada vez mejor leyendo los rostros peludos. Bravo por mí.

—Las órdenes con la lista de nombres de los miembros de la iglesia —ronroneó Soledad.

—Pero la orden está redactada de forma vaga. Establece que puedo matar a los vampiros responsables de la muerte de la víctima, y puedo, a mi criterio, matar a cualquier persona que haya ayudado en esa muerte. También me permite matar a cualquiera que trate de impedir el cumplimiento de mi deber. —Miré a esa cara extrañamente bella—. Lo cual se refiere a ti.

Olaf estaba al lado de Edward. Tenía una lata de WD-401 en la mano y una antorcha hecha de trapos enrollados a lo que parecía ser el final de una manija de fregona metálica. Había un fuerte olor aceitoso en todo.

Dijo con esa voz profunda:

—Fui a por los artefactos explosivos al coche, pero el armario del conserje estaba más cerca.

Casi le pregunté qué quería decir con artefactos explosivos, pero probablemente era mejor que no lo supiera. Aunque quizás lo que tenían en

su coche habría sido más rápido que lo que estábamos a punto de hacer con ella. Olaf había encendido la antorcha para Edward. Al parecer, lo había empapado en algo, porque prendió claro y brillante.

Claudia dijo a la gente al otro lado de la habitación que desocuparan un espacio. Se abrieron como una cortina y dejaron a Soledad en un espacio de matanza claro. Los guardias formaban dos líneas, una de rodillas y otra de pie. Tomaron sus posiciones, y Edward se unió a ellos.

Claudia gritó:

—¡Cabeza o corazón!

Soledad saltó, no hacia la doble línea delante de las puertas y la libertad, o al pelotón de fusilamiento, sino a la línea más delgada que conducía hacia atrás por el pasillo. Todas las armas parecían sonar a la vez. Ese salto líquido de oro y plata se derrumbó al suelo. Podía curarse, pero la lesión inicial era real.

La dispararon hasta que se retorció, pero no trató de levantarse otra vez.

Olaf se volvió para que pudiera ver la pistola en la parte trasera de su cinturón.

—Cúbreme.

Me quedé esperando que mi herida se pusiera al día conmigo, pero la adrenalina se estaba acabando. Pagaría por ello más tarde, pero ahora me sentía bien. Envolví mi mano alrededor de la pistola, me la había puesto sin funda en el interior de los pantalones. Había esperado que Olaf fuera por algo grande, pero no era así. Era una Heckler & Koch USP Compacta. La había visto antes de que me decidiera por la Kahr. La estreché en un apretón a dos manos y apunté a la mujer tigre caída.

—Estoy lista cuando tú lo estés —dije.

Olaf se deslizó en círculo con la antorcha y la lata de acelerador apretada. No me deslicé, sólo caminé, pero estaba a su lado cuando llegó a ella. Estaba a su lado cuando le roció el acelerador por la cara y el pecho en ruinas. El mundo de pronto olió grueso y aceitoso. Reaccionó con el líquido o el olor, estirando la mano hacia nosotros. Le disparé en la cara. El arma saltó en mis manos, por lo que apuntó hacia el techo antes de que volviera a apuntar hacia ella.

—¿Qué coño es esto? —pregunté.

Empujó la antorcha en la herida que había hecho, y ella comenzó a gritar. El olor a pelo quemado era fuerte y amargo. Comenzó a superar el aroma del acelerante. Le prendió fuego. La cubrió con el líquido aceitoso

espeso y la quemó. Estaba muy herida para hacer mucho, pero podía gritar, y retorcerse. Parecía que le dolía. Olía a pelo quemado, y finalmente, cuando dejó de moverse, olía a carne quemada, y a aceite. Hizo un ruido agudo de lamento por un tiempo muy, muy largo.

Edward se había movido a mi lado para apuntar su arma con la que Olaf me había prestado. Los tres nos quedamos allí mientras Soledad moría por trozos. Cuando dejó de moverse, dejó de hacer ruido, dije:

—Consigue un hacha. Creo que realmente lo dije en un tono de voz normal. Podía oír por un oído por lo menos. Por el lado en el que Peter había disparado seguía fuera. El sonido hizo un eco extraño en mi cabeza.

—¿Qué? —preguntó Edward.

—Se cura como un vampiro que descienden del Amante de la Muerte.

—No conozco ese nombre —dijo Olaf.

—Vampiros putrefactos, se cura como un vampiro en descomposición. Incluso a la luz del sol no es algo seguro. Necesito un hacha y un cuchillo, uno grande y afilado.

—Tendrás que decapitarle —le pedí a Olaf.

—Sí, puedes tener el corazón, si lo deseas.

Miró hacia el cuerpo. Era un ser humano ahora, acostada sobre la espalda, las piernas abiertas. La mayor parte de su rostro había desaparecido, y la parte baja del pecho, un pecho estaba muy quemado, pero el otro todavía estaba pálido y alegre. En un lado de su pelo, el color amarillo de su tigre, todavía estaba allí. No había cara, ni ojos para mirarnos. Podría haber estado agradecida por ello, salvo que la mirada fija en la ennegrecida, descamada ruina de su rostro no era realmente una mejora.

Tragué saliva lo suficientemente fuerte para que doliera. Mi garganta quemaba como si el desayuno estuviera tratando de subir. Traté de respirar profundamente, pero el olor a carne quemada tampoco era una mejora. Terminé respirando de forma superficial y tratando de no pensar demasiado.

—Voy a encontrar su corazón por ti —dijo Olaf, y me alegré de que mi audición no estuviera funcionando muy bien. Hizo que su voz sonara plana y perdiera gran parte de la inflexión. Si hubiera oído todo el anhelo en su voz que vi en su cara, podría haberle disparado. Estaba apostando que su munición especial habría hecho un hueco muy grande en un cuerpo humano. Pensé en ello, realmente lo hice, pero al final le devolví la pistola.

Apagó la antorcha. Alguien nos trajo un hacha y un cuchillo recién afilado. Echaba realmente de menos mi equipo de vampiro, pero estaba en casa, no, en el Circo.

Su columna vertebral estaba frágil por el fuego, la decapitación más fácil que había hecho nunca. Olaf tuvo que excavar en el pecho para encontrar los trozos del corazón quemado y sangriento. Habíamos hecho un lío de ella. Le di una patada a la cabeza alejándola un poco del cuerpo. Sí, quería quemar la cabeza y el corazón y esparcir las cenizas en agua corriendo, pero estaba muerta. Pateé la cabeza otra vez, así que se deslizó por el suelo, demasiado quemada para sangrar.

Mis rodillas no me sostuvieron más. Me desplomé donde estaba de pie con el hacha todavía en mis manos.

Edward se arrodilló a mi lado. Me tocó la parte delantera de la camisa. Su mano se separó carmesí, como si la hubiera sumergido en pintura roja. Arrancó la camisa abriéndola en mi pecho. Las marcas de garras parecían bocas enfadadas, dentados. Había algo de color rosa y con sangre y brillante que sobresalía de una de las bocas como una inflamada lengua.

—Mierda —dije.

—¿Te duele todavía? —preguntó.

—No —y mi voz sonaba sorprendentemente tranquila. El shock era algo maravilloso.

—Tenemos que ir a un médico antes de que eso cambie —dijo, y su voz estaba tranquila, también. Envolvió sus brazos a mi alrededor y se puso de pie, meciéndome. Emprendió el viaje de regreso de la misma forma en que habíamos llegado, en una caminata rápida—. ¿Te duele? —preguntó.

—No —dije de nuevo, mi voz lejana y tranquila también. Incluso sabía que era muy tranquila, pero me sentía algo distante e irreal. Oírlo por el shock.

Echó a correr por el pasillo conmigo en sus brazos.

—¿Te duele ahora? Preguntó.

—No.

Corrió más rápido.



TREINTA Y TRES

Edward golpeó la puerta principal de la sala de trauma con el hombro. Estábamos dentro, pero no había nadie que me prestara atención. Había una pared blanca de médicos y enfermeras, y algunos vestidos de civil, pero todos estaban alrededor de una camilla. Sus voces mantenían la calma frenética que nunca quieres oír cuando estás de espaldas mirando a los médicos.

Tuve un pinchazo de miedo a través del shock, Peter. Tenía que ser Peter. La subida de adrenalina apuñaló a través de mi estómago, como un nuevo golpe. Edward se giró, y pude ver más de la habitación. No era Peter. Estaba tumbado en una camilla diferente, no tan lejos de lo que tenía a todos interesados. ¿Quién diablos era? No teníamos ningún ser humano más de nuestro lado.

La única persona con Peter era Nathaniel. Su mano estaba en la mano libre del chico. Por el otro lado estaba conectado a una línea intravenosa.

Nathaniel me miró, y su rostro mostraba miedo. Bastante.

Peter luchó para darse la vuelta y ver lo que estaba entrando por la puerta.

Nathaniel le tocó el pecho y lo mantuvo abajo.

—Es Anita y tu… Edward. Creo que había estado a punto de decir tu padre.

Oí la voz de Peter a medida que nos acercábamos.

—Tu cara, ¿qué pasa?

Nathaniel dijo:

—No pensé que hubiera algo malo con mi cara. —Trató de hacer una broma, pero los ruidos desde el otro lado de la sala le hicieron sonar forzado.

No podía ver más allá de todas las batas blancas.

—¿Quién es? —pregunté.

Nathaniel respondió:

—Es Cisco.

Cisco. No resultó tan mal herido. Había visto a cambiaformas sanar malas heridas en la garganta.

—¿Había más chicos malos aquí con nosotros? ¿Cómo resultó herido? —pregunté.

Peter realmente trató de sentarse, y Nathaniel lo mantuvo abajo con una mano en el pecho, como si hubiera tenido que fijar a Peter a la camilla por un tiempo.

—Anita —dijo Peter.

Edward me puso en la camilla vacía más cercana, y el movimiento no hizo tanto daño como me hizo saber que iba a doler. Era como si cambiaran de lugar cosas que no debería haber sido capaz de sentir. Tuve un momento de náuseas y supe que estaba pensando demasiado fuerte, o eso esperaba. Edward se movió para que Peter me viera sin moverse. Esto significaba que podía ver a Peter. La chaqueta y la camisa se habían ido, pero unos vendajes abultados estaban colocados a través de su estómago, varios de ellos estaban en su hombro izquierdo y parte superior del brazo. Sus armas y la chaqueta y los restos de su camisa ensangrentada estaban en el suelo debajo de la camilla. Yo sería la siguiente.

—¿Qué pasó con Cisco? —pregunté.

Peter dijo:

—Ambos estamos heridos.

—Estoy bien —dijo Edward—, no es mi sangre.

Peter me miró, con los ojos demasiado anchos, la cara pálida enfermiza.

—Él tiene la garganta arrancada.

—Me acuerdo, pero debió ser capaz de curarse —dije.

—No todos son tan buenos en la curación, Anita —dijo Nathaniel.

Le miré ahora. El hecho de que no lo hubiera visto realmente, decía claramente qué tan herida estaba. Llevaba un par de pantalones cortos para correr, que dejaba muy poco a la imaginación.

Tenía el cabello en una trenza apretada. Me miró a los ojos, todavía lo amaba, pero por una vez mi cuerpo no reaccionó a su vista.

Edward fue a pararse junto a Peter, y Nathaniel vino a mí, un intercambio de prisioneros emocionales. Nathaniel tomó mi mano y me dio un beso tan casto como habíamos intercambiado alguna vez. Sus ojos color lavanda mostraban la preocupación que había estado escondiendo de Peter, o tratando de esconderla de él. Se inclinó sobre mi cuerpo, y le oí decir en un gran suspiro.

—Nada está perforado —susurró.

Hasta que lo dijo, no había pensado en ello. Mis intestinos podrían haber sido perforados, o demonios, mi estómago. Si tenía que ser desgarrada, no era un mal lugar para ello. No era un golpe mortal, no de inmediato, no si las cosas no se derramaban fuera de mí. Sobresalían, pero no se derramaron. Había una diferencia.

—¿Está Peter…?

—Tampoco está perforado, ambos tuvisteis suerte.

Sabía que tenía razón, pero… Las voces en la habitación se habían elevado de tono. Cuando los médicos empiezan a sonar presas del pánico, las cosas están muy mal. Cisco, mierda.

Fue Cherry quién se desprendió de la gente a su alrededor y vino a mí. Había lanzado una bata blanca sobre el habitual traje negro gótico. Su pesado delineador de ojos se había corrido por su rostro como lágrimas negras. Tocó el hombro de Peter, cuando pasaba, y dijo:

—Deja que los medicamentos trabajen, Peter. No puedes ayudarle a luchar por mantenerse despierto.

—Ella intentaba llegar a mí —dijo—. Estaba llegando a mí. Él se puso en su camino. Me salvó.

Le palmeó el hombro y verificó las IV casi automáticamente, también ajustó la pequeña cosa nudosa sobre él. El líquido empezó a gotear un poco

más rápido.

Le acarició de nuevo y llegó al otro lado de la camilla para que pudiera ver a Nathaniel por encima de mí, o tal vez para que pudiera mantener un ojo en lo que estaba sucediendo con Cisco. Había tanta gente a su alrededor que parecía que estaban en el camino del otro.

Ella dijo:

—Nada puedo hacer allí. —Lo dijo casi para sí misma, como si estuviera tratando de convencerse a sí misma.

Se puso un nuevo par de guantes antes de mirar mi estómago. Había sangre en la manga de la bata blanca que llevaba. Pareció verla más o menos al mismo tiempo que yo.

Se quitó la bata, la arrojó en el pequeño cesto que había para lavar. Se quitó los guantes limpios, se puso otro par de guantes limpios, y volvió a mí. Sus ojos miraban fijamente la herida, no a mí. Su rostro se había ido concentrando en su trabajo. Si sólo se concentraba en su trabajo, entonces no se vendría abajo. Conocía esa mirada, yo tenía una igual.

Traté de hacer algo más mientras miraba las heridas. De alguna manera no quería ver mi interior en el exterior de nuevo. Pero era como un choque de trenes, no podía apartar la mirada.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Intestino —dijo, con una voz que no mostró ninguna emoción.

Oí a alguien gritar:

—¡Despejen!

La multitud en torno a Cisco se despejó, y vi a Lillian usar el carro de choque en su pecho. Estaba intentando poner en marcha su corazón. Mierda.

Micah estaba en la multitud. Se giró y me miró con la boca y el mentón cubierto de sangre.

Como si Nathaniel pudiera leer mi mente, dijo:

—Estaba intentando llamar a la carne y ayudar a Cisco a curar la herida.

Micah podía ayudar a que las heridas sanaran, cicatrizando más rápido al lamerlas. Lo había hecho por mí una vez. Se limpió la sangre del rostro mientras me miraba a través del cuarto. La expresión de su rostro era de angustia. Lo había intentado.

Lillian golpeó el pecho de Cisco tres veces, cuatro, pero el sonido de alarma de alta frecuencia siguió. Línea plana.

No oí abrirse la puerta, pero Richard llegó a través de esta apoyado fuertemente en Jamil, uno de sus guardaespaldas, que estaba medio llevándolo. Jamil lo puso cerca de la camilla. Sus cuerpos me bloqueaban la vista de lo que estaba sucediendo.

Cherry estaba limpiando mi mano, tenía una aguja intravenosa cubierta en la otra mano. Aparté la vista. El poder de Richard pasó por encima de mi piel como calor. Nathaniel se estremeció cuando me agarró la mano. Eché un vistazo hacia él. Su cuerpo estaba cubierto de piel de gallina.

—¿Lo sientes? —pregunté.

—Todos lo hacemos —dijo Cherry, y la aguja mordió mi mano. La mano de Nathaniel me apretó con fuerza y siguió mirando la ancha espalda de Richard.

Micah se detuvo en la cabecera de mi camilla. Había eliminado la mayor parte de la sangre de su cara, pero sus ojos tenían la derrota. Si hubiera tenido una mano libre se la hubiera ofrecido. Él puso su cara contra la parte superior de mi cabeza. Fue lo mejor que podía hacer.

Jamil tropezó lejos de Richard, dejándolo medio tirado en la camilla. El cuerpo de Jamil explotó, en un segundo era alto, moreno, guapo, al siguiente era el hombre lobo de pelaje negro que me había salvado la vida una vez. Lillian cayó al suelo, su cuerpo retorciéndose, torciéndose.

De repente tenía pelaje gris. Yacía en el suelo con una reciente cara molesta mirando hacia la camilla. Los otros médicos y enfermeras mantuvieron la distancia. Richard estaba intentando traer la bestia de Cisco, intentando ayudar a curarlo por lo que le obligaba a cambiar. Pero la alarma seguía sonando, aún haciéndonos saber que el corazón de Cisco no latía.

Richard se aferró a la camilla con una mano y a Cisco con la otra. Su poder se difundió a través de la sala como si alguien se hubiera olvidado de desactivar algún baño caliente invisible, y estaba llenando la habitación. Micah se levantó, puso su mano sobre mi cabeza. Sentí su resorte de la energía surgir a la vida, le sentí lanzarlo alrededor de nosotros cuatro como un escudo, manteniéndonos fuera del poder de Richard. La mayoría de las veces Micah podría proteger a los otros hombres leopardo, pero mis lazos con Richard eran muy fuertes. Esto funcionó actualmente. Hoy, Micah me sostuvo en la calma de su poder, junto con Nathaniel y Cherry.

Richard gritó, un largo y fuerte sonido, angustiado. Se dejó caer de rodillas, con una mano todavía aferrando al brazo de Cisco. El brazo cayó

inerte, muerto. Richard se giró como si una mano gigante le empujara hacia afuera desde el interior. Echó la cabeza hacia atrás y gritó de nuevo, pero antes de que el eco hubiera muerto, el grito se convirtió en un aullido. El pelo manó sobre el cuerpo de Richard. Era como si su cuerpo humano fuera de hielo, y al descongelarse revelara más allá y musculoso. Su forma humana sólo se fundió en un lobo del tamaño de un pony. Nunca lo había visto en forma de lobo completo, sólo mitad y mitad. El lobo echó su cabeza hacia atrás y aulló, largo y triste. Tenía una cabeza tan grande como mi pecho entero para mirarme. Los ojos eran de lobo, ámbar y extraños, pero la mirada en sus ojos no era la mirada de un lobo. Contenían comprensión de la pérdida que yacía en la camilla.

Una de las otras batas blancas comenzó apagar las máquinas. El grito de la alarma se quedó en silencio. Excepto por el sonido en mi oído, la habitación estaba en un silencio mortal. Entonces todos empezaron a moverse. Los médicos y enfermeras empezaron a retirar las cosas del cuerpo de Cisco. Estaba tumbado sobre su espalda, los ojos cerrados. Recordé haber visto la columna vertebral en la garganta herida, ahora el hueso estaba cubierto. Se había estado curando, pero no lo suficientemente rápido.

Jamil se puso sobre sus peludos pies y puso una media garra y media mano, en la parte posterior del lobo. Dijo en voz que era un gruñido:

—Voy a buscar algo para alimentarnos.

Uno de los médicos ayudó a Lillian a ponerse de pie. Parecía más agitada que lo que estaba Jamil, pero no estaba segura de que hubiera tenido alguna vez a alguien trayendo a su bestia de su forma humana. Jamil había estado en el lado equivocado de la ira de Richard más de una vez.

—Ven con nosotros, Lillian —dijo, y el hocico del lobo tuvo problemas con el sonido de la doble L.

Ella asintió y tomó la mano que se le ofrecía. El hombre de pelo oscuro que había desactivado la alarma, dijo:

—Nosotros nos encargaremos de los otros pacientes, Lillian.

Su voz sonaba aguda y nasal.

—Gracias, Chris. —Los tres salieron juntos, dejando a los otros empezando a limpiar.

—¿Por qué murió? —pregunté.

—Sangraba más rápido de lo que su cuerpo podía sanar —dijo Cherry.

—He visto chicos sanar heridas peores —dije.

—Andas por ahí con demasiados perros grandes, Anita —dijo Cherry —. No todos nos curamos como Micah y Richard. —Tenía la IV sobre su soporte de metal. Levantó la mano hacia la llave que iniciaba el goteo.

—Espera, ¿me dejará inconsciente? —pregunté.

—Sí —dijo ella.

—Entonces tengo que hacer algunas llamadas telefónicas en primer lugar.

—¿No duele demasiado aún, entonces? —Medio preguntó, medio hizo una declaración.

—No, todavía no. Duele, pero no hace daño con exactitud.

—Lo hará —dijo—, y cuando lo haga querrás los analgésicos.

Asentí, tragué, volvió a asentir.

—Lo sé, pero todavía tenemos a los maestros de Soledad ahí fuera. Los necesitamos muertos.

—No matarás ningún vampiro hoy —dijo.

—Lo sé, pero Ted Forrester todavía puede.

Edward me miró con la sola mención de su alter ego. Su mano estaba en el pelo de Peter, como si fuera un chico mucho más joven y Edward acabara de llegar con él para una cirugía estética por la noche.

—Te necesito para hacerte cargo de mis órdenes —dije. Él asintió. Sus ojos no eran fríos, estaban llenos de ira. No estaba acostumbrada a ver este calor en Edward, era un ser frío, pero lo que ardía en sus ojos ahora era lo suficientemente caliente como para quemar un agujero a través de mí—. ¿Cómo está Peter? —preguntó a Cherry.

—Ahora que está inconsciente, le coseremos. Estará bien.

Edward me miró.

—Voy a matar a los vampiros para ti.

—Vamos a matarlos para ti. —La voz de Olaf se oyó desde la puerta. Debió de haber llegado a tiempo para escuchar los últimos comentarios. No le había oído entrar, no era bueno. No era bueno que no hubiera oído a Olaf, y no era bueno que pudiera haber sido otra persona, otra cosa. Confiaba en Edward para verme a salvo, pero generalmente era más ayuda para mí misma que esto. Es cierto, estaba teniendo un mal día.

El sordo dolor en mi estómago empezó a tener punzadas de algo fuerte. Era como una promesa de lo que el dolor sería dentro de un rato. Miré mi cuerpo, no pude evitarlo. Cherry bloqueaba mi vista con el brazo, volví la cara hacia ella.

—No mires. Dormirás. El médico te mirará. Te despertarás mejor. —Me sonrió, era una sonrisa amable, pero dejó sus ojos atormentados. ¿Cuándo había conseguido Cherry esa mirada en sus ojos?

Alguien encontró un teléfono móvil. Marqué a Zerbrowski directamente. El Equipo Regional de Investigación Preternatural, RPIT, era al que debería haber llamado y probablemente debería haber comenzado por hablar con el teniente Rudolph Storr, pero no me sentía lo suficientemente bien como para discutir con Dolph sobre quién, y qué era o no era un monstruo. Zerbrowski respondió con su habitual:

—Zerbrowski.

—Soy Anita —dije.

—Blake, ¿qué tiembla? —Había un hilo de risa en su voz, los inicios de su broma habitual. No tenía tiempo hoy.

—Estoy a punto de ser cosida de nuevo.

—¿Qué pasó? —La nota de burla se había ido.

Le di la versión más corta que pude, y dejé mucho. Pero le di las partes importantes:

—Dos vampiros, tal vez con más agentes, haciéndose pasar por dos ciudadanos vampiros honrados para hacernos matar a dos ciudadanos honrados. Deben haber pensado que estaba cerca, ya que enviaron a uno de sus animales a matarme.

—¿Cómo estás de herida?

—No soy ninguna caza vampiros por el momento.

—¿Qué necesitas de mí?

—Necesito que pongas policías en todo el hotel. Necesito que te asegures de que estos dos no salen a la calle.

—¿No deberían estar muertos para el mundo, sin juego de palabras intencionadas?

—Deberían, pero después de lo que vi en el siervo, no apostaría la vida de nadie en ello. Llama a la Reserva Móvil, si sale mal querrás la potencia de fuego.

El Dr. Chris llegó para estar de pie sobre mí. Tenía un poco menos de seis pies, pero parecía más alto, porque era muy delgado, uno de esos hombres que simplemente no parecen poner una masa muscular. La hubiera llamado esbelta si hubiera sido una chica. Dijo:

—Baja el teléfono, Anita. Tengo que revisar tus heridas.

—Ya casi termino —dije.

—¿Qué? —dijo Zerbrowski.

—El doctor está aquí. Quiere que cuelgue el teléfono.

—Dime quién va a procesar tus órdenes y haz lo que dice el doctor. Tienes que estar curada para cuando hagamos la barbacoa en mi casa. Finalmente logré que mi mujer te permita llevar a ambos novios con los que vives. No me hagas perder toda esa persuasión.

Casi me reí, pero pensé que podría perjudicarme, así que me lo tragué. Esa especie de dolor, también.

—Haré mi mejor esfuerzo.

—Cuelga el teléfono, Anita —dijo el Dr. Chris otra vez.

—Ted Forrester tendrá las órdenes —dije.

—No sabía que estaba en la ciudad.

—Acaba de llegar aquí.

—Es curioso cómo todo se va al carajo cuando aparece en la ciudad.

—Sólo le llaman cuando todo se ha ido al infierno, Zerbrowski, estás invirtiendo causa y efecto.

—Si tú lo dices.

—Es un marshal federal, igual que yo.

Una mano cogió el teléfono de mi mano. El Dr. Chris era un licántropo, pero aún así… Debería por lo menos haberlo visto venir.

—Soy el médico de Anita… Tiene que irse ahora, voy a ponerle en contacto con otro marshal. Vosotros dos jugad limpio. Voy a hacer que la Sra. Blake vaya de noche a noche… —Vaciló y luego dijo—: Estará bien. Sí, garantizado. Ahora voy a atender a mi paciente. Le pasó el teléfono a Edward.

Edward puso su voz de chico-bueno Forrester.

—Sargento Zerbrowski, aquí Ted Forrester.

El Dr. Chris mandó a Edward más lejos, así que no pude oír lo que decía. Hizo girar la llave de la IV y dijo:

—Vas a dormir ahora, Sra. Blake. Confía en mí, disfrutarás el examen más de esa forma.

—Pero…

—Déjalo ir, Sra. Blake. Estás herida. Tienes que dejar a alguien más la caza de vampiros por hoy.

Empecé a decir algo, probablemente a discutir, pero nunca terminé la idea. En un minuto estaba mirando al doctor Chris, al próxima nada. El mundo hizo puf.



TREINTA Y CUATRO

Me desperté, lo cual era agradable. Parpadeé hacia un techo que había visto antes, pero no podía ubicar lo suficiente. No estaba en la última habitación que recordaba. Esta habitación estaba pintada de un blanco grisáceo, y había tubos en el techo. Tuberías… que deberían significar algo, pero todavía estaba un poco borroso en los bordes.

—Se está despertando, y le supliqué que viniera, y resistiera este trabajo con la paciencia de los cielos.

Sabía quién era antes de que diera un paso al lado de mi cama.

—Requiem. —Sonreí y le tendí mi mano derecha, la otra estaba llena de agujas. Alcanzarlo hizo que mi estómago doliera un poco, pero no era tan malo. Me hizo preguntarme cuánto tiempo había estado inconsciente, o que drogas estaban llegando a través del tubo IV. Requiem tomó mi mano entre las suyas y se inclinó sobre ellas para poner un beso en el dorso. Estaba feliz de verle. Mierda, estaba feliz de ver a cualquiera—. No

conozco la cita —dije.

—Palabras de un fraile sin valor —dijo.

—Lo siento, todavía es un poco borroso —dije.

Me llevó la mano debajo de su capa, contra su pecho. Sus ojos azules brillaban con los fluorescentes de arriba.

—Tal vez esto ayude: «Una paz melancólica traía esta mañana; el sol de la tristeza no muestra la cara. Vaya, por tanto, tener más que hablar de estos mosaicos tristes; algunos serán perdonados, y algunos castigados, pues nunca hubo una historia…

Terminé con él.

—… de más aflicción que esta de Julieta y su Romeo».

Él se echó a reír, y su rostro se transformó de una belleza fría a algo habitable, amable, más tangible.

—Deberías reír más a menudo, te transforma —dije.

La risa desapareció, como si las dos lágrimas de color rojizo que se deslizaban por la blanca perfección de sus mejillas le robaran la alegría, cuando caían por su rostro. En el momento en que las lágrimas se fundieron en la línea oscura de su barba, su cara tuvo la hermosura melancólica habitual.

Había estado feliz de tomar su mano. Feliz de tocar a alguien que me importara, pero había algo en el peso de ese océano azul y verde de su mirada que me hizo retirar la mano. Tenía otros amantes que me miraban de esa manera, pero la mirada de sus ojos era de un Requiem que no había ganado, o que no merecía nuestra relación. Era Requiem, no era una especie de comedia ligera de persona, no, era sin duda un amante de las tragedias.

—¿Dónde está Jean-Claude?

—¿Esperabas que estuviera junto a tu cama?

—Tal vez.

—Él y Asher están ocupados en otra parte, juntos. Fui dejado para atenderte mientras tenían cosas más importantes que hacer.

Le miré. ¿Era a propósito? ¿Estaba tratando de hacerme dudar de ellos? Casi había muerto, y aún estaba conectada a los tubos, a la mierda, preguntaría. ¿Estás implicando que están teniendo sexo juntos en alguna parte, y que eso es más importante para ellos que yo?

Bajó la mirada, creo que estaba tratando de ser tímido.

—Están fuera juntos, y me dejaron para atenderte. Creo que la situación

habla por sí misma.

—Realmente no debes tratar de jugar al tímido, Requiem. No eres bueno en eso.

Me dio el peso de la caída de sus ojos azules, con esa sombra de color verde nadando alrededor del iris. Ojos en los que podrías hundirte y nadar, o en los que podías ahogarte. De hecho, miré hacia abajo, en lugar de encontrarme con su mirada. Normalmente esto no era un problema, pero estaba herida, débil y no me gustaba su humor.

—Mi estrella de la noche, estás pensando demasiado. Alegrémonos de que vives, que todos vivimos.

Eso me dio otras preguntas, tal vez, ya que no eran sobre Jean-Claude, las respondería.

—¿Peter está bien?

Su cara se quedó en blanco, incluso la necesidad imperiosa en sus ojos desvaneciéndose.

—Está en una sala cercana.

—¿Está bien?

—Va a sanar.

—No me gusta cómo me lo estás diciendo, Requiem.

Oí abrirse la puerta cuando una voz masculina dijo:

—Dios, eres un hijo de puta sombrío. —Graham entró en la habitación.

Le observé buscando señales del *Harlequin* enredando su mente, por los signos de pánico de la adicción falsa. Tenía su misma habitual sonrisa. Bueno, la misma de siempre cuando no se sentía de mal humor por no follar con él.

—¿Ya llevas una cruz? —pregunté.

Sacó una cadena de su camisa, y en el extremo tenía un pequeño Buda. Le miré fijamente.

—¿Eres budista?

—Sí.

—Practicas la violencia, no puedes ser budista —dije.

—Aún que soy un mal budista, pero aún así fue la forma en que me crié, y realmente creo en el pequeño gordito.

—¿Funcionará si no estás siguiendo los principios de la fe que representa? —pregunté.

—Podría preguntarte lo mismo, Anita.

¿Tenía un punto, no?

—Bien, no te hubiera imaginado un budista.

—Tampoco mis padres, pero cuando Claudia nos dijo que obtuviéramos un elemento sagrado, me di cuenta de que no creía en el carpintero judío, nunca me planteé esa fe. —Sacudió el pequeño Buda hacia mí—. Creo en esto.

Di un pequeño asentimiento.

—Bueno, cualquier cosa que funcione.

Me sonrió.

—En primer lugar, Peter va a estar bien, pero sana a velocidad humana.

—¿Qué tan herido está?

—Tan herido como tú, pero no se cura rápidamente.

Graham se paró al lado de Requiem. Todavía tenía la camisa roja y el pantalón oscuro, pero de alguna manera no me molestaban ahora. Graham respondía a las preguntas mejor que Requiem. También parecía ser él mismo, mientras que el vampiro estaba siendo raro incluso para él.

Empecé a preguntar qué tan rápido estaba sanando, pero quería saber sobre Peter antes de hacer las preguntas acerca de mí. Me sentía increíblemente bien.

—Voy a preguntar otra vez, y quiero una respuesta directa. ¿Qué tan herido está Peter?

Graham suspiró.

—Tiene un montón de puntos, como que el-médico-perdió-la-cuenta-de los puntos. Estará bien, en serio, pero va a tener algunas cicatrices varoniles.

—Mierda —dije.

—Dile el resto —dijo Requiem.

Miré a Graham.

—Sí, dime el resto.

—Me ponía a ello. —Destelló una mirada poco amistosa hacia el vampiro.

Requiem asintió con una pequeña cabezada, casi un arco, y volvió a la cama.

—Entonces, llega a ello, Graham —dije.

—Los médicos le están ofreciendo la posibilidad de una nueva terapia anti-licantropía.

—¿Quieres decir que le ofrecen la inoculación?

—No, algo totalmente nuevo —dijo «nuevo» como si hubiera un mal

sabor en su boca.

—¿Qué tan nuevo?

St. Louis era una de sólo un puñado de ciudades que estaban experimentando con ella.

—No se puede experimentar en un niño menor de edad.

—¿Menor de edad? —Lo hizo una pregunta—. Creí que Peter tenía dieciocho años.

Mierda, pensé. Al parecer, Peter Black se sostenía firme con una identidad secreta.

—Si bien, quiero decir, mierda.

—Si tiene dieciocho años, entonces puede dar permiso para ello. —Graham me dirigió una mirada divertida cuando lo dijo, como si quisiera preguntar por qué no creía que Peter tenía dieciocho años, o tal vez él tampoco.

—¿Dar permiso a qué exactamente? —pregunté.

—Le están ofreciendo una vacuna.

—Como he dicho, Graham, han estado ofreciendo una vacuna contra la licantropía durante años.

—No es la que se utilizaba para ofrecer en la universidad. No desde que un mal lote volvió a muchos estudiantes universitarios de clase alta en bonitos monstruos hace unos diez años. —Lo dijo sin hacer referencia a Richard, que había sido uno de los estudiantes universitarios. Me pregunté si Graham no lo sabía. No era mi lugar para compartir, así que lo dejé pasar.

—La vacuna es un organismo muerto ahora, no vivo y coleando —dije.

—¿Lo conseguiste? —preguntó.

Tuve que sonreír.

—No.

—La mayoría de la gente no se ofrecerá para ello —dijo.

—Sí, hay un proyecto de ley vagando alrededor de Washington, DC, en este momento para forzar la inoculación contra la licantropía en los adolescentes.

Afirman que es seguro ahora.

—Sí, ellos lo dicen. —La cara de Graham decía lo mucho que creía en la «reivindicación».

Negué con la cabeza, me moví un poco en la cama, y encontré que el estómago me dio una punzada. Sin embargo estaba curada, aunque no

completamente todavía. Tomé una respiración profunda, la solté, y me obligué a no moverme mucho. Así, eso estaba mejor.

—Pero Peter ya ha sido atacado. La inoculación sólo es eficaz antes de un ataque.

—Quieren darle una inyección viva.

—¿Qué? —dije, y fue casi un grito.

—Sí —dijo Graham.

—Pero eso le dará lo que la licantropía es en una inyección.

—No, si ya tiene la licantropía tigre —dijo Graham.

—¿Qué?

—Al parecer, hubo algunas personas que fueron atacadas por más de una bestia en una sola noche. Las cepas diferentes se anulan mutuamente. Quedaron limpios y humanos por completo.

—Pero no están totalmente seguros de que obtendrá la licantropía tigre —dije—. No, la mayoría de las cepas felinas son más difíciles de atrapar que las caninas.

—No pueden hacer de forma fiable la prueba de la licantropía de la base de gato en por lo menos setenta y dos horas. Si le ponen la inyección y no se convierte en tigre, entonces será lo que la vacuna es —dije.

—Y ahí es donde radica el problema —dijo Graham.

—En eso —dijo el Requiem, su voz suavemente burlona.

Graham le lanzó otra mirada hostil.

—Trato de mejorar mi vocabulario y te burlas de mí, ¿qué tipo de estímulo es ese?

Requiem hizo una reverencia, elegante, con una mano barriendo hacia el exterior. Esa mano siempre parecía clamar por un sombrero con una pluma, como si el gesto fuera sólo a medias sin la ropa adecuada. Se puso de pie.

—Pido perdón, Graham, porque tienes toda la razón. Me gustaría animarte en tus mejoras. Fue grosero de mi parte, y me disculpo.

—¿Por qué es que cuando te disculpas, no pareces sentirlo? —preguntó Graham.

—Volvamos al problema principal, chicos —dije—. ¿Qué pasa con Peter?

—Ted Forrester, marshal federal —lo dijo en la forma en que diría «Superman, el Hombre de Acero»—, está con él, parece que le ayudó a elegir.

—Pero puede estar bien, y la inyección le garantizaría lo mismo que no quieren que suceda.

Graham se encogió de hombros.

—Como he dicho, es algo nuevo.

—Es algo experimental —dije.

Asintió.

—Eso, también.

—¿Qué tipo de licantropía tiene la inyección? —pregunté.

—No quieren decirlo, pero es probablemente una de las licantropías base de gato, y no va a ser tigre.

—Esperemos que no —dije—. Hacen las vacunas en lotes grandes. ¿Están seguros de qué tipo de gatos tienen en la inyección?

Graham me miró como si eso no se le hubiera ocurrido.

—¿Estás diciendo que le darían dos veces el tigre? Quiero decir, que no funcionaría en absoluto. Eso garantizaría que sería tigre.

—Sí. ¿Alguien les preguntó qué sabor de gatito tiene? —La mirada en el rostro de Graham decía que nadie había pensado en preguntar. Miré a Requiem.

—He estado en la asistencia al lado de tu cama. No he visto al chico.

—Graham, ve a preguntar, y asegúrate de que Ted sabe lo que yo querría saber.

Graham en realidad no discutió. Se limitó a asentir y se fue hacia la puerta.

Bien. Porque sabía dónde estaba ahora. Estaba en el sótano de lo que solía ser un hospital, pero los niveles más bajos se habían convertido en un lugar donde se mantenía a los cadáveres de los que se sospechaba vampiros si creías que no llegarías a ellos antes de caer la noche, y donde se mantenían a las víctimas de licantropía o cambiaformas heridos por sí mismos hasta que estuvieran lo suficientemente bien como para irse. O bien, podría forzarlos a una de las prisiones, o, «casas de seguridad» del gobierno. La ACLU estaba a punto de ser oído por el Supremo Tribunal de cuántos derechos constitucionales eran violados en las «casas seguras». La admisión era voluntaria, si tenías dieciocho años o más, de todos modos. Les dijeron a los cambiaformas que los soltarían, una vez que hubieran aprendido a controlar a sus animales, pero de alguna manera la gente entraba y nunca salía. La mayoría de los hospitales tenía una sala de aislamiento para los cambiaformas y vampiros lesionados, pero este era el

lugar al que los enviaban, si realmente estuvieran preocupados. ¿Cómo diablos terminamos aquí?

—Requiem —dije.

Vino al lado de la cama, su capa con capucha nuevamente estaba apretada a su alrededor. Sólo una mirada pálida de la cara era visible.

—¿Sí, mi estrella de la noche?

—¿Por qué me pareces más y más sarcástico cuando lo dices?

Parpadeó para que los ojos azules vivos estuvieran protegidos por un momento.

—Me esforzaré para decirlo como si lo dijera en serio, mi estrella de la noche. —Esta vez fue suave y romántica. Eso no me gustó. Sin embargo, no lo dije en voz alta. Me quejaría después, cuando me diera cuenta de cómo conseguir un uso de ello.

—Te pregunté una vez dónde está Jean-Claude, ahora voy a volver a preguntar ¿Dónde está y qué está haciendo?

—¿No le sientes?

Pensé en ello y sacudí la cabeza.

—No, no puedo. —Un chorro de miedo me recorrió el cuerpo como el champán fino. Debía de haberse mostrado en mi cara porque Requiem me tocó el brazo—. Está bien, pero está blindado fuertemente para evitar que el *Harlequin* le lea, o a ti, o al rey lobo.

—Así que había más que dos en la ciudad —dije.

—¿Por qué asumiste que sólo eran dos?

—Es todo lo que vi —dije.

—¿Ver cómo?

Una vez más, no me gustó la pregunta y cómo la pidió.

—¿Importa?

—Tal vez no, pero sí, Jean-Claude ha detectado más de dos justo en su ciudad.

—Estoy impresionada de que Jean-Claude pueda mantenerlos fuera de todos nosotros —dije.

Requiem apretó la mano en mi brazo.

—Como todos. —Movió su mano hacia atrás, y desapareció bajo el manto negro otra vez.

—Dime lo que me he perdido desde el final de las cosas de vampiro. Espera, ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Es la noche del día que te lesionaste. Has estado inconsciente, como

dices, durante sólo unas pocas horas.

—¿Un par de horas, no días? —pregunté.

—No.

Me toqué el estómago, y no me dolió de la forma en que debería hacerlo. Comencé a levantar la bata de hospital que llevaba. Dudé, mirando al hombre. Era mi amante, pero… siempre había algo en Requiem que me hacía sentir menos que perfectamente cómoda con él. Con Micah, Nathaniel, Jean-Claude, Asher, incluso Jason, habría simplemente visto la herida. Con Richard, tal vez no lo habría hecho. Pero Requiem me hacía dudar por diferentes razones.

—Mira tu herida, Anita. No voy a violarte a la vista de tu desnudez. —Parecía como si lo hubiera insultado. Desde que era un viejo vampiro, podía saber que mucha emoción en su voz significaba una de dos cosas: o que me permitía escuchar la emoción, o que estaba tan molesto que no podía controlarse.

Comprometida. Levanté la bata y mantuve la sábana sobre mis extremidades inferiores.

—No soy un animal, Anita, puedo soportar tu desnudez sin ser afectado. —La ira y el desprecio eran tan gruesas en su voz que supe que era falta de control.

—Nunca dudo de tu control, Requiem, pero no hay manera de estar desnuda frente a ti y que sea casual. Sólo tengo que mirar mi cuerpo y ver lo que está mal y que está bien con la herida. No quiero hacer una gran cosa de ello, o un acuerdo romántico fuera de esto.

—¿No sería una gran cosa si Jean-Claude estuviera aquí en mi lugar?

—Jean-Claude se concentraría en el asunto y se preocuparía sobre el romance más tarde.

—¿Eso es frío?

—Eso es práctico —dije—. Me gusta en un hombre.

—Sé que no te gusta, mi estrella de la noche. —Una vez más la emoción era espesa sobre el terreno.

Hice lo único que podía: no le hizo caso. Una vez que vi mi estómago no fue tan difícil ignorarlo. Tenía cicatrices rosadas donde me había desgarrado.

Parecían con semanas de curación. Pasé mis manos sobre la piel, y se sentía más lisa, casi como si el brillo de la misma pudiera ser una textura.

—¿Cuántas horas? —pregunté.

—Ahora son las nueve de la noche.

—Diez horas —dije suavemente, como si no lo creyera.

—Sobre eso, sí.

—¿Toda esta curación en diez horas?

—Parece que sí —dijo. Todavía había un hilo de ira en su voz, pero era menos.

—¿Cómo?

—Debería citarte: —Hay más cosas en el Cielo y la Tierra, Horacio, que las soñadas en tu filosofía." ¿O debería decir simplemente que no lo sé?

—El «no lo sé» estaría bien, pero al menos sé que estás citando a Hamlet. Ahora dime, ¿qué ocurrió mientras dormía?

Se deslizó de la cama, una leve sonrisa curvó sus labios.

—Tus amigos mataron a un miembro del *Harlequin* mientras dormía. Aunque el alto, Olaf, u Otto, se quejó de que estaba muerta cuando llegaron. Quería que se retorciera cuando le cortara.

Me estremecí y puse mi bata de nuevo en su lugar. Traté de ignorar todo el asunto espeluznante de Olaf y concentrarme en los negocios.

—Debería haber dos miembros muertos.

—Lo admites —dijo—. Admites que enviaste a matar a los miembros del *Harlequin*.

—Admitirlo, demonios, sí.

—Jean-Claude está bloqueado en discusiones con el Consejo, incluso ahora, de si el *Harlequin* está en su derecho a matarnos a todos por lo que has hecho.

—Si nos dan un antifaz negro en primer lugar, pero si ellos matan, no en defensa propia, entonces es una sentencia de muerte para ellos.

—¿Quién te dijo eso?

Debatí sobre la conveniencia de admitirlo, pero finalmente me encogí de hombros y dije:

—Belle Morte.

—¿Cuándo estuvo nuestra Bella Muerte hablado contigo?

—Vino a mí en una visión.

—¿Cuándo?

—Cuando los tres estábamos muriéndonos. Me ayudó a alimentar la energía suficiente para volver y mantenernos a todos vivos.

—¿Por qué iba a ayudar a Jean-Claude?

Si hubiera sido Jean-Claude, le hubiera dicho la verdad, toda, pero no

era así.

Era Requiem, era su habitual y extraño ser. No estaba segura de que Belle quisiera que sus razones fueran parloteadas alrededor.

—¿Por qué Belle hace algo?

—Estás mintiendo. Te dijo su razón.

Genial, sabía que estaba mintiendo.

—El cambiaformas dice que no huele cuando estoy mintiendo, mi ritmo de respiración ni siquiera cambió.

—No estoy oliendo o escuchando a tu cuerpo, Anita. Tan sólo me parece una mentira. ¿Por qué no me dices la verdad?

—Se la diré a Jean-Claude, y si él dice que está bien contárselo a todos, entonces lo haré.

—Así que me mantendrás secretos.

—Ya sabes, Requiem, tenemos un montón de mierda mala ocurriendo, y pareces más interesado en tus propios sentimientos heridos que en las cosas de vida o muerte.

Él asintió.

—Esa noche me siento en bruto, sin hacer. Me he sentido así desde antes, en la oficina de Jean-Claude.

—Estaban jugando con nosotros entonces —dije.

—Pero no hay un objeto sagrado que me pueda poner, mi estrella de la noche, no hay refugio que pueda tomar de lo que el *Harlequin* ha hecho en mí.

—¿Están jugando contigo ahora?

—No, pero me mostraron algunas verdades acerca de mí mismo, y me parece que no puedo ignorar lo que he aprendido.

—No suenas como tú, Requiem.

—¿No lo hago? —dijo, y de nuevo hubo también mucha emoción en su voz. Quería que Graham volviera aquí, o alguien estuviera aquí de nuevo. Requiem pensaba que no estaban jugando con su cabeza, pero estaba apostando a que el *Harlequin* estaba jugando al Scrabble con sus pensamientos en este momento.

Se desabrochó la capa y la arrojó hacia atrás sobre el suelo. Le había visto hacer un gesto similar en el escenario de Placeres Prohibidos cerca del final de su acto de striptease. Estaba completamente vestido en un elegante conjunto de pantalón gris y una camisa que era de un azul aciano claro que volvía sus ojos tan azules como podría ser. Había mirado en un

montón de ojos azules, pero ninguno era igual al suyo. Era un azul sorprendente, un color que había hecho que Belle Morte tratara de tomarlo y añadirlo a su colección de amantes de ojos azules. Arrojó su largo pelo lacio negro detrás de sus hombros.

—No me habría ido de tu lado por ningún asunto, mi estrella. Si me amaras como te amo, nada sería más importante para mí que tú.

Llamé:

—¡Graham! —No fue un grito, pero estaba cerca de serlo. ¿Tenía miedo? Un poco. Tal vez podría utilizar la nigromancia para sacar al *Harlequin* de Requiem, pero la última vez que lo había intentado casi me maté a mí misma. Me gustaría sanar de un ataque antes que lastimarme de nuevo, egoísta, pero así era.

La puerta se abrió, pero no fue Graham. Ni siquiera era Edward. Era Dolph, el teniente Rudolph Storr, director del Equipo Regional de Investigación Preternatural, quien sentía un odio paranoico por todas las cosas monstruosas. Mierda.



TREINTA Y CINCO

Requiem ni siquiera se dio la vuelta. Sólo dijo:

—Déjanos. —Pero lo dijo en esa —voz, la voz montada en energía que algunos vampiros tienen. Esa voz que se supone hechiza y desconcierta.

Vi la llama de la cruz de Dolph alrededor de su cuello. Hizo un halo alrededor del cuerpo de Requiem. Pude ver a Dolph sobre la cabeza de Requiem, porque medía ocho pulgadas más que el vampiro de seis pies de altura. No me gustó la mirada en el rostro de Dolph.

—Es mi amigo, Dolph, pero los chicos malos le han hechizado. —Mi voz tenía más miedo ahora de lo que tenía cuando llamé a Graham. La mirada en el rostro de Dolph me hizo temer.

—Un vampiro no puede hechizar a otro —dijo Dolph. Vi sus brazos moverse, y sabía antes de trasladarse alrededor del cuerpo del vampiro que había sacado su pistola. Se movió de modo que si tenía que disparar, no me pusiera en peligro. Su cruz se quedó en una luz blanca fija, no demasiado

brillante, después de todo, el vampiro que estaba siendo malo no estaba en realidad en la habitación.

—Estos vampiros pueden, te lo juro, Dolph. Requiem está siendo controlado por uno de los chicos malos.

—¿Es eso lo que me está pasando? —preguntó Requiem, se vio confundido.

—Es un vampiro, Anita, es un tipo malo.

—Ellos te lavaron el cerebro, Requiem —dije, y le tendí mi mano.

—No la toques —dijo Dolph, levantó su pistola y apuntó.

Requiem cerró la mano sobre la mía, su piel estaba fría al tacto, como si no hubiera comido. Pero acababa de comer, había sentido su poder.

—Si le disparas ahora, como está, es asesinato, Dolph. No ha hecho nada malo. Respiré mi propio poder, mi nigromancia, y traté de «mirar» a Requiem, suavemente. Si hubiera una repetición de ser lanzada por la habitación por la metafísica, tenía miedo de que Dolph culpara a Requiem y le disparara.

—Eres la que me enseñó que si se iluminaba mi cruz, estaban jugando conmigo.

—Están jugando contigo, y con Requiem. Están enredándoos a ambos.

—Todavía llevo una cruz, Anita; mi mente es mía, también me enseñaste eso. ¿O se te olvidó todo lo relacionado con la caza de monstruos cuando empezaron a follarte?

Tenía mucho miedo para sentirme insultada.

—Escúchate Dolph, por favor. Están jugando con tus pensamientos. —Remonté mi poder sobre Requiem, cepillando tan delicadamente el poder como no lo había intentado nunca. Sentí el poder, y conocía el sabor del mismo. Era Mercia. Si todos sobrevivían, me gustaría preguntar cómo Edward se las arregló para perderla. Pero era como perseguir un fantasma, su poder se retiró ante el mío. Sólo lo entregó y se fue. Tal vez no quería arriesgarse a otro golpe de gracia metafísico.

Requiem se balanceó, agarrando el riel, y mi mano, para no caer.

—¡Aléjate de ella, ahora! —dijo Dolph.

—El vampiro malo se ha ido, Dolph —dije.

Requiem dijo:

—Dame un momento más y haré lo que me pides, oficial. Estoy bien. —Mantuvo la cara alejada de la cruz que aún estaba brillando suave y constante. No era brillante a causa de Requiem.

Edward se acercó lentamente a través de la puerta. Olaf se alzaba detrás de él.

—Eh, teniente, ¿qué está pasando?

—Este vampiro está tratando de joderme la mente. —La voz de Dolph era baja, e incluso con un hilo de ira como un fusible en espera para ser encendido. Tenía una posición de tiro a dos manos, el arma parecía extrañamente pequeña en sus manos.

—Anita —llamó Edward.

—Requiem ahora está bien. Los vampiros malos estaban jugando con él, pero se acabó.

—Teniente Storr, no tenemos una orden de ejecución para este vampiro. Mátelo ahora y es asesinato. —La voz de Edward era la mejor de chico bueno, de disculpa, lo que implicaba de alguna manera en el tono, que pensaba que era una lástima, también, que no pudieran matar a todos los vampiros, pero caramba, simplemente no funcionaba de esa manera.

Edward y Olaf entraron en la habitación. Edward no había buscado un arma. Ya existían demasiadas armas en esta habitación. Tuve una idea.

—Dolph, este vampiro se metió conmigo mientras llevaba una cruz. Ella hace que tus sentimientos sean más fuertes. Odias a los vampiros, y ella se está alimentando de ese sentimiento. Requiem tiene celos de Jean-Claude, y estaba dando de comer eso.

—No hay nada mal en mí —dijo Dolph.

—Estás a punto de disparar a un civil desarmado —dijo Edward, en su voz de chico bueno—. ¿Es eso algo bueno, teniente, o malo?

Dolph frunció el ceño, y la punta de la pistola vaciló.

—No es un civil.

—Bueno, ahora —dijo Edward—. Estoy de acuerdo contigo, pero legalmente es un ciudadano con derechos. Si lo matas, te levantarán cargos. Si vas a caer por matar a uno de ellos, ¿por qué no uno que en realidad esté violando la ley? Pierde tu insignia salvando a un humano inocente de una sanguijuela a punto de masticar sobre él. Eso sería satisfactorio. —El acento poco exigente de Edward crecía más grueso mientras hablaba. También fue más fácil en la habitación. Hizo un gesto a Olaf para que permaneciera cerca de la puerta, luego se acercó mucho a Dolph.

Dolph no parecía darse cuenta. Se quedó allí, con el ceño fruncido, como si estuviera escuchando cosas que no podía oír. Su cruz mantenía una luz blanca fija. Sacudió la cabeza como si tratara de ahuyentar algo que

zumbaba. Su arma apuntaba al suelo, y miró hacia arriba. La cruz redujo su intensidad, pero nunca había tenido la luz que debería tener para este tipo de ataque. Era casi como si los poderes de Mercia independientemente de cuáles fueran, de alguna manera no hacían destellar los objetos sagrados tanto como deberían haberlo hecho. Dolph miró primero a Edward.

—Estoy bien ahora, marshal Forrester.

Edward, con la cara sonriente de Ted, dijo:

—Si no te importa, teniente, me sentiría mejor si salieras de la habitación.

Dolph asintió, luego, puso el seguro a su pistola y se la entregó primero a Edward. Edward dejó que la sorpresa se mostrara en su rostro. No traté de ocultar la conmoción que sentí. Ningún policía rinde voluntariamente su arma, y menos aún Dolph. Edward tomó la pistola.

—¿Todavía no te sientes bien, teniente Storr?

—Estoy bien en este momento, pero si este vampiro pudo conseguirme más allá de mi cruz una vez, puede volver a hacerlo. Estuve a punto de dispararle. —Señaló con el pulgar en la dirección de Requiem—. Quiero hablar con la marshal Blake, a solas.

Edward mostró todas las dudas sobre su rostro, y dijo:

—No estoy tan seguro de que sea una buena idea, teniente.

Dolph me miró.

—Tenemos que hablar.

—No a solas —dijo el Requiem.

Dolph ni siquiera le miró, mantuvo sus ojos oscuros, enfadados en mí.

—Anita.

—Dolph, el vampiro malo me quiere muerta. Incluso desarmado eres más musculoso que yo. Prefiero tener compañía para la charla.

Señaló con el dedo a Requiem.

—Él no.

—Muy bien, pero alguien.

Miró a Edward.

—Usted parece sentirse como yo con ellos.

—No son mi cosa favorita —dijo Edward, y el buen chico estaba empezando a deshilacharse en los bordes.

—Muy bien, te quedas. —Miró a Olaf y a la gente en el pasillo más allá —. Sólo los marshals.

Edward dijo algo en voz baja a Olaf, quien asintió con la cabeza.

Comenzó a cerrar la puerta.

Dolph dijo:

—No, el vampiro se va, también.

—Su nombre es Requiem —dije.

Requiem me apretó la mano y me dio una de sus raras sonrisas.

—No tomo ninguna ofensa, mi estrella de la noche, odia lo que soy, muchas personas lo hacen. —Levantó mi mano y le dio un beso, y luego recogió su capa del suelo y se dirigió hacia la puerta.

Se detuvo cerca de la puerta y de Edward, lejos de Dolph, pero se volvió hacia el hombre grande.

—A oscuras escucho y por mucho tiempo he estado medio enamorado de la confortable muerte, le he llamado por nombres suaves en muchos versos meditados.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Dolph, su voz se había vuelto fría.

—No es a ti —dije—. No creo que te esté amenazando.

—Entonces, ¿qué quiso decir con eso?

—Está citando a Keats. Oda a un ruiseñor, creo —dije.

Requiem me miró y asintió, lo que era casi un arco. Me miró, y había demasiada intensidad en esa mirada. Lo reconocí, pero me costó.

—No me importa lo que está citando, Anita. Quiero saber qué quería decir con eso.

—Lo que significa —dije, encontré la mirada fija azul de los ojos azules de Requiem—, es una suposición, que medio deseaba que apretaras el gatillo.

Requiem se inclinó entonces, con un movimiento de caída de barrido con su capa, como parte del teatro de la misma. Fue un espectáculo hermoso, elegante del cuerpo, el pelo, y todo él. Pero hizo un nudo en mi garganta, y mi estómago saltó. A mi estómago no le gustó, e hice una mueca.

Requiem subió su capa, colocó la capucha alrededor de su cara. Me dio toda la fuerza de ese hermoso rostro, los ojos y dijo:

—Vi pálidos reyes y príncipes también, guerreros pálidos, muertos pálidos eran todos; ellos gritaron: ¡*La Belle Dame sans Merci* te tiene esclavizado!

Dolph me miró entonces, luego de nuevo al vampiro. Requiem se deslizó por la puerta todo manto negro y melancolía. Dolph me devolvió la

mirada.

—No creo que le gustes mucho.

—No creo que ese sea el problema —dije.

—Quiere elegir las cortinas —dijo Edward de donde estaba encorvado al lado de la puerta. Sólo se encorvaba cuando estaba haciéndose pasar por Ted Forrester.

—Algo así —dije.

—¿Follas con él? —preguntó Dolph.

Le di la mirada que la pregunta merecía.

—Eso no es tu maldito asunto.

—Eso es un sí —dijo, y su rostro estaba tomando esa mirada, esa mirada de desaprobación.

Le fulminé con la mirada, aunque francamente es difícil fulminar desde una cama de hospital conectada a tubos. Siempre te hace sentir tan vulnerable. Es difícil ser duro cuando te sientes débil.

—Dije lo que quise decir, Dolph.

—Sólo te pones a la defensiva cuando la respuesta es sí —dijo. La mirada de desaprobación se deslizó en una mirada de enfado.

—Mi respuesta siempre es a la defensiva cuando alguien me pregunta si me estoy tirando a alguien. Prueba preguntando si estoy saliendo con él, o demonios, incluso si es mi amante. Trata de ser cortés al respecto. Todavía no es asunto tuyo, pero puede ocurrir, podría responder a la pregunta si no estuvieras asqueado por eso.

Tomó tanto aire que su pecho era un montón, y lo dejó escapar lentamente. Olaf era más alto, pero Dolph era más grande, más robusto, construido como un luchador de estilo antiguo antes de que todos se hubieran ido al culturismo pesado. En realidad cerró los ojos y tomó otro aliento. Dejó que saliera y asintió.

—Tienes razón. Tienes razón.

—Me alegra saberlo —dije.

—¿Estás saliendo con él?

—Lo estoy viendo, sí.

—¿Qué haces teniendo citas con un vampiro? —Parecía ser una pregunta real, o tal vez sólo estaba tratando de compensar ser un cabrón.

—Más o menos lo que haces en una cita con cualquier hombre, excepto que los chupetones son realmente espectaculares.

Le tomó un segundo, y entonces me miró. Trató de fruncir el ceño, y

luego se echó a reír y sacudió la cabeza.

—No me gusta que te cites con los monstruos. No me gusta que te los folles. Creo que te compromete, Anita. Creo que tienes que elegir dónde se encuentran tus lealtades, y no creo que los simples seres humanos siempre ganen el lanzamiento de la moneda.

Asentí y encontré que no me dolía el estómago al hacerlo. ¿Y si hubiera sanado más en lo poco que habíamos estado hablando?

—Siento que así sea cómo te sientes.

—¿No vas a negarlo?

—No voy a reaccionar toda enfadada y a la defensiva. Estás siendo razonable con tus sentimientos, así que voy a ser razonable también. No soy injusta con los humanos, Dolph. Hago mucho para asegurarme que los ciudadanos de nuestra ciudad permanezcan de pie y móviles, los vivos y los muertos y los peludos, y no tan peludos.

—He oído que sigues saliendo que el maestro de secundaria, Richard Zeeman.

—Sí. —Lo dije con cuidado, tratando de no actuar tensa al respecto. Que yo sepa, la policía no sabía que Richard era un hombre lobo. ¿Su identidad secreta estaba a punto de ser revelada? Me froté la mano sobre el estómago para dar a mis ojos algún otro lugar para mirar y esperar que cualquier tensión en mi cuerpo se atribuyera a las heridas. Esperaba.

—Te pregunté una vez si estabas saliendo con cualquier ser humano, y dijiste que no.

Luché para no parecer demasiado relajada o tensa también. Era el mundo de Richard el que estaba en juego.

—Probablemente me preguntaste durante una de nuestras muchas rupturas. Estamos dentro y fuera mucho.

—¿Por qué?

—¿Por qué todas las preguntas sobre mi vida amorosa? Tenemos un vampiro peligroso que hay que coger.

—Para matar —dijo.

Asentí.

—Para matar, ¿por qué todas las preguntas sobre con quién estoy saliendo?

—¿Por qué no quieres contestar preguntas sobre el señor Zeeman?

Estábamos en un terreno peligroso. Dolph odiaba a los monstruos, todos los monstruos. Su hijo estaba comprometido con una vampiro, y

estaba tratando de convencer al hijo para unirse a ella como muerto viviente. Esto había hecho que la actitud de Dolph hacia los ciudadanos sobrenaturales fueran de cínica y oscura a francamente peligrosa. ¿Sabía lo de Richard, o lo sospechaba?

—A decir verdad, Richard fue con quien pensé que pasaría mi vida, y el hecho de que parece que nos estamos dirigiendo a la gran ruptura todavía me duele, ¿de acuerdo?

Me dio una mirada de policía, como si estuviera degustando la verdad y sopesando la mentira.

—¿Qué ha cambiado?

Pensé en cómo responder a eso. La primera vez que había roto había sido después de ver a Richard comerse a alguien. Había sido un chico malo, pero aún así, una chica tiene que tener sus normas. O eso es lo que pensaba en ese momento. ¿Si tuviera que hacerlo otra vez, habría hecho una elección diferente? Tal vez.

Dolph estaba al lado de la cama.

—Anita, ¿qué ha cambiado?

—Yo —dije en voz baja—, he cambiado. Rompimos, y empecé a salir con Jean-Claude. Iba y venía entre ellos durante un tiempo, y, finalmente, Richard no pudo soportar mi indecisión. Así que decidió por nosotros, por mí. Si yo no podía elegir, tomaría una de mis opciones.

—No quiso compartir.

—No.

—Pero estáis saliendo de nuevo ahora.

—A veces. —No me gustaba cómo iba esta conversación.

A Edward no debía gustarle tampoco, porque interrumpió.

—No es que esto no sea fascinante, teniente, pero todavía tenemos a un vampiro muy poderoso ahí. Ha matado, o ayudó a matar, por lo menos a dos mujeres que conocemos: Bev Leve, y Margaret Ross. —Creo que utilizó sus nombres para que fueran más reales para Dolph, los nombres tienden a hacer eso—. ¿No deberíamos concentrarnos en la captura de los vampiros malos, en lugar de interrogar al marshal aquí acerca de sus citas? —Lo dijo todo con una sonrisa y una cara llena de encanto poco exigente. Nunca sería el actor que era Edward, pero maldita sea, había momentos en que ojalá hubiera podido serlo.

—¿Cómo te las has arreglado para no atrapar a los dos vampiros en la habitación del hotel? —pregunté. Tal vez si nos concentrábamos en detener

al criminal, Dolph dejaría ir el otro tema.

Edward hizo su mirada «au, mierda», como si estuviera avergonzado. La reacción no era suya, pero tal vez la emoción lo fuera, era muy raro que Edward perdiera el objetivo. Vino a ponerse de pie a la cabecera de la cama.

Uno, así podía verlo al alrededor de la amplia constitución de Dolph, dos, creo que así Dolph no sería capaz de controlar mis reacciones tan condenadamente cerca.

—Cuando llegamos a la habitación del hotel sólo había un vampiro en la habitación. Estaba muerta cuando llegamos allí, pero la decapitamos y sacamos el corazón, como se supone. Sé que muerto no siempre significa muerto para estos chicos.

—Esa debía ser Nivia.

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó Dolph.

Abrí la boca, la cerré, y dije:

—Un informante.

—¿Quién, Anita? —dijo.

Negué con la cabeza.

—No preguntes, y no tendré que mentirte.

—Hay alguien que sabe más acerca de estos asesinos, y no le traes para que todos podamos hacerle preguntas. Tú, y sólo tú, llegas a hacer el interrogatorio.

—No es así.

—Eres buena en tu trabajo, Anita, pero no eres un policía mejor que yo, o que Zerbrowski.

—Nunca dije que lo fuera.

—Pero nos excluyes. Nos ocultas información.

—Sí, al igual que me la ocultáis. Sé que no me llamáis todo el tiempo. No confías en mí.

—¿Confías en mí? —preguntó.

—Confío en ti, Dolph, pero no confío en tu odio.

—Yo no te odio, Anita.

—No, pero odias a algunas de las personas que amo, y eso lo hace difícil, Dolph.

—Nunca he hecho daño a ninguno de tus novios.

—No, pero los odias, los odias sólo por ser lo que son, quiénes son. Eres como un racista de los viejos tiempos, Dolph. Tu odio te ciega.

Bajó la mirada, volvió a respirar profundo.

—He estado en el loquero de la compañía. Estoy tratando de llegar a un acuerdo con… —Miró a Edward, que parecía inocente detrás de él.

—Su familia —acabé para él por lo que no tendría que entrar en detalles.

Él asintió.

—Me alegro, Dolph, de verdad. Lucille ha estado… —Me encogí de hombros. ¿Qué iba a decir, que su esposa, Lucille, había estado frenética, con miedo por él y de él? Su rabia había destrozado una o dos habitaciones de su casa, al igual que había hecho a una sala de interrogatorios conmigo en ella, una vez. Me había maltratado en la escena de un crimen. Dolph estaba a punto de perder su placa, si no conseguía un asidero.

—Ella dijo que has sido de gran ayuda al respecto. Para ella.

Asentí. Si Edward no hubiera estado en la habitación, hubiera dicho como la novia de tu hijo.

—Me alegro de poder ayudar.

—Nunca voy a estar de acuerdo contigo para que salgas con los monstruos.

—Eso está bien, siempre y cuando no dejes que llueva en toda la cuestión policial.

—Muy bien, asunto policial. —Miró a Edward, luego, metió la mano en su chaqueta y sacó su cuaderno de notas—. ¿Qué mató al vampiro en la habitación del hotel?

—Cuando su animal para llamar muere, el maestro no lo sobrevive. Sucede a veces: Uno muere y mueren todos.

—La policía ha matado a hombres animales que custodiaban guaridas de vampiros, y el maestro vampiro no murió.

—La mayoría de vampiros maestros tiene un animal que pueden controlar, pero la frase «un animal para llamar» significa que es el equivalente peludo a un siervo humano.

—¿Un ser humano que está ayudando a un vampiro a causa de los trucos mentales? —Lo hizo una pregunta.

—Lo pensé una vez, también, pero un sirviente humano es más que eso. Es un ser humano con una conexión sobrenatural, una conexión metafísica con el vampiro. A veces, el vampiro sobrevive a la muerte de su siervo, pero el siervo no suele sobrevivir a la muerte del vampiro. También he visto al cuerpo sobrevivir, pero el sirviente humano enloquece por la

muerte del maestro. Pero esta mujer tigre tenía una capacidad de curación que no debería haber tenido. Era casi como si tuviera lo mejor de los dos mundos en la curación. La curación de la licantropía, y la capacidad para reírse de las balas como los vampiros putrefactos, incluso balas de plata.

—Pensé que acababas de despertar —dijo Dolph.

—Lo hice.

—¿Cómo sabes que era putrefacto?

—No lo sé, pero su animal curaba como un vampiro putrefacto, por lo que supuse que era uno de ellos. Pero incluso si lo era, su animal para llamar no debería tener un lazo tan estrecho con los poderes del vampiro. Es inusual, muy raro, como si el lazo entre amo y sirviente estuviera más cerca incluso de lo normal.

—Ella comenzó a pudrirse tan pronto como la decapitamos —dijo Edward.

—Ol… Otto debe haber estado decepcionado —dije.

—Lo estaba, pero al menos no huelen como se ven. ¿Por qué es así? —preguntó Edward—. No me quejo ¿sabes?, pero ¿por qué no huele como un cadáver putrefacto?

—No lo sé, creo que tal vez porque no están realmente podridos. Es como si, los vampiros, llegaran a un cierto grado de descomposición, y luego se detuvieran. El olor es por la descomposición. Si el vampiro no está en realidad podrido, entonces no hay descomposición, por lo que no hay olor. —Me encogí de hombros—. A decir verdad, eso es sólo teoría. No lo sé a ciencia cierta. No creo haber visto más que un puñado de ellos. No parece ser un tipo común de vampiro, al menos no en este país.

—Todos los cadáveres se descomponen, Anita —dijo Dolph.

—No —dije, y me miró a los ojos muy bien—, no, no lo hacen. La mayoría de los vampiros, si alguna vez los ves así de podridos, con ese aspecto, están bien y realmente muertos. Pero, la especie de los podridos en realidad pueden pudrirse a tu alrededor, luego curarse a sí mismos. Pueden ir desde el aspecto de los muertos vivientes a verse normales.

—Normal —dijo Dolph, y emitió un sonido.

—Tan normales como comenzaron —dije. Me volví hacia Edward—. ¿Sabemos a dónde fue el otro vampiro?

Dolph respondió:

—Sabemos que un hombre blanco, al final de sus veinte años, o a principios de sus treinta, pelo castaño, corto, pantalones vaqueros, chaqueta

de mezclilla, llevó una gran bolsa de lona hacia su coche y se alejó, mientras que dos uniformados le vieron.

—Le vieron —dije.

—Los civiles que vieron el incidente, dijeron que el hombre dijo a los oficiales… —Dolph retrocedió algunas páginas a través de su cuaderno de notas, a continuación, leyó—… Van a dejarme ir a mi coche, ¿no? Los policías respondieron: «Sí, lo haremos».

—Mierda, hizo un Obi-Wan —dije.

—¿Qué? —dijeron Edward y Dolph juntos.

—Ya sabéis, de Star Wars, «Estos no son los droides que estás buscando».

Edward sonrió.

—Sí, mientras que Otto y yo estábamos descuartizando al otro vampiro, el hombre hizo un Obi-Wan.

—Tuvo que hacerlo a varios oficiales, o alguna versión de ello —dijo Dolph. En el momento en que se alejó había policías por todas partes en ese hotel. Pensé que la luz del día no era buena para los vampiros.

—Creo que el vampiro estaba en la bolsa de lona. Creo, y sólo es una conjetura, que así como la mujer tigre compartía la capacidad de curación de su maestro, el siervo humano de este otro comparte sus poderes mentales. Nunca he oído hablar de nada parecido, pero tiene sentido. Si pienso en otra teoría que tenga más sentido, te lo haré saber.

—¿Cómo sabías que estaría en el hotel, Anita? —preguntó Dolph.

—Ya te dije, un informante.

—¿El informante era un vampiro?

—No —dije.

—No —dijo.

—No —dije.

—¿El informante era humano?

—No voy a darte el nombre, por lo que no importa, ¿verdad?

—¿Cuántos vampiros están involucrados con estos asesinatos?

—Dos que yo sepa.

—¿Qué tan cercano es el lazo con tu maestro, Anita?

—¿Qué? —Sólo le miré fijamente.

Me miró, y no había rabia en sus ojos, sólo una demanda. Repitió la pregunta.

Mi pulso estaba en la garganta, y no podía evitarlo. Mi voz era casi

normal cuando dije:

—¿Vamos a atrapar a estos hijos de puta, o vas a volver a obsesionarte con cómo de cerca y personalmente estoy con los vampiros?

Siento haberte decepcionado, Dolph. Lamento que no apruebes mi vida personal, pero tenemos muertos en el suelo. Tenemos heridos. ¿Puedes por favor, por favor, concéntrate en ello en vez de tu obsesión por el amor de mi vida?

Parpadeó, despacio, sobre los fríos ojos de policía.

—Muy bien, ¿Cómo se lesionó Peter Black, y quién exactamente es él?

Miré a Edward, porque no tenía ni idea de con qué historia había llegado.

Dudaba de que la verdad, toda la verdad, hubiera estado involucrada.

—Ahora, teniente —dijo Edward—, ya le dije todo esto.

—Quiero escuchar la versión de Anita.

—Mi versión, ¿cómo sabes que es una versión y no la verdad? —dije.

—No creo que me hayas contado toda la verdad sobre cualquier cosa desde que comenzaste a salir con ese chupasangre hijo de puta.

—Políticamente, el chupasangre hijo de puta es el Maestro de la Ciudad.

—¿Es tu amo, Anita?

—¿Qué?

—¿Eres el sirviente humano del Maestro de esta ciudad?

Me había revelado una vez delante del detective Smith. Lo había hecho para salvar la vida de un vampiro Buen Samaritano. Al parecer, Smith no me había delatado. Le debía una cerveza.

Necesité un momento para pensar cómo responder a Dolph. Edward me dio ese momento.

—Sabe, Teniente, su persistente interés en la vida personal de la marshal Blake es un poco inquietante. Especialmente cuando parece ser que le distrae de la investigación y captura de un asesino doble.

Dolph no le hizo caso y mantuvo sus fríos ojos de policía en mí. Si hubiera estado segura de cómo el programa de marshal federal manejaría que yo fuera el siervo humano de Jean-Claude, podría haber sólo dicho que sí, pero no estaba segura, así que tenía que mentir o distraerlo.

—¿Sabes, Dolph? He tratado de ser profesional aquí, pero me has preguntado si me he tirado a alguien, haces persistentemente preguntas personales y sexuales. ¿Te has perdido el día en que explicaron el acoso

sexual?

—Lo eres, en realidad le perteneces, ¿no?

—No pertenezco a nadie, Dolph. Soy mi propia mujer y estoy persiguiendo a algunos de ellos ahora mismo. Requiem quiere poseerme, ese es el vampiro que acaba de salir, si no entendiste su nombre. No quiero ser poseída, por nadie. Jean-Claude me entiende mejor que cualquier ser humano con el que haya salido. Tal vez eso es lo que tu hijo ve en su novia, Dolph. Tal vez ella lo entiende de una manera que tú nunca lo harás. —Eso último fue mezquino, estaba destinado a serlo, pero teníamos que poner fin a esta conversación.

—Deja a mi familia fuera de esto. —Su voz era baja y cuidadosa.

—Lo haré si tú lo haces. Tu obsesión con los vampiros y mi vida personal comenzó alrededor de la época en que se comprometieron tu hijo y la vampiro. No es culpa mía. Yo no los presenté. Ni siquiera sabía que lo habían hecho, hasta que me lo dijiste.

—El Maestro de la Ciudad lo sabía. Simplemente no te lo dijo —dijo Dolph.

—¿Es eso lo que has estado pensando, que Jean-Claude de alguna manera azuzó a un vampiro sobre tu hijo, para que lo sedujera?

Me dio una mirada.

—No eres el único cazador de vampiros en este país ahora, Anita. No eres incluso la única con una credencial. Me han dicho que el Maestro de la Ciudad tiene la autoridad absoluta. Que ningún vampiro local hace nada sin su permiso.

—Sí, eso es cierto, pero la novia de tu hijo pertenece a la Iglesia de la Vida Eterna. Ella es problema de Malcolm en este momento, no de Jean-Claude. La Iglesia de la Vida Eterna es su propio pequeño universo en vampirolandia. Francamente, los otros vampiros están un poco confundidos sobre cómo hacer frente a la Iglesia cuando sus miembros hacen cosas estúpidas como salir con el hijo de un policía.

—¿Por qué es estúpido?

—Porque la mayoría de los policías todavía odian a los vampiros. Es solamente una mejor política dejar a la policía sola si puedes. Ninguno de los vampiros de Jean-Claude ha estado cerca de una persona de la policía de cualquier tipo para cualquier cosa.

—Ha estado cerca de ti —dijo Dolph.

—No era oficialmente un policía cuando empezamos a salir.

—No, eras un verdugo de vampiros. No debería haberse acercado a ti, y tú debiste haberlo hecho mejor que acercarte a él.

—Con quién salgo ahora no es asunto tuyo, Dolph.

—Lo es si afecta a cómo haces tu trabajo.

—Hago mejor mi trabajo porque soy cercana y personal a los monstruos. Luché para sentarme un poco, cansada de que se cerniera sobre mí. Tenía el estómago tenso, pero no me dolía. —Cuentas conmigo para saber más sobre los monstruos. Demonios, todos los policías se me acercan para solicitar mi ayuda por saber más sobre los monstruos que ellos. ¿Cómo diablos crees que descubrí todo eso? ¿Manteniéndolos a distancia y odiándolos de la forma en que lo haces? No quieren hablar con las personas que los tratan como una mierda. No ofrecen información a las personas que saben que los odian. Si quieres ayudar a alguien tienes que llegar a ellos.

—¿A cuántos has llegado, Anita? —Las palabras eran inocentes, pero las hizo sonar asquerosas.

—Los suficientes para poderte ayudar cada vez que llamas.

Cerró los ojos, entonces, apretó el puño alrededor de su cuaderno hasta que arrancó algo de él.

—Si te hubiera dejado donde te encontré, resucitando a los muertos, Jean-Claude nunca te hubiera conocido. Fuiste a su club por asuntos de la policía por primera vez. Un asunto mío. —Abrió los ojos y había demasiado dolor en ellos.

Extendí la mano para tocarle el brazo, pero se alejó, fuera de mi alcance. Hicimos nuestro trabajo, Dolph.

—Cuando te miras en el espejo, ¿es eso suficiente, Anita? Al final del día, ¿es suficiente, que hagamos nuestro trabajo?

—A veces sí, a veces no.

—¿Eres un licántropo?

—No —dije.

—Tu análisis de sangre, dice algo diferente.

—Mi análisis de sangre es desconcertante como el infierno para el laboratorio, y será el jodido rompecabezas de cualquier práctica de laboratorio al que lo envíes.

—Sabes que eres portadora de licantropía.

—Sí, tengo cuatro tipos diferentes de licantropía.

—Lo sabías.

—Me enteré cuando terminé en el hospital de Filadelfia, después del

caso de zombis con el FBI.

—No se lo mencionaste a nadie aquí.

—Ya me odiabas por salir con cambiaformas, si te enterabas de lo que llevaba… —extendí mis manos—… no podía saber cómo te lo tomarías.

Él asintió.

—Tienes razón. Tenías razón en no contármelo, pero podrías habérselo dicho a Zerbrowski o a alguien.

—No afecta a mi trabajo, Dolph. Tengo una enfermedad en la que soy sobre todo asintomática. No es asunto de nadie a menos que perjudique mi trabajo. En mi cabeza me pregunté qué pasaría si las casi-bestias que llevaba dentro de mí perdían el control en un caso. Eso sería malo. Casi tenía el *ardeur* bajo control, y ahora había otra cosa que hacía que casi fuera incapaz de hacer mi trabajo de policía.

—Anita, ¿escuchaste lo que dije?

—Lo siento, no, no lo hice.

—Dije, ¿cómo sabes que no afecta a tu trabajo? ¿Cómo sabes que tus lazos con los monstruos no colorean tus elecciones?

—Estoy cansada, Dolph. Estoy cansada y necesito descansar. —¿Por qué no se me había ocurrido antes? Estaba en un hospital, podría estar gritando de dolor. Maldita sea, estaba lenta esta noche.

Alisó su cuaderno de notas, trató de allanarlo lo mejor que pudo. Trató de adaptarlo de nuevo al bolsillo de su traje, pero lo había dañado tan mal que no sería posible. Por último, sólo lo tomó en su mano.

—Quiero hablar contigo cuando hayas descansado. Llevados a este punto, Anita, cuando guardas tantos secretos a tus amigos, empiezas a preguntarte donde miente tu lealtad.

—Vete Dolph, sólo vete.

—Pero él se queda —y señaló a Edward.

—Él no me ha insultado. No ha sido nada más que profesional.

—Creo que me merezco eso. —Parecía a punto de decir algo más. Tendió la mano.

Edward dudó, luego devolvió la pistola a Dolph. Dolph solamente se marchó, cerrando suavemente la puerta detrás de él.

Edward enfundó su arma y esperó unos segundos y luego nos miramos entre sí.

—No vas a ser capaz de evitar responderle por mucho tiempo, Anita.

—Ya lo sé.

—No eres la única que va a estar en problemas.

Asentí.

—Richard.

—Lo estaba dando a entender.

—Si lo supiera, haría más que insinuarlo.

—El Teniente Storr no es estúpido.

—Nunca pensé que lo fuera.

—Su odio le hace estúpido en algunos aspectos, pero también lo hace muy determinado. Si dicha determinación, es dirigida hacia ti y a tus amigos, bueno…

—Lo sé, Edward, lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

—No hay una ley en los libros que diga que no puedo salir con monstruos.

Desde el punto de vista jurídico, sería como decirle a un marshal federal que no puede salir con alguien que no es blanco. Sería una pesadilla de relaciones públicas.

—Pero la parte del siervo humano, es un área que no han cubierto en las regulaciones federales.

—¿Lo has comprobado? —pregunté.

—Antes de tomar la placa, sí, lo leí por encima. No dice nada sobre que no puedas ser siervo humano de Jean-Claude y un marshal federal.

—Debido a que las leyes no se han actualizado.

—No importa, Anita; todavía significa que incluso si Dolph se entera, estás cubierta.

—Estoy cubierta legalmente, pero hay otras maneras de hacerme a un lado, en caso de que la policía quiera deshacerse de mí.

—Como que no te llamen en los casos.

—Dolph ya está haciendo eso.

—Francamente, creo que ven que duermas con el enemigo tan mal como cualquier cosa metafísica, o algo peor.

Pensé en ello.

—En realidad no entienden muy bien la metafísica, pero entienden de follar.

—El teniente parece casi demasiado preocupado de que estés durmiendo con todos los que estás durmiendo.

—Muchos de los policías son mojigatos en el corazón.

—Creo que el teniente Storr estaría casi tan decepcionado contigo que si durmieras solo con humanos.

—Creo que se ve como una especie de figura paterna sustituta.

—¿Cómo lo ves?

—Como mi jefe, más o menos. Una vez pensé que era mi amigo.

—Estás sentada, ¿te duele?

Pensé en ello, dejándome sentir mi cuerpo, en una especie de búsqueda del dolor. Tomé una respiración profunda, hasta el fondo del estómago.

—Está tenso, pero no duele. Tiene esa sensación de opresión que no se extiende al tejido de la cicatriz. ¿Sabes?

—Lo sé.

—No tienes ninguna cicatriz tan mala como la mía, ¿verdad?

—Sólo Donna lo sabe. —Sonrió.

—¿Cómo está Peter, realmente?

—Valiente.

—Quiero decir, ¡oh, mierda, Edward! ¿Va a recibir la inyección o no?

—Se sigue debatiendo.

—Tienes que contárselo a Donna.

—Ella pondría la inyección.

—Legalmente, es su decisión.

—Una de las razones por las que mantuvimos a Peter Black fue para que pudiera tomar la decisión. He estado hablando con tus amigos peludos. La licantropía de tigre es uno de las más difíciles de coger. También es una de las pocas que se ejecuta en las familias y puede ser heredada, así como contagiada.

—Eso es realmente nuevo para mí —dije.

—Al parecer, los tigres mantienen el secreto familiar. He estado hablando con la única otra mujer tigre de la ciudad.

—Christine —dije.

Asintió.

—¿Sabías que huyó a una ciudad sin tigres para escapar de ser obligada a casarse en un clan de hombres tigres?

—No lo sabía, espera, me acuerdo de que Claudia dijo que Soledad había llegado a St. Louis, probablemente para escapar de un matrimonio arreglado.

Algo sobre a que los tigres les gustaba mantenerlo en familia.

—Esa era su historia de portada.

—¿Qué tan buena fue su cobertura?

—Era tan buena que he visto sus documentos. Parecen reales, eran falsificaciones excelente, y sé de lo que estoy hablando.

—Apuesto a que sí —dije.

Me dio una mirada. El verdadero Edward comenzó a asomarse, se fusionó con Ted Forrester de los ojos hacia afuera. Eran siempre sus ojos los que volvían a ser reales primero. De la forma en que los cambiaformas se transforman, curiosamente.

—Gracias por enviar a Graham cuando lo hiciste. La vacuna que tenían era de tigre. Es su estándar porque es muy rara. Se va a enviar un lote diferente, que no sea de tigre esta vez.

—¿Le pondrán la inyección?

—Si fueras él, ¿qué harías?

Pensé en ello.

—No soy a quien debes preguntar, Edward. He sido cortada un montón, y he tenido mis oportunidades. Hasta ahora, todo bien.

—Pero la inyección no existía la última vez. ¿Lo habrías tomado?

—No voy a tomar esta decisión por ti, o por Peter. No es mi hijo.

—Los cambiaformas hacen sonar a los hombres tigres como lo último que querrías ser.

—¿Cómo es eso?

—Como he dicho, tratan de obligarlos a casarse con un miembro del clan para que todos estén relacionados. Encontrarían a Peter y le ofrecerían a las chicas, tratarían de atraerlo. Si no se sintiera tentado, son conocidos por secuestrar.

—Ilegal —dije.

—La mayoría de ellos enseñan en casa a sus hijos.

—Muy aislacionista —dije.

—A Peter no le gusta cómo se habla sobre ser un hombre tigre. No es muy bueno con la gente diciéndole lo que debe hacer.

—Tiene dieciséis años —dije—. A nadie a los dieciséis años le gusta ser mandado en todo.

—No creo que él vaya a superarlo.

—Él toma las órdenes de ti, y de Claudia.

—Las toma de la gente que respeta, pero hay que ganarlo. No dejaría que algunos clanes de hombre tigres se lo llevaran, Anita.

—No pueden forzarte, o a Peter. Christine ha vivido en St. Louis desde

hace años y nunca le han molestado que yo sepa.

—Al parecer, hay sólo cuatro clanes de tigres en los Estados Unidos. Todos se guardan para sí mismos. Su cultura también está dividida sobre la pureza de sangre, heredar la licantropía, y los ataques. Dar la licantropía tigre es visto como una recompensa por un trabajo bien hecho. Piensan que es un pecado dársela a alguien que no la valora.

—Parece una especie de vampiro —dije—. Sienten lo mismo sobre los siervos humanos y animales para llamar. Pero he visto mi parte de ambos viéndose obligados, y no era de buen grado.

—¿Estabas de acuerdo? —preguntó, y era completamente Edward en los ojos ahora.

Suspiré.

—¿Si digo que no, vas a hacer algo estúpido?

—No, lo adoras. Lo veo. No lo entiendo, pero lo veo.

—No entiendo lo tuyo con Donna tampoco.

—Ya lo sé.

—No estaba de acuerdo en un primer momento, pero de alguna manera acabó sucediendo. Dónde estamos ahora no me vi obligada.

—Se rumorea que eres el poder detrás del trono, el que tira de sus cuerdas.

—No creas cada rumor que escuchas.

—Si creyera en todos, estaría demasiado asustado como para estar a solas contigo.

Le miré fijamente, tratando de leer ese rostro, ese rostro ilegible.

—¿Quiero saber lo que la gente dice sobre mí a mis espaldas?

—No —dijo.

Asentí.

—Muy bien, llama a un médico, a ver si puedo levantarme y moverme.

—Han pasado diez horas, Anita, no puedes estar curada.

—Vamos a ver —dije.

—Si sales de la cama así de rápido, algunos de los rumores van a ser confirmados.

—¿La policía habla contigo sobre mí?

—No todo el mundo sabe que somos amigos.

—Está bien, ¿cuáles son los rumores?

—Que eres un cambiaformas.

—Algunos de mis mejores amigos son cambiaformas —dije.

—¿Qué significa eso?

—Significa que consigas a un médico. No me voy a quedarme en la cama sólo para evitar que la gente piense lo que ya piensa. A decir verdad, he tenido cambiaformas reales creyendo que soy uno de ellos sólo por la forma en que se siente mi energía.

—¿Te dolería quedarte en la cama?

—¿Por qué importa si la gente piensa que soy un cambiaformas?

—Me preocupa porque si Peter se entera de que ya estás fuera de la cama se sentirá débil. Querrá ser todo un macho, también.

—Si el doctor me dice que estoy demasiado enferma para moverme, me quedo en la cama. No estoy siendo machista.

—No, pero Peter tiene lesiones similares a las tuyas, y él sabe cómo se siente.

—¿Sus heridas no se curan más rápido de lo normal? —pregunté.

—No parecen hacerlo, ¿por qué?

—No es una certeza, pero a menudo, si una víctima va a conseguir la licantropía, las heridas se curan más rápido que en los humanos.

—¿Siempre? —preguntó.

—No, pero a veces. Las heridas críticas que podrían causar la muerte tienden a sanar más rápido. A veces las heridas más pequeñas sanan más rápido, a veces no.

—¿Qué le digo a Peter sobre la inyección?

Negué con la cabeza.

—No puedo contestar a esa llamada. No voy a contestar a esa llamada. —Le miré, estudié un rostro que no tenía la alegría de Ted, o la frialdad de Edward. Había verdadera angustia ahí, tal vez culpa. Desde que pensé que había sido una locura traer a Peter a este lío, no podía ayudarle.

Peter no estaba preparado para toda esta acción. La vergüenza era que en pocos años podría haberlo estado.

—Estás pensando que me equivoqué al traerlo, que no estaba listo.

—Oye, te lo dije cuando lo vi. No tienes que leer mi mente, Edward. Por lo general te digo lo que pienso.

—Está bien, ¿qué te parece?

—Bueno, mierda —dije, y suspiré—. Bien, bien. Desde luego no debiste haberlo traído. Quedé impresionada con él en medio de la pelea. Se mantuvo firme. Se acordó de su formación. En pocos años, si quiere seguir los pasos de su padre, entonces está bien. Pero necesita unos cuantos años

más de práctica y entrenamiento. Necesita un poco de condimento antes de echarlo a los lobos de nuevo.

Edward asintió.

—Fui débil, nunca he sido débil antes, Anita. Donna, Becca, y Peter, me hacen ser débil. Me hacen echarme para atrás. Me hacen estremecer.

—Ellos no te obligan a hacer nada, Edward. Tu reacción a ellos, tus sentimientos por ellos, te han cambiado.

—No estoy seguro de que me guste el cambio.

Suspiré de nuevo.

—Conozco el sentimiento.

—Te defraudé.

—No quise decir eso. —Me recosté en la cama. Sentada no me dolía, pero no me sentía exactamente bien tampoco—. Lo que quise decir fue que la gente que te ama te cambia. Me han cambiado, también. Soy más suave en ciertos aspectos, más dura en otros. No me he comprometido tanto como tú.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No estoy tratando de vivir con alguien que no sabe quién y lo que soy. No estoy llevando a una niña de ocho años a la clase de ballet.

—Mi rutina es más fácil de mover que la de Donna.

—Ya lo sé. Ella es dueña de su propia tienda de metafísica. Lo recuerdo, pero ese no es el punto, Edward. El punto es que no estoy tratando de vivir una vida normal. Ni siquiera estoy tratando de fingir que lo hago, y lo que soy, es normal.

—Si tuvieras hijos, tendrías que intentarlo.

Asentí.

—El susto del embarazo del mes pasado me hizo ver eso. No me veo nunca intentando quedarme embarazada a propósito. Si ocurre accidentalmente lo trataremos, pero mi vida no funciona con bebés.

—¿Estás diciendo que la mía tampoco? —Parecía triste, y no esperaba eso.

—No, quiero decir, no lo sé. No funciona para mí porque soy la chica. Yo soy la embarazada, y, Dios no lo quiera, la lactante. La biología hace que sea más difícil para mí el combinar disparos y bebés.

—No puedo casarme con Donna, ¿no?

La voz en mi cabeza gritó: Nooo, no puedes. Pero en voz alta dije:

—Una vez más, no puedo responder a eso. Demonios, Edward, tengo

bastantes problemas con mi propia vida, no puedo resolver los tuyos.

Me dirigió una mirada, era una mirada de Edward, pero había algo en sus ojos, algo que no era frío, no, estaba definitivamente caliente, caliente aún. Vi la fuerza de su personalidad que podría matar, reunirse en sus ojos. Pero ¿para qué se reunía?

—Edward —dije, en voz baja—, no hagas nada ahora de lo que te arrepentirás más tarde.

—Matemos el vampiro que causó esto —dijo.

—Bueno, por supuesto —dije—. Me refiero a que no tomes ninguna decisión apresurada sobre Donna y los chicos. No sé mucho, pero sé que si Peter se vuelve peludo, te necesitará más que nunca.

—¿Si se vuelve peludo, puedo traerlo aquí para hablar con tus amigos?

—Sí, por supuesto.

Asintió. Me miró, sus ojos se ablandaron un poco.

—Sé qué piensas que debo dejar a Donna y a los niños. Siempre has pensado que era una mala idea.

—Tal vez, pero los amas y ellos te aman. El amor es difícil de conseguir, Edward. Nunca se debe tirar a la basura sólo porque es una mala idea.

Se echó a reír.

—Eso no tiene sentido en absoluto.

—Estoy intentándolo aquí, lo que quería decir es que todos os amáis mutuamente. Si puedes hacerlo. Peter se quedará en casa el tiempo suficiente para terminar su entrenamiento… creo que en pocos años, si todavía quiere, puede unirse al negocio familiar, pero no está listo ahora. Plántate firmemente y explícaselo de esa manera y haz que lo entienda.

Él asintió.

—¿Crees que puede hacerlo? ¿Lo qué hacemos?

—Creo que sí, si esta pequeña aventura no obtuvo todo de él.

Asintió de nuevo.

—Voy a ir a buscar a un médico. —Salió sin mirar atrás. Me acosté en la cama, escuchando el silencio susurrando de repente en la habitación. Recé para que Peter no se convirtiera en licántropo. Recé para que el consejo no dejara que el *Harlequin* nos declarara la guerra. Recé para que todos sobreviviéramos. Bueno, supongo que ya era demasiado tarde para Cisco. No lo conocía tan bien, pero había muerto defendiéndome. Había muerto a los dieciocho años haciendo su trabajo, defendiendo a la gente

que había firmado para defender. Fue una muerte honorable, una buena muerte, ¿por qué no que me hacía sentir mejor? ¿Tenía familia? ¿Era el hijo de alguien? ¿El amor de alguien? ¿Quién estaba llorando en este momento por él? ¿O no había nadie para llorar? ¿Éramos nosotros, sus compañeros de trabajo y amigos, todo lo que tenía? Extrañamente, ese pensamiento me puso más triste que ninguno de los pensamientos que había tenido antes.



TREINTA Y SEIS

Se oyó un golpe suave en la puerta. Edward no llamaba, y si un médico llama, seguidamente abría, ¿Quién llama en un hospital? Pregunté:

—¿Quién es?

La respuesta fue:

—Soy Truth.

Una segunda voz dijo:

—Y Wicked.

Eran hermanos, y vampiros, y sólo recientemente se unieron al grupo de Jean-Claude. La primera vez que me reuní con ellos, Truth estaba cerca de la muerte tratando de ayudarme a coger a un tipo malo. Habían sido guerreros y mercenarios durante siglos. Ahora eran nuestros. De Jean-Claude y míos.

Wicked entró por la puerta primero, con su traje de diseñador de color marrón claro, adaptado a la amplia extensión de sus hombros y la tensión

de los músculos en sus brazos y piernas. En realidad iba al gimnasio y había añadido algún volumen a sus músculos, y ellos ya habían comenzado con bastante. Tenía la camisa abotonada hasta arriba apretada, con una elegante corbata y un clip de corbata de oro. Su pelo rubio estaba cortado lo suficiente como para cubrir las orejas, pero todavía tenía unos cuantos centímetros por recorrer antes de llegar hasta los hombros. Estaba bien afeitado, así como el hoyuelo profundo en la barbilla se mostraba. Era apuesto y masculino por completo, y totalmente moderno desde su corte de pelo hasta los zapatos lustrados. Sólo la empuñadura de la espada asomándose desde detrás de un hombro echaba a perder el efecto moderno.

Truth seguía al lado de su hermano como de costumbre. Tenía el mismo crecimiento de barba a la mitad y oscura que había tenido desde que lo conocí. No era una barba, era más como si cuando hubiera muerto no se hubiera afeitado en un tiempo, y nunca había trabajado para cambiarlo. La casi-barba ocultaba el rostro limpio, masculino perfecto, el hoyuelo que compartían. Había que mirar a ellos de lado a lado durante un tiempo para darse cuenta de lo terriblemente parecidos que eran. El pelo de Truth estaba hasta los hombros, un oscuro, indescriptible marrón que era casi negro. El pelo no era exactamente fibroso, pero estaba lejos del halo brillante del pelo de su hermano. Vestía de cuero, pero no era cuero gótico. Era como el cuero curtido en la batalla del siglo XV, cruzado con el moderno cuero de motero. Sus botas hasta las rodillas, y tenía una aspecto que decía que podría ser tan viejo como él, pero de una manera se sentían cómodos, y no eran más que sus botas. Les gustaba la manera en que algunos hombres les gusta esa silla favorita, que la han moldeado a su cuerpo. Y qué si estaban un poco parcheadas y desgastadas, lo importante era si eran cómodas.

Truth tenía una espada en la espalda, también. Sabía que ambos portaban armas de fuego, una oculta bajo la hermosa chaqueta del traje, y la otra oculta debajo de la chaqueta de cuero que había visto días mejores. Los hermanos estaban siempre bien armados.

—Requiem dijo que no confiabas de él, por lo que Jean-Claude nos envió —dijo Wicked. Lo dijo con una sonrisa que llenaba sus ojos azules con especulación.

—¿Por qué Requiem diría eso? —preguntó Truth. Sus ojos eran los espejos de su hermano, pero la expresión era totalmente diferente. Truth era tan sincero que casi dolía. Wicked siempre parecía estar riéndose de mí o de sí mismo, o del mundo en general.

—El *Harlequin* interfirió con su mente.
—Así que no se fiaba de sí mismo para mantenerte a salvo —dijo Truth.
—Algo así —dije.
Hubo otro golpe en la puerta, pero Graham la abrió y se asomó.
—Tenemos compañía aquí fuera.
Wicked y Truth, estuvieron de repente en estado de alerta. Era difícil de explicar, pero los policías también lo hacen. Un minuto normal y corriente, y de repente estaban listos.
—¿Quién? —pregunté.
—El rey de los leones.
Parpadeé a Graham.
—¿Quieres decir Joseph?
Graham asintió.
—¿Qué está haciendo ese bastardo aquí? —preguntó Wicked.
—Creo que esa es mi línea —dije.
Wicked me hizo una pequeña inclinación.
—Lo siento.
Dije:
—¿Qué quiere?
Graham se apoyó en la puerta cerrada y se lamió los labios.
—Creo que quiere pedir perdón, o algo así.
—No me siento muy indulgente —dije. Alisé hacia abajo las sábanas de mi cama de hospital. No, no me sentía muy indulgente.
—Lo sé —dijo Graham—, él está aquí fuera solo. Los leones os dejaron a vosotros, a los vampiros y a nuestro Ulfric para morir. No les debemos nada.
—¿Entonces por qué dices que está fuera? —preguntó Wicked.
Graham se pasó la lengua por los labios de nuevo.
—Porque si no se lo digo a Anita, y más tarde descubre que ha venido a verla, se enfadará.
—¿Por qué habría de estar enfadada? —pregunté.
—Por lo que Joseph cree que les va a pasar a sus leones.
—Sus leones no son asunto mío ya —dije, y lo creía, eso dejó una sensación fría y dura en mi corazón. Graham asintió.
—Está bien, pero no me digas después que no te lo dije, porque lo hice. —Se alejó de la puerta para poder abrirla.

—Espera —dije. Graham se dio la vuelta y me miró, tenía la mano en el pomo de la puerta—. ¿Qué quieres decir, con lo que está a punto de suceder a los leones?

—Esa no es nuestra preocupación, tú lo dijiste —dijo Truth. Miré el vampiro alto, sacudí la cabeza, y luego miré de vuelta a Graham.

—Siento que me estoy perdiendo algo. Sólo por si acaso me importa, un poco, ¿podría alguien explicar lo que me falta?

—Asher invitó a los leones del oeste de Chicago —dijo Graham.

—¿Cuándo pasó eso? —pregunté.

—Cuando tú y Jean-Claude os estabais muriendo —dijo Truth.

—Y Richard —agregó Graham—. Nuestro Ulfric se estaba muriendo, también.

Truth hizo una pequeña inclinación con el cuello.

—Lo dije sin ánimo de ofender, lobo.

Graham dijo, con tristeza:

—Está bien.

—Los vampiros no han escuchado a tu Ulfric —dijo Wicked. Había algo en la forma en que lo dijo, la forma en la que decía que quería una pelea.

—No hay opción a pelea, Wicked —dije.

Se giró lo suficiente como para darme un poco de sus ojos.

—No es una opción.

—No me siento suficientemente bien como para lidiar con esto. Necesito que todos seáis adultos ¿de acuerdo? —dije.

Wicked me dio una mirada que no era del todo agradable, pero no dijo nada más. Tomaría su silencio hosco. Los hermanos eran un activo, el músculo que habíamos necesitado por un tiempo, pero me molestaba, también. Siempre tuve la sensación de que no eran los muy obedientes pequeños vampiros que podrían haber sido. Tal vez fue el hecho de que sabía que había pasado siglos con todos los vampiros contra ellos. Habían matado al jefe de su linaje, cuando se volvió loco y envió a sus vampiros a masacrar humanos. Su crimen no había sido matarlo a él, porque el consejo de vampiros había decidido que necesitaban matarlo. Su crimen había sido sobrevivir a su muerte. La superstición dice que los vampiros menores mueren cuando la cabeza de su linaje muere. Jean-Claude dijo que era verdad de los vampiros más débiles, pero se supone que es cierto de todos los vampiros. Creo que fue una manera de disuadir los golpes contra el

palacio. Pero Wicked y Truth eran la prueba de que no era cierto, no si eran lo bastante poderosos. Y, por supuesto, sólo los muy poderosos intentan derrocar a su creador.

Yo les había dado un refugio a los hermanos, un maestro para llamar a sí mismos. Truth habría muerto si no hubiera compartido el poder de Jean-Claude con él. Y cuando un hermano iba ambos iban, así que Wicked era nuestro, también.

—Háblame de los leones —dije.

—Asher estaba a cargo de la ciudad como témoin de Jean-Claude, su segundo al mando —dijo Truth.

—¿Y? —dije.

—Él no es el segundo vampiro más poderoso en St. Louis. Creemos, —y por nosotros siempre quería decir a su hermano y él mismo—, que ese sentimentalismo nubló el juicio de Jean-Claude. Pero hay otras cualidades en un líder además de los poderes de vampiro. Fue decisivo, despiadado, y rápido.

—¿Sobre qué fue decisivo, implacable, y rápido? —pregunté.

—Necesitábamos músculos extra —dijo Graham.

—¿Qué has dicho?

Graham asintió.

—Sólo cuéntamelo. No me voy a enfadar.

Wicked se echó a reír, un rebuzno en voz alta que no era nada como la sonrisa perfecta masculina que por lo general tenía.

—No prometas hasta que no lo sepas.

—Lo voy a saber si no me dices —dije, y ya había un hilo de ira en mi tono.

Maldita sea.

—Asher llamó a Augustine en Chicago. Pidió soldados —dijo Wicked.

—Dejó que Auggie enviara a sus hombres león de nuevo en nuestro territorio —dije.

Wicked y Truth asintieron, Truth preguntó:

—¿Entiendes lo que eso significa para el Rex de St. Louis y su orgullo?

Me acosté en la cama y pensé en ello. Lo sabía.

—Envié a los leones de Auggie de vuelta a Chicago en noviembre porque habrían tomado el orgullo de Joseph. Él no tiene a nadie lo suficientemente fuerte como para protegerlos de las bestias que Auggie tiene.

—No estoy seguro de que les guste que les llames bestias —dijo Wicked—, pero es preciso. —Él sonrió, una sonrisa desagradable que le dio la mano a alguna otra cosa. Algo más básico, menos practicado, más real. Wicked y Truth tenían honor; podrías depositar tu confianza en ese honor. Si hubieran sido una pulgada menos honorables, habrían sido totalmente indignos de confianza, y demasiado peligrosos de mantener.

—¿Se han movido en el orgullo de Joseph? —pregunté.

—Todavía no —dijo Graham—. Creo que están esperando a hablar contigo primero.

—Conmigo no, con Jean-Claude —dije—. Hablaron con Jean-Claude. Él quitó la protección de los leones.

—Todo esto depende de ti, nena —dijo Wicked.

—Micah es la cabeza de la coalición de peludos —dije.

—Micah los echó, a menos que tú le hagas volver a ponerlos —dijo Graham.

—Cuando tu Nimir-Raj se enteró de lo que los leones de St. Louis habían hecho, los acusó de haber roto el tratado tanto con los lobos como con los leopardos —dijo Truth.

Wicked continuó la historia.

—Desde que se rompió el tratado, no son aliados de la coalición ya. Así que los miembros de la coalición no les debemos nada.

—Así cuando los leones de Auggie ataquen, nadie irá en su ayuda —dije, mi voz suave.

—Exactamente —dijo Wicked. Parecía contento.

Graham dijo:

—Joseph está fuera, solo. Piensa que tú serás el eslabón más débil.

Miré a Graham, porque era una extraña redacción.

—¿Crees que debería dejar sólo a Joseph y a su insignificante gente?

—Nos traicionaron —dijo Graham. Vi algo en su cara entonces, una dureza que no había notado antes. Él podría ser un buen guardaespaldas cuando no estaba tratando de follarse algo, pero no era duro, o despiadado. No hasta ahora.

Recordé lo que había dicho a Edward. Había planeado vengarme de los hombres leones. Edward me iba a ayudar. Pero había conocido a Joseph y su pueblo, los conocía. Eran reales, y no todos eran una pérdida de tiempo. Travis y Noel me habían ayudado a alimentarme durante meses mientras trataba de encontrar a un león más permanente. Estaban demasiado débiles

para satisfacer a mi leona, pero eran buenos chicos.

—¿Lo envío fuera? —preguntó Graham, como si eso fuera lo que quería hacer.

Pensé en ello. Sería tan fácil rechazar verlo. Entonces podría ser despiadada y dura de corazón, y no tener que mirar la cara del hombre que me había condenando a muerte. Quizás podía mantener a los leones de Auggie para evitar que mataran a todo el orgullo, pero una muerte sería absolutamente necesaria, la de Joseph.

—Hazle pasar —dije.

—¿Crees que es una buena idea? —preguntó Wicked. Se las arregló para mantener su voz neutra.

—Sería más fácil no verle —dije.

—¿Entonces por qué le ves? —dijo Wicked.

—Debido a que sería más fácil —dije.

—Eso no tiene sentido —dijo Wicked.

—Tiene sentido para mí —dijo Truth.

Miré al otro vampiro. Intercambiamos una larga mirada. Él entendió por qué tenía que ver a Joseph en persona: porque si no podía mirarlo a los ojos y decirle la verdad, entonces tal vez era lo incorrecto. Tenía que verlo, para saber si podía soportar y dejar que la naturaleza siguiera su curso con los leones en nuestra ciudad. Los leones no eran mi problema, maldita sea. Nos habían traicionado. Habrían permitido que todos murieran. Su superioridad moral había sido más valiosa para ellos que las vidas de nuestros vampiros. No les haría daño, pero había dado un paso para protegerlos. O eso es lo que me decía cuando le dije a Graham que abriera la puerta.



TREINTA Y SIETE

Vi a Joseph caminar hacia la cama. Era alto con el pelo rubio oscuro, corto. Iba vestido para una reunión de negocios en un traje con corbata. Estaba apostando a que su esposa, Julia, había escogido el atuendo. Estaba deshaciendo la corbata antes de llegar hasta Wicked y Truth. Ellos le detuvieron. Normalmente, podría haber pensado que estaban siendo demasiado cautelosos, pero mi cuerpo estaba de acuerdo con ellos. Estaba sanando, pero sólo por un milagro de la metafísica, eventualmente los milagros se te escapan.

—Anita, ¿cómo estás? —Trató de que fuera un tono neutro pero no lo logró se escuchaba un deje de miedo en su voz.

—Ted Forrester ha ido a buscar a un médico. Puedo salir de la cama hoy.

—Eso es genial, —y el alivio se reflejó en su cara. Sus manos se flexionaban y retraían—. Julia dijo que todos estabais bien. Dijo que ibas a

encontrar a alguien más para alimentarse. Dijo que todo estaría bien, y aquí estáis. —Hablaba demasiado rápido, como si ni siquiera él se lo creyese.

—¿A quién estás tratando de convencer, Joseph, a ti o a mí? —Mi voz era plana y mis ojos vacíos. Había tenido que cenar con él en mi casa. Pensaba que era un buen hombre. Pero al final, iba a dejarnos morir.

—Anita. —Trató de dar un paso más cerca hacia la cama, pero los vampiros le detuvieron.

—Estás lo suficientemente cerca —dijo Wicked.

—Nunca le haría daño.

Levanté la bata del hospital, le mostré la curación de las heridas que tenía en el estómago y las costillas.

—Lo único que me hizo tan fuerte como para curar estas heridas fue alimentarme de Donovan Reece y de cada cisne en este país. Me dio el poder para vivir a través del intercambio.

La cara de Joseph había palidecido.

—Estoy casado, Anita. Julia y yo tomamos nuestras promesas muy en serio.

—Si fueras humano estaría bien, Joseph, pero no eres humano. Eres un hombre león. Un hombre león que le debe lealtad a sus aliados. Te necesitábamos, y nos fallaste.

Cayó de rodillas.

—¿Quieres que suplique? Suplicaré.

Negué con la cabeza.

—Mi leona nunca te ha querido, Joseph. ¿Alguna vez te has preguntado, por qué? ¿No crees que desee al león más fuerte que pueda encontrar? Así es como funcionan las cosas. —Sentí que la leona trataba de salir del largo y oscuro túnel que era mi cabeza y entrañas. Traté de calmarla con los pensamientos, y ella se calmó. Estaba casi sorprendida de que funcionara. Dije una pequeña oración de agradecimiento, y volví a prestar atención al león delante de mí.

—Pensé que me habías dejado solo por respeto a mi esposa.

Le miré. No había nada malo con él. Era lo suficientemente guapo, aunque un poco masculino para mis preferencias, pero nunca me había movido el tapete. Mi leona nunca había intentado nada con él.

—Mi leona reaccionó a tu león como lo hace con todos los leones, pero nunca se ha levantado para ti de la forma en que reconoció a algunos de los leones de Chicago.

—Reaccionaste a los leones de Chicago, ya que dormías con ellos. Y su maestro vampiro.

—¿Es eso lo que todos dicen? —pregunté.

Se quedó perplejo.

—Es la verdad.

—No, es una verdad a medias. Con Augustine, sí, pero fui muy cuidadosa con sus leones. Tuve cuidado porque no quería coger a sus leones. Dejé a sus leones en paz porque estaba preocupada por ti y los tuyos.

—Yo sabía que los enviarías de vuelta a Chicago, pero pensé que… Estamos agradecidos por rechazarlos por nosotros. —En mi cabeza, podría admitir que no había sido completamente por Joseph y su pueblo. El león que más llamó a la leona había sido una piedra en el culo.

—Lo hice porque eras mi aliado, y pensé que de alguna manera tenía algo de culpa de que otros hombres leones intentasen hacerse cargo de tu orgullo. He aprendido desde entonces que Augustine ha tenido a tu orgullo en su lista de tareas pendientes desde hace un tiempo. Debido a que tú y tus leones sois demasiado débiles para defenderos, y todos los otros leones lo saben.

—Mantuve a mi pueblo a salvo —dijo.

—No, yo los mantuve seguros. Jean-Claude los mantuvo. Richard los mantuvo a salvo. El hombre rata que ha muerto mantuvo a tu manada segura. Los leopardos estuvieron a punto de perder a su reina. Los cisnes lo han arriesgado todo. ¿Dónde estaban los leones mientras que el resto de nosotros, estábamos desangrándonos y muriéndonos?

—Si me lo hubierais pedido habría peleado por vosotros.

—¿Por qué queremos que los leones luchen con nosotros, Joseph? Eres demasiado débil. No estáis entrenados para el combate o las armas. Sois hombres leones, así que ¿qué coño? Todos somos hombres animales, pero ofrecemos más que solo los dientes y las garras. ¿Qué nos ofrecen los leones, Joseph? —La ira agitó ese lugar dentro de mí, y tuve que cerrar mis ojos y contar, poco a poco, respirar lentamente. La agitación disminuyó de nuevo. Dos veces seguidas me concentré para mantener tranquilas a las bestias. Tal vez por fin le había agarrado el truco.

—Somos leones —dijo, pero su voz fue suave.

—Eres débil —y mi voz fue suave, también. Suave porque no podía apagar la ira.

Joseph levantó sus manos hacia mí, entre Truth y las piernas de Wicked.

—No dejes que nos maten.

—¿Soy tu Rex? ¿Soy tu Regina?

—No —dijo, y sus manos comenzaron a bajar.

—Entonces, ¿por qué recurres a mí para ayudarte?

—Porque no tengo a quien más recurrir.

—¿De quién es la culpa, Joseph? ¿Después de tantos años liderando tu orgullo eres demasiado débil para que tengas que pedir ayuda a los seres humanos y a los vampiros, y a otros grupos de animales por su seguridad?

Tenía las manos sobre sus muslos ahora.

—Mía —dijo.

—No, no sólo tuya. Apuesto a que tu esposa tuvo algo que ver con esto. Cada vez que alguien de forma aislada más fuerte que tú y tu hermano llegaba, ella decía que no, ¿no? Decía que no eran necesarios, ¿verdad?

—Sí —dijo.

—Si hubieras dejado que algo de fuerza entrara en tu orgullo, podrías haber aprendido a ser un mejor rey.

—O me habrían matado y habrían tomado el orgullo, tomado a…

—Tu mujer —dije.

Él asintió.

—He oído que algunas de las tomas de león funcionan así. Veo porque no quieres arriesgarte.

—Entonces, lo entiendes.

Negué con la cabeza.

—No puedo permitirme el lujo de entenderlo, Joseph. No puedo pagar para que puedas esconderte más detrás de mis faldas. Micah estaba tratando de echarte de nuestra alianza. —Busqué en la habitación a Graham que estaba en la puerta—. Graham, ¿hubo otro voto además del de los leopardos para este tema?

—Dijeron más o menos lo que has dicho, que todos han perdido personas o tenían lesiones y los leones solo toman los recursos y no dan nada a cambio.

—Le di a Anita la opción de escoger entre todos los leones solteros de mi clan. Y desfilaron frente a ella en una especie de subasta de esclavos.

Había estado luchando contra la mala sensación por esta decisión, hasta ese momento.

—Subasta de esclavos, ¿es la forma en que lo viste?

—Estás recogiendo hombres para tener sexo con ellos. Si no tienes otra opción, entonces eres un esclavo.

—No he follado con ninguno de los jóvenes leones.

Me miró como si no me creyera en absoluto.

—¿No les preguntaste nada de lo que hicieron conmigo?

—Ya nos sentíamos mal por dártelos. No necesitábamos escuchar todos los detalles.

—Es pedante tu propia justicia. No dormí con ellos porque la mayoría son vírgenes, o malditamente cerca de ello. La corrupción de los jóvenes simplemente no me atrae.

Hubo un golpe en la puerta. ¿Quién será esta vez? Graham abrió la puerta, y de pie en la puerta estaba la razón para el miedo de Joseph, y la otra razón por la que yo enviase a los leones a Chicago la primera vez. Haven, alias el Monstruo de las Galletas, entró en la habitación.



TREINTA Y OCHO

Era alto, un poco delgado para mi gusto, pero un abrigo de cuero le daba más volumen a través de los hombros de lo que sabía que tenía. Su pelo corto, con pinchos aún en tonos azul como el Monstruo de las Galletas y el cielo de primavera. Sus ojos seguían siendo azules y reían. Todavía era guapo. Era un peligro.

Joseph se puso de pie. Wicked y Truth pusieron una mano en cada uno de sus brazos. No luchó contra ellos al respecto. Sólo miró hacia el otro hombre. En realidad estaban bloqueaban mi visión. Estaba bien con eso. Cuanto menos le viera, mejor.

—Va contra las reglas que le sujeten por mí. —La voz de Haven era agradable, como si estuviera preguntando por el tiempo. Probablemente tenía una cara agradable para ir con la voz. Podía parecer agradable y divertido hasta el momento en que te hacía daño. Era un matón profesional, y lo había sido toda su vida adulta. Fue agente de la mafia y se hizo león.

Como he dicho, peligroso.

—Te vencí la última vez —dijo Joseph. Eso era cierto.

—Tuviste suerte —dijo Haven, y la voz se deslizó hasta algo menos agradable.

—Pero ni siquiera sabía que estabas aquí. He venido a ver a Anita.

Truth y Wicked se hicieron a un lado llevándose a Joseph con ellos. De repente estuve allí mirando al otro hombre. Tuve un momento mirando el azul de su engañosamente inocente mirada, como un color de inocencia y luego su mirada se deslizó por mi cuerpo. No fue sexual; me había olvidado bajar mi bata, por lo que las heridas eran todavía visibles.

Su rostro estaba muy serio, y en el borde de este había un destello de ira a través de los ojos azul cielo.

—Mujer tigre, ¿eh?

—Sí.

Extendió la mano, como si fuera a tocar las heridas. Coloqué la bata de nuevo sobre mi piel. Me miró a la cara otra vez. Había una mirada en sus ojos que no podía descifrar. Era una mirada seria, no sabía que significaba.

Algo se agitó en mi interior, algo que brilló rojizo y oro en el extremo del oscuro túnel. De repente olí a hierba seca y al calor tan caliente que tenía olor a ella. Olí a león.

—Estoy intentando ser bueno aquí —dijo Haven—. Si me mandas tus feromonas de leona, no puedo prometer ser bueno.

—Aprecio eso —dije en voz alta, pero la mano me dolía por tratar de alcanzarle. Fue atenuando su nivel de poder, y yo estaba atenuando el mío, pero el impulso de tocarle aún estaba allí. Micah había especulado que mi poder no era la búsqueda de un león para otro animal para llamar como Nathaniel. El poder estaba buscando lo que Micah era para mí, un Rex para mi Regina. Quimera había sido de la misma manera, supongo, que había sido el dominante en cualquier grupo del que se hizo cargo. La mezcla de la unión de animales y la línea de vampiros de Belle Morte parecían haberme cambiado intentando ser dominante con todo el mundo para intentar ser una pareja dominante con todo el mundo.

—Toma su mano.

Parpadeé hacia ellos.

Truth repitió:

—Toma su mano.

—No estoy segura de que sea una buena idea.

Haven se acercó a mí. Podría haber retrocedido, pero estaba congelada. Tal vez fue un lapsus freudiano, o tal vez fue un destello completo.

Su mano abrazó la mía con espacio de sobra. Sus manos eran tan grandes como las de Richard, los dedos más largos, más cerca de la forma de las manos de Jean-Claude, pero el tamaño era el de Richard. La sensación de su mano en la mía hizo más difícil que mi pecho se aflojara. Tenía suficientes hombres en mi vida, maldita sea. Todo lo que tenía que hacer era soltar su mano, pero no me soltaba.

Haven tenía la mirada fija en las manos entrelazadas, como si no supiese lo que eran. Sonaba distraído, como si estuviera pensando en algo muy diferente de lo que decían las palabras, dijo:

—Tu Nimir-Raj ha sacado a Joseph y a sus leones de la coalición. He preguntado a los hombres rata, a los hombres hiena, y a tu Ulfric. Están todos de acuerdo en lo que tengo que hacer.

—Fue bueno que lo consultaras con todo el mundo —dije la verdad.

—Los grupos de animales en tu coalición con Jean-Claude siguen unidos. No quería mear fuera de todo el mundo en mi primer día de regreso. —Estaba frotando el dedo a través de mis nudillos mientras hablaba—. Sólo necesito pedirte que me digas cómo te sientes al respecto, y podré empezar.

—Anita, por favor —dijo Joseph. Aún estaba entre los dos vampiros.

—Nadie en la coalición confiará en ti, nunca más, Joseph. No confío en ti tampoco.

—¿Así que no importa lo que debo hacer? —preguntó Haven. Me estaba mirando a la cara ahora. Su rostro era más serio de lo que había visto.

—Hay algunos leones en su grupo que son débiles, pero siguen siendo valiosos. Dales la oportunidad de que se reúnan contigo.

—Valiosos ¿cómo?

—Tienen puestos de trabajo. Traen ingresos al orgullo para que otros no tengan que trabajar.

—El dinero no será un problema. Auggie nos financiará hasta que las cosas se pongan en marcha.

—Y eso es otra cosa, voy a intentar no interferir en la forma que manejes al orgullo, pero no puedo dejarte hacer nuevas conexiones con la mafia de St. Louis.

—Sabes que es una de las principales razones por las que Auggie

quería estar aquí.

—Pensé que así era, bastante tenemos sin añadir a la delincuencia. Voy a dejar que hagas con los leones lo que se tiene que hacer, pero la mafia es humana y soy un marshal federal. No me hagas tener que elegir.

—Voy a tener que hablar con Auggie. —Seguía sosteniendo mi mano, pero sus ojos no me miraban otra vez.

—Hablaré con él si lo deseas, o puede hacerlo Jean-Claude.

—Jean-Claude probablemente pueda llegar a un compromiso que Auggie escuchará —dijo Haven.

—¿Recuerdas a los dos leones que casi mataste cuando estuviste aquí la última vez?

—Los chicos de la universidad, sí.

—Me han ayudado a mantener a mi bestia bajo control. De hecho, Joseph tiene un montón de gente joven en la universidad. Van a terminar sus estudios, y a ayudar a traer dinero legítimo.

Su mano se apretó en torno a la mía, no era doloroso, sino firme.

—¿Has dormido con ellos?

Comencé a preguntar por qué, pero había algo en la forma en que estaba de pie allí, el tipo de silencio que me dio miedo tomarle el pelo. Le dije la verdad:

—No.

—Ninguno de ellos —dijo.

—No, pero si no puedes compartir, tienes en tus manos la mano de la chica equivocada.

—Sé cuántos hombres tienes en el plato, pero no son leones.

—¿Y si me hubiese acostado con alguno de los otros leones?

Me dio una mirada, no había nada reconfortante en esa mirada, demonios, no había nada demasiado humano en ese aspecto.

—No voy a compartirte con otro león.

—Necesitaré a más de uno para cada una de mis bestias. No puedes estar conmigo las veinticuatro horas los siete días de la semana.

Frunció el ceño.

—No, no puedo.

—Además, tengo a Micah como mi Nimir-Raj, luego, a Nathaniel que es mi leopardo para llamar. Es posible que funcione de esa manera para todas mis bestias.

—Sólo tienes al Ulfric.

—No es cierto —dijo Graham—. Ella ve mucho a Jason.

—Él es el *pomme de sang* de Jean-Claude —dije.

—Por eso, está alrededor todo el tiempo, pero no es por eso que lo haces todo el tiempo.

—Gracias por ponerlo de esa manera, Graham. —Es curioso como Graham me recordaba porque no quería tener sexo con él.

—También es el mejor amigo de Nathaniel. —Agregó Wicked.

—¿Podemos por favor, cambiar de tema? —dije.

—Pero Jason no es su animal para llamar —dijo Truth.

—Entonces, ¿por qué tiene a un leopardo, pero no a un lobo para llamar? —preguntó Graham.

—No lo sabemos —dijo Wicked.

—Chicos, ya basta —dije.

—Tiene razón —dijo Haven. Miró a Joseph—. No podemos resolver esto ahora, así que vete. Ve y dile a tu orgullo que les has fallado. Diles que les daremos seguridad esta noche.

—¿Qué pasa mañana? —preguntó Joseph.

Haven dio esa sonrisa desagradable otra vez.

—Entonces tú y yo veremos si sigues teniendo suerte o la suerte te ha abandonado.

—Le vas a hacer tu Rex, el Rex de Jean-Claude —dijo Joseph. Él miró al hombre león—. ¿Estas dispuesto a hacer lo que el Nimir-Raj y el Ulfric hacen?

—¿Y eso es?

—Dormir con su maestro. Dormir con Jean-Claude.

Es curioso cómo algunos rumores nunca mueren, no importa cuántas veces trates de matarlos. Antes de que pudiera decir nada, Haven respondió:

—No deberías creer todos los rumores que escuchas.

—No son rumores, si son ciertas.

—Tú también pensaste que estaba durmiendo con tus leones y eso tampoco es cierto.

—Si tú lo dices.

—Sacadlo de aquí —dijo Haven.

Los vampiros me miraron. Asentí.

Empezaron a escoltar a Joseph hacia la puerta.

—Me condenas a la muerte, Anita —gritó por encima de su hombro.

No sabía qué decir a eso, así que no dije nada. No se puede proteger a todo el mundo, y no podíamos darnos el lujo de tener a algún aliado que no estuviera con nosotros al cien por cien. No era sólo el sexo. No había ningún león lo suficientemente fuerte para hacer de guardaespaldas. Ni uno solo. No pueden ser débiles y sobrevivir.

Wicked estaba susurrando algo al oído de Joseph. Su apretón en el brazo del hombre fue lo suficientemente tenso para acortar la distancia. Lo que dijo calmó las protestas y lo envió fuera de la puerta.

—¿Qué le has dicho, Wicked? —pregunté.

—Le dije que el hombre león le había dado seguridad esta noche, pero si seguía diciendo cosas malas sobre nuestros maestros, lo haríamos esta noche.

—Es mi lucha —dijo Haven.

—Le dije que lo haríamos, no que lo mataríamos. Después de todo lo que acababa de decir, me di cuenta de que la violación le asusta lo suficiente para sacarlo de aquí.

—No te gustan los chicos —dije.

—No sabes lo que me gusta. Has trabajado duro para no saberlo. Mi orgullo esta herido, pero lo superaré. Pero Joseph no cree nada que le diga la gente de Jean-Claude, incluso cree que provocarían la violación masculina.

—Así que realmente hay un rumor acerca de que nadie se une a Jean-Claude sin pasar por su cama.

—O tuya —dijo Truth.

—Estoy muy decepcionado de que no sea verdad, por cierto —dijo Wicked travieso, con una sonrisa.

—Yo también —dijo Graham.

Les di a ambos la mirada que se merecían.

—No quiero hacerlo —dijo Truth.

Le miraron.

—¿Por qué no? —preguntó Graham.

—Porque ya estoy muy atado a Anita. Si me acuesto con ella, sería poco más que el esclavo que Joseph nos acusó de ser.

—Confiad en mi chicos me estáis sobreestimando —dije.

—No sé nada de eso —dijo Haven. Extendió su mano y me tocó con los dedos de la otra—. Tienes las manos demasiado pequeñas.

—Delicada y peligrosa —dijo Wicked.

Haven comenzó a hablar, casi como para sí mismo.

—No soy del tipo complicado. Ya lo sé. No soy tonto, pero no soy exactamente un lumbreras tampoco. Lo sé, también. Me gusta ser un chico. Me gusta ser el musculitos. Me gusta lastimar a las personas. No me importa matar a gente. Me gusta mi trabajo. Me gusta beber con los amigos, un poco de póquer, y los clubes para caballeros, de mierda. Era una buena vida.

—Haces que suene como si ya no lo fuera —dije.

—Volví a Chicago, a mi vida, pero no funcionó ya. Todavía me gustaba lastimar a la gente, pero empecé a preguntarme si me odiabas por hacer algunas de las cosas que hacía para Auggie. Me quedé pensando: ¿Qué pensaría? Me pregunté las mismas cosas que me preguntaba al principio de mi carrera. Auggie se dio cuenta.

—Te envié de vuelta a casa, Haven. No hice nada para que pensaras en mí.Traté de retirar mi mano, apretó sus dedos, y yo no luché.

—Sí, lo hiciste, Anita, tal vez no a propósito, pero así fue. En primer lugar, jodiste mi trabajo y entonces jodiste mi diversión. Empecé a buscar a mis amigos y lo que hacíamos y lo que pensábamos, entonces pensé que estarías decepcionada. Pensarías que era estúpido. —Negó con la cabeza—. Maldita sea, nunca he dejado que ninguna mujer me líe de esta manera.

—Haven, yo…

—Déjame terminar —dijo.

No estaba segura de que quisiera que terminara, pero le dejé.

—Las mujeres son sólo para follar, o casarse para poder tener hijos si esa es tu meta. Las mujeres no cuentan, no en mi mundo, no en el mundo de Auggie. Pero contabas, para él, y para mí. Pero sobre todo para mí. No importa con que mujer estuviera, o lo bueno que fuera el sexo, en el momento todo había terminado, se sentía mal. No era suficiente. Maldita sea, maldita sea, empecé a pensar en las relaciones. Tener a una chica con quien hablar. Fui un estúpido de mierda tanto que me di por vencido antes de llegar a los quince años, y de repente todo está aquí de nuevo. Era un nuevo chico, pensando que había más en la vida que ser el musculitos de Auggie. No hay nada más en mi vida, Anita. No hay nada más. —Su voz se había hundido a un gruñido.

No sabía qué decir. Lo siento no cuadraba y no es culpa mía no parecía algo mejor. No tenía la intención de joder tu vida parecía la más exacta. Finalmente me conformé con:

—No quería que te replantearas la vida, Haven.

—Sí, lo hiciste. Auggie dice que lo hiciste. Dice que no tenías intención de hacerlo, pero tu mente me atrapó al igual que Belle Morte, o puede. Soy tu león, Anita. Soy tuyo. Tuyo en una forma que nunca había sido de nadie. Por ti quiero ser una persona mejor. ¿Qué puta mierda es eso?

La voz tranquila de Truth dijo:

—Una mujer siempre hace que un hombre quiera ser mejor persona. Belle Morte no hace que alguien quiera ser mejor. Ella hace que te obsesiones con ella, seguirla como un perro, pero no piensas, ¿Ella piensa mal de mí si hago esto que es terrible? Hizo cosas mucho peores que lo que alguien estuviera dispuesto hacer, incluso Wicked lo encontró inmoral.

—Auggie dijo que era la misma mente jodida que la mierda que Belle Morte.

—Tu atracción por Anita pueden haber sido por los poderes de vampiro, pero tu reacción después de eso no lo es —dijo Wicked, y había una nota de casi tristeza en su voz.

—¿Qué significa eso? —preguntó Haven, con voz irritada.

—Quiero decir, mi buen amigo —dijo Wicked—, que estás enamorado de la mujer.

—No —dijo Haven.

—Sólo el amor de una mujer de buena voluntad, hace que el hombre se pregunte por cada elección, cada acción. Sólo el amor hace que un guerrero dude por miedo a que su mujer lo encuentre cruel. Sólo el amor hace a un hombre mejor de lo que será nunca, y lo puede hacer más débil. A veces, todo en el mismo momento.

No sabía qué decir. Parecía como si tuviera que decir algo. Tal vez no estaba enamorada de él. O tal vez era sólo lujuria. O… pero una cosa debía ser clara entre nosotros.

—Agradezco toda la honestidad, Haven, realmente lo hago, pero tengo que estar segura de entender algunas cosas.

Me dio una mirada que era a la vez enfadada e inquieta.

—¿Qué cosas?

—Lo has hecho bien. Te pusiste en contacto con todos los líderes del grupo. Eso fue genial. Pero no he dicho que te vaya a hacer uno de mis novios.

Me apretó la mano, trazó sus dedos en mi muñeca. Tuve que luchar para no temblar bajo incluso su pequeño toque. Conocía esta reacción. Era

demasiado parecida a mi reacción con Micah, me había afectado también, maldita sea. Sin embargo, cuando Micah entró en mi vida el *ardeur* era nuevo, y así como mis propias bestias. No era nueva en el control de esto. Gracias a Dios.

—Tu pulso se acelera incluso cuando te rozo. ¿Cómo puedes decir que no me quieres?

—No he dicho que no te quiera. Pero mi vida casi funciona. Me gusta vivir con Micah y Nathaniel. Me gusta pasar tiempo con Jean-Claude y Asher. No necesito a otro hombre en mi vida que no comparta. Francamente, estoy intentando adelgazar el número de hombres en mi vida. Realmente no quiero otro.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo, que viniste aquí pensando en que si te presentaras serías mi pareja. No des por sentado que puedes encajar en mi vida.

Entonces me soltó la mano, y su mirada fue muy fría.

—¿Puedo hablar contigo como nunca he hablado con otra mujer, y esto es lo que recibo?

—Sí, porque mi vida funciona. Las obras de la coalición. Lo que he hecho para que la estructura de poder en este territorio funcione. No las voy a poner en peligro, no por la lujuria, o incluso por el amor.

—Pregúntale cómo se siente sobre ti —dijo Truth.

Haven negó con la cabeza.

—Dile cómo te sientes, Anita.

No quería, pero Truth tenía razón. Uno, Haven había sido honesto conmigo. Dos, el ego de un hombre es muy frágil la mayoría de las veces. Los hombres son los más fáciles de herir y los más difíciles de curar. No sabía cómo íbamos a terminar él y yo, pero todo lo que íbamos a hacer, tenía que ser honesto.

—Pensé en ti mientras estabas en Chicago, pero no conoces la verdad real sobre mí. Te envié lejos porque no podía soportar no tocarte. Quería estar desnuda contigo, y hacer todas las cosas que haces cuando te quitas la ropa.

—Estás diciendo que me querías, como si hubiera pasado.

—Todavía siento la atracción, confía en mí. Pero no es el atractivo inicial abrumador de la primera vez. Con Micah me pasó igual. Si puedo conseguir un poco de distancia entre el hombre y yo, entonces, al parecer, tengo mejor control.

—Me pregunto ¿cómo sería tu control si le dieras rienda suelta a mi león contigo? Estás herida. Necesitas sanar, pero cuando estés bien, quiero ver que tan bueno es tu control con mi león suelto.

—No me amenaces, Haven. No reacciono bien a eso.

—No es una amenaza, Anita. Estoy siendo muy bueno ahora mismo. No tienes ni idea de lo bueno que soy.

—Soy consciente de eso —dije.

—Pero no soy bueno. Soy malo. Creo que como un chico malo. Aléjame, y todas mis buenas intenciones se irán por la ventana.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Significa que una vez que mate a Joseph y me haga cargo del orgullo, voy a ser un miembro permanente de tu coalición. Voy a ser el Rex local. Una vez que me haga cargo de Joseph, no puedo volver a Chicago.

La parte humana de mí, la parte común dijo, Envía su culo de vuelta a casa. La parte fría y practica me dijo, ¿Quién más va a manejar a los leones? No había otros candidatos. La leona en mí quería saber si era tan bueno como presumía. No sólo sobre el sexo, sino también con el poder. La leona más que cualquier otra de mis bestias quería un compañero que pudiera protegerla, mantenerse al día con ella. Ninguno de mis otros animales era tan competitivo como el león. Tenía un remolino lejano de tigre, como un sueño dentro de un sueño. El tigre quería que lo dejaran en paz. A mí eso me parecía muy bien.

—Tengo miedo de ti, Haven. Tengo miedo de que tu león joda mi vida. Eres malo, y has sido malo toda tu vida adulta. Eso hace un montón de malos hábitos que puedes sacar a relucir.

—No estoy seguro de saber cómo ser bueno.

—Ya lo sé.

—¿Puedo quedarme? Decide ahora, Anita, porque una vez que el orgullo sea mío, la elección se acabó.

Pensé en ello. Me iría bien con él como nuevo Rex, pero como nuevo novio, bueno, tenía la palabra desastre escrita por todas partes. Abrí la boca para decirle vete, pero mi leona clavó una garra en mi interior, como si estuviera jugando con mi hígado. Me hizo retorcerme en la cama y no en buena manera.

De repente un montón de gente me estaba preguntando:

—Anita, ¿estás bien?

Asentí. Tenía más control sobre mi bestias, realmente lo hacía. Pero al

parecer, todavía no tenía el control completo. ¿Podría la leona permitir que enviara a este nuevo Haven a Chicago, o me desgarraría?

No sé lo que le hubiera dicho a Haven, porque no tuve la oportunidad. La puerta se abrió, y era Dolph otra vez, pero con más policía detrás.

—Todo el mundo que lleve un arma, pero que no porte una insignia, fuera.

Desde que era todo el mundo excepto Graham, se fueron. Dolph estaba tan enfadado que había logrado superarlos a todos en primer lugar. Al parecer, los jefes iban a volar, al menos en sentido figurado.

Edward volvió a la habitación, mientras que Dolph daba a cada uno de sus guardias una escolta policial para que se fueran de los terrenos del hospital.

Dolph decidió que Ted Forrester y su amigo alemán podían quedarse en el pasillo. Eran suficientemente musculosos para mantener mi seguridad, por lo que Graham no tenía por qué estar aquí tampoco.

—Dolph, Graham no está armado.

—Tienes a Forrester y a Otto Jeffries para proteger tu espalda, o ¿hay algo pasando en nuestra ciudad tan peligroso que necesitas a todo este poder de fuego? —Me dio los ojos policiales que siempre parecían ver todo.

Negué con la cabeza. Le dije a Truth, a Wicked, a Haven, y a Graham que se fueran con los policías. Se fueron. Porque Dolph estaba bien con Edward y Olaf, estaba bastante segura, por lo menos de nuestros enemigos. Había visto a Olaf usar un arma. Sabía que era un buen hombre en una pelea, pero de alguna forma nunca me sentía completamente segura con Olaf cerca. Eso era curioso.



TREINTA Y NUEVE

El doctor me dijo que me podía ir. Que si me ejercitaba y no dejaba que la cicatriz se endureciera, estaría bien. También asumió que era un cambiaformas, un nuevo tipo de cambiaformas que podía cambiar en diferentes animales. En realidad utilizó el término panwere. Era la primera vez que había oído eso a nadie, excepto a un cambiaformas. El médico nunca había visto uno, hasta a mí. Le dije que todavía no había visto uno, pero nada que le dijese lo persuadiría de lo contrario, así que me di por vencida. Si la gente no cree la verdad, y no quiero mentir, entonces estás fuera de opciones. Quimera habría sido el verdadero asunto, un panwere de verdad, y uno de los más aterradores seres que jamás había conocido. Me preguntaba ¿qué le habría hecho el médico?

Caminé por el pasillo hacia la habitación de Peter, con Edward delante. Olaf cerraba la marcha. No me gustaba que estuviera a mi espalda, pero no estaba haciendo nada malo. Para él, era positivo ser un buen chico. El

hecho de que podía sentir el peso de su mirada sobre mi espalda casi igual que una mano presionando entre mis omóplatos no era algo de lo que pudiera realmente quejarme. Quiero decir, qué le iba a decir, ¿Deja de mirarme? Era un poco infantil decirlo en voz alta, no importa cuán cierto era.

No ayudó que Olaf y yo estuviéramos vestidos igual, o más o menos. Edward estaba en su camisa blanca abotonada y pantalones vaqueros y botas de vaquero. Ted Forrester se vestía para estar cómodo, Olaf se vestida para intimidar o porque le gustaba el estilo asesino gótico. Yo no había elegido mi ropa, Nathaniel lo había hecho. Vaqueros negros lo suficientemente apretados para que la pistolera interior entrara poco, pero los vaqueros se metían amablemente en las botas con cordones. La camiseta negra tenía un cuello redondo bajo y el sujetador que estaba debajo se aseguraba de que hubiera un montón de primicia que mostrar. Mi cruz se situaba en mis pechos, en lugar de colgar delante de ellos. ¿Cómo sabía que Nathaniel había preparado la bolsa y no Micah? En primer lugar, las bragas y el sujetador hacían juego, y las bragas eran perfectas para los vaqueros de cintura más baja, en segundo lugar, la camisa y el sujetador mostraban un gran escote, en tercer lugar, las botas. Tal vez mis Nike estuvieran cubiertas de sangre, y probablemente lo estén, y las botas eran cómodas y de tacón bajo, pero Nathaniel tenía veinte años y hombre y a menudo miraba la ropa desde la perspectiva de su trabajo. Micah tenía la tendencia de no coincidir con todo a la perfección, él habría puesto una camiseta sexy del cajón que compartíamos. El conjunto no habría parecido tan terrible como conjunto si Micah lo hubiera llevado. Tendría que hablar con Nathaniel en cuanto a elegir las cosas con mucho escote cuando estaba trabajando con la policía. Tenía mi pistolera de reserva en el hombro en lugar de mi pistolera de cuero hecho a medida, probablemente significaba la eficacia del hospital para destruirlo. Esta sería la segunda o tercera vez que habían conseguido cortarlo en pedazos en una sala de urgencias.

Sentí calor o un movimiento de aire, o… algo. Me giré y debí haberlo hecho lo suficientemente rápido como para atrapar Olaf a mitad del movimiento, tirando de su mano hacia atrás. Casi me había tocado.

Le miré airadamente, y él me miró fijamente. Aquellos ojos oscuros y hundidos me miraron fijamente a la cara, y luego su mirada fija se deslizó hacia abajo delante de mi cuerpo del modo en que los hombres pueden hacer. Aquella mirada que se desliza sobre ti de modo que sabes que

piensan en ti desnuda, o peor. En el caso de Olaf era probablemente peor.

—Deja de mirarme así —dije.

Edward estaba mirándonos.

—Todo hombre que te vea esta noche te va a mirar así. —Hizo un gesto en dirección a mi pecho—. ¿Cómo no podrían?

Sentí el calor ir hasta mi cara, y hablé con los dientes apretados.

—Nathaniel escogió la ropa para llevarla al hospital, no yo.

—¿Compró la camisa y el sujetador? —preguntó Olaf.

—No —dije—. Lo hice yo.

Se encogió de hombros.

—Entonces, no culpes al chico.

—Sí, pero son ropa para citas, y no creo que haya tiempo para una cita esta noche.

—¿Vamos a la caza del vampiro que se nos escapó? —preguntó.

Asentí.

—Sí, sí podemos averiguar dónde están su criado humano y ella, sí. —Él sonrió.

—¿Qué? —dije, porque la sonrisa cuadraba con lo que estábamos hablando.

—Si las cosas salen como espero, pueda que le deba a tu chico un gracias.

Negué con la cabeza.

—No lo entiendo.

Edward me tocó el brazo, y me sobresalté.

—No querrías entenderlo. —Me llevó por el pasillo, con la mano en mi brazo. Olaf se quedó donde estaba, mirándonos con esa mitad extraña sonrisa en su rostro.

—¿Qué? —pregunté a Edward.

Se inclinó cerca, hablando en voz baja y rápido:

—Mientras estabas inconsciente, Olaf entró en tu habitación. Estabas cubierta de sangre y habían cortado la mayor parte de lo que llevabas puesto. Te tocó, Anita. Los médicos y los guardias le persiguieron de vuelta y le saqué de la habitación, pero…

Tropecé, porque estaba tratando de detenerme, y él nos mantuvo en movimiento.

—Me tocó ¿dónde? —pregunté.

—En el estómago.

—No lo entiendo —y luego lo hice—. Las heridas, tocó las heridas.

—Sí —dijo Edward, y nos detuvo ante una puerta.

Tragué saliva, tanto mi pulso y una cierta náusea estaban tratando de subir en mi garganta. Miré por el pasillo hacia donde Olaf seguía de pie. Sabía que mi cara mostraba miedo, no podía evitarlo. Saqué el labio inferior por debajo y lo mordí. Creo que fue un gesto inconsciente. Un gesto que uno hace cuando se mueve al punto en que no piensas en cómo te ves, o quien te está viendo.

Luego se trasladó por el pasillo hacia nosotros como un monstruo de una película en blanco y negro. La clase que tiene apariencia humana, y es humano, pero en su mente no hay nada humano para hablar.

Edward abrió la puerta y me llevó dentro. Al parecer, no estaban esperando a Olaf. Me pareció muy bien.

Me tropecé en el umbral. Tensó su mano, para estabilizarme. La puerta se cerró delante de Olaf deslizándose por el pasillo. Se movió como si todos sus músculos supieran lo que estaban haciendo, casi como un cambiaformas. Tan necesitado por matar.

Debía parecer pálida, porque Micah cruzó la habitación y me llevó a sus brazos. Me susurró contra mi mejilla:

—¿Qué pasa? —Me abrazó más fuerte. Estás temblando.

Envolví mis brazos a su alrededor y me apreté tanto contra él como pude. Fue uno de esos abrazos cuando se siente como si estuvieras intentando fundirte con la otra persona. Algunas veces es sexual, pero a veces es porque el mundo ha ido muy mal y necesitas aferrarte a algo. Me aferré a Micah como si fuera la última cosa sólida en el mundo. Enterré mi cara contra la curva de su cuello y aspiré el olor de su piel. No volvió a preguntar qué pasaba, simplemente me abrazó.

Otros brazos me abrazaron por detrás, otro cuerpo se apretó contra mí. No tenía necesidad de abrir los ojos para saber que era Nathaniel. Ni siquiera necesitaba el ligero olor a vainilla. Conocía la sensación de su cuerpo contra el mío. Conocía su sensación sosteniéndome juntos.

Otro cuerpo vino a nuestro lado. Me di la vuelta para mirar, y vi que era Cherry. Ella pasó un brazo alrededor de los dos hombres. Me di cuenta con un destello que no era más alta que Nathaniel ahora.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con ojos oscuros preocupados.

¿Qué diría? ¿Que tenía miedo de Olaf? Ese pensamiento de que él había acariciado mis heridas ¿me asustaban? Me preguntaba si había

tocado el intestino que sobresalía de la forma en que un hombre toca un pecho. ¿Quería saberlo, o no?

Se abrió la puerta detrás de nosotros. Edward me asintió y se fue hacia la puerta abierta. Habló en voz baja, luego, salió para hablar con Olaf en privado, o tal vez simplemente para mantenerlo alejado de mí durante un tiempo. Sea como fuere, me sentí agradecida. Por supuesto, me dejó con otro de los resguardos de Edward.

Miré pasando por el hombro de Micah y el brazo de Cherry hacia la cama en la habitación. El dolor había traído más sombras en aquel muchacho que cuando conocí a Peter por primera vez. Estaba pálido y terriblemente joven tendido conectado a tubos y monitores. Cuando me desperté, no había estado conectada a nada que monitoreara mis órganos vitales. ¿Estaba peor que yo?

Susurré:

—No creo que pueda explicar lo que pasa. —Cherry me dio unos ojos entrecerrados.

—Voy a tratar de explicarlo más adelante, lo prometo.

Ella me frunció el ceño, pero dio un paso hacia atrás como si supiera lo que iba a hacer. Tal vez lo hizo. Probablemente hice algunos pequeños movimientos hacia la cama, o giré mi cuerpo como si se preparase para moverse. La mayoría de la gente no se da cuenta, pero muchos de los cambiaformas lo hacían.

Abracé a Micah de nuevo, un poco menos fuerte, y me besó. Fue un suave y prolongado beso. Si Peter no hubiera estado observándonos podría haber hecho más, pero estaba, y Edward se estaba ocupando del grande y espeluznante en el pasillo. Eso me dejaba sin el grande, pero espeluznante de una manera muy diferente. Me incliné hacia atrás para mirar por encima del hombro a Nathaniel. Me besó en la mejilla, poniendo su mano en el otro lado de mi cara por lo que podría presionar nuestras caras juntas. Me di la vuelta para que pudiera conseguir más de un beso, pero me dio uno de los besos más delicados, caballerosos que alguna vez me había dado. Me aparté, mirándole perpleja. Su fija mirada lavanda chasqueó a través del cuarto hacia la cama. Lo tenía, y no lo tenía. Algo sobre Peter mirándome hizo que Nathaniel se comportara, yo no sabía por qué, o qué. Quiero decir que era un beso, no sexo. Empujé la idea lejos entre la multitud de otros pensamientos confusos. Había muchos, sentí que necesitaba una jaula para mantenerlos, así todas las cosas que no entendía no me podrían abrumar.

Conseguí una mejor visión de la ropa de Nathaniel y me di cuenta de que se había vestido casi exactamente como me había vestido, a excepción de que la camiseta era de chico, y no llevaba ningún arma. Parecíamos como si nos fuéramos de fiesta. Difícil quejarse por cómo alguien te viste cuando estáis usando la misma ropa. Las ropas eran el menor de los problemas en comparación a lo que estaba esperando.

Tomé una respiración profunda y salí del círculo de reconfortantes manos. Me moví de ese círculo de calor para hacer frente al reciente confuso pensamiento. Este me miraba con ojos marrones que parecían islas en la piel pálida de su rostro. Peter no era naturalmente pálido, no como yo, o Edward, pero estaba pálido ahora. La pérdida de sangre y el dolor te hacen eso.

Me acerqué a la cama. En ese momento prefería enfrentar a Peter que a Olaf. ¿Estaba siendo una cobarde o era Edward el cobarde? Apostaba a que él prefería pelearse con mil Olafs que enfrentarse a su casi hijastro ahora. La mirada en el rostro de Peter cambió, mientras caminaba hacia la cama. Todavía estaba lastimado, pero su mirada parecía estar atraída por algo distinto en mi cara. En el momento en que llegué a la cama no estaba tan pálido, encontró la suficiente sangre en algún lugar para ruborizarse.



CUARENTA

—Hey, Peter —dije.

Volvió la cabeza porque estaba mirando al techo. Al parecer, no confiaba en sí mismo para no quedarse mirando mi pecho y no estaba seguro cómo iba a reaccionar. Yo tampoco estaba segura.

—Pensé que estabas herida —dijo.

—Lo estaba.

Se volvió a mirarme con el ceño fruncido.

—Pero estás levantada. Me siento muy mal.

Asentí.

—Estoy un poco sorprendida conmigo misma, la verdad.

Su mirada había descendido de nuevo. Olaf estaba medio loco, pero tenía razón en una cosa. Los hombres miraban, algunos con el propósito de ser grosero, pero no todos. Algunos, como Peter, bueno, era como si mi pecho fuera un imán y su mirada hierro, sólo lo atraía. Iba a tener que

hablar con Nathaniel sobre qué ropa empacar la próxima vez. La próxima vez que estuviera tan herida que acabara inconsciente en el hospital. Simplemente asumí que habría una próxima vez. A menos que cambiara de trabajo, la habría. La idea me asustó, ¿estaba pensando en renunciar a la caza de vampiros? ¿Realmente lo estaba considerando? Tal vez, tal vez lo estaba haciendo. Negué con la cabeza y empujé el pensamiento en esa jaula con todos los otros pensamientos. La jaula estaba malditamente llena.

—¿Anita? —preguntó Peter.

—Lo siento, estaba pensando demasiado.

—¿Qué pasa? —Estaba arreglándoselas con el contacto de los ojos. Parecía como si debiera acariciar su cabeza y darle una galleta, buen chico. Dios, estaba de un humor extraño esta noche.

—A decir verdad, me preguntaba si quiero seguir cazando vampiros.

Sus ojos se agrandaron.

—¿De qué estás hablando? Esto es lo que haces.

—No, yo levanto zombies; la caza de vampiros se supone que es una actividad complementaria. A veces los zombis me hacen daño, pero los vampiro y la caza de licántropos deshonestos, es más probable que me metan en el hospital. Tal vez estoy cansada de despertar con nuevas cicatrices.

—Despertar es bueno, sin embargo —dijo, y su voz sonó frágil. No estaba mirandome a la cara o al pecho ahora. Estaba mirando a la distancia, con esa expresión en la cara que dice que está viendo algo desagradable, reviviendolo, sólo un poco.

—Pensabas que no ibas a despertar —dije, y guardé mi voz suave.

Me miró con los ojos muy abiertos, con la mirada perdida y asustada.

—No, pensé que esto era. Pensé… —Se detuvo y no quiso encontrase con mis ojos.

—Pensabas que ibas a morir —terminé por él.

Él asintió, luego hizo una mueca como si el movimiento le hiciera daño.

—Sabía que no podía morir, o tú. Las heridas en el estómago duelen como el infierno y pueden tomar un montón de curación, pero raramente son mortales con los antibióticos modernos y la atención médica oportuna.

Me miró sin comprender.

—¿De verdad piensas en todas las consecuencias?

Pensé en ello.

—No exactamente, pero me han lastimado mucho, Peter. He perdido la cuenta del número de veces que he perdido el conocimiento y he despertado en un hospital, o en algún lugar peor.

Pensé que tenía los ojos en mi pecho de nuevo, pero dijo:

—La cicatriz en tu clavícula, ¿qué la hizo?

Otra línea interesante de llevar gran parte de mi pecho a la vista era que algunas de mis cicatrices estaban expuestas. Había estado más preocupada por mi modestia que por las cicatrices.

—Vampiro.

—Creí que era un mordisco de un cambiaformas.

—No, un vampiro. —Le mostré mis brazos con todas sus cicatrices—. La mayoría de estas son de vampiros. —Toqué una en el brazo izquierdo: marcas de garras—. Esta era de una bruja cambiaformas, lo que significa su cambio de forma era un hechizo y no una enfermedad.

—No sabía que hubiera una diferencia.

—Bueno, el hechizo no es contagioso, y no está ligado a la luna llena después de todo. De hecho, las emociones fuertes no provocan que cambies, ni nada de eso. No cambias hasta que coloques un elemento, por lo general un cinturón de piel o algo así.

—¿Tienes cicatrices de cambiaformas?

—Sí.

—¿Puedo verlas?

A decir verdad, la mayoría de las cicatrices permanentes eran marcas de garras en mi culo. Eran casi marcas delicadas. Gabriel, el hombre leopardo, era quién las había hecho, las había considerado los juegos previos antes de tratar de violarme en una película. Había sido la primera persona que había matado alguna vez con el gran cuchillo de vaina de la columna vertebral. Iba a tener que buscar la manera de ponerme el cuchillo hasta que pudiera obtener el equipo de hombro otra vez. Pero tenía cicatrices nuevas ahora, que estaba dispuesta a mostrar a Peter.

Me llevó un poco de trabajo sacar la camiseta fuera del pantalón, pero de alguna manera no quería desabrochar o descomprimir cualquier cosa. Tenía la camisa y la levanté por encima de mi vientre, exponiendo las nuevas heridas.

Peter hizo un sonido de sorpresa.

—Eso no puede ser real —susurró. Alargó la mano como si tratara de tocar, y luego la retiró, como si no estuviera seguro de que decir.

Me acerqué a la cama. Él tomó esto como una invitación, y pasó la punta de los dedos a través de las nuevas cicatrices rosas.

—Las cicatrices pueden desaparecer por completo, o se pueden quedar. No lo sabré hasta dentro de unos días o semanas —dije.

Retiró los dedos, luego, puso toda la mano a través de la herida más grande. En la que parecía que había tratado de tomar un trozo de carne. Su mano era lo suficientemente grande como para cubrir la marca y dejar los dedos extendidos más allá de las cicatrices.

—No pueden haber sanado en menos de… doce horas. ¿Eres una de ellos?

—¿Quieres decir una cambiaformas? —pregunté.

—Sí. —Susurró como si fuera un secreto. Deslizó la mano por mi estómago, la localización de las marcas eran de garras desiguales.

—No.

Pasó la mano sobre mi piel hasta llegar al borde de las cicatrices en el que regateó a distancia un poco más allá de mi ombligo.

—Sólo cambiaron mi vendaje. Me veo como una mierda, tú estás curada. —Él curvó la mano hacia el lado de mi cintura que no estaba marcado. Su mano ahuecó mi cintura, y era lo suficientemente grande para hacerlo. Ese gesto me pilló desprevenida. El único hombre con el que estaba saliendo cuya mano era lo suficientemente grande para hacer eso era Richard. Parecía incorrecto que la mano de Peter fuera tan grande. Me hizo retroceder y dejé que mi camisa cubriera el estómago. Le había avergonzado, no era mi intención. De repente me di cuenta, probablemente de que no debería haber dejado que me tocara tanto. No me había movido o me hizo sentir incómoda hasta ese momento.

Retiró su mano, y de nuevo perdió la sangre que no tenía en ruborizarse.

—Lo siento —murmuró, y no me miró mientras lo decía.

—Está bien, Peter. Sin daño, no hay falta.

Me dio una rápida mirada con sus ojos castaños.

—Si no eres una cambiaformas, ¿cómo te has recuperado de esa manera?

A decir verdad, probablemente era porque era el siervo humano de Jean-Claude, pero como Dolph estaba esperando saber eso, simplemente no quería compartirlo con gente que no conocía.

—Llevo cuatro tipos diferentes de licantropía. Hasta ahora no he

cambiado a peluda, pero las tengo.

—Los médicos me dijeron que no puedes recibir más de un tipo de licantropía. Ese es el punto de la inyección. Dos tipos diferentes de licantropía se anulan entre sí. —Se detuvo en el final de su discurso y tomó una respiración más profunda de lo normal, como si hablar le doliera.

Le di unas palmaditas en el hombro.

—No hables si te duele, Peter. —Todo duele—. Parecía tratar de ponerse cómodo en la cama, luego se detuvo como si se hubiera lastimado. Me miró, y el rostro enfadado y desafiante fue como un eco de hace casi dos años. El chico que había conocido todavía estaba allí, solo había crecido. Hirió mi corazón. ¿Podría alguna vez llegar a ver a Peter cuando no estuviera herido? Supongo que sólo podía ir a visitar a Edward en algún momento, pero era extraño. No podíamos solo visitarnos el uno al otro. No éramos esa clase de amigos.

—Sé que te duele, Peter. No siempre me he curado así de rápido.

—Micah y Nathaniel han estado hablando conmigo sobre hombres tigre y licántropos.

Asentí, porque no sabía qué más decir.

—Ellos lo saben.

—¿Todos se que curan tan rápido como tú?

—Algunos, no. Algunos más rápido.

—Más rápido —dijo—. ¿De veras?

Asentí.

Sus ojos se llenaron de algo que no podía descifrar.

—Cisco no sanó.

Ah.

—No, no lo hizo.

—Si no se hubiera lanzado entre la mujer tigre… yo, estaría muerto ahora.

—No podrías haber tomado el daño que Cisco tomó, eso es verdad.

—No vamos a discutir por eso. Dime que no fue culpa mía.

—No fue culpa tuya —dije.

—Pero lo hizo para salvarme.

—Lo hizo para mantener a mis dos guardias con vida durante más tiempo. Lo hizo para darnos tiempo para que otros guardias vinieran a ayudarnos. Hizo su trabajo.

—Pero…

—Yo estaba allí, Peter. Cisco hizo su trabajo. No se sacrificó para salvarte.

No estaba del todo segura de que fuera cierto, pero seguí hablando.

—No creo que su intención fuera sacrificarse a sí mismo en absoluto. Los cambiaformas por lo general no mueren tan fácilmente.

—¿Fácilmente? —Tenía la garganta arrancada.

—He visto a los vampiros y los hombres animales sanar de heridas como esa.

Me dio una cara de incredulidad.

Crucé mi corazón y le dí el saludo de Boy Scouts.

Eso le hizo sonreír.

—Nunca fuiste un boy scout.

—Ni siquiera era una Girl Scout, pero todavía estoy diciendo la verdad. Sonreí, esperando alentarlo a seguir haciéndolo.

—Una curación así sería genial.

Asentí.

—Es genial, pero no todo es bueno. Hay algunas desventajas serias de ser un hombre animal.

—Micah me dijo algo de eso. Él y Nathaniel han respondido a muchas preguntas.

—Son buenos en eso.

Miró más allá de mí en la puerta. Eché un vistazo hacia donde miraba. Micah y Nathaniel nos habían dado tanta privacidad como podían, sin salir de la habitación. Hablaban en voz baja juntos. Cherry había salido del cuarto. No la había oído irse.

—Los médicos quieren ponerme la vacuna —dijo Peter.

Le miré.

—Ellos podrían.

—¿Qué harías tú? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Si tienes edad suficiente para haber salvado mi vida, eres lo bastante mayor para decidir esto por tu cuenta.

Su rostro se desmoronó alrededor de los bordes, no como si estuviera a punto de llorar, pero como si el niño se asomara. ¿Todos los adolescentes hacen eso? Un minuto son adultos, los próximos tan frágiles como un sueño de su yo más joven.

—Sólo estoy pidiendo tu opinión.

Negué con la cabeza.

—Diría que llames a tu madre, pero Edward no quiere. Dice que Donna votará a favor de la inyección.

—Ella podría.

Sonaba resentido, el rostro malhumorado. Había estado de muy mal humor a los catorce años, al parecer, no había cambiado por completo. Me preguntaba cómo Donna hacía frente a este nuevo hijo, más adulto.

—Te voy a decir lo que dijo Edward, no voy a dar una opinión en este caso.

—Micah dice que podría no conseguir la licantropía del tigre, aunque no me pongan la vacuna.

—Tiene razón.

—Dijo que el cincuenta y cinco por ciento de las personas que reciben la vacuna no consiguen la licantropía, pero que el cuarenta y cinco por ciento consiguen la licantropía. Consiguen lo que hay en la inyección, Anita. Si me pongo la vacuna y cojo lo que hay, significa que si simplemente lo dejara solo no habría conseguido nada.

—No sabía que las estadísticas se rompieran con tanta precisión, pero Micah lo sabe.

—Dice que es su trabajo saberlo.

Asentí.

—Se toma su trabajo en la coalición tan en serio como Edward y yo el nuestro.

—Nathaniel dijo que él es un bailarín exótico, ¿es cierto?

—Es verdad —dije.

En realidad bajó la voz para decir:

—Así que ¿es un stripper?

—Sí —dije, y luché para no sonreír. Con todo lo que iba mal en su vida, estaba extrañado porque mi novio era un bailarín de striptease. Entonces me di cuenta que podría no saber que Nathaniel era mi novio. No, lo había besado cuando entré por la puerta. Pero luego, Cherry se había sumado al abrazo. Oh, demonios, ahora no era el momento para tratar de explicarle mi vida amorosa.

—Micah me dijo que algunos de los trabajos que los licántropos tienen, enfermeras, médicos, son sólo si no se enteran. No podría unirme a las fuerzas armadas, ninguna de las ramas.

—Ellos consideran la licantropía una enfermedad contagiosa, por lo

que probablemente no. —En mi cabeza me acordé de una charla con Micah que había tenido sobre un rumor. Un rumor sobre las fuerzas armadas que buscaban la contratación deliberada de cambiaformas. Pero era un rumor. Él no pudo rastrear ninguno que hubiese sido realmente cercano. Siempre fue un amigo del primo de un amigo.

—¿Recibiste la vacuna?

—Ellos no me la ofrecieron. Era demasiado tarde para mí, Peter. Yo la llevo ya.

—Pero ¿no eres una cambiaformas? —preguntó.

—No cambio a peluda una vez al mes, o después de todo, por lo que no.

—Pero llevas cuatro clases diferentes a la vez. La vacuna se basa en la idea de que eso es imposible.

Asentí y me encogí de hombros.

—Soy un milagro médico, ¿qué puedo decir?

—Si pudiera sanar como él y no ser a la vez peludo, sería increíble.

—Aun así no pasarías las pruebas de sangre para algunos trabajos. Aún pondrías en marcha el radar como un licántropo.

Frunció el ceño.

—Supongo que sí. —Entonces me dio esa cara joven de nuevo, que se hizo eco de antes, y era una cara de susto—. ¿Por qué no me ayudas a decidir?

Me incliné más cerca.

—Esto es lo que significa ser adulto, Peter. Es lo malo de eso. Si estás jugando a tener dieciocho años, entonces tienes que decidir. Si deseas mantener tu edad real, entonces todos te trataran como a un niño. Van a tomar decisiones por ti.

—No soy un niño —dijo, y me frunció el ceño, malhumorado.

—Ya lo sé.

Su ceño se deslizó hasta la perplejidad.

—¿Qué quieres decir?

—Tú defendiste tu posición hoy. No tuviste pánico, o la perdiste. He visto a hombres hechos y derechos perderla alrededor de los licántropos cuando la situación no era tan desesperada. La mayoría de la gente tiene miedo de ellos.

—Tenía miedo —dijo en voz baja—. He tenido miedo desde que era un niño.

Tuve uno de esos momentos de, mierda y aha.

—El ataque a tu padre —dije. ¿Cómo pude haber olvidado que éste no era el primer ataque licántropo al que había sobrevivido?

Él dio un pequeño asentimiento.

—Tenías que, ¿ocho años?

—Sí. —Su voz fue suave, los ojos fijos en la distancia.

No sabía qué decir. Maldije a Edward por no estar ahí. En ese momento podría haber cambiado una charla con Olaf por esta charla con Peter. Siempre podía disparar a Olaf, pero ningún arma me ayudaría a lidiar con el dolor de Peter.

—Anita —dijo.

Le miré, encontré sus ojos. Sus ojos me recordaron a los ojos de Nathaniel cuando le conocí. Ojos que eran mayores de lo que deberían haber sido. Ojos que habían visto cosas que hombres mayores nunca verían.

—Estoy aquí, Peter —dije, porque no se me ocurría qué más decir. Me encontré con su mirada y mi cara luchó para no demostrar lo mucho que me dolía ver sus ojos así. Tal vez hubiera sido así hace unos años, pero tuve que salir con Nathaniel para enseñarme lo que significaban esos ojos en un rostro que no había visto los veinte todavía.

—Pensé que si me entrenaba con Edward no estaría tan asustado, pero lo estaba. Tenía miedo al igual que la última vez. Era como si fuera pequeño y estuviera viendo morir de nuevo a mi padre.

Quería tocar su hombro, le tomé la mano, pero no estaba segura de que fuera lo que necesitaba que hiciera, así que dejé mis manos todavía.

—Perdí a mi madre cuando tenía ocho años en un accidente de coche.

Sus ojos cambiaron, perdió un poco de ese aspecto horrible.

—¿Estabas allí? ¿Lo viste?

Negué con la cabeza.

—No. Ella se fue y simplemente no regresó.

—Vi a mi padre morir. Solía soñar con ello.

—Yo también.

—Pero tú no estabas allí, ¿qué soñabas?

—Algo con buenos significados relativos me llevó a ver el coche en el que murió, solía soñar con tocar las manchas de sangre. —Me di cuenta de que nunca había contado a nadie eso.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué pasa?

Podría haber dicho tantas cosas, muchas de ellas sarcásticas, como estoy hablando de la muerte de mi madre, ¿por qué no iba a ser algo malo? Me conformé con la verdad, que cruza los labios como el vidrio irregular, como si debieras sangrar cuando lo dices.

—Sólo me he dado cuenta de que nunca he contado a nadie el sueño.

—¿Ni siquiera a Micah y a Nathaniel?

Al parecer, sabía que eran mis novios.

—No, ni siquiera a ellos.

—Mamá me hizo ir a terapia después. Hablé mucho sobre ello.

—Bien por Donna —dije.

—¿Por qué tu padre no te envió?

Me encogí de hombros.

—No creo que se le ocurriera. Pensé que podría enfrentar mis miedos, y que no estaría tan asustada, pero tuve miedo.

Apartó la mirada de mí.

—Yo estaba muy asustado. —Susurró en pasado.

—Así estaba yo —dije.

Me dio una mirada asustada.

—No lo parecías.

—Ni tú lo hacías.

Le llevó un momento, pero finalmente sonrió y miró hacia abajo de esa manera satisfecha en que los hombres lo hacen. Parece que crecen fuera de ella, pero era extrañamente encantadora.

—¿De verdad lo crees?

—Peter, me salvaste hoy cuando saltasté sobre nosotros en el pasillo. Ella me iba a matar tan pronto como os perdiera de vista.

—Edward me dijo que si un chico malo quiere eliminarte de la escena, y ya está amenazando o tiene un arma, que la mayoría de las veces significa que va a matarte, pero si vas con ellos, mueres lenta y más dolorosamente.

Asentí.

—Pensé que eso era lo que quisiste decir cuando repetiste la regla en el pasillo.

—Lo entendiste —dijo.

—Te alenté, ¿recuerdas?

Buscó mi cara, como si tratara de leer algo allí.

—Lo hiciste, ¿no?

—Edward y yo sabemos muchas de las mismas normas.

—Dijo que piensas como él.

—A veces —dijé.

—No siempre —dijo Peter.

—No siempre —dijé.

—No voy a ponerme la vacuna —dijo, y su voz sonó firme.

—¿Por qué no? —pregunté.

—¿Crees que debería ponérmela?

—No he dicho eso, sólo quiero tú razonamiento.

—Si no lo consigo, y me convierto en un hombre tigre, bueno, entonces lo hice salvándote. Si no recibo la inyección, y no me convierto en un hombre tigre, entonces es bueno. Si me pongo la vacuna y no llego a ser un hombre tigre, voy a conseguirlo con la vacuna, y tendré que convertirme en un cambiaformas porque tenía miedo de ser un cambiaformas. Eso suena estúpido.

—Pero si vas a ser un hombre tigre, luego, la vacuna evitaría que sucedíera.

—¿Crees que debería ponérmela? —dijo.

Suspiré.

—¿Honestamente?

—Honesto estaría bien —dijo.

—No me gustó la forma en que dijiste que si te conviertes en un hombre tigre, es bueno ya que lo hiciste para salvarme. No quiero que pienses en mí en esta ecuación. Quiero que seas un hijo de puta egoísta, Peter. Quiero que pienses en ti y en ti mismo. ¿Qué quieres hacer? ¿Qué se siente correcto para ti?

—¿Honestamente? —dijo.

—Sí, honestamente —dije.

—Creo que me he hecho a la idea, entonces vuelvo y lo modifico. Creo que si me decido y tienen la vacuna aquí y lista, solo lo tomaría, pero no la traerán hasta que lo diga. —Cerró los ojos—. Una parte de mí quiere llamar a mi madre y dejarla decidir por mí. Una parte de mí quiere que alguien tenga la culpa si algo sale mal, pero un hombre no hace eso. Un hombre toma sus propias decisiones.

—En esta situación, sí. Pero no grabes la mentalidad de pistolero solitario demasiado profundo en tu psique.

—¿Por qué? —preguntó.

Sonreí.

—Sé por experiencia que es difícil ser parte de una pareja cuando eres tan independiente. He tenido que aprender a compartir mis decisiones. El equilibrio es lo que estás buscando.

—No sé cómo equilibrar nada más, —y tenía los ojos brillantes.

—Peter yo…

—Vete, ¿de acuerdo? —dijo, con una voz que era demasiado gruesa—. Sólo vete, por favor.

Casi extendí la mano y le toqué el hombro. Quería consolarlo. Mierda, retroceder en el tiempo y poner su culo de nuevo en un avión de vuelta tan pronto como se presentó en St. Louis. Ojalá le hubiera humillado y enviado empaquetado. ¿No era un ego magullado mejor que esto? Unas manos se acercaron y me tocaron, me hicieron girarme en la cama. Micah y Nathaniel me apartaron para que Peter pudiera llorar sin que le mirase. Mi garganta estaba tan apretada que dolía respirar. Mierda, mierda, mierda.

Ellos me tenían en el pasillo antes de que la primera lágrima se deslizara caliente y casi dolorosamente por mi propia cara.

—Maldita sea —dije.

Micah trató de abrazarme, pero le rechace.

—Voy a llorar si me abrazas.

—Anita, simplemente dejalo escapar.

Negué con la cabeza.

—No, no lo entiendes. Tenemos que matarla primero.

Voy a llorar cuando Mercia esté muerta.

—¿La culpas de que Peter fuera herido? —dijo.

—No, me culpo a mí, y a Edward, pero no nos puedo matar, así que voy a matar a quien puedo.

—Si vas a hablar de matar a la gente, Anita, es posible que no quieras hacerlo delante de un policía.

Zerbrowski caminaba por el pasillo con su sonrisa habitual. Parecía como hacía siempre, como si hubiera dormido con su traje, aunque sabía que no lo hacía. Su pelo oscuro y rizado estaba más gris, pero seguía teniendo los rizos descuidados. Katie, su esposa, no le había hecho cortárselo recientemente. Era alegremente desordenado y Katie era una de las personas más limpias que había conocido nunca. Los opuestos se atraen.

Tenía unas ganas horribles de abrazarlo. Él sólo se veía tan bien normal viniendo por el pasillo. Lo qué me hizo volverme a Micah y a Nathaniel. Si estaba pensando en caer en brazos de Zerbrowski, estaba necesitada de un

abrazo. Los tres me habían visto llorar antes, incluyendo a Zerbrowski.

Lancé un brazo alrededor de Micah, luego, extendí el otro a Nathaniel. Dejé que me sostuvieran, pero no lloré. Mi cara estaba caliente, y no hubo más lágrimas. Me aferré a ellos, me sostuvieron. Tenía ese impulso horrible de colapsar simplemente, sólo de caer en sus brazos, pero no podía a hacerlo. No podía permitirme hacerlo.

—Te voy a dar algo de privacidad —dijo Zerbrowski.

Negué con la cabeza y me aparté de los hombres.

—No, tenemos que atrapar a esa perra.

—Nadie la ha visto, Anita. A ella o al hombre que suponemos que es su siervo humano.

—Tiene que ser su sirviente humano para compartir sus poderes mentales, Zerbrowski. —Traté de moverme más lejos, pero el brazo de Nathaniel se deslizó por mis hombros, atrayéndome hacia atrás. Le di unas palmaditas en el brazo y le dije:

—Estoy bien ahora.

Susurró:

—Mentirosa, pero tal vez soy yo quien necesita tocarte.

Me apretó fuerte, deslizando el otro brazo alrededor de mi cintura.

—Tienes que parar, casi mueres Anita, es duro para el corazón.

De alguna manera no pensé que quería decir duro como en un ataque al corazón. Había muchas maneras más de que un corazón se rompiera. Dejé que me presionara la espalda contra su cuerpo. Le acaricié los brazos con mis manos.

Zerbrowski negó con la cabeza, sonrió.

—Ya sabes, Katie se siente de la misma manera después de que me lastiman, pero es demasiado fría para hacerlo en público.

Le miré, y no era una mirada totalmente amigable.

Él levantó las manos.

—No era una crítica, Anita, Nathaniel. Es sólo, bueno, infiernos, me refiero a que es interesante ver a gente que sea tan abierta como son tus chicos. ¿Es algo de la cultura cambiaformas?

Pensé en ello.

—Sí, supongo que lo es.

—Si no tenemos que jugar a ser humanos —dijo Micah—, somos muy sentimentales, y tendemos a sacar fuera nuestras emociones.

Zerbrowski sonrió.

—Maldita sea, debe haber sido un cambio para ti, Anita.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que eres como la mayoría de los policías que conozco, tapas tus emociones. ¿Significa eso que si tus novios no estuvieran presentes en la escena del crimen una noche, puedo esperar que te cuelgues de mí?

—Ya quisieras —dije, y le sonreí. Di unas palmaditas en el brazo de Nathaniel y di un paso hacia adelante. Me dejó ir un poco más lejos de él, pero mantuvo mi mano. Comprendía la necesidad de tocar y ser tocados. No era sólo el asunto licantropo normal. Quería abrazar a Peter como si fuera un niño pequeño, y decirle que todo iba a estar bien, pero era una mentira. Incluso si hubiera sido un niño pequeño, todavía habría sido una mentira. No podía prometer nada.

—Esa es una horrible cara seria para una mujer que acaba de recibir un abrazo de su querido amor.

—Estoy pensando en Peter.

—Sí, tú conseguiste trocearlo tratando de salvarlo.

Luché para mantener mi cara neutral. Si íbamos a cambiar la historia para la policía, entonces Edward debería habérmelo dicho. Que él no me hubiera dicho la versión —oficial, y yo no hubiera contestado, solamente decía cómo de distraídos estábamos los dos. No era bueno.

—Le salvaste la vida, Anita. Eso era lo mejor que podías hacer —dijo Zerbrowski.

Asentí, y fui a dar un abrazo a Micah, en parte para esconder la cara, porque todavía no podía encontrar la manera de mirar. Mi culpa era porque Peter había conseguido que le trocearan salvandome. Ni siquiera obtendría crédito por ello de la policía. Eso me pareció el colmo.

Micah besó un lado de mi cara y me susurró:

—¿Edward no te dijo la versión oficial?

—No —susurré.

Micah habló conmigo todavía en sus brazos.

—Creo que Anita también se culpa porque ya estaba cazando vampiros. Ella piensa que podrían no haber reaccionado tan violentamente si no hubieran sabido que estaba tras ellos.

Me giré, todavía medio en brazos de Micah.

—Cuando una persona sabe que está siendo seguida por alguien que puede matarlos a la vista, Zerbrowski, ¿qué opciones les deja eso?

—¿Estás diciendo que no estás de acuerdo con la orden de ejecución? -Preguntó.

—No, no en este caso, pero hay noches en que me gustaría tener una opción que fuera menos que la fuerza letal. Me encantaría que alguien hiciera un estudio y viera si los vampiros se vuelven más violentos por tratar de mantenerse vivos que en los crímenes por los que fueron condenados originalmente.

—¿Te ha pasado eso? —preguntó Zerbrowski.

—No, no, creo que no. La mayoría hubieran seguido matando si no les hubiéramos parado. Pero, aun así, la vampira que estamos cazando incriminó a un vampiro de la Iglesia de la Vida Eterna. Ayudó a incriminar a dos. Si solo hubiera seguido la pista que trazaron para nosotros, habría matado a dos personas inocentes.

—¿No es esta la segunda vez que has tenido a vampiros malos inculpando a los vampiros buenos para intentar usarte como un arma para asesinar?

—Sí —dije—, lo es, y si esto me está pasando a mí, entonces puede estar pasándole a otros ejecutores de vampiros. Pero no pueden ver más allá de lo obvio.

—¿Quieres decir porque no están cerca y personalmente con los vampiros, simplemente aceptan que un vampiro bueno es un vampiro muerto?

—Sí.

Zerbrowski me frunció el ceño.

—Dolph no es el único que piensa que vivir con el… —hizo un gesto vago hacia Nathaniel y Micah—, compromete tu capacidad para hacer tu trabajo. Pero yo no lo creo, creo que te hace ver a los vampiros y a los cambiaformas de la forma en que la ley dice que se supone que son ahora. Se supone que son ciudadanos legales, personas y los ves de esa manera. Es lo que hace cada vez más difícil para ti matar, pero te hace un policía mejor. Buscas la verdad, atrapar al malvado real, castigar a los culpables. Los verdugos que matan a otros que les dicen que maten. Esto los hace buenos asesinos, pero no estoy seguro de que sean buenos policías.

Fue un discurso largo para Zerbrowski.

—Has pensado en esto.

En realidad parecía avergonzado.

—Supongo que sí. Me paso mucho tiempo defendiendo tu honor con

los otros policías.

—Puedo defender mi propio honor —dije.

Él sonrió de nuevo.

—No, no puedes. No puedes explicar que ves a los monstruos como personas sin que implique que el cabrón intolerante que acaba de decir la estupidez no los vea como personas. Yo puedo conseguirlo. Soy Zerbrowski, puedo decir un montón de mierda y no parecer gente loca. Voy a buscar el hueso de la risa, tú vas a la yugular. Esto hace que la gente se cabree.

—Realmente te conoce bien —dijo Micah.

Me aparté lo suficiente como para mirarle.

—¿Qué diablos significa eso?

Él me sonrió. Encontré a Nathaniel luchando por no sonreír. Todos estaban sonriéndome.

—¿Qué?

Mi móvil sonó, y entonces me di cuenta de que no lo llevaba encima. Volvió a sonar, y era el tono de llamada que Nathaniel había escogido para mi teléfono cuando le dije que no me importaba. Era «Wild Boys» de Duran Duran. Me acordaría de prestar atención la próxima vez que preguntara. Micah sacó el teléfono del bolsillo y me lo entregó.

No tuve tiempo de preguntarle cuando había recogido mi teléfono, sólo contesté:

—Hola.

Una voz masculina dijo:

—No tengo mucho tiempo. —La voz me resultaba familiar, pero era extrañamente monótona que hizo sonar como alguien que debía reconocer y un extraño todo al mismo tiempo—. El *Harlequin* está en mi iglesia.

Empecé a caminar por el pasillo lejos de todos los demás. Era algo que no quería que Zerbrowski escuchara, no hasta que supiera que quería que la policía supiera.

—Malcolm, ¿eres tú?

La voz continuó como si no hubiera hablado:

—Columbine dijo que iba a hacer el juramento de sangre a mi congregación o lucharía conmigo con poderes de vampiro, ya que no es ilegal que un vampiro utilice artimañas de vampiro en otro vampiro. Afirma no haber hecho nada ilegal en nuestro país. Culpa de todos los delitos a su compañera muerta. No puedo ganar en su contra, Anita, pero

puedo entregar a mi congregación a Jean-Claude. Juramento de sangre, como quieras, pero sálvalos de la locura que siento en estos dos, Columbine y Giovanni. Dame permiso para decirles que deben enfrentarse a Jean-Claude por esos vampiros, y no a mí.

—Malcolm, ¿eres tú?

La voz cambió, manteniendo el miedo.

—¿Qué está pasando? ¿Quién es este?

—Avery, ¿Avery Seabrook? —Hice la pregunta, aunque estaba casi un cien por cien segura de que era él. Pude ver sus ojos marrones suaves, el pelo corto, tan joven, e interminado rostro. Estaba en sus veinte años, pero sabía demasiado inocente para mucha comodidad.

—Anita, ¿eres tú?

—Soy yo. ¿Qué pasó? ¿Qué está pasando ahora?

—Malcolm me tocó y no recuerdo lo que pasó después. Me despertar sobre mi teléfono móvil en la parte posterior de la iglesia. —Su voz se convirtió en un susurro—. Hay vampiros enmascarados aquí. No los conozco. Malcolm parece tener miedo de ellos.

—Tienes un juramento de sangre con Jean-Claude, no te pueden tener.

—¿Qué está pasando, Anita?

¿Qué iba a decir, Eres un vampiro débil al que Malcolm le cogió la mente como si fuera un ser humano? Parecía lo suficientemente asustado sin que le haciera sentirse más débil.

—Malcolm me envió un mensaje.

—¿Qué? —Entonces no había ruido en el otro extremo. Oí la voz de Avery, un poco distante, como si se hubiera llevado el teléfono de la boca para hablar con alguien allí.

—¿Avery?

La voz no era de Avery, o de Malcolm.

—¿Quién habla, por favor? —Era un hombre, y no conocía la voz.

—No respondo a tus preguntas, tú me respondes a mí.

—¿Es usted policía? —preguntó.

—Sí. —Era la verdad.

—No estamos rompiendo ninguna de sus leyes.

—Está tratando de hacerse cargo de la Iglesia de la Vida Eterna aquí en mi ciudad. Yo diría que eso es ilegal.

—No hemos usado violencia con nadie. Este será un concurso de voluntades y de poder mágico. No es ilegal usar los poderes de vampiro en

otros vampiros en su país. No vamos a utilizar nuestros poderes sobre los humanos aquí. Le doy mi palabra.

—¿Y los vampiros? Son ciudadanos legales de este país, también. —No vamos a usar ningún arma, ninguna violencia. Su legislación protege solo a los seres humanos de los poderes de vampiros. De hecho, la ley podría ser interpretada para excluir a todos los ciudadanos sobrenaturales de la protección de la ley contra la manipulación del vampiro.

—Los licántropos todavía se consideran humanos bajo la letra de la ley.

—Si tú lo dices.

—Lo digo, dime tu nombre —dije.

—Soy conocido como Giovanni. Me gustaría saber con quién estoy hablando.

Francamente, no estaba segura de que me tratara como a un policía, o como al siervo humano de Jean-Claude. Ni siquiera estaba segura de que papel funcionaría mejor aquí.

—Soy Anita Blake Marshal Federal.

—Ah, el siervo humano del Maestro de la ciudad.

—Sí, eso también.

—No hemos hecho nada, mi señora y yo, para enfadarla en cualquiera de sus funciones.

Eso estaba demasiado cerca para ser cómodo de lo que había estado pensando. ¿Me había leído el pensamiento, y no lo sabía? Mierda.

—Si Columbine es tu señora, entonces sí, me hizo enfadar.

—Leimos sus leyes, agente. Columbine usó sus poderes sobre usted, su maestro, y su lobo. Ella no hizo uso de sus poderes sobre los seres humanos.

—Ella y su amiga Nivia inculparon a dos vampiros, ciudadanos legales, por asesinato, y dos personas murieron por hacer eso.

—Nivia lo hizo por su cuenta. Mi ama se molestó cuando se encontró con que Nivia había hecho estas cosas horribles. —Ni siquiera trató de que su voz sonara falsa.

Él sabía que no podía probar más allá de una sombra de duda que no había sido solo Nivia, que estaba convenientemente muerta. Era su hombre tigre lo que había tratado de matar a Peter, un ser humano. Una vez más, convenientemente muerta.

—Hijo de puta —dije en voz baja.

—Disculpeme agente.

—Tengo una orden de ejecución y sirve para usted y su amante.

—Pero si usted la utiliza a sabiendas de que no hicimos estos crímenes, entonces es una asesina. Tal vez nunca será tratada como tal, pero sabrá que ha abusado de sus poderes y simplemente asesinó para proteger a su maestro como un buen sirviente humano, pero no un muy buen marshal federal.

—Has hecho los deberes —dije.

Micah estaba a mi lado ahora. Levanté una mano para que no tratara de hablarme. Miré hacia atrás y encontré a Nathaniel que seguía hablando con Zerbrowski. Todo lo que estaba diciendo tenía toda la atención del sargento.

—Sabemos que es honorable, y su maestro es honorable. Nosotros no le haremos ningún daño a Malcom o a su pueblo. Simplemente los desafiamos, y utilizaremos solamente los medios legales para ganar el reto.

—Avery Seabrook tiene un juramento de sangre con Jean-Claude. Está fuera de los límites.

—Muy bien, pero los otros son rebaño de nadie.

—Malcolm se los dio a Jean-Claude. No hemos hecho un juramento de sangre con ellos todavía, pero son nuestros.

—No mienta, agente Blake.

—¿Puede probar una mentira en mi voz?

—Tengo esa capacidad.

—Bueno, entonces escuche con atención, Giovanni. Malcolm dio a su congregación a Jean-Claude y a mí. Pertenecen al Maestro de la Ciudad de St. Louis ahora. Usted puede derrotar a Malcolm con artimañas de vampiro, pero eso no ganará ni una mierda. Por la ley vampiro tiene que derrotar al Maestro que es su propietario antes de que puedan prestarle juramento.

Guardó silencio durante un segundo. Le oí respirar, que no es una cosa de vampiro. Era un ser humano, de alguna manera, era su siervo humano. Tenía más poder que la mayoría de los siervos humanos, pero también yo.

—He oído la verdad en sus palabras. Pero he oído la verdad en el discurso de Malcolm a mi señora hace tan sólo unos momentos. Ella lo obligó a decir realmente si Jean-Claude tenía una demanda por su congregación. Él dijo que Jean-Claude no lo hizo.

—Usted subestimó los poderes de Malcolm, Giovanni. Nos puso un mensaje, y tiene una iglesia llena de ciudadanos legales de los Estados

Unidos con derechos. Tiene una iglesia llena de vampiros que pertenecen al Maestro de la Ciudad de St. Louis, y tienen derechos bajo la ley de vampiros, también. Ha sido muy cuidadoso de que mi condición de marshal no se invocara aquí. Me aferraré a la ley vampiro tan tensamente, como a la ley humana. Rompa cualquiera de ellas, y os haré llover en todo el desfile.

—Igual que las leyes nos limitan, también te limitan, Anita Blake.

—Sí, sí, usted y el caballo que monta.

—No lo entiendo. No tenemos caballos.

—Lo siento, es argot. Quiero decir que entiendo lo que dijo, y no estoy impresionada.

—Malcolm ha usado a su joven vampiro aquí para darle de alguna forma este mensaje, ¿no?

—No les tengo que dar información, no por alguno de los conjuntos de leyes.

—Verdad —dijo—, pero si mi ama toma suficientes juramentos de sangre de estos vampiros, entonces tendrá el poder suficiente para derrotar a Jean-Claude.

—Eres el *Harlequin*. No puedes matar a cualquiera sin darles un antifaz negro primero.

—No estamos atacando como el *Harlequin*. Mi ama se ha cansado de ser una herramienta para el Consejo. Desea tener su propia tierra en este nuevo país vuestro. Jean-Claude era tan difícil de destruir con poderes vampiro que se anticipó.

—Se supone que se da un desafío formal antes de empezar a luchar para hacerse cargo.

—¿Jean-Claude dio un desafío formal a Nikolaos, el antiguo señor de la ciudad, antes de matarle?

Tomé aire, entonces traté de no decir nada. A decir verdad, no me había dado cuenta de que la muerte de Nikolaos lo convertiría en maestro. Había estado tratando de mantenerme con vida y que no matara a otras personas. Sin embargo, había abierto el camino para que Jean-Claude poseyera la ciudad. Diciendo que había sido un accidente nos hacía sonar débiles. Así que cerré la boca y trate de pensar.

Micah estaba en su propio teléfono móvil. Le oí decir:

—Jean-Claude.

¿Había oído Micah lo suficiente para decirle a Jean-Claude lo que necesitaba saber?

—Me lo tomaré como un no —dijo Giovanni.

—Pensé que el *Harlequin* no podía tener un territorio propio. Se supone que es neutral.

—Estamos cansados de esta vida errante. Queremos una casa.

—Podríais pedirles a Jean-Claude uniros con su beso.

—Mi ama desea gobernar, no servir.

Comencé a caminar hacia la salida. Para todo lo que íbamos a hacer, teníamos que estar en esa iglesia. Teníamos que parar todo lo que habían planeado. De alguna manera no creía que se hicieran con su oferta por el poder en St. Louis.

—El consejo ha prohibido la guerra entre vampiros Maestros en los Estados Unidos en este momento.

—Sólo si la lucha no puede mantenerse en secreto. Mi ama confía en que esto se resolverá esta noche, en silencio.

—El exceso de confianza, Giovanni, va a hacer que le maten.

Nathaniel estaba solo al final del pasillo. No sabía dónde se había escapado Zerbrowski, pero igual estaba bien. No estaba segura de lo que mi cara mostraba, pero sabía que no parecía muy contenta. No quería mentirle, y hasta ahora se trataba de una fiesta para monstruos, no para policías.

—Vamos a usar nuestros poderes en contra de cada vampiro que hay aquí, en turnos. Los que no puedan soportarlo darán juramento de sangre a Columbine.

—Usted no puede tomar juramento de sangre de otro vampiro, va contra las reglas.

—Piense en ello como el principio del duelo entre su maestro y el mío. —El teléfono se cortó.

—Mierda —dije.

Micah me dio su teléfono.

—Es Jean-Claude. Le he dicho que es el *Harlequin*, y que está en la iglesia.

Tomé el teléfono y comencé a hablar. Jean-Claude escuchó e hizo algunas preguntas aquí y allá. Tal vez sintió que tenía prisa por teléfono, o tal vez había pasado demasiados siglos ocupándose precisamente de este tipo de mierda.

—¿Vas a llevar a la policía humana?

—Voy a llevar a Edward y a Olaf, pero no sé sobre el resto. No puedo probar que han quebrantado ninguna ley humana.

—Lo dejo a tu criterio si van a ser útiles aquí.

—¿Quieres decir que use la orden, aunque no esté segura de que lo hiciera?

—Es tu honor el que está en juego, no el mío. Voy a llamar a los hombres animales y a mis vampiros. Ten cuidado, *ma petite*.

—Tú también. —Colgó.

Dejé de caminar. Mi pulso estaba de repente en mi garganta. El pánico gritó a través de mí. Estaba segura, segura, de que todos morirían. Si invitaba a la policía, morirían. Si no invitaba a la policía, mis otros amigos iban a morir. No podía hacer eso.

Miré a Micah.

—Esto podría convertirse en una situación de rehenes, y no estoy capacitada para ello. Tienen unos pocos cientos de personas allí, ¿y si consigo que los maten? ¿Qué pasa si hago una mala elección?

Micah buscó mi rostro con su mirada.

—En primer lugar, necesitas protegerte mejor, porque este tipo de dudas sobre tí misma no te gusta. En segundo lugar, ella no quiere muertos. Quiere juramentos de sangre, y eso significa que los quiere sanos.

Asentí.

—Tienes razón, tienes razón. —El temblor de pánico en el estómago todavía estaba allí. El tenía razón. Había tenido vampiros liando con mi mente antes en todo tipo de formas, pero el poder de Mercia era casi el más horrible. Porque hacía que tuvieras que sentir tus propias emociones intensificadas hasta que casi no podías soportarlo. Creo que me había tratado con un buen intento a la antigua de controlarme con estos pensamientos, con esta violación emocional.

—¿Por qué no te afecta? —pregunté.

—No creo que ella lo haya dirigido a mí todavía.

—Ella lo dirigió a Graham. ¿Cómo supo dirigirle?

—Soledad exploró por ella, tal vez —dijo.

Asentí.

—Bien, bien.

Nathaniel se acercó a nosotros, solo. Pregunté:

——¿A dónde ha ido Zerbrowski?

—Lo conseguí hablando de la fiesta en su casa. Le pregunté que comida quería que a su esposa le gustaría que llevaramos. Creo que está más preocupado por ti llevándonos a la fiesta a los dos de lo que admite, porque

le distraje de su llamada telefónica super-secreta. ¿Qué está sucediendo realmente?

Se lo conté.

—Me temo que no importa que policías envíe, ella les joderá la mente. Es tan sutil que sólo pone en relieve lo que ya estás sintiendo. No parece activar los elementos sagrados.

—Porque no añade nada —dijo Nathaniel.

—¿Qué? —pregunté, todos le miramos.

—Ella no pone el poder en ti, da más poder a lo que ya está dentro de ti. ¿Tal vez por eso los objetos sagrados no se apagan?

Sonreí.

—¿Cuándo te hiciste tan inteligente?

Se encogió de hombros, pero parecía complacido.

—¿Y si hacemos una llamada a la Reserva Móvil y ella coge sus mentes? No puedo garantizar que no va a ponerlos en contra unos de otros, o más probablemente a la congregación, y una vez que los llame, querrán asumir el control. Voy a perder el control de la situación.

—No estoy seguro de que tengas el control de la situación actual —dijo Micah.

—Gracias —dije.

Me tocó el hombro, suavemente.

—Anita, lo que realmente estás tratando de decidir es, ¿es la policía lo que necesitas para ser el suplente, o se trata de vampiros, Jean-Claude y nuestros cambiaformas?

Asentí.

—Tienes razón, estás en lo cierto. Eso es lo que estoy tratando de decidir.

—¿No sospecharan Zerbrowski y el resto de los agentes algo cuando salgas fuera de aquí? —preguntó Natanael.

—Tengo casi total discreción sobre la forma en que la orden de ejecución se sirve. No tengo que incluir a cualquier otro policía. Sin embargo, el *Harlequin* lo ha fijado de modo que la orden en realidad no es, en efecto aquí.

—Es una pena que no puedas nombrar como segundos a civiles, como en las películas antiguas —dijo Nathaniel.

Tuvo la gracia de parecer avergonzado.

—Estaba un poco decepciónada de no poder hacer eso, también.

Hubiera sido demasiado malditamente conveniente.

—Lo que vayamos a hacer, tiene que hacerse ahora —dijo Micah.

Me sentía paralizada. No podía decidir. No era como en una emergencia. Me aparté de los dos para que no me tocaran. Tomé una respiración profunda con calma, y otra. Todo lo que podía pensar era en cómo casi consigo que matasen a Peter. Él podría ser un licántropo, a los dieciséis años. ¿Conseguiría que mataran a Malcolm? No quería arriesgar a nadie más. No podía soportar la idea de Zerbrowski muerto y tener que enfrentarme a su familia. No podía…

Me agarraron las manos, y de repente estaba mirando fijamente la cara de Nathaniel.

—Lo puedo sentir —dijo—. Ella está empujanado la duda en ti. —Sus manos se apoderaron de mis brazos tensamente, su cara era demasiado intensa. Me llenó de repente con seguridad. Una certeza construida con fe inquebrantable. Él creía en mí. Él creía en mí totalmente y completamente. Traté de tener miedo de que alguien creyera en mí de manera tan perfecta, pero el miedo no podía durar en la marea de su creencia. Simplemente sabía que iba a hacer lo correcto. Sabía que iba a salvar a Malcolm. Sabía que iba a castigar a los malos y salvar a los buenos. Él simplemente creía. Fue una de las cosas más reconfortantes que había sentido nunca. Hubo una pequeña parte de mí que gritaba en el fondo, Su fe no es en Dios, es en ti. Una vez más, traté de tener miedo, o de luchar contra ella, pero no pude. Sentí su certeza, y no había lugar para la duda.

Me miró fijamente y sonrió.

—Gracias —dije.

Me dio esa sonrisa, la que podría haber tenido si su vida hubiera sido más suave. Era una sonrisa que había encontrado sólo en los últimos meses. Le ayudé a encontrar esa sonrisa. Yo, y Micah.

Micah se paró cerca de nosotros, pero no hizo ademán de tocarnos.

—El poder viene en oleadas. Se siente similar a lo que ocurre cuando tocas a Damian, a veces.

Asentí y miré a Nathaniel. Nunca me había preguntado lo que había ganado de Nathaniel al ser mi animal para llamar. Damian, como mi siervo vampiro, me dio su control, afinado a lo largo de siglos de estar a merced de uno de los maestros vampiros más sádicos que había oído hablar, que estaba diciendo algo muy terrible. Nunca había pensado en lo que Jean-Claude había adquirido de Richard. De mí, ciertamente crueldad, nuestra

especie duplicada, nuestra práctica natural. Cuando todos hubieramos sobrevivido a esta noche, preguntaría lo que él ganó de Richard. Pero en ese momento, simplemente besé al hombre en mis brazos. Le besé no por lujuria, sino por siempre estar allí, porque nadie más podría haber hecho que creyera en mí misma.



CUARENTA Y UNO

Pensé que tendría problemas para deshacerme de la policía, pero nadie quería jugar conmigo. Tenía miradas nerviosas de algunos de ellos, o ignoradas, o incluso miradas francamente hostiles. Nadie cuestionó a dónde iba con Micah y Nathaniel. Ninguno de los oficiales era de los que conocía bien, pero todavía era desconcertante. Útil, en ese momento, pero no presagiaba nada bueno para el futuro trabajo de la policía.

—Ellos piensan que eres uno de nosotros —susurró Micah.

—¿Y hace mucha diferencia para ellos? —pregunté.

—Al parecer, sí —dijo.

Nathaniel me abrazó con un solo brazo mientras caminábamos más allá de la gente que había venido aquí porque un policía había resultado herido. Habían venido porque yo era uno de ellos. Las miradas en sus caras lo decía claramente, que no sería nunca más uno de ellos. ¿Hirió mis sentimientos? Sí, lo hizo. Pero me preocuparía más tarde por mi reputación;

en ese momento había una pelea hasta el final.

Me di cuenta que estaba a punto de salir sin el refuerzo de la policía, sólo llevaría a: Edward y, curiosamente, a Olaf. No quería estar en un coche con Olaf. El espacio era demasiado pequeño para compartir con él. Como si hubiera pensado demasiado en él, caminó a través de las puertas hacía la salida. Edward estaba justo detrás de él, pero por un momento Olaf me miró. Por un momento vi los ojos al descubierto, sin esconderse. La mirada de esos ojos en su rostro, me detuvo el aliento en la garganta. Había tantas cosas que tener miedo esta noche, pero en ese instante tuve miedo de Olaf, en verdad y con miedo por completo.

Micah comenzó a caminar delante de mí, haciendo de guardaespaldas. Con casi todos los demás, podría dejar que lo hiciera, pero no con Olaf. Me conmovió mucho que Micah estuviera a mi lado, donde había empezado. Di un paso al frente de mis dos hombres, de modo que el único objetivo para los ojos de Olaf fuera yo. Yo le gustaba, mis novios, no. Estaban en su camino. Digamos que era una corazonada, pero estaba apostando a que las personas que estaban en su camino no duraban mucho.

Sus ojos cambiaron de esa mirada que me perseguía a algo que era casi, casi, admiración. De alguna forma lo entendí mejor que la mayoría. Edward le entendía, también. Debería haberse preocupado tanto de nosotros que habíamos comprendido a alguien como Olaf.

Edward se apresuró a salir delante del hombre más grande. Él estaba hablando mientras caminaba.

—Creo que tienes que salir y rescatar a tu amigo del teniente.

—¿Qué amigo?

—Graham —dijo, y los ojos de Edward estaban derretidos alrededor de los bordes, mostrando la ira que había debajo. ¿Ira por Peter, ira por Olaf, ira de qué? No podría preguntarle, y cuando tuviera la oportunidad más adelante, probablemente hubiera mentido de todos modos.

Edward me tomó del brazo, algo que nunca había hecho que recordase. Me tomó por el codo como si fuera una niña que tuviera que conducir. Podría haber protestado, excepto que pude ver la cara de Olaf. Miraba cómo Edward me agarraba, como si fuera una niña, que nunca había visto antes, porque sé que Edward no me ha tocado, nunca. Era un montón de cosas para Edward, pero nunca una chica. Edward me llevó más allá de la presencia inminente de Olaf. Micah y Nathaniel nos seguían. Olaf nos miraba con una mirada a considerar en su rostro. Pasé a través de las

puertas y estuve en el frío aparcamiento antes de darme cuenta de que Edward había hecho lo que no le permitía a Micah: él me había protegido, se puso entre Olaf y yo. No había sido tan evidente como el intento de Micah, pero no me libré de Edward, incluso después de haberlo descubierto. De todos los hombres que conocía, Edward podía manejar, incluso contra los asesinos en serie de tamaño gigante.

Graham era un tipo grande, lo sabía, le gustaba. Sin embargo, de pie junto a Dolph, parecía pequeño. Me hizo pensar por un segundo lo pequeña que debía verme de pie junto a Dolph. Edward me soltó el codo cuando llegamos a la discusión. No era una pelea, todavía, pero tenía la sensación de que podría convertirse en una. No teníamos tiempo para esta mierda. Jean-Claude y sus vampiros estaban de camino a la iglesia. Teníamos que irnos.

—¿Desde cuándo un marshal federal necesita a un guardaespaldas? —preguntó Dolph, con la voz más grave por la cólera. Sus grandes manos apretadas en puños.

La energía de la bestia de Graham estaba viajando por el aire como pequeñas manos buscando. Caricias y cosquillas de energía tocaban mi piel. Nathaniel se estremeció a mi lado. Micah lo controló mejor, pero también lo sentía. El hecho de que eran sólo pequeños detalles de poder significaba que Graham estaba realmente luchando para controlarse. No estaba tan segura en que pudiera decirse lo mismo de Dolph.

Edward me dejó caminar un poco por delante de todos para que me encontrara fuera de su alcance, pero lo suficientemente cerca para ser escuchada por Dolph y Graham.

—Oye, Dolph, voy a quitar a Graham de tus manos.

Dolph me dio una mirada, pero no parecía querer apartar la mirada del hombre frente a él. Le había visto tratar de comenzar una pelea una vez con Jason. No había funcionado, ya que Jason no se molestaba fácilmente. Graham sí.

El detective Smith se acercó a mí. Se frotaba los brazos, como si tuviera frío. Era diciembre, pero no era esa clase de frío. Smith estaba psíquicamente dotado, sin capacidad específica, que yo supiera, pero sentía a los licántropos y cosas de otro mundo. De pie aquí con un hombre lobo discutiendo probablemente no había sido cómodo para él, pero Smith era un buen deportista.

—Teniente, creo que la marshal Blake se va. Tomará su guardia con

ella, y de esa manera usted no tendrá que preocuparse de lo que está haciendo aquí. —Smith hizo luz de su voz, tratando de parecer inofensivo. Era bastante bueno, inofensivo, no mucho más alto que yo, pelo rubio, joven para su edad. Era el más novato en el escuadrón de detectives. ¿Dónde estaba Zerbrowski? Era el mejor manejando los estados de ánimo de Dolph.

—Quiero saber por qué un marshal federal necesita a un guardaespaldas —dijo Dolph con los dientes apretados.

Graham me miró. La mirada decía: ¿Qué digo?

A menos que estuviera dispuesta a confesar que era la sirviente humana de Jean-Claude o lupa de Richard, no sabía qué decir. Rara vez lo encontraba bien si no veía la mentira viniendo a lo lejos.

Micah entró en el silencio cargado.

—La culpa es mía, teniente. La amo, y ella casi se muere. Lo siento si mi contratación de Graham para estar a su lado le molesta, pero sé que está casado. Estoy seguro de que entiende lo asustado que estaba cuando la vi acostada en la cama. —A veces me olvido lo bien que Micah puede mentir. Por supuesto, la única mentira real en la mezcla era que él había contratado a Graham. El resto era probablemente cierto.

—Usted no se ha casado con Anita.

—Micah ha estado viviendo conmigo durante siete meses.

—Habla conmigo cuando haya hecho un año —dijo.

—Siempre estabas sobre mí para encontrar un novio estable que tuviera pulso. He encontrado uno, así que ahora ¿cuál es tu problema?

—¿Cuándo dejarán de ser lo suficientemente buenos los seres humanos para ti, Anita?

Negué con la cabeza e hice un gesto para alejarlo.

—No voy a discutir contigo esta noche, Dolph. Vamos, Graham, nos vamos.

Nos fuimos. Dolph no tenía ninguna razón para mantenernos, con excepción de su odio a los monstruos. Pero ser odiado no va contra la ley. Bueno es saberlo.



CUARENTA Y DOS

Edward entró al aparcamiento de la Iglesia de la Vida Eterna, con Olaf viajando a su lado. Había optado por sentarme en el puesto del medio con Micah y Nathaniel. Graham iba en el maletero. Edward ni siquiera había preguntado por qué dejé la escopeta con Olaf paseando. Creo que no quería ver mi mirada en Olaf tampoco. Se necesitaba mucho para que Edward se alejara, pero lo que sea que Olaf hubiera hecho mientras estaba a cielo abierto, lo había hecho.

El aparcamiento estaba tan lleno que tuvimos que estacionar ilegalmente, cerca de un pequeño parque con sus bancos y árboles en crecimiento. En el frío de diciembre, era un espacio un poco sombrío, o tal vez mi reacción era en parte porque la última vez que había pisado el césped de la iglesia había disparado y matado a un vampiro con una pistola. Lleva más tiempo con una pistola. Tienden a retorcerse y llorar. No era uno de mis mejores recuerdos. Me estremecí con la chaqueta de cuero corta que

Nathaniel había traído para mí. La chaqueta habría sido más cálida si hubiera cerrado la cremallera, pero quería ser capaz de llegar a mis armas más de lo que quería estar caliente.

Se notaba que llevaba armas por la solapa abierta en el frío invierno, por donde mi mano podría llegar. Nathaniel tenía la cremallera totalmente cerrada, pero continuaba con el tema a juego con su chaqueta de cuero corta, aún así parecía que íbamos a un club de baile gótico. La parte preocupante es que Olaf nos emparejaba: negro sobre negro, chaqueta de cuero y botas.

Nathaniel tenía la cremallera cerrada, Olaf no la tenía. Micah había ceñido su abrigo forrado. El de cuero de Graham estaba cerrado, demasiado ajustado.

La iglesia se levantaba por encima de nosotros en blanco y desnuda. La falta de decoración de la iglesia siempre la hacia parecer inacabada para mí. No hay objetos sagrados permitidos cuando la mayor parte de su congregación son vampiros.

Subimos los anchos escalones, de color blanco y las puertas dobles. Graham insistió en abrir las puertas para nosotros. No tenía paciencia para discutir, y estaba bastante segura de que Edward no discutiría porque sabía que era carne de cañón cuando lo vio. Era carne de cañón difícil de matar, pero Graham no iba armado, y no estaba enamorada de él. Desde el punto de vista de Edward cambió la forma en que lo trataba. A decir verdad, para mí también. Quería que todos salieran con vida esta noche, pero si se trataba de opciones, me gustaría contar a los que quería. Si no estás dispuesta a admitir en voz alta dentro de tu propia cabeza, entonces debes permanecer fuera de tiroteos y mantener a tu familia en su casa. Se honesto, ¿a quién salvar? ¿A quién sacrificar? Dejamos que Graham abriera ampliamente las puertas dobles. Ni siquiera intentó ponerse a cubierto. Se quedó enmarcado en la luz, su oscuro cuerpo con esa aureola de brillo a su alrededor. Se volvió hacia mí con una sonrisa, como si hubiera hecho algo bueno. Dije una oración para que no mataran a Graham esta noche. Sí, se suponía que debíamos estar haciendo batalla metafísica, sin armas, pero hay formas de matar con la metafísica. Lo había visto hacer. Mierda, lo había hecho una o dos veces. Ilegal, si se trata de un ser humano el que muere. No voy a decir si no lo haces.

Nathaniel cogió mi mano izquierda. Estaba caliente, más caliente de lo que debería haber estado, caliente de fiebre, pero no había sudor en la

palma de su mano. No eran nervios. Era poder. Se subió a mi brazo, a través de mi cuerpo en una ola de calor que hizo bailar mi piel en piel de gallina. Di un pequeño tropiezo en los escalones. Micah me agarró del brazo. Quería decir con eso que era útil, pero saltó de gozo el poder de mí a él. Y no era un poder significante para él. Damian era mi otro lado en esto. Él estaba destinado a enfriar ese fuego, pero Micah nunca tuvo una magia que me enfriara. El poder halló lo único que podía reconocer. Encontró a su bestia. De hecho, podía ver a su leopardo rugiendo en su interior como una llama negra, rugiendo a la vida, derramandose hacia arriba dentro de él. Micah podía controlarlo, pero el terciopelo de su bestia se vertía atraído por el mío. Estaba atrapada entre dos hombres leopardo. No había ningún otro animal para distraer a mis animales.

Estuve a punto de gritar.

—¡Ahora no!

La voz profunda de Olaf dijo:

—¿Qué es eso?

No tenía tiempo para mirar alrededor y ver si había algo más próximo. Edward se haría cargo de eso. Así lo creía.

Micah consiguió separarse de mi brazo. Cayó de rodillas en los escalones, como si estuviera teniendo más problemas de lo normal para controlar a su bestia. No estaba cerca de la luna llena. No debería haber sido un esfuerzo.

Graham venía hacia nosotros. Venía con una falta de definición por la velocidad, pero mi leopardo iba creciendo más rápido. Estaba rompiendo su camino a través de mi cuerpo. Necesitaba refrescar el calor. Estuve a punto de llegar a Jean-Claude. Era vampiro. Era el frío de la tumba, pero nunca me había afectado de esa manera. Siempre fue pasión para mí. Necesitaba pensar. Llegué a mi otro vampiro. Extendí la mano hacia Damian. Extendí la mano con desesperación. Grité en mi cabeza, Sálvame, sálvanos, acaba con este calor.

Le sentí tambalearse cuando mi llamada le golpeó. Sabía que alguien le agarró por el brazo para que no se cayera. Pero mi poder le golpeó, y él me dio lo que exigía. Me dio esa frescura. Ese control absoluto que había aprendido en años de servidumbre a la maestra que lo creó. Me dio el control que le había ayudado a sobrevivir, y a no traicionar el pensamiento, palabra, obra, o una mirada. Me dio el control en una redada de fuerza de voluntad fría, de acero.

La visión en mi cabeza era de mi leopardo encontrando un muro de metal en su camino. Ella gruñó y reaccionó como cualquier otro leopardo que se respete si una pared gigante aparece de repente en el camino del bosque. Echó a correr. El leopardo regresó corriendo por donde había venido, para ocultarse en ese vacío, lugar lleno y oscuro en el que todos los animales parecían esperar dentro de mí. Era como la oscuridad del espacio antes de que se encontrara la lu\1\2 si no estaba dentro de mí en alguna parte. No explicaba el espectáculo, a veces sólo lo miraba.

Una voz de mujer, cantando a media, bella y pura y extrañamente alegre, hablaba desde el interior de las puertas abiertas.

—Deja que comience por fin, nuestra prueba en contra, Jean-Claude. Tu siervo ha dado el primer golpe.

Le grité:

—Fue un accidente. —Pero ya era demasiado tarde. Había hecho la metafísica. O bien no se dio cuenta del poco control que tenía sobre algunos de mis poderes, o ella estaba usándolo como una excusa para iniciar la lucha. De cualquier manera, mierda.

Graham me ofreció su mano, y la tomé. Me arrastró y a Nathaniel arriba por la escalera. Su mano en la mía era sólo una mano, sólo calor. Tal vez no estaba armado, y tal vez no sabía cómo ponerse a cubierto, pero en ese momento nadie más con nosotros me hubiera puesto de pies sin complicar las cosas. Miré hacia arriba y encontré a Edward con la mano en el estómago de Olaf, o en la parte inferior del pecho. Olaf me habría ayudado a salir de los escalones, y Edward lo habría dejado. Me miró, y la mirada fue suficiente. No eran psíquica suficiente para notar la diferencia entre el aumento de las bestias y el aumento del *ardeur*, no en sus primeras etapas. Edward no quería que se extendiera a él, e iba a asegurarse de que no se extendiera a Olaf. Alejé la idea, en esa jaula atestada de que todos los demás pensamientos se habían ido en los últimos días y horas. Piensa en ello más tarde. Estábamos corriendo por los escalones. Graham tenía mi mano derecha, pero no se suponía que usaría las armas esta noche, ¿verdad?



CUARENTA Y TRES

Todos nos miraron cuando tropezamos en la puerta. No había vestíbulo, así que tres de nosotros estábamos repentinamente a la vista de la multitud. Nathaniel y yo respirábamos como si hubiéramos corrido una milla. Sólo Graham estaba tranquilo a mi lado. Edward y Olaf se desplegaron a cada lado de nosotros. Micah se apartó. ¿Estaba todavía luchando contra su bestia? Confié en que lo podía manejar. Tenía que confiar en él, porque estaban sucediendo cosas y no podía confiar en nadie más para manejarlo.

El área detrás del púlpito se había convertido en un escenario, había tres personas enmascaradas en él, Columbine y Giovanni estaban a la izquierda. Estaba elegante, en una versión pegada al cuerpo de la mezcla de colores de los *Harlequin*, en rojo, azul, blanco, negro y dorado, con una falda medianamente corta para pretender modestia. Un sombrero dorado de tres picos tenía cuentas multicolores que combinaban con los otros colores. Su máscara dejaba ver sólo un mentón blanco y una boca color carmesí. El

hombre a su lado era mucho más alto que ella, vestido con una máscara blanca como la que nos envió en la primera caja. Su cara era un espacio en blanco atrapada en la capucha de la capa negra que le cubría hasta sus tobillos. Un sombrero negro de tres picos completaba el atuendo. Estaban de pie en un contraste de brillo y oscuridad.

La tercera figura enmascarada estaba en nuestro lado del escenario, al lado de Jean-Claude y sus vampiros. Damian y Malcolm también estaban a su lado, detrás de Asher. Pero la última figura enmascarada no era un vampiro. Parecía más como si estuviera a punto de ir a un cautiverio que al Carnaval. La máscara era de cuero y ocultaba la mayor parte de la cara, cubriendo aún la parte posterior de la cabeza, una capucha en lugar de una máscara. Los hombros anchos estaban enmarcados por el chaleco de cuero, y la versión ligeramente pálida de su bronceado de verano me dejó saber que era Richard. Había venido para estar al lado de Jean-Claude después de todo. Jake y algunos de los otros guardaespaldas lobo estaban detrás de él.

Asher estaba al otro lado de Jean-Claude, su pelo atrapaba las luces como hilos dorados. Remus y un grupo de hienas estaban detrás de él. La mayor parte de los vampiros de Jean-Claude estaban esparcidos alrededor del escenario. Pero Elinore y otros no estaban allí porque Jean-Claude había querido que se mantuvieran lejos. Si moríamos esta noche y conseguíamos llevar a los *Harlequin* con nosotros, confiaba en Elinore para reconstruir la ciudad de vampiros. Truth y Wicked estaban ahí, al lado de Haven y sus leones, así como Rafael y sus ratas. Había un océano de hombres animales en nuestro lado del escenario. Los dos *Harlequin* parecían tan superados en número, que parte de mí estaba triste porque esto no estaba llegando a ser una lucha justa. Parecía que pudiéramos ganar la pelea. Por supuesto, los *Harlequin* que estaban en la iglesia nos habían identificado; conocían nuestros recursos. Quizás había más de una razón por la que ofrecieron una lucha metafísica en lugar de una física.

Mi pulso empezó a debilitarse. Nos dirigimos hacia el pasillo, Graham un poco delante de nosotros, Nathaniel y yo seguíamos agarrados de la mano. Micah estaba aún dándonos espacio. Hubiera querido tocarlo, pero tenía razón. No necesitábamos otra visita de nuestros leopardos. Edward y Olaf cubrían la retaguardia. Pensé que llegaríamos al escenario. Pensé que llegaría a tocar a Jean-Claude y a Damian, pero Columbine pensaba de otra manera.

Su poder fluyó sobre la congregación como humo invisible. Mi aliento

quedó atrapado en mi garganta. Sentí que su poder tocaba a algunos de los vampiros. Se estaban ahogando con su poder, al igual que yo. Dejé caer la mano de Nathaniel y agarré la parte posterior de un banco. Lo que sea que estuviera sucediendo, no lo quería extender a Nathaniel.

—¿Anita? —dijo—. ¿Qué pasa? Siento el poder, pero…

Sacudí mi cabeza. No pude hablar después del toque de su poder. Era casi delicado, como ahogarse con plumas; ligero y mortal. Los vampiros estaban sostenidos en los bancos o cayendo al suelo. Luché por aguantar y mirar fijamente a la vampira en su colorido atuendo de payaso. Si algo de esa elegancia podría ser de payaso. Comprendí que no me estaba ahogando. No era muerte lo que ofrecía el poder, sino el fin de la libertad. Su poder era tan grande, tan poderoso, que podría ser esclavizante. Pude sentirlo. Nos controlaría, seguramente como yo podía controlar un zombi recién levantado.

Su poder era algo parecido al mío. Ella podía controlar a los vampiros, así que ¿por qué me estaba golpeando tan fuerte?

Su poder era un delicado y pegajoso dedo en mi mente, empujando contra mí poder.

—Se mía —susurró—. Se mía.

Nathaniel me tocó. Su poder vibraba sobre mi piel, alejando el toque frío. Pude volver a pensar, volver a sentir, tomé un aliento profundo.

Mi propio poder rugió a la vida. Mi nigromancia y algo más, algo que era nigromancia, y al mismo tiempo no lo era. Empujé ese poder hacia ese delicado toque persuasivo. No había nada delicado en lo que hice. Hice añicos su poder con un martillo, directamente hacia esa suavidad engañosa. Acerté, y encontré la uña de acero debajo de la mentira de la bondad. Todo era mentira. No había nada bondadoso, nada amable. El poder respiraba sumisión. Se mía, cuidaré de ti, alejaré todos tus problemas, se mía. Grité para no escuchar esas palabras mentirosas. Ahogué su voz en mi cabeza con mi poder, como dinamitar un hotel porque no te gusta tu habitación. Su poder colapsó, se retiró, y estaba repentinamente en el pasillo, no me di cuenta cuándo me había movido.

Estaba de pie con la mano de Nathaniel en la mía. Pude saborear pulsos, sangre fluyendo lentamente en montones de venas. Los vampiros se giraron y me miraron, porque no tenían alternativa. Había destrozado su poder y lo había remplazado con el mío. Muchos vampiros no se habían alimentado esa noche, tantos pulsos débiles, tantos latidos lentos.

Necesitábamos alimento.

La mano de Nathaniel convulsionaba alrededor de la mía, trayéndome de vuelta de mis pensamientos. ¿Lo había recibido? Pude oler repentinamente sus pieles, media docena de perfumes diferentes, el champú dulce de alguien, el irritable olor de cigarrillos, loción para después de afeitar. Pude oler sus pieles como si hubiera puesto mi cara sobre sus brazos o sus cuellos. Jean-Claude me había protegido de ahogarme en sus sensaciones la última vez que había venido a la iglesia. ¿Por qué no me ayudaba ahora? Me giré hacia el escenario y lo encontré mirando, pero no a mí, sino a Columbine y a Giovanni. Algo estaba sucediendo. ¿Estaban hablando? No podía oírles. Era como si todos mis sentidos se limitaran a oler, tocar y ver.

Sentí entrar su poder, como si tomaras aliento antes de soplar una vela. Excepto que esta vela era unos cien vampiros. Ese poder se derramó, y era como agua moviéndose alrededor de la quietud de los vampiros que sólo Nathaniel y yo podíamos sentir. Les podíamos salvar, pero el resto… el resto estaba perdido.

Damian gemía en mi cabeza, gritó. Nathaniel y yo nos giramos y encontramos a Malcolm enrollado alrededor de Damian, la boca de Malcolm empujó en la garganta de Damian. Malcolm empujó su poder en el vampiro menos poderoso, pero tomar su sangre significaba que le estaba haciendo un juramento de sangre a él. Eso no tenía sentido. Entonces el poder nos golpeó.

Era como tocar para que se abriera una puerta dentro de mi cabeza. Nathaniel gritó, y le imité. Mi poder, nuestro poder, se extendió sobre los otros vampiros. Malcolm había creado a casi todos los vampiros que estaban aquí. No había confiado en nadie más para hacerlo. Ahora, él no estaba haciendo un juramento de sangre a Damian, sino a mí. Estaba usando su poder para enviar el mío sobre su grupo. Me los estaba dando para impedir que Columbine los tomara. Pero creo que Malcolm no comprendía lo que significaba para mí un juramento de sangre. Quizás pensaba que mancharse con mi sangre y no con la de Jean-Claude haría de ello una obligación débil, pero nunca hice un juramento de sangre sin la guía de Jean-Claude. Sólo conocía una manera de hacerlo, y todo era de esa forma.

En uno de esos momentos que duran para siempre, y en un abrir y cerrar de ojos, vi dentro de la mente de Malcolm. Me había creído un mal

menor. Había pensado que podía controlarme y conservar algún control de su gente. No eran palabras, sino imágenes, como algún sueño corto, eso si los sueños pudieran abofetearte mientras pasan por tu mente. Siempre me pregunté si los motivos de Malcolm eran tan puros como parecían. Asumí que era un intento de obtener poder; todos los vampiros querían poder. Pero lo vi sostener a su gente, acunándoles mientras lloraban. Lo vi hundiendo sus colmillos en sus gargantas para darles la tercera marca. Sentí que lo hizo como algo sagrado, una ceremonia tan pura en su propio corazón como el matrimonio de una monja con Dios. Fue culpa suya que la unión fuera completa, su poder empujaba dentro de mí, sin comprender que mi nigromancia era la gravedad más grande que ningún vampiro podría tocar alguna vez. Lo chupó, y no lo pude detener.

Pero era de la línea de Belle Morte, y todos nuestros talentos eran armas de doble filo. Sentí su poder sumergirse dentro de mí y el mío dentro de él, y no lo pude mantener fuera. Y no era sólo mi mente. Los recuerdos de Nathaniel y Damian fluyeron a la superficie. Nathaniel como un pequeño muchacho, un hombre sosteniendo su mano, alimento para un estómago hambriento, entonces manos donde… Malcolm detuvo el recuerdo antes que fuera más allá. Entendió que no podía guiarnos por esas aguas. No podía detener lo que estaba sucediendo, pero siglos de ser un maestro nos ayudó a rozar la superficie y a no ahogarnos. Damian en la cubierta de un buque a la luz del sol; el viento era tan fresco, el mar olía tan bien. La oscuridad de la mazmorra de su creador. Esa escalera oscura, los gritos, los olores. Malcolm nos alejó de eso. El funeral de mi madre, y nos alejó de eso también. Era como parpadear; ves algo que no quieres ver, parpadeas, miras hacia otro lado y hay otra imagen.

Malcolm pensaba en su congregación. Supe que la chica que olía a jabón y champú dulce quería ir a la universidad, y estaba luchando para conseguir suficientes clases de noche para completar su grado. Supe que la familia de vampiros estaba viviendo en un barrio que no los quería. Supe que el «niño» era el dueño de la casa. Malcolm nos dio problemas y esperanzas. Lo que nosotros le dimos fue el olor de su piel, el roce a lo largo de un cuello, unas docenas diferentes de lociones para afeitar, veinte perfumes diferentes, de dulzura fina a una limpieza herbal que era casi amarga. Les hice suspirar, cuando nuestro poder barrió sobre ellos. Levantaron sus cabezas cuando se estremecieron con el toque del poder que fue más sensual que cualquier cosa que Malcolm les hubiera mostrado. No

tenía que ser sexual, pero era un baile de sentidos. Ser tocado por algún vampiro de la línea de Belle era entender que la respiración de alguien contra su brazo, sólo su brazo, podía cubrir su cuerpo de escalofríos.

Malcolm se alejó del cuello de Damian como un hombre saliendo del agua poco antes de ahogarse. Todos llegamos a la superficie de ese deber. Nathaniel y yo terminamos en un montón sobre la alfombra del pasillo. Tuvimos que agarrar a Damian o podría haberse caído.

—No los has salvado, Malcolm. Cuando te los quite, vendrás con ellos como un perro con una correa. —La voz era clara y parecida a campanas, produciendo eco en las paredes de la gran iglesia. No pensé que eran poderes de vampiro. Era más como una voz que había sido entrenada siglos antes de que existieran los micrófonos.

Jean-Claude tocó a Malcolm para que no contestara. Él contestó con una voz que sonó casi ordinaria comparada con la de Columbine. Era tan insulsa y vacía como podía conseguirla, pero de algún modo llenó la habitación.

—Negociamos que te batirías en duelo con el primero que usara magia. *Ma petite*, mi sierva, no sabía las reglas.

—También prometimos no usar a nuestros sirvientes para reforzar nuestros poderes —dijo.

—No se permitía contactarla mente a mente.

—Podrías haber conspirado a mis espaldas.

—Pero no atacaste a *ma petite*, golpeaste a la congregación. Eso parece como si hubieras roto primero el trato. —Su voz tuvo una vibración al final, y la congregación reaccionó a ella, estremeciéndose. Empezaron a mirarle fijamente, algunos de mala gana, pero ahora le escuchaba, le sentí ahora. Comprendí en ese momento que Malcolm había tenido razón en una cosa. Juramento de sangre a mí era juramento de sangre a Jean-Claude. Sangre de mi sangre y cosas por el estilo.

—Tu sierva estaba usando a sus leopardos y a su vampiro. Podría haber tocado a mi siervo Giovanni, pero mantuve nuestro trato. Pero si a ella le era permitido ganar poder de otros, entonces parecía justo que yo pudiera hacer lo mismo.

—Puedes alimentarte con el poder combinado de todos los vampiros —declaró Jean-Claude.

—Sí —dijo ella, y sonó satisfecha consigo misma.

Edward y Olaf estuvieron de pie a cada lado de nosotros como buenos

guardaespaldas. Fue Micah quien se arrodilló y preguntó:

—¿Es seguro tocarte?

Supe lo que quiso decir: ¿Podía cualquier mierda metafísica propagarse por el tacto?

——Creo que estás a salvo si me tocas.

Agarró mi codo y se alzó fácilmente. Graham ofreció a Nathaniel una mano. Ambos nos tambaleamos un poco, pero estábamos de pie. Sí.

Columbine quiso apropiarse de la congregación y usarlos como una batería para agrandar sus poderes. Genial, suficiente para ganar la pelea a Jean-Claude, quizás. Pero ahora ellos eran míos, y a través de mi, de Jean-Claude.

—Demasiado tarde —dijo Malcolm—. Los he dado a mi maestro.

—Oh, tal unión, cuando es fresca, no es muy firme —dijo Columbine.

—Palabras valientes, Columbine —dijo Jean-Claude, y su voz se deslizó sobre mi piel. Nathaniel se estremeció a mi lado. Sentí doscientos vampiros, o más, reaccionar a su voz. Un vampiro gritó:

—Malcolm, sálvanos de este libertino y su puta.

Me giré y encontré al hombre que había hablado. Estaba mirando fijamente a Malcolm, con su mano hacia él, suplicando. Empecé a molestarme, pero entonces tuve un pensamiento, y pude sentir su miedo. La voz de Jean-Claude había hecho reaccionar al cuerpo de ese hombre heterosexual. Sólo la voz, palabras ordinarias; Jean-Claude no lo había intentado, todavía no. ¿Cómo me hubiese sentido si fuera una vampira? La idea me hizo pensar en Belle Morte.

Había hecho mucho más que usar su poderosa voz en mí. El pensamiento hizo recorrer un calor en mi cara. Tenía grabado en mi pensamiento su cuerpo, sus manos sobre mí. Entonces pude saborear su boca, la dulzura de su lápiz de labios. La seda de su piel se pegaba a las yemas de mis dedos, por lo que los froté contra el cuero de mi abrigo para conseguir otra sensación, pero no ayudó. La sensación de su piel en mis dedos era como una telaraña que no podía quitar.

Nathaniel empezó a tocarme, pero lo sacudí. Estaba sacudiendo mi cabeza. Estaba alejando mis manos de ellos, y estaba recostada en el pasillo. Necesitaba a Jean-Claude, o a Asher. Necesitaba a alguien que comprendiera su poder más que yo. Quizás era sólo una reacción de lo que me había hecho en sueños, pero no podía contar con eso. Si trataba de tomarme otra vez, necesitaría estar cerca de alguien que pudiera ayudarme

a pelear.

No sé si Columbine comprendía lo que estaba sucediendo, o pensaría que era el *ardeur*, pero parecía pensar que era una abertura; una debilidad. Atacó a la congregación otra vez, pero lo que hizo antes había sido un engaño. Sólo había estado probando. Su poder atravesó a los vampiros como una espada ardiente. Donde tocaba gritaban, y los lazos que les unían a mí, a Jean-Claude, quedaron quemados. Era como si literalmente pudiera cortar las conexiones metafísicas como cuerda que era demasiado frágil para sostenerse.

Uno de los vampiros a los que cortó tropezó en el pasillo y cayó a cuatro patas sobre mis pies, chillando. No podía sentir lo que estaba sintiendo, pero aparentemente dolía. Un hombre se acercó, tenía ojos grises. Gritó:

—¡Maestro, ayúdame! —No llegó hacia Malcolm, o Jean-Claude. Estaba a pulgadas de distancia, y llegó a mí.

Tomé su mano. Ni siquiera lo pensé. Su mano era más grande que la mía, por lo que la envolvió, y al momento que me tocó paró de gritar. Salió del banco y se envolvió alrededor de mí. Me abrazó como si fuera la última cosa segura en el mundo. Le devolví el abrazo, estrechamente, y la sensación de la piel de Belle Morte se desvaneció bajo la realidad muscular del hombre en mis brazos. La chica en el suelo se arrastró hacia mí, tocó mi pierna y paró de gritar.

Se enrolló alrededor de nuestras piernas, entre el vampiro anónimo y yo. Yo era de la línea de Belle Morte. Sabía cómo parar el dolor. Sabía cómo traerlos de vuelta y hacerles míos.

Levanté mi cara al hombre de ojos grises. Se inclinó hacia mí, doblando toda su estructura hacia abajo. Sostuve su cara en mis manos y me puse de puntillas. Su boca encontró la mía, y nos besábamos. Sus labios estaban secos, nerviosos y asustados, pero hice algo que nunca había sido capaz de hacer antes: fui capaz de atraer un poco del *ardeur*. Entendí, como si finalmente amaneciera, que el *ardeur* no tenía que ser un océano. Podía ser una solitaria gota de lluvia, para mojar los labios. Le ofrecí un pedacito del poder, soplándolo dentro de su boca. Encontré la pieza rota dentro de él que Columbine había cortado. La había cortado con dolor y fuerza, y les había ofrecido una advertencia. Les había mostrado tortura, fuego, para quemar y destruir, si se negaban. Ofrecí un beso. Ofrecí bondad. Ofrecí amor. Si no hubiera probado el poder de Malcolm momentos antes, quizás no podría

haberlo hecho, pero su intento era tan puro, tan generoso, que parecía que el *ardeur* había aprendido un nuevo sabor. Les ofrecí ese sabor. Les ofrecí una elección. Les di agua fresca y seguridad. Ella ofreció terror y castigo. Ella era la amenaza. Yo era la promesa.

Les gané con un beso, un toque. El poder fluyó hasta los bancos, y me moví entre ellos. Damian y Nathaniel me ayudaron, me moví entre la multitud, tocando, un beso aquí y allá. Había una bondad en el *ardeur* que no había sentido antes. El poder de Columbine murió bajo una ola de bondad. Una ola de tacto, y besos castos. Una ola de ayuda. Te salvaremos. Quitaremos tu dolor. Ella debería haber recordado que las personas dan todo lo que tienen, todo lo que son, para ser atendidos, y para detener su dolor.

Ese es el atractivo de los cultos: la promesa de una buena familia; es lo que piensan las personas que es el amor, pero el amor no es la ausencia del dolor, es una mano para mantenerse mientras atraviesas por él.

Columbine gritó por su frustración, y rompió el pacto. Tocó a Giovanni. Sentí su toque hacia él. No la mano que tomó, sino su poder. El poder que habíamos estado empujando dio un salto repentinamente. Lo sentí como una enorme marea sobre nosotros. Me giré y miré como si allí hubiera algo importante para ver, pero no había nada. Entonces esa nada nos golpeó. Era como estar en la mitad de un torbellino de fuego. Cada respiración era agonía, muerte, pero tenías que respirar. El poder quemó mi garganta, y peleé para gritar, pero no había aire. No había nada, solo dolor.

Una voz salió de ese dolor y dijo:

—Haré parar ese dolor. Se mía, y lo detendré.

—Grité en desafío a esa voz en mi cabeza, pero era el tipo de dolor que finalmente podía quebrarte.

Finalmente, dirías simplemente que sí, cualquier cosa, todo, sólo para hacer que se detuviera.

Vagamente, sentí la alfombra debajo de mí. Supe que estaba retorciéndome sobre ella, pero el dolor se comió las otras sensaciones. Mi visión corrió en serpentinas, deslizando imágenes, como si mis ojos no pudieran ver más allá del dolor.

Unas manos intentaron sostenerme, pero mi cuerpo no podía estarse quieto. Dolía demasiado para estarse quieto.

La voz en mi cabeza dijo:

—Déjalo ir, y se sentirá muy bueno. Sólo déjalo ir. Déjalo ir. Ellos son

extraños para ti; déjame tenerlos, Anita. Déjalos ir.

Aún no sabía a —quienes se refería. No había nada excepto dolor, y cierta parte de mí que no podía entregar. Era como si cada cosa debajo de mi piel hubiera empezado a encenderse tratando de quemar su salida.

Unas manos me sostenían, y había tantas manos que tuve que sentirlas. Eran firmes y reales, y parecían un ancla en el dolor. Pude sentir las manos, sentir que eran reales. Que significaban… luz, luz ardiente, el sol deslumbró mis ojos, y me quemó.

Grité, y algo cubrió mi boca. Unos labios, un beso, y bajo ese beso estaba el dulce almizcle del leopardo. Mi leopardo desprendía ese olor. El sol daba calor, y bien, no era algo abrasador. Me levanté con la bestia de Micah, dos criaturas de pieles negras que se retorcían y bailaban, me levanté hacia la luz. El dolor se alejó cuando recordé piel, garras, dientes, y carne. Yo no era un vampiro, no realmente. No era nada que ella pudiera haber quemado. Su poder sólo trabajaba en los muertos. Recordé que estaba muy viva.

Parpadeé hacia la cara de Micah a pulgadas de distancia. Estaba tumbado encima de mí, sus manos atrapando mi cara entre ellas. No podía girar mi cabeza para ver quién estaba inclinado sobre mis brazos y piernas, porque había una gran cantidad de manos. Olí a lobo, a hiena y a humano. Había olido el aire antes de que intentara ver quién me estaba sosteniendo.

Micah bajó la vista hacia a mí con sus ojos de leopardo.

—¿Anita? —dijo mi nombre como una pregunta.

—Estoy aquí —susurré.

Micah se arrastró lejos de mí. Pude ver ahora a Edward sobre mi brazo derecho. Olaf estaba sobre mi pierna derecha, y Remus estaba sobre mi pierna izquierda. Graham estaba sobre mi brazo izquierdo. Giré hacia los hombres que me estaban sujetando todavía.

—Podéis dejarme levantar ahora.

—Todavía no —dijo Edward. Me di cuenta que estaba a cuatro patas, poniendo todo su cuerpo sobre un solo brazo. Me pregunté cuán duro había tenido que trabajar para mantenerme abajo.

—Actúas como si estuvieras a punto de cambiar —dijo Remus desde donde sostenía mi pierna.

—Si hay otro animal a la izquierda, podemos dejarte ir —dijo Olaf. El hombre grande, casi tan grande en forma humana como Graham en forma de animal, parecía muy serio sosteniendo mi pierna. Pensé en la fuerza que

había impresionado incluso a Olaf. ¿Qué infiernos había hecho?

Quise discutir, pero las miradas en cada uno de ellos me dijo que les había asustado, o al menos les había impresionado a todos. Impresionado en forma negativa. Nada que pudiera decir los haría desistir, pero aún así no quería estar tirada en el suelo, seguir ahí, un poco indefensa en la mitad de una pelea.

—Nuestros siervos han combatido, Jean-Claude, y el mío está todavía de pie.

—Pero *ma petite* ganó, Columbine. Ella soportó el poder de Giovanni. Todo el dolor que le causaste, y no te dejó usarlo para poseer a otros vampiros. Ellos todavía son míos. No puedes alimentarte de sus poderes, como lo habías planeado.

Pude girar mi cabeza y ver a Jean-Claude en el escenario, pero Columbine estaba fuera de la vista. Necesitaba estar a su lado. Llamadlo presentimiento, pero las cosas malas estaban viniendo. Podía sentirlo en el aire.

—Alguien ha hablado fuera de turno —dijo ella.

—Sentí tu poder, Columbine, lo sentí formándoles una gran hoguera para alimentar tu poder. Nadie tenía que contarme historias para comprender lo que tenías intenciones de hacer. Puedes tomar otros vampiros y hacer de sus poderes un arma excelente.

—Sí —dijo.

—Pero *ma petite* te detuvo de tomar a estos pequeños vampiros y convertirlos en tu ejército, tu fuente de poder. ¿Qué harás ahora que no puedes ganar poder de este modo? —Su voz respiró a través de mi cabeza —. ¿Estarás bien a mi lado, *ma petite*?

Susurré:

—Lo intentaré. Dejad que me levante, chicos.

El poder se respiraba en la iglesia. Trataba de alimentarse de tus dudas, no, trataba de alimentarse de ellos. Había conocido a vampiros que se alimentaban de la lujuria, del miedo, pero nunca que se alimentaran de la duda. Querido Dios, ella se alimentaba de eso, y podía causarla, tal como los vampiros que se alimentaban de lujuria y miedo. Me abrumaba repentinamente con la certeza de que perderíamos. Todos íbamos a morir, y no había nada que pudiera hacer.

—Dios —Remus casi se lamentó. Tenía su cabeza en sus manos. Edward y Olaf parecían los menos afectados. Micah extendió su brazo

hacia mí. Lo atraje hacia mí en un abrazo, me hundí en su fortaleza, pero las dudas no se iban. Me estaba sofocando en mis dudas. La gente gritaba, algunos imploraban que se detuviese. Escuché a un hombre decir—: Cualquier cosa, cualquier cosa, sólo detenlo, detenlo. —Había más de una forma de ganar esta pelea.

Nathaniel se arrastraba a nosotros. Se acercó con la cabeza hacia abajo. Toqué su mano y una oleada de poder ahuyentó las dudas. Levantó su cara y me dio la mirada de esos hermosos ojos. Su cara se iluminó como el sol que venía detrás de una nube. Me dijo:

—Creo en ti.

Lo atraje alrededor del cuerpo de Micah.

—Tú me haces creer en mí misma. —Así como lo había hecho antes, el toque de Nathaniel ahuyentó las dudas. Su firme certeza nos mantuvo a salvo de ella. Aún estando en la habitación con ella, sus dudas no pudieron filtrarse en la certeza que Nathaniel me daba.

Damian se arrastraba hacia nosotros. Creo que las dudas le asaltaron en parte, pero también era un vampiro. La ilusión de ser consumido por el sol le había golpeado, también. Pude sentir su dolor, y el doble dolor del recuerdo de ver a su mejor amigo morir a la luz del sol. Su conexión a mí lo dejó estar en la luz del sol sin ser quemado, pero el terror por la luz le hacía incapaz de disfrutarlo. La luz del sol era muerte, punto, fin de la historia. Él estaba recordando ver la piel de su amigo pelarse bajo el calor de un día de verano.

Nathaniel agarró su muñeca, tomé su mano, y le atrajimos al círculo de nuestros brazos. Al momento de que le tocamos, tembló, pero levantó una cara manchada por una lágrima.

—Su poder es terrible. Deberías hacer algo para que se detenga.

Asentí. La multitud todavía estaba implorando por ayuda, para que se detuviera. Si hubieran establecido reglas similares a las del último rival que tuvo Jean-Claude, entonces estaba ganando sobre la multitud que eso se decidiría. Un miembro del consejo había venido a la ciudad. Era Earthmover, podía causar terremotos con su poder. Para salvar la ciudad y minimizar la destrucción, Jean-Claude consiguió un acuerdo en que lucharían con poderes menos destructivos, y una de las pruebas era que podían dominar la audiencia del Circo de los Malditos. Si la victoria estaba en conseguir una multitud de nuestro lado, estábamos a punto de perder.

Intenté sentir a Jean-Claude a través de las marcas, pero me mantuvo

fuera. Conseguí una rápida visión de él ahogándose en la duda. Pero no eran sus dudas, eran las de Richard. Pobre Richard, había venido a apoyar a Jean-Claude, pero estaba tan lleno de inseguridad que le estaba causando daño, a ambos. Jean-Claude se protegió tanto que no le podía sentir. Eso le alejó y Richard se convirtió en la versión infernal de Richard.

Me puse de pie, todavía sostenida entre Nathaniel y Damian. Micah estaba con nosotros, pero apartó sus manos. Le dije:

—Te amo.

—También te amo, ahora ve. Ve con Jean-Claude.

Nos apresuramos hacia el escenario. Jean-Claude necesitaba tocar a alguien que no tuviera dudas de él, o de ellos mismos. Con la mano de Nathaniel en la mía, tuve suficiente certeza para compartir.



CUARENTA Y CUATRO

Llegamos al escenario en una carrera y caí en los brazos de Jean-Claude. Caí en sus brazos con Nathaniel tomado de mi mano derecha y Damian de la izquierda. Jean-Claude se tambaleó por el peso combinado o por el impulso que llevábamos. Asher ayudó a sostenerlo, sus manos en su espalda para ayudarlo a mantenerse en pie. Richard estaba a cuatro patas, la cabeza hacia abajo. No levantó la vista cuando chocamos contra los brazos de Jean-Claude y Asher nos sostuvo a todos durante unos instantes.

Jean-Claude envolvió sus brazos a mi alrededor. Sentí la fuerza de Asher a sus espaldas, a nuestras espaldas, ayudándonos, estabilizándonos. Miré hacia arriba, hacia la cara de Jean-Claude, hacia esos ojos azul medianoche. Nathaniel envolvió sus brazos alrededor de Jean-Claude, Asher y yo. Creo que Asher se habría movido hacia atrás pero no había tiempo. Damian siguió sosteniendo mi mano, pero se arrodilló junto a Richard. Tocó el hombro del hombre caído. Nathaniel y yo le

proporcionamos seguridad a Jean-Claude, una roca sobre la que construir. Damian compartió su frialdad con Richard, su control total. Sentí ambas emociones en un torrente de energía que bailó a través de mi cuerpo, y en el de Jean-Claude y Asher detrás de él.

Richard gritó, su cabeza se levantó, su mano sujetó el brazo de Damian como un hombre que se ahoga recibiendo ayuda por última vez.

Sentí la frialdad de Damian cubriendo el pánico de Richard y transformándolo en una pared de hielo. Proporcionó a Richard defensas tras las que esconderse. Puso a Richard de pie, y se quedaron así, uno con las manos en el brazo del otro, como una versión del saludo que los hombres usan a veces, cuando un apretón de brazos no es suficiente, pero son demasiados machos para un abrazo. Damian mantuvo su mano en la mía, pero él y Richard se mantuvieron fuera del círculo del abrazo que los demás formábamos.

Se sintieron aliviados de estar fuera del círculo que formábamos. El miedo de Richard llameaba. No tenía miedo de Columbine y su sirviente. Tenía miedo de Jean-Claude, de Asher y de mí. Fue uno de esos destellos que algunas veces me llegaban de las mentes de los otros. Era Damian quien cortaba la sensación, Damian quien bloqueaba el miedo con su propio autocontrol de hierro. Había tenido siglos para aprender a controlar el miedo cuando era el juguete de un vampiro maestro que podía aumentar el terror y alimentarse de él, como Columbine se alimentaba con la duda.

—Debemos ganarnos a la multitud, mes amis.

—¿Cómo cuando Earthmover llegó a la ciudad? —pregunté.

Asintió, apretando los brazos a mi alrededor. Sabía a qué se debía el abrazo. Earthmover había ganado. Solo tratar de convertirme a su siervo humano, obligándome a matar a Jean-Claude para él, me había dado la oportunidad de matarlo. Apreté mi rostro contra la camisa de encaje de Jean-Claude. Casi lo había sacado de usar esos encajes pasados de moda, pero esta noche vestía como cuando le conocí, espumoso encaje blanco y chaqueta de terciopelo negra, solo los pantalones de cuero negro demostraban que sabía en qué siglo estábamos. Apreté mi mano libre contra su costado, bajo la chaqueta, sujetándome y tuve miedo.

—No sé quién es Earthmover —dijo Nathaniel—, pero decidme que tengo que hacer y lo haré.

—Si más de nosotros fuéramos sumisos las cosas irían mucho más rápido —dijo Asher.

Eso me hizo sonreír, aunque la sonrisa se perdió contra la camisa de Jean-Claude.

—Tú no eres uno de nosotros —dijo Richard, y su voz sonó hostil.

—Debemos estar unidos, Richard, o vamos a perder esta noche —dijo Jean-Claude.

—Él no es tú animal para llamar o tu siervo. No tengo que jugar limpio con él.

Asher empezó a alejarse, pero Nathaniel apretó el brazo y le mantuvo en su lugar.

—No te vayas.

—Déjame ir, chico. El lobo tiene razón, no soy el amor de nadie. —Su voz tenía la tristeza del sabor de la lluvia en la lengua, siglos de dolor se leían en su tono.

—Nosotros ciertamente no podemos ir mas allá de nuestros triunviratos —dijo Jean-Claude—. Incluso nuestro lobo se está ahogando. ¿Cómo podemos salvar a todos los demás si ni siquiera podemos salvarnos nosotros mismos?

—Su voz era un eco de la de Asher, tan llena de dolor, que mi garganta se cerró al oírla y pensé que me ahogaría en las lágrimas no derramadas.

—¡Lucha, maldita sea! —Claudia se acercó al borde del escenario. Las lágrimas mojaban su rostro. Sus emociones tan crudas que parecían un dolor físico—. ¡Lucha por nosotros! No te limites a darte la vuelta y darle a esa perra tu garganta.

Malcolm se acercó al lado de Richard.

—Lucha por nosotros, Jean-Claude. Lucha por nosotros Anita. —Miró directamente a Richard. Richard de repente se veía mal con la máscara de cuero. No se veía bien con el traje de cuero, parecía exactamente lo que estaba haciendo. Escondiéndose. El resto de nosotros estaba a la vista. Solo los chicos malos y Richard se ocultaban del mundo. Malcolm tocó su hombro—. Lucha por nosotros, Ulfric. No dejes que tus miedos y dudas nos destruyan a todos.

—Yo pensaba que tú entre todas las personas entendería porque no quiero que me toquen cuando utilizan el único poder que tenemos para luchar con esas cosas.

—Sentí lo que Anita y su triunvirato hicieron antes. Fue una amistad y un amor tan puro como nunca había sentido antes. Empiezo a creer que el *ardeur* es una joya con muchas facetas, pero necesita luz para brillar,

Ulfric.

—¿Qué diablos significa eso? —preguntó Richard con voz enfadada y frustrada. Apartó la mano de Malcolm y miró a Damian—. Estas manteniendo lo peor lejos de mí ¿verdad?

—Para cosechar los beneficios tengo que tomar lo malo con lo bueno. No puedo hacerlo. No puedo. —Miró hacia mí—. Lo siento, pero no puedo ir a donde esto se dirige.

—¿Qué crees que vamos a hacer, Richard? —pregunté.

—Lo que siempre hacemos, joderlo todo.

—No fue sexo lo que ofreció mi congregación, solo amistad.

—Pero no va a permanecer de esa manera, nunca lo hace —dijo Richard. Miró a Malcolm y dijo—: Me estas pidiendo que haga algo que nunca harías tú mismo.

Damian se limitó a mirarlo.

Malcolm asintió.

—Tienes razón. —Asintió otra vez—, tienes toda la razón. Yo he permanecido seguro en mi posición moral. Así podía decir que lo que Jean-Claude hacía era el mal. He dicho cosas odiosas de Anita, la he llamado puta y bruja. He juzgado a todo el pueblo de Jean-Claude peor que mi congregación, pero toda mi justicia y razón no puede protegerlos.

Richard asintió.

—Lo sé. Anita salvó a mi madre y a mi hermano, les salvó la vida, pero hizo cosas terribles para llegar a tiempo. Cosas que todavía pienso que son inmorales y equivocadas, y tengo que vivir con el conocimiento de que si yo hubiera estado allí no habría permitido a Anita torturar a ese hombre. No hubiera permitido que lo deshumanizara, o a ella misma. Me habría quedado con mi autoridad moral y mi madre y mi hermano estarían muertos. —Las lágrimas brillaban rodeadas por el cuero—. Solía estar tan seguro de todo. Raina no pudo con mi fe. Ella me hizo estar aún más seguro. Solo Anita y Jean-Claude me han hecho dudar de todo.

Me separé un poco de Jean-Claude, continué tocándolo, porque tenía miedo de dejar de hacerlo. Si tocándonos las dudas que nos acechaban no quería saber cómo sería si dejásemos de hacerlo. Quizás solo moriríamos.

—Mi cruz todavía funciona para mí, Richard. Todavía arde con luz sagrada. Dios no me ha abandonado.

—Pues debería hacerlo —dijo Richard—. Debería hacerlo, ¿no lo ves? Si lo que creo es correcto, si lo que tú dices creer es correcto, entonces tu

cruz no debería arder. Has roto demasiados mandamientos, has asesinado, torturado, follado, pero la cruz sigue funcionando. No lo entiendo.

—¿Estás diciendo que soy el mal así que Dios debería haberme dado la espalda?

Incluso con la mayor parte de su cara oculta vi su rostro contraerse por la emoción, las lágrimas cayendo finalmente. Asintió.

—Sí, eso es lo que quiero decir.

Me quedé mirándole, sabía que parte eran los poderes vampiros jugando con su cabeza, pero los poderes de Columbine solo habían sacado fuera lo que realmente ya estaba en su cabeza. Una parte de Richard creía lo que estaba diciendo.

—*Ma petite*…

—No —dije—, no, está bien. —Mi pecho se sentía como si lo hubiesen cortado, no sangriento y caliente, sino congelado. Como si una parte de mi corazón se hubiese perdido hacía mucho tiempo pero no hubiese querido verlo, sentirlo, saberlo—. Tal vez Dios no es el policía del sexo, Richard. A veces pienso que todos los cristianos se colgaron de esa cosa del sexo porque era más fácil preocuparse por el sexo que preguntarse, ¿soy una buena persona? Sí, siempre que no tenga relaciones sexuales con un montón de gente soy una buena persona, eso es fácil, no me estoy tirando a nadie, así que esta bien. Eso hace más fácil ser cruel, porque siempre y cuando no estés jodiendo por ahí, nada de lo que hagas puede ser tan malo. ¿Es eso lo que piensas de Dios? ¿Es solo la policía del sexo para ti y Malcolm? ¿O es que el sexo es algo fácil por lo que preocuparse, fácil de evitar, y todo eso de ama a tu prójimo como a ti mismo es más difícil? Algunos días es muy duro, me siento como si el tratar de ocuparme y cuidar a todos los que forman parte de mi vida me fuese a partir. Pero hago lo que creo que es mejor. Hago lo que puedo por todos los que están en mi vida cada maldito día. ¿Puedes tú decir eso, Richard? ¿Haces todo lo que puedes por todos los que están en tu vida cada maldito día?

—¿Te incluyes a ti y a Jean-Claude en esa lista? —preguntó, su voz tranquila, tan llena de emoción que sonaba extrañamente vacía.

—¿Nos incluyes tú? —pregunté. Podía sentir las lágrimas empujando en mi garganta, quemando en la parte trasera de mis ojos. No iba a llorar por él.

Esos ojos marrones se me quedaron mirando. Vi dolor en ellos, pero finalmente dijo:

—No, no lo hago.

Asentí demasiado rápido, luché para tragarme las lágrimas. Pensé que me atragantaría con ellas. Me aclaré la garganta dos veces, tan fuerte que dolió. Quería acusarle, decirle, —entonces ¿Qué estabas haciendo en mi cama hoy? ¿Por qué duermes con Micah, Nathaniel y conmigo? ¿Por qué te acostaste conmigo hoy? Si no formo parte de tu vida entonces… Pero me tragué las palabras, porque a él no le importaban. Habría tenido alguna respuesta para todo lo que le dijese, o se sentiría mal por ello. De cualquier manera, no quería oírlo, ni verlo. No necesitaba más explicaciones suyas. No necesitaba verlo agonizar sobre sus dilemas morales durante más tiempo. Se había acabado.

—No estoy enfadada Richard. No te odio. Pero no voy a seguir con esto. Crees que soy el mal. Crees que Jean-Claude es el mal. Crees que lo que hacemos para mantener a todo el mundo seguro es el mal. Bien, está bien.

—No quise decir…

Levanté una mano.

—Solo déjalo. La mano en tu brazo que evita que las dudas te coman vivo se forjó a través del sexo, Richard. Esa calma se ganó a través de siglos de dolor y sexo y de servidumbre. Jean-Claude, el malvado hijo de puta, salvó a Damian, lo rescató del infierno. Ellos ni siquiera se gustaban, pero Jean-Claude no dejaría a nadie con ella, no si podía salvarlo. Malvado bastardo.

—Anita —dijo Damian, y su rostro mostraba miedo, como si supiera que era lo que venía.

—Te beneficias de nuestra maldad, Richard. Cuentas con que estemos dispuestos a hacer el trabajo sucio. Demonios, yo soy el Bolverk de tu manada. Literalmente soy tu mal. Hago lo que el Ulfric no quiere hacer. Así que bien, seré tu Bolverk, pero no estamos en el lupanar esta noche. No somos lupa y Ulfric esta noche. Esta noche es un tema de vampiros. Esta noche soy el siervo humano de Jean-Claude. Soy el maestro de Nathaniel y de Damian. Ese es el poder detrás del que te estas escondiendo en este momento. Crees que es el mal, de acuerdo. —Miré a Damian, le dejé ver que estaba queriendo decir lo que estaba a punto de decir—. Damian, suéltalo.

—Tú no harías eso —dijo Richard.

—No puedes tener ambas cosas, Richard. Tienes razón, el *ardeur*

tendrá que subir, no quieres estar en contacto con cualquiera de nosotros cuando eso suceda, ¿verdad?

Él solo me miró.

—Si querías decir lo que dijiste, si realmente crees que está mal, que es el mal, entonces suelta el brazo de Damian. Vamos, quédate con tu superioridad moral. Si Jean-Claude y yo no significamos nada para ti, entonces mantente de pie por ti mismo, Richard, mantente en tus propios pies.

Me miró como si hubiese dicho algo terrible. Se mantuvo aferrado al brazo de Damian.

—No hagas esto, no ahora.

—Creo que es el momento perfecto, Richard. Es perfecto. Tenemos que elevar el *ardeur*, así que vamos.

—Jean-Claude —dijo, y miró hacia el vampiro.

—Es una noche extraña, mi Ulfric. Debería discutir a favor de tu caso. Debería hacerlo para que luchases con nosotros, pero no pareces querer hacerlo. Yo, como *ma petite*, me canso de ser juzgado por alguien por quien me preocupo. Eso duele más esta noche, y sé que es por culpa de Columbine. Ella se está riendo de nosotros, incluso ahora. Ha dejado de atacar a la congregación. Ha puesto todo su poder sobre nosotros, porque encontró nuestra debilidad. La debilidad que siempre ha estado ahí, desde el principio.

—Te refieres a mí —dijo Richard.

—Me refiero a que nuestro triunvirato es defectuoso, y no sé como solucionarlo. He sentido lo que Anita ha hecho con sus siervos. Vosotros dos sois más poderosos; mi triunvirato debería ser el más fuerte de los dos, pero no lo es.

—Por mi culpa —dijo Richard.

—No, por lo que todos nosotros somos, *mon ami*. Pero sea cual sea la causa, me he cansado de esta lucha. —Se recostó contra Asher, apoyando su cabeza contra la del otro hombre—. He rechazado a los que amo para proteger tu sensibilidad, y la de Anita.

—Todos vosotros sois amantes —dijo Richard—. No me lo niegues.

—Tenemos que levantar el *ardeur*, Richard —dijo Jean-Claude—, deja ir la mano de Damian o serás arrastrado a lo que está a punto de suceder. Si es el mal, y solo quieres escapar de él, vamos. Déjalo ir, Richard, déjanos ir a todos.

—Este es un truco de vampiro —dijo Malcolm—. No dejes que te obliguen a algo de lo que te arrepentirás más tarde.

—Es un truco de vampiro, pero lo que Richard dijo es algo en lo que realmente cree, así que Anita y yo creemos que hemos llegado a un entendimiento. Estamos cansados de esto, Ulfric. Estamos cansados de que nos conviertas en los villanos. Si realmente somos los villanos, entonces déjanos. Si no somos los villanos entonces quédate, pero de cualquier manera, sabes lo que tengo que hacer ahora. Si no deseas ser parte de ello, entonces debes separarte de nosotros.

—Vamos, Richard —dije.

Miró a Jean-Claude, luego miró hacia mí.

—¿Esto es lo que quieres?

—¿Es lo que quieres tú?

—No lo sé —dijo.

—Entonces déjame ir, Richard, déjame ir.

Se soltó.



CUARENTA Y CINCO

Richard cayó de rodillas. Su cabeza se inclinó hacia el suelo, con las manos apretándola, como si pudiera dejar salir las dudas de su propia mente. Solo, no podía luchar contra el poder de Columbine. Estaba solo, pero no lo estaba.

La mano de Damian en la mía lo condujo al círculo de nuestro poder. Tenía los mismos problemas con algunos de los otros hombres de Richard, pero Damian era una criatura más práctica. Con él apretado contra mí, Jean-Claude tuvo que mover el brazo para permitir que el otro vampiro se acercara, oyendo o sintiendo los pensamientos de Damian. No era un destino peor que la muerte, no importaba lo que pasara con Jean-Claude y el resto de los hombres; nada de lo que haríamos con él sería un medio tan terrible como lo que habían soportado en sus manos. El otro pensamiento, antes de Jean-Claude cogiera las riendas de la mente de todos, era que Jean-Claude y yo éramos buenos maestros, más amables que cualquier otro

que hubieran conocido, valía la pena luchar por nosotros. A continuación, Jean-Claude se acomodó en el asiento del conductor de nuestro autobús metafísico, y nos calmó, estábamos todos de repente muy tranquilos.

Me quedé con la espalda apretada contra Jean-Claude. Cuando él había puesto a Damian y a mí juntos, nos había convertido, como en un movimiento de danza, suave e inevitable, de modo que nos quedamos en el círculo de su brazo. Jean-Claude nos mantuvo a los dos. Mi mano se deslizó alrededor de la cintura de Damian apretándolo contra mi cuerpo, encajándolo desde el hombro hasta la cadera. Su propio brazo por mis hombros, la mano tocando mi brazo, y otra vez estábamos juntos en una forma que no recordaba. Un brazo de Jean-Claude estaba alrededor de los hombros de Damian, el otro brazo rodeaba a Nathaniel, que estaba acurrucado contra su costado, de modo que un brazo se remontaba a la parte frontal de mi cuerpo. No estaba segura de dónde reposaba el otro brazo de Nathaniel, pero sabía que Asher todavía estaba atrás de Jean-Claude.

Columbine, justo al otro lado del púlpito con su ropa abigarrada, toda rojo, azul, blanco y negro, con bordes dorados. Su sombrero de tres picos era de oro, con sólo un grupo de bolas multicolores haciendo eco de los colores de la ropa. Su siervo humano estaba a su espalda, todo de negro. Parecía una sombra al lado de su brillantez.

—Eres muy buena, Columbine —dijo Jean-Claude—. Ni siquiera siento rodar nuestras mentes. Tu magia es muy sutil.

—Tal cumplido es bastante, gracias. —Ella hizo una reverencia sexy, manteniendo la mitad de la pequeña falda de su traje a un lado como si se tratara de un pedazo de tela viejo.

Debería haber estado nerviosa, por lo menos, pero estaba allí en el círculo de los brazos de todos, y era muy relajante. Era como sentirte cuando te dan drogas antes de una operación, tranquilo, casi un calor líquido, como si pudieras flotar. Una parte de mí pensaba, Es lo que te hacen justo antes de que suceda algo realmente doloroso. Pero alejé el pensamiento en la calma caliente.

—Has atacado a la audiencia por diversión —dijo Jean-Claude con esa voz que podría hacer temblar tu piel, pero no me hizo temblar. Era como si todo lo que nos hubiera hecho, tocar a la gente, nos protegiera de esa voz.

Ella se rió, pero no tenía nada de esa calidad tangible de Jean-Claude y la risa de Asher. Incluso a través de la niebla cerca de la anestesia que

había creado a nuestro alrededor, las risas se sentían planas, incluso humanas. O tal vez la razón por la que sonaban planas era por la oscuridad anestésica. No sabía si era todavía capaz de sentir un poco a través de lo que Jean-Claude había hecho, o si su poder me estaba protegiendo de ella.

La risa murió abruptamente en la boca carmesí. Nos miró con ojos grises y tan serios como la muerte.

—Oh, no, Jean-Claude, no era una diversión, pero admito que os he subestimado, y a tu sirviente. Si hubiera podido ganar la audiencia de ella, entonces hubiera tenido el poder suficiente para derrotarte fácilmente.

—¿Y ahora? —preguntó, con una cadencia en su voz.

—Creo que un asalto más directo sobre ti, personalmente, es necesario.

—Si es demasiado directo, entonces simplemente se llevará a cabo —dijo, con su voz suave.

—Mi poder puede ser sutil, pero no puede ser engañado. Yo también puedo ser directa. Tan directa como el poder que tiene en tus brazos a tu siervo de pelo negro.

Hizo un gesto con la mano delgada, y el hombre detrás de ella se adelantó. Se quitó el guante y puso su mano desnuda entre las suyas.

—No eres el único maestro cuyo toque despierta más poder en tu servidor, Jean-Claude —dijo.

—No pensé que lo fuera —contestó. Su voz era tan suave como la suya, pero su poder no era leve. Su poder hojeó por nosotros, como si fuéramos tarjetas en la mano. ¿A qué iba a jugar? Había tenido que conducir a Jean-Claude antes en el autobús de metafísica, pero nunca lo había sentido así, nunca había sido consciente, tan terriblemente consciente de que fuera su poder, mi poder, el poder que todos le ofrecieron. Era vampiro, lo que significaba que era una potencia en frío, algo de lógica, porque las emociones no molestaban a los muertos. Se movió a través de nuestros talentos, como Edward habría buscado a través de la caja fuerte de armas. ¿Qué arma hará el trabajo? ¿Qué hará una vacuna? Tuve un momento para sentir un escalofrío de miedo, un hilo de duda real. Él aplastó, encerró lejos de mí, de nosotros, porque no era sólo mi mente lo que había sentido. Sabía que Damian y Nathaniel lo habían pensado, sentido, también. Temía que no tuviéramos ningún arma para protegernos de esta. Ya habíamos sido casi destruidos por su poder, sin tocar a su siervo. Aparté las dudas, pero estaban allí. No era la frialdad del vampiro lo que estaba sintiendo, era la frialdad de la necesidad. La duda era su arma. No el brazo de su enemigo.

Su poder nos golpeó, haciéndonos tambalear, como si la emoción fuera un gran viento soplando su mundo aparte. Era como tener la mente y el corazón desgarrados, abiertamente, por lo que tuvo que sentir, saber, cómo se sentía realmente. La mayoría vivimos para que la luz brillara demasiado dentro de nosotros. De repente, Jean-Claude, Damian, Nathaniel, Asher, y yo, estábamos en el punto cero de la luz más brillante en el mundo.

Columbine estaba especializada en la duda y el dolor, pero Giovanni, su hombre, le daba un rango más amplio. La pérdida, la sensación de asfixia por la pérdida, cuando crees que vas a morir con la persona que fue enterrada. De alguna manera ella sabía que teníamos todas las pérdidas sufridas, y nos hizo sufrir de nuevo. Pero no fue sólo nuestras pérdidas personales, Jean-Claude nos había unido entre sí, de modo que en lugar de una pérdida, teníamos la de todos. Oí gritar a Julianna cuando el fuego la consumió. La oí llamando a Jean-Claude cuando el fuego la consumía. Asher gritó en el aquí y ahora, y Jean-Claude se unió a él. Nos paramos ante una pira de ceniza fría y supe que era todo lo que quedaba de la mujer que había sido nuestro corazón. Damian observaba a su hermano quemarse vivo de nuevo. Sus gritos nos perseguían. Damian cayó de rodillas como si hubiera sido golpeado. Éramos pequeños otra vez, y Nicholas se estaba muriendo. El bate de béisbol emitió un sonido repugnante, ya que golpeó la cabeza, un sonido húmedo, haciéndolo crujir. Cayó en el suelo, se acercó a nosotros. La sangre estaba por todas partes, y el hombre como un gigante negro por encima de nosotros. Nicholas dijo:

—¡Corre, Natty, corre!

—¡No! —Nathaniel gritó. En el aquí y ahora—. Cuando era niño, habría corrido. —Alzó el rostro, pero ya no era un niño, y dijo—: No voy a correr. —Me miró a los ojos, esos ojos color lavanda, que eran reales, no ese recuerdo de dolor y muerte. Las lágrimas le manchaban la cara, pero susurró—: No voy correr.

Yo tenía ocho años, y mi padre estaba a punto de decir las palabras que destruirían mi vida. Mi madre había muerto. Pero no había corrido luego. Nathaniel había corrido porque su hermano mayor le dijo que huyera, pero no haría más. Había sido mi padre el que se había derrumbado. Estaba lamentando su pérdida, no yo. No la ejecuté. No corrí entonces, y no lo haría ahora.

Encontré mi voz, y dije:

—No vamos a correr.

Nathaniel sacudió la cabeza, sin dejar de llorar.

—No, no lo haremos.

Jean-Claude y Asher se habían deslizado hasta el suelo con Damian, aplastados bajo el peso de la tristeza. No había nadie más cerca de nosotros en el escenario. Los guardias, incluso Richard, habían huido de nosotros. Huyó por el peso del horror y la pérdida. Huyeron por lo que no se extendió a ellos mismos. Supongo que no podía culpar a Richard, pero más tarde, supe que lo haría. Peor aún, más tarde él se sentiría culpable.

Cogí el movimiento en el pasillo cerca de nosotros. Micah era el más cercano, el único lo suficientemente valiente o estúpido como para acercarse a la bomba termonuclear emocional que acababa de estallar. Entonces percibí un movimiento detrás de Micah. Edward estaba allí. Más sorprendente todavía era que Olaf estaba a su lado.

Nathaniel me tocó el brazo. Me sonrió, con la cara todavía húmeda por las lágrimas. Hizo daño a mi corazón, pero no de una mala manera, de esa manera que a veces pasa cuando amas a alguien, y sólo miras hacia arriba y de repente te das cuenta de cuanto. Amor, amor a perseguir de nuevo el dolor. Se inundó mi piel como un viento cálido, el amor, la vida, esa chispa que nos hace llegar como un refuerzo. Se caía los enlaces de la metafísica entre Nathaniel y yo, y los otros hombres. Amor, amor para criar sus caras y que se vieran en nosotros. El amor para ayudarles a ponerse de pies, el amor y nuestras manos para sostenerse, para ayudar a secar sus lágrimas. Finalmente, de pie, tal vez un poco inestable, pero nos quedamos todos y nos dirigimos a Columbine y a su Giovanni.

—El amor lo vence todo, ¿verdad? —dijo ella, su voz llena de desprecio.

—No, no todo —dije—. Sólo a ti.

—No estoy vencida, aún no. —Las luces. Parecían débiles, como si algo respirara en la luz, como si se la comiera. El crepúsculo llenó la iglesia, un borde suave de tinieblas, que se extendía desde fuera del *Harlequin* al escenario.

—¿Qué es eso? —preguntó Micah. Él estaba al lado del escenario ahora.

Jean-Claude, Asher y Damian dijeron:

—La Madre de todas las tinieblas.

Natanael y yo dijimos:

—*Marmee Noir*.

Lo que llamábamos la Madre de todos los Vampiros, por cualquier otro nombre seria puta peligrosa.



CUARENTA Y SEIS

Los vampiros en la audiencia hicieron una carrera en pánico hacia las puertas más lejanas. Era como si incluso los vampiros de Malcolm entendieran lo que se avecinaba. Sus gritos me hicieron saber que las puertas no se abrían. Supongo que no debería haberme sorprendido, la Reina de Todas las Tinieblas se acercaba a comernos. ¿Mantener una puerta cerrada era todo lo que podía hacer?

Micah saltó sobre el escenario con más gracia que músculo, demostrando que no tenía por qué estar en forma de leopardo para ser inhumanamente agraciado. Me tocó el brazo y la emoción que había levantado para salvarnos saltó hacia él. Él no era sirviente de nadie, amo de nadie, pero el amor se extendió hacia él en una ola caliente.

Jean-Claude nos miró con lágrimas todavía pintando débiles rayas rosadas en su cara.

—Le amas.

Incluso con todos los buenos sentimientos, fruncí el ceño.

—Sí, lo amo.

Jean-Claude negó con la cabeza.

—Quiero decir, *ma petite*, que tu amor por él… —Hizo un gesto con la mano y me dejó ver el interior de su cabeza, algo mucho más rápido. Porque amaba a Micah, Jean-Claude podía alimentarse de la energía de ese amor. Era como si sus poderes a través de la línea de Belle Morte hubieran encontrado una nueva manera de pensar. Ella y sus vampiros se mantenían con la lujuria y el amor, pero nadie había sido capaz de usar el amor como combustible, de la forma en que el *ardeur* podía utilizar la lujuria. Fue como un salto intuitivo en matemáticas o ciencias. Comienzas con este pedacito de realidad y de pronto saltas a entender una realidad más amplia. Amor, amor como un poder en algo más que en una forma metafórica.

—El amor no va a conquistarla —dijo Richard detrás de nosotros. Había vuelto a los escenarios.

Lo miré y no estaba segura de si quería que me tocara en ese momento. ¿El amor se extendería a él, o no? ¿Me había por fin lastimado lo suficiente como para matar mis sentimientos por él? Si lo había hecho, entonces no nos ayudaría aquí. Me había herido, herido esta nueva magia suave.

—Necesitaras a un lobo, como la última vez —dijo.

Tenía razón, pero… Tendió la mano.

La penumbra respiró a nuestro alrededor, como si la habitación hubiera tomado un respiro. Se acercó, me agarró la mano. Su mano estaba caliente en la mía. Todavía era Richard, cada centímetro magnífico, pero el poder no viajó de mi piel a la suya. Se quedó ahí sosteniendo mi mano, y su toque no me conmovió. Nunca había pasado que un toque suyo no me conmoviera. Los otros hombres, incluso Damian eran como una presa de ternura a mi espalda, pero Richard estaba frío en mi corazón.

—Anita… —susurró.

¿Qué podía decir?

—Dijiste que no éramos nada para ti. Dijiste que no querías el *ardeur*.

—Esto no es el *ardeur* —dijo.

Asentí.

—Sí, lo es, Richard. Nunca entendiste que para mí el *ardeur* no era sólo sexo. Esto es el *ardeur*.

—Puedo oler un borde de esto, es como si el amor tuviera un olor.

—Es el *ardeur*, Richard, esto es en lo que se ha convertido.

—¿Si me hubiera quedado a tu lado, estarías derramando amor sobre mí? —Hizo de eso una pregunta.

—No lo sé.

—*Ma petite*, ¿podríamos hablar de esto más tarde?

Le miramos, todavía mano a mano.

—Lo siento —dije.

Richard olfateó el aire, y por un momento pensé que realmente estaba tratando de olfatear como olía el amor.

—No huele como ella.

Olí el aire, también.

—No, ella huele a jazmín, lluvia y noche. No hay esencia en esto. —La oscuridad no estaba creciendo… más oscura. Debería haberlo hecho. Era el crepúsculo, y el poder respirando a través de la sala, pero no era el poder suficiente, no para ella.

Me giré hacia Columbine y su sirviente.

—Belle Morte dijo que el *Harlequin* son los siervos de la Madre de la Oscuridad. ¿Quería decir literalmente?

—Todos llevamos un pedazo de la oscuridad original dentro de nosotros, niña. Siente el poder de la noche en forma humana y conoce el verdadero terror.

Negué con la cabeza y le dije a Richard:

—No es ella.

Se acercó a mi lado, tan cerca como los otros hombres se lo permitieron. Estábamos llegando a ser una gran multitud de nuevo.

—Si no hubiera estado en tu sueño con esa cosa realmente, esto podría dar miedo.

Asentí.

—Pero he sentido el verdadero asunto, y esto no lo es.

—¿Esta no es la Madre? —dijo Asher. Se había puesto de pie, derramando grandes lágrimas en su rostro.

—No, es una sombra de ella, apenas eso —dije.

Nathaniel tomo un gran respiró.

—Yo le olí una vez en el coche. Olía a algún tipo de gato, jazmín, y demasiadas cosas. Esto no tiene esencia, no es real.

La oscuridad comenzó a presionar hacia abajo como una mano oscura, pero era sólo una sombra. Los pequeños vampiros amontonados y golpeando la puerta, gritaron más fuerte. Se habían despejado los bancos de

tal modo que no había nadie, solo los guardias en los pasillos. Los guardias, y nuestros vampiros.

—La Madre de la Oscuridad os consumirá a todos, a menos que dejéis las armas y os sometáis a nosotros.

La sombra de la oscuridad intentó aplastarnos. Damian hizo un pequeño sonido.

—No tengas miedo —dije—, es apenas una sombra de su poder. No puede hacernos daño.

Columbine hizo un gesto como si estuviera aplastando algo invisible en la mano. La oscuridad trató de apretarse a nuestro alrededor, pero pensé, Amor, calor, vida, y las sombras se fragmentaron. Las luces comenzaron a hacerse más brillantes de nuevo.

Requiem habló desde una corta distancia.

—Esta no es la oscuridad que cazó a mi Maestro en Inglaterra. Esto es humo y espejos en comparación con lo que fue a por él al final.

—Humo y espejos —dije en voz baja—, mal dirigidos, como la ilusión de un mago. ¿Cómo sabemos que Columbine es realmente el verdadero *Harlequin*? Todos los vampiros conocen las reglas, las máscaras. Cualquiera puede pretender serlos.

—¡Perra arrogante! —dijo—. ¿Cómo te atreves?

—Eso explicaría que rompieran las reglas —dijo Nathaniel—. Ellos trataron de matar a tus chicos sin entregar primero la máscara negra.

—¿Realmente nos pides demostrar si somos el *Harlequin*? —preguntó Columbine.

—Sí, lo hago.

—Jean-Claude, ¿hace ella todas las preguntas por ti?

—Estoy feliz de dejar a *ma petite* hablar por mí. —No siempre fue así, pero esta noche, yo lo estaba haciendo bien.

—Les quería poseer, no destruir, pero si insisten —dijo. Un pedazo de la negritud se desenrolló cerca del techo. Tenía que haber estado allí todo el tiempo, pero ninguno de nosotros lo había notado. Era como una gran serpiente negra, si las serpientes fueran informes y pudieran flotar. ¡Oh, demonios!, no era una serpiente, pero no sabía de qué otra forma llamarla. Era una cinta negra que se movía, y cuando tocó las luces, las luces se apagaron, como si la luz fuera comida por la creciente oscuridad.

—Huele a aire de la noche —dijo Micah, con su voz gruñendo.

—Lo hace —dijeron Richard y Nathaniel al mismo tiempo. Ni siquiera

se miraron. Los tres hombres animales parecían atentos a algo que no podían oír, ni ver, ni oler. Entonces lo sentí, una línea fresca de viento, y lo olí, el aire de la noche, a humedad, pero a no lluvia. Húmedo, pero no lluvia. Tomé una respiración profunda—. ¿Dónde está el jazmín?

La mitad de las luces en un lado de la iglesia habían sido engullidas por la corriente sinuosa de la oscuridad viva. Los vampiros y los humanos de la congregación habían hecho un montón de ellos mismos en el otro lado de la iglesia, tan lejos de la oscuridad como las puertas cerradas se lo permitían.

Requiem había retirado su capa alrededor de su rostro, pero estaba al lado del escenario.

—Esta es la oscuridad que mató a mi Maestro.

—¿Cómo lo mató? —preguntó Micah.

—La oscuridad lo cubrió, lo escondió de la vista, dio un grito terrible, y cuando pude ver de nuevo, estaba muerto.

—¿Cómo funciona exactamente, Requiem? —pregunté.

—Su garganta había sido arrancada como por una gran bestia.

Quedaban dos luces entre nosotros y la oscuridad engullía.

—Huelo a lobo —dijo Micah.

Negué con la cabeza.

—La Madre de Todas las Tinieblas no tiene a los lobos, tiene a los gatos, a muchos gatos, a perros no. —Nathaniel olfateó el aire y también Richard.

—Lobo —dijo Richard.

Nathaniel asintió.

Edward me llamó.

—¿Pueden las balas dañar a esa cosa?

Negué con la cabeza.

—Avísame cuando encuentres algo a lo que pueda disparar.

—Podamos disparar —gritó Claudia.

La oscuridad estaba casi en el escenario, pero no se sentía como ella. No se sentía como *Marmee Noir*. Cerré el difuso sabor cálido a amor del *ardeur* y extendí la mano a mi propio poder, mi nigromancia. Alcancé no a la oscuridad que se acercaba, sino hacia el lugar cerca del techo donde se originó. *Marmee Noir* no era tímida. Si hubiera estado allí, nos lo hubiera hecho saber. Entonces, ¿qué o quién era? ¿Qué tenía un pedazo de la oscuridad en su interior?

Busqué en las vigas del techo cerca del alto techo abovedado. Casi oí

una voz, un susurro casi audible:

—Aquí no. Aquí no. No estoy aquí.

—De hecho, empecé a mirar hacia otro lado, entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo. Algo estaba en la esquina del techo, alguien estaba allí.

La oscuridad se enredó a lo largo del borde del escenario y empezó a comerse las brillantes luces que normalmente iluminaban el púlpito. Columbine rió alto, un sonido alegre y cruel.

—La oscuridad os va a comer a todos.

—No estás haciendo la oscuridad, Columbine, ni Giovanni ni tú —dije.

—Somos el *Harlequin* —dijo.

—Dile a tu pequeño amigo que está colgando cerca del techo que se muestre, él o ella.

Su cuerpo se quedó muy quieto. Era mejor que cualquier otra expresión en la cara humana. Había alguien allí, y ella no había pensado que ninguno de nosotros lo notara. Bien, ahora ¿cómo nos ayudaba eso?

La oscuridad estaba casi allí. Una oscuridad que olía a noche húmeda, a tierra, y a lobo, como algo acre en mi lengua. No era un lobo como lo conocía. Pero estaba escasa de tiempo para analizarlo.

Grité:

—Edward, dispara a esa esquina. —Señalé a la esquina donde sabía que el vampiro se escondía.

Edward y Olaf sacaron sus armas, apuntaron. La oscuridad se arremolinaba hacia nosotros, hacia Jean-Claude. Saqué mi pistola y me coloqué delante de él. Remus estaba a mi lado.

—Se supone que tienes guardaespaldas, ¿recuerdas?

Haven vino a mi otro lado en un borrón de movimiento.

—Al fin, algo para disparar.

—Todavía no —dije—. No está aquí todavía.

—¿Quién no está aquí? —preguntó Remus.

Edward y Olaf dispararon, y la oscuridad se tragó el mundo, como una negra noche sin luna.

—Mierda —susurró Haven.

Ambos se acercaron más a mí. Puse mi mano libre sobre el hombro de Remus, así sabría dónde estaba. Moví mi pierna para rozar a Haven, pero su mano libre encontró mi espalda. Por lo menos no nos mataríamos los unos a otros. Nos pusimos de pie, en un apretado montón en la oscuridad

absoluta, con las armas fuera, pero nada para ver. ¿Cómo se puede disparar si no puedes ver a lo que estás disparando?

Edward gritó:

—Anita, ¿me oyes? Tenemos sangre en la pared, pero no podemos ver a lo que le dimos.

Grité:

—Te escucho.

—Estamos llegando —dijo.

No sé lo que habría gritado: Venid, no vengáis, porque Remus dijo:

—Lobo.

Haven dijo:

—Cerca.

Hubo un sonido húmedo, espeso, casi suave, como un cuchillo sacado de la carne. Si no hubiera forzado mis oídos como un hijo de puta, no lo hubiera oído. Pero hubiera estado bien, porque Remus y Haven se movieron como una sola persona, y yo con ellos, casi como moverías a una pareja en la pista de baile. Disparamos a ese sonido, a ese olor de lobo amargo. Disparamos hasta que nos devolvió el golpe.

—Garras —gritó Haven.

De repente Remus estaba delante de mí envolviéndome con su cuerpo. Sentí el tirón, fuerte. Grité:

—Haven.

—Anita —gritó, y todavía estaba en mi derecha. Puse mi arma alrededor del cuerpo de Remus y disparé al otro lado de su cuerpo. Disparé hasta que mi arma hizo clic, vacía. Pero ahora estaba allí Haven, su arma disparó a lo que estaba en el otro lado de Remus. El cuerpo de Remus se sacudió, y por un momento pensé que Haven había disparado por accidente a Remus, luego escuché un sonido, una rasgadura, carnosa, un sonido húmedo, horrible. De huesos agrietados y Remus gritó. Líquido caliente corrió a través de mi piel. Grité. Garras agarraron mi camisa. Saqué un cuchillo, porque era todo lo que me quedaba. Una uña cortó a través de mi pecho. Corté la garra. Los brazos de Remus se habían apretado a mi alrededor, presionándome en las lengüetas. No podía ver lo que estaba sucediendo, y lo que sentía no tenía sentido. ¿Dónde diablos estaba la garra?

Haven no me tocó más. Oí la lucha.

—Vete, Anita, aléjate de él —dijo Haven.

—¿Alejarme de quién? —pregunté. Me apuñaló una garra que sabía que no era de Remus. La corté, pero me cortó, también. Grité más de frustración que otra cosa. Remus susurró—: Lo siento. —Sus brazos se alejaron de mí y sus rodillas se doblaron, pero no cayó. Le agarré, tratando de apoyarlo, y fue entonces cuando me di cuenta de donde venía la garra. Tenía que estar equivocada. Grité—: ¡Remus!

Había movimiento, sonido de lucha. Oí un sonido que no reconocí, gruñidos de esfuerzo. ¿Qué demonios estaba pasando? De pronto Remus cayó de bruces. Traté de agarrarlo, pero fue demasiado brusco y me superaba por un centenar de libras. Me caí al suelo con él encima de mí. No se movía. La oscuridad se desvaneció. Pude ver de nuevo.

Había un brazo roto sobresaliendo de la parte posterior de Remus. Grité. No pude evitarlo. Más guardias estaban allí, lo levantaron, quitándomelo de encima. No podían hacerlo girar sobre su espalda, ya que un brazo le atravesaba el pecho. La mano parecía humana, pero mi pecho y el de Remus decían que no había sido humana cuando lo atravesó. Sus ojos se cerraron, y estaba muy quieto, terriblemente quieto.

—Quitad esa cosa de encima suya —dijo Claudia.

Fredo estaba de pronto a su lado con un cuchillo del tamaño de una pequeña espada. Lo levantó, y miré hacia otro lado antes de que descendiera. Vi a Wicked y a Truth, con las espadas desnudas apuntando a la garganta y al pecho de un caído *Harlequin* que nunca había visto antes. Iba vestido de negro, incluso la máscara. Le faltaba un brazo. Edward, Olaf y varios de los guardias tenían a Columbine y a Giovanni a punta de pistola. Jean-Claude, Asher, Requiem, y la mayoría de nuestros vampiros estaban reunidos alrededor de ellos. Creo que con el verdadero maestro *Harlequin* caído, habían sido capaces de tomar a los otros dos. Bueno, algo había funcionado. Haven estaba de rodillas entre los dos grupos, sangrando, pero vivo. Me volví hacia Remus. No estaba tan segura de él.

Le habían quitado el brazo en dos trozos, pero había un agujero en el pecho que me permitía ver a través de él como en una especie de tiro de cañón de dibujos animados.

—Mierda —dije en voz baja—, su corazón.

Claudia me miró, con lágrimas cayendo en silencio por su rostro.

—Bastardo, había brazaletes de plata en sus antebrazos. Plata, como un maldito alambre de púas de joyas.

—Este se está curando —dijo Wicked—. ¿Cómo le impido hacer eso?

—¿Esta Remus…? —No lo podía decir.

—Muerto —dijo Claudia, con una voz que era dura y fría, y no coincide con las lágrimas.

—Sí —dije.

Ella sólo asintió.

—Murió por mi culpa —dije.

—Murió haciendo su trabajo —dijo.

Vi sus lágrimas y me pregunté si había sido más que un amigo para ella. Esperaba que no. En ese momento, esperaba que no. Me puse de pie y volví a caerme. Richard estaba a mi lado, sosteniéndome.

—Estás herida.

—Remus está muerto —dije, y le aparté.

—Anita, por favor.

Negué con la cabeza.

—O me ayudas a caminar hasta Wicked y Truth, o vete a algún otro lugar.

—¿Puedo al menos ver lo mal que estás herida en primer lugar?

—¡No!

—¿Quieres que Remus haya muerto por nada, es eso lo que quieres?

Micah estaba en mi otro lado.

—Déjanos ver, Anita, después nos trasladaremos hasta Wicked y Truth.

Nathaniel estaba allí, también.

—Por favor, Anita. —Asentí y dejé que limpiaran algo de la sangre con un paño que alguien les dio. Los arañazos no eran profundos, lo suficientemente profundo para que si hubiera sido un poco más humana podría haber necesitado puntos de sutura, y viendo que estaban en el montículo de un pecho debería haber estado más preocupada por la estética de lo que estaba, pero extrañamente, no lo estaba.

—Vamos con ellos —dije.

Richard me tomó de un brazo y Nathaniel del otro. Me pusieron de pie y me ayudaron a caminar adonde quería ir. Micah nos siguió, llevando vendas. Tal vez incluso le dejaría usarlas en mí. Remus estaba muerto, y quería saber por qué. O tal vez, ¿cómo? Lo que había salido de la oscuridad había sido un vampiro que olía como un lobo y tenía garras como un cambiaformas poderoso. Imposible. Pero Remus estaba muerto, por lo que tenía que ser posible.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

—Yo soy el *Harlequin*.

—¿Uno de ellos, o él? —pregunté. Mi voz sonaba extrañamente distante dentro de mi cabeza, como si la distancia fuera mayor de lo que debería haber sido.

—Soy Pantalone, una vez Pantaleón. Fui uno de los primeros hijos de la oscuridad.

—No nos enviaste un antifaz negro, Pantalone, pero trataste de matarnos. Eso va contra la ley del consejo. Demonios, eso va contra la ley de la Madre de Todas las Tinieblas.

—Tú no sabes nada de nuestra Madre, humana. No eres vampiro, o súcubo. Eres un nigromante, y nuestras leyes dicen que tienes que morir cuando te veamos.

Olí el jazmín. Nataniel dijo:

—Flores.

Richard dijo:

—¿Qué es eso?

Sentí la lluvia en el borde de un viento que no había existido durante millones de años. Probé el jazmín en mi lengua, dulce y empalagoso. No tenía miedo en este momento. Le di la bienvenida. Porque sabía que no era a la única que había enfadado. Aunque enfadada era demasiado fuerte para el sentimiento que la sentía respirar. Enfadada era una emoción demasiado humana, y como había dicho ella misma, había perdido el don de ser humano.

—*Marmee Noir* —le respondió Nathaniel a Richard. Me había olvidado que había hecho una pregunta.

—Anita —dijo Richard—, lucha, lucha contra ella.

—Si no vas a ayudarme a hacer esto, entonces aléjate de mí.

—Hacer que, ¿vamos a dejar que la Madre de todos los vampiros te posea?

Le grite:

—¡Aléjate de mí, Richard, ahora! —Un corte se abrió en su brazo como una boca roja. No fue *Marmee Noir*, yo lo había hecho un par de veces antes, bajo estrés. No podría hacerlo de forma fiable, pero…—. Esa no fue ella, fui yo. Ayúdame, o vete. —Luché para mantener mi voz, incluso, porque mis emociones eran peligrosas, al parecer.

—No dejes que entre de ti.

—Micah, toma mi brazo.

—No le permitas hacer esto —le dijo Richard.

—Todavía estamos en peligro aquí, Richard —dijo Micah—. ¿No lo entiendes? Aléjate para terminar lo que empezamos.

—¿Quieres decir matarlos?

—Sí —dije—, sí, matarlos. ¡Matarlos a todos! —Otro corte se abrió en el brazo de Richard. Me dejó ir, como si fuera algo caliente que le hubiera quemado. Micah deslizó sus peludos brazos a mi alrededor. Él y Nathaniel me llevaron hacia delante, para que pudiera hacer lo que tenía que hacer. No, la verdad, lo que iba a hacer. No necesitar, querer hacer. Lo quería muerto. Él había matado a Remus, y Remus había muerto debido a que el vampiro en el suelo tenía la intención de matarme. Remus había dado su vida para salvar la mía. Pagaría mi deuda, ahora, esta noche, con la sangre y el dolor de su asesino. Sonaba como una buena idea.

El olor a jazmín estaba en todas partes. Pude probar la lluvia en mi lengua. El viento era fresco en mi cara, y el viento venía de mí.



CUARENTA Y SIETE

—Quitad la máscara —dije, pero mi voz tenía un eco de otra voz.

—Si ves mi cara me veré obligado a mataros a todos —dijo.

Me reí, y la risa hizo que el viento jugara alrededor de la sala, como palmadas con las manos frías y húmedas en el cabello de las personas, su piel.

—Vas a morir esta noche, Pantalone. Quítate la máscara ahora, o la quitaremos después de que tu cadáver yazca a mis pies. Prefiero ahora, pero creo que realmente no importa. —El viento se relajó. Me estaba ahogando en el olor de la lluvia y el jazmín.

Me golpeó con su propio poder. Era como el espíritu de un lobo, una gran bestia oscura que pasó de él y vino hacia mí, un banquete de enormes mandíbulas. Micah y Nathaniel me tiraron hacia atrás, pero a pesar de que parecía una sombra, me golpeó y tiró a todos al suelo. La gente corría por todas partes, pero Marmee ya estaba allí. La sombra del lobo se derramó en

mí, ella lo absorbió como algo derretido en la nieve. Con el toque de su poder vino un recuerdo.

Una tormenta de nieve, mucho frío, el viento aullando de tal modo que le pareció oír voces en el viento. Había encontrado una cueva, enterrada en la nieve. Refugio, pensó. Entonces había escuchado el gruñido, bajo y muy cerca. Algo más se había refugiado de la tormenta. Entonces una mujer había salido a la luz de su fuego. Una mujer con un derrame de pelo oscuro y ojos que brillaban a la luz del fuego. Había olido la muerte en ella y trató de luchar. Sentí su cuerpo caliente ejecutar un derrame de huesos, músculo y carne al pasar de humano a lobo. Pero un lobo como ninguno que todavía caminara en la actualidad. Ella se había convertido en un gato con rayas grandes, del color de un león, pero rayado como un tigre, más grande que ambos. Casi lo había matado, pero cuando el dolor y el daño lo habían convertido de nuevo en humano, se había alimentado de él. Se había alimentado de él durante tres días hasta que la tormenta se detuvo, y cuando la cuarta noche llegó, salieron juntos, de caza.

Volví al aquí y ahora y encontré que Wicked y Truth habían atravesado su corazón y el cuello con sus espadas. Él los maldijo, y se retorció, pero no estaba muerto. Lo sabía, sabía que las espadas no lo matarían. Era sangre vieja. Sangre de cuando los vampiros y los cambiaformas podían ser uno, antes del debilitamiento de la sangre. Podríamos decapitarle y sacarle el corazón y quemar los trozos por separado, pero ¿no quería respuestas? Sí, las quería.

Me senté de nuevo con ayuda de Nathaniel y Micah.

—Tus acciones pueden hacer que todo el *Harlequin* se disuelva, ¿no te importa?

—Mátame, si puedes, pero no voy a responder a tus preguntas.

La oscuridad dentro de mí pensaba de otra manera.

—Fredo —grité.

El hombre delgado con cuchillo en mano, estaba a mi lado.

—¿Puedes conseguir suficiente ayuda y cuchillos para clavarle en el suelo?

—Lo podemos clavar, pero a menos que estemos apoyados en los cuchillos, no lo sostendrán.

—Entonces clavarle con vuestros cuerpos, no me importa cómo. Necesito tocarle.

—¿Por qué?

—¿Importa?

—Esta noche, sí —dijo.

Miré dentro de sus ojos oscuros. Vi el dolor. Le respondí a ese dolor.

—La oscuridad puede hacerle hablar, y luego le voy a matar.

Fredo asintió.

—Buen plan. —Fue alrededor para conseguir voluntarios para mantener el vampiro abajo. Había un montón de voluntarios.

Jean-Claude vino a mí mientras estaban luchando con él para situarle.

—La siento a tu alrededor, *ma petite*.

—Sí —dije, pero no le miré. Estaba viendo como clavaban al gran vampiro.

—Mírame. —Me tocó la barbilla y me giró para que le mirara. No luche contra él, pero no parecía importarle si le miraba o no—. Hay una luz en tus ojos que no conozco.

Medio vi, por el rabillo de mi ojo, una forma oscura. Formada de oscuridad, y vagamente parecida a como apareció en mi sueño, una capa de color negro, una pequeña figura femenina. Pero esto no era un sueño.

Los vampiros gritaron de nuevo. El que estaba junto a Asher de pie vigilando a Columbine y a Giovanni, mantuvo su lugar, pero nadie estaba contento.

Pantalone gritó como una niña. Hizo más difícil para los guardias mantener la sumisión. Oh, bien.

La figura habló, y el olor del jazmín y lluvia estaba en su voz, o en el viento, o el viento era su voz. No estaba segura de cual era.

—¿Crees que mis leyes eran supersticiones, Jean-Claude? Se suponía que debías matarla cuando supieras lo que era. Ahora es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué? —dijo, y envolvió su brazo a mi alrededor, me llevó contra su cuerpo, y pareció como si mi maldita pesadilla se materializara frente a nosotros.

—Ella es una nigromante, Jean-Claude, controla a los muertos, a todos los muertos. ¿No lo entiendes todavía? Algunos de los Arlequines creen que me desperté porque quiero robar su cuerpo, andar en ella como el Viajero puede hacer con otros vampiros. Yo tenía ese don, una vez, para viajar de cuerpo en cuerpo, pero ese no es el por qué me desperté.

—¿Por qué se despertó? —Susurró.

—Ella atrae a los muertos, Jean-Claude, a todos los muertos. Me llamó de mi sueño. Su poder me llamó como el primer rayo de sol después de mil

años de noche. Su calidez y su vida llaman a la muerte. Incluso yo no puede resistirme a ella. ¿Lo entiendes ahora?

—Tú no estás bajo mi poder —dije.

Ella dio una risa baja y seca.

—La leyenda dice que los nigromantes pueden controlar a los muertos, y eso es cierto, pero lo que la leyenda no dice es que los muertos no le dan paz a los nigromantes. Molestan a los pobres, porque nos atraen como polillas a la llama, excepto con los vampiros y los nigromantes que se trata de una cuestión de quien es la llama y quien la polilla. Ten cuidado, Jean-Claude, de que ella no te queme. Ten cuidado, nigromante, de que los vampiros no te pongan en tu tumba.

—Tu ley —gritó Pantalone—, tu ley dice que debe ser condenada a muerte.

La figura oscura se giró hacia el montón de personas.

—No te atrevas a hablarme de mis leyes, Pantalone. Yo te cree. Te di un pedazo de mí misma, que es lo que hizo que fueras uno de los *Harlequin*. He estado escuchando a los vampiros que habitan cerca de mi forma física. Has estado asesinando vampiros para los miembros del consejo. Eres neutral. No tomas bandos. ¡Eso es lo que hace el *Harlequin*! —Su voz se elevó mientras hablaba hasta que el viento no sólo contuvo lluvia, también la promesa de tormenta—. Voy a recuperar lo que te di. Lo que usas para hacer estas pálidas imitaciones de mi Columbine y su Giovanni. Estos no son mis *Harlequin*.

—Columbine murió. Tuve que hacer un reemplazo, y tú no estabas aquí para guiarme.

—Entonces, la máscara debería haber sido retirada, y el nombre igual. Esa era mi voluntad, y nuestra manera, alguna vez. —Ella empezó a caminar hacia ellos. Casi podía ver sus pies, los delicados filos de una zapatilla con perlas blancas.

Jean-Claude gritó.

—No mires su rostro. Por miedo a la cordura y a la vida no la miréis a los ojos, ninguno.

—No soy el Viajero que necesita robar cuerpos para caminar. Me hacía falta la carne una vez, pero soy la oscuridad hecha carne, Pantalone. ¡Soy la que te hizo, la que os hizo a todos! Matar a la nigromante no me pondrá de nuevo a dormir. Es demasiado tarde para eso.

Jake se arrodilló a mi lado y al de Jean-Claude. Jake susurró:

—Ella está usando su energía para manifestarse, Anita. Tienes que cerrarla antes de que sea sólida aquí. No la quieres en los Estados Unidos en carne y hueso.

Le miré, y lo supe.

—Tú eres uno de ellos.

Jake asintió.

—Salvaste a *ma petite*, cuando la podías haber dejado morir en el cuarto de baño en el Circo —dijo Jean-Claude.

—La Madre se iba a despertar de nuevo, nada podía prevenirlo. Algunos de nosotros creemos que Anita es nuestra única esperanza para controlarla. Demuestra que mi maestro acertó cerrando la potencia que la alimentaba.

—No sé…

—Ella se alimenta de tu rabia, tu ira.

—No sé cómo detener eso.

—Si se alimenta de Pantalone, uno de los más antiguos de nosotros, puede tener el poder suficiente como para ser carne permanentemente.

La figura de negro estaba parada a sus pies. Los guardias me miraban. Dije lo único que podía pensar:

—¡Alejaos de él! —Algunos de los guardias vacilaron, pero la mayoría de ellos miró hacia la figura oscura y se fueron a una distancia discreta.

—Anita —dijo Jake—, ayúdanos.

Me giré hacia Jean-Claude y le dije:

—Ayúdame a pensar en algo además de mi enfado.

La figura de negro se extendió en lo que parecía ser un pedazo del cielo de la noche, como un manto hermoso y aterrador de estrellas y oscuridad. Pantalone gritó, como si todo lo que viera en ese pedazo de oscuridad fuera algo terrible para la vista.

—Rápido —dije.

Jean-Claude levantó el *ardeur*, en un aliento, en el sentimiento de su boca en la mía. Levantó el *ardeur* y despejó mi dolor en una carrera de piel y manos. No había alimentado al *ardeur* en más de doce horas. De repente estaba muriéndome de hambre.

Marmee Noir gritó:

—¡No! —Su rabia cortó a través de mí, y un dolor agudo atacó mi espalda. Sentí la sangre un segundo más tarde. El *ardeur* había desaparecido en una avalancha de miedo y dolor. Me giré y Jean-Claude

cogió mi cara, mis ojos forzados contra su chaqueta de terciopelo—. Ella se está desvaneciendo, *ma petite*.

Su voz llegó en un torrente de lluvia y viento.

—Sé quién es tu amo, lobo. Me has traicionado, y no lo olvidaré.

Cuando ya no podía oler a jazmín o sentir la lluvia sobre mi piel como una presencia invisible, le pregunté a Jake.

—¿Qué hago para impedirla que salte dentro para verme?

—Hay un encantamiento para eso.

Le lancé una mirada.

—La gente solía pensar que era un demonio, pero lo que sea que pensaron que era, una bruja humana hizo un encantamiento hace mucho tiempo, y funcionó.

—¿Es un símbolo sagrado? —pregunté.

Él sonrió.

—No, es magia, no fe.

—¿No es toda la fe magia? —pregunté.

—No, a veces es sólo magia.

El concepto era demasiado difícil para mí.

—¿Tienes uno de esos encantamientos en ti?

—Siempre, pero voy a conseguir uno para ti. Estamos seguros por el resto de esta noche.

—Espero que no sean las famosas últimas palabras —dije.

—¿Qué hacemos con ellos, Anita? —preguntó Truth.

Miré a Jake.

—Él rompió más de tus leyes más que las nuestras.

—Mátalo de acuerdo con tus leyes, no vamos a discutir. Sospechamos que uno de nosotros fue pagado como un asesino, pero no sabía quién. Entonces, Pantalone se ofreció a venir a echar un vistazo a la iglesia de Malcolm. Sólo era una visita y un informe al Consejo. Por lo general sólo acepta trabajos de asesinatos, por lo que sospechamos. Si Columbine hubiera ganado las tierras de Jean-Claude, habría sido Pantalone quien gobernara aquí. Se nos permite dejar el servicio de la Madre ahora, porque ella duerme. Una vez que se despierte, todos los que están en su servicio serán atrapados allí.

—Así que has venido para espiar —dije.

—Y para ayudar a manteneros vivos.

—Gracias por eso. —Miré de nuevo hacia el cuerpo de Remus—.

Desearía que todos estuvieran vivos.

—Lo siento, de verdad. Era un buen hombre.

Me giré hacia Wicked y Truth.

—¿Os metisteis en la oscuridad y cortasteis la mano, sin poder ver nada?

—Sí —dijo Wicked.

—Por supuesto —dijo Truth.

—Entonces decapitadle.

Pantalone, con un brazo amputado, apuñalado, disparado, se movió en un borrón negro. Truth hizo su propia borrosa oscuridad, su espada tan rápido que parecía un rayo. La llevó a través del corazón de nuevo, excepto que esta vez lo hizo como Pantalone había atravesado a Remus. La hoja de Wicked brilló hacia fuera y la cabeza fue cortada. No fue simplemente impresionante. Era hermoso en una forma macabra.

—Que alguien ponga la cabeza en un saco. La quemaremos más tarde, aparte del cuerpo.

—Debemos tener el corazón, también —dijo Olaf.

Asentí.

—Tienes razón. Haremos todo después de ocuparnos de los otros dos.

—Has matado a nuestro maestro —dijo Columbine.

—Yo preguntaría, ¿eso te asusta?, pero puedo probar el miedo en tus palabras.

Sabe bien. Voy a hacerte algunas preguntas. Si me contestas con la verdad, tu muerte será rápida, bastante indolora. Jódeme, miénteme, trata de no responder a las preguntas y haré que tu muerte sea algo fuera de lo común. Te entregaré a Olaf. Es el chico grande.

Olaf me miró, la pistola todavía apuntándoles.

—¿Lo dices en serio?

—En este mismo momento, sí. Es una mujer menuda de cabello oscuro, que incluso se adapta a tu perfil de víctima. Si no responde a mis preguntas, nunca dirás que no te hice un buen regalo.

—No —dijo Columbine—, por favor.

—Has intentado matarme y a la gente que quiero. Tu maestro mató a mi amigo.

Un por favor, no va a tener mucho efecto sobre mí en este momento, no de ti.

—Por favor —dijo Richard—, no hagas esto.

Negué con la cabeza.

—Vete a casa, Richard.

—¿No hay ningún otro hombre en tu cama que esté de acuerdo conmigo, que hay algunas cosas que no se hacen, por ningún motivo?

Jean-Claude se levantó y fue a Richard. Empezó a intentar calmarle. Me recordó a cuando jugabas y tenías que enviar al Paladín alrededor de la colina para que pudiera saquear a los muertos.

Nathaniel y Micah vinieron a mi lado.

—¿Quieres estar más cerca de ella? —preguntó Micah.

Asentí.

—¿No crees que soy una bastarda por ofrecérsela a Olaf?

—Casi te mató tres veces, Anita. Eres mi Nimir-Ra; sacaré su corazón y te lo serviré en bandeja. —La amenaza parecía más real con él en su forma de gato.

—Yo soy tu sumiso, no voy a discutirlo —dijo Nathaniel.

—Sumiso cuando te conviene, en los últimos tiempos.

Me sonrió.

—Yo no la descuartizaré, pero podría ver a Olaf hacerlo. Ella casi te mató, y a Jean-Claude y a Richard.

Asentí.

—Y a Peter.

—Y a Cisco —dijo Nathaniel.

Asentí, y empecé a dar marcha atrás para mirar a Remus. Micah me mantuvo en movimiento.

—Vamos a hacer tus preguntas.

Fuimos a hacer mis preguntas. Olaf le estaba susurrando cuando llegamos, lo que le haría, lo que quería hacer con ella.

—Por favor, no respondas a las preguntas. Los vampiros mueren mucho más lento que los seres humanos.

Sabes que, me contestó todas las preguntas la primera vez que pregunté. Ella y Nivia habían matado a los humanos y tratado de inculpar a los miembros de la Iglesia. Había sido un intento para aprovecharse de Malcolm, tratar de forzarlo a simplemente darles la Iglesia. Entonces había ido y echado todo a perder por matar a Nivia. No le dije que ni siquiera estaba segura de por qué Nivia había muerto, o que había hecho para causarlo. Tal vez Jean-Claude podría ayudar a averiguarlo más adelante. Columbine sería la barba, el caballo de acecho de Pantalone. Una vez que

gobernaran aquí, incluso la Madre de Todas las Tinieblas no podría obligarlos a abandonar su territorio. Todos ellos, Pantalone, Nivia, Soledad, y Giovanni habían tomado todos los trabajo de asesinato. La única pregunta que dudó por un segundo, fue:

—¿Para que miembros del consejo trabajas?

—Me van a matar.

—No les tienes que temer nunca más, Columbine.

—¿Me protegerás?

—En cierto modo. No tienes que temer que el Consejo te mate más tarde, porque te vamos a matar esta noche, ¿recuerdas? Todo lo que estamos negociando es si mueres fácil o difícilmente. Es tu elección.

Ella negó con la cabeza.

—Olaf.

—Sí.

—Tenemos que cortar el corazón de todos modos. ¿Qué quieres hacer primero?

Me miró como si se preguntara si estaba bromeando. Me acordé del cuerpo de Remus en mis brazos. Ahora sabía que había sentido la sacudida del cuerpo cuando Pantalone había forzado su brazo por su pecho, a través de su corazón, cavó su camino, y lo mató. Todavía podía oír su último susurró:

—Lo siento. —No «ayúdame», o «Dios, me duele», sólo «lo siento».

—Hazlo —dije.

La sujetaban, y a Giovanni, y Olaf rasgó su traje, dejó al descubierto sus pechos ante la sala, y comenzó muy lentamente a buscar su corazón. No llegó muy lejos antes de que ella diera los nombres. El Maestro de las Bestias y el Amante de la Muerte.

Olaf no se detuvo cuando dio los nombres. Había ido a su lugar feliz. Era como tratar de discutir con un niño autista, simplemente no nos oía.

Columbine gritó:

—Respondí a tus preguntas. En el nombre de la oscuridad, mátame.

Le dije a Wicked que la decapitara. Él lo hizo, de un golpe limpio que marcó la madera detrás de ella. Nunca pude lograr desprender una cabeza de un solo golpe. Olaf levantó la vista cuando la sangre se derramó del cuello en una fuente carmesí.

—No había terminado.

—Dio la información hace un rato. Le prometí una muerte rápida si me

decía lo que necesitaba saber.

Me dio una mirada que no era amigable en absoluto.

—Aún puedes cortar su corazón —dije.

—No es lo mismo —dijo y no entendí la expresión de su cara o no quise entenderla.

Empecé a pedir disculpas por no dejar que le cortara el corazón cuando aún estaba con vida, luego me contuve. Joder, el shock estaba empezando a desaparecer y me preguntaba qué demonios había estado pensando. Legalmente, todo lo que estábamos haciendo era correcto. Tenía una orden de ejecución, que abarcaba una multitud de pecados.

Él terminó de cortar su corazón. Deje a Wicked decapitar a Giovanni. Realmente vería si él y su hermano me podían enseñar la técnica de decapitación-de-un-golpe en una persona. Nunca pude, ni siquiera con una espada. ¿Tal vez era una cosa de apalancamiento?

Tomé el corazón de Giovanni por mí misma, con uno de los cuchillos de Fredo que era mejor para abrir el esternón de una persona que todo lo que yo tenía. Estaba cansada, y el shock estaba pasando, lo que me hacía torpe. Estaba casi hasta los codos en el interior del pecho de Giovanni. Pensé que parecía no poder conseguir sacar el corazón de los ligamentos que retenían el saco pericárdico en su lugar. Había atravesado el saco, pero era como si hubiera conseguido algo enredado. Estaba tan cansada y adormecida, y no lo suficientemente entumecida.

—¿Puedo ayudarte? —Olaf estaba de rodillas junto al cuerpo. Sus manos estaban ensangrentadas, también, pero sólo una de ellas, parecía que llevaba puesto un guante rojo.

—Sí, esta enredado. Creo que estoy cansada.

Deslizó su mano dentro del agujero que había hecho, por lo que su brazo se deslizó junto a las mías en la cavidad torácica. No fue hasta que su mano ahuecó las mías, presionando ambas manos en el corazón aún caliente, que me miró. Los dos estábamos inclinados sobre el cuerpo, nuestras caras a pulgadas de distancia, con los brazos dentro del torso del hombre. Me miró por encima del cuerpo, las manos alrededor del corazón, sangre por todas partes. Me miró como si se tratara de una cena con velas y yo vistiera ropa interior agradable.

Pensé con toda claridad en mi cabeza: —No grites—. Estaría tranquila. Joder, pero me gustaría estarlo. Además, sabía que disfrutaría si gritaba. Mi voz era sólo un poco tensa, cuando dije:

—Creo que esta un poco más allá de mi alcance. ¿Puedes alcanzar el ligamento ahí?

Deslizó su mano sobre la mía, más arriba del corazón. Me acarició la mano, mientras llegaba al trozo del corazón que no podía alcanzar. Comencé a sacar mi mano mientras le sentía agarrar el pedazo de músculo o ligamento. Puso el otro corazón en la ingle del vampiro muerto y me agarró del brazo antes de que pudiera salir de la cavidad torácica. Me cogió la mano dentro para tocar el corazón juntos. Si luchaba, le gustaría. Podía gritar para pedir ayuda, pero casi lo había soltado, y habría terminado. Dudé. Sacó el corazón libre de lo que lo había sujetado en su sitio, y se derramó en nuestras manos. Mantuvo la mano libre en mi brazo, controlando lo lento que salíamos de la cavidad torácica. Lo hizo al final, y me miró a la cara mientras lo hacía. Normalmente no tengo muchos problemas en torno a la pesca dentro de los cuerpos muertos, pero la sensación de nuestras manos sosteniendo el corazón, los brazos apretados saliendo del músculo grueso, con sangre, era una intimidad demasiado extraña. Por las últimas pulgadas del brazo, miró la herida y no mi cara. Vio los brazos emerger del sangriento agujero justo debajo del esternón. Mantuvo su mano sobre mi brazo y obligó levantar las manos, así que por un momento tuvimos el corazón juntos y me miró por encima del sangriento músculo.

Sabía que me puse pálida. No pude evitarlo. Sabía que iba a disfrutar de mi miedo, y no pude detenerlo. Luego se inclinó hacia mí. Se inclinó sobre el corazón con sangre, el cuerpo, los brazos sangrientos. Se inclinó por un beso.

Susurré:

—No lo hagas.

—No quieres que te bese —susurró.

—No quiero que me toques —dije.

Sonrió entonces.

—Perfecto.

Me besó.

Tenía la espada de Fredo yendo a un pecho diferente cuando Olaf retrocedió, fuera de alcance. Se echó a reír, una risa rica y profunda. Un sonido alegre que no concordaba con nada de lo que estábamos haciendo. Me dejó con el corazón en una mano y el cuchillo en la otra. Si mis manos no hubieran estado llenas podría haber ido a por mi pistola. Ciertamente

podría reclamar locura temporal.

Se secó la sangre de las manos en su ropa, no sólo en su camisa, sino que se limpió las manos con sangre por su cuerpo, mostrando todo el musculoso pecho, el estómago y finalmente la ingle. Se frotó la ingle con las manos ensangrentadas, y me miró mientras lo hacía.

Eso fue todo. Puse el cuchillo y el corazón en el suelo y trate de correr para el baño y nunca lo logré. Vomité delante de la puerta de la sala de recreación. Vomité hasta que no quedó nada. Vomité hasta que mi cabeza latió con fuerza y estuve escupiendo bilis. Micah puso una mano fría y humana contra mi frente mientras estuve enferma. Nathaniel retiró el pelo, porque mis manos todavía estaban cubiertas de sangre.

Olaf salió de la ciudad. Tengo una nueva pesadilla recurrente para agregar a la lista. Somos Olaf y yo cortando el cuerpo, excepto que en el sueño es más sangriento, y Giovanni sigue gritando, y yo le devuelvo el beso a Olaf. Tal vez la locura temporal sea no haberle disparado.

Peter no recibió la inyección, y no cogió la licantropía. Está de vuelta en casa recuperándose, lento como un humano, pero tiene dieciséis años y está en buena forma. Se curará, pero va a tener algunas serias cicatrices machistas. No tengo ni idea de lo que Edward le dijo a Donna. No estoy segura de querer saberlo.

La doctora Lillian cosió las marcas en mi pecho. Dijo:

—¿Al menos no te importan las cicatrices? —Supongo que me daba igual. Le pregunté por qué las cicatrices en el pecho cuando el estómago y el costado sanaron bien. Esas fueron heridas más graves. Lo que la doctora y los otros médicos pensaban, era que alimentarme de los cisnes dio energía suficiente no sólo para salvarnos a todos, sino también para curar las heridas por completo, e incluso más rápido que un licántropo normal podría haberlo hecho. No estoy segura de lo «normal» que es un licántropo, pero Lillian me ha advertido que tenga más cuidado—. No se puede encontrar un grupo entero de animales para alimentarse cada noche. —Ella tiene un punto.

Jean-Claude había enviado a Sampson a casa en Cape Cod antes de la pelea. No quería tener al hijo de su amigo muerto. Sampson se fue sin tener relaciones sexuales conmigo. Los planes de su madre echados a perder por la llegada del *Harlequin*.

Hay un tigre dentro de mí ahora, gracias a *Marmee Noir* y a Soledad. Estamos tratando de encontrar algunos tigres dispuestos a venir a St. Louis.

Aunque, curiosamente, algo sobre lo que sucedió parece que me ha dado un mayor control sobre las bestias. O, al menos, no han tratado de destrozarme recientemente. De hecho, dejar escapar a una bestia parece contener a las demás. Nadie parece saber porque funciona de esta manera ahora. No estoy segura de que me importe porque, siempre y cuando se mantengan esta calma.

Haven se quedó en la ciudad con sus nuevos leones. Joseph, su esposa, y su hermano han desaparecido. A la mayor parte del orgullo se le ofreció la oportunidad de unirse al nuevo orgullo de Haven. Algunos aceptaron. Haven y sus compañeros de fuerzas parecen estar tratando de vivir con mis reglas. Me las he arreglado para mantener a Haven fuera de mi cama por ahora. La leona parece extrañamente bien con eso. Una vez más, parte de mí quiere saber por qué los animales dentro de mí de repente son tan razonables. Pero la mayor parte de mí no se quiere meter demasiado con el milagro. Estoy contenta de algo, es cada vez más fácil de tratar, en lugar de más difícil.

Richard había salido de la iglesia antes de que me levantara. Nunca me vio tener mi momento de conciencia, o pánico. Lo que sea. Ya no estamos saliendo. Se podría soportar, y el pensamiento no me molesta, por lo que podría ser soportable.

Jake se fue de la ciudad. Curiosamente, algunas personas recuerdan que era un *Harlequin*, y otros no. A él y a su amo les preocupa que *Marmee Noir* vuelva a tratar de usarme otra vez. Me dio un colgante con un metal tan blando que se puede doblar por los bordes. Está tallado con símbolos que no conozco. Voy a dejar a mi terapeuta metafísica, Marianne que lo mire cuando la vea el próximo fin de semana. Jake me hizo prometer llevarlo siempre. Después de ver a *Marmee Noir* con pequeñas zapatillas de perlas, tan real en la iglesia, voy a usar el amuleto, siempre. Un pequeño precio a pagar para evitar a la Querida Marmee.

Encontré un sacerdote dispuesto a oír la confesión de Malcolm. Creo que llevó como tres días, con parada para comidas, para escuchar todo, pero lo había estado juntando durante siglos.

Remus y Cisco están todavía muertos. Nada ha cambiado eso. Podría traerlos como zombis, pero no sería tráerlos de vuelta. Las últimas palabras de Remus siguen volviendo:

—Lo siento. —¿Perdón por qué? ¿Lo sentía porque pensó que falló en protegerme? ¿Perdón porque se estaba muriendo? ¿Lo sentimos en general?

Yo era la que lo sentía. Había conseguido que le mataran.

Peter me llama a veces y compartimos la culpa de nuestra supervivencia. Esta no es la primera vez que la gente muere y yo vivo, pero es el más fresco. Peter todavía quiere crecer y ser como su padrastro. Si la muerte de Cisco, y casi morir, no pudieron curarlo de querer jugar a ser mercenario, entonces no voy a ser capaz hacerlo hablando.

Hablando de cosas que no voy a ser capaz de hablar a la gente de… Necesito intentar satisfacer las necesidades de Nathaniel, todas sus necesidades. Le conté a Jean-Claude que Byron se había ofrecido a enseñarme cómo dominar a Nathaniel. Jean-Claude acordó que necesitaba un maestro si hablaba en serio sobre dominar a nuestro gatito. Pero Jean-Claude sugirió a un profesor diferente, uno que fuera sin duda superior y no inferior. Asher sería más que feliz de enseñarme sobre BDSM, si realmente quería aprender. Honestamente, no estoy segura de que hacer, pero por el amor de Nathaniel, me he prometido por lo menos a intentarlo. ¿No? Si lo intento y no puedo hacerlo, entonces lo he intentado por lo menos. Si no lo intento y rompemos, entonces es culpa mía. No quiero sentir que ninguna de mis rupturas sea culpa mía. Tenía que haber un punto con Richard, al principio, donde no me comprometí. Tal vez si Richard hubiera accedido a acostarse conmigo cuando se lo pedí por primera vez, no habría habido lugar para nadie más. Tal vez, si… No quiero mirar atrás y decirle a Nathaniel —Tal vez…, o —Si sólo… Voy a comprometerme, voy a doblarme, aunque no es uno de mis mejores cosas. A veces se siente que cuando me inclino, me voy a romper. ¿Dejar que Asher me enseñe cómo hacer feliz a Nathaniel me romperá? Espero que no.